

*Novela*

*Rafael  
R. Costa*



# Berlín

## Melodrama

El verdadero corazón del Golem

# Berlín Melodrama

*Novela*

Rafael R. Costa

¿Quién puede decir que sabe algo  
sobre el Golem? Se lo relega al reino  
de la leyenda hasta que un día sucede  
algo en una calle que de repente  
lo resucita.

*GUSTAV MEYRINK*  
*El Golem 1915*

# 1 Sodoma junto al mar

*Capítulo Primero*

*Nueva York*

*4 de abril de 1940*

Según caía el sol, las catorce plantas del edificio central del Mount Sinai Hospital proyectaban su fachada insistente y diagonalmente sobre la avenida Madison, así que durante toda su caminata el doctor Rudolf Lorre fue incapaz de desprenderse de esa lámina sombría que, no ajena al peso, llevaba sobre sus espaldas como una colosal montaña de granito. Caminaba aprisa, huidizo, meneando la cabeza con gravedad al tiempo que rememoraba cada una de las máximas de la pionera ciencia sobre trasplante cardíacos, operación por segunda vez intentada y nuevamente fallida.

Estaba convencido de que el corazón del mono había latido al menos una vez antes de reventarse como un tomate maduro mientras lo palpaba, circunstancia que le llenaba por igual de antagónicos sentimientos.

Ocho minutos y veinte segundos, ese fue todo el tiempo empleado para intercambiar el tembloroso órgano del tórax de un rhesus a otro.

—Si consiguiera hacerlo en un minuto menos... La máquina extracorpórea ha respondido bien, la estrategia quirúrgica soportó todo el proceso, tal vez sobraron algunos segundos y por supuesto esa diabólica espuma. ¡Aunque hubo un latido! ¡Sí, un latido! ¡Ese corazón palpitó! ¡El circuito estaba cerrado correctamente!

Rudolf Lorre agitaba los hombros en vano, pues no pudo descargarlos y sentir alivio hasta que cruzó la propia avenida Madison y se sumergió en una estrecha calle sin nombre, horadada entre las 16th y 17th Este de la zona alta de Manhattan; allí se sentó en un cafetín oscuro y griego, *Metsovo*, donde acostumbraba a digerir mediante sorbos de verdadero café sus últimas derrotas frente a la mesa de operaciones. No terminaba de quitarse el sombrero y sentarse cuando oyó su nombre desde la entrada.

—¡Eh, Rudi...! ¡Llevo doscientos metros corriendo, saltando, esquivando autos, detrás de ti como un conejo! Te he llamado, silbado y de haber tenido piedras en las manos te las hubiese arrojado, jamás he visto a nadie más parecido al golem.

Quien hablaba se desprendía asimismo de sombrero y gabardina y ocupaba lugar junto a su colega.

—Hola, Sam...

—Eh, Rudi, no tienes que contarme nada...

Samuel Lebowitz, médico fisiólogo del Mount Sinai, también se quitó sus gafas redondas y las limpió con vaho y papel mientras trababa de encontrar las palabras justas que intercedieran en el bienestar de su admirado amigo.

—Bueno —insistió—, Nora Miles me ha dicho que al menos latió una vez...

Sam se ajustó las gafas y clavó los ojos en los del cardiólogo confirmando cada una de sus palabras.

—Nora parecía convencida cuando aseguraba que esa pequeña ciruela sin piel dio un brinco en tu mano... ¿Es eso cierto?

Rudolf Lorre se miró la palma de la mano donde, efectivamente, hacía treinta minutos hubo palpitado el pequeño corazón del mono. Su amigo Sam le contemplaba fascinado, parecía que estaba viendo a alguien leer de un texto sagrado, una fórmula maestra o el secreto divino que se disputaban una docena de emprendedores cirujanos en los mejores hospitales del mundo, desde Rusia a Chile.

—Sólo estamos cerca, Sam... eso es todo. Hay un muro levantado entre el corazón y la vida que la ciencia no logra derribar, y yo he de encontrar antes que otros un punto débil, un agujero, una grieta donde pueda meter un cartucho de dinamita y derribarlo.

—Estoy seguro, amigo mío...

El dueño del *Metsovo*, un hombre viejo, de pelo tan rizado como canoso y aspecto serio, se acercó abriendo los brazos, casi disculpándose en un escueto inglés.

—Buenos días, señores, ¿*sketos, metrios, ilikós*?

Samuel Lebowitz miró aturdido al griego y a su colega alternativamente, se encogió de hombros y negó con un gesto risueño.

—¿Quieres café con azúcar, con poco azúcar o amargo? Eso es lo que pregunta.

Cinco minutos después, ambos doctores contemplaban sus tacitas humeantes.

—La espuma... La espuma ha podido ser el problema, Sam. Esa maldita efervescencia.

Mientras lo decía jugaba con la cremosa película del café griego, levantaba la cucharilla a la altura de los ojos, la mostraba a su colega y asentía. Mojó la punta de su índice en la espuma, la miró una vez más y luego la desintegró con el pulgar hasta hacerla desaparecer.

—¿Ves? En el fondo se desvanece entre dos dedos, la espuma no es nada... excepto minúsculas burbujas de aire como estas, letales dentro de un corazón.

—¿Cuántos ejemplares te quedan?

—Seis monos... Tres machos y tres hembras... entre hermanos y primos, he descartado el rechazo, no debe haber problemas consanguíneos. Material suficiente para dos intentos, puede que tres. Si vuelvo a fallar, Walter Sheaffer no me permitirá investigar ni con ratones.

—Eh, eh... Vas por el camino correcto, Rudi, Norma Miles casi llegó a jurarlo... Vio latir ese corazón de rhesus, lo vio latir...

Los dos médicos todavía tomaron tres tacitas de café, tiempo empleado en dibujar un croquis quirúrgico en una servilleta al que Sam atendía concentrado.

—Podemos intentarlo, Rudi —le dijo tras sopesar el croquis—. Me gustaría ayudarte.

—Te avisaré cuando estemos preparados.

Mientras pagaba, Rudolf preguntó al griego con un gesto, quien se acercó con aire preocupado.

—Esos nazis están invadiendo Noruega, señor.

El hombre azuzaba la cabeza, como si intentara espantar moscas de su interior.

—Alguien tiene que parar a esos tipos o cualquier día llegarán a la Quinta Avenida, señor.

Atravesaron Park Avenue al urbano paso neoyorquino. Dos médicos judíos, brillantes, jóvenes, que sopesaban en una mano las posibilidades de todos esos corazones palpitantes y en la otra la realidad de lo que estaba sucediendo en Europa. Muchos como ellos tenían la impresión de que arquitectónicamente el mundo no tenía mayor solidez que un castillo de naipes, y un loco cualquiera había sacado el cartón maestro haciendo tambalear toda la estructura. Ahora que las cosechadoras económicas comenzaban de nuevo a llenar los silos después de una década desolada, se intuía un resplandor nefasto en el granero, sólo una pequeña llamarada azul y roja, pero era ya como una mecha que nadie podría apagar.

—¿Sabes algo de tu madre?

Rudolf Lorre tardó unos segundos en responder.

—No. Hace meses que no recibo noticia suya.

—¿Está en Praga? ¿En Viena?

—Sus últimas cartas están fechadas en Praga hace más de un año.

—No le pasará nada...

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Bueno... tu madre es ciudadana norteamericana, esos nazis no se atreverán a tocarla, no les interesa América. Al menos, su aspecto no debería delatarla como judía: en esa fotografía que me has enseñado... bueno, sus rasgos resultan bastante arios.

Es probable que pronto esté de vuelta. Habrá complicaciones puntuales, siempre las hay, pero se arreglarán.

—Me sorprende un judío tan confiado. ¿Es que no oyes las noticias? Ese hombre acaba de decirnos que han invadido Noruega. Nos han declarado la guerra, amigo. Tal vez no a los Estados Unidos de América, pero sí a ti y a mí. Además... lo último que sé de mi madre es que colaboraba con la Hebraica de Praga. Motivo más que suficiente para estar muy preocupado.

—Cierto es, Rudi. Pero no seré yo quien alimente esa preocupación. Pronto estará de vuelta, ya verás, amigo. Seguramente en el Comité de Asuntos Judíos podrían facilitarte información. Deberías pasarte por allí. Ellos se encargan de trasladarlos por miles a América. Podrán contactar con tu madre. La Hebraica checa está supeditada a ese Comité.

—Aunque hace años que dejé de frecuentar esos comités, esta vez lo hice. No conseguí nada, excepto rellenar algunos formularios.

—¿Hablaste con Thaddeus Lewis?

—No. Resultaría más fácil hablar con el mismísimo presidente de los Estados Unidos.

—Creo que exageras un poco, amigo... Deberías pasar entonces por la sinagoga de la calle Eldridge. Este viernes. El rabino Bernstein nos leerá su sermón, y Thaddeus Lewis siempre asiste a esos sermones.

Incrustada en el Bajo Manhattan, cerca del puente del mismo nombre, desde 1887, se levanta la sinagoga de la calle Eldridge. No sólo se asistía a ella como a un lugar de culto, muy concurrido por la comunidad mosaica de toda la ciudad: el emblemático templo se había convertido década tras década en el primer refugio de todo judío recién llegado a América, y permanecer frente a su fachada, mirando a Jerusalén, era como estar por un momento delante del Muro de las Lamentaciones. A pesar de tener poco más de cincuenta años, la sinagoga parecía superar los quinientos, y daba la fiel impresión de ser el edificio más antiguo de Nueva York. Su aspecto general era el de una vieja catedral construida y olvidada en una loma inglesa o una villa perdida de Bélgica con los alerones cuajados de palomas en hilera. Una vez contemplado el edificio resultaba notable su ecléctica e imponente fachada, mezcla de sobriedad románica, con arcos moriscos a ambos lados, rosetones góticos y estrellas de David salpicadas aquí y allá.

El oficio estaba anunciado para las seis en punto, y el doctor Lorre llegó tan puntual que de inmediato comprendió que se vería obligado a oír el sermón desde la puerta principal. La concurrencia era magnífica, cientos, quizá miles de personas se agolpaban con la idea de escuchar al prestigioso rabino. No dejaban de llegar autos hasta que colapsaron la calle, motivo por el que muchos debieron apearse dos manzanas abajo y continuar caminando hasta el templo. Rudolf miraba insistentemente, buscando en vano a Samuel Lebowitz, así que ante el viento que se levantaba, producto de la subida de la marea en el cercano East River, halló refugio en su gabardina y se encasquetó el sombrero.

—Si permaneces aquí es muy posible que lo pierdas, amigo mío, hasta podrías mojarte, y no estaría bien que contagiaras un resfriado a esos bonitos monos.

—¡Sam! Eh... No he parado de buscarte. Y, bueno, no creí que estuviera tan concurrido.

Lebowitz le agarró del brazo y se encaminaron hasta el lateral de la sinagoga.

—¡Conozco un pasadizo! —exclamó burlón.

No, no era un pasadizo, sino una de las entradas al edificio dispuesta para asistentes privados, tal era el caso de Sam, asiduo oyente del apreciado sermoador Bernstein. Si la luz en la calle fluía gris, metálica, portuaria, dentro de la sinagoga el aire tomaba un cálido tono melocotón; una docena de candelabros permanecían encendidos, y un rumor sordo, el de las oraciones murmuradas antes de oír cualquier sermón judío, lo protegía todo dentro de una cáscara sagrada.

Rudolf Lorre tuvo ocasión de mirar discretamente las distintas facciones hebreas de Nueva York, según cómo los asistentes se agrupaban en esta o aquella ala de la sinagoga. Ortodoxos y moderados, de rigurosas vestimentas oscuras o con trajes urbanos, barbados o no, gran parte de la comunidad judía estaba allí representada y todo varón cubría su coronilla con la preceptiva kipá. Sam le señaló un personaje dos filas más adelante: hombre algo mayor, de cuello rojo y barba cuidada y entrecana, bastante voluminoso, que no cesaba de balancearse adelante y atrás, como muchos otros, mientras el afamado cantor Putterman hacía presencia y entonaba los primeros salmos del oficio antes de que la estrella del día, el rabino Philip S. Bernstein, tomara la palabra y, literalmente, extasiara a los asistentes.

Hora y cuarto duró el sermón del rabino, que trató, sorpresivamente, sobre *Las uvas de la ira*, la última novela de John Steinbeck, por quien no negaba admiración. Era un hombre de mediana edad y movimientos lentos, mas de una presencia que excedía en mucho a su pulcro físico. Vestía con los requisitos hebraicos, su voz al principio resultaba dulce, como la de un profesor universitario comentando textos literarios; apenas hacía gestos, miraba sin fijar los ojos, hablaba a la masa, a la concurrencia, con un tono claro y monocorde explicaba la diáspora de la familia de Tom Joad buscando su tierra prometida. Sin embargo, con el transcurrir de los minutos, el rabino

fue despegando los brazos del cuerpo, levantando las manos, señalando el techo de la sinagoga, su propio pecho, la entrada abarrotada de la calle Eldridge e incluso los dorados candelabros. Aquel hombre de aspecto corriente de súbito se iba agigantando, sus palabras adquirían solidez, abarcaban más sobreentendidos aunque eran las mismas que había pronunciado minutos antes, los oyentes cada vez tomaban mayor conciencia de que se había tendido un puente hipnótico entre la voz del rabino y sus oídos, puente que habría de conducir al pueblo judío a un destino común, igual que los Joad.

Tras la ceremonia, después de que el corpulento Thaddeus Lewis cesara de abrazar a su admirado Bernstein, y abandonase la sinagoga por la puerta lateral con su torpe paso, fue presentado Rudolf Lorre a uno de los judíos más influyentes de Nueva York.

—¿Así que eres el doctor Rudolf Lorre? He oído hablar de ti... Sí...

Thaddeus Lewis movía su enorme cabeza para dotar de más énfasis a sus palabras y no permitía réplica alguna pues no otorgaba turno de respuesta, era hombre acostumbrado a preguntar a otros y responderse a sí mismo mirándose las manos cuando no las esquinas de la calle. Seguidos de Sam Lebowitz, a quien abrazó y besó en las mejillas, y de dos acompañantes serios, muy altos, callados, se dirigieron varias calles al sur, a una pastelería kosher a la que Thaddeus demostró tener gran afición dado el enorme conocimiento de los productos exhibidos en las vitrinas.

—¿Así que eres hijo de Sarah Georginas Parker? Gran mujer, gran mujer...

—¿Qué sabe usted de ella?

—Poca cosa —respondió Thaddeus al tiempo que ofrecía a sus acompañantes una bandeja repleta de bolas de miel—. Mi buen amigo Chaim Weizmann no se encuentra en América, él es quien me hablaba de tu madre, y a ti te aprecia mucho... Cada vez que le he oído mencionarte lo hace como un padre lo haría de su hijo.

—¿Qué puede usted decirme de ella, señor Lewis? ¿Se encuentra bien?

El judío se encogía de hombros no sin dificultad, miraba embelesado las bolitas de miel y evitaba poner los ojos en nada que no fuese, de nuevo, la lejanía de una pared o el mundo que era capaz de concretar en la superficie del dulce.

—Lleva un año retenida... Pero está bien...

—¿Retenida?

—En Theresien... Muy cerca de Praga... Bueno, hoy día es mejor estar en ese campo checoslovaco que en las calles de Múnich.

—¿Desde cuándo? ¿Cómo...?

—Mira, hijo...

Thaddeus esperó a engullir algunas bolitas más y todavía pidió tortas de harina de matzá y chocolate bromeando con Sam Lebowitz.

—Todos los judíos de Nueva York deberían probar estas tortas de matzá, son únicas, Sam, lo digo de verdad, debería ser un precepto... Mira, hijo —se refirió a Rudolf, dando un salto a su conversación sin ninguna dificultad, utilizando el mismo tono para hablar de un campo de concentración que de unas tortas de chocolate—, Theresien es el campo más seguro, tienen biblioteca, y orquesta. Además...

El propio Thaddeus ofreció una tortita a Rudolf.

—Deberías probarlas... Sé buen judío, hijo, es comida kosher, comida pura, hará ver a tu estómago con más claridad... Además... la Embajada de los Estados Unidos de América está haciendo gestiones de alto nivel para la liberación de algunos ciudadanos, entre ellos tu madre... Es posible que en un par de meses...

—¿Un par de meses?

El judío asintió, sin dar demasiada importancia a cuanto hacía, era hombre que no exponía sentimientos en sus manifestaciones y debilidades, todo lo contrario a su admirado Bernstein, excepto si se trataba de la gula, pues, agitando las manos y limpiándose la barba, no dudó en pedir batata dulce rellena de pato: su comida favorita.



—Alemania invade Europa con total impunidad, se ha convertido en un monstruo insaciable cuyo estómago ya deformado parece no tener límites, tal vez un par de meses sea tarde para todo. Sólo hay que echar una ojeada a la prensa, todo el mundo lo sabe.

Rudolf hablaba acelerado, sin sopesar sus palabras mientras Thaddeus engullía raciones de batata rellena no otorgando importancia a tanto énfasis.

—Un par de meses puede ser demasiado. Saben dónde se encuentra, sólo tienen que sacarla de allí... Hoy mismo esos nazis están invadiendo Noruega...

El judío volvió a agitar sus manos como metiéndolas en un recipiente de agua invisible, y meneó la cabeza con pesadumbre.

—Lo siento, señor Lewis, lo siento...

Rudolf se disculpó, sabedor de la poco feliz anécdota sobre el estómago de Alemania mientras Thaddeus aún masticaba bolitas de pato.

—Hijo... —Lewis volvió a su tono de gran rabino, mesuró sus palabras y casi le habló rezando—, hijo... quieres retorcerle el pescuezo a la realidad, hazlo entonces... Pero yo —Thaddeus Lewis se echó las manos a la solapa del abrigo y deslizó sus ojillos en Rudolf Lorre—, no deseo deformarla, de eso ya se encarga la prensa Hearts. Es la realidad la que a veces deforma nuestras impresiones.

El imponente rabino tomó la última batata rellena de ave. La levantó a la altura de los ojos y la miró un instante.

—Sí, aquí tienes una representación de la realidad. Batata rellena de pato... Tú eres médico cardiólogo del Mount Sinai, Sam Lebowitz también lo es... Responedme cualquiera de los dos, ¿el pato es carne o es pescado? Pues vive en el agua...

Ambos médicos mantuvieron silencio mientras el judío despreciaba el último bocado, levantó un dedo para decir algo, pero en lugar de sus palabras sonó un imponente trueno.

—¿Oís? ¿Sólo es un trueno? La realidad es confusa —aseguró Thaddeus—. La primavera también lo es. No vemos las cosas tal como son, sino tal como somos.

—¡Vaya! —exclamó Sam ajustándose la gabardina y tomando su sombrero—. Parece que va a llover. La noche ha caído pronto.

El rabino Lewis le besó las mejillas y también se ajustó el sombrero.

—No olvides tus obligaciones de buen judío, Lebowitz. Doctor Lorre... espero que pronto volvamos a encontrarnos. *Shalom!*

A pesar del fragoroso trueno, no rompía a llover. Los dos amigos se encaminaron hacia la línea de Canal Street; durante un centenar de metros no se dirigieron la palabra, cada cual sopesaba los distintos encuentros acaecidos en la tarde: el sermón novelero de Bernstein, el orador con un panal de miel por lengua, y las batatas con pato de Thaddeus Lewis. Se sentía la humedad del cercano East River y a lo lejos podía verse el puente de Manhattan elevarse sobre la cuenca del río hasta perderse de vista entre la niebla fluvial, adentrándose en la panza de Long Island.

—¿Qué te ha parecido?

—¿Bernstein o Lewis?

—Ambos... Puedo adelantarte que el sermón me ha resultado fascinante, nadie habla como él...

—A mí me ha sorprendido que hablase de una novela. Basta abrir los ojos para comprender que hay un montón de temas más interesantes.

—He de confesar —continuó Sam— que también me ha llamado la atención. Desde hace dos años sigo los sermones de Philip Bernstein... dos años que no cesa de hablar sobre Hitler, los nazis, los judíos en el mundo, y hasta de Freud, Moisés y Dios... o por qué razones es un sionista convencido... Y restando el sermón

sobre la Pascua, los dos últimos versaron sobre *Lo que el viento se llevó* Las uvas de la ira...

—Supongo que para los creyentes no hay interrogantes. ¿No es cierto?

Sam Lebowitz pareció algo incómodo. Estimaba de verdad a Rudolf Lorre Parker, le admiraba como médico y como persona. Sin embargo, como judío no terminaba de encajar, no estaba sujeto a leyes ni preceptos que la gran mayoría de sus amigos y colegas sí aceptaban. A Rudi se le respetaba en el Mount Sinai, la dirección era consciente de la capacidad de un joven talento como el suyo, pero un judío que ama a su pueblo no debe ocultarse a los demás, menos aún llevando entre las manos un tema tan importante como el de su madre, que únicamente el Comité de Asuntos Judíos podría resolverle.

—Será mejor que colabores, Rudi... Debes confiar en Thaddeus Lewis, es hombre de palabra, sujeto a la Torá. ¿Qué son dos meses? Seguramente hay cientos, miles de judíos que no conocen a ningún Lewis en Nueva York. Escucha bien, amigo mío...

—Lo único que he descubierto es su gran afición a los pasteles kosher.

Sam no evitó una risita.

—La pastelería *Moshe's* es suya, en realidad la tiene alquilada, a otros judíos, ya sabes. Todas las pastelerías *Moshe's* de la ciudad son de Lewis. Aparte de un par de negocios en *Diamond Street*.

Sam tomó de la manga a Rudi, le miró a los ojos y su expresión no pudo ser más sincera cuando le pidió paciencia.

—Rudi, no tienes por qué sentarte a la mesa de Lewis todos los días, pero no debes olvidar que hoy más que nunca Israel nos necesita a todos.

—¿Israel? Sam, maldita sea, estoy hablando de mi madre, preocupado por mi madre, no por un Estado que sólo existe dibujado en un papel, maldita sea...

—¿Un papel? El mapa no es el territorio, amigo. Mira, Rudi, mira...

Le señaló la deforme lejanía, tras el East River, las luces encendidas de Brooklyn, el distrito más poblado de la ciudad, lugar del mundo con más judíos por manzana.

—Mira, amigo mío... eso también es Israel. Y no es un papel.

Ahora sí cayeron las primeras gotas del aguacero. Estaban a la entrada del metro. Los dos médicos se miraron.

—¿Qué piensas hacer mañana?

—Pasaré por el Mount... Quiero ver a esos monos. Y repasar algunos esquemas.

—¡Eh... cuenta conmigo para esa operación!

Rudi hundió las manos en los bolsillos, y sin importarle demasiado la lluvia, que más bien resultaba agradable, se dirigió en un largo paseo hasta la estación de Brooklyn-City Hall, enclavada en la boca de Manhattan, paradigma de la vieja Nueva York. Antes de descender por la escalinata del metro oyó un momento el rumor, el chapoteo del cercano océano; no pudo evitarlo, sintió un estremecimiento, un súbito temblor que prefirió achacar a la bajada nocturna de temperatura, a su poca afición a las bolitas de miel y no a un recuerdo de veinte años atrás, cuando llegaron a América su madre y él, una noche ventosa parecida a esta.

La línea verde del metro recorre la isla de Manhattan desde su nacimiento hasta más allá del río Harlem. Rudolf se sentó en el extremo de un vagón y con gran decisión prefirió no sopesar ninguna de las impresiones: muy poco estaba claro, pero cuán importante. Su madre estaba en un campo de concentración, en poder de los nazis. Eso bastaba para echarse a temblar, cuanto menos para preocuparse seriamente. ¿Qué podía hacer? Había dado el primer paso. Si a Thaddeus Lewis no le llegaba su portentoso brazo para poner en marcha la maquinaria al menos sí conocería

a la persona adecuada. Es un viejo precepto judío el que observa: *si tú conoces a ése, y ése conoce a aquel otro, y aquel otro a un cuarto, este cuarto puede desatar tu nudo.* Bien: no había soga que pudiese provocarle más angustia.

—Malditos sean todos los castillos.

Apenas lo murmuró. Pero fue suficiente para percatarse de lo vacía que le parecía Nueva York sin su madre. Cuando el metro lo dejó en la 86th-Este comprobó que eran las nueve y media de la noche y que arreciaba la lluvia.

## Capítulo Segundo

De los siete edificios que componen el Mount Sinai Hospital, es el número cinco el mejor ubicado, sin duda, si se prefiere una panorámica perfecta del norte de Central Park. En la tercera planta de ese edificio se halla el despacho de Walter Sheaffer, director de investigación y transplante, suma eminencia médica de reconocido prestigio internacional, y varios años candidato a obtener el Premio Nobel a tenor de sus investigaciones sobre la circulación cruzada. Rudolf apenas le conocía personalmente, pero sabía bien que sus propias investigaciones cardiológicas se debían a Sheaffer en gran medida. Algo extrañado y barajando supuestos se dirigió a las ocho de la mañana desde los sótanos del edificio seis, habitáculo de sus monos, hasta esa especie de ermita donde el sabio del Mount Sinai pasaba interminables horas enfrascado en croquis médicos, parecidos al que una semana antes él mismo dibujara en la servilleta del *café Metsovo*.

—¿Doctor Lorre? Haga el favor de pasar, el director le está esperando.

La amable secretaria anotó una cruz en su registro y le indicó la puerta sagrada, y así, sin percatarse, se encontró Rudolf en un despacho bien distinto al que había imaginado. Muy escaso de mobiliario, sólo una estantería de serie con algunos libros y carpetas, una gran mesa con papeles desplegados, y la eminencia encorvada sobre un telescopio apuntando directamente a los árboles del parque.

Durante unos segundos se mantuvo un silencio que únicamente los autos de la Quinta Avenida rasgaban.

—Haga el favor de acercarse.

Rudolf lo hizo.

—Mire aquí.

Aquel hombre tenía gafas grandes y transparentes, el cabello blanquísimo y un aspecto de sobras cuidado para los sesenta y cinco años que contaba.

—¿Puede ver las ardillas?

¿Ardillas? No sin cierta perplejidad, Rudolf miró a través del telescopio urbano de Sheaffer buscando en vano esas disparatadas ardillas.

—¿No las ve?

—Lo siento, doctor Sheaffer... No logro...

—Déjeme...

Walter Sheaffer tomó el telescopio y con la habilidad de un viejo pirata oteó aquí y allá, buscando puntos concretos en los olmos y castaños, hasta que sonriendo dejó el aparato y por fin tomó asiento.

—Yo ya no puedo verlo, pero si esas ardillas se esconden es que acaba de llegar nuestro amigo el halcón de cola roja.

Rudolf tomó asiento atendiendo a la invitación del director médico.

—Es la época de reproducción. En cuanto aparece abril esas ardillas tiernas saltan llenas de vida sobre la pradera, corretean, suben y bajan incapaces de parar... Son magníficas. Por supuesto, el único huevo de la puesta del halcón eclosiona sincronizadamente con esos roedores, el ciclo resulta perfecto. Es como un circuito de la vida.

Rudolf atendía a la insólita explicación sobre ardillas y halcones de Nueva York que Walter Sheaffer le ofrecía señalando a través de la ventana pero, con superior interés, mejor se preocupaba de observar esos papeles desordenados en lugar de las praderas y árboles de Central Park.

—Tengo entendido que ha fracasado su nuevo intento de transplante cardíaco.

Por fin el viejo pistolero había disparado.

—Así es, doctor Sheaffer...

—Sin embargo, logró mantener la respiración cardio-pulmonar extracorpórea varios minutos.

—Ocho minutos y veinte segundos...

—Eso es demasiado tiempo.

Rudolf bajó la cabeza. Se sintió delante de un inflexible tribunal que, a raíz de su fracaso en el quirófano, iba a extraer y examinar cada uno de sus actos desde el primer día que abrió un libro de Medicina.

—Usted debe saber, doctor Lorre, que este hospital se sostiene gracias a los subsidios que generosamente aporta el Comité de Asuntos Judíos; así nos hemos mantenido desde 1852. Los animales con los que usted experimenta son caros y no fáciles de conseguir, están muy solicitados. El Mount Sinai se ha destacado tanto por su labor médica y social, como, desde hace un par de décadas, por su labor investigadora, de la que usted, hoy día, forma parte. El gobierno de esta nación aporta una cantidad importante para cometidos de esta índole, aunque no son muchos los centros que consiguen tales asignaciones. Nuestro hospital —el director desplegó los brazos, abarcando en esencia la totalidad de los siete edificios—, cuenta con benefactores que, aun no siendo judíos como nosotros, sí aportan su voto para que esas partidas presupuestarias lleguen a nuestras manos, a las manos de usted, doctor Lorre, las mismas que hurgan en los corazones de esos rhesus. ¿Cuántos ejemplares le quedan?

A Rudolf le dio la impresión de que Walter Sheaffer había disparado su segunda bala.

—Seis monos. Tres machos y tres hembras. La próxima semana... teníamos pensado intentarlo una tercera vez... Verá, doctor Sheaffer, creo firmemente que el problema está en la espuma... si resolvemos esto... hay muchas posibilidades de éxito.

—¿Le ayuda Lebowitz?

—Me asistirá la próxima vez. Es buen especialista, muy competente, y puede ser de estimable ayuda.

—Cierto, cierto...

—Doctor Sheaffer, le aseguro que si eliminamos esa espuma...

—Olvídese ahora de la espuma, Lorre... ¿Cuánto pesa su mejor mono rhesus?

—Bueno, esta especie de macaco suele pesar entre cinco y ocho kilogramos. Tenemos uno que sobrepasa los siete.

El director abrió un cajón de su mesa y sacó la fotografía de una niña de tez enfermiza en brazos de su abuelo.

—Ése es el senador Buchanan... La niñita es su nieta. Tiene dos años... Y pesa lo mismo que uno de sus aspirantes.

Rudolf tomó con sorpresa la fotografía.

—Si no la operamos en menos de dos semanas esa pequeña morirá. Padece una malformación congénita que casi ha degollado la válvula tricúspide. Su circulación pulmonar es deficiente; como podrá suponer... se ahoga.

El doctor alzó uno de aquellos croquis y ayudándose de un lápiz fue explicando cuanto decía.

—Tenemos que abrir un agujero y cerrar otro. La operación no estriba muchas complicaciones técnicas, aunque sí en extremo delicadas, naturalmente... El problema consiste...

—En mantener sus constantes vitales con respiración extracorpórea. ¿Cuánto se tardará en una intervención de esas características?

—No llegará a esos ocho minutos y veinte segundos. Creo que puede hacerse en un minuto menos...

Desde luego, la eminencia había dado en el clavo. También pensaba él que habría de hacerlo en un minuto menos.

—Es una operación de alto riesgo si la supeditamos a una máquina todavía en pruebas. Muy pocos casos han tenido éxito en operaciones menos complejas, doctor Sheaffer... El propio Gibbon, en Filadelfia...

—Lo sé, Lorre... Lo sé. Verá... en principio, y preferiblemente para mi equipo —apostilló pellizcándose la base de la nariz—, habíamos pensando en circulación cruzada, tampoco exenta de riesgos, ya sabemos, pero la paciente es hija única, y sus progenitores...

—No comparten grupo sanguíneo...

—Exacto... Puede suponer que la única alternativa es la circulación extracorpórea que usted administra a esos rhesus.

—Las dos veces han resultado fallidas...

—Han resultado fallidos los trasplantes, pero no la máquina: usted mismo acaba de mencionar ese montón de minutos. Doctor Lorre, esa pequeña morirá en diez días, de eso no tengo duda alguna. Hay una posibilidad y tenemos que apostar por ella. Ya he hablado con el senador. Se lo he expuesto con claridad. Buchanan está dispuesto.

Del mismo cajón sacó Sheaffer dos frascos de vidrio del tamaño de un pulgar con un polvo blanco. Rudolf tomó uno, se levantó y lo examinó junto al ventanal cual si contemplara un raro diamante.

—Es heparina —confirmó Walter Sheaffer.

—¡Heparina!

Esas cuatro sílabas surtieron el mismo efecto que una oración secreta. ¡Heparina sintetizada! Polvos mágicos que impedirían coagular a la sangre durante el proceso extracorpóreo, ya no sería necesario agitar a mano los temidos hemocontenedores donde el fluido venoso se oxigena por temor a una fatal trombosis, y el efecto heparina reduciría sensiblemente la aparición de la espuma asesina.

—Esta sustancia todavía no ha llegado a los quirófanos de Filadelfia. Haga la prueba con uno de sus monos, quiero saber los resultados en dos días.

En efecto, sólo dos días más tarde, los cirujanos Rudolf Lorre Parker y Samuel Lebowitz iniciaban una operación que sin dejar de ser arriesgada (ya habían muerto cuatro monos) pudiera considerarse un ensayo, tanto como operar a un muñeco, para la verdadera intervención una semana después a la nieta del senador Buchanan.

Una vez estudiado el caso durante horas, y de haber examinado minuciosamente cada paso del proceso, ambos doctores llevaron a cabo la primera intervención cardíaca utilizando heparina en el Mount Sinai Hospital de Nueva York.

—¿Sabes de dónde la sintetizan?

—Sinceramente, lo ignoro —confesó Sam—. Producir este polvo es más propio de un alquimista que de un médico.

Con una habilidad impropia para un cirujano esteta, pero no para un cuidador permanente de animales de laboratorio, lanzó Rudolf una red para inmovilizar al mono, todavía dentro de su jaula y algo nervioso debido al protocolario ayuno de doce largas horas. Una vez que le inmovilizó la cabeza, agarró sus dos brazos por los codos y los situó a las espaldas del animal; de esta manera se le pudo inducir la primera anestesia que permitió sedarlo y llevarlo como un peluche hasta la mesa de operaciones.

Mientras Nora Miles terminaba de afeitar el pecho del aturdido macaco, Rudolf agitaba el agua a punto de hielo en un recipiente al efecto, por si surgieran complicaciones extremas y fuese necesario detener la operación y así salvar la vida del

animal por medio de hipotermia.

—La sintetizan del pulmón de bovino...

—¡Vaya! —exclamó Sam—. Espero que sea de bovino kosher.

—Al mono no le importará, tampoco a la niña: no es judía.

Realmente, bombear sangre a través de un circuito extracorpóreo no es tarea complicada. De hecho, Rudolf había probado con válvulas mecánicas desarrolladas por él mismo que facilitarían un flujo unidireccional. La sangre llegaba a un recipiente esterilizado, muy ancho, permitiendo que el compuesto venoso perdiera su anhídrido carbónico y, a través de la bomba-oxigenador de burbujas, que a pesar de su aspecto de fabricación casera, incluida una hélice, dio óptimos resultados, volviera a convertirse en fluido fresco y limpio, arterial y previamente desespumado. Usaron anestesia Thiopental, a continuación se intubó endotraquealmente al mono teniendo sumo cuidado de no dañar esa glotis tan larga que parece comenzar en el hocico, y dejaron la mantención en manos de Nora Miles, enfermera especialista dada la ausencia de médicos anestesistas en 1940. Una vez abolidos todos los reflejos del mono, verdaderos marcadores de la profundidad anestésica, Lebowitz introdujo una aguja en la arteria radial derecha, conectada a un manómetro de mercurio, con el fin de controlar la presión sanguínea durante la fase no pulsátil del proceso.

Todo estaba preparado.

Sin el mínimo temblor, Rudolf tomó el bisturí y sajó con limpieza a lo largo del esternón del rhesus. Instantes más tarde tenía delante de sus ojos la mejor exposición de un pecho abierto. Con delicadeza desplegó el pericardio y, bueno, allí estaba aquella ciruela dando latidos poderosos. Ambos cirujanos se miraron y mediante afirmaciones silenciosas, según estaba previsto, intercambiaron sus puestos. Sam abría arterias y venas principales que de inmediato canulaba para dirigir las a la máquina, después las más finas, una a una, metódicamente, hasta desconectar el órgano cardíaco del cuerpo; mientras, Rudi Lorre se centraba en cebar oxígeno a esa sangre previamente heparinizada, recirculándola hacia el pulmón-corazón artificial y desde allí devuelta a las arterias.

Todavía esperó el instante preciso antes de dar la orden a Nora Miles para contabilizar el tiempo de circulación extracorpórea.

—¡Ahora!

Los dos, tres primeros minutos pasaron rápidos. La anestesia cumplía su función y las constantes vitales resultaban óptimas. Los siguientes se hicieron largos, la presión vascular en condición no-pálpito caía lenta e irremisiblemente para temor de Sam Lebowitz quien abriendo los ojos al máximo miraba a su colega con cierto rictus fatalista.

—La temperatura corporal está por encima de 40°C, Rudi...

—Cuarenta grados es febrícula para un macaco. Aguanta un poco, Sam...

—Cinco minutos, doctor —confirmaba la enfermera Miles, cronómetro en mano, tan expectante como los cirujanos.

Cinco minutos que se habían alargado como cinco años, pero los próximos serían los críticos. La máquina funcionaba correctamente, y el fluido vital corría a través de ella sometiéndolo al intercambio de gases y devolviéndolo al rhesus. Sólo se trataba de esperar un poco más, el tiempo que necesitaría el doctor Sheaffer para poder realizar su operación.

—Seis minutos, doctor...

—Rudi, la presión está bajando escandalosamente, por contra su temperatura continúa subiendo, cercana a 41°C.

—Eso es normal, Sam. Ahora entra en la fase tres. Sus constantes tocarán las fronteras, estaba previsto.

—Lo perdemos, Sam, lo perdemos...

—Seis minutos treinta segundos, doctor...

—Un minuto más, maldita sea, un minuto más...

Rudolf miraba al pobre mono entubado, exánime, y le pedía, casi le rogaba, que prolongara sesenta segundos, sólo sesenta segundos más esa agonía terrible, esas arenas movedizas entre la vida y la muerte.

—Siete minutos, doctor Lorre...

—Ya tienes ese tiempo, Rudi, lo tienes...

Sam Lebowitz se apresuró a desconectar las cánulas con la intención de suturar las vías principales. Con sus utensilios en alto miró a su colega, sudoroso, casi pálido, cual si tuviera entre sus manos la vida del Presidente de los Estados Unidos.

—Siete minutos treinta segundos, doctor...

—Por lo que más quieras, Rudi, si nos cargamos a este mono, Walter Sheaffer y su amigo el senador se encargarán de heparinizar nuestras carreras...

—Siete minutos cincuenta, doctor, uno, dos, tres...

Rudi levantó una mano y contó al unísono con Nora Miles los últimos segundos de terror.

—¡Ahora!

Dicho y hecho. El cirujano se abalanzó sobre la máquina extracorpórea para cortar la entrada de sangre. Sam hacía lo propio extrayendo las cánulas principales y suturando con singular pericia las vías cercenadas. En menos de seis minutos logró reconducir el fluido al corazón del rhesus. Rudolf se encargó de envolver la ciruela palpitante de nuevo en su pericardio, de cerrar paredes y finalmente suturar el pecho. Mientras tanto, Sam Lebowitz, atendiendo al protocolo, administraba protamina para neutralizar el potente anticoagulante que resulta la heparina.

—Vuelve a latir por sus propios medios, Rudi. La presión tiende a estabilizarse.

—Todavía tendremos que esperar unos minutos, roguemos para que no circulen burbujas ni elementos vasoconstrictores nocivos. Si supera cinco minutos podremos llevarlo a rehabilitación. Esta tarde debe estar consciente.

—Su temperatura continúa subiendo, Rudi. Se acerca a 42°C... Creo que...

Así lo hicieron. Rudolf tomó al pobre animal y lo introdujo en parte en el recipiente de agua helada. Era la única alternativa para que descendiera la fiebre y tener así una posibilidad de éxito.



Desde luego no contiene la misma dificultad reemplazar un órgano por otro, lo que en esencia es el trasplante, que sacar un corazón unos minutos y volverlo a colocar en su agujero torácico, pero, sin duda, ambas operaciones compartían importantes detalles técnicos y farmacológicos. Alrededor de cinco horas tardó el rhesus en reorganizar sus funciones vitales, el pobre macaco abría los ojos aun en estado estuporoso e intentaba mover, inútilmente, sus extremidades atadas a la camilla.

—Podemos estar contentos, Sam. Lo que quería Sheaffer se ha conseguido; en cuanto tengamos la máquina a punto podrá disponer de todas las garantías para esa intervención.

Era el viernes, 26 de abril de 1940. Caía la tarde. Los dos médicos estaban fatigados después de una jornada llena de tensión, no en vano habían pasado doce horas desde que el mono, incomunicado, daba saltos en su jaula exigiendo la ración, hasta que liberado de la anestesia levantó los párpados y mostró sus pupilas vidriosas.

—¿Qué piensas hacer el fin de semana?

—Supongo que dormir cuanto pueda —respondió Rudi sin titubear—; de hecho, mañana quiero estar aquí temprano para ver a nuestro paciente. Además, he de preparar el informe para Sheaffer. Al parecer, cada día que demore la intervención prevista se reducirá un diez por ciento las posibilidades de esa pequeña.

—Sheaffer me enseñó el historial clínico. Sinceramente, Rudi: tiene pocas posibilidades de éxito. Sólo cuenta a su favor que es la nieta del senador Buchanan, si esto vale para algo.

Una hora después, bajo la suave noche de Manhattan, los dos médicos se despedían en el metro de la avenida Lexington.

—Supongo que mañana no irás a la sinagoga.

—Ese mono me necesita más que cien sermones, Sam. Los rhesus son muy proclives a la infección. El lunes estoy citado con el director. Hasta entonces trataré a nuestro piloto de pruebas entre algodones, creo que se lo merece, si es que sobrevive.

—Eh... ¡Sobrevivirá! ¿Quién crees que ha hecho la mitad de la operación?

Sam decía aquello sin desmerecer su amistad con Rudolf, muy al contrario, quería animarle, infundirle algo de pasión vital, a veces le miraba y su aspecto no era mejor que el del macaco.

—Pues yo estoy citado con Rebeca White. Voy a dedicarle todo el fin de semana.

—Al fin te has decidido a salir con ella...

—Bueno, Rudi, Rebeca y yo nos conocemos desde niños. Los dos crecimos en Brooklyn, nuestros padres son amigos, fuimos al mismo instituto, en fin...

—Hechos el uno para el otro.

Sam soltó una carcajada.

—En la vida, querido amigo, hay algo más que monos. Mírate, examínate, pálpate el pecho... Has estudiado tantos corazones ajenos que ni siquiera sabes dónde tienes el propio.

En la vida hay algo más que monos. Tenía razón Lebowitz cuando afirmaba tan categórica máxima. Había nacido en Long Island, su familia vivía holgadamente, y su padre era compañero de rabinos repartidos por todas las sinagogas del Estado de Nueva York. Además, Sam era un médico excelente, un especialista destinado a impulsar la nueva cardiología y a dirigir un día el Mount Sinai. Rudolf, no. Su caso era bien distinto. Había nacido en Praga, capital de un país que apenas permaneció veinte años en los mapas. Él no había conocido a su padre, una de las víctimas del *Titanic*, y a pesar de ser ciudadano estadounidense a todos los efectos, era incapaz de despegar

del todo esa pátina de extranjería que trajo junto a su pasaporte checoslovaco cuando arribó con su madre a la isla de Ellis.

¡Su madre! Sólo pensar en ella, y desde la entrevista con Thaddeus Lewis se había convertido en una obsesión ineludible, le atravesaban toda clase de emociones, y únicamente caminando conseguía desprender tanta angustia como sentía. Por eso prefirió deambular por la avenida 96th hasta la ribera del Harlem, y desde el húmedo paseo, amparado por los destellos de la isla Roosevelt, continuar bajando, difuminado en la bruma hasta su domicilio en la calle Anderson. Allí se detuvo, frente al letrero mágico que su madre colgó en 1920 sobre el dintel de aquella puerta, cual una marca bíblica que invitaba a pasar al mundo imposible.

#### GABINETE FREUDIAN DE INTERPRETACIÓN DE SUEÑOS

579 East 86th Street/Anderson Place

New York City

Todavía se fijó unos segundos en el escaparate, con evidencias del desuso pero aún expuesto al transeúnte, casi como una gruta, tesoro polvoriento e ininteligible que ya nadie sería capaz de desentrañar, ni siquiera Sarah Georginas Parker, su madre. El paño bordado con decenas de crucecitas blancas, y sobre él el cuerno de cabrón de las Rocosas y los siete frutos sagrados de Canaán, granos de trigo, de cebada, cuenco de vino, miel, dátiles, higos...

Rudolf pasó al gabinete. No solía hacerlo, pues habitaba el apartamento de arriba. Su tiempo nunca era suficiente para andar desenterrando cachivaches soñados: la dedicación médica exigía el aprovechamiento total de cada minuto. Pero hoy estaba cansado. La operación del rhesus se había realizado con mucha tensión, bajo el microscopio a distancia de Walter Sheaffer. No le costó demasiado dejarse llevar por la nostalgia y el desconsuelo, encendió una vela, conectó el viejo gramófono, y giró el mismo disco puesto hacía dos años. Después se derrumbó en el diván de su madre, donde tantas damas de Nueva York, y hasta el recordado Harry Houdini, desmontaron alguna vez sus sueños y sus miedos.

—Ahora estará amaneciendo en Praga —fue lo último que susurró antes de vencerse al sueño.

En esos amaneceres confusos, los silenciosos peces de las profundidades subían a la superficie y tocaban sus trompetas anunciando grandes mareas rojas, mas los ciudadanos estadounidenses, especialmente la población neoyorquina, preferían oír otra clase de música. Alemania acababa de invadir Noruega, Dinamarca... y ahora lo haría con Holanda y Bélgica. En Francia estiraban la tripa de los tambores de guerra, y en Inglaterra habían levantado sus siempre brillantes cornos que no cesaban de soplar, el miedo se apoderaba de Europa y los tanques arrasaban campos y ciudades con la misma facilidad con que las monedas de cinco centavos eran tragadas por las revolucionarias máquinas de discos a este lado del Atlántico. Europa, lejana tierra desunida, nido de patrias ya sólo en la memoria de donde muchos ancestros se habían disipado. La gente que aquí había nacido no se sentía más que americana, y no pocos sumergieron en ácido sus propios recuerdos para no dejar en el Viejo Mundo más que translúcidos fantasmas. ¿Qué importaban Inglaterra, Francia, menos aún Noruega? Ya tenían bastante trabajo con volver a levantar tierras áridas y llenar de nuevo los teatros de Broadway. Importantes eran las medias de nailon, no terribles sucesos, y preferible reír con las ocurrencias de un pueblo que emergía de su propia hez, a insultarse contemplando cómo otros terminaban en el desagüe de la Historia. A este país jamás llegarían las bombas de Hitler, mucho menos a las arboladas avenidas de Nueva York, tan seguro estaban todos que, aunque sus edificios apuntasen directamente al cielo, nadie oteaba a ver qué ocurría más allá del agua.

Excepto los judíos.

### Capítulo Tercero

Daisy Buchanan era una niña diminuta, con rasgos de duende y piel de color azul. Tenía dos años y, en efecto, no pesaba más que un rhesus. Una incompatible comunicación interauricular, según el diagnóstico de Walter Sheaffer, le había impedido un normal desarrollo y su corazón apenas tenía ya palpito suficiente para mantener con vida cuerpo tan frágil.

Aunque la operación fue prevista para cuatro días antes, debió ser abortada, dado el delicadísimo estado de la paciente. Pero, evaluadas las complicaciones, y atendiendo a una leve mejoría, decidieron actuar a la primera oportunidad, que llegó al mediodía del domingo.

A las siete de la mañana de esa jornada, 5 de mayo de 1940, el hombre destinado a aparecer un día en las enciclopedias médicas espiaba a las ardillas de Central Park. Walter Sheaffer no había pasado una buena noche, así que muy temprano decidió venir a su despacho de la tercera planta, abrir el ventanal al parque y apuntar con su telescopio sobre la Quinta Avenida. Era sabedor, hacía ya una hora, de que el preoperatorio se ponía en marcha. Sería atendido por los cirujanos Lebowitz y Richardson, mientras que la máquina de circulación extracorpórea correría a cargo del doctor Lorre.

Precisamente Rudolf fue quien empujó la puerta del despacho y encontró, exactamente igual que hacía unos días, ensimismado sobre su telescopio, al director de investigación y transplante.

—Acérquese, doctor... Ahora no podrá decir que no las ve. Parece que están posando para usted.

Rudolf se acercó y miró. Así fue, un par de ardillas rojas jugueteaban en la pradera más cercana de Central Park.

—Son hermosas, ¿verdad?

—Están llenas de vida, doctor Sheaffer...

—Sí... —afirmó complacido—. Le serviré un café: a usted no creo que vaya a temblarle el pulso.

Es probable que el maduro doctor no lo dijera con clarividentes intenciones, después de todo Rudolf se encargaría de la máquina extracorpórea y no tocaría ni un dedo de la niña, no obstante, cuando Walter Sheaffer vertió aparatadamente la taza de café sobre los papeles de su mesa, inutilizando algunos, sospechó que el pulso de la eminencia no estaba en su mejor momento para una labor tan delicada como la que se esperaba de él en menos de una hora.

—¿Le ocurre algo, doctor Sheaffer?

—Sólo ha sido una torpeza, discúlpeme, Lorre, mi secretaria recogerá todo esto, y esos papeles eran garabatos, carecen de importancia...

El hombre, tal vez de manera instintiva, resguardó sus manos, blancas como alabastro, tras la espalda. En un instante, la secretaria aludida les sirvió una taza a cada uno.

—¿Lebowitz? ¿Richardson?

—Se hallan abajo, doctor —confirmó Rudolf mirando su reloj—. Aproximadamente en una hora estará todo dispuesto.

—Hum... —gruñó bamboleando su cabeza blanca—. Esperemos que sea un buen domingo.

—El senador Buchanan acaba de llegar, doctor Sheaffer —informó la secretaria desde el interfono.

—Hágale pasar, por favor... Lorre, será mejor que sea usted quien sirva el café al senador.

El republicano Paul W. Buchanan, hijo y nieto de senadores, era un hombre

de discreta estatura, cabello grisáceo y barbita muy cuidada y puntiaguda, igualmente cenicienta. Mostraba una frente poderosa, amplia y despejada, y un rostro noble pero cansado.

—Le presento al doctor Rudolf Lorre, senador...

El hombre se acercó y le tendió la mano sin dejar de mirarle profusamente a los ojos, tal vez esperando hallar en ellos un atisbo de salvación para su nieta.

—He oído hablar de usted.

—Es un placer conocerle, senador.

Todavía Paul W. Buchanan apresó su mano unos instantes.

—Esa niña es lo más importante que hoy existe en mi vida...

No supo qué decir. Las palabras de aquel hombre sonaban tan dramáticas, tan implorantes, que a Rudolf le sacudió un estremecimiento general.

—Haremos cuanto esté en nuestras manos y en las de la Ciencia médica, senador...

—Lo sé...

El hombre se acercó un momento a otear la ventana. Probablemente no buscaba ardillas sino una señal divina, una respuesta de esperanza a tanta fe.

—Walter...

Ahora se dirigió al director, momento que Rudolf aprovechó para servirle café.

—He pedido a Dios por esa pequeña, y tú eres el mejor médico de los Estados Unidos. Cuento con los mejores aliados.

Muy notables resultaron las palabras de aquel hombre. Era consciente de la dificultad extrema de la intervención y del colapso irreversible que su nieta podría sufrir de no superarla; sin embargo, mantuvo una serenidad de acero. *El hombre que abría todos los despachos*, como Sheaffer solía referir del senador, por segunda vez se acercó al ventanal con vistas a Central Park. Sostenía la taza en la mano aunque no llegó a sorber café. Rudolf le miraba con admiración y curiosidad, le recordaba a Freud, a Emanuel Lasker, veía a un hombre de esas mimbres, bajo de estatura mas con una talla política y un perfil histórico que sin desmerecer podría haber posado en un grabado junto a los distinguidos como Padres de la Nación Americana.

—Sólo he pasado a desearles suerte. Ruego a Dios para que todo salga bien.

Walter Sheaffer miró su reloj: estaba sincronizado con las campanas de la cercana iglesia ortodoxa de San Nicolás.

—Esos rusos son puntuales —dijo—. Todavía quedan cuarenta minutos, senador, si quiere ver a la pequeña ahora es el momento.

—No... No... Es mejor que no. ¿Sabes, Walter? Esa niña es cuanto tengo y cuanto tiene mi único hijo. La madre murió en el parto, y mi pobre John está a punto de enloquecer.

—Haremos cuanto podamos, Paul...

El senador se dirigió a Sheaffer y le tomó ambas manos.

—Lo sé, Walter. Rezaré por ella y por vosotros, que la Providencia os ilumine.

La intervención comenzó a las diez y media de la mañana de aquel domingo. Estaba previsto que durara de dos horas y media a tres, pasado el mediodía. Durante toda la semana Rudolf había realizado una exhaustiva limpieza de la máquina extracorpórea, la única existente en Mount Sinai, y una de las tres de todos los Estados Unidos de América. La operación sería llevada a cabo en el quirófano del edificio cuatro, el más moderno, y aledaño a la sala de reanimación y cuidados intensivos, a cargo de Nora Miles.

Cuando apareció Walter Sheaffer, tocado con una kipá quirúrgica, ya estaban en su sitio los tres doctores, Lebowitz, Richardson y Lorre, y la pequeña duende de piel azul abierta en aspás, absolutamente anestesiada con Thiopental y entubada, tarea que fue designada al recién licenciado Richardson.

Sheaffer miró uno a uno a sus ayudantes, quienes respondieron asintiendo con sendas muecas. Después del último vistazo a las analíticas y las constantes vitales idóneas para la intervención, ésta se llevó a cabo. Fue Samuel Lebowitz el encargado —no estaba previsto así, pero la invitación de Sheaffer resultó inexcusable— de hundir el bisturí en el pecho de la niña y realizar una incisión transversal hasta obtener una apertura de ambas pleuras, la aorta y la arteria pulmonar.

—Cuando estés listo, Rudi...

En realidad no fueron palabras sino un código de miradas entre ambos colegas. Exactamente en el momento que Sam pinzó la vena cava superior, Rudolf puso en funcionamiento su ingeniería milagrosa: tanto el siseo de la hélice como el bufido de la bomba oxigenador fueron cual arpas de ángel, indicadores de que todo sonaba como una orquesta para iniciar el tránsito de esa sangre, previamente protegida con heparina, que una vez revitalizada y desespumada a través del sistema, sería devuelta por la arteria femoral, recorrido que mantendría las funciones de la niña durante los minutos de intervención interna.

Antes de desenvolver al músculo de su pericardio comprobaron un minuto la funcionalidad del sistema, y cuando fue contrastado, se dio paso al momento crítico. La cirugía a corazón abierto iba a tener lugar.

Sam levantó los ojos buscando los del director de quirófano, Walter Sheaffer, quien a más distancia de la normal miraba el pecho abierto sin ninguna intención de empuñar el bisturí que debía abrir aquella flor roja. Rudolf permanecía atento a la máquina, y Richardson a las constantes. Diez, quince, veinte segundos de indecisión que habrían de restar al tiempo máximo soportado. Algo no estaba funcionando. ¿No fue testigo Rudolf, esta mañana, de cómo Sheaffer vertía el café sobre la mesa de su despacho? ¿No se preguntó por qué se escondía permanentemente las manos tras la espalda? Algo no estaba funcionando al menos a la perfección. Sam le miró un instante. Si Sheaffer no actuaba, ¿qué hacer? Bastó una afirmación contundente por parte de Rudolf Lorre para que su amigo comprendiera la necesidad de continuar.

—Le ruego que haga usted la incisión, Lebowitz.

Ahora no fue una leve inclinación de cabeza sino palabras concretas que el director pronunciaba tras su mascarilla.

Así lo hizo Sam. Abrió el primer corazón humano vivo de su carrera. Le pareció un músculo hueco, prácticamente sin nada dentro. Una vez más miró al director de operaciones, quien esta vez sí se dignó acercarse y valorar la situación.

—Sus constantes están al límite, doctor Sheaffer, presión vascular viable aunque tendiendo a la baja, temperatura estable sin sobrepasar 40°C, la profundidad anestésica es total, en tres minutos máximo —comunicó Richardson, asimismo preocupado y consciente de la situación—, comienzo a rebajar gradualmente las dosis.

La gravedad de la mirada de Sheaffer fue sólo el principio de la realidad pronta a manifestarse. El prestigioso cirujano introdujo un dedo en el corazón de la

niña, y en una suerte de rara concentración miró a ninguna parte para dotar de vista a su ciego índice.

—Doctores... —dijo mientras meneaba la cabeza negativamente—, el defecto es más complicado de lo que esperábamos. Presenta, a mi entender, clara tetralogía de Fallot, advierto dextroposición aórtica, estenosis pulmonar, estenosis tricúspide... y agujero de Botall. Imposible reparar todos estos defectos congénitos, ahora comprendo que es un milagro que esta criatura haya sobrevivido dos años.

Sheaffer sacó el dedo enguantado del corazón y lo mostró. Se le veía entristecido, eso era lo cierto. No menos estupor guardaban sus tres acompañantes.

—Cuatro minutos treinta, doctor...

El director movió una mano en aspa y cerró los ojos lleno de pesadumbre.

—Será mejor que cierre usted el órgano, Lebowitz. Procedan todos con el protocolo médico habitual. No hay nada que hacer.

Se desprendió de su mascarilla y salió de la sala sin pronunciar una palabra más.

Fatalmente, mientras los cirujanos se empleaban en devolver aquel cuerpecito a su estado preoperatorio, la pequeña Daisy Buchanan moría en la mesa de quirófano.

Fue un domingo duro para todos, naturalmente. Quien peor lo pasaba era Sam Lebowitz, no en cambio él hubo abierto tanto el pecho como el infantil corazón. No se trataba de la primera vez que veía morir, pero este caso se le antojaba distinto. Era una niña pequeña, y no una niña cualquiera, sino la nieta de Buchanan, hombre de sobradas influencias. Además, no estaba previsto que él dirigiera el bisturí, pues sólo actuaría de ayudante, por qué Walter Sheaffer le pidió que operase no hallaba respuesta pero sí aumentaba su desconsuelo. Después de todo...

—Déjalo, Sam. Ya oíste al maestro: el estado se mostraba irreversible. El dedo de Walter Sheaffer casi traspasó su espalda. No había nada que hacer.

—No era un corazón de juguete, ni siquiera el corazón de un mono... Sino una niña, Rudi...

—Una niña que no estaba llena de vida, tenía el mismo corazón que una mariposa disecada. Hubiera muerto en horas.

—Vi algo raro a Sheaffer... No sé, distraído, ausente...

—Déjalo, Sam.

—Al menos, la máquina funcionó correctamente...

—Bueno, no se puso a prueba, la paré a los cuatro minutos y medio.

—¿Qué le vas a decir?

—¿Decir? ¿A quién?

—A Buchanan... Está ahí fuera. Sheaffer ha abandonado el hospital, me lo ha dicho Nora.

¡Vaya! Esto sí que no estaba previsto en las tareas dominicales de Rudolf Lorre. Menos aún dar el pésame y explicaciones al afable político que dos horas antes le había apretado las manos con fuerza y confianza. No era el responsable de la operación, en ningún momento tocó a la nieta del senador, sin embargo, allí se encontró delante de aquel hombre lleno de entereza, con la única intención de agradecer el esfuerzo de todo el equipo médico.

—Comprendo que serán momentos muy duros para usted, senador. La salud de la niñita era tan delicada que no ha podido resistir la operación. Hicimos todo cuando pudimos.

—Me consta, doctor Lorre... Sepa que siempre contará usted con mi agradecimiento. ¿Qué mal padecía?

¿Cómo desglosar un tratado de Cardiología en un instante? Rudolf sintetizó en una sola frase cuanto de anormal pudieron detectar en el malogrado corazón.

—Bien... El corazón de un feto no es igual al que se tiene una vez nacido. Momentos antes del nacimiento los órganos se transforman, se preparan para su nuevo estado. El corazón de Daisy no lo hizo. Ella nació, pero su corazón no. Es como si no hubiese completado su metamorfosis. Se le denominan bebés crisálidas.

—Bebés crisálidas... —repitió el senador, incrédulo, apesadumbrado, dudando si denominación tan hermosa pudiera descargarle un poco de su tristeza.

—Dé el pésame a su hijo, senador.

El hombre hundió la cabeza en su pecho y al borde del llanto se despidió con un nudo en la garganta.

En ese momento, las campanas de la iglesia ortodoxa de San Nicolás daban las doce del mediodía.

La siguiente jornada, lunes, Rudolf se levantó muy temprano tras un nuevo sueño turbador. Antes de la amanecida. Aún cimbrecaban al viento de su conciencia los flecos de la muerte de la pequeña Daisy, así como el consuelo prestado tanto a Sam como al senador. Quería ver a su mono, saber si aquel ejemplar de siete kilogramos evolucionaba convenientemente dos semanas después de haberle cosido el pecho. Tomó el autobús hasta la avenida Lexington con la 96th-Este, a escasas manzanas del Mount Sinai. De hecho, ya caminaba por la misma acera del complejo hospitalario cuando creyó adivinar quién lo abandonaba a hora tan temprana, furtiva y presurosamente, dirigiéndose a cruzar la Quinta Avenida para entrar en el parque.

—¡Walter Sheaffer!

No tomó a mal seguir al responsable de Cardiología, de hecho la actitud de éste el día anterior ya le resultó sospechosa y preocupante.

En efecto, siguió prudentemente a Sheaffer hasta meterse él mismo en Central Park. Las campanas de la iglesia rusa tañían las seis de la mañana. Tras un centenar de metros, pudo contemplar cómo el prestigioso médico sacaba del bolsillo de la chaqueta una bolsa de papel y esparcía avellanas y nueces a los pies de unos olmos. Después se separó con prudencia y esperó, quieto como una estatua, sentado en un banco aledaño. Rudolf observaba la escena, perplejo y sin ser detectado se hubiese ido tal como vino de no ser que Walter Sheaffer, en el mismo momento que bajaban un par de ardillas en pos de los frutos, literalmente se desvaneciera hasta caer del banco.

Rudolf le incorporó. Realmente Walter Sheaffer había sufrido un súbito desmayo.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es usted? ¿Qué...?

—No se preocupe, doctor Sheaffer... Soy Lorre, Rudolf Lorre...

—¡Lorre...! ¿Qué hace usted aquí?

—Bueno, le vi cruzar la Quinta Avenida y... me resultó raro... ¿Se encuentra usted bien? Será mejor que le ayude, doctor... Deberíamos ir de inmediato al Sinai, convendría hacerle una exploración...

—Oh, no es necesario, Lorre... Sólo ha sido un desvanecimiento. No he dormido bien... hace tiempo que no duermo bien. Sufro insomnio, fatiga, las manos me tiemblan... Me he despertado bañado en sudor...

Rudolf intentaba llevarle camino de vuelta, y Sheaffer accedió sólo después de comprobar cómo esas ardillas daban cuenta de sus nueces.

—Son maravillosas... Absolutamente... Vengo cada vez que puedo, les echo sus frutos y después me voy al despacho a observarlas con el telescopio... Amigo mío —era la primera vez que la eminencia se dirigía a él en esos cariñosos términos—, ya pocas cosas pueden satisfacerme, y esta es una de ellas.

—¿Está seguro de que se encuentra bien? Su aspecto...

Sheaffer meneó la cabeza y sonrió.

—A usted no puedo engañarle, Lorre. No es sólo un buen médico, sino algo más: un médico especial, usted continúa viendo cuando ya los demás no ven. Y yo ya soy un hombre mayor, que pocas cosas nuevas ha de aprender.

Rudolf se preparó para una noticia sólida. Acertó de pleno.

—Padezco cáncer de vejiga. Su estado es terminal. En el mejor de los casos me quedan dos meses de vida. En el peor, ya lo ha visto... el tiempo que emplean dos ardillas en recuperar unas nueces.



El primer sábado del verano de 1940, ocurrieron dos hechos que aparentemente no tenían conexión alguna. Esa mañana se levantó Rudolf con la inexcusable misión de asistir, justo a las diez en punto, al Centro Judío de Nueva York, al otro lado de Central Park, el mismo sitio adonde una vez fue de la mano de su madre veinte años atrás; allí, tras mediación de Thaddeus Lewis sería oído por el Comité de Asuntos Judíos y asimismo recibiría toda la información disponible respecto a su paradero y estado. Mientras se afeitaba, oía con atención las noticias de *NY Radio Intercontinental*. Y lo que oyó le hizo detener un instante la cuchilla sobre su rostro y mirarse en el espejo, seguramente con la necesidad de encontrar una imagen con la que dotar de un poco de luz a noticia tan oscura.

—Francia se ha rendido... —balbució—. Ni siquiera con la ayuda inglesa han aguantado un mes... ¿Adónde llegará ese Hitler?

Mientras oía con atención que la esvástica ondeaba usando de mástil la antena de la Torre Eiffel, y cómo Adolf Hitler ensayaba pasos de vals ante los rendidos, se preguntaba con pendulares supuestos si eso sería bueno o no para la pronta liberación de su madre.

—Tal vez invadiendo y dominando Francia se dé por satisfecho. ¿Qué provecho pueden sacar de una señora norteamericana que no aparenta ser judía? Bien mirado sería un estorbo para la imagen nazi. Es probable que en señal de buena voluntad ante el resto del mundo se liberen miles de prisioneros. Ese apetito pangermánico ha de saciarse alguna vez.

Tales pensamientos invadían su mente rasurándose la cara, y no le abandonaron durante su trayecto a la importante reunión en el Centro Judío.

Una hora más tarde se hallaba frente a las escalinatas del marmóreo edificio que se levanta entre las avenidas Amsterdam y Columbus, de cierta elegancia urbana, y algo sobrio, aunque rematando su reluciente bóveda coronada con la puntiaguda Estrella de David.

—Haga el favor de esperar en esta sala, doctor Lorre. Ya le avisaré cuando le soliciten —le dijo el secretario, ante quien tuvo que identificarse.

La espera se le hizo larga, aunque no duró más de quince o veinte minutos, por lo delicado del asunto y en gran medida debido a la presencia de aquellos dos individuos con aspecto de reptil, tan silenciosos como sombríos, los mismos acompañantes de Thaddeus Lewis aquella tarde de las bolitas con miel en *Moshe's*, quienes también esperaban, señuelo de que el corpulento judío era uno de los integrantes del Comité de Nueva York.

Por fin, el secretario le acompañó hasta una sala, donde alrededor de una mesa de piedra, y a la luz de un menorah de considerables dimensiones, estaba reunido el conciliábulo, formado por siete miembros.

Ciertamente, ocupando gran espacio entre aquellos hombres estaba Thaddeus... Y ¡Walter Sheaffer!, a quien no veía desde hacía un mes y cuyo aspecto no podía ser más preocupante.

—Haga el favor de sentarse, doctor Lorre... —le conminó el personaje de talmúdica estampa que ocupaba la presidencia de aquella mesa.

Vestían trajes de ciudad, ninguno llevaba insignia judía excepto las kipás obligatorias por hallarse bajo el techo de una sinagoga, sin embargo emanarían esencia hebrea aun desnudos, pues en todos ellos, por barbados y diferentes que fueran, se apreciaba esa propiedad inasible, el divino alcanfor milenar que únicamente secretan los varones hebreos.

—¡Alabada sea Israel! —sentenció uno de aquellos hombres, quien se acercó a besarle las mejillas—. ¡El joven Lorre...! ¡Alabada sea Israel!

Rudolf le miró, algo extrañado hasta que logró distinguirlo a pesar de tanto

tiempo transcurrido. Sí, era Johnson, aquel Johnson que una vez entregó a su madre, en este mismo edificio, la importante suma de un talento judío.

Thaddeus Lewis tuvo la gentileza de pronunciar unas breves palabras referentes al caso que se habría de tratar.

—Conocemos el asunto, Lewis... —dijo aquel que ejercía de maestro, un hombre de aspecto imponente, rostro cuadrado y tez rojiza, quien a pesar de su robusta voz apenas movía los labios al hablar—. Señor Lorre, en las próximas dos semanas, llegarán a puertos de los Estados Unidos tres trasatlánticos con pasajeros que huyen de la presión nazi; por supuesto estas iniciativas se deben a nuestro Centro de Acogida y Actividades Judías, del que es responsable el señor Johnson, a quien conoce...

—Uno de esos buques arribará al puerto de Nueva York... —adelantó Johnson—. Pero, desgraciadamente...

Hubo varios segundos de silencio. Casi se oían crepitar las siete llamas del candelabro.

—Hemos revisado las listas de pasajeros y Sarah Georginas Parker no se encuentra en ellas... Si lo desea podemos facilitarle una copia...

—En verdad, sabemos muy poco de su madre, doctor Lorre... —anunció con voz opaca, clavándole los ojos, uno de aquellos rabinos, el de cabello blanco, llamado Zacharias Newman—. Sarah Georginas Parker prestó servicios a nuestra causa, pero desde su retorno a Europa cada vez fueron menos frecuentes noticias suyas, y su misma persona se nos disipa... como si la envolviese una niebla.

—En las guerras se puede decir que la niebla nunca desaparece por completo, doctor —advirtió un tipo rechoncho, de gran papada y acento suave, llamado Allan Cohen, famoso empresario inmobiliario, dueño de varios edificios en West Side, cerca de este lugar, así como de barrios enteros al sur de Brooklyn que mantenía alquilados a comunidades ortodoxas.

—Le aseguramos que estamos tan interesados como usted en dar con el paradero de su madre —afirmó el rabino maestro.

—¿Tan interesados como yo? ¿Y lo único que pretenden es darme la copia de una lista de embarque?

Fue la primera vez que Rudolf habló.

—Usted —continuó, señalando con el gesto a Thaddeus Lewis—, usted me dijo que un par de meses sabrían algo, que era probable su regreso a los Estados Unidos...

—Exacto, que era probable que volviese su madre, igual que regresan otros. Que existía la probabilidad pero no la seguridad, eso fue lo que le dije, Lorre... —se defendió, molesto, el aludido.

—Usted me dijo que estaba en un campo de concentración, en el más seguro de todos...

—Y así, al menos, era —sentenció el presidente—. Aún más, algunos de los que sí vienen en las listas fueron liberados del campo de Theresien, donde ha permanecido su madre un año entero. Eso es cuanto sabemos.

—¿Ha permanecido, dice usted?

—Es posible que ahora esté en Berlín...

—¿Berlín?

—Exacto. Su madre fue trasladada a Berlín. Creí que ya lo sabía... Es posible que la mantengan retenida hasta que esto acabe. No sabemos nada más de ella.

—Y tenga en cuenta —continuó Johnson—, que incluso Chaim Weizman se ha interesado por su paradero.

—Daremos con su madre, doctor Lorre... —dijo otro de los presentes, un tal

Jacobson, el más taciturno y quizá el de aspecto más hebraico de los allí reunidos, resaltado tanto por sus bucles que se devanaban sienes abajo como por la enmarañada barba bermeja que le cubría gran parte del rostro—. Nadie, ni nada, puede esfumarse. Ha de tener paciencia.

—¿Paciencia? Señores... Están hablando de mi madre, ¿cómo puede tener nadie paciencia de esta manera? Díganme un lugar de Berlín y yo mismo iré a buscarla. Ya hace dos años que salió de aquí, y más de uno que no tengo noticias suyas...

—¿Piensa usted hacer la guerra a Alemania armado con un bisturí, doctor? —le preguntó Allan Cohen con su vocecita.

—Tenga en cuenta —dijo Newman—, que es una entre muchas.

—Aunque todos consideramos que es una mujer especial. De eso no tenga duda... —dijo suavemente Johnson, personaje ladino que ya causó una repulsiva impresión a Rudolf cuando le vio por primera vez y se refirió a su madre como *La amante de Weizman*.

—Y que resulta un gran esfuerzo —continuó Newman, el hombre que hablaba clavando los ojos y el de mayor edad del conciliábulo—, en todos los aspectos, lograr que algunos de nuestros hermanos escapen a las garras hitlerianas. ¿No sabe usted que nos matan por miles? Óigalo, doctor, a personas tan íntegras como su madre y con hijos tan soberbios como usted. ¿Ignora, acaso, que nos desposeen de lo que es nuestro, que está en juego la historia y la razón de nuestro pueblo, y que Israel está por encima de todas nuestras madres?

Por un momento Rudolf se vio sobrepasado, aturdido. Oyendo tales manifestaciones se sentía en el inicio, a solas en el extremo de un camino ondulante y peligroso, frente a esos siete rabinos apelotonados como apóstoles en el otro extremo de la mesa.

—*Díganme un lugar de Berlín y yo mismo iré a buscarla...*—repitió Jacobson, el rabino de los bucles, usando exactamente sus mismas palabras—. ¿Habla alemán?

Rudolf le miró. Aquel hombre se había expresado de una manera especial, y su inquietud parecía atender más a propios pensamientos que al tema tratado.

—Si buscase a su madre en Berlín, no tendría más remedio que hablar alemán... Un buen alemán, diría yo...

—Sí... Hablo alemán, rabino Jacobson.

—¿Un buen alemán?

—Hace veinte años que no me dirijo a nadie en esa lengua, alguna vez sí lo usaba con mi madre...

—¿Un buen alemán, doctor Lorre?

—Sí... Supongo que tan bueno como el de un berlinés.

—No pierda la confianza —recomendó el rabino Newman incorporándose—, un judío justo jamás lo hace. No se limite a leer la Torá, y salga a la calle como muchos de nosotros a pedir, a exigir que este país le declare la guerra a Alemania.

—Doctor Lorre, nosotros nos pondremos en contacto con usted —consideró aquel hombre de tez rojiza, con tal seguridad en sus palabras que a Rudolf no le cupo ninguna duda de que así sería.

## Capítulo Cuarto

Una hora después de su presencia en las catacumbas de la avenida Amsterdam, reflexionaba Rudolf en el *Metsovo*, tomando tacitas de café y rememorando uno a uno cada acto, cada episodio y palabra dicha u oída en el Centro Judío. Visualizaba los rostros de los siete rabinos, analizaba hasta los silencios, pesaba cada gesto, medía cada mirada.

—Supuse que le encontraría aquí, Lorre.

No pudo haber mayor sorpresa excepto que hubiese sido su propia madre quien acabara de entrar en el café griego y tomase asiento en su velador.

—¡Doctor Sheaffer!

—Doctor Lorre...

Parecía tan afable y cansado su tono, tan incolora su mirada tras las enormes gafas, que Walter Sheaffer aparentaba veinte años más. Desde luego, ese cáncer terminal le había mantenido apartado los dos últimos meses del Mount Sinai, pero en tal estado resultaba inútil apartarse de nada.

—Doctor Sheaffer, fue muy gratificante encontrarle en el Comité de los siete...

El hombre asintió.

—También fue agradable para mí verle, Lorre... ¿Qué tal le va con esos macacos?

—Bueno... Me quedan cuatro ejemplares. Aquel de los siete kilogramos no pudo superar la última infección.

—No se preocupe, técnicamente la operación fue un éxito. El postoperatorio no es asunto de quirófano sino de cuidados. De seguir así se convertirá en uno de los mejores especialistas del mundo. Y muy pronto la Ciencia oirá hablar de usted.

—Creo que exagera un poco...

Y tal vez lo hacía, pero quien así hablaba, aparte de ser pionero en la materia y de haber recibido los más importantes reconocimientos, poco tenía ya que mentir o esconder.

—He dado los mejores informes sobre sus estudios de campo y sus investigaciones. Desde mi punto de vista es usted el más capacitado...

—¿El más capacitado?

Walter Sheaffer asintió, mas se vio sorprendido por aquel soniquete claro como el agua.

—¿*Sketos, metrios, ilikós?*

El camarero griego esperó atento la decisión del cliente, quien oportunamente fue informado por Rudolf sobre el significado de las atávicas sílabas.

—Entonces, creo que lo tomaré con la mitad de azúcar... —decidió Walter Sheaffer.

Guardó unos minutos de silencio que Rudolf respetó, pues el hombre parecía irse, desubicarse, perderse en espesos pensamientos. Y todavía tomó un sorbo de su café que paladeó con satisfacción.

—El más capacitado para sustituirme. Dadas las circunstancias, no tengo otra opción que abandonar la labor emprendida. He dedicado cuarenta años a este trabajo, Lorre. Conozco un corazón mejor que mi propio rostro. Pero todo concluye...

Rudolf apuraba su tercera tacita, tan minúsculas son, y miraba atento al hasta hoy director de investigación cardiológica y trasplante del Mount Sinai Hospital.

—Para acceder a la dirección general del hospital —continuó— el más capacitado debe reunir ciertas condiciones. Y usted sólo es el más capacitado médicamente hablando... ¿Me comprende, Lorre?

—Creo que sí, doctor Sheaffer... Pero, bien, usted ha estado en ese

Comité... Mis preocupaciones, hoy día, van encaminadas a encontrar a mi madre...

—No será tarea fácil... Hay miles de judíos que quieren salir de Europa a toda costa, e igual número de ciudadanos americanos abogando por ellos. ¿No oyó a David Ziegelheim?

—¿Ziegelheim? ¿Se refiere a...?

—Sí... El rabino maestro... Habrá visto sus barberías repartidas por Manhattan y Brooklyn, también es propietario de muchos de esos taxis amarillos. Sólo puedo decir que creo con firmeza que están interesados en ese tema, Thaddeus Lewis insistió mucho en ello. Si algo se puede hacer: el Comité lo hará, Lorre. Pero las cosas no están fáciles al otro lado, y tengo entendido que su madre ya rechazó una posibilidad de regreso poco antes de ser detenida por la Gestapo y llevada a Theresien. Ziegelheim, y otros, creen que puede estar viva, retenida en un lugar secreto.

—¿Retenida? ¿Qué pueden querer de ella?

—Con toda probabilidad, información. Es ciudadana estadounidense.

—Cierto, pero no es militar, ni científica, ni espía, nada que se le parezca, fue a Europa obsesionada en pos de una herencia, de un maldito castillo ruinoso.

—Un rabino dijo que su madre se había dedicado a la interpretación de sueños.

Rudolf miró con delicadeza a Walter Sheaffer. De súbito toda su apostura se había convertido en la de un hombre mayor, achacoso, y hasta sus pensamientos parecían haber perdido ese brillo tantas veces fulgente en sus intervenciones.

—Sí... Mi madre mantuvo algunos años un gabinete de interpretación onírica...

—Aseguran que era muy acertada. Una gran especialista.

—Así es.

—Tal vez esos jefes nazis busquen eso.

Walter Sheaffer apuró su tacita y miró a la nada.

—Tal vez busquen saber qué sueñan...

El camarero griego se acercó, atento a un gesto de Rudolf. El buen hombre meneó la cabeza insultado y se daba toques en el oído para significar que venía de oír la radio.

—Francia se ha rendido, señor. Ese alemán ha puesto su bandera en todo lo alto de la Torre Eiffel... Están locos en Europa. Alguien tendrá que parar los pies a ese Hitler.

El doctor Sheaffer hizo ademán de pagar los cafés, mas metió la mano en su chaqueta y únicamente acertó a sacar dos nueces que dejó sobre la mesa del *Metsovo*.

La tarde de ese domingo prefirió no salir de casa. Escuchó tantas veces en *Radio NY* que la bandera nazi se izaba en París que cerraba los ojos y casi la veía ondear. Con seguridad, aquella jornada contenía elementos que merecían la pena ser tomados en cuenta. Hubiese sido preferible analizar desde el sosiego de su cama las sensaciones producidas por esos rabinos presurosos, y desde luego la escueta información obtenida con respecto al paradero de su madre. También contenía el mediodía de ese domingo la conversación inesperada en el café griego con el cuidador de ardillas Walter Sheaffer. ¿De qué habían hablado? ¿Acaso no se limitaron a hablar de la muerte? Sí, esa era la emoción, y no otra, que inundaba su apartamento de la calle Anderson. De poco valía cerrar los ojos, o intentar oír como otras tardes el fragor de las aguas del Harlem y del East River cuando chocan al subir la marea, a cuatro manzanas de aquí.

Eran tan valiosos los monos rhesus que le quedaban en el Mount Sinai que los días siguientes no se separó de ellos, tratándolos como si fueran las últimas selvas vírgenes de una gran aventura. En realidad apenas habló con nadie, tampoco se extrañó de no haberse cruzado con Lebowitz en todo ese tiempo. Su máxima preocupación profesional se limitaba a conseguir dosis de heparina con las que iniciar el nuevo ensayo de trasplante. Precisamente el interés por ese polvo mágico propició que jornadas más tarde se encontrasen ambos colegas junto a la entrada del despacho del gran jefe moribundo.

—¡Rudi! Ahora mismo pensaba ir a verte... ¿Cómo estás amigo?

—Caramba, Sam... Hace dos semanas que no te veo y pareces otra persona, ¿se puede saber...?

No era metafórico el estupor que sintió Rudolf al contemplar la estampa de su colega, pues le halló, literalmente, dorado: hasta había cambiado el modelo de gafas y de traje, parecía más alto, más importante, aupado de punteras en un escalón invisible para los demás. Todo él irradiaba cual un sol en el cenit, le chispeaban los ojos, la sonrisa se le estiraba franca e interminable.

—Amigo mío, Rudi...

Se dejó ver. Abrió los brazos y sólo le faltó girar como una modelo.

—Cuando uno pasa diez días en Florida es imposible ocultarlo...

Rudolf silbó de asombro.

—Tienes ante tus ojos a quien ha representado al Mount Sinai en el Congreso bianual de Cardiología, ni más ni menos que en Florida... ¿Y te imaginas que visita recibí?

Sam Lebowitz parecía contento de verdad. Se acercó a Rudolf para soplarle al oído lejos de la secretaria.

—Rebeca White...

—¡Vaya...!

—Creo que tendré que casarme con ella, Rudi...

Ahora no pudo evitar una risilla comprometedora.

—Sam, ¿sabes algo de la heparina?

—¿La heparina? Un momento... Señorita Lange, ¿se ha recibido algún paquete con el correo de hoy?

—No, doctor Lebowitz... Sólo algunas cartas para el doctor Sheaffer.

—Ya lo has oído, Rudi. En cuanto sepa algo te lo haré saber.

—Eh... Sam... No sabía que tú...

—No, nada de eso, Rudi. Sheaffer se encuentra en Mount Sinai... En los cuidados intensivos del Pabellón Guggenheim, su estado de salud es crítico... De la dirección me pidieron, bueno, que me hiciera cargo de los envíos como tu heparina.

Samuel Lebowitz abrió los brazos como si intentara abarcar con ellos los siete edificios, exactamente igual a como lo haría Walter Sheaffer.

—Cada vez me parece más grande este hospital, amigo. Ahora tengo que hacer, Rudi, ya me duelen las piernas de recorrerme estos pasillos. Eh, ¿algo nuevo de tu madre?

—Estuve delante de ese Comité...

Una llamada telefónica interrumpió la prolongación de la charla en ese territorio resbaladizo que viene a ser la puerta de un despacho.

—Será mejor que conteste dentro. Llevo toda la maldita mañana hablando con laboratorios, supongo que es el castigo por haber estado en Florida. Bueno, Rudi, luego pasaré a recogerte, quiero comer contigo, hemos de hablar...

No fue así. Pasada la una de la tarde Sam no apareció por las dependencias de Rudolf, quien tomó el camino hacia el *Metsovo*, sintiendo, como tantas otras veces, la sombra del Mount Sinai desplomarse sobre su espalda. Y de nuevo pasaron unos días hasta que tuvo lugar su reencuentro con Sam, quien según disminuía la vida de Walter Sheaffer aumentaba su influencia sobre uno de los edificios más emblemáticos del complejo. Él no lo tomaba a mal. ¿Por qué razón no iba a luchar Samuel Lebowitz por la dirección de Cardiología y trasplante del Mount Sinai? ¿Quién podía impedirlo? Ni por supuesto envidiaba ese proceder. Sus miras no estaban en dirigir, sino en actuar. Él no ansiaba repartir órdenes ni elaborar tontos protocolos sobre unas decenas de cardiólogos neófitos, tampoco asistir a congresos llenos de esmóquines y sol, tan bien remunerados en dólares y relaciones, sino desentrañar en un modelo de la naturaleza, en el corazón de un mono, el misterio, la complejidad de la vida.

Por insistencia de Sam comieron en el *Moshe's* de la Avenida Lexington con la 86th.

—Tendré que habituarme a no comer más que kosher, amigo mío. Los White son judíos antiguos, una de las familias que desembarcaron en el *May Flower* hebreo. En casa de Solomon White no se bebe una gota de vino impuro.

—Parece que la cosa va en serio...

—Sí... Es probable que en la primera mitad del próximo año debas asistir a una boda. Y tú deberías pensar en lo mismo.

—¿Yo? Bromeas, Sam... De sobra conoces mis preocupaciones.

—Eh, por esos macacos no tengas problemas... Me he encargado personalmente de solicitar un nuevo envío, y no es cosa fácil... El Mount está muy interesado en tus investigaciones.

—No me refería a los rhesus...

—¡Claro! Bueno, esos nazis no tardarán en enviar un millar de aviones sobre Inglaterra. ¿Te imaginas, Rudi? Mil aviones diarios, brom-brom-brom, uno tras otro cruzando el Canal machaconamente. En algunos aspectos la guerra debe ser impresionante. Aunque a ti debe impresionarte menos.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, naciste en Europa... Quien ha nacido en el Viejo Mundo ha nacido en una guerra o entre ellas. Eso afirma Lewis.

Sam Lebowitz levantó una batata rellena de pato.

—¿Carne o pescado? Un europeo no se lo pregunta, un judío sí.

—¿Le has visto últimamente?

—Ayer mismo. Se presentó con levita y yarmulke en el Mount. Estuvo por el pabellón, visitando a Sheaffer, y de paso charlamos un poco. Es curioso Thaddeus Lewis, sólo sabe hablar de la guerra y de esas bolitas de miel. Nada hay en el mundo que pueda interesarle más, si acaso los diamantes.

—¿Te dijo algo sobre... ya sabes, sobre mi madre?

—No... Él también está intrigado, Rudi, créelo, todos lo están. Eso me dijo.

Han llegado mil quinientos judíos desde Europa y ella no está, nadie sabe nada, se ha esfumado, se la ha tragado la tierra, no encuentran otra explicación...

—Yo sí, que la hayan matado. He oído hablar de la Gestapo.

—No debes pensar eso, Rudi. Tu madre tiene pasaporte norteamericano, ¿no lo comprendes? Mira...

Sam señaló una bandera de barras y estrellas, una de tantas que colgaban en la Avenida Lexington.

—Te aseguro que una bandera similar a esta cuelga en la Embajada de los Estados Unidos en Berlín. Ese trapo, amigo, siempre será una vela llena de buen viento en mitad del océano de nazis. Eh, Rudi, esto no tiene más remedio que acabar. Sé paciente. Es posible que esté escondida, incomunicada, y no logre contactar con servicios americanos... Imagínalo por un momento. Y no temas, amigo, esta guerra la ganará Israel.

Abandonaron el restaurante y pasearon por la suave cuesta abajo de la Lexington. Era un día precioso. Lucía el sol, pero desde un montón de esquinas en esa parte de Manhattan la brisa del océano se dejaba notar, y era muy gratificante sentir cómo la vida hecha aire te acariciaba el rostro. La gente iba y venía, nada parecía perturbar a la inmensa comunidad neoyorquina en su engranaje urbano, taxis arriba y abajo, letras luminosas, kioscos callejeros, el alboroto a ritmo de balada. Si en las tapias parisinas se fusilaba gente inocente en Nueva York se usaban para emplastar grandes anuncios de autos y cigarrillos, concursos disparatados y rutilantes estrenos cinematográficos; si en la Manhattan de Varsovia se moría de hambre y tristeza, el barómetro emocional de 1940 hacía que la gente de aquí se sintiera formando parte de una de esas películas, melodramas con tipos duros y mujeres fatales que no paraban de fumar, de los que nadie deseaba salir.

—¿Qué piensas hacer mañana?

—Iré a ver los macacos. Ajustar la máquina extracorpórea, quiero hacer unas modificaciones, tengo una idea con la bomba oxigenador, ya sabes... Y tal vez visite a Sheaffer.

—Le gustará. Te aprecia de verdad.

Lebowitz se detuvo un momento, limpió sus gafas y argumentó ayudándose con las manos. Tenía la misma edad que Rudolf, era algo más alto y más apuesto, y se mostraba muy habilidoso tanto en su trabajo médico como en sus correrías de despachos y congresos, pero había circunstancias en que ninguna de aquellas propiedades le resultaban válidas para atreverse a dar un paso adelante, necesitaba un apoyo, un mediador. Thaddeus Lewis era su barandilla de oro en el orbe judío, pero ¿a quién, sino a su admirado Rudi, podría él pedir un favor de esta naturaleza?

—Lo decía porque tengo un pequeño problema que resolver, y tú podrías echarme una mano, Rudi. Verás... esta noche voy a cenar con los White, en Brooklyn... El lunes parten de vacaciones a una casita de Providence. Así que mañana sábado he prometido a Rebeca que iremos a Coney Island. Es el último día que tendremos para estar juntos en un mes. Lógicamente irá acompañada por una de sus amigas.

—¿Y necesitas un amigo?

—¡Exacto!

—Lo siento, Sam. Tengo planes para mañana, ya te los he comentado... Y quiero pasar la tarde estudiando, paseando. Hace días que sólo dedico el verdadero tiempo a mí mismo. ¿Por qué no hablas con ese Richardson?

—¿Richardson? No digas tonterías, Rudi. Además, ese tipo tiene novia. Sus amigas son todas buenas chicas, de respetables apellidos de Queens. Te iría bien conocer gente, relacionarte, sí, eso te distraerá, vas a terminar oliendo a mono... y le harás un favor a tu amigo Sam.



No había sido lo previsto. Tal como dijo, acudió a ver sus animales, a los que dedicaría gran parte de la mañana efectuando metódicas pruebas médicas, después subió al Pabellón Guggenheim para visitar a Sheaffer. El pobre hombre estaba francamente mal y casi no podía hablar, pero Rudolf le habló de sus proyectos, de Central Park, y de las ardillas, comentarios a los que el todavía director de Cardiología y trasplante respondía con lacónicas sonrisas. No había sido lo previsto y además lo tomó con cierto fastidio. Hubiese preferido estar en casa, pasear sin rumbo por Central Park, o esparcir él mismo las nueces de Sheaffer, y no disponerse a recorrer veinte kilómetros de subterráneo, los que separan el Alto Manhattan del sudeste de Long Island, el final de trayecto de la concurrida línea verde y el inicio de un teatro maravilloso en la vida de Rudolf Lorre.

Ya ellos esperaban y a la voz de Sam acudió Rudolf. No conocía a Rebeca White, y por supuesto tampoco a su amiga. La novia de Sam Lebowitz era una chica bastante distinguida, delgada, alta, de sobria, elegante belleza y de buena familia asentada en Brooklyn Heights, uno de los mejores barrios, cercano al puente. Saludó a Rudolf llena de simpatía.

—Sam no para de hablar de ti. Estaba deseosa de conocer a un genio de la Medicina, nada menos que al doctor Lorre.

Él la saludo con una delicada reverencia.

—Si conoces bien a Sam —le confesó— sabrás que es bastante exagerado...

—Y esta es mi amiga Ida...

No era la primera mujer que conocía Rudolf, a quien no faltaron aspirantes enamoradizas, pero sí fue la primera mujer que a Rudolf le pareció distinta a todas las demás. Y en cierta medida así era. Tenía Ida unos preciosos ojos azul ceniciento, llevaba encasquetado un diminuto sombrero de color amarillo, y un traje de dos piezas con faldas de tubo y chaqueta veraniega de suaves hombreras que le daban cierto toque masculino.

—¿Así que eres el famoso médico de los monos?

Bien, no habían sido las mejores palabras que uno espera oír de una dama cuando acaba de conocerla, pero el hombre dispuesto a abrir el pecho de un macaco sin temblarle el pulso no encontraba las palabras precisas para dar respuesta tan sencilla, y se limitaba a fijarse casi hipnotizado en los rasgos de Ida, sus cejas articuladas como alas de paloma y el discreto maquillaje que en vez de marcar su pintoresca belleza profundizaba sus rasgos, como escondiéndola del mundo exterior.

—Supongo que sí. Es un placer, señorita Ida...

Todavía no eran las cinco de la tarde, pero el lugar bullía de variopinta humanidad y sol. Familias enteras caminaban de un lado a otro de las avenidas de Coney Island, orgullosos niños desfilaban sujetando globos o señalaban las tacitas de té giratorias de *Astroland*, donde todos soñaban girar hasta deshacerse como terrones de azúcar, y grupos de jovencitas reían imaginando ser heroínas de las últimas películas seguidas de cerca por soldados de reemplazo, mujeres orondas caminaban engarzadas al brazo de sus esposos, pandas de groseros bebedores de cerveza se dejaban notar en esta o aquella esquina y el ruido de las mil atracciones y los mil megáfonos de charlatanes llenaban el ambiente de éter, locura y mundo. Así que en primer lugar decidieron dar un paseo por el entarimado de la playa, contemplando a bañistas, tumbones y algunos barcos en la lejanía, y sentir que habían llegado al fin del territorio.

—Uf... Lo que más me molesta de las playas es precisamente la arena —sugirió Rebeca White con cierto fastidio—; no me lo toméis a mal pero prefiero las playas de Providence.

—Tienes razón, querida, me ocurre lo mismo, la arena de Nueva York se

mete por todos lados, será mejor que tomemos un refresco y luego nos sumerjamos en ese infierno pagano a nuestras espaldas, además...

—Además, exponerse tanto tiempo al sol no es bueno para la piel de una señorita —terminó diciendo su prometida.

De regreso a la Avenida Surf ya se vieron totalmente inmersos en el vórtice de aquella multitudinaria feria repleta de cosas sorprendentes, chillones colores y penetrante olor a salchichas, hasta que por fin hallaron un pequeño bar donde pudieron planear qué hacer en tan extraordinario laberinto de sensaciones.

Rudi miraba embelesado aquel planeta, fascinante como un mundo paralelo e inexplorado, aparentemente ajeno a su entorno habitual de rhesus, espumas y heparina.

—No hace falta que esté tan serio, doctor... —le susurró Ida, a su lado—. Esto no es más que Sodoma junto al mar...

Sam Lebowitz, el gran activador del grupo, no quiso perder la oportunidad de echar una carrera a lomos de un caballo a tamaño natural, claro que mecánico, en el hipódromo atracción de *Steeplechase* mientras recibía los aplausos de su prometida y los ánimos de Ida y Rudolf.

—¿Tú no montas? Tienes más tipo de jockey que Sam.

—No... No lo hice nunca, y no creo que un caballo de tuercas y tornillos sea lo mejor para iniciarse en las carreras.

—Parece que no dejas de pensar en esos monos...

—Eh, no todos son monos en la vida de un médico. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

Ida sonrió en total franqueza y aún aplaudiendo el fin de la carrera, que no ganó Sam, le miró.

A Rudolf volvió a parecerle una mujer sugerente, única en el mundo. Alrededor había jóvenes más rubias y altas, acaso más esbeltas que Ida; y en su vida cotidiana sólo tenía que cruzar por los pasillos del Mount Sinai para toparse con chicas bonitas; pero de su persona emanaba un hálito que la distinguía entre todas.

—Me dedico a vivir...

—Y vive muy bien, puedo asegurártelo, Rudolf. Deberías pedirle que te enseñe sus dibujos —intervino Rebeca.

—¿Dibujos? ¿Eres artista?

—Ya te lo he dicho, doctor, me dedico a vivir, y para eso estoy en el mundo: para comerme la vida como si fuera un pastel. Y si no quedo satisfecha con un solo mundo, dibujo otro igual de redondo y giratorio. Así que será mejor que giremos nosotros: me acaban de propinar el segundo codazo.

—¿Habéis visto?

Sam llegó riendo, con falso aspecto de enfadado.

—Me ha tocado el caballo cojo... Al menos era cojo de dos engranajes... ¿Oíais cómo chirriaba en la curva?

Todavía tomaron las chicas enormes nubes de algodón de azúcar con los que bromearon mientras pacientemente hacían cola para subir a la sensación reina de Coney Island: la majestuosa montaña rusa *The Cyclone*. La fila de gente era formidable, tan espectacular como la misma atracción; Rudolf la miró aterrado, pero nada pudo hacer sino soportar una hora a que bajaran veinte grupos de alocados pasajeros que se habían atrevido a conocer por un instante la muerte en las vertiginosas caídas de sesenta grados.

—Supongo que para un cirujano estas impresiones deben ser como simples cosquillas en los pies.

—¿Por qué dices tal cosa?

Ella le señaló un letrero que advertía a los usuarios de la montaña

rusa: *Sujeten sus sombreros, pelucas y anteojos*, y no resultaba vana la advertencia pues a pie de letrero había, en efecto, un cajón surtido con muestras de lo anunciado que tanto daba risa como cierto pavor.

Ida se agarró a su brazo por primera vez cuando estaban a punto de subir al vagón que les había tocado, delante de Sam y Rebeca. Desde luego la experiencia resultó vibrante; no en vano los carricoches subieron de espaldas, lentamente, hasta la máxima altura marcada en veinticinco metros, y durante dos minutos expandidos a la eternidad se precipitaron a más de cien kilómetros por hora a un horizonte aparentemente sin final donde todos iban a perder la vida, entonces aquella serpiente de hierro daba un giro imposible, y con él a muchas columnas vertebrales de los pasajeros, y volvía a subir para después... Resultó sorprendente cuánto pueden durar en ciertas ocasiones ciento veinte segundos. Nadie que subiera por primera vez a *The Cyclones* alió jamás indiferente. Y mucho menos Rudolf Lorre.

Pues ella se asió a su brazo, una, dos, tres veces, y el pavoroso médico se agarró también a Ida, entre risas, gritos y toda suerte de sentimientos al borde de un precipicio. Cuando tomaron tierra aún continuó el mundo girando alocadamente unos instantes, ellos estaban casi abrazados, como si aquella no hubiese sido única vuelta, sino la ciento y una sin parar en la montaña rusa.

—Ha sido fantástico... Siempre me lo parece...

—¿Has montado más veces en esta tortura? No comprendo cómo miles de personas pueden pagar diez centavos por una experiencia similar...

—¿Bromeas? Este año es la tercera que subo a *The Cyclone*, esta montaña y yo nos estamos convirtiendo en amantes, tendrías que haber visto esto el 4 de julio...

—Eh, amigos... Si todavía estáis enteros os invito a perritos calientes en *Nathan's*. Eso es parte del ritual, muchacho... Por cierto, si alguien engulle más de veinte perritos en doce minutos, paga la casa...

De veras estaba contento Sam Lebowitz. Y entre la turbamulta se dirigieron al concurrido establecimiento de la Avenida Surf.

—Eh, Rudi... Hacéis muy buena pareja...

Sam lo decía casi al oído, aprovechando que ellas se adelantaban unos metros.

—Y bien que os agarrabais en el carricoche, hasta Rebeca se ha reído... *Jamás le he visto agarrar así a nadie...*

—No digas tonterías, Sam. Es la emoción. Cualquiera se agarra a lo que sea mientras es deshuesado encima de esos cacharros. Creí que nos matábamos. Además, era yo quien no soltaba su brazo, amigo, ella ha venido un montón de veces, acaba de decírmelo.

—Eso no importa. Después de todo, Ida no vive lejos. Y es muy guapa...

Bueno, sin duda Sam exageraba en cuanto a la belleza de Ida si la comparaba con su glamurosa Rebeca.

—Yo diría que es enigmática —sentenció Rudolf.

—¡Vaya, Rudi! ¡Enigmática! A Ida le encantará saberlo. Es artista... O algo así.

—Dibuja, me lo ha dicho Rebeca...

—Pues debe dibujar billetes de cien dólares: también es bastante rica.

A Rudolf le parecía todavía más que eso. Artista o bastante rica, poseedora de belleza o de una genuina estampa. Sin duda aquella chica de veintipocos años conseguía, seguramente sin proponérselo, la combinación química perfecta para que él se sintiera anestesiado y súbitamente confuso cual un rhesus antes de serle afeitado el pecho.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ida.

—Oh, sí... Estoy perfectamente, bueno, todavía componiendo cada órgano

en su lugar... Creí que me rompía en pedazos.

—Ahora eres tú quien exagera... Seguro que debe ser más emocionante ver qué tiene un mono en su interior.

—Pues un corazón...

—¿Sólo un corazón?

—Sí, como una ciruela palpitante.

—Pobres animales...

—¡Eh! Amigos, no es este el lugar apropiado para hablar de ciertas cosas, debemos divertirnos, y cuando me termine esta cerveza —Lebowitz apuntó al aire—, os voy a demostrar quién es el vaquero con mejor puntería de Nueva York.

No anduvo muy lejos la demostración de Sam. Un par de calles abajo de *Nathan's* el fragor de Coney Island tomaba su máxima potencia. Miles de visitantes abarrotaban todas y cada una de las atracciones, payasos, vendedores ambulantes, magos callejeros y las ofertas más insólitas que se pudiese imaginar. Sam Lebowitz señaló una de las casetas, llamada *Buffalo Sioux*, destinada a escopetas de feria donde el premio era el tesoro del momento en todos los rincones de los Estados Unidos: *La muñeca Scarlett*, una réplica, con varios modelos de vestidos, de la protagonista de la celebrada película que todas las mujeres ansiaban. Rebeca no consiguió disimular su ilusión, y su amado Sam necesitó disparar veinte veces hasta conseguir el regalo. Rudolf tuvo algo más de suerte, y en una caseta aledaña logró derribar unos botes a pelotazos, lo que devino en un monito de peluche que, lógicamente, regaló a Ida.

Según caía la tarde, las luces de la feria vertían mayor magia, si era eso posible, a aquel extravagante mundo a las orillas del Atlántico. Divertidos pasearon por la travesía de los seres extraños y los *freaks* más chocantes, *La Señorita Anaconda*, distintos tragasables y tragafuegos, el caballero de los dos estómagos quien vomitaba pececillos vivos, otro tipo que comía insectos y los mexicanos *auténticos hombres lobos* compartiendo cartel con el mitad hombre-mitad mujer... Toda rareza se anunciaba con insistencia, ilustrada en exagerados y coloristas carteles a la puerta de las barracas donde unos tipos, no menos raros que las variedades del espectáculo, chistera raída y megáfono en mano, no cesaban de señalar invitando a pasar a los perplejos transeúntes por dos monedas de un níquel.

—Este es mi momento favorito —confesó Ida—, justo cuando desaparece la luz natural y la feria parece más grande y sobretodo más extraña. ¿Tú vives en Manhattan, verdad?

—Así es... Y tú, cerca de aquí. Por eso conoces tan bien esta luz, e igualmente por eso te has convertido en la amante de esa montaña rusa.

Ambos rieron. Momentos después se hallaban de nuevo en la cola de una de las atracciones más populares de Coney Island. La prestigiosa rueda de la fortuna neoyorquina, donde los coches colgantes, al arrullo del océano, se columpian a cuarenta metros de altura.

—Te aseguro que el panorama desde lo alto de la *Wonder Wheel* es espectacular... Puedes contemplar el océano hasta que se pierde en el horizonte, y al otro lado tienes una impresionante vista de la urbe, desde Queens al Bronx.

Azarosamente, Sam y Rebeca subieron los últimos haciendo el completo de pasajeros en uno de los recorridos, y ellos debieron esperar diez minutos, entre tanta gente, en tan apretada cola, que Rudolf se vio felizmente obligado a protegerla con sus brazos. Incapaces de ver cómo ni dónde bajaban sus amigos, y empujados por la masa y las prisas de los empleados se hallaron balanceándose, los dos solos sobre Nueva York, mientras aparecían las primeras estrellas.

—Estoy muy contento de estar aquí... Hacía tiempo que no disfrutaba tanto.

—Yo también...

—Y quiero darte las gracias... Si tú no llegas a venir, no lo hubiese hecho

yo... Fue Sam quien me pidió, bueno...

—A mí me dijeron algo parecido... Y estuve en un tris de no acompañaros, pero Rebeca insistió. Siempre vengo sola a Coney. Me gusta este lugar, lo siento como mi casa.

—¿Naciste en Brooklyn?

—Sí... ¿Y sabes? Una parte considerable de estos terrenos, incluidas algunas atracciones, fueron una vez de mi padre.

—¿Cómo te llamas? ¿Ida...?

—Ida Zimmermann.

—¡Zimmermann!

Rudolf lo repitió y aquel nombre rebotó en su pensamiento cual si fuese una bola de goma. ¡Zimmermann! ¿Pudiera ser el mismo hombre que una vez en Newport...?

—Lo asesinaron hace veinte años. Yo era una niña.

La noria giraba cual si fuera un planeta distinto donde sólo ellos habitasen, a sus rostros llegaba el relente de la playa y en la noche estallaban los primeros fuegos artificiales, visibles desde todo Brooklyn; en la última vuelta de noria su coche se detuvo justo en la vertical. Allí estuvieron pendiendo unos minutos, Rudolf la abrazó para abrirla y en un impulso, tan cerca quedaron los labios, atraído, fascinado por la enigmática artista, hizo ademán de besarla. Pero Ida Zimmermann lo impidió volviendo el rostro al otro lado del horizonte. No dijeron ni una palabra hasta que la *Wonder Wheelse* detuvo y bajaron, algo confusos, nerviosos, pero no incómodos al saberse extraviados de sus amigos.

Deambularon sin rumbo fijo, dejándose llevar por el devenir de los pasos. Ida se agarraba a su monito de peluche, Rudolf caminaba a su lado sin saber muy bien si debía salir corriendo y no parar hasta el Alto Manhattan, o disculparse por su osadía en la cima de Coney Island.

—¿Así que dibujas?

—Bueno... Dibujo, pinto, modelo, fotografía... Soy una artista multidisciplinar... Me interesa todo.

—Manhattan está llena de exposiciones...

—Ninguna es mía, sería inútil que buscaras mi nombre en ningún cartel. La única manera de ver mi obra es en el museo de mi casa de Flatbush... Allí tengo mi estudio, pero resido en un apartamento de Heights.

—Me encantaría visitar un día ese museo.

Caminaban sin rumbo cuando llegaron a la atracción más alta de las existentes en el parque, ya cerrada a esa hora sin luz natural, llamada *Parachute Jump*, una especie de lanzadora de paracaidistas aficionados mediante pago de un cuarto de dólar a ochenta metros de altura, conocida como la Torre Eiffel de Brooklyn.

—¿Qué haces normalmente un domingo en Manhattan?

¿Qué podía contestar?

—Voy a ver mis monos...

—¿Los ves todos los días?

—Se puede decir que todos... Tenemos un cuidador, pero me gusta, ya sabes, echarles un vistazo. ¿Y tú qué haces? Ah, no digas nada... Pintas, dibujas, modelas, fotografías... supongo que no pierdes el tiempo...

Ida rió con franqueza.

—Mañana había pensado husmear por las librerías de la Cuarta Avenida...

## Capítulo Quinto

El tramo que ocupaban las maravillosas librerías de la Cuarta Avenida no queda lejos del Mount Sinai. Sobre las diez de la mañana decidió Rudolf dirigirse directamente a esa porción de Nueva York donde bibliófilos, eruditos y curiosos se dan cita cada domingo para remover montículos de libros, cual estaría haciendo la polifacética Ida Zimmermann. Realmente llevaba toda la mañana esperando el momento propicio para ir a su encuentro, hacía más de una hora que sus macacos fueron supervisados, así que después de beber un par de tacitas en el *Metsovo*, tomó la avenida Lexington con tranquilidad, saboreando la sustancia desconocida que se había secretado en su interior.

Según se acercaba a Central Park se cruzaba con más gente. Las avenidas estaban tranquilas, los taxis corrían de semáforo en semáforo, pero todo parecía feliz, el día era muy luminoso y bello, la armonía podía palpase a nada que se estiraran los dedos, se sentía Rudolf tan extrañamente contento que hasta el simple posar de los pájaros en los olmos le parecía cosa extraordinaria y digna de ser disfrutada. Cruzada la Avenida Madison se halló sumergido en el Mississippi de las letras, numerosos tenderetes exhibían sus libros de segunda mano, raros, únicos o valiosos; según descendía por la cuesta se sintió en el verdadero océano donde desembocan todos los riachuelos del saber humano, literatura, historia, pintura, ocultismo, ciencias diversas, anuncios de grandes escritores que mezclaban a Shakespeare con Tennyson y Conrado, atlas de arquitectura con recortables de monumentos nacionales, y grandes volúmenes de arte que igualmente exhibían reproducciones de Durero junto a las últimas tendencias en pintura. Cientos, tal vez miles de visitantes sosegados espulgaban pilas de libros y revistas en busca del ejemplar codiciado, padres con sus hijos, señores solitarios, chachas despistadas empujando sus cochecitos camino del parque, muchachos intercambiando codiciados cromos de béisbol o especialistas sesudos en busca del ejemplar perdido. Desde luego no iba a resultar fácil hallar una muñeca de porcelana en tal confluencia humana.

—Bueno, es temprano, tal vez no haya llegado.

Rudolf se apartaba unos metros de la concurrida avenida y pretendía abarcar de un vistazo la totalidad de amantes de los libros. Y comenzaba a dudar de su buena estrella cuando se le ocurrió acercarse a las especializadas en libros de fotografía.

En principio tampoco tuvo suerte, rebuscó con toda la tranquilidad que fue capaz de reunir, hasta esquivó vendedores empedernidos, hojeó algunos tomos con viejas fotos de la ciudad y sólo le faltó preguntar a los transeúntes si se habían cruzado con una chica pintora, dibujante y fotógrafa a la vez, una chica que...

—¡Vaya! Los monos han dejado escapar a nuestro doctor...

—¡Ida!

Las campanadas de una iglesia cercana sonaron hasta once veces. Una nube se apartó del sol en ese instante permitiendo que cayeran sobre ella haces de un amarillo intenso. La gente pareció disiparse, y, como si hubiese estallado la burbuja de la realidad y lo tangible, ya no hubo nada, ni tenderetes, ni vendedores ni pilas de libros viejos. Sólo ella.

—Ida, estaba distraído... Y entre tanta gente...

—¿Has encontrado algo interesante?

—Pues... Oh, he mirado aquí y allá... Husmeado, ya sabes... Y, bien, hay buenos ejemplares, sí...

Hasta un pájaro hubiese sido consciente de que no sabía qué decir. Se limitó a sostener los libros de Ida. Volvió a parecerle maravillosa.

Llevaba unas faldas blancas, hasta un poco más abajo de las rodillas, un

sencillo sombrerito y una chaqueta de otoño a juego con sus zapatos, además traía los labios discretamente pintados y sus enormes y grises ojos abiertos como dos mundos por explorar.

—¿Te apetece que tomemos algo?

—¿Por qué no paseamos por Central Park? —eligió ella—. Hace un siglo que no lo cruzo...

—Espero que esa montaña rusa no se ponga celosa...

Sí. Él sostenía sus libros, pero hubiese cargado con el mundo entero, y además anillaba su brazo para que Ida Zimmermann se asiera a él.

Casi cuatro kilómetros de largo por algo más de uno de ancho, el rectángulo de Central Park ya era en 1940 el parque más visitado del mundo, pero suficientemente espacioso para albergar hasta mil setecientos olmos y rincones recónditos.

—¿Qué haces cuando no estás con tus monos?

—Buena pregunta... Supongo que, aparte de suministrarles cacahuetes, preparar los experimentos que tenemos pensados hacer con ellos.

—¿En qué consisten?

—Pues... creo que ya lo sabes, estoy investigando sobre las posibilidades de trasplantar órganos.

—No parece sencillo...

—No lo es.

—Tal vez un día consigas el Premio Nobel.

Rudolf escapó una risotada franca.

—Hay muchos médicos mejores que yo, con más experiencia y más méritos. El doctor Sheaffer, por ejemplo.

—¿Walter?

—¿Le conoces?

—Sí, claro... Un viejo amigo de mi padre. Lo considerábamos el médico de familia.

Rudolf fue a comentarle que Walter Sheaffer estaba en sus últimos días, pero Ida no pareció interesada en hablar del desahuciado doctor.

—¿Así que usas a esos pobres monos para investigar sobre trasplante?

—Exacto. Soy cirujano cardiólogo, como Sam. Y hoy la ciencia médica apunta hacia esos objetivos. Te aseguro que hay más de cien especialistas en el mundo trabajando esa disciplina. Los trasplante salvarán muchas vidas.

Tomaron el melancólico paseo de los arces noruegos, y después de una doble hilera de estatuas desfiguradas llegaron al lugar bautizado como *Alice in Wonderland*, allí se detuvieron frente a la estatua de Alicia sentada en una enorme seta, jugando con su gato mientras son observados de cerca por El Sombrerero Loco y La Liebre de Marzo.

—¿Vives solo?

—Sí... Vivía con mi madre, pero... bueno, está fuera.

—Rebeca me dijo que tu madre se halla en Europa, retenida por los nazis.

Rudolf se sorprendió por la naturalidad con que Ida hablaba del suceso.

—Es posible. Será mejor que hablemos de otra cosa.

—Lo siento, no quería...

—No tiene importancia. Esta guerra acabará pronto. Todos serán liberados, podrán volver a casa. Después de todo mi madre no es ningún soldado.

Durante minutos guardaron silencio hasta que descansaron en un banco cerca del lago Reservoir, desde donde eran visibles los edificios del Mount Sinai que Rudolf señaló.

—Tienes que dejar que los fotografíe...

—¿A los macacos?

—¡Sí! Me encantaría hacerlo.

—Bueno, no creo que haya problema, después de todo soy yo el responsable del proyecto, y supongo que representante de esos monos... Hablaré con ellos...

Ida rió. De manera franca y encantadora.

—Conozco un restaurante cerca... —apuntó Rudolf—.

En la Avenida Lexington... Y no es necesario tener mesa reservada.

Mientras comían en el recoleto restaurante italiano, cambiaban impresiones de proyectos y del sentido del arte mientras hojearon uno de los libros adquiridos con ilustraciones de Norman Rockwell.

—¿Te parece bien el sábado? ¿O prefieres el domingo? No tocaré ni uno de esos macacos hasta que no los hayas inmortalizado con tu cámara.

Cuando salían del restaurante Rudolf tuvo una rara querencia. Casi por resorte miró a alguien sentado en una mesa cerca de la puerta.

—Fíjate en ese señor, el del bombín...

Ida miró de soslayo.

—¿Qué tiene de raro?

—No sé... Pero ayer, cuando girábamos en esa noria, creí verle... Sí, juraría que era él...

—Bueno, querido doctor Rudi... Coney Island está justamente en la otra punta de Nueva York, al sur de Long Island. Esta ciudad cuenta millones de personas. Y muchas nos parecemos. No es imposible, pero sí es improbable que sean el mismo hombre.

Tomaron el metro hasta la Grand Central Terminal, donde se despidieron con la promesa de volverse a ver el domingo en la Cuarta Avenida y fotografiar los rhesus. La estación bullía de transeúntes con prisa, pero en el *granhall*, bajo uno de los enormes haces de luz que entran por la claraboya, ella se detuvo.

—No olvidaré este día.

—¿Sabes, Ida? Es probable que todos los hombres con bombín se parezcan, pero tú no te pareces a nadie...

—¿Hoy no vas a intentar besarme?

Con los labios fue breve, apenas un roce, mas con las miradas el beso se prolongó hasta deshacer el tiempo.



Pasaron tres sosegados días antes de reencontrarse frente a Sam Lebowitz, en el edificio número cinco de Mount Sinai, donde se ubicaba la verdadera cueva de Alí Babá respecto a la autorización explícita para nuevos ensayos de trasplante, así como para la obtención, si es que por fin había llegado, de la codiciada heparina.

—¡Caramba, Sam!

No fue exagerada la expresión de Rudolf. No en vano allí delante tenía a Sam Lebowitz, elegantemente vestido, con una camisa celeste y una palomita en vez de corbata, casi a modo de galones.

—¡Rudi! ¡Ven, pasa...!

Sam le invitó a pasar al otrora despacho de Walter Sheaffer.

—Está algo desangelado, parece que Walter no le tenía demasiado apego al despacho. Hemos de reconocer que, en algunos aspectos, Sheaffer es un gran médico, pero perteneciente a una época que, amigo, ha concluido, una época que se apaga igual que su vida. Nuestro Mount Sinai Hospital necesita doctores como tú, arrogantes con la Ciencia, capacitados para caminar en la oscuridad...

Sam Lebowitz giró un par de veces en torno al frío salón sin demasiado interés, al tiempo que meneaba la cabeza y encogía los hombros en señal de vacuidad. Después se acercó a la ventana y señaló despectivamente el telescopio.

—Cuando un médico cambia el microscopio por el telescopio... está dando muestras de que su tiempo ha terminado.

Rudolf, no ajeno al contenido implícito en aquella especie de teatro, miraba a su amigo Sam con cierto estupor.

—¿Te han nombrado director de cardiología y trasplante?

Ni siquiera respondió. En lugar de eso cerró las ventanas e impidió, inconscientemente, que el aire de Central Park y sus efluvios de ardillas inundaran como todas las mañanas el poco confortable mas codiciado despacho.

—Así es, amigo mío... Y espero contar con buenos aliados en esta nueva empresa que me ha sido encomendada. A partir de hoy mismo los departamentos de investigación cardiológica serán prioritarios y dispondrán de fondos suficientes... Y dentro de esas investigaciones, has de saber que las referentes a trasplante tendrán trato... digamos...

Rudolf no dio tiempo a que Sam desplegara todo su discurso porque le abrazó con total sinceridad. En realidad, Lebowitz estaba algo nervioso, cual un actor en su estreno. Contento porque había alcanzado una posición dentro del Sinai a la que pocos lograrían auparse aun con más años de experiencia que él, y algo atribulado dentro de su valentía al presentarse ante alguien, a quien de veras admiraba, desde un cargo administrativamente superior.

A pesar de su abrazo, Rudolf recordó la conversación mantenida con Sheaffer relativa a este caso: no bastaban los meros conocimientos médicos para acceder a la dirección en Mount Sinai, se necesitaba algo más que al parecer sí tenía Samuel Lebowitz.

—Sam... Sabes que estoy tan contento como tú, y yo diría que eres la persona perfecta para esta empresa. He de felicitarte, de veras, si me hubiesen preguntado en esa escuela de sabios también hubiera apostado por ti. Sheaffer estará muy satisfecho.

—Y lo está. Esta misma mañana he hablado con él.

Sí, Samuel Lebowitz estaba exultante. Tanto por su nuevo e importante cargo como por haberse confesado ante su mejor amigo. Si Rudolf se sentía satisfecho, si no mostraba ningún signo de envidia o desencanto, nada había que impidiera entonces la máxima expresión de su felicidad.

—Ordenaré que pinten este despacho. En un tono algo más crudo, me

resulta demasiado claro... mandaré quitar estas dichosas estanterías y pondré en su lugar estanterías de verdad, y una nueva mesa más adecuada, en cuanto a estos cachivaches... —señaló el telescopio y otros objetos personales de Sheaffer—, le preguntaré qué hacer con ellos, porque no los necesito aquí. ¿Quieres creer que guarda un puñado de nueces en el cajón?

—Creo que te quedará un despacho estupendo, Sam. En realidad venía a interesarme por la heparina... Antes de que finalice al año sería conveniente un nuevo experimento. Ya tenemos todos los cabos atados, la extracorpórea funciona, los rhesus están sanos... Sólo falta ese dichoso anticoagulante.

—Bueno, Rudi, la heparina es hoy el oro blanco, la última partida al mejor postor se la han llevado esos tipos de Filadelfia. Pero confío en que podré hacer algo, ese... ¿cómo se llama?, sí Ronson, doctor Ed Ronson, me debe algunos favores... Eh...

Sam levantó un dedo y por primera vez sonrió sin sentirse dueño del Sinai.

—¿Qué tal con Ida en las alturas de *Wonder Wheel*? Je, je, je... Rebeca piensa que hacéis buena pareja, pero duda mucho de que ella acceda a un compromiso.

—Eh, Sam... Nadie ha hablado de compromisos. Ida es una mujer estupenda, reconozco que no me disgusta, pero nada hay que nos pueda comprometer. La acompañé a su casa, cuando bajamos de la noria ya no estabais... Dimos una vuelta completa a Coney.

—Ida Zimmermann... —dijo Sam Lebowitz con cierto tono misterioso—. La mujer más rara de Brooklyn...

—¿Por qué dices eso?

—Lo dice Rebeca. Y te aseguro que se conocen desde niñas. White era muy amigo de Cyrus Zimmermann. Tengo entendido que dejó una buena fortuna a su hija.

—¿Sabes qué le ocurrió?

—Bueno, acabó de una forma rara, se ahogó o algo así...

—Ida cree que su padre fue asesinado.

Lebowitz se encogió de hombros.

—Lo ignoro, Rudi. Ocurrió hace veinte años... Era dueño de todos los taxis de Nueva York, un judío muy rico, y ya viudo cuando murió.

—¿Así que Zimmermann pertenecía a la élite hebrea de Nueva York?

—¡Claro! Nuestro barómetro es el dinero, amigo mío. Y tenía mucho. Formaba parte del Comité del Centro Judío. El lugar que hoy ocupa Ziegelheim lo ocupaba él entonces.

—Bien, Sam... De veras celebro tu nombramiento... Será mejor que vaya a ver a mis pacientes. Cuando llegue la heparina, ya sabes dónde encontrarme.

—Eh, Rudi, estaré presente en esa intervención, cuenta conmigo. Por cierto, Rebeca vendrá la semana próxima, los White siempre celebran el Yon Kipur en Nueva York... ¿Qué harás tú?

Ahora fue Rudolf quien se encogió de hombros.

—Supongo que comeré bolitas de miel.

El último día de consulta de la semana entraba Rudolf en su café griego, con la cabeza llena de informes sobre los monos y la inminente operación y, por supuesto, con el paradero de su madre ondeando de continuo en la cima de sus pensamientos. Hubo acertado Sam cuando pronosticó que centenares de aviones alemanes surcarían cada día los cielos del Canal de la Mancha para bombardear Inglaterra, pues exactamente así ocurría.

—¿Ha oído, señor? Mil aviones mandan esos nazis sobre los ingleses, pronto llevarán los tanques...

El camarero y propietario del *Metsovo*, el señor mayor que susurraba mal inglés, judío oriundo de Salónica, quien jamás se despegaba de su radio, lo refería con tanta cara de preocupación como de admiración.

—Mil aviones, señor... No puedo imaginar tal cosa...

El café griego estaba encajonado entre dos grandes avenidas, no era muy conocido ni concurrido salvo por clientes helénicos, más largo que ancho apenas ofrecía cuatro mesitas para servir, habitualmente desocupadas. En una de ellas tomaba el suyo un hombre, hasta ahora de espaldas, quien se volvió según relataba el griego las últimas noticias radiadas.

—Tiene usted razón, es muy difícil imaginar un millar de aviones, ya lo sería imaginar mil simples estorninos.

Rudolf le miró sin mayor atención que la cortesía: oír hablar de la guerra europea tampoco resultaba raro, menos aún en este café. Aquel hombre le miraba sonriente, afectuosamente. Él hizo un breve gesto y tomó su taza, pero por un instante se preguntó si había visto antes a aquel sujeto.

—Es un placer saludarle, doctor Lorre.

—Perdone, no tengo el placer de...

Nada dijo más, pues el hombre con absoluta naturalidad cogió su sombrero de la silla de al lado, y con parsimonia se lo colocó. Un bombín.

—Permítame que me presente...

Y levantándose con un toque teatral estiró un brazo al decir su nombre.

—Soy Theodore Hardeen...

Desde luego, Rudolf no le conocía y dudaba si había oído alguna vez tal nombre. Pero sí mantenía fresco en la memoria ese bombín que acababa de ponerse y quitarse como en una función. En esos segundos de indecisión, no tuvo duda de que el portador de aquel sombrero era la misma persona que había visto, por dos veces, en sitios distintos de Coney Island.

—Tal vez sí recuerde usted a mi hermano, ya fallecido...

—Perdón, no le comprendo...

El hombre mantuvo la mano tendida y finalmente Rudolf la estrechó. Sin decir una palabra más, acaso un gesto, tomó asiento a su lado.

—Harry Houdini... Ese era el nombre de mi hermano...

—¡Harry Houdini!

—Celebro que le recuerde.

—¿Quién no recordaría a Houdini?

Sí, claro que le recordaba. ¿Cómo olvidar aquella vez que le vio entrar arrojado en una capa al gabinete freudiano de su madre? El hombre más fascinante con quien jamás se había topado, y ahora resultaba que este hombre del bombín era...

—Hardeen Houdini, hermano menor de Harry.

—También es un placer para mí conocerle, señor Houdini... Jamás hubiese pensado... ¿Cómo sabe usted mi nombre?

—Oh, doctor Lorre, pocas cosas pueden escapar a la influencia de la magia. Nunca pregunte a un mago cómo hace sus trucos.

El hombre sonrió abiertamente y solicitó otra tacita de café.

—Creo que le he visto antes...

—Bueno, actúo tres días semanales en Broadway, sólo algunos números simples, a mi edad únicamente me quedan los naipes, soy el intermedio entre las actuaciones importantes, pero mi nombre sale en el cartel...

—No... Me refería... ¿Qué quiere usted de mí?

—Bien... Usted es hijo y heredero de Sarah Georginas Parker... Reconocida en algunos círculos como la mujer más capacitada de cuantas han existido para la interpretación de los sueños... Mi hermano la visitó dos o tres veces y quedó muy

impresionado... Y como heredero de...

—¿Dice usted heredero? No he heredado nada, señor Houdini, me temo que esté usted perdiendo su tiempo.

—Oh, no, nada de eso. Si es el hijo de esa extraordinaria mujer es a usted a quien debo dirigirme. Estoy muy interesado en algunas de las piezas que pertenecían a su madre, en ese gabinete de la calle Anderson con la 86th...

—Un momento, señor Houdini... Se refiere usted a mi madre como si ya... Le aseguro que mi madre se encuentra perfectamente, no soy, pues, su heredero, de momento sólo su hijo...

El hombre pareció confuso, pero pronto recobró su actitud caballerosa.

—Vaya... Iba a decir que lo siento, pero créame: me alegro de que su madre esté bien... Por supuesto... Dígame, entonces, cómo puedo hablar con ella.

—¿Qué quiere usted exactamente de ella, señor Houdini? Tal vez yo pueda serle de ayuda.

—Bueno, en realidad, se trata de negocios...

—¿Negocios?

—Sí... De compraventa... Verá, a mí ya me quedan pocos años, y aún menos funciones... Desde hace mucho tiempo he ido recopilando todo material referente al mundo de la magia, la prestidigitación, el escapismo, los naipes, y, cómo no, con el más allá, las auténticas bolas de cristal, y los sueños... Soy el fundador del Sindicato de la Magia. Ya puede imaginarse. Y su madre posee una colección de carteles que son de mi interés.

—¿Conoce usted esos carteles?

—Oh, no, me fío de las anotaciones que mi propio hermano efectuó hace catorce años al respecto. Aparte de otros objetos que pudieran ser de interés a nuestro Sindicato. Muy pronto lo convertiremos en un museo, doctor Lorre, y entre otras exposiciones tratamos, o trato personalmente, de reunir todos aquellos objetos, relativos a la magia o no, que hayan pertenecido o interesado a Harry.

—Entiendo...

¿Entendía realmente? Oía aquella estafalaria oferta y no sabía con certeza qué le estaba pidiendo aquel hombre a quien (cada vez estaba más convencido) había visto días antes entre la multitud de Coney.

—Me gustaría mucho visitar el gabinete de su madre...

—Señor Houdini, ese gabinete, como bien afirma, es de mi madre, su lugar de trabajo. Es lógico que sea ella quien le otorgue ese privilegio.

—Pero su madre está en Europa...

Rudolf le miró entornando los ojos.

—¿Cómo sabe usted eso? ¿Puede explicármelo?

—Oh, claro que puedo... ¿Le apetece dar un paseo, doctor Lorre?

¿Por qué no? Abandonaron el cafetín, y cruzando la Quinta Avenida entraron en Central Park mientras oían tañer las campanas de la iglesia ortodoxa. La tarde era algo desapacible, pero no fue óbice para que los dos hombres emprendieran un largo camino.

—Esas campanas me recuerdan mucho a Praga.

—¿Conoce usted Praga?

—Así es, estuvimos en 1904, tal vez en 1905... ¿Cómo no va a visitar un mago la capital europea de la magia? Allí conocí a grandes profesionales. A los mejores. Erik Hanussen, el mago de los guantes verdes, y a Ignatus Timothy... Ambos conocieron también a Georginas, su madre. Y por supuesto, Harry. A Harry le causó una enorme impresión, cuando se refería a ella denotaba admiración, casi afecto.

—Señor Houdini, creo que usted sabe algo que debería comunicarme, ¿me equivoco?

Ante una demanda de tal naturaleza, el mago mantuvo silencio largos pasos. Mientras tanto se limitó a oler el aire y seguir con la vista a las avecillas del Reservoir.

—¿Cuánto de judío tiene usted?

—¿A qué se refiere?

—¿Es sionista?

Ahora fue Rudolf quien mantuvo discreto silencio y se preguntó seriamente sobre las pretensiones de este desconocido.

—¿Qué tiene eso que ver con mi madre? ¿Sabe usted dónde se encuentra?

Houdini prendió un cigarrillo y al igual que su malogrado hermano fumaba sin inhalar el humo.

—No, no lo sé... Nadie lo sabe. Recibí una carta desde Budapest, Hungría, hace unas semanas. Firmada por Ignatus Timothy, quien ahora se hace llamar Chao Kring. Es un gran mago, un exégeta de la Magia como el mejor de los rabinos pudiera serlo de la Torá.

—Continúe, por favor...

—Ignatus conoció a su madre en Berlín, a donde había sido trasladada desde el campo de concentración de Theresien, digamos que en parte se le deben a sus eficaces gestiones, en un mundo como el nazi, que su madre consiguiera traspasar los muros de ese campo...

—¿En parte? ¿Cómo conoció ese hombre a mi madre? ¿Dónde se halla ahora? Dígame dónde...

El hombre agitó las manos con serenidad.

—Siempre que mi hermano viajaba a Europa pretendía ver a Ignatus, eran grandes amigos, se encontraban en Berlín, Londres o Viena... Y le habló de la inolvidable experiencia con su madre: *Una mujer de rasgos germanos, nacida en Bohemia, quien poseía el don, más que ninguna otra persona, de interpretar infaliblemente los sueños.* Naturalmente, Ignatus se encargó de buscarla una vez que la vio en una fotografía tomada en Viena...

—¿Posee usted esa fotografía de la que habla?

—El 13 de mayo de 1938 su madre se hospedaba en un céntrico hotel vienés, esa misma noche el Führer tomó posesión de Austria, y desfilaba entre las calles hipnotizadas. Lógicamente llevaba en esa parafernalia su servicio de propaganda, encargado de apuntar cada detalle del desfile. El gran auto del Führer se detuvo prácticamente a las puertas de ese hotel, su madre estaba en la ventana desde la que una esvástica colgaba, ¿qué podía hacer? Y en una de esas filmaciones es reconocible, contemplando a Adolf Hitler a quien devuelve el saludo nazi... En esa filmación su madre aparece entre ocho y diez segundos, son suficientes. Y de esa película está tomada la fotografía que llegó a manos de Ignatus Timothy. Se hicieron un centenar de copias que luego fueron enviadas a distintos campos de concentración. En el de Theresien la encontraron.

—¿Y fue trasladada a Berlín?

—Así es... Y poco más puedo decirle. Allí, retenida en la celda destinada a altos mandos, en la Comisaría General de Alexanderplatz, mantuvo una entrevista con Ignatus; se le hicieron informes antropométricos bajo la supervisión del doctor Rosenberg y fue presentada en el Castillo Faber Kaiser... Cuando abandonó ese lugar, custodiada por los hermanos Schaeffer, nadie sabe más de ella.

—¿Los hermanos Schaeffer?

—Sí. Ottilia y Ernst Schaeffer. Discípulos de Ignatus y ubicados en el círculo de influencias del Führer.

Rudolf comprendió que aquel hombre del bombín le había surtido de más información que todos esos rabinos sabihondos del Comité.

—¿No sabe nada más?

—Nada más. Todo cuanto le he contado es lo que me ha escrito Ignatus Timothy. Me pidió que le buscara, sabía que usted vivía en Nueva York.

—¿Me ha seguido estos días?

—Llevo haciéndolo dos semanas. Hasta que me he cerciorado.

—No sabe, señor Houdini, cuánto le agradezco todo esto. Es la información más importante que tengo de mi madre desde hace más de un año. Ni siquiera el Comité de Asuntos Judíos de la Amsterdam supieron decirme unas palabras...

—No se fíe de ellos.

Rudolf le miró tan extrañado como interrogante.

—¿Por eso me preguntó si era sionista?

—Sí... Y no me contestó.

—Soy judío. Eso es lo cierto.

—¿Pertenece a los Hijos de la Alianza?

—No. Hace ya algunos años que abandoné mis estudios hebraicos si a eso se refiere. He dedicado todos mis esfuerzos a la Medicina y, ahora, a encontrar a mi madre.

—Tenga en cuenta, doctor, que al Proyecto Talmúdico no le importan los judíos sino lo que está por encima de todos ellos, Israel. ¿Oyó al griego? Una a una van cayendo las naciones ante la bota nazi, hoy mismo arde Londres por cien puntos distintos, les estamos obligando a que nos inviten a entrar en la guerra.

Hardeen miró su reloj con tal intensidad que casi pudo fulminarlo.

—Las seis en punto... He de irme. Tengo función dentro de hora y media, después de las *Carlson Sisters*.

—¿Volveré a verle?

—Oh, sí...

El mago buscó en su chaqueta y mostró dos pases para su espectáculo de Broadway.

—Vaya a verme cuando quiera, tres funciones semanales. Pero si así no fuera... no olvide que estoy sumamente interesado en esos carteles de su madre...

El hombre volvió a sacar un cigarrillo, de una pitillera muy especial.

—¿Le apetece?

—No fumo...

Encarecidamente le mostró el singular estuche.

—Es de alpaca. De la mejor alpaca, y ¿ve?: aquí están grabadas mis iniciales: HH.

Rudolf la mantuvo un instante en su mano y la miró cual pretendía su interlocutor.

—Harry tenía otra exactamente igual. También grabada con las HH de Harry Houdini... Nos la regaló un admirador después de una soberbia actuación, allá por 1904 o 1905 en nuestra gira por Alemania, en el mejor teatro de Berlín. Fíjese, ni Harry ni yo fumábamos. Sí, aquella fue una actuación memorable. Estaban todos los grandes de la Magia, mirándonos desde los palcos con los ojos bien abiertos, pero ninguno pudo desmontar ni uno solo de nuestros trucos....

—Es una pitillera preciosa, supongo, ya que le aporta tantos buenos recuerdos, que le tenga usted mucho apego.

—Así es. Y me gustaría recuperar la de Harry. Se la regaló a su madre, puede creerlo. En realidad la dejó olvidada en una de sus visitas al gabinete de sueños, así me lo contó, y, bueno, decidió que Sarah Georginas podría guardarla. Casi le gustó esa azarosa pérdida.

—Puedo asegurarle, señor Houdini, que nunca he visto una pitillera igual a esta.

—Es posible que la tenga entre sus cosas, en el gabinete.

—Si es así trataré de encontrarla, usted me ha prestado importante información.

—Todos somos alguna vez palomas mensajeras. Bien, doctor Lorre: habrá de disculparme.

Theodore Hardeen se separó unos metros, se destocó el bombín y abrió los brazos con teatralidad, cual si comenzara uno de sus números.

—Hasta la vista, doctor.

Rudolf permaneció sentado en el mismo banco hasta que el relente y el crepúsculo le instaron a deambular por Central Park. Recorriendo la orilla del lago Reservoir no cesó en recordar cada palabra dicha por el mago Hardeen Houdini, encajando piezas en este puzzle inquietante que se estaba formando sobre el paradero de su madre. Sacada del campo de Theresien para ser enviada a Berlín, a la celda de los altos mandos. Y presentada en el castillo Faber Kaiser...

—Abandona el castillo con los hermanos Schaeffer... Y ahí se le pierde la pista.

Poco más pudo hacer sino encasquetarse el sombrero y reflexionar mientras salía por la puerta de la Quinta Avenida y tomó caminando a casa la kilométrica calle 86th-Este.

## Capítulo Sexto

A las diez y media de la mañana del domingo los macacos rhesus abrieron los ojos en redondo cuando vieron aparecer a aquella desconocida que los señalaba muy interesada.

En los semisótanos del edificio número seis de Mount Sinai se halla esa especie de micro zoológico llamado bioterio, donde cobayas, ratones, monos, se reparten el espacio ubicados en jaulas al efecto, allí son mantenidos y habitan, muchos de ellos, la totalidad de sus vidas. A pesar de ser un animalario, aquella mañana el lugar exhibía buena luz y ventilación, y sus inquilinos, en principio, no parecían sentirse desafortunados.

—¡Vaya! ¡Son preciosos, Rudi...!

Iza Zimmermann se acercó a mirar los macacos con curiosidad similar a la que sintieron los animales por ella.

—Son rhesus de lomo dorado... Muy valiosos, las verdaderas estrellas del Sinai...

—¿Cómo se llaman?

—Prefiero no ponerles nombre. Ése es Número Uno, ése Dos, y éstas son Tres y Cuatro.

—Será mejor que empecemos... ¿No te parece?

La fotógrafa, dibujante y pintora de Coney Island, sacó una lustrosa cámara de su estuche y de inmediato enfocó los ejemplares.

—Primero una toma general...

Rudolf la veía hacer. Quince minutos tardó la mujer en enfocar, buscar ángulos, faces o poses, cualquier perspectiva que consiguiera encuadrar en su magnífica Kodak. Los macacos cooperaron dentro de las posibilidades emanadas de la natural curiosidad. Si Ida acercaba la cámara ellos acercaban el rostro.

—Son fabulosos... Supongo que el hospital no los tendrá en venta.

—¿Bromeas? Esos ejemplares son valiosos, vienen de muy lejos. Y difíciles de conseguir. La rhesus es una especie muy solicitada por los mejores centros de todo el mundo.

—¿A cuál vas a sacrificar primero?

Rudolf la miró con una mezcla de ira y risa.

—Aquí no sacrificamos nada, Ida. Esos animales aportan importantes datos en investigaciones que luego serán aplicadas a personas... Así es como se hace... Y no necesariamente tienen que morir. Aunque a veces sucede, también con la gente, es inevitable.

—Los compraría y los soltaría en Central Park...

Sabía que era absurdo lo que decía, pero se emocionó de verdad mientras guardaba la cámara y se despedía de aquellos monos dorados.

—En unos días tendré las copias. Serán un bonito recuerdo.

En efecto, una semana después, el mismo día que comenzaba el otoño boreal, mostró Ida las fotografías, ya enmarcadas, en su casa de Heights.

—Son todos diferentes. He mirado tanto estas fotos que puedo detallarte los rasgos de cada ejemplar.

Verdaderamente eran unas instantáneas exquisitas, contando con la colaboración de los rhesus que parecían posar para la cámara cual auténticos profesionales.

—Puedo regalarte unas copias...

—No.

Tan escueta y sincera negativa no desentrañaba la naturaleza de sus sentimientos. Era obvio que sentía una enorme atracción por ella, tal vez correspondida



en su justa medida, y, después de echar un vistazo a la privilegiada casa de Heights, colmada de buenos muebles, cuadros y objetos peculiares, siempre con el personal gusto de su propietaria, no dudaba de la alta sensibilidad de Ida Zimmermann, ¿cómo decirle que Número Tres, la monita sonriente de la fotografía había muerto un día antes en la mesa de operaciones mientras Sam Lebowitz le cosía el corazón?

Desde cualquier terraza del ribereño barrio, la vista de Manhattan, al otro lado del río, resulta impresionante; mucho más esa jornada equinoccial, cuando caía bellísima la tarde en un arrebol tan poderoso que pudiera decirse que el cielo se desangraba sobre Nueva York.

—¿Sabes algo nuevo de tu madre?

Rudolf chascó la lengua y aun tardó unos segundos en responder, tan sólida era su preocupación al respecto.

—Me encontré con el extraño hombre que se aureola la cabeza con un bombín...

—¿El tipo del bombín? No... —Ida negó riendo, dando muestras de su sorpresa de que tal cosa hubiese sucedido.

Rudolf sacó las dos invitaciones al espectáculo de Hardeen Houdini.

—Me las regaló como despedida, podemos ir cuando queramos, no tienen fecha.

—¡Hardeen Houdini! No puedo creerlo...

—Me estaba esperando en el café griego donde acostumbro a ir.

—¿Y...?

—Dimos un paseo por Central Park. Me refirió más datos de mi madre que los siete rabinos del Comité de Asuntos Judíos. Afirma que fue trasladada desde el campo de concentración de Theresien, Praga, a Berlín... Allí la recluyeron en una celda destinada a altos mandos. Los jefes nazis estaban muy interesados en ella. Fue estudiada genéticamente por ese ariosofista, doctor Rosenberg... Después fue presentada su capacidad onirocrítica a la jerarquía germánica, en un castillo no lejos de Berlín... Tiene gracia este detalle...

—¿Tiene gracia?

Ida rellenó dos whiskys con soda mientras oía con total atención.

—Mi madre fue a Europa con la idea de recuperar un castillo. En Viena. Y lo último que se sabe de ella es que salió de otro castillo, en Berlín... Acompañada de una tal Otti Schaeffer, de quien desconozco todo.

—¿Y cómo sabe esos detalles?

—Por una carta... Una carta que recibió hace unos meses, enviada por un amigo suyo, otro mago llamado Ignatus al servicio de los nazis.

—Es evidente, los alemanes conocían a qué se dedicaba tu madre... Debemos estar rodeados de magos y espías. Pero aquí estamos solos tú y yo.

Una bandada de gansos en uve cruzaba a contraluz sobre Manhattan, de norte a sur, con tan suaves movimientos que contemplados a esa distancia en vez de volar parecían flotar.

A ojos vista cayó la noche sobre la ciudad, y cuando miles de luces se encendieron a una casi podía percibirse la rotación del planeta. Rudolf se sintió suspendido, levitando ante aquella sublimidad, exento de pensamientos, ni el corazón del rhesus muerto el día anterior, ni el castillo berlinés, tampoco la información sacada de un bombín... sólo la música que Ida Zimmermann puso en el gramófono y una nueva copa le rescataron de tan intenso momento.

—Pareces fatigado...

Rudolf dio un sorbo y señaló Nueva York.

—La ciudad de las cien Torres de Babel.

—Sí... —musitó Ida con desgana—. Yo también estoy enamorada

de esa gran cloaca.

Rudolf la miró entre extrañado y aturdido. Aquella mujer de frágil apariencia adquiriría espontáneamente la dureza del acero y hablaba de la gran urbe con la misma facilidad y arrogancia que si hablase de su peluche.

—¿Por qué no te quedas?

—Ida...

Fue la primera noche que pasaron juntos, con un poco de pollo frío, una botella de vino y unos discos que ella no cesó de poner hasta que cayeron rendidos de amor en la cama. Al otro día, después de que Rudolf telefonara al Sinai, tuvo el privilegio de ser paseado por la conductora Zimmermann hasta el sur de Brooklyn en un *Chevrolet* descapotable de 1936, de color parecido a sus ojos. Fue la primera mañana del otoño, un domingo radiante, la luz rebotaba de lleno en el Atlántico neoyorquino y salía despedida con tal fuerza que hería la vista.

—Bueno, doctor Rudolf... He de reconocer que desde hace bastante tiempo no me sentía tan dichosa.

Allí estaban, ya a media tarde en la Estación Central de Brooklyn, despidiéndose después de haber almorzado cerca de la playa en Bay Ridge.

—Sin embargo...

—Ida... Ida... Para mí también ha resultado maravilloso, no sé cómo decirte cuánto...

Ella levantó una mano en señal de paciencia.

—Sólo ha sido una noche, Rudi... Nada más que eso... No debemos forzar las cosas. Lo he pasado estupendamente, y es posible que se repita todo esto, pero no quiero que pienses... bueno, yo no soy como esas chicas, no soy de esas casaderas como Rebeca White... Las judías somos Lilith o somos Eva.

Ida Zimmermann no pronunció una palabra más, acercó sus labios, le besó y luego dio la vuelta hasta su auto; desapareció sin volver la cabeza una sola vez. Él permaneció unos minutos en el primer escalón del metro, hasta perder de vista al *Chevrolet*. Con la ambivalente sensación de estar flotando y tener los pies metidos en una cuba de hormigón.

No fue hasta mediados de semana cuando tuvo la oportunidad de cruzarse con Sam. Después de haber perdido otro ejemplar de rhesus se hacía necesaria una reunión entre ambos cirujanos para tratar tema tan delicado.

—El doctor Lebowitz le está esperando...

La secretaria Lange anunció por interfono la presencia de Rudolf Lorre ante el despacho del director de transplante.

—¡Rudi!

Sam se precipitó para estrecharle la mano y servirle un café.

—¡Vaya!

La expresión de Rudolf se refería al cambio sustancial que se había producido en el despacho. Pintura nueva, algunos cuadros, una mesa más grande...

—Como corresponde a un director...

Allí estaba él, sonriente, alzando el cuerpo cual un general, orgulloso de lucir su pajarita, abolidas de una vez las corbatas.

—¿Cómo está Sheaffer?

—En cualquier momento...

Aquella lacónica respuesta no demostraba todo el cariño profesional que Samuel Lebowitz profesó durante algunos años a uno de sus mentores en el Mount Sinai.

—Y es una lástima... —continuó Sam—, pues vuelve a ser candidato para el Nobel de este año. Ojalá sobreviva para entonces...

—Sí, ojalá.

—¿No tienes nada que contarme?

Rudolf abrió los brazos. ¿Qué podía contarle? Estaba aquí para hablar de macacos y nuevos sistemas de sutura cardiológica, para otras cosas bien podrían reunirse un día de estos en el *Metsovo*.

—¿A qué te refieres?

—Al Año Nuevo, naturalmente... Es el miércoles próximo, supongo que lo pasarás con nosotros...

Se encogió de hombros. No sabía qué decir, los últimos días habían resultado de tal intensidad y contenían tanta suerte de emociones que...

—Ida Zimmermann también está invitada... vamos a celebrarlo en casa de los White...

Sam se refería al Año Nuevo 5701 según señala el calendario Judío, al Rosh Hashaná, o Día del Recuerdo, una de las celebraciones hebreas más importantes cuajada de ceremonias, rezos y promesas, cuando Dios juzga a los mortales abriendo tres libros distintos: en uno irán inscritos los malos de acción o corazón, los buenos en otro, y un tercero donde se recogen los que todavía han de ser juzgados, diez días más tarde en el mismo mes.

—Les he hablado de ti... Desean conocerte. La propia Rebeca convence a su padre de que eres el segundo mejor cardiólogo de Nueva York...

Sam no pudo evitar una risilla. Quería agradecer a su amigo, demostrarle que ningún despacho ni ascenso se había interpuesto entre ellos.

—No sé, Sam... hace ya algunos años que no suelo reunirme en celebraciones...

—Deberías asistir, Rudi, no puedes permanecer toda tu vida escondido en ese animalario de monos. Y también a la sinagoga. Bernstein nos da el sermón de Rosh Hashaná, es muy probable que Thaddeus Lewis aparezca por allí. No debes perderle de vista.

El rabino Bernstein ofreció dos sermones, uno cada día que dura la celebración. Cosa no rara en un orador que contabilizaba un centenar de sesudas lecturas por año. La asistencia a la sinagoga de la calle Eldridge resultó aún más concurrida, y como fue imposible que todos pudiesen acceder a su interior se instalaron megáfonos que permitieran a la calle oír a Putterman el cantor y por supuesto a Philip Bernstein. De nuevo Sam se encargó de abrir la puerta lateral, así Rudolf, mientras oía las reflexiones del sermonador, distinguió entre los asistentes a todos los componente del Comité de Asuntos Judíos con la excepción de Walter Sheaffer.

Después oyeron el ceremonioso y atávico barritar del shofar: un cuerno retorcido de cuarenta pulgadas de largo que hizo soplar un experto alzándolo bíblicamente cuan largos eran sus brazos, y por supuesto con todas sus fuerzas proféticas. Aquel sonido retumbó desde el centro de la sinagoga; desde luego, si existía Dios allí estaba su elefantino lamento, con tanto poder acústico que no hubiese sido exagerado pensar que el edificio fuera a derrumbarse cual ocurrió en Jericó a golpe de trompeta. Así se puso fin al primer sermón de Philip S. Bernstein.

—¡*Shalom*, doctor Lorre!

Una vez en la calle, Thaddeus Lewis le echó encima su corpulencia y le besó ambas mejillas.

—¡Que tengas un buen año, y que seas inscrito y sellado en el libro propicio!

Lo mismo le deseó a Sam Lebowitz, y juntos, cual rememorando cada paso de la vez anterior se dirigieron a la pastelería *Moshe's*, la única kosher abierta ese día en toda Nueva York, hoy con más razón que nunca a comer bolitas de miel y un poco de ese pan trenzado.

—Señor Lewis... —Rudolf tomó una bolita y la comió con agrado—, quiero darle las gracias, y pedirle disculpas... bueno, me puse algo nervioso en ese Comité, tal vez...

El voluminoso rabino movió las manos como acostumbraba y exigió otra bandeja de bolitas.

—Óigame, Lorre: todos sabemos que donde hay dos judíos hay tres opiniones.

Como acostumbraba, el rabino cambió de conversación con facilidad similar a la que exhibía comiendo.

—En esta pastelería me siento como en mi propia casa, además...

Todavía engulló varios dulces de miel, se limpió la pechera y la barba, y repartió el resto entre sus dos guardaespaldas.

—El representante de la embajada de los Estados Unidos en Berlín nos ha comunicado hace breves fechas que ninguna persona con pasaporte norteamericano se encuentra detenida actualmente en Alemania o en sus territorios ocupados. Oficialmente, Sarah Georginas Parker no se halla en Berlín... ni en Alemania.

—¿Entonces?

—Creemos que está viva... la Hermandad Hebrea cuenta con grupos de resistencia diseminados en Praga y otras ciudades... es posible que esté en uno de esos grupos, así lo ha comunicado un conocido...

Lewis pareció dispuesto a irse. Alisó su levita negra y se encasquetó el sombrero.

—Son unas bolitas estupendas. Pero he de moderarme si esta noche quiero cenar la cabeza de un pescado. ¡Lebowitz... —Thaddeus le abrazó y por segunda vez le besó las mejillas—, he oído algo sobre una boda, a celebrar pronto, recuerda que en mis escaparates se muestran los mejores anillos de América...!

—Señor Lewis, ¿puede usted decirme a qué conocido se refiere?

—Oh... Claro, Lorre, claro, creo que es escritor; la semana pasada estuvo

de paso en Nueva York, se trata de Franz Werfel, un hombre tímido... Y ahora, el más humilde de todos los judíos —dijo poniendo ambas manos en su pecho— ha de ir a recitar el texto sagrado frente al agua del mar. Así he de excusar mis pecados ante los peces... pues los peces, al igual que Dios, mantienen los ojos abiertos. *Shalom!*

Nada más dijo aparte de las bendiciones en yiddish y los deseos para el nuevo año.

¡Franz Werfel! ¿Acaso no sintió un estremecimiento, un fogonazo? Haber oído su nombre fue como haber oído los parques de Praga y las riberas del Moldava. Gran parte de aquella noche se mantuvo despierto oscilando entre la alegre sensación de ver viva a su madre muy pronto, y la premonitoria idea de su muerte. Sólo tenía que alargar la mano y tocar sus cosas, cruzar un corto pasillo y hallar su habitación cual si acabara ella de salir, su escritorio, su ropa, sus sombreros, sólo necesitaba descender una breve escalera para sentirse sumergido en su gabinete, respirar cualquier prenda, mirar uno de tantos objetos para evocarla.

A pesar de ser festivo en la comunidad judía acudió puntualmente al Mount Sinai a examinar sus rhesus, y a las diez de la mañana subió al Pabellón Guggenheim.

—*Shaná tová*, doctor Sheaffer...

El hombre le miró. Logró esbozar una sonrisa.

—*Shaná tová*, doctor Lorre...

Se desearon feliz año en hebreo y Rudolf dejó sobre la mesilla un pequeño paquete.

—Es un pan trenzado y un poco de miel.

—Gracias, Lorre... no sé si podré comerlo, pero intentaré probar esa miel.

El moribundo doctor se incorporó cuanto pudo. Otros días radiante, de mirada luminosa y piel blanca como camisa nueva, y hoy rotulado de profundas y sudorosas arrugas que todavía incrementaban el tono amarillento, cual pergamino, de su rostro, sus manos, su aura.

—Lebowitz estuvo aquí, hace un par de días... Parece muy satisfecho con su nuevo cargo. Me contó que ha fracasado el nuevo intento. Se ha perdido otro rhesus. ¿Quién abrió y cerró?

—Yo estuve con la extracorpórea. Volvimos a probar con heparina y funcionó bien, hasta la fatal...

—Supongo que hemorragia masiva.

—Sí.

—Entonces —aseguró el médico director lleno de sagacidad—, la costurera no hiló con delicadeza y la seda se rasgó.

—Sam actuó correctamente, le hubiese ocurrido a cualquiera de nosotros.

—Me emociona ver tu integridad. Tal vez seas tú el mejor cirujano de Mount Sinai, el más capacitado para dirigir transplante...

—Samuel Lebowitz también es un cirujano excelente, y sin duda un formidable gestor... Si formamos un buen equipo es probable que tengamos éxito en un año, quizá en unos meses.

Walter Sheaffer agarró uno de sus brazos. Con seguridad tenía algo de fiebre.

—Esas pobres ardillas estarán esperando mis nueces para almacenarlas. En un par de semanas ya no verás ninguna, ni al halcón de cola roja, pero tampoco yo veré Israel...

—Bueno, doctor Sheaffer, hoy es Año Nuevo 5701, y debe admitir que continúa usted entre nosotros.

—¿Alguna noticia de tu madre?

Rudolf le estrechó la mano y negó con la cabeza.

—Pronto este país entrará en la guerra europea, Franklin Roosevelt va a

ganar estas elecciones, puedes darlo por seguro, ya nadie podrá pararnos, aplastaremos a esos nazis, muchos hijos de Israel serán liberados y trasladados a nuestra verdadera patria... Ojalá tu madre esté entre ellos.

—¿Quién puede asegurar cuánto durará la guerra?

No dijo nada más. Se despidió de Walter Sheaffer, quien respondió con un suspiro mientras se desprendía de sus gafas y hundía la cabeza en el almohadón. Su aspecto era de muerto, pero aún no lo estaba. Sin embargo, fue la última vez que Rudolf le vio con vida.

La residencia de los White, en la zona noble del ya exclusivo barrio de Heights y a corta distancia del domicilio de Ida, era realmente espectacular. Una casa de ochenta años, de preciosa fachada, levantada con ladrillos rojos, dos plantas, grandes aleros, y una soberbia vista del sur de Manhattan y del puente de Brooklyn. Rudolf llegó unos minutos tarde, mas fue recibido con el doble boato de la etiqueta neoyorquina y la celebración mosaica. Adornado con su palomita, Sam se encargó de presentarle a la decena de invitados, entre ellos se hallaba Ida Zimmermann, después de que lo hiciera como anuncia el protocolo de toda cortesía con el propio anfitrión, Solomon White.

—He oído hablar de usted, *Shalom*, doctor Lorre, su presencia en esta humilde casa es un honor para mí, mi familia y amigos.

White era un hombre más bien rechoncho que cuando hablaba se miraba la puntera de los zapatos, como si de allí leyera sus palabras por breves que estas fueran; contaría unos sesenta años, y mostraba barba todavía oscura, recortada con esmero. Vestía a la occidental, con un sencillo traje negro mas de buena tela, y como atributo judío únicamente exhibía la kipá y algún rumor de su excelente y fina astucia de comerciante, aunque, ciertos o no los rumores, parecía un hombre muy rico, *El Pequeño Rothschild* de Long Island, y un hebreo que guardaba cada una de las fiestas, asistía puntualmente a todos los sermones de Eldridge, y reuníase con los mejores rabinos, los gentiles más influyentes y las firmas opulentas de Wall Street. Con sus pequeños y gordezuelos dedos había demostrado gran destreza para encajar piezas sensibles, cual un relojero, hasta formar un engranaje que le había hecho ganar más de un millón de dólares.

Los muebles de su *humilde* casa eran de una calidad extraordinaria y de un abrillantado extremo, así como los enseres y el menorah de dimensiones considerables que permanecía encendido en lugar destacado del salón, orientado a Jerusalem.

Su esposa era una mujer alta, como su hija, y tan guapa como ésta, aunque evitaba ser coqueta. Vestía con sobria elegancia, se movía sin hacer ruido, acaso siseos, cual si flotara, y además hablaba muy poco.

Después de algunos rezos rituales, y desearse todos y uno por uno feliz año, se sentaron a la mesa, cuyo centro permanecía idealmente adornado con un cesto a rebosar de pequeñas granadas nuevas. Resultó una comida excelente dentro de la sencillez que marca el rito de Rosh Hashaná judío. Un gran pescado, rodeado de zanahorias, fue traído, cortado en succulentas lonchas y servido ritualmente con manzanas asadas, dátiles maduros, pan de trenza, vino apto y cuencos de miel. Acabado el ágape, y tras nuevos rezos que murmuraban la Tierra Prometida, pasaron al gran salón chimenea, donde las mujeres sirvieron café y los hombres prendieron grandes cigarros una vez que se quedaron solos.

—Esos mamarrachos continúan bombardeando Londres, y seguirán así hasta el cinco de noviembre...

Quien hablaba, Robert Cohen, un tipo elegante que parpadeaba continuamente, ágil experto en Wall Street, adinerado y activo sionista, se refería a la guerra europea con el mismo tono que hubiese empleado para calcular los valores de la Bolsa.

—No sé —insistió Cohen— cuántas bombas haremos tirar a esos alemanes para que esta nación despierte... Nosotros convertiremos a los Estados Unidos de América en el país más poderoso del mundo sólo a cambio de Israel... Hasta el cambista más necio aceptaría el negocio. Le sacamos de su depresión, abrimos nuestras empresas y ofrecemos créditos; Wall Street empieza a empapelarse de nuevo con acciones anónimas... Pero la gente desconfía, tienen miedo... ¡Haremos que cambien!

—Tienes razón, Robert —intervino Sam Lebowitz —, pero, ¿leíste ayer el

periódico? El ochenta por ciento de los americanos se niegan a entrar en esta guerra, no se sienten implicados, no desean otro Wilson que los arruine, tampoco creen...

—Los americanos harán cuanto diga su presidente. Esa baza la tenemos ganada hace tiempo... —dijo el anfitrión White—. Estamos tan convencidos que ninguna ley es suficientemente poderosa para evitar el envío de *chatarra* Inglaterra...

—Aconsejamos a esa lagartija de Chamberlain que volviera a sus viejas aficiones, fotografía, filatelia, la pesca a caña... Pero este Churchill es tipo listo aunque demasiado británico. Y bastante amigo de nuestro Franklin... —relató Robert Cohen.

—¿Y usted qué piensa sobre todo esto, doctor Lorre? Ponga su culo sobre la mesa.

Quien su opinión preguntaba con la metáfora yiddish no hubo hablado hasta el momento. Se trataba de Jude Gutenberg, conocido ideólogo sionista, habitual en la prensa y autor de escritos publicados en inglés y hebreo sobre la Causa Judía. Gutenberg era algo mayor que Rudolf, bastante más alto, y su aspecto podía pasar por el de cualquier director de periódicos de una capital de la costa Este, hombre rubio, de armoniosas facciones y con el timbre de voz perfecto para recitar salmos o seducir gabinetes.

—Sinceramente, sólo conozco las noticias que me surten la radio, los periódicos... Ahora hay bastante jaleo con la campaña electoral. Desconozco cuántas bombas han de arrojar los aviones nazis, si son mil o dos mil los que cruzan a diario el canal de la Mancha. Pero si este país no entra en guerra es probable que los judíos desaparezcan de Europa. Adolf Hitler no se detendrá si sólo le abren fuego con palabras.

Bueno, tal discurso fue el seguimiento natural de las conversaciones que se estaban manteniendo en aquel salón. Todos parecieron complacidos con las palabras de un extraño que estaba allí por mera invitación de Samuel Lebowitz.

—Tiene usted razón, doctor Lorre —intervino el anfitrión—, cuando dice que ese dictador no se detendrá ante las palabras, pero él mismo ha nacido de palabras: ese Hitler no es más que el resultado de antiguas profecías hebreas... La Torá está llena de ellas, Esther, Daniel...

El silencio que produjo tan contundente aseveración lo aprovechó el mismo White para abrir una excelente botella de licor kosher.

—En cuanto a Churchill... debe considerarse más astuto en Inglaterra que aquí en los Estados Unidos —el judío no quiso evitar una maliciosa y divertida sonrisa—, ya desplumamos una vez a ese tipo en 1929... Quedó arruinado...

—Sí, eso quería decir... —reafirmó Cohen exultante al tiempo que apuraba su copa—. Las personas arruinadas son malos creyentes pero buenos tontos...

Todo ese comité doméstico rió la gracia del experto en Bolsa.

—Doctor —continuó—, sus palabras fueron acertadas, pero no se fíe de lo que oye en la radio o lee en la prensa, eso es todo producto manufacturado, un eslabón en una inmensa cadena de montaje, el pienso que comen los gentiles...

—Así es, debemos actuar de una vez y no limitarnos a esos discursos de cuarentena del presidente Roosevelt —dijo Gutenberg—. No debemos perder esta oportunidad histórica, con presidente o sin él.

—Calma, Jude, calma... Todos nosotros hemos nacido aquí a excepción del doctor Lorre, ninguno ha visto Jerusalem. Somos tan judíos de nacimiento como norteamericanos. Guardamos la Torá, mantenemos los preceptos, celebramos nuestras fiestas, levantamos templos, nada ni nadie nos lo impide si a cambio mostramos puñados de dólares. Ya tuvimos otras oportunidades tan históricas como ésta. Es ahora, amigos míos, cuando debemos mantenernos alerta. Este país está sentado sobre un tobogán, como esos cacharros de Coney... —enfaticó Solomon White al dictado de sus zapatos, cigarro en la mano y voz penetrante, cual si sermoneara en la



sinagoga—, sólo necesita un pequeño empujón y no será capaz de detenerse hasta llegar al final...

—Tienes razón, Solomon... Si se da un sólo paso en falso, podríamos precipitarnos —intervino Sam—. Debemos esperar el momento justo, y está cerca. Para empezar, el ala derecha del partido republicano y la fracción sudista de los demócratas no apoyarán una decisión de este calibre, así provenga del presidente Roosevelt o provenga de algún otro. Y también se enfrenta a nuestra Causa un grupo de senadores que no están dispuestos a entrar en una guerra...

—¿Senadores? ¿Embajadores? Amigos míos...

Jude Gutenberg reencendió su cigarro y soltó una rosca perfecta de humo que deshizo con un soplo.

—Amigos míos, un político de alto nivel, como nuestro Franklin Delano Roosevelt, necesita rodearse de gente... vulnerable... como esta voluta... No importa quiénes sean, el poder de que dispongan, ni cuanto dinero hayan logrado reunir... Si son vulnerables están en nuestras manos... Shawl, Cutting, Simpson, el aviador pronazi... gente influyente que ha sucumbido a su propio peso como ballenas varadas... Senadores, petroleros, o doctores como Wirt... A todos les daremos nuestro *Tratamiento Lindbergh*...

—Pero tenemos a ese embajador en Inglaterra... Ese Kennedy... —comentó, apenas audible, un joven escritor presente, Herman Wouk.

—¿Te refieres a Joseph Kennedy, Herman? —preguntó el anfitrión rellenando las copas—. No temas, hijo, es hombre políticamente muerto. Sólo quedará de él el bodeguero que lleva dentro. Después del cinco de noviembre se acabó su carrera. Cada vez que levante una mano le caerá un año de prisión. Roosevelt es hombre sensato, y no más títere que esos botones de hotel venidos a más, como Hoover.

Se podía oír cómo llovía afuera. La tarde pareció desplomarse sobre Nueva York cuando un tremendo trueno sacudió los cimientos de todo Brooklyn.

—¡Alabada sea Israel! —sentenció Newman, hombre mayor que guardó espeso silencio durante la sesión.

—Será mejor que pensemos en marcharnos o nos caerá encima el segundo diluvio. Este otoño parece sacado de otros tiempos —dijo Cohen—. Alabada sea Israel, señor Newman.

Todos saludaron a las señoras, quienes tampoco cesaron de hablar en el salón contiguo sobre buenas costumbres y los preparativos de boda.

—Doctor Lorre...

Solomon White le abrazó y le besó ambas mejillas.

—Gracias por su asistencia, y por considerarnos sus amigos.

—Gracias a usted, señor White, a todos ustedes. Señora White, ha sido una comida de Año Nuevo extraordinaria, hacía tiempo que no me sentía tan... en familia. De verdad, han sido muy amables.

Los invitados se fueron marchando en cadena, la lluvia arreciaba. Sam se quedaría un rato más, no en vano era el prometido de Rebeca, y Rudolf salió acompañando a Ida Zimmermann bajo un paraguas prestado por la señora White.

—Espero que encuentre usted a su madre... —le deseó a Rudolf.

—Gracias...

Camino del apartamento de Ida, unas calles abajo, se preguntó cómo sabía la señora White la situación de su madre.

—Rebeca lo contó... A su madre y a las demás. Debe saberlo todo Long Island. Los millonarios también son chismosos, y si son judíos aún más.

Rudolf accedió a tomar la última copa. La noche se vertía muy hosca y oscura, la lluvia zigzagueaba, no cesaban de estallar los truenos, y los relámpagos

resultaban tan intensos que daba la fotográfica impresión de que Manhattan se electrocutaba.

—Me hago una idea de cuanto has oído en esa cueva de patriarcas, Rudi.

A pesar de su estimación, con pocas palabras le relató sus sensaciones sobre la gente que acababa de conocer y del delicado tema que habían discutido.

—Una auténtica conspiración, Ida.

—Bah... En todo Brooklyn se habrán formado doscientos corrillos como ese de White. Lo hacen todos los años. Es parte de nuestras tradiciones. Los varones comen y se retiran a arreglar el mundo, y las mujeres arreglamos las bodas.

—He de reconocer que he recibido esperanzas. Si este país entra en guerra con Alemania, como ellos afirman...

—Ya estamos en guerra con Alemania. Con el mundo entero, Rudi. Los judíos, ortodoxos o laicos, estamos condenados a vivir de las guerras. Las creamos nosotros, llevamos miles de años haciéndolo. Es nuestra manera de sobrevivir.

—Con un fin, Ida. Y no debes olvidarlo. Eso acabará el día que se establezca el Estado de Israel, cuando tengamos una nación...

—Creí que se habían disipado tus ideas sionistas, pero ese comité doméstico te las ha refrescado. ¿Te mudarás a ese desierto cuando todo esto acabe?

—Brooklyn también es Israel.

—¿Eso te lo dijo Sam?

—Tú también eres judía, Ida. Tu padre y tu madre lo fueron. Mi madre es judía, yo lo soy.

## Capítulo Séptimo

Ayudado por sus dos acompañantes, Thaddeus Lewis cumplió con su rito anual de precipitar al vacío una cabra y un chivo, ambos sin defectos, como sacrificio de Yom Kipur, la celebración más importante de todo calendario judío, conocida como Día del Perdón. La cabra con su presencia alertaría a Dios, y el chivo cargaría con las culpas cometidas por el pecador durante un año. Lo hacía, tras no pocas precauciones y aprovechando la niebla, arrojando a los animales desde un tramo del puente de Brooklyn comprendido entre las dos torres, donde se alza una altura cercana a los cuarenta metros.

—Oye, Israel, te ofrendo la cabra del emisario y el chivo expiatorio...

Inmediatamente, el judío desprendió los brazos del pecho y los elevó al cielo, y así recordó la plegaria donde Dios envía al profeta Jonás a Nínive, que trata sobre el arrepentimiento de los pecados y el perdón. Una vez concluida la ceremonia ordenó a sus ayudantes que le llevaran hasta el Hospital Mount Sinai.

En la otra punta de Manhattan, y a pesar del ayuno riguroso desde el ocaso del día once de octubre hasta el anochecer del doce, preceptivo por el Yom Kipur, de 1940, Rudolf decidió tomarse un par de tacitas en el *Metsovo*, establecimiento eximido de la norma por no ortodoxo, mientras se dirigía, como cada mañana, a ver sus macacos.

—¿Ha oído usted lo de Varsovia, señor?

El griego se despegó de la radio y se plantó delante de Rudolf cruzando los brazos.

—Es espantoso... ¿Lo ha oído?

Rudolf levantó la mirada y vio terror en el rostro de aquel hombre, quien trataba de hacerse entender en inglés cuando apenas lograba balbucear siquiera en griego.

—A los judíos los han cercado en Varsovia...

—¿Qué dice usted?

—Sí, señor, en el distrito Praga de Varsovia, allí los tienen, y los matarán a todos...

—¿Eso dice la radio?

—Así es, señor... Han levantado un muro de tres metros de alto, los han sacado de sus casas y los llevaron allí, familias enteras... Han esperado al Yom Kipur, señor, un día de ayuno. Los nazis saben bien lo que hacen. Pero, cuanta más oscura sea la noche más próximo está el amanecer, es el único consuelo que podemos esperar...

Poco más dijo el hombre, que se fue lentamente, repleto de pesadumbre, a la compañía de su radio y sus pequeñas cafeteras.

Rudolf sopesó el terrible comunicado y la no menos preocupante ausencia de noticias respecto a su madre.

—Mala jornada para ser Día del Perdón, doctor Lorre.

Cruzaba la puerta del Mount Sinai cuando un empleado le comunicaba la otra noticia del día, no por esperada, menos dolorosa.

—Ahora mismo lo están lavando, doctor...

Tan lacónica frase contenía toda la existencia que puede dar de sí la vida humana: Walter Sheaffer había fallecido esa madrugada. Y sí, ahora le estaban practicando la escrupulosa *Rejitzáo* lavado del cadáver de un judío. Hay cuatro motivos para realizar tan exhaustiva limpieza: honrar al difunto y evitar que el alma se asuste viendo al cuerpo inerte; dejarlo preparado para la resurrección una vez aparezca el Mesías; como higiene extrema no permite impurezas adheridas al cuerpo; y finalmente, justo lo que hacían cuando Rudolf entró en el tumulario del Mount Sinai, proceder al lavado de los intestinos con agua fría y caliente para asegurarse, desde hace milenios, de que el difunto en verdad lo está.

Él mismo, por su condición de judío y doctor, y conocedor de las normas y preceptos, ayudó a amortajar con lino sin teñir a Walter Sheaffer.

—Señal de pureza y de arrepentimiento.

Rudolf volvió la cabeza. Era Thaddeus Lewis.

—Me enteré esta mañana. Le agradecemos mucho, doctor Lorre, que sea usted quien amortaje a Sheaffer. Sé cuánto le estimaba.

—Así es, señor Lewis. Gran médico y gran persona.

—Y un buen judío.

Rudolf asintió mientras dos empleados metían el cuerpo de Sheaffer en su ataúd, de simplicidad absoluta. Antes de poner la tapa al cajón, fue Thaddeus Lewis quien cogió el talit que el difunto acostumbraba a llevar en la sinagoga para cubrir su rostro. Después entonó el Salmo 91. El féretro fue trasladado al velatorio del hospital, donde prendieron dos velas que permanecerían escrupulosamente encendidas durante veinticuatro horas.

—No puede ser enterrado en Yom Kipur, habrá de esperar hasta mañana domingo...

Las palabras de Lewis fueron sólo las primeras, pues, según pasaron las horas, el rabinato al completo de Nueva York se dio cita ante el féretro de Sheaffer, incluidos sus seis acompañantes en el Comité de la avenida Amsterdam, y todos entonaron salmos en memoria del difunto, intercalados con los comentarios, aturridos, en una extraña mezcla de comedia alegría y espesa tristeza, tanto sobre la defunción y méritos del médico como del inicio de la masacre que se estaba produciendo en la capital polaca.

Hasta una cincuentena de visitantes llegaron a congregarse ante al ataúd. Algunos de los judíos más importantes de Nueva York allí estaban con sus ropas negras, sus sombreros y muchos con sus barbas. También la mayoría de directores de Mount Sinai, incluidos Samuel Lebowitz, Richardson, la enfermera Norma Miles y la secretaria Lange.

—Tengo algo para ti, Rudi.

Sam le llevó al edificio cinco, a su despacho de director de transplante.

—Lo guardo desde Año Nuevo. Sheaffer me pidió que te lo diera. No he tenido ocasión, ya sabes cuán ocupado estoy, y, bueno, creo que hoy es un momento apropiado.

Rudolf tomó el telescopio con el que tantas veces Walter Sheaffer había oteado Central Park. No era una maravilla de la astronomía, tal vez con menos aumentos que unos simples prismáticos, pero dotado del encanto copernicano de los viejos aparatos ópticos.

—Yo no sabría qué hacer con él... Un recuerdo del viejo. Seguro que tu madre guardaba cosas parecidas.

—¿Guardaba?

Sam rió el equívoco.

—Tienes razón, Rudi. Debe ser contagio, estas situaciones me confunden.

Ocupó su sillón y ajustándose las gafas cambió de tema con pasmosa facilidad.

—Causaste muy buena impresión a Solomon White. ¿Qué te parecieron los demás?

—Aunque todos nadábamos en los efluvios de ese licor... me parecieron coherentes... Gente interesante.

—Ya lo creo. Gutenberg te puso a prueba, siempre lo hace.

—Espero haber sacado buena nota.

—Antes de las elecciones presidenciales volveremos a reunirnos. Deberías venir.

Rudolf asintió mientras sostenía el telescopio heredado. Sentía un gran pesar. En parte por la muerte de Sheaffer, pero había algo más torturante: una bola de papel atorada en su garganta, que se iba agrandando a cada noticia recibida desde Europa.

—Escúchame bien, Rudi...

Sam volvió a ajustarse las gafas, carraspeó y alzó una mano amistosa.

—¿Has oído lo de Varsovia?

—Sí...

—Esos nazis han levantado un polvorín que le estallará entre las manos.

—¿A cuántos judíos como nosotros, Sam, reventará ese polvorín? ¿Acaso se usan personas como metralla para combatir al enemigo?

—Siempre ha ocurrido así, Rudi. Desde los tiempos del patriarca Abraham algunos dieron la vida para que muchos viviésemos. Y cuántos, incluso, combatieron con sus sueños, la única arma para que gente como tú y yo podamos soñar hoy.

—¿Sueños? Los judíos de Varsovia no sueñan, deben sentirse como sonámbulos, sin embargo, los de América lo hacen con vacas kosher...

—Escúchame, Rudi... Soy tu amigo, nos conocemos desde hace años. Comprendo perfectamente cuál es tu preocupación esencial: encontrar a tu madre. Y quiero ayudarte, todos lo queremos, Rudi. Pero, para encontrar a tu madre, deberemos encontrar antes a Israel.

—Me da la impresión de que somos nosotros los creadores de esta guerra...

—Es una impresión correcta. No tenemos otra opción. Amigo mío... Varsovia es la causa, Israel... el efecto. Ya llevamos demasiado tiempo desperdigados por la historia, al albur de los cambios políticos.

Sam Lebowitz abrió las ventanas que daban a Central Park. El aire de octubre era fresco, pero permitió descongestionar esa burbuja de aire caliente que amenazaba con un estallido.

—Me han preguntado por ti... Gutenberg, White, ya sabes... Quieren saber cómo piensas, qué opinas, si estás dispuesto a colaborar, si tus ideales están sujetos a la ley mosaica y la Torá.

—¿Qué quieren de mí?

—Ya te lo he dicho, Rudi. Pretenden ayudarte...

—¿A cambio de qué, Sam?

—De un poco de colaboración, eso es todo amigo mío... Eres persona capacitada. No pienses que en los Hijos de la Alianza entra quien quiere, sólo aquel que puede, únicamente si es invitado a entrar...

Sam se acercó y le tomó amistosamente por los hombros.

—Yo te avisaré para la próxima reunión.

Rudolf asintió.

—¿Qué piensas hacer con el telescopio de Sheaffer? —le preguntó señalando el artilugio.

—En otoño es difícil ver ardillas en Central Park. Supongo que lo llevaré a casa.

Todavía con el bronceo instrumento bajo el brazo se pasó por el velatorio como primera despedida. Antes de llegar comprobó que aún quedaban visitantes salmodiando al difunto, porque un zurrido constante, casi anestésico, provenía del interior mas podía oírse por todos los corredores.

—Doctor Lorre...

Se giró. Y tuvo una agradable sorpresa, no en vano allí delante estaba el hombre que parecía surgido de la fotografía fundacional de los Padres de la Nación. El senador Buchanan.

—Esta mañana me avisaron del deceso...

—Sí. Así es, senador.

—He traído este ramo de margaritas para acompañar al pobre Sheaffer... Fue muy amante de la naturaleza.

Rudolf cogió el ramo de flores.

—Será mejor que lo pongamos aquí, senador. En la tradición judía no es frecuente llevar flores al entierro. Pero ha sido usted muy respetuoso.

—Un gran hombre, un gran hombre... Hace cuarenta años que conocí a Walter... Él comenzaba en Medicina y yo en Política... Y ya ve usted, esto es todo cuanto podemos esperar de la vida. ¿Ahora se dedica a mirar las estrellas, doctor Lorre?

—Oh, no... Se trata de... un recuerdo. En realidad ya salía del Mount Sinai. El entierro no se oficiará hasta mañana, hoy es Yom Kipur, un día sagrado para los judíos...

—Algo me habían dicho. Gracias, doctor Lorre.

Antes de cruzar al velatorio le entregó una tarjeta.

—Después de estas elecciones, aparcaré mi carrera. Quiero dedicar los últimos años a descansar. Pero no dude en llamarme si cree que puedo serle útil.

—Gracias, senador. Cuando necesite un médico, ya sabe usted dónde puede preguntar por mí.

El entierro de Walter Sheaffer se realizó al día siguiente, domingo, muy temprano. En el Bajo Manhattan, incrustado y casi prácticamente desapercibido, ahogado por rascacielos, se halla el cementerio judío más antiguo de los Estados Unidos, en el 55-57 de la St James Place, un terraplén irregular, y sagrado desde hacía trescientos años, al que se accede por unas puertas herradas que separan dos mundos, dos tiempos. El Shearith Israel podía haber pasado por ser un cementerio de Praga o de cualquier otro secular enclave europeo, uno de esos lugares donde hasta el aire pierde su elasticidad. Sus tumbas, sencillas, apenas unas lápidas de mármol que las condiciones meteorológicas ya habían tintado con esa pátina decadente, amarillo hueso, apreciable en todo lo que está olvidado.

No había más de una quincena de personas, entre rabinos y doctores, cuando trajeron el féretro. Ninguna mujer presente, ningún familiar al pie de la fosa, así fue el rabino Alef del Comité de Asuntos Judíos, y propietario de las barberías neoyorquinas, Ziegelheim, quien pronunciara unas palabras donde, esencialmente, se resaltaban las virtudes del fallecido, como judío y como doctor. Después recitó una larga letanía en yiddish que sus acompañantes repetían bamboleando atrás y adelante la cabeza en dirección al ataúd. Éste fue llevado por tres médicos y tres rabinos, hasta el lugar elegido donde habría de ser enterrado. Pararon las siete protocolarias veces, para hacer más larga la despedida de alguien querido y admirado, y antes de colocarlo en la fosa comprobaron si el féretro llevaba taladrado el preceptivo agujero, con la milenaria idea de que el cuerpo una vez descompuesto se confunda pronto con el humus y facilite el reintegro del polvo al polvo. Todavía Ziegelheim murmuró un responso y él fue quien primero tomó la pequeña pala y arrojó una porción de tierra al hoyo. Uno a uno, reverencialmente, aquellos hombres fueron asiendo la pala, nunca pasada de mano a mano para no transmitir la desgracia, y arrojaron su puñado.

Finalmente, precediendo la despedida, el oficiante de la ceremonia sacó unas tijeras rituales e inició un pequeño corte en la levita de cada rabino, quienes tiraron hasta desgarrar unos centímetros de ropa en máxima señal de duelo.

Thaddeus Lewis, el recaudador Johnson, Allan Cohen, Zacharias Newman, y Ziegelheim, seguidos por Sam, abandonaron el cementerio del siglo XVII después de lavarse las manos, y tras ellos salieron los doctores. También se disponía Rudolf a marcharse cuando alguien se le acercó y saludó como sólo podría hacerlo un verdadero golem.

—*Díganme un lugar de Berlín y yo mismo iré a buscarla...*

Se trataba de Jacobson, el más ortodoxo de aquel Comité de Asuntos Judíos, caminando sobre la crepitante hojarasca, tocado con sombrero ceremonial, la levita negra hasta los pies, su enmarañada barba bermeja y los bucles de sus cabellos pendientes desde las sienes.

—Rabino... Me alegro de verle, pero siento que haya sido en un momento como éste.

—¿Por qué lo siente?

Rudolf hubiese jurado que parte de la niebla de esa mañana le estaba atravesando el cuerpo, tan gélidas le sonaron sus palabras. El rabino Jacobson era un hombre fuerte, recio, y todavía parecía más grande con la levita y el sombrero; además, la barba rojiza y su voz de tono bajo ayudaban a darle ese aspecto todopoderoso.

—Lo decía por el entierro del doctor Sheaffer...

—Cuando llega la muerte se cierra el libro del cual hemos leído una página cada día, pero se abre otro que hasta entonces permanece intacto. No sienta pena, sino alegría.

Bastó un gesto del rabino para hacerle comprender que deseaba pasear por el recoleto cementerio, entre viejas lápidas y estrellas despuntadas por los años.

—Walter Sheaffer le tenía gran estima... Insistió para que usted fuese el nuevo director de transplante.

—Francamente, no lo tenía marcado como un objetivo.

—Claro... Su objetivo es encontrar a su madre.

—Aparte de mis investigaciones médicas, sí. ¿Qué desea usted de mí? ¿Tal vez tiene información referente a mi madre? Si es así...

—En realidad le buscamos para que sea usted quien nos surta de información.

—No sé cómo podrá ser eso, rabino Jacobson.

—Habla alemán a la perfección, como un nativo, es su lengua primera, ha leído muchos libros en ese idioma... También lo escribe.

—No le entiendo, rabino. Ya le dije en el Centro Judío: hace años que no lo hablo; a veces solía hacerlo con mi madre, en privado, y no niego que guarde algunos libros en alemán, pero hace tiempo que no me ocupo de ellos.

—¿Quiere ayudar a su madre? Trabaje para nosotros.

Recorrieron en silencio un par de veredas serpenteantes entre las tumbas hebreas. Ambos miraron al cielo neoyorquino, rodeados de rascacielos ajenos al terraplén sagrado.

—Nosotros combatimos esos difamatorios artículos antisemitas del emporio Hearts. Pero necesitamos intérpretes de gran calidad para otro tipo de prensa. Cada día recibimos información, libros, panfletos, revistas, anuncios, todo tipo de material impreso en Alemania.

—Estoy convencido de que en Nueva York encontrará centenares de personas que hablen tan buen alemán como Goethe.

—No queremos saber qué dicen, doctor Lorre, sino qué piensan. Pocas de esos centenares poseen los conocimientos que usted aporta, muchas son germanófilas o abiertamente antisemitas y ninguna de ellas tiene a su madre desaparecida en Alemania, ni es investigador en transplante. Mire, doctor, entre ambas naciones todavía no se ha declarado la guerra, pero es cuestión de meses... Antes de que tal cosa suceda, es muy probable que se envíe una delegación norteamericana a Berlín en el primer tercio del próximo año. Las gestiones están casi formalizadas. Esperarán al resultado de las elecciones, a partir de ahí sólo contaremos con unos meses.

Rudolf se paró y enfrentó su mirada con la del rabino.

—¿Qué quiere usted de mí?

—Si todo va bien, que sea uno de los integrantes de esa comisión.

—No entiendo qué me dice. La verdad...

—La verdad, doctor Lorre —interrumpió el rabino—, no es un gran diamante que ciega los ojos, sino muchos diamantes de pocos quilates. Y, al igual que hacemos con las piedras preciosas, debemos mantenerla a buen recaudo.

Nunca tuvo tan cerca las pupilas azafranadas del rabino. Aquel hombre le pedía algo más, detrás de cada una de sus profundas palabras se escondía un misterio, un secreto.

—Piense lo que le he dicho, doctor.

—Lo haré, rabino.

Deambularon por el Shearith Israel, decantados por el silencio hasta que de nuevo se hallaron frente a la tumba de Sheaffer.

—Estaba propuesto para el Premio Nobel.

—Este año no se concederá —dijo Jacobson.

—Ahora he de irme, rabino.

Éste asintió con gravedad.

—Nos pondremos en contacto. Pronto. Y recuerde, doctor: Tu amigo tiene un amigo, y el amigo de tu amigo tiene otro amigo; por consiguiente, sé discreto.

—Así lo haré.



—*Kadavergehorsam!*

Fue la última palabra del rabino de la barba bermeja. Una expresión alemana que iba más allá de la mera traducción, como él quería que hiciese Rudolf con esos panfletos: la obediencia debe *serrígida como un cadáver*.

Rudolf abandonó el cementerio judío lleno de nebulosos pensamientos. Todavía pudo oír cómo el rabino Jacobson, ante la fresca tumba de Sheaffer, murmuraba un rezo y rasgaba otro jirón de su levita.

Varias jornadas necesitó Rudolf Lorre para recapacitar sobre lo acontecido. Llegaba al Mount Sinai y salía de allí sin hablar con nadie, el hospital se estaba convirtiendo en una suerte de gran celda abierta, un purgatorio, y él mismo en un espectro. El cafetero griego le surtía de noticias sobre la guerra, dos veces por día, con la puntualidad de un mariscal de la radio; él cuidaba a los macacos, comprobaba obsesivamente su máquina de circulación extracorpórea o pasaba largas horas en vela bajo su dormitorio, en el gabinete freudiano de sueños, para sentirse aún más cerca de su madre, absorber de allí la energía suficiente, la sensatez necesaria en esta empresa. Sheaffer, el senador Buchanan, Hardeen Houdini, Solomon White... y el rabino bermejo Jacobson, todos pretendían ayudarlo y a ninguno había solicitado ayuda. ¿Qué podía hacer? ¿Estirar la mano y dejar que esos poderosos la llenaran de promesas o introducirla a oscuras en un saco sin fondo y sin respuestas?

Sus intentos de hablar con Sam tampoco fueron fructuosos. Nunca se le encontraba en Mount Sinai, pues continuamente se hallaba viajando de congreso en congreso incluidos los de la costa oeste.

—Mendigando fondos —afirmaba Lebowitz detrás de su pajarita—, a cambio de proyectos como el tuyo, Rudi.

Tenía razón: sin la heparina resultaba de todas todas una locura intentar un nuevo proyecto de trasplante con rhesus, a los que debía valorar como auténtico oro. En ello pensaba por la ribera del Harlem, atiborrado de pensamientos y dudas, esperando inútilmente encontrar soluciones donde sólo había aire.

—Lo peor es esperar, esperar, esperar...

Lo decía, lo repetía hasta saciarse, y esa era en verdad su preocupación más inminente: el misterioso rabino le había prometido que se pondrían en contacto con él. ¿Cuánto debía esperar? ¿Se arriesgaría a ir a Europa como hizo su madre? ¿Con qué propósito? ¿Y ese mago extravagante y budista, amigo de Hardeen, quien remitió la carta? ¿Sería capaz de encontrarle en Berlín? ¿En un Berlín en estado de guerra?

Dos semanas más tarde, el viernes primero de noviembre, salía Rudolf del edificio principal de Mount Sinai. La noche estaba pronta a caer, y el doctor se apresuraba a tomar el metro para dirigirse cuanto antes a casa cuando el *Chevrolet* 1936 de color azulino frenó delante de la puerta. No pudo menos que sonreír y henchirse de aire para soltar lastre cardíaco.

—¡Casi me atropellas!

—Debería hacerlo...

—¿En serio?

Rudolf subió al *Chevrolet* y besó a Ida en la mejilla.

—¿Te parece bien no haberme telefonado en dos semanas? ¿Eres de los que esperan a que sean las mujeres quienes se rindan, como esos tipos duros que salen en las películas?

—He estado muy ocupado...

—¿Ah, sí? Creí que te había secuestrado el comité de patriarcas.

Rudolf la miraba embelesado. Sí, tenerla aquí, haber aparecido, ¿no significaba descorrer el plúmbeo telón de la ansiedad y vislumbrar un horizonte más diáfano?

—¿Dónde vamos?

—En primer lugar, a cenar... Me muero de hambre, doctor...

Mientras Ida Zimmermann conducía con pericia por las largas avenidas entre banderas americanas y carteles electorales de Roosevelt, Rudolf no cesaba de mirarla, se quedaba embobado en el perfil tan armonioso y de nuevo podría jurar que esta era la verdadera mujer capaz de encantar a los pájaros.

—Quiero fotografiarte...

—¿No has tenido bastante con los monos?

Ella rió de una manera maravillosa mientras tomaba la curva para adentrarse en la 42th-West.

—Pero antes hemos de cenar, tomar champaña, mucho champaña, y bailar...

—No sé si habrá noche para tanto...

La habría. Entraron en el distinguido restaurante *Aureole* cuya puerta de acceso hace pensar a todos que penetran en un templo de la mismísima Atlántida, entre Times Square y Bryant Park. Ida tenía mesa reservada, en un rincón discreto del ya tranquilo restaurante, y allí, mientras un pianista de esmoquin interpretaba bellas baladas no cesó un instante de mirarle directamente a las pupilas.

—¿Qué tal va todo?

—Me ofrecen ayuda... Todos me la ofrecen...

—¿Qué piensas hacer?

Rudolf sorbía de su copa y miraba el frenesí de las burbujas.

—Las noticias de Europa no son halagüeñas. Ese Hitler parece dispuesto a acabar con todo.

—El todo acabará con él.

—¿Estás segura?

—Hum...

Les sirvieron su especialísimo menú.

—Tan segura como que estamos los dos aquí. ¿Qué se puede esperar de un tipo que confunde los términos memorándum y ultimátum?

Sopa de espárragos, con más champaña y regaliz.

—Para aumentar el amor y la lujuria.

Piñones, cilantro, miel y algo de ajo, y láminas de una carne fragante, rosada, tan delicada como pétalos de rosa que Rudolf comió agradablemente, acompañándola del espumoso y sin apartar la vista de la mujer más hermosa de Nueva York a sus ojos.

—Es langosta... —advirtió no sin sorna Ida Zimmermann cuando Rudolf degustaba el plato—. No creo que le importe comer afrodisíaca langosta, siquiera un día en la vida, a un judío que no está circuncidado.

—Deberías habérmelo dicho...

Ida rió.

—¿Por qué? No se debe decir todo. Además, a este sitio no suelen venir los patriarcas...

El camino a la mansión con terraza de Heights, resultó tan maravilloso como toda la cena. A pesar del champaña conducía muy bien y no tuvo problemas para meter el morro del *Chevrolet* en el puente de Brooklyn engalanado con más carteles de Roosevelt, abrir las ventanillas y dejar que el nocturno frescor del océano les inundara. Llegados a casa, subieron al dormitorio frente a Manhattan, Ida puso un disco y sin más preámbulos se desnudó y le ofreció sus pechos pequeños y blancos, como las tacitas del *Metsovo*.

Fueran los días de ansiedad, los últimos sucesos, la soledad de la calle Anderson, o simplemente el marisco prohibido, pero Rudolf amó y fue amado mientras el disco giraba y giraba como esa noria de Coney, permitiendo que la música de *Blue Moon* manara en cada vuelta su efluvio anestésico.

—Mi pequeña geisha de Brooklyn.

Todavía contemplaron un rato la lluvia a través de los ventanales, ajeno a ellos Manhattan hervía de luces la noche del viernes. Después durmieron. Rompía a amanecer en la bahía neoyorquina cuando Ida se levantó, y sin que él lo supiera, dormido, le disparó una fotografía. Se acercó, le arropó con cariño y le besó el cabello mientras susurraba:

—Me debes un baile, Rudi.

## Capítulo Octavo

Unos días más tarde, después del cinco de noviembre, el país deseaba tomar su pulso normal aunque el aire continuaba enrarecido. Las manos curtidas del demócrata FDR, mayúsculas que denominaban al electo Roosevelt, tomaban las riendas de América por tercera vez consecutiva, obviando la Enmienda XXII, firmada pero aún no ratificada. Su contrincante, el empresario Wendell Willkie, un hombre que proveía a Estados Unidos de electricidad, dejaba de ser denominado *Caballo Negro*, popular apelativo para los anónimos que saltan en política a la fama, y retornaba al formol de Wall Street, derrotado y todavía inconformista.

—Ahora Solomon White podrá vender toda la chatarra que quiera a Inglaterra. Él se hará multimillonario, y Alemania no tendrá más remedio que tomarnos en cuenta. Las cosas salen tal como deben... Pronto estaremos en Israel...

—¿Eso crees de verdad?

Rudolf apuraba su segunda tacita en el *Metsovom* mientras Sam se sentía orgulloso de la victoria de Franklin Delano Roosevelt, tan exultante que se podía contrastar en su entusiasmo que aquellas elecciones significaban mucho más que decidir un presidente, para él significaba entrar en la guerra de la consumación con el estandarte de la victoria asegurada.

—Estamos hablando de un millón de fusiles y cincuenta buques de guerra. A esa chatarra se refiere White.

Rudolf le miró con doble empatía. Eran amigos, colegas, se conocían desde hacía varios años. Agradecía cada comentario, y la confianza en él depositada, pero el tema al que Sam Lebowitz aludía era delicado, más apto para la *Kadavergehorsam* que para conversaciones de cafetín.

—Se han terminado los discursos de cuarentena, amigo mío. Pasamos a la acción... Incluso ese Lindbergh acaba de estrellar su último aeroplano. Nuestros muchachos están preparados.

—Sí... Supongo que sí.

No se trataba de una simple reunión para tomar café después del trabajo. Hacía días, semanas, que no se encontraba con Sam, y éste había venido a buscarle momentos antes de la hora de salida, con dos frascos de heparina, mostrándolo cual si se tratara del verdadero elixir de la eterna juventud.

—No ha sido fácil conseguirlos. Se los tuve que arrebatar a un cardiólogo de Filadelfia... El tipo, ya sabes, Ed Ronson, tenía lo menos una veintena de estos en su auto, ¿quieres creerlo? No logro entender por qué el hospital de ese Gibbon está mejor surtido que nuestro Mount Sinai, pero... *¡Estos dos son para Rudi!*, me dije y, bueno, aquí están.

Rudolf tomó los frascos y los sopesó asintiendo complacido mientras pasó la mirada por sus ejemplares de rhesus.

—Pronto podremos intentarlo.

—¡Claro! Otro asunto, Rudi...

Sam le tomó de los brazos y lo empujó con suavidad al final del recinto, donde ni siquiera los monos podrían oírle.

—Jacobson quiere verte. Esta tarde. A las ocho.

Él le miró. Sin dejar de sopesar los frascos trasladó la mirada desde los macacos a las gafas relucientes de Sam.

—Yo te guiaré. Pero, todavía tenemos un par de horas —confirmó mostrando su áureo reloj de pulsera—. Podemos tomar un café en tu griego favorito.

—¿Qué crees que quiere decirme? —preguntó Rudolf, con la intención de desvendar toda la información que su amigo pudiera tener oculta.

—No sé... Supongo que hablar sobre tu madre. Ya me percibí de que os

quedasteis hablando, en el Shearith Israel, y ahí no estaban mis oídos, Rudi. Jacobson es hombre difícil de visitar. Un gran honor, así debes tomarlo, amigo. Es muy influyente. Hasta Ziegelheim le guarda respeto y atiende a su consejo.

Cogieron el metro en la 86th y se bajaron en Canal Street.

—La vivienda de Jacobson no está lejos, unas calles más abajo.

No llegaba a comprender por qué Sam no decía con claridad la dirección del rabino y evitaba esos comentarios, pero veinte minutos más tarde lo comprobó. Tomaron la famosa senda de las moreras, donde ya no se veía ni uno solo de esos árboles, pero, desde luego, la calle Mulberry seguía siendo una de las más alborotadas de Manhattan, auténtica espina dorsal de Little Italy. Calle tan larga, exótica y alegre que sus inquilinos, en su mayoría descendientes del Dante, vertían desde las ventanas gritos mediterráneos que rebotaban en las aceras como si fueran agua en lugar de sílabas, e impregnaban el aire de olor a pan recién hecho, pizzas, tomates, gaseosas de fruta, y por supuesto innumerables comercios con letreros italianos exhibían sus productos en atiborrados escaparates, cual si fuesen cofres a reventar de joyas en vez de simple comida.

—El decorado perfecto para una ópera —afirmaba Sam abriendo los brazos como un escenógrafo—. Te paseas un poco por Mulberry y oyes cantar a un Caruso en cada cafetería. Ni siquiera tienes que poner la música...

—Desde luego que no... —aseguró Rudolf contemplando aquellos robustos edificios de ladrillo, y las callejas transversales a uno y otro lado con guirnaldas de ropa tendida al viento.

No tardaron demasiado en llegar a Columbus Park, a cuyo alrededor aparcaban largos coches negros, con más de diez años de rodaje pero con carrocerías relucientes donde aún se mostraban las huellas digitales de la mafia genuina. Allí giraron a la derecha y desembocaron en la calle Bayard, conocida por sus callejones y comercios chinos, frontera natural entre el barrio italiano y Chinatown. De las pizzerías y los tipos con sombreros fedora, se pasaba en pocas decenas de metros a una ópera distinta, con gente de ojos rasgados, traficantes de peces de colores, galletas de la suerte, casas funerarias y restaurantes tan vegetarianos como succulentos. En todos los números de la calle Bayard se abría un restaurante oriental. Sam caminaba a su lado, algo incómodo al transitar por aquella zona ataviado con una pajarita celeste, cual si una grulla coronada lo hiciese en un palomar. Pasaron ante la casa Shang Hai, la casa Fong, y la del Buda... hasta llegar a un callejón sin nombre, ni número, de penetrante y agrio olor, horadado entre los sitios de comida *Moon House* *Yeun-Yeun*.

—Es por aquí...

Poco más dijo Sam, acaso señalar el infecto pasadizo, apenas iluminado a las ocho de la tarde, angosto y rebosante de efluvios a animal muerto, comida podrida, orín de caballo y pólvora. Todavía caminaron unos metros hasta que Sam se detuvo.

—Es ahí... Tienes que bajar esas escaleras.

—¿Es que tú no entras?

—No, Rudi. Él quiere hablar contigo. Y vive ahí.

Nada más dijo, le abrazó y se fue en silencio, algo apresurado, con evidentes ganas de abandonar el barrio chino, el italiano, todo el Bajo Manhattan, y volver a su Jerusalén de Brooklyn.

Se halló ante una puerta de rancia madera, no muy alta a la vista por ser todas las viviendas subsótanos del callejón, hundida en la gruesa pared cual una ratonera, a la que se accedía por tres escalones bastante gastados. Eran las ocho en punto. No le dio tiempo a llamar cuando alguien abrió.

—¿Doctor Lorre?

Tenía delante a un hombre joven, y no desconocido.

—Soy Herman Wouk, ¿Cómo está usted? El rabino le espera. Haga el favor de

seguirme...

—Sí, ¿no era ese escritor joven que también comió pescado y pan trenzado en casa de los White?

Cera, pergamino y naftalina. Ese conjunto de olores penetraron en la nariz de Rudolf cuando accedió a la cueva sagrada del rabino. Era una vivienda de tres piezas, alumbrada permanentemente con candelabros que mantenían el nivel de oxigenación por debajo de lo deseable. Costaba respirar, máxime cuando se detenía ante los anaqueles repletos de volúmenes de la Torá y otros libros religiosos judíos, cientos, tal vez miles de ediciones distintas de ese libro sagrado, hileras de tomos talmúdicos redactados en lenguas desaparecidas que ya pocos serían capaces de comprender, como sí hacía el propio Jacobson.

—El rabino está leyendo. Debemos esperar un poco.

Así era. Rudolf quedó extrañamente maravillado ante el misticismo del hombre, bamboleando su cabeza y pleno de concentración, leyendo de un volumen considerable. Éste estaba en un atril bastante sólido, donde el lector apoyaba sólo un codo mas permitiendo al índice enroscar y desenroscar un bucle, de pie y con los ojos entornados murmurando en ininteligible tono, a la luz de las siete llamas de la menorah, todo cuanto leía.

Sólo bastó una señal de la mano para comprender que debía acercarse. El rabino Jacobson le clavó sus pupilas, tan azafranadas como la mañana ante la tumba de Sheaffer, y todavía continuó murmurando su letanía lectora al menos un minuto, cual una grabadora con retraso, tiempo suficiente para que Rudolf pudiera ver de soslayo el texto del cual leía el maestro.

¡Un libro lleno de números!

Efectivamente, sólo números leía el rabino, a velocidad increíble, aplicando un soniquete versicular de difícilísima comprensión al oído.

—Me alegro de volver a verle, doctor Lorre.

Parecía cansado. Llevaba tocado un gorrito judío de oración, y una levita vieja que únicamente le cubría hasta las rodillas, estaba descalzo, y su aspecto coincidía más con el de un enfermo que con el de un doctor rabínico.

—Parece que ha ganado nuestro Franklin.

—Así es, rabino. Contó con el apoyo de los sindicatos, los sureños... las grandes ciudades estaban con Roosevelt. El *Caballo Negro* sólo ha obtenido el voto de granjeros y protestantes.

—No siempre pierden los caballos negros, Abraham Lincoln lo fue... ¿Reflexionó sobre nuestra anterior conversación?

—Sí. Aquí estoy.

El joven Wouk sirvió agua caliente en tacitas parecidas a las del *Metsovo*.

—¿No se sorprende de que un rabino habite en esta ratonera? Aunque usted nació en Praga, allí hay muchas como ésta.

—He de confesar que me parece el sitio más laberíntico de Manhattan. Pero debe ser lugar idóneo para guardar esa colmada biblioteca.

—Una de las mejores del mundo. Mire este libro...

Jacobson le mostró un singular tomo, a tenor de su aspecto, que Rudolf sólo se atrevió a acariciar.

—Un antiguo libro de Eleazer de Worms, discípulo de Yehuda ha Hassid... Este volumen nunca ha sido expuesto a los rayos solares. En apariencia son comentarios, pero en realidad es un tratado de poderes mágicos, de los nombres de Dios, y contiene los más antiguos escritos sobre el golem, la cábala práctica, una experiencia sublime a través de poderosas combinaciones alfanuméricas.

—Vaya... Debe ser un libro muy valioso.

—Valioso solo para aquéllos que saben leer de él. La cábala, doctor Lorre, es

tan antigua como el género humano.

No podría negar que cuanto Jacobson explicaba sobre sus libros era interesante, zoroástrico entre aquellas luces y sombras que desdibujaban sus cejas, fascinante, más aún oyéndolo directamente de la boca de un rabino y exégeta reconocido como él, pero ambos sabían que no era ése el verdadero motivo de la visita. Rudolf mantuvo silencio, sorbía traguitos de agua caliente mientras oía y observaba con cuánto deleite el escritor Wouk escuchaba a su maestro.

—Herman... creo que se necesitan tres septenas de velas...

Tan escueta orden fue suficiente para que Wouk se levantara.

—Iré a buscarlas, rabino.

Una vez que se quedaron a solas el bermejo Jacobson volvió a clavarle sus pupilas, como solía hacer tal vez para fijar el objetivo y evitar que series de números y letras serpentearan por sus córneas. Estaban en el centro de la carnal Nueva York, pero las siete llamas de la menorah, no sobradas de cera, dibujaban caprichos fantasmales, al menos tambaleantes, que parecían hurgar entre los anaqueles, los libros, sus propias espaldas.

—¿Qué piensa usted de Hitler?

Pregunta tan directa necesitaba una respuesta igual de contundente.

—He oído alguna de sus arengas por la radio. Habla con poder.

—¿Con poder? ¿O poseído?

—Eso no puedo saberlo. No le he visto actuar, sólo escucho su voz.

—Supongo que le entiende a la perfección...

—Sí...

—¿Qué cree que siente un alemán cuando le oye?

—Bueno, cualquiera se sentiría hechizado. Hitler posee un tono de voz y un timbre que excede todo significado, va más allá, diría yo que es un sonido... narcotizante.

—¿Acaso místico?

Rudolf se encogió de hombros. Nadie era él para hablar de misticismo a un rabino de tal naturaleza como Jacobson.

—No sabría decirle. Pero he oído que ese hombre es el resultado de antiguas profecías judías...

—Correcto, doctor, no obstante, somos nosotros quienes surtimos a las profecías de hechos.

El rabino señaló de nuevo el libro de Eleazer de Worms.

—Ese Adolf Hitler se comporta como un golem... ¿Ha oído hablar del otro Adolf, del doctor Butenandt?

—¿Adolf Butenandt?

Bien, Jacobson enroscaba el índice en uno de sus bucles y bajaba un poco la cabeza, tal vez lleno de cansancio, para desprenderse de guarismos, y así le miraba como lo haría una gárgola.

—Bueno... Creo que obtuvo el último Premio Nobel de Química. Hace unos años dictó algunas conferencias por los Estados Unidos; he leído un par de sus artículos, Butenandt es un especialista...

—Correcto: en 1935 estuvo invitado por la Fundación Rockefeller, ahora dirige en Berlín el Instituto Kaiser Wilhem de Biología. Adolf Butenandt está al corriente de sus trabajos sobre transplante.

—No entiendo cómo...

—Doctor, usted debe saber que los grandes curiosos usan grandes lupas.

—Tengo entendido que las miras de su investigación van dirigidas a las hormonas.

—Está trasplantando hígados, con éxito... Y pretende ir más arriba, naturalmente, como todos los nazis.

Tanto sofoco sentía que necesitó rellenar su tacita de agua y sorber dos, tres veces hasta acabarla.

—¿Cuando dice *más arriba*, se refiere al... corazón?

—Así es... En los primeros meses de 1941 una delegación de este país visitará Berlín, invitados por el Instituto Kaiser Wilhem. Estamos interesados en que usted sea uno de los cuatro elegidos para tal comisión.

—¿Habla en serio, rabino? Yo soy judío... No es ningún título hoy en Alemania.

—Es judío pero no lo parece, a su madre le ocurría lo mismo. Su lengua natural es el alemán, y además es el mayor experto del país en máquinas de circulación



extracorpórea. Adolf Butenandt quiere una. Digamos que se la hemos ofrecido, a cambio obtenemos esa reunión científica.

—Creo que le entiendo...

—Lo celebro. Tendrá un par de semanas para buscar a su madre. Tal vez se halle escondida en Berlín.

—¿Qué me pedirán a cambio?

—¿A qué se refiere, doctor?

—¿Sólo entregar una máquina en la que llevo trabajando cinco años, a un nazi?

—No vea a Butenandt como un nazi, sino como un científico.

—¿Cree que no sabrán que soy judío? ¿Acaso no investigarán? Es un país obsesionado con la burocracia, además, rabino Jacobson, los Estados Unidos están llenos de tantos espías germanófilos como antisemitas hay...

—Eso está arreglado. En los Estados Unidos, doctor, la gente suele nombrarse con el apellido materno, no mencionar el del padre. El suyo es Parker... Rudolf Parker. Y en su expediente no constará como doctor del Mount Sinai Hospital, por supuesto... Hace años que no es judío practicante, rara vez se le ve por las sinagogas, ni participa en encuentros ni se le conocen actividades sionistas. Y su alemán es perfecto.

—Si hablara alemán ahora creo que se me partirían los dientes...

—Precisamente es lo que queremos, y no trate de comprenderlo ahora. Tiene el perfil perfecto para pasar desapercibido. Le necesitamos. A cambio...

Ahora fue el rabino quien rellenó su tacita con agua.

—Nos servirá de arcángel.

Rudolf tembló cuando oyó el término. La terrible palabra en boca de un rabino le estremeció hasta el punto de sentir escalofrío. ¿No era la misma que habían usado para dirigirse a su madre?

—Este es un lugar húmedo, doctor. Por eso, siempre que bebo agua la prefiero caliente.

Se restregó las piernas con fruición, alisó su barba roja, pellizcó el nacimiento de su nariz y como acto final se llevó las manos al pecho.

—Sólo tendrá que entregar un libro y recoger otro.

Nada más descifró el cabalístico rabino, pues su discípulo el escritor Wouk regresaba con las velas, precisamente de la cercana sinagoga de la calle Eldridge, y de inmediato se dispuso a reponer las del candelabro junto al atril.

—Hemos observado a muchos, doctor. Y le hemos elegido a usted.

Jacobson se incorporó una vez el menorah volvió a levantar sus siete llamas, y se dispuso frente a su atril para continuar leyendo números.

—También yo he observado, rabino. ¿Siempre lee de pie?

—Sí. Esta es la manera de asistir a la experiencia de Ezequiel, atravesar puntos de luz, ascender por una escalera fulgente hasta llegar al Salón del Trono de Dios.

Atendiendo a su impulso médico, se agachó y palpó las pantorrillas desnudas de Jacobson.

—Inflamación, venas endurecidas, rojez y... dolor al tacto. Sus piernas no están bien. Le aconsejo, rabino, que se haga una inspección vascular.

A pesar de que la luz ya era suficiente allí quedó el exégeta judío, en esa penumbra espesa que parecía provenir de sí, iniciando gravemente su murmurar atávico, apoyado el codo en el atril, el índice en el bucle, mientras recitaba de aquella cifra inmensa y misteriosa.

Rudolf abandonó el lugar acompañado por el escritor.

—Cuando cae la noche este barrio es todavía más impresionante, es como el...

¿Cómo diría...?

—¿Escenario de una ópera?

—Sí... como el escenario de una ópera, exactamente eso, doctor —confirmó Wouk exultante cual si hubiese hallado una gema—. El escenario de una ópera repleto de comercios orientales, geishas, mandarines y pescadores de perlas, un barrio de papel de seda con callejones malolientes, muchos sin salida, como ese del rabino. *El Callejón de los Bandidos*—mencionó levantando un dedo triunfante—, donde dicen que siempre habitó un judío.

—Así que eres escritor...

—¡Sí!

Fue tanto el entusiasmo de aquel aspirante de veinticinco años, judío de antepasados rusos, que su afirmación corrió a todo lo largo de la calle Mulberry.

—Y estoy terminando mi primera novela...

—Oh...

—Así es, el próximo año es posible que estas manos sostengan mi propio libro. Me encargaré de enviarle un ejemplar, se lo firmaré.

—Muchas gracias.

—Se lo prometo, doctor Lorre... Algún día...

Herman Wouk señaló a través de cielo y edificios hasta apuntar a la cúspide del Empire State.

—Subiré allí, a lo alto, con mi libro, y gritaré a Nueva York: ¡Aquí estoy!

—Será un día grande.

—Ya lo creo. El más grande, después del día de la creación de Israel.

—¿Estudias con el rabino Jacobson?

—Sí... Ha podido comprobar que guarda la mejor biblioteca de América de libros talmúdicos... Especialmente estamos muy interesados en la cábala. En su aplicación práctica. El rabino es un gran conocedor, un exégeta, sus comentarios son tan estimados como la misma lectura de los textos. ¿Qué le ha dicho usted sobre sus piernas?

—No tienen buen aspecto. Y es posible que su corazón tampoco esté bien. Leer de pie terminará ocasionándole graves problemas.

—Antes era peor... Cuando comencé a estudiar con el rabino... a veces llegaba por las mañanas y él había permanecido toda la noche leyendo... para no vencerse al sueño metía los pies desnudos en una jofaina de agua fría, y se anudaba los rizos de las sienes, en toda su tirantez, a una cuerda colgada del techo, de tal manera que una leve caída del rostro, un leve sopor que pudiera hacerle perder la concentración, quedaría de inmediato abolido por el preceptivo dolor.

## Capítulo Noveno

El Teatro Orpheum no ocupaba número en la milla dorada de Broadway, donde se alzan los poderosos templos del espectáculo y actúan las estrellas rutilantes, tampoco en los mejores cruces de aspa con esas grandes avenidas que se deslían por Manhattan como pistas de un hipódromo interminable, pero se hallaba ubicado en el paseo elíseo del espectáculo urbano, más cerca de Central Park que de Times Square, entre la 54th y la 55th-West. Un colorista rótulo rodeado de luces encendidas, tan grande como toda la fachada, anunciaba pomposamente el nombre del teatro, y a ambos lados de la entrada, cual dos columnas que sostuvieran el soberbio frontal, carteles estandartes que llegaban hasta el suelo exhibían los nombres de los artistas en policromadas y atractivas letras. En uno aparecía el joven cantante que acumulaba sus primeras mieles, verdadera atracción de la temporada, bajo éste las cantarinas *Carlson Sisters* ataviadas con chisteras de lentejuelas y bastones lustrosos, quienes invitaban a su repertorio de *Grandes Éxitos de Siempre* por quinto año consecutivo. En el otro estaba él, la gran estrella sin órbita. No una fotografía, sino un retrato de verdadero cartel decimonónico: Hardeen, En Persona, Hermano de Houdini, El Mentalista Supremo, Acompañado de la Misteriosa Princesa Ivonne.

—El hombre del bombín —señaló Rudolf con cierta evocación.

—Debe ser una persona fascinante. Dedicar toda la vida al extraño mundo de la ilusión... —dijo Ida.

Faltaba media hora para el espectáculo, y era el día anterior al de Acción de Gracias, un miércoles.

—Pueden ustedes pasar por aquí...

El encargado, una vez presentadas las invitaciones firmadas por Hardeen Houdini, les guió hasta el camerino del mago.

—Querido doctor Lorre...

Theodor Weiss apartó el rostro del espejo circundado de bombillas y se levantó para estrecharle la mano.

—Es un gran honor recibir su visita, y por supuesto la de esta señorita...

—Permítame, señor Houdini... Ida Zimmermann, una amiga mía...

—Y una admiradora suya, y de su hermano, señor Houdini...

—Muchas gracias... Bueno, doctor, he aquí el reducido mundo en el que cabe toda la magia —advirtió señalando su escueto camerino, que además compartía con la Misteriosa Ivonne, su esposa y ayudante.

—¿Ha mirado esos carteles de los que hablamos?

—Así es... Tiene usted razón, mi madre guarda algunas cosas que podrían interesar a su Sindicato de la Magia...

—Nos pondremos de acuerdo. Es posible que lo inauguramos el año próximo. Ya tenemos muchas piezas y documentos interesantes. Esta guerra será larga, cuento con la experiencia de la Primera, parecía que iba a terminar de un día a otro y duró cuatro años... Pero, cuando acabe, mi Sindicato ha de estar preparado. Los teatros se llenarán de médiums, magos, espiritistas que intentarán contactar con las almas de los millones de caídos... padres, hijos, miles de esposas pagarán por ello. Hay negocios que prosperan al final de las guerras, este es uno de ellos, también el suyo, doctor... ¿Y usted, a qué se dedica?

Ida atendía maravillada a las palabras del singular artista, de voz cautivadora y ademanes que tanto invitaban a la confianza más absoluta como al misterio más insondable.

—Deme sus manos...

Hardeen las sostuvo unos instantes, pudo sentir el calor de sus dedos, la tersura de su piel. Antes analizó su voz, su mirada, sus ademanes o la ausencia de

estos.

—Es usted artista.

—Me dedico a muchas cosas, señor Houdini...

—¿Quién se dedica sólo a una? Podremos huir de una cárcel, de una camisa de fuerza, de *El Jarrón de Lecheo de La Tortura China*, como hacía mi hermano, pero no podremos escapar de las influencias. Ni siquiera cuando hablamos, señorita: mi propia lengua materna es una mezcla de alemán, húngaro y yiddish. Es usted muy joven, hace bien en dedicarse a muchas cosas. Eso le dará experiencia, y es una buena manera de vencer los inconvenientes. Yo superé el pánico escénico al cabo de muchas actuaciones... Ya no puedo, a mi edad —se consolaba el mago—, atrapar balas con la boca, como ese Annemann, pero todavía encandilo a la gente con trucos que aprendí siendo un muchacho.

—Esa es la magia auténtica, señor Houdini...

—Si no hay público, no hay magia. En realidad es la gente quien trae la magia, aunque a veces la gente no lo sabe.

Hardeen acercó con extrema suavidad su mano al cuello de Ida, y sin que ella notara nada, desde detrás de su nuca, extrajo un naipe.

—El as de corazones, señorita Zimmermann.

El espectáculo del Orpheum no desmereció de su público, que aplaudió gozoso cada actuación, y menos aún en el ánimo de Ida, quien tras saberse poseedora de un cuello lleno de ases de corazones se convirtió de inmediato en una seguidora fiel del gran Hardeen.

Antes debieron disfrutar con las *Carlson*, hermanas de generosas sonrisas que se movían a lo largo del escenario entre pasos de oca y claqué mientras cantaban, patrióticamente entregadas, su particular versión de *Oh, Johnny!*, y se despedían con la famosa *Rum & Coca Cola*, cuyo ritmo enloqueció a la gente, más aún cuando ambas se contoneaban, chisteras en una mano, bastón en la otra, levantando sus rubias piernas.

Al apagarse de súbito las luces, Ida se aferró al brazo de Rudolf, más por emoción que por oscuridad. Se hizo el silencio, y de pronto, ¡zas!, un cono de luz alumbrando al gran mago que se destocaba un sombrero de copa y saludaba a la concurrencia con una respetuosa inclinación. No fue una actuación que se guarde entre las mejores de Ferencz Dezso Weisz, su verdadero nombre y otrora con la flexibilidad de un escapista: ya era un hombre que sobrepasaba sesenta años, el esmoquin le quedaba severamente estrecho, se limitó a trucos con naipes, no poco sorprendentes, tanta era su capacidad y destreza prestidigitadora, hasta llegar a su faceta de mentalista infalible, número para el que contó con La Misteriosa Ivonne, su compañera. Una mujer en la cincuentena, habitada con una túnica rosa, maquillada en exceso, encargada de elegir al albur objetos diversos entre el público que ipso facto adivinaba el mentalista, sirviéndose de sencillos pero blindados códigos.

Al día siguiente fue cuarto jueves de noviembre, fecha que celebra la jornada más importante, después del 4 de julio, en la América del Norte anglosajona. A pesar de ser el Día de Acción de Gracias, Rudolf visitó a sus rhesus, no sin preocupación, pues los animales a duras penas resistían las temperaturas que precisamente ese noviembre de 1940 fueron muy bajas, y ya habían muerto algunos cobayas como macabro aviso. Intentó hablar con Sam Lebowitz, y no le fue posible, así que hubo de recurrir a métodos caseros en uno de los mejores hospitales del país para proteger los valiosos ejemplares, que pronto habrían de soportar la dura y definitiva prueba de los trasplante. Ni siquiera tuvo tiempo de visitar el *Metsovo*, que jamás cerraba, pero se puso su mejor traje y bien se apuró para llegar a Brooklyn. En su bajada de norte a sur de Manhattan hubo de cruzarse con espontáneos desfiles, actos patrióticos que los ciudadanos, demasiado alegres esa fecha, aquí y allá interpretaban en una suerte de

parodia sobre la guerra que se avecinaba, soplaban trompetas de juguete, reventaban globos, cañoneaban bolas de confetis que estallaban en los andenes de los metros y caían como metralla de mentira.

—Creí que no vendrías...

Por toda respuesta Rudolf la abrazó y besó en los labios.

—Manhattan está colapsada, los vagones de metro atestados, pero hubiese hecho un túnel desde la calle Anderson hasta tu casa.

Ida estaba especialmente bonita. Estrenaba un vestido azul y llevaba el pelo suelto. Puso un par de copas de vino y eligió un disco suave. Caía la noche.

—Te aseguro que lo he asado yo sola. Pero teniendo a un cirujano en la mesa... suyo debe ser el honor de trincar al pavo.

Nadie en Nueva York cenó aquel Día de Acción de Gracias como Ida Zimmermann y Rudolf Lorre. Por el ventanal se veía la urbe con sus rascacielos iluminados hasta la punta de las antenas, y los últimos fuegos artificiales sorprendiendo a la noche desde el Hudson al East River; sonaba una melodía muy tranquila, el vino era extraordinario y, bueno, dieron grata cuenta del asado y la salsa de arándanos.

—Ha sobrado tanto que podríamos comer pavo toda una semana.

—*Moshe's*no los vende menos enormes, éstos se harían ricos aunque sólo fuese vendiendo pavos... Deben de creer que todos los judíos tenemos familias numerosas...

—Es el mejor pavo que he comido en años.

—Yo, también... Llevaba cuatro temporadas seguidas cenando en casa de los White... Podíamos haber invitado a Hardeen y a La Misteriosa Ivonne...

—Vaya, te ha impresionado el hombre del bombín.

—Sí... Eh, Rudi, no todos van por ahí sacando a la gente un as de corazones de la nuca. Es un maestro...

—Un hombre interesante... Mucho. Siempre vivió a espaldas de su gran hermano, y eso no le preocupó, hay que tener bastante solidez espiritual, sentir devoción por un ser querido y comportarse como un caballero.

—¿Qué quería de tu madre?

—Carteles que compró en mercadillos de Harlem hace veinte años, artículos esotéricos, representaciones de lo que sueña la gente, libros, objetos. El gabinete freudián es un pequeño museo de cosas insospechadas que interesan a tipos así. Ya oíste, Hardeen quiere fundar el Sindicato de la Magia.

—¿Bolas de cristal? ¿Piedras mágicas? ¿Pirámides? ¿Cajas secretas?

—Supongo que sí.

—Su trabajo consistía en interpretar sueños...

—Ajá... Era la mejor, todos lo decían.

—¿Por qué hablas de tu madre en pasado?

Rudolf recapacitó mientras rellenaba las copas de vino.

—Tienes razón. Últimamente todos se refieren a ella en pasado. Hasta el propio Hardeen Houdini.

—Háblame de ella...

¿Qué podía decir de su madre? ¿Que padeció fiebres de Malta porque un becerro de dos cabezas lamió sus manos o que fue alumna de Sigmund Freud? ¿Que llegó a los Estados Unidos con un puñado de dólares? ¿Que era una excelente poetisa, tal vez que fue a Europa tras un castillo ruinoso?

—Una mujer de gran belleza, y gran fuerza, superó muchas dificultades en Praga, donde vivíamos.

—¿Y tu padre?

—Murió antes de yo nacer. Fue una de las víctimas del *Titanic*. Viajaban juntos. Seguramente se habrían casado aquí, en América. Sus conocimientos sobre el mundo

de los sueños, y la falta de otros recursos, la empujaron a abrir ese gabinete, no sin dificultades, pero a la postre con bastante éxito. Repetía que los americanos eran unos soñadores de primera. Durante una década lo mantuvo abierto, y luego se dedicó a los grandes clientes.

—Entre los que se encontraba Harry Houdini.

—Sí... Houdini, Nancy Cunard, Aldous Huxley, Lili Astor, incluso Eleanor...

—¿Roosevelt?

—Así es... la esposa del presidente de los Estados Unidos. Toda una Primera Dama.

—Muchos pagarían por tener esos registros oníricos. Los sueños son el fundamento de muchas cosas. Levantan imperios donde no había nada, crean un pasado que no tuvo por qué existir, intentan clavar cimientos abriendo zanjas en las nubes. Adolf Hitler es un buen ejemplo.

—Para actuar como él se necesita, en cierto grado, ser un soñador.

—Le he oído por la radio...

—Yo también... —afirmó Rudolf—. Todos los días puedes oírle, parece que siempre tiene algo que decir.

—Yo no entiendo alemán —confesó Ida—, mas reconozco que se me erizan los vellos. ¿Qué piensas hacer?

—¿Hacer?

—Si entramos en guerra. He oído que se están alistando a miles...

—Yo soy un médico, no un soldado. Me debo a mi tarea de investigación. ¿Qué puedo hacer yo en el frente?

Desde luego no decirle a Ida que se había comprometido con el rabino Jacobson para viajar a Berlín con una extraña misión: intercambiar un libro con un desconocido, en algún momento ciego mientras dictara una conferencia al Nobel Butenandt sobre su máquina de circulación extracorpórea.

Ida se recostó en la mullida alfombra, cerca de la chimenea, pronto tuvo a Rudolf a su lado, apurando su copa de vino. Hicieron el amor alumbrados únicamente por la luz del fuego, nunca se decían te quiero, se dejaban llevar por el frenesí y esa dulce sensación de repetir la primera vez. Yacían abrazados como dos enamorados, pero también como desconocidos naufragos aferrados a un madero flotante, ángeles con una sola ala que necesitan del otro para poder volar. Afuera comenzaba a llover y las gotas golpeaban el ventanal en extraña sinfonía meteorológica, el disco giraba cual un tornillo sin fin en la última ranura, insistentemente, emitiendo un maullido a cada vuelta, sobre la pared la caprichosa habilidad de la luz silueteaba la botella de vino, el candelabro humeante, los restos del pavo.

Ella prendió un cigarrillo, no solía hacerlo, pero requirió otra copa de vino, cambió la música y retornó a sus inquietudes exactamente en el mismo punto que las había dejado cuando se entregó en la orilla de la chimenea.

—Muchos médicos van a las guerras. Siempre fueron, desde la antigüedad. Así que si esto desemboca donde parece, no será raro que te lo pidan.

—¿Pedirme? ¿Quién puede pedirme tal cosa?

—Tu propio país.

—Yo sería más útil en un laboratorio que en un campo de batalla. Soy cirujano, médico cardiólogo. En un hospital de campaña se operan brazos, piernas, incluso cabezas, se extrae metralla de la carne, se cierran heridas, pero no se operan corazones, aquellos que son heridos en el corazón mueren en el mismo campo, y los que padecen una discapacidad no son alistados en el ejército.

—Al menos es una suerte que no alisten a los pobres monos. ¿Qué tal esos preciosos macacos?

Ida se movía por el amplio salón como una actriz de la antigua Grecia en un

anfiteatro. Iba descalza, llevaba puesta una bata de satén, su media melena suelta y alborotada, la copa en la mano, danzaba meciéndose suavemente en invisibles brazos, yendo del tocadiscos al ventanal, del ventanal a la chimenea.

—Están perfectamente —respondió Rudolf a la vez que gozaba contemplando a la mujer.

—¿Cuál vas a matar primero de los cuatro?

Por qué aquella mariposa preguntaba tan crueles cuestiones no obtenía respuesta. Verdaderamente se sentía atraído hacia Ida, desde el primer día estar con ella era maravilloso, mas comprendía que sus órbitas, ahora paralelas, casi entrelazadas, terminarían separándose por la fuerza centrífuga de la vida. No es armonioso que la mujer del carnicero sea vegetariana. Ella lo dijo en esta misma casa: las judías o nacen de la costilla del hombre como Eva, o están formadas con el mismo material que el varón, una simple bola de barro, un poco de saliva, como Lilith y como Ida Zimmermann.

—No me has respondido.

Rudolf sonrió.

—Es posible que a partir de la próxima intervención no tenga que morir, necesariamente, ni un solo animal. El Mount Sinai está trabajando en un nuevo sistema de circulación extracorpórea. Una réplica mejorada. En la próxima prueba cada rhesus será mantenido por una máquina, ninguno será sacrificado, si disponemos del equipo médico adecuado sólo tendremos que intercambiar las dos ciruelas de nuestros héroes.

—Brindo por ello...

Rudolf la llevó en brazos hasta el dormitorio, en la planta de arriba. La despojó del satén y durmió con ella.

Cuando Ida se levantó él ya había visitado a sus macacos en la otra punta de Nueva York, y revisaba los esquemas de su prodigioso invento, tal como había dicho la noche anterior y hubo concertado con el rabino.

—¿Crees que la tendremos a primeros de años, Rudi?

—¡Sam!

En efecto, Samuel Lebowitz se dignaba visitar al ingeniero cardiólogo construyendo con sus propias manos una máquina tan delicada como la mismísima extracción de un corazón.

—Se necesita algo más que ser buen médico para ensamblar estos aparatos, Rudi. Lo que daría ese Gibbon por mirarte cinco minutos.

—También yo daría lo mío por espiarle a él, Sam... —respondió Rudolf despojándose de guantes y gafas.

—He estado hablando con los de arriba, y les parece perfecta la idea de la réplica. Vamos a entrar en una época grandiosa, amigo mío, y este hospital quiere estar preparado.

—Bien, tú sabes que primero hay que construir el ingenio, su mecanismo fácil pero sensible, probarlo dos veces, después deshacerlo y... esterilizar cada una de sus piezas... incluida la bomba de oxigenación. Volver a montarlo y... *Voilà!* Puedes decirle a los de arriba que probaremos la caja mágica a mediados de enero si los rhesus no mueren antes de congelación.

—Eso es perfecto, Rudi. Así podremos hacerlo antes de mi boda.

—Eh... ¿Te casas? ¿La bella Rebeca White ha tenido el valor de decirte que sí...?

Obviamente bromeaba, pero Samuel Lebowitz mostraba orgulloso su anillo de compromiso mientras se ajustaba la pajarita como temeroso de que echara a volar.

—En febrero... El viejo Solomon me ha hecho prometerle que haré todo lo talmúdicamente posible para darle un heredero antes de que acabe 1941... ¿Qué te parece?

—*El Rothschild de Brooklyn* está acostumbrado a negociar...

—Sí, lo de mercadear lo lleva en la sangre. No conozco a nadie con más alma de judío que White, si ya no la ha vendido...

Rudolf se acercó y le abrazó con sinceridad.

—Me alegro mucho, Sam.

—Y tú deberías hacer lo mismo, Rudi.

—Oh, gracias, gran rabino Lebowitz... ¿Cómo puedes sugerirme tal cosa?

—Bueno, supongo que lo de Ida y tú va en serio. Ya me entiendes.

—¿Entenderte? Eh, Sam... Ida y yo somos buenos amigos, nada más. ¿Nos vemos? Sí, de vez en cuando, aquí, allá, en las librerías de la Cuarta Avenida, cosas así. Eso es todo. Tenemos horizontes distintos, una vida en común nos estorbaría mutuamente. Lo tuyo con Rebeca si funcionará. En serio, Sam. Sois tal para cual: perfectos. Podrás presumir de suegro millonario y de suegra muy guapa.

—Sí, ambos lo son.

Rudolf hubiese preferido el café helénico, pero Sam insistió y subió a tomarlo al despacho. Allí se mantuvo unos minutos mirando la esplendida vista de Central Park.

—Parece que vamos a tener unas navidades bastante frías. Arreglaré el asunto calefacción-rhesus —aseguró anotándolo en su dietario—. Te aseguro, Rudi, que serán los monos mejor cuidados de todo el país.

—De ellos depende gran parte de nuestra misión.

—Es cierto. Nuestra misión... Eh, ¿qué tal con el rabino Jacobson? ¿Qué quiere de ti?

Rudolf recordó cada palabra oída en el *Callejón de los Bandidos*, incluyendo el proverbio hebreo que aconseja la discreción aun con los amigos.



—Que traduzca... Más bien que interprete alemán.

—¿Que escuches la radio para él?

—Algo así... Me irá surtiendo de material impreso de todo tipo, que se edita y se reparte hoy mismo en Alemania: los nazis cuentan con persistentes sistemas propagandísticos, y yo intentaré ponerme en el pellejo de un ciudadano berlinés y traducir tanto el texto como las emociones que suscite.

—¡Caramba! Parece que Jacobson ha cavado sus propias trincheras en ese muladar. Aunque no deja de ser sorprendente...

—¿Sorprendente?

—Hum... Que insista en entrevistarse con un médico en lugar de con un traductor. No eres el único nacido en Europa, en Nueva York debe haber diez mil judíos que hablen alemán. Cada mes llega algún barco cargado... A no ser que...

Rudolf se acercó también al ventanal. Si algo debía decirle Samuel Lebowitz era mejor estar cerca y oír el contenido exacto de cada palabra.

—Que el rabino quiera traducir textos eminentemente científicos, médicos... E incluso así...

—¿Qué?

—No sé... Es hombre raro, propiedad inherente a ser buen criptólogo. El otro día estuvo en casa de White. Desconozco para qué.

Desde la cercana iglesia ortodoxa sonaron doce campanadas que vibraron largamente en el aire frío de Manhattan.

—Deberíamos contar con esa máquina para mediados de enero... —certificó Sam mientras asía el teléfono para responder una llamada.

—Para mediados de enero, cuenta con ella...

Según se consumían los últimos días de otoño se intensificaba el frío. Prometían ser unas navidades extremadamente blancas y eufóricas para muchos jóvenes sin empleo. Tenía razón Ida cuando advirtió del número creciente de, voluntarios o no, apuntados al ejército. Se terminaba el año, y la misma gente que lo empezó llena de esperanzas miraba resabiada las cada vez más ostentosas banderas de barras y estrellas colgantes en miles de ventanas. Las noticias continuaban siendo preocupantes, emisoras de radio, revistas, periódicos, incluso los noticieros de salas cinematográficas insistían machaconamente en la realidad, pero todavía para muchos, para millones de americanos, Europa quedaba a la misma distancia que hacía un año. El presidente recién elegido suavizaba el tono cuando exhibía en sus conferencias el malestar estadounidense por los acontecimientos, las casandras de Wall Street no alarmaban con visiones esperpénticas, al contrario, levantaban el brazo y alargaban la línea de beneficios un centímetro a la semana en la gran pizarra del éxito, llamada dinero.

Poco antes de final de año se reunieron los miembros del Comité de Asuntos Judíos en la sinagoga del Jewish Center, entre las avenidas Columbus y Amsterdam. Nevaba, el día era oscuro y el frío intenso. Pero allí estaban todos. En torno a aquella mesa de piedra, al calor del gran menorah, refugiados como antiguos hebreos en una caverna sagrada decidiendo a base de salmos el futuro de Israel. Tras los preceptivos rezos ocuparon su lugar por riguroso orden. Dirigidos por el rabino David Ziegelheim discutieron diversos asuntos, especialmente los relacionados con la situación de la guerra, el traslado de judíos a los Estados Unidos, y la preparación para la entrada en la contienda de este país. Después de un breve descanso abordaron otros temas, no menos importantes y sí trascendentales para ese proyecto talmúdico que debería desembocar en la creación del Estado judío.

Ziegelheim levantó su cabeza cuadrada y roja, y sin apenas mover sus inexpresivos labios instó al pelirrojo Jacobson a exponer ante el Comité las conclusiones extraídas del *Asunto Rudolf Lorre*.

—Está dispuesto a colaborar. Se arriesgará a formar parte de la Comisión Butenandt.

—Todos nos arriesgamos —advirtió el rabino de la gran papada y cejas ralas, Allan Cohen—, millares de judíos más puros que ese Lorre se hacían en un gueto de Varsovia, cientos mueren de hambre o son fusilados, eso es arriesgarse. Ese médico *debe* colaborar si quiere ser un judío.

—Calma, Allan... —pidió conciliador Newman—, dejemos a Jacobson que nos hable del médico.

El rabino del subsuelo no tenía buen aspecto. Los párpados le cubrían la mitad de los ojos, su vestimenta resultaba insuficiente para la gélida mañana, y la voz, los bucles, las manos, le temblaban.

—Me ha visitado por segunda vez.

—¿Ya sabe cuál será su verdadero y más importante cometido? —insistió Allan Cohen.

—Sí... Entregar y recoger, lo que suele hacer un arcángel. Sólo él, sólo el doctor Rudolf Lorre Parker tiene la capacidad de sorprender a un Premio Nobel como es el alemán Butenandt, si hablan de la misma cosa y en el mismo idioma. Tenemos un par de especialistas que trabajan en investigaciones similares pero ni siquiera podrían dar gracias en alemán... Además, no son judíos. Nuestro hombre sí lo es. Y sólo un judío puede efectuar esta misión, es preceptivo.

—Así es... —resolvió David Ziegelheim.

—¿Podremos confiar definitivamente en él? —preguntó Cohen.

—Absolutamente —aseguró Thaddeus Lewis dándose una palmada en el pecho—. Conozco a ese médico.

—Yo también... Doy fe...

Quien eso dijo era Solomon White, con seguridad al dictado de las punteras de sus zapatos, y nuevo miembro del Comité de Asuntos en sustitución del fallecido Walter Sheaffer.

—Ha estado en mi casa, comió sentado frente a mí. Después hablamos en el salón, él fue preguntado, puso su culo sobre la mesa. No tiene, a mi entender, ninguna mácula. Tal vez sea poco ortodoxo en sus hábitos, pero es un gran médico, así habla de él mi futuro yerno Samuel Lebowitz. Tal como dice el rabino Jacobson, Lorre es doctor, judío, y habla alemán: el mejor hombre que podemos enviar para una misión de esta naturaleza.

—Debemos actuar con prudencia, y por supuesto antes de que los Estados Unidos declaren la guerra a Alemania —aconsejó Thaddeus Lewis entre gruñidos.

—Yo opino lo mismo —aseguró Johnson retorciéndose las manos de frío—. Una vez declarada la contienda será imposible dar un paso en Europa...

—Es de vital importancia que obtengamos ese escrito —dijo Jacobson.

—¿De qué trata exactamente? —demandó Allan Cohen.

—De los cimientos de Israel —respondió el anciano Newman.

—¿Y qué ocurre con su madre? Me refiero a Sarah Georginas Parker... Supongo que habremos de tratar ese tema, aquí y ahora.

Johnson preguntó y supuso de manera suave, pero su vocecita roedora fue elevándose por encima de la mesa, extendiéndose sobre el rabinato como una nube al deshacerse, ocasionando un absoluto vacío de sonido, de doble espesor que el silencio, que duró minutos.

—Quiere buscarla en Berlín... Y ésa es la miel que hemos de poner en los labios del arcángel... —dijo dándolo por hecho Thaddeus Lewis.

—Es asunto delicado... —aseguró el viejo Newman.

—Si usted me permite —se refirió Johnson a David Ziegelheim—, leeré el pequeño informe que poseemos al respecto.

El rabino los miró uno por uno mientras se ajustaba unas gafillas redondas. Rebuscó en una libreta y de allí leyó lo estrictamente escrito.

—El día 12 de mayo de 1920, Sarah Georginas Parker acude a este Jewish Center. Por orden remota de Chaim Weizman se le hace entrega de un talento judío, a la sazón 1.915 dólares. Yo mismo se los aboné, mediante firma de recibo, así queda registrado en el libro...

—Le sugiero, rabino Johnson, que sea más escueto.

—Lo seré —respondió a Ziegelheim—. Dieciocho años después, 9 de marzo de 1938, Sarah Parker viaja a Europa, en un vuelo de pruebas restringido a veintidós pasajeros; entre ellos también se encuentra Chaim Weizman, quien le proporciona billete para el tren Marsella-Viena vía Zúrich. Es recibida en la estación de Viena, prácticamente tomada por las tropas nazis, el 12 de marzo...

—¿Quién la recibe? —preguntó Newman.

—La recoge, no sin exponerse, un arcángel de Aaron Wolff, brazo derecho de Weizman y hombre más influyente de la Causa en Praga y Viena... Permanece una jornada en Austria, pernocta en un céntrico hotel usando pasaporte norteamericano... Ese mismo atardecer Adolf Hitler recorre las calles vienesas y pasa por delante de ese hotel...

Todos los rabinos, a excepción de Ziegelheim, mostraron cierta confusión y mucha curiosidad cuando Johnson sacó una fotografía, a todo color, donde se veía con absoluta claridad cómo el Führer saludaba, desde su lustroso automóvil, brazo estirado, a esa mujer asomada en la ventana del primer piso del hotel, quien devuelve el saludo.

—¿Es ella?

Allan Cohen tomó la fotografía y pegó sus ojillos. Miraba con tanta intensidad al Führer como a la señora rubia que saludaba desde la ventana.

—Parece alemana...

—Y mucho... puedo asegurarlo —atestiguó Johnson—. Tal fotografía —continuó el rabino tesorero, alardeando de su posición privilegiada en este asunto—, está extraída de un film realizado por el servicio nazi de propaganda.

—Sorprendente... —afirmó con toda su corpulencia Thaddeus Lewis.

—¿Qué le sorprende? —preguntó Johnson.

—La inteligencia de esta mujer... ¿Qué mejor podría haber hecho en semejante situación sino el saludo nazi? No olvidemos que ya formaba parte de la Hebraica...

—Así es... —afirmó Ziegelheim—. Y por ello quiero que tomen conciencia de la gravedad de este asunto. Sarah Georginas Parker fue miembro activo de nuestra Causa...

—¿Por qué dice fue...? ¿Acaso...?

—Cálmese, Jacobson. Parece cansado. Debería cuidar un poco más su salud. Usted es muy importante para Israel. Y gran parte de este cometido va dirigido a sus investigaciones. No olvide el fin de esta reunión... Continúe, Johnson...

—Gracias, rabino... Llegada a Praga se instala en el Hotel Santa Úrsula. Traba contacto con los miembros de la Hebraica. Le es entregado otro talento, por mediación de Joseph Knapp. Reside un año...

—Quiero dejar claro, que el Comité de Asuntos Judíos intentó, desde ese momento que relata el rabino, sacar a Sarah Parker de Praga. Se montó una *Operación Budapest*... frustrada con la entrada de las tropas nazis a la capital checoslovaca.

—Exacto —confirmó Johnson—. Reside un año en Praga, escondida en un sótano de la calle Sloky, junto a seis refugiados, todos judíos.

El rabino sacó otra fotografía de su carpeta. En ella se veían tres personas algo difusas, un hombre con sombrero y dos mujeres.

Johnson señaló una con pelo corto, negro, hasta sus cejas eran oscuras.

—¿Es la misma Sarah?

—Exacto, Cohen... Se vio obligada a transmutarse. Las redadas nazis en Praga eran diarias y comunes los fusilamientos en el llamado Muro del Hambre. Esta fotografía corresponde al servicio de la Hebraica, tomada al amanecer del día 15 de marzo de 1939.

—¿Quiénes le acompañan? —preguntó Newman.

—Franz Werfel, un dramaturgo, y Alma Mahler... Ambos están en los Estados Unidos.

—¿Consiguieron escapar Werfel y Alma Mahler y ella no? ¿Por qué razón, si iban juntos? —preguntó Solomon White, verdaderamente interesado en la historia de la madre de Rudolf Lorre.

—No lo sabemos... A partir de aquí todo es confuso. Lo cierto es que fue detenida ese mismo día por agentes de la Gestapo... —concluyó Johnson.

—Y recluida en el campo de concentración Theresien, a las afueras de Praga... —apuntó Thaddeus Lewis.

—Allí estuvo otro año. Nuestra información es igualmente confusa, elaborada con retazos de los pocos que han conseguido ser liberados de ese campo modelo. Su número de prisionera... MM1915, y asignada al *Block Dresden*, un barracón sólo de mujeres. De este campo de concentración fue trasladada a Berlín.

—¿Vio a Hitler? ¿Se entrevistó con él? ¿Sabemos cuándo? ¿Hay fotografías? ¿Puede mostrarlas, Johnson? —preguntó picoteando como un pájaro cada sílaba Allan Cohen.

—Eso no está claro, Allan... —respondió Johnson—. A partir de aquí todo es muy turbio... Es posible que desde Berlín fuese trasladada...

—A Núremberg...

David Ziegelheim pareció surgido de un pasaje bíblico cuando su vozarrón de ventrílocuo rebotó en la mesa de piedra. Sus compañeros le miraron a una.

—Y... ¡Sí! En efecto, se entrevistó con Adolf Hitler... Sarah Georginas Parker cumplió su misión de arcángel a la perfección, y hasta el final.

—¿Qué quiere decir, rabino? —preguntó Jacobson a duras penas, luchando contra una persistente tos.

—Adolf Hitler sufrió un atentado en Núremberg, la mañana del 4 de abril de este año, 1940. Creemos que salió indemne o con escasos daños. Los dos activistas que lo llevaron a cabo fueron abatidos. Sarah estaba presente. A partir de este punto sólo hay oscuridad y más oscuridad en la historia de esa mujer.

—Dígame, rabino Ziegelheim —pidió Solomon White, agachando la cabeza, pero sin duda taladrando la pétrea superficie hasta leer de sus punteras—, qué interés podía tener el hombre más poderoso de Europa, el Führer Adolf Hitler, en una simple judía...

—¿Una simple judía? ¿Ha observado bien esas fotografías? Ni siquiera lo parece. Cabello rubio, ojos azules... Y su don especial.

—Sí... Sé que interpretaba sueños. Pero, no logro entender para qué...

—La Torá está llena de judíos soñadores. Recuerde, White, que antes de que Sarah Georginas Parker fuese llamada por Hitler, el mismísimo faraón de Egipto reclamó al esclavo José para interpretar sus sueños. Y con ello consiguió la liberación de Israel.

## Capítulo Décimo

Coney Island bajo la nieve parece una ciudad irreal, entresacada del mundo de los sueños, un conglomerado de arquitecturas imposibles que únicamente pueden sostenerse si sus cimientos son la imaginación. Y, sin embargo, esa península con forma de martillo al sur de Long Island estaba allí, brumosa pero sólida, frente a ellos la gélida mañana de diciembre.

Después de dos semanas de nevadas continuas, las atracciones de *Sodoma junto al mar* parecían a diario cubiertas con grandes setas y medusas de hielo blanco y azul. Vista a un centenar de metros la estructura tortuosa de *The Cyclone* parecía un tobogán ideal, una cresta de cordillera alpina, y los coches colgantes de la *Wonder Wheel* semejaban las palas de una noria gigante dispuesta a surtir de nieve y carámbanos con forma de fantasmas a toda la humanidad.

—Aquí nos conocimos... —dijo Ida con cierto tono evocador.

—Y en aquel montón de hielo intenté besarte por primera vez, lo recuerdo perfectamente...

—Fue un día muy bonito.

—Hoy también lo es...

Habían dormido juntos en Heights, y esa mañana ártica, la fotógrafa y encantadora Ida Zimmermann quiso visitar su personal jardín de la belleza al otro lado de Brooklyn para tomar instantáneas. A Rudolf no le causó gran estupor, acostumbrado ya a las inspiraciones y rarezas de la artista, al contrario: se alegró de contemplar el parque de atracciones neoyorquino en tan singular estado.

—Es la primera vez en veinte años que veo Coney absolutamente nevada...

—No es extraño, hay gente que ha nacido, vivido y muerto en Nueva York, y jamás vio el mar.

—¿Es eso posible?

—Lo es.

Se internaron paseando por los pasillos de nieve virgen entre atracciones, decenas de inverosímiles casetas de cuyos canalillos colgaban goterones helados tan semejantes y puros como teclas de piano, los kioscos de refrescos, nubes de algodón, salchichas o cerveza, los cafés y las taquillas formaban una parodia de campamento abandonado al albur de la inclemencia y la persistente ventisca, influenciada por el océano, azotaba el rostro con polvo bajo cero mientras a los pies venían a refugiarse pedazos sucios de carteles del *Circus Sideshow* que los azotes invernales se habían encargado de rasgar.

—Todo esto, Ida, es como un gran teatro... Un enorme decorado, con calles, edificios, un homenaje al fin del mundo.

—¿Un gran teatro? Tenías que haber visto la otra tarde el salón chimenea de Solomon White. Las mujeres tomábamos café en el principal y aun con la puerta cerrada gritaban como si estuvieran ellos interpretando la guerra, sólo faltaron los cañonazos.

—¿Gritaban?

—Sí... Incluido tu amigo Sam.

—¿De qué hablaban?

—Bueno...

Ida aprovechaba para tirar fotografías a Rudolf al tiempo que hablaba sin dar demasiada importancia a una charla de judíos enfadados oída por azar.

—Discutían sobre la guerra, naturalmente... De Adolf Hitler, de Franklin Roosevelt, de Winston Churchill, de Rudolf Lorre...

—¿Pretendes decir que hablaron de mí? ¿Eso quieres decir, Ida?

—No... No he dicho eso. Sólo que oí tu nombre.

Rudolf la tomó por los brazos, clavó sus pupilas en las de ella, hasta el punto de que la mujer intentó zafarse mientras apartaba la mirada.

—¿Qué oíste, Ida? Eso puede ser importante...

—¿Qué importancia puede tener para un cardiólogo lo que murmuran o gritan esos locos judíos? Me has hecho daño, Rudi...

—Lo siento, Ida. De veras, cariño, lo siento. Estoy algo nervioso, fatigado. Y me quedo congelado, eso es lo cierto. Me siento cual si tuviera los pies metidos en una cuba de nitrógeno líquido; si continuamos aquí nos convertiremos en parte de la atracción, y la próxima temporada nos mostrarán en una de esas casetas a cinco centavos la visita.

No resultaba exagerado lo que Rudolf decía. La temperatura había bajado a siete grados negativos y era el mediodía más oscuro de los últimos veinte años. Cada vez que hablaban exhalaban un vapor denso como un velo, así que abandonaron aquella fantasmagoría.

—Parecían muy airados... Sobre todo Jude Gutenberg, quien más gritaba. Abrió la puerta enfadado, con la pretensión de salir, pero White insistió para que no lo hiciera.

—¿No oíste nada más?

Ida negó con la cabeza y se refugió entre sus brazos.

—Sólo voces y nombres... Pero nada más. Yo me fui antes de que ellos terminaran. No debes preocuparte, Rudi, ya te dije que están acostumbrados a esos corrillos, es muy propio de judíos. Hablan, y hablan, y cuando piensas que han terminado vuelven a hablar.

Pasaron Año Nuevo con Sam y Rebeca en una exclusiva sala de fiestas, muy cerca de Times Square. La música cesó un momento y el animador, micrófono en mano, deseó feliz año al son de doce toques de trompeta y arropado por bellas bailarinas llenas de lentejuelas. Lluvia de confetis, serpentinas de colores, cónicos gorritos de cartón y turbantes Gloria Swanson, botellas de champán cuyos tapones se disparaban junto a la ágil y aparatosa música, todo hacía olvidar a muchos de aquellos jóvenes alegres, casi electrizados al son de *San Antonio Rose*, que el año comenzado en ese instante, 1941, sería el más importante, si no el último, de sus vidas.

—Pensamos que la boda será el primer viernes de febrero...

—Ya no hará tanto frío... —apuntó la elegante Rebeca—. Y algunas veces en febrero hay sol en Nueva York.

—Sería estupendo, querida... —dijo Ida terminando su copa.

—Sí... El primer viernes de febrero, ya lo he hablado con el padre de Rebeca... —continuó Sam reafirmando a la vez el nudo de su pajarita—. Y, por supuesto, contamos con vosotros... Solomon está de acuerdo, es más, lo ve como muy apropiado: que un insigne cardiólogo asista, da cierta etiqueta...

Samuel Lebowitz levantó su copa y brindó por su amigo.

—Serás el padrino, Rudi... A finales de enero probaremos la nueva máquina, y una semana después de intervenir a esos macacos...

—Déjalo, Sam... —dijo con fastidio Ida—. No es la manera más elegante de iniciar nada evocar a pobres monos que serán sacrificados...

—Oh, tierna mía, no morirán, al contrario: Rudi y yo los convertiremos en héroes, ¿no es cierto, amigo?

—Así es, Sam, en auténticos héroes americanos. Brindo por tu boda. Quiero ser el primero en hacerlo, y, claro, aceptaré ese privilegio si así lo deseáis...

—Tú serás un gran padrino... El mejor. ¿Sabéis una cosa?

Samuel preguntó a las damas con el mismo tono que hubiese empleado para convencer a un estricto tribunal de sus palabras mas con algunas burbujas de sobra.

—Brindo por el doctor Rudolf Lorre Parker... Quien será el próximo Premio Nobel del Mount Sinai Hospital. Y, además, es mi amigo...

Bien demostró esa amistad Rudolf cuando acompañó a Sam y a su futuro suegro, Solomon White, ciento setenta kilómetros por carretera, a un lugar llamado Mystic Sisters, cerca de Chester Center, al sur del vecino estado de Connecticut, para asistir por su condición de padrino, amigo y médico, a la minuciosa elección y sacrificio ritual de la res que sería servida en el banquete.

—Vendrá medio Brooklyn, y el otro medio daría cualquier cosa por hacerlo... —decía el satisfecho padre de la novia—. Ya veréis el becerro que he elegido para la ocasión. ¡Qué hermosos animales! El hombre es lo que come, muchachos.

A pesar de su edad, y de no poder mirar con suficiencia la puntera de su calzado, Solomon White conducía su enorme *Cadillac* por carreteras que no le eran desconocidas, con la lentitud y seguridad que otorgan la ausencia de prisa a quien incluso en la distancia es capaz de amasar dinero.

—Sí, David Hoffman es el mejor *shojet* de todo el país. Prefiero desplazarme a su matadero y estar convencido de la pureza de la carne. Máxime tratándose de esta ocasión.

Al cabo de dos horas dejaron atrás la Universidad de Yale y tomaron la vía que va directa al río que comparte nombre con el estado, en cuyas orillas hallaron el moderno y semi clandestino negocio del mencionado *shojet*, o rabino encargado de sacrificar preceptivamente los animales a consumir según la estricta ortodoxia.

Gran parte del trayecto ambos médicos fueron oyendo las explicaciones rituales del rabino White sobre distintos aspectos de la vida judía, especialmente los



relativos a la boda, sus obligaciones, dote y preceptos ortodoxos. En ningún momento el cabal hebreo dejó escapar una sola palabra de la reunión del Comité con respecto al *Asunto Rudolf Lorre*, mas, en parte por cortesía y en parte por rabinato, sí se vio obligado a interesarse por sus problemas.

—Sé poco de ella, señor White. Lo único seguro es que está en Europa. Pronto hará dos años.

—Es preocupante... ¿Qué piensas hacer?

—Conociendo a Rudi —dijo Sam—, no me extrañaría que un día de estos consiguiera un billete y fuese a buscar a su madre, sería comprensible...

—Oh, Europa ahora está llena de peligros... Pero, ¿qué hijo no haría lo mismo? —reflexionó el rabino.

Rudolf no se pronunció, pero sí percibió en sus acompañantes ese método sibilino de obtener respuestas a preguntas no dictadas, que casi podía olerse en el interior del vehículo cuando hablaban aparentemente sin profundidad de su madre.

Media hora después paraba el *Cadillac* en la puerta de aquella especie de granja de hojalata y azulejos propiedad de David Hoffman, un judío bajito que esperaba, brazos abiertos, de enorme barba amarillenta, cejas pobladas y ojos hundidos, ataviado con un mandil impoluto. Después de los protocolarios saludos, pasaron todos al interior del matadero. En un anexo tenían tres becerros de piel colorada que Hoffman señaló entre risueño y serio a su cliente.

Solomon White los miró asintiendo, cual si en su cabeza se produjeran complicadas operaciones preceptivas.

—¿Qué os parece éste?

Sam, quien se estaba dejando barba, miró adonde su suegro señalaba, y movía la cabeza de un lado a otro, cual un dibujante, comparando las dos partes del animal.

—Sí. Creo que este es verdaderamente simétrico. ¿Qué opinas, Rudi?

—Los tres parecen buenos animales.

Tras decidir el animal apto para el sacrificio, pasaron acompañados por el *shojety* asistieron al degüello de tres chivos sin mácula, blancos como la leche. Dos hijos del rabino matarife guardaban los animales. Uno de ellos ataba una cadena a la pata del animal, mientras su hermano le doblaba la cabeza para exponer en toda su longitud el cuello. El rabino tomó su cuchillo ritual, grande como un machete, de hoja y punta planas, revisó el filo con la vista y las puntas de los dedos, luego de agacharse levemente cortó el pescuezo a cada uno de los chivos a la vista de los otros, pues necesario es según la antigua ley que los animales a sacrificar sepan que van a serlo. El primer chivo fue tomado por sorpresa y degollado sin que emitiera ningún sonido, su hermano baló de horror hasta que el cuchillo le cercenó la garganta, el tercero baló distinto, cual si contuviera alma de un niño indefenso.

Todavía vivos los animales, uno de los hijos tiraba de aquella cadena y los colgaba en un espeluznante retorcer mientras la sangre a borbotones les salía por el tajo, la boca, las fosas nasales. Suerte similar corrieron doce pollos que murieron colgados boca abajo con un aleteo fúnebre no fácil de olvidar.

—Parece usted impresionado... —dijo el rabino *shojet*.

—¿Rudolf impresionado? No lo creas, David... Es uno de los mejores cardiólogos judíos... Capaz de abrirte el pecho, meter la cabeza dentro y volver a cerrarlo. Cuando sufras del corazón no dudes en acudir a él... O a Sam, mi yerno...

—Parecen que son buenas reses, señor Hoffman...

—¿Buenas? Conozco a estas reses desde tres generaciones antes de que hayan nacido, yo mismo degollé a sus padres; sabemos lo que rumian, y sólo beben agua tratada del Connecticut. Si Dios come un filete, ten por seguro, hijo, que es un filete de David Hoffman.

Aparecieron entonces sus verdaderos hijos tirando del becerro simétrico a los ojos de White y Lebowitz. El pobre animal, aterrado, se resistía, lógicamente, a avanzar un solo metro hasta el ara de sacrificio. Finalmente, Hoffman cogió un nuevo cuchillo ritual, volvió a pasar sus dedos por el filo y como prueba se afeitó algunos de los negros vellos del antebrazo, después de examinarlo a la vista, escrupulosamente, y con una leve inclinación, cual si cortara la rebanada de una hogaza, cercenó el cuello del becerro. Acto seguido fue izado con aquellas poleas propias de mazmorras, entre graves convulsiones, desangrándose en presencia de los hombres, hasta que murió diez minutos después.

Mientras los hijos se empleaban en despellejar hábilmente los chivos, ellos tomaron un *vinokosher*, absolutamente apto, también propiedad del carnicero, en una estancia aledaña desde la que contemplaban aquel hermosísimo paisaje de abetos Connecticut forrados de nieve. Cuando volvieron a la sala de sacrificio, delante de ellos el propio *shojet* abrió el abdomen del becerro, aún colgado, su hijo le ayudó a eviscerar, y las humeantes tripas cayeron al suelo con violencia.

—Veamos...

Sam Lebowitz le dio un par de guantes a Rudolf, y él mismo se colocó los suyos antes de agacharse y meter las manos para revolver las vísceras. Rudolf le ayudó en el singular cometido del *kosher*: no bastaba elegir al mejor becerro del año por su belleza exterior, necesario era comprobar si el interior guardaba también esas exageradas leyes de la simetría.

—Es perfecto... —certificó Rudolf.

—También yo lo creo...

Todavía Sam hurgó a placer, con la solvencia que se supone a un cirujano, gastando el tiempo preceptivo en palpar, oler, mirar y retorcer las tripas calientes.

—Te felicito, David. Un animal extraordinario. Seguro que ninguna de tus reses ha sido analizada tan minuciosamente como este becerro, menos todavía por los mejores cardiólogos de Nueva York.

El *shojet* sonreía sin miramientos ni modestia. Se sentía, no ya el escrupuloso y decidido carnicero de la res, sino casi su procreador, pues asentía y se palpaba la barba color hueso, mientras desde la profundidad de sus ojos se adivinaba un fulgor de satisfacción.

—Ahora lo dejaremos en el gancho hasta la última hora de luz. No quedará en él ni una sola gota de sangre. Esta noche lo abrimos en canal, envolvemos las mitades en lienzo y las metemos en la cámara. Mañana tendrás listo el despiece. ¿Otra copa de vino?

Ahora fue Solomon White quien sonrió sin modestia. Se abrazó a Hoffman y le besó ambas mejillas.

—No, querido David. Las obligaciones me llaman a voces desde Nueva York. Antes de tres horas he de reunirme en la sinagoga, y es preferible estar fresco.

—Sea... Doctores...

David Hoffman estiró la mano. Tras él, sus hijos. Hasta que no hubo arrancado el *Cadillac* recorrido una decena de kilómetros no se disipó el olor a sangre ni el eco del talmúdico mugido.

—Ese Hoffman quiere medio dólar por cada botella de vino. Cien dólares por doscientas. Sam...

Es probable que Solomon White dejara un momento el pedal de aceleración y se mirara, siquiera un instante, la puntera de su zapato, porque habló como sólo un auténtico negociante pudiera hacerlo tras refrescar sus normas en un ábaco.

—Sam... Conozco a uno en Brooklyn cuyo vino es mejor que el de Connecticut. Me dejará esas botellas por setenta dólares. Buen judío es quien tiene buen crédito. Ya tiene bastante con no desperdiciar ni una gota de sangre.

—¿Qué hace con ella? Creí que la sangre no es apta para los judíos...

—¿Conoce a Thaddeus Lewis, doctor Lorre? Oh, seguro que sí. Pues Hoffman le vende toda la sangre. Lewis tiene fábricas de galletas...

—¿Se refiere usted a las que venden en *Moshe's*?

—Oh, me refiero a esas tiendas que surten sólo a gentiles... La sangre *kosher* de Hoffman es utilizada como colorante para fiambre, y para esas galletas de chocolate que tanto consumen los neoyorquinos. Je, je, je...

White meneó la cabeza, incluso tosió atosigado por la risa, mas no fue impedimento para continuar el dictado de sus zapatos.

—Es la parte culinaria de nuestro *Tratamiento Lindbergh*...

Con suficiente habilidad para no alterar en demasía

la discreción, el nuevo rabino del Comité de Asuntos Judíos, por fin liberado de la tos, sacó un naipe de su mazo y lo lanzó al tapete.

—¿Así que naciste en Europa? Siempre me han hablado maravillas de Europa... Connecticut es lo más alejado que nunca estuve de Brooklyn...

—Sí, señor. Nací en Praga.

—Praga...

El rabino lo pronunció con cierta melancolía, sin duda heredada por sus mayores, pues él mismo acababa de indicar que nunca había salido de América.

—La ciudad del golem... Dicen que hay un barrio donde habitaban los rabinos alquimistas... Y un montón de iglesias con campanas.

—Praga tiene ochenta y seis templos, señor White. Entre ellos la sinagoga más antigua de Europa. Y, sí, es cierto, ese barrio al que se refiere se llama Josefov. Según la tradición todavía hoy allí viven los alquimistas, si los nazis han dejado alguno con vida.

—Trasplantar el corazón de un mono a otro es Alta Medicina, pero crear un hombre de barro y darle vida... es Alta Creación, ¿eh, Rudi?

—Alta cabalística, diría yo, Sam... Se necesitan setenta y dos letras para desentrañar la clave. En el caso de los rhesus, esperemos que las ocho letras que conforman la palabra heparina sean suficientes para lograr éxito.

—¡Exacto! —exclamó White—. Lo ha dicho usted claramente, doctor Lorre: alta cabalística. Aquel que conozca el misterioso nombre de Dios compuesto por setenta y dos letras, podrá crear un golem de barro y dotarle de vida a placer; ahora bien, en un descuido de su señor... puede sufrir un ataque, perder su control y arrasarse las calles...

—Sin que nada pueda pararlo... —concluyó Sam.

—Eso no lo sabemos... todavía, querido yerno. ¿Y qué piensa del golem nuestro doctor Lorre?

—Bueno, viví en Praga nueve años y puedo asegurarle que jamás vi un golem deambulando por Mala Strana... Pero sí he oído la historia del rabino Löw varias veces...

—Se la habrá contado su madre; todas las madres judías lo hacen alguna vez a sus hijos.

Las jornadas siguientes estuvo más preocupado Rudolf Lorre de sus pacientes rhesus en el bioterio de Mount Sinai que de golems erráticos, cábalas y galletas de sangre. Examinados concienzuda y diariamente, los animales se mostraban activos, espabilados y ruidosos, lucían pelaje brillante y ojos inquietos, llenos de tanta vida que a gritos exigían su ración de fruta nada más verle. Número Uno y Número Cuatro, dos macacos casi idénticos, de unos cinco kilogramos de peso, eran los elegidos para la durísima prueba que deberían soportar un día después.

Todo médico sabe que no debe haber transferencia con el paciente o los milenarios cimientos hipocráticos se tambalearán. Tampoco cuando estos son animales de laboratorio destinados a la investigación. Pero esa mañana, después de extraerles

la ración de sangre como reserva para la operación, Rudolf dedicó más tiempo del cotidiano a sus ejemplares. Él mismo les ofreció cacahuets, trozos de zanahoria, rodajas de banana que los animales tomaban sin recelo, domesticados y llenos de gestos agradecidos antes de dar sanos brincos, encaramarse y volver a soltarse en los barrotes de la escueta jaula.

—Tened confianza en mí, todo va a salir bien...

Los animales miraban atentos al nuevo trozo de zanahoria y lógicamente ajenos a sus palabras.

El resto del día lo empleó revisando una vez más las dos máquinas de respiración extracorpórea, la perfecta esterilización de los elementos clave así como el montaje definitivo en la sala de operaciones. También estudió los croquis que ya sabía de memoria y repasó mentalmente los pasos a dar en tan importante intervención.

—Ahora debo concentrarme en este cometido. Todo debe salir bien, tiene que salir bien...

Cuando lo repitió diez, quince veces, volvió la mirada hacia otro punto cardinal.

—Después, pensaré en... Europa.

Los doctores Samuel Lebowitz y Richardson, la enfermera anestesista Nora Miles, su colega la señorita Martha Taylor, una bella chica de Detroit experimentada en cirugía neonatal, y la ayudante instrumentista Margaret Longwhite, conformaban el equipo médico que bajo la dirección de Rudolf Lorre se disponía a efectuar una operación sin precedentes de éxito. Esencialmente se trataba de intercambiar los corazones de dos monos rhesus, lo que equivalía a apostar dos veces al éxito o al fracaso de una carrera médica, ya que un doble trasplante se exigía en una misma intervención.

—Si uno de los dos sobrevive, podemos darnos por satisfechos... Esos tipos de Filadelfia se morirán de envidia, Rudi.

No era baladí lo que Sam decía mientras enjabonaban sus manos asépticamente, las secaban, y cubrían sus rostros con mascarillas. Si uno de los rhesus lograba superar la delicada operación y conseguía vivir con un corazón ajeno, los especialistas comandados por Gibbon no tendrían más opción que levantar una bandera blanca. Sin embargo, la rivalidad no sólo se extendía entre los dos eminentes hospitales estadounidenses, también entre ambos cirujanos Rudolf Lorre y Samuel Lebowitz, pues si se trataba de abrir, extraer un órgano, meter otro, y cerrar, tarea duplicada en ambos tórax, se necesitaban dos expertos que habrían de demostrar su pericia al otro, máxime en un estado de alta presión donde se jugaban el prestigio personal, el del Hospital Mount Sinai y las subvenciones anuales del gobierno.

Cuando trajeron los monos, los doctores, en primer lugar, valoraron por mera observación el estado general de cada uno, su actitud, y comportamiento, hallándolos confusos, sobretodo algo nerviosos dado el protocolario ayuno de doce horas. Con su maestría habitual Rudolf atrapó a Número Uno, al que ataron a la camilla no sin oír sus gritos de protesta y miedo, y pronta a ello Nora Miles le suministró un sedante preparatorio. De igual modo procedieron con su compañero.

—Parecen gemelos... —dijo con una vocecita de sorpresa la instrumentista Longwhite.

—Aunque todos los monos se parecen, estos son primos —respondió Rudolf, sin duda orgulloso de tan bellos animales—, pero genéticamente son casi exactos, señorita.

Mientras la enfermera anestesista Miles sedaba a Número Cuatro se encargó a Martha Taylor el rasurado de la zona quirúrgica. Una vez que los rhesus presentaban claros signos de sedación fueron acomodados en las respectivas mesas de operación, separadas por apenas metro y medio, donde se les aplicaría la anestesia general y se procedería a entubarlos por si fuera necesaria tras la operación la ventilación mecánica. Ambos doctores, Lorre y Lebowitz, se encargaron de suministrar la anestesia por vía femoral, en una solución de Thiopental de 25mg/Kg; al cabo de doce minutos los macacos yacían inánimes en sus camillas. Como prevención, dadas las bajas temperaturas en Nueva York aquellos días de enero de 1941, se les envolvió con algodón térmico toda la zona no quirúrgica.

—Richardson...

Bastó una palabra, un signo de Rudolf, para que el doctor ayudante se empleara en meter una aguja por la arteria radial derecha de cada mono e, inmediatamente, conectar el manómetro de mercurio.

—Temperatura de Numero Uno: 39°C exactos. Temperatura número cuatro, 39,5°C...

—¿Frecuencia respiratoria?

Nora Miles esperó unos segundos.

—Quince por minuto, doctor Lorre...

Antes de iniciar la operación comprobó por última vez el estado de las máquinas. La instrumentista preparó su mesa entre los dos pacientes, en la dura labor

de asistir a ambos doctores. Tijeras de mosquito, bisturíes, pinzas de disección, separadores de valvas, hilos, agujas, portaguas, gasas y compresas.

También duplicándose ella, Margaret Longwhite parpadeó ante los cirujanos.

—Lista, doctor Lorre... Lista doctor Lebowitz...

Un momento antes de empuñar el mango del utensilio cortante miró a Richardson y a la especialista Martha Taylor, pendientes de cada máquina.

—Relojes listos, doctor Lorre...

Nora Miles señaló con los ojos los tres relojes dispuestos en el quirófano. Uno marcaría el tiempo real, las horas transcurridas desde el inicio al final de toda la intervención; un segundo, el tiempo que los macacos permanecerían anestesiados; y un tercero, aquel que contaría los minutos milagrosos o fatídicos, cuando los corazones de ambos animales quedaran fuera de los cuerpos y las máquinas de circulación se comprometieran a tan vital función.

Tal como había sido planificado, Rudolf Lorre comenzaría a operar dos minutos exactos antes que Sam. Asistido por la enfermera Longwhite, sajó el pecho de Número Uno, separó los músculos y seccionó el esternón, lo que provocó una inusitada pérdida de sangre.

—Hemounidad preparada, doctor Lorre...

Rudolf levantó una mano para indicar a Richardson la no necesidad de transfusión. Separó los pulmones con las valvas y delante tuvo aquella ciruela mágica, palpitante tras el velo del pericardio.

—Temperatura número uno, 40°C, doctor... Presión, normalizada.

Rudolf miró a Sam, quien asintió. Había llegado su momento. Lo hizo con la misma profesionalidad que su colega, y en dos minutos tuvo delante su propia ciruela temblorosa. Los dos campos operatorios estaban a la vista; los órganos cardíacos, sanos, latentes. Un firme movimiento de cabeza bastó para que los encargados de las máquinas las pusieran en marcha. Sólo tardaron cuatro minutos en cortar, pinzar, separar, primero las vías principales, aortas, cavas, arterias, venas pulmonares, después las más finas y delicadas, hasta desprender definitivamente ambos órganos del tórax.

—Estado de no-palpito, doctor... Temperatura 40,5°C en Número Uno, y la misma en Número Cuatro, presión estable... Cinco minutos, y contando...

Cada cirujano tomó el corazón del mono contrario de la mano de su colega. Rudolf y Sam se miraron a los ojos; en aquellas miradas estaban encerradas toda la historia universal de la Medicina, los minutos uno a uno de todos esos años de estudio y dedicación.

—Cinco minutos, treinta segundos...

Sin lugar para más miradas, cada uno se dispuso a enterrar su ciruela en el pecho ajeno. No fue tarea fácil, menos aún sometida a la presión del tiempo y a la eventualidad de cualquier fallo mecánico en los ingenios extracorpóreos.

—Seis minutos...

Sabían que no debían exceder de diez, o las posibilidades de fracaso se multiplicarían por cinco.

—Temperatura Número Uno, 40,5°C; temperatura Número Cuatro, 41,5°C...

No era sino la primera señal de alarma. El ejemplar de Sam estaba a un tris del colapso si su temperatura corporal no descendía.

—Doctor Lebowitz, la profundidad anestésica de Número Cuatro está al límite...

La instrumentista preparó compresas heladas.

Rudolf miró a su colega. No iba a meter las narices en un corazón de otro, pero le enseñó la mano y movió los dedos.

—Amásalo, Sam, amásalo...

Así lo hizo.

—Siete minutos...

Rudolf volvió a su máxima concentración, pinzando y despinzando, cosiendo las delicadísimas vías con una solvencia casi sobrenatural. Sin perder un instante, pidió a Richardson que cortara el flujo unidireccional de sangre heparinizada. Registradas todas las suturas, comprobó que el pequeño milagro latía, temeroso, débilmente, pero allí estaban aquellos pálpitos de esperanza. Lo dejó con cuidado, como un polluelo en su nido, luego envolvió el corazón en el pericardio, cosió con acero el esternón, y con seda el pecho, verificando que no había sangrado.

—Ocho minutos...

—Comprobando sistema circulatorio... —dijo, no sin resoplar, Sam Lebowitz.

Martha Taylor desconectó la nueva máquina, que funcionó a la perfección, y una vez comprobadas sus suturas, Lebowitz procedió a cerrar finalmente el pecho de Número Cuatro.

—Temperatura Número Uno 40°C; temperatura Número Cuatro, 41°C...

Bueno, era la primera salva de victoria.

—Enhorabuena, Rudi —felicizó Sam.

—Gracias a ti, Sam. Y a todo el equipo. Doctor Richardson, enfermeras... Han realizado ustedes un excepcional trabajo.

Todavía surgieron complicaciones. La fiebre del cuatro no sólo no remitía por debajo de 41°C, sino que aumentaba medio grado y amenazaba con reventar al rhesus a los pocos minutos de estrenar su corazón. Fue necesario meterlo en una bañera de hielo molido hasta normalizar su temperatura.

## Capítulo Once

Después de llamar varias veces a la puerta del rabino Jacobson sin obtener respuesta, y tras comprobar que no estaba cerrada, decidió Rudolf empujarla y acceder al interior. Entre tanta penumbra se adivinaba un vacilante fulgor proveniente del fondo de aquella mazmorra urbana del *Callejón de los Bandidos*. En absoluto silencio rodeó anaqueles y estanterías, llegó al diminuto salón donde el rabino tomaba agua hervida y desde allí sólo tuvo que seguir el ininterrumpido y gutural zumbido de la lectura. Todavía se quedó unos minutos, mirando a aquel hombre ataviado con prendas sagradas, descalzo, apoyado un codo en el atril, con el dedo anudándose un bucle, silueteado por el resplandor de las siete velas del candelabro, más semejante a un ser proveniente de otra época, tal vez de otro mundo, que a un neoyorquino en pleno centro de Manhattan.

Asombrado, como en las dos visitas anteriores, oyó cómo el bermejo maestro continuaba su retahíla murmurante considerable rato, aun después de haber levantado los ojos y cerrado el libro del que leía.

—*Shalom*, doctor Parker...

¿Parker? ¿Significaba eso que la operación daba comienzo en este instante?

—*Shalom*, rabino.

Jacobson le abrazó y besó ambas mejillas, después le separó la longitud de sus brazos y le escrutó desde los azafrañados ojos hurgándole en el pensamiento, cual si continuara la lectura en la frente de Rudolf.

—Si la máquina está lista, sólo falta esperar el momento óptimo. Pero será pronto, muy pronto —cercioró levantado el índice—. Así que debe estar preparado, doctor, tal vez en unas semanas esté volando a Europa. El tiempo es valioso y escaso, pero no podemos impedir que transcurra. Nuestro Comité esperaba su confirmación con respecto al aparato para ultimar las fechas de la *Comisión Butenandt*.

—Eso espero, rabino. Cada día presente es un día que corre peligro la vida de mi madre.

Jacobson asintió mientras servía agua en las tacitas.

—Desconozco el tiempo que la *Comisión* permanecerá en Alemania, mas, en todo caso, no será mucho. Nuestro Franklin Roosevelt está sentado en una silla caliente, quiere poner el culo sobre la mesa, pero mantendrá sus posaderas, la lengua y las manos, quietas hasta que esa comisión regrese. Sepa, doctor, que el Comité de Asuntos Judíos ha empleado su interés, y deposita toda su confianza, en este asunto, y en usted.

—Según me dijo, rabino, he de entregar un libro y recibir otro.

—Así es. Considérelo alimentokosher. No debe ser tocado por un gentil o dejará de ser apto. La persona indicada se le acercará cuando las circunstancias sean propicias. Usted mismo me relató cuán celosos son los nazis, acaso más con los papeles que con las personas. No se preocupe por su identidad, pues ese contacto le reconocerá, y en el momento más idóneo y lugar más discreto se efectuará el intercambio... momento y lugar de los que usted, en ningún caso, será previamente informado. Debe regresar con el libro que le entreguen. Es de vital importancia para esta guerra y para Israel.

—¿Quiénes serán mis acompañantes? Creo que la *Comisión Butenandt* formaremos...

—Cuatro especialistas médicos de reconocido prestigio. Sus nombres están reservados. Ni siquiera yo podría decirle quiénes son. Créame.

—Dígame, rabino... ¿qué ocurriría si hubiese algún problema?

—¿Se refiere a su seguridad personal en Alemania? No se preocupe, todavía no estamos en guerra, y, como ya prevenimos, usted no será identificado como judío.



—Me refiero a la seguridad de esos libros. Tanto del que he de entregar como del que he de recoger.

A Jacobson le brillaron los ojos. Sí, esperaba esa pregunta. Apuró su tacita de agua y se dirigió al atril. Tomó el librejo del que murmuraba, lo alzó sobre su cabeza frente al menorah y pronunció raras palabras. Después lo mostró a Rudolf.

No era una encuadernación lujosa por su aspecto, ni el sagrado volumen de gran tamaño del que otras veces leía, aunque el rabino se refería a él como libro siquiera parecía un ejemplar vulgar, en realidad una libreta encuadernada, cuero sobre papel, de un centenar de hojas cuadrículadas, manuscritas, un cuaderno no mejor a los que podrían comprarse a cinco centavos en cualquier tenderete de la Cuarta Avenida... además, bastante manoseado. Carecía de título, de autor, fecha u otro signo identificable.

—Dígame qué ve...

Rudolf lo abrió con delicadeza. Sólo veía aquellos números, escritos a mano, la mayoría con tinta negra, algunos con roja, una línea bajo otra formando una cifra incomprensible, descomunal, enloquecedora, página tras página hasta concluir tan abracadabramente como empezaba.

—No lo comprendo...

—Exacto. Y no pretenda comprenderlo.

—¿De qué se trata?

El rabino le tomó el manuscrito.

—¿Ha oído hablar del *Libro de la Creación*? ¿Y del *Libro del Esplendor*?

—Sí. Soy judío.

—Dios creó el mundo con una combinación de letras y números. Esos libros que le he mencionado, y todos estos que puede ver aquí... contienen las letras. Y éste...

El rabino lo volvió a alzar y a evocarlo en su hermética plegaria.

—Contiene los números... —advirtió Rudolf en un alarde impulsivo.

—Sólo la mitad de ellos... —sentenció Jacobson tirándose de un bucle.

—Debo regresar con la otra mitad...

—Exacto.

Rudolf mantuvo silencio sin apartar la vista del numérico manuscrito. Tenía la impresión, no falta de sensatez, de que ir con ese libro bajo el brazo por Alemania vendría a ser como llevar una bomba con la mecha permanentemente encendida.

—¿Y si cae en poder de los nazis?

—Tenemos una copia...

Tal respuesta no sólo fue insuficiente para Rudolf, sino que aumentó su incertidumbre.

—Pero ellos querrán saber qué es...

—No lo sabrán nunca. Se volverían locos. Imposible que accedan a descifrarlo.

—Tal vez, rabino, subestime usted la capacidad lógica de los nazis.

—Doctor, las puertas de la mística y de la locura son aparentemente iguales... pero hay pequeñas marcas, señales sólo visibles a los ojos de los iniciados, por medio del esfuerzo, el estudio, y la gran meditación, que residen en la cábala. Dios no hablaba alemán, ni inglés, sino hebreo. Para entender estos signos se necesita la energía del herrero, no esas arengas de las que Adolf Hitler cuelga mantos de armiño. Esos nazis son capaces de cruzar mil veces al día el Canal de la Mancha, doctor, sé que pueden hacerlo, pero somos nosotros quienes contamos con la tecnología espiritual.

—¿Tecnología espiritual?

—Exacto...

La atmósfera, escasa en oxígeno, se tornó espesa, nebulosa; la combustión y

la luz agónica de las velas permitían la formación de halos fantasmagóricos que a la vista se disolvían, se integraban en los oscuros volúmenes amontonados en las estanterías.

—Cuando usted opera se ve obligado a abrir el pecho de un mono: saja músculo a músculo, corta hueso, separa pulmones... y hurga con el afilado bisturí hasta dar con su objetivo: el corazón. Yo hago lo mismo con estos libros, ellos son mis monos.

—Dígame, rabino Jacobson, qué me ocurriría si interviniesen cualquiera de los manuscritos.

Jacobson se levantó, meditó unos segundos, le dio la espalda, se dirigió al atril y elevó las manos como buscando él mismo una respuesta en esa suerte de teatro.

—En ese caso, doctor... tendrá que valérselas por sí mismo.

—¿Qué he de decir entonces?

—Aquello que se le ocurra. Ni el Gobierno de los Estados Unidos, ni ningún Comité harán nada por usted. Confiamos en su capacidad para salir airoso, caso de producirse esa circunstancia. Sólo usted puede acceder de igual a igual al Nobel Adolf Butenandt. Es la última oportunidad que tenemos para enviar una comisión antes de que a nuestro Franklin se le termine de quemar el culo. Y ya le he hablado de la vital trascendencia e importancia de ese ejemplar con el que debe usted volver.

—Afirma usted que estaremos relativamente poco tiempo en Alemania... ¿Qué ocurre con mi madre?

—Se hacen gestiones. La mitad de nuestros contactos en Europa la buscan, le aseguro que habrían dado con cualquier arcángel, incluida Amelia Earhart... A su madre se la da por desaparecida... Mire, doctor, nadie quiere que empolle un huevo duro; yo no puedo decirle si vive, pero tampoco puedo asegurar lo contrario. No obstante, considere la oportunidad de poder buscarla en Alemania.

Según cruzaba el escenario operístico de la calle Mulberry, Rudolf Lorre, y ahora también Rudolf Parker, recapacitaban, inhalando a bocanadas el aire que les hubo faltado en el subsuelo del rabino. No iba a resultar acción fácil ni extraordinariamente divertida, tampoco bastaría tener cuidado con el sombrero, peluca y anteojos, como en *The Cyclone*, muy al contrario: cuanto más se aproximaba la fecha del secreto viaje, más misteriosos y complicados parecían sus objetivos. Lorre, por primera vez, había dudado si su madre vivía. Y Parker, temerario y temeroso, se preguntaba sobre esos manuscritos cabalísticos... ¿Qué podría decir, qué argumentar, si era detenido por la Gestapo con cien páginas de engrudo numérico que ni las mentes preclaras acertarían a descifrar?

El interior de la ecléctica sinagoga Eldridge parecía a los ojos el interior de un cofre tapizado con pan áureo, en vez de un templo dedicado a la meditación y oración. La maravillosa luz melocotón que destilaban todos los menorahs de la colección sinagoga inundaba el espacio y por fortuna ayudaba a subir la temperatura. No resultó el primer viernes de febrero día con sol, como deseaba Rebeca White, al contrario, toda la mañana se pasó nevando y únicamente al mediodía, hora de la celebración, se suavizó algo la meteorología y al menos los invitados principales y los novios no tuvieron que hacer la entrada en el templo bajo copos de nieve neoyorquina.

Rudolf llegó, como marca el protocolo, en los primeros coches, incluso antes que los padres de Sam Lebowitz. Lógicamente vestía sus mejores galas y no dejó de sentir un ligero rubor al comprender que era el primero de la comitiva nupcial.

—¿Cómo está usted?

Rudolf le miró no sin asombro. Era el rabino del cabello blanco y la voz de oro, Philip Bernstein, quien oficiaría la ritual boda.

—Es un placer saludarle, rabino.

El hombre le tomó por los hombros y mirándole unos segundos, afablemente, le besó las mejillas.

—Todos confiamos en usted, doctor.

—Gracias.

Realmente no sabía a qué se refería tan egregio personaje; no en vano las últimas semanas se sucedían en un mundo donde secretos, sombras, y apariencias, parecían formar parte de una ópera, como la calle Mulberry, más que de la sólida realidad. Qué papel representaba él era ignorado, pero, desde luego, tenía conciencia clara de hallarse en mitad del escenario con cientos de pares de ojos siguiendo cada uno de sus movimientos. Tampoco hubo lugar para más bienvenidas, pues con puntualidad exquisita llegó el vehículo que transportaba al novio, así como a sus padres, Josef y Sarah Lebowitz.

—Rudi...

Casi le faltó abrir los brazos y girar para mostrar lo feliz que se sentía.

—Lástima que haya nevado... —musitó.

—Oh es símbolo de pureza, Sam... Estás perfecto...

Una vez el rabino entró en la sinagoga, Rudolf, actuando de padrino del novio, le acompañó al interior, seguido por los padres, y oyendo el dulce canto de Putterman. Allí esperaron a la novia. Rebeca estaba bellísima. Su vestido era de un blanco que hacía ennegrecer a la propia nieve, su peinado... fabuloso, y su porte la de una auténtica princesa de los esplendorosos tiempos salomónicos. Sam se dirigió con pie derecho a la *Jupá*, especie de palio sagrado a cuyos pies esperaba el rabino, y recinto donde se celebra realmente la boda hebraica: bajo techo que represente Jerusalén. Después llegó la novia, lento, ceremonioso el paso, regalada con polifónicas melodías que unas jóvenes cantaron a la entrada, y se colocó a su derecha, seguida de padres y padrinos.

Cuando hubo comprobado los certificados de judaidad, Bernstein sermoneó la boda, sin obviar ni un solo paso del ritual o de las bendiciones preceptivas a lanzar sobre los novios. De inmediato bendijo el sagrado vino y de él bebieron los contrayentes.

—Ahora, los testigos deben verificar las argollas de unión... —pidió el rabino.

En efecto, Rudolf Lorre, padrino representante de Samuel Lebowitz, y el rubio Jude Gutenberg, elegido por la familia White, tomaron los anillos y los miraron con curiosidad ritual, admitiendo al rabino que no hallaron mácula, ni rotura y posterior reparación, ni araño o señal que torciera la pureza del noble material, y que eran argollas planas, sin surcos, letras o dibujos. Sam recitó una oración y entregó el anillo a la novia quien de inmediato hizo lo propio. Después se sonrieron y sonó la música y el

recitado de David Putterman como señal del fin de un acto y entrada del siguiente. El rabino tomó entonces la Ketubá, o contrato de bodas, primorosamente rotulado por un pergaminista judío, donde se contemplan las obligaciones matrimoniales y no se olvida la dote estipulada en caso de separación del matrimonio. Cuando el acta fue firmada por todos los presentes, padres, padrinos, novios y rabino oficiante, se terminó otro de los actos, con la preceptiva música y la voz del cantor. Bernstein volvió a deleitar con un pequeño sermón de despedida, y con su mejor sonrisa bendijo otras siete veces a los novios cubiertos bajo un mismo manto. Sam tomó la copa del vino sagrado del cual bebieron él y su ya esposa Rebeca, la levantó un instante mostrándola a los invitados, y poniéndola bajo su pie la aplastó al tiempo que miraba a su mujer.

—Si te olvidare, Jerusalén, mi diestra me olvide.

—*Mazel'tov!*—gritaron al unísono los asistentes dando ellos por concluida la ceremonia.

Todavía se necesitó del último acto antes de abandonar el recinto sagrado. Sam tomó a Rebeca y se refugiaron en un habitáculo privado, anexo a la sinagoga. Allí permanecieron varios minutos para hacer comprender a los demás, si bien simbólicamente, que el matrimonio había sido consumado.

—Ahora viene la parte más interesante del protocolo, doctor.

No le faltó razón al rabino que se escrutaba las manos mientras hablaba.

—Rabino Lewis...

Tampoco le faltó tiempo al corpulento judío para abrazar y besar a Rudolf Lorre a las puertas de las sinagoga de la calle Eldridge.

—He oído —dijo arqueando las espesas cejas— que White eligió un novillo de primera, de la casa Hoffman.

Sí, fue lo mejor, sin duda. Especialmente porque Rudolf ya pudo acercarse a Ida Zimmermann, y compartir a su lado la comida de bodas preparada por los Lebowitz y los White.

—A la altura de las circunstancias...

Ida se refería al novillo empalado y asado en mitad del recinto, tan dorado que parecía realmente del mismo material que el bíblico becerro. Pero a los ojos de Rudolf lo realmente hermoso era ella, tan bonita, con esos iris ahora grises, ahora azules, que pasaban del estado melancólico al chispeante con sólo un subir y bajar de párpados.

—Te he echado de menos.

Ida le sonrió.

—Hoy quiero dormir contigo.

—Estás preciosa...

Poco más pudieron decir, pues Sam y Rebeca hacían el reparto tradicional de la hogaza de bodas con lo que daba comienzo el banquete.

—Tengan en cuenta, que voy a controlar todos los bocados que consuman... Sólo van a probar lo mejor...

Thaddeus Lewis ocupó asiento junto a ellos, con una gran porción de ternero asado y una salsera para su uso mientras sonreía señalándose el pecho, como solía hacer.

—*El Pequeño Rothschild de Long Island* no ha escatimado gastos en su princesa. Ahora bien, excepto este novillo del *shojet* Hoffman, todo aquello que aquí probéis será de Thaddeus Lewis...

—Son unos dulces exquisitos, señor Lewis... —afirmó Ida mientras tomaba una de las célebres bolitas de miel de *Moshe's*.

—No las encontrará mejor en Nueva York, señorita Zimmermann. Pero sé de un sitio en Europa...

Thaddeus miró a Rudolf. Con ese fulgor en las pupilas más propio de magos y encantadores que de simples rabinos.

—¿Han visto el anillo de la novia? Y no me refiero a ese aro de oro de la ceremonia, sino al que ahora lleva en el dedo. Ese sí es producto cien por cien Thaddeus Lewis: lo mejor de todo *Diamond Street*. Tal vez, doctor Lorre, debería pasarse un día de estos por mis establecimientos, le haré un buen precio...

El judío cogió una mano de Ida. Con una simple mirada adivinó el diámetro de su dedo anular.

—Sí, por unos quinientos, su dedo puede lucir uno igual al de la novia. Es usted afortunado, doctor.

—¿Por qué lo dice, rabino?

—Bueno, ha encontrado un faisán volando.

—¿Un faisán volando?

—Me refiero a la felicidad inesperada... Salvando a la novia en el día de su boda, es su acompañante la mujer más bella de cuantas asisten al banquete.

—Gracias, señor Lewis... —respondió Ida.

—Y usted, doctor, ya sabe el especial aprecio que siento por sus asuntos.

Tortas de uva, tortas de queso, y sin que faltaran las tortillas de chocolate con harina de matzá, pasta de huevo duro y nueces, cuscús sefardí y ensaladas israelitas, alcauciles tiernos y unos dulces de manteca y esencias denominados picaduras de abeja.

—Deberías probar la picadura de abeja, Rudi.

Rudolf la miró, absolutamente embelesado, deseoso de la finalización del banquete y el pronto regreso al amor en la casa de Heights.

—¿Esas picaduras no contendrán langosta?

Ida rió.

—Habla más bajo, Rudi... ¿O quieres que nos lapiden en la Quinta Avenida para terminar la fiesta?

A la hora de los postres, Jude Gutenberg, el rubio, alto y atractivo padrino, levantó su copa y con aquella voz, que seducía aun recitando los días de la semana, conminó a los presentes a brindar por los novios una vez hubo relatado en breves anécdotas toda la felicidad que sentía por tal unión. Después del brindis sonó la orquesta, los novios iniciaron el baile y pronto los asistentes los secundaron. Especialmente Gutenberg, quien prefirió como pareja de baile a Ida Zimmermann.

—Parece que intentan cazar su faisán...

Lewis terminaba de lavarse sus pringosas manos y de beber un largo trago de *vinokosher*.

—Jude es un gran chico. Le conozco desde que era así de alto...

—Bueno, rabino, la señorita Zimmermann puede bailar con quien le plazca.

—No se preocupe en ese sentido, doctor Lorre, Jude Gutenberg es tan discreto como usted mismo.

—¿A qué se refiere?

Ahora fue el rabino quien se vio obligado a mirarse las palmas sin hallar una respuesta conveniente.

—Lo decía porque...

Todavía enjuagó una vez más sus manos, probablemente con la idea de esclarecer lo que de allí leía.

—¿Acaso Jude Gutenberg debe ser discreto con respecto a algo que me atañe?

—Doctor Lorre... Sea buen judío. No es este el lugar para discernir sobre ciertos asuntos aunque llevemos puesta la kipá. Es probable que el Comité vuelva a requerir su asistencia.

Decía estas palabras cuando se acercaron a saludar otros invitados. Y no cualesquiera sino los más destacados de la boda, incluido el exultante novio y su

suegro Solomon White, quienes llegaron acompañados por dos de los rabinos del Comité de Asuntos Judíos, el rey de las barberías Ziegelheim y el anciano Newman.

—Es un buen momento para brindar nosotros.

Sam elevó su copa. Lo mismo hicieron los demás.

—Por Israel.

—Y por el mejor especialista cirujano del mundo, el doctor Rudolf Lorre...

—Creo que exagera usted, señor White... Además...

Rudolf rellenó su copa y miró a su colega Sam.

—Nadie debe recibir un brindis, excepto Israel y los novios. Brindo por ti, amigo mío...

Ida iba abrochada a su brazo, como una gacelilla tras una carrera, empapada a la vez de frío y calor, y todavía susurrando la delicada música del convite.

—Creí que Jude Gutenberg no te iba a soltar nunca.

El taxi cruzaba el puente de Brooklyn. De nuevo nevaba.

—Aunque tú tampoco parecías muy dispuesta a soltarte. Hubo un momento en que todos pararon para veros danzar, parecíais... no sé... Sólo faltó que os hicieran un corro y aplaudieran.

—Eh, déjalo, Rudi... Es una fiesta. La boda de tu amigo Sam, ¿eh? La gente espera divertirse.

—Divertirse con Jude Gutenberg...

Veinte minutos después entraban en la casa de Heights. Ida puso música, se aligeró de ropa y sirvió dos copas de vino.

—No me ha gustado...

—¿No te ha gustado? Vamos, Rudi... Deberías haberte visto... Sí, rodeado de todos esos barbados, arreglando el mundo.

—Eran los rabinos, Ida. ¿Qué podía hacer?

—Parecen muy ocupados contigo... Ah, Rudolf Lorre, si los rabinos soplan sus trompetas es que hay unas murallas que derribar...

—¿De qué le conoces?

—¿A Jude? Le conozco antes que a ti, Rudi. ¿Crees que eres el primer hombre que estos ojos han visto? ¿Eso crees?

—¿Te ha contado algo?

—¿Contarme algo? Jude no es de los que van por ahí contando cosas...

—Es un ideólogo sionista, Ida...

—Eso no me importa... Sólo sé que es amable, y muy guapo... La mitad de las chicas de Brooklyn no dudarían en bailar con él.

A Rudolf se le cayó la copa. Fue un accidente, cierto, pero no menos cierto era que su ánimo se huracanaba como sucedía con la entrada de la noche.

—¿Qué te ocurre, cariño?

Ella se acercó. Rudolf retrocedió un paso. Por primera vez en su vida sintió que tenía un pez vivo nadando en el estómago.

—Rudi... entre Jude y yo no hay nada... puedes creerlo, nos conocemos, eso es todo... Además...

—¿Además?

—Entre nosotros... ya sabes, sólo hay una amistad especial, creí que eso había quedado claro.

Rudolf asintió.

—Sí, será mejor dejarlo como una amistad especial.

La mujer se acercó con la intención de besarle en los labios, pero él volvió a retroceder.

—No me encuentro bien. Creo que será mejor que me vaya...

—Eh... Ahora no puedes irte, cariño... Llevas dos semanas sin aparecer, sin llamarme, ¿y pretendes que dé explicaciones de tu propia ausencia? Vamos, Rudi... ¿Dónde está el doctor de pulso firme y respuestas concisas? Me ves bailar con Gutenberg y te tiembla la mano, estás demostrando la riqueza emocional de un elefante, ¿qué harías si me vieras besándole?

Ida Zimmermann comprendió la gravedad de sus palabras al instante. Rudolf tomó su abrigo y su sombrero. Todavía intentó detenerle. Era una verdadera locura salir de Heights con este tiempo y prácticamente imposible encontrar un taxi en los alrededores.

—Rudi, por favor...

—Te llamaré mañana, ¿de acuerdo? Ahora, será mejor que me vaya...

## Capítulo Doce

El griego del *Metsovo* vertió el café, tan caliente que casi bullía, en la tacita de Rudolf.

—Resulta, señor, que los nazis no tienen bastante con bombardear el norte. Debe de hacer tanto frío como aquí, porque se trasladan a África. Allá están llevando sus tanques...

Rudolf mantenía los ojos en la susurrante espuma del café mientras oía.

—Esos tipos van a llenar el desierto de agujeros. Ojalá se los trague la arena.

El hombre se giró y aún hablando solo se dirigió al fondo de su cafetín, apoyó el codo en la barra, y quedó oyendo la radio permanente con actitud similar a la del rabino Jacobson sobre su atril.

Durante toda la noche hubo nevado, pero qué podía importar eso a un hombre que había cruzado a pie el kilométrico puente de Brooklyn en la oscuridad más terrible: la que lleva uno en el interior, acribillado por la ventisca, a veces agarrado a los barrotes con el mismo brío y la poca fortuna que un capitán Ahab contemplando la desolación del océano, cual él hizo bajo la tormenta con el gran cetáceo blanco que evocaba Nueva York.

—La riqueza emocional de un elefante...

Apenas lo musitó cuando abandonó el cafetín, pero con certeza fue el eco machacón de sus pensamientos. Salir así de casa de Ida Zimmermann no sólo le producía ira, desamor, y los amargos efluvios que ulceraban su dignidad: también estaba en entredicho su categoría como caballero. Jamás debió comportarse de manera tan vulgar.

—Sólo somos amigos.

Se metió las manos en el abrigo, y dejó profundas huellas sobre los dos palmos de nieve que se acumulaba en las aceras hasta llegar, trescientos metros después, al Hospital Mount Sinai.

—A ver qué tal están hoy los muchachos... Número Cuatro no termina de recuperarse.

No le sobraba razón al cardiólogo. Era sábado, talmúdico y sagrado, jornada siguiente al matrimonio de su mejor amigo, de noche tempestuosa y gélido amanecer. ¿Quién podría ocuparse de unos pobres monos un día así? Después de dormitar unas horas, superar la plúmbea resaca en el fondo de la nuca, y haber tomado tres tacitas de café helénico, sólo podía esperar una mañana si no plenamente luminosa, al menos con la radiante belleza de la nieve recién caída. Sin embargo, cuando entró en el bioterio la supuesta belleza de la nieve se volvió pestilente lodo; la esperanza de una jornada mejor, en apocalíptica realidad.

—¿Qué ocurre aquí?

Nada más dijo antes de salir corriendo hacia el espectáculo que tenía delante.

—Doctor...

—Por todos los cielos, ¿qué ocurre aquí...?

La respuesta la tenía a centímetros de distancia. La catástrofe más evidente y absoluta.

—No sabíamos ya a quién llamar, me dijeron que me ocupara...

El joven ayudante mantenía a uno de los macacos rhesus sumergido en la bañera hipotérmica.

—No le baja la fiebre...

Con los ojos desorbitados, Rudolf siquiera tocó el cuerpo inánime del animal.

—¿Y el otro?

—Está ahí, doctor...



Rudolf se acercó a la camilla. Allí estaba. Número Cuatro. Muerto.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

—No sé, doctor, me avisaron que viniera enseguida, en realidad dispuesto a limpiar esto, y a darles la ración. Uno de los monos estaba muerto, éste daba convulsiones, vi la bañera y, bueno lo introduje...

—Hiciste muy bien, gracias...

Rudolf sacó al rhesus de la bañera. El animal aún estaba vivo, abría los ojos, pero la realidad era mucho más clara que el velo opaco de la muerte cubriendo ya toda la redondez de sus córneas. A pesar del agua fría temblaba de fiebre, intentó levantar una mano, acaso unos dedos, como despedida, cuando se arqueó, hinchó su abdomen y pereció.

Ahora sí retornaron como una tempestad giratoria todos los pesares que las buenas intenciones y el amor propio se habían esforzado en diluir esta mañana. ¿Que tenía en los brazos? El rigor mortis de la evidencia. Un cuerpo sin vida al que había dedicado muchos de los minutos en la última semana. Todavía llenándose tanto de estupor como de desconsuelo, depositó al macaco junto a Número Cuatro, ambos tan agarrotados y con muecas tan desagradables que parecían cuerpos a exhibir por cinco centavos en las barracas *freaks* de Coney Island. Tan abatido se sintió que hasta llegó a pensar en ese momento en Ida disparando fotografías a los cadáveres para luego restregárselas por la cara.

—Le telefonaron, pero usted ya no estaba. Sé que desde la dirección también intentaron avisar al doctor Lebowitz, y a la enfermera Nora Miles...

—Ninguno de los dos vendrá.

Rudolf apartó la vista de los pobres monos. Ahora sí debía ser el doctor auténtico, el amante vocacional de Medicina, no el pazguato llorica ante la hecatombe. Se puso su bata blanca, se enguantó las manos y miró al joven.

—¿Qué curso estudias?

—Cuarto, doctor Lorre...

—Ponte esa bata, y enfunda tus manos. Debes ayudarme.

Para el joven resultó la experiencia más vívida hasta el momento de su carrera médica. No en vano ayudó al insigne Lorre a realizar las autopsias de dos rhesus con corazones trasplantados.

Cuando el cirujano abrió el pecho del primer mono y hurgó hasta destapar el corazón, comprendió de súbito que algún detalle quirúrgico fundamental había escapado a la limpieza y el decoro médicos que hubo empleado el equipo en la doble intervención. ¿Pero cuál?

—El corazón está necropsiado. Las conexiones viales son correctas, no se aprecian pérdidas. Ha reducido su volumen, se ha negado a circular sangre. ¿Qué demonios ocurre?

No hablaba en voz alta, sino murmurando como un rabino, intentando rescatar de sus propias palabras una explicación médicamente satisfactoria para el mortal desenlace, pero no la hallaba.

—El corazón de Número Uno presenta condiciones similares. Durante una semana los órganos han resistido el transplante; funcionalidad y constantes vitales en ambos ejemplares eran óptimas, los analicé ayer viernes por la mañana, sólo aprecié ligera fiebre en Número Cuatro, y en sólo unas horas...

—¿Tal vez sea septicemia aguda, doctor?

—Es muy posible... Los dos rhesus presentan fallo multiorgánico y necropsia en músculo cardíaco.

—Los han rechazado...

—¿Qué dices?

Rudolf Lorre hurgaba destripando a los monos, abría estómagos, riñones,

hígados, mucosas, todo aquello que pudiera servir de guión hasta dar con el fatal problema.

—No hay más que esto —dijo sosteniendo el corazón del mono—. Un órgano muerto, podrido, como una semilla seca. Tal vez el transplante de órganos se trate de una teoría absurda, imposible para el ser humano. Me da la impresión de que estamos traficando con la inocencia.

—Decía, doctor Lorre, que tal vez los sistemas inmunológicos de ambos monos rechazaron los órganos ajenos.

Rudolf miró al joven.

—Si uno se clava una aguja, por ejemplo, y se le extrae al cabo de dos años... Hemos tenido un caso así la semana pasada, doctor... Yo mismo vi cómo la aguja estaba envuelta en un cápsula, una especie de quiste que había creado el organismo del paciente, cuando abrimos el vientre que la alojaba casi saltó de su cuerpo, fue expulsada como un escupitajo... La aguja es metálica, también una esquirla de metralla, o una bala, pero yo creo que de haber sido materia orgánica se hubiese podrido... como esos corazones.

—¿Cómo te llamas?

—Shunway... Richard Shunway...

El orgulloso joven se mostró diligente y excitado, ayudó al doctor Lorre hasta que hubo concluido el examen post mórtem de los macacos y todavía se dignó acompañarle, cercano ya el mediodía, a tomar un café en el despacho.

Los nefastos días de febrero fueron sucediéndose de nevada en nevada, con tan violenta constancia que hasta los rascacielos más sólidos parecían tiritar. Si la sucia nieve era apilada en las esquinas o se amontonaba a lo largo de las avenidas, la gente acudía en masa a guarecerse en la puerta de los cines, donde esperaban sorber algo de vida al calor de los últimos estrenos; mas, en el caso de Rudolf Lorre, ni siquiera solitarios paseos por el mullido silencio de Central Park, bastaron para domesticar el monstruo antropófago que se había instalado en su presente. Sam Lebowitz se hallaba de vacaciones en Florida con su flamante esposa y su almidonada pajarita, ajeno a corazones secos; el rabino de bucles rojos y pies desnudos no había vuelto a solicitar su presencia al subterráneo de naftalina y hollín; ¿Ida? La telefoneó tal como había prometido, sin éxito, dos, tres, cuatro, cinco veces, incluidas altas horas de la noche, sin obtener respuesta. Tampoco los días posteriores. Sólo cuando bajaba al gabinete freudián y descansaba en el diván materno su mente lograba eliminar las toxinas de la realidad, daba la impresión de que en aquella gruta onírica energías misteriosas, o impregnaciones del pasado, le arrojaban con ilusas y lejanísimas noches en Praga, cuando juntos madre e hijo miraban pasar las nubes sobre el Moldava, a las que ponían nombres de trasatlánticos, mientras soñaban con venir un día a América.

—Daré contigo, madre...

Susurraba en estado hipnagógico, aprisionado en el sueño como en una telaraña pegajosa. Aquellos amigos del pasado deambulaban al amparo de su poderosa imaginación, cual si estuvieran vivos y presentes: Franz Kafka, aquella tarde que le disfrazó de Gregor Samsa; Ana Freud, regalándole el catalejo del oficial francés; el extraordinario Werfel y su habilidad para apagar farolas; la cuidadora Otti; hasta el tañido de las campanas.

—Daré contigo...

También surgían confundidos con la niebla del sueño seres diabólicos y extraños, esos personajes gaseosos, nombres nunca antes oídos, tan vanos que bastaba pronunciarlos y al punto se desvanecían como burbujas, mas volvían como un eco, y allí se mantenían flotando cual zeppelines borrosos en la bóveda de sus preocupaciones.

—Ignatus Timothy... Los hermanos Schaeffer... Tal vez el propio Führer... Estos fueron los últimos que vieron a mi madre... *Una mujer de rasgos germanos, nacida en Bohemia, quien poseía el don, más que ninguna otra persona, de interpretar infaliblemente los sueños.*

Y no menos preocupante resultaba el cuaderno con los enigmáticos números de Jacobson, su verdadero salvoconducto a Alemania. Tan ignorado era el sentido de aquellos dígitos enloquecedores como el argumento que debería dar en caso de ser descubierto, aun por azar.

Marzo no resultó un mes caluroso, pero sus rojizos atardeceres bastaron para deshacer gran parte de la nieve amontonada, además de dotar de mayor translucidez al cielo neoyorquino. Todavía el primer miércoles, al cruzar Central Park, podían verse placas heladas sobre el lago Reservoir, copas nevadas en muchos árboles y bancos vacíos, mas también los primeros patos de cabeza verde, ornitóloga señal de que lo peor del invierno había pasado. Después de tres semanas vaciando tacitas en el *Metsovoy* examinando diariamente su único rhesus vivo, por toda dedicación social o investigadora, llegó la paloma mensajera esa mañana al bioterio del Mount Sinai.

Poco después, enfundado en su abrigo y con el sombrero calado hasta las cejas, caminaba en dirección a la sinagoga ubicada entre la Columbus y la Amsterdam.

—Espero que tengan algo verdaderamente importante que decirme. Por fin el Comité de Asuntos Judíos ha soplado el shofar.

Fue recibido a las puertas por el secretario, quien le acompañó hasta una salita

donde también esperaban los guardaespaldas de Thaddeus Lewis; mas diez minutos después, tocado con una kipá negra, se sentaba frente al rabinato, en el extremo de aquella mesa de piedra, a la luz del menorah.

—*Shalom*... Gracias por haber venido, doctor Lorre.

David Ziegelheim apenas movió un músculo de su mandíbula de tiburón.

—*Shalom*... Me han mandado llamar.

Rudolf miró a cada uno de los barbudos componentes del sanedrín, repartidos como en un cenáculo bíblico. Además del barbero y maestro principal Ziegelheim, allí le escrutaban el dueño de calles enteras de Brooklyn, ese rabino con pescuezo de tortuga llamado Allan Cohen; a su lado el decrepito y sensato Zacharias Newman y el hombre de las punteras habladoras, Solomon White; y frente a ellos el ladino portavoz Johnson, el flebítico Jacobson asiéndose un bucle y, por supuesto, el mirador de manos y vendedor de diamantes Thaddeus Lewis.

—Nos complace oír que está usted a disposición de la Causa Hebraica, señor Lorre.

—Así lo he dicho, rabino.

—Suponemos —dijo David Ziegelheim— que está usted informado del curso de los acontecimientos en la guerra europea.

—Bueno, todo lo que permiten los periódicos y las radios...

—Pues esos acontecimientos han acelerado las fechas que teníamos previstas. Es necesario que el viaje a Europa se realice a finales de este mes de marzo.

—También estimamos —intervino Johnson ajustándose sus gafillas—, que los integrantes de la denominada *Comisión Butenandt* deberán permanecer entre dos y tres semanas en territorio alemán. Un tiempo suficiente para que usted... bueno, sea localizado por nuestro enlace en momento y lugar oportunos, y además...

—Tendrá tiempo, de sobra lo tendrá, para buscar a su madre en ese país... —interrumpió el colérico Cohen.

—En realidad, no sé por dónde, ni cómo, podría comenzar su búsqueda en Berlín, rabino...

—Sepa usted, doctor —dijo David Ziegelheim—, que el Secretario de nuestra embajada continúa, a día de hoy, haciendo gestiones sobre este asunto. No dude usted de que obtendrá toda la información que obre en poder de este Comité de Asuntos Judíos o de cualquiera de nuestras delegaciones en el extranjero. Eso puedo asegurárselo. ¿Tiene algo que preguntar, doctor Lorre?

—Espero que este Comité se haya encargado de tramitar toda la documentación necesaria para acometer un viaje de estas... características.

—Por supuesto, doctor...

Johnson abrió su maletín y sacó una de sus carpetas.

—Se ha expedido un pasaporte de los Estados Unidos de América, a nombre de Rudolf L. Parker... Tenemos entendido que era el apellido de su madre. Comprobará que su fecha de nacimiento continúa siendo la misma, pero en vez de haber venido al mundo en Praga ahora ha nacido aquí, en Nueva York, en la casa de la calle Anderson donde en la actualidad mantiene su residencia, y John y Mary Parker serán los nombres de sus padres. Sólo debe firmarlo, lógicamente usando su nuevo nombre. Antes de abandonar la sinagoga nuestro secretario se encargará de tomarle una fotografía, indispensable para el documento. Esa L. —explicó enfática y detalladamente el rabino de astuta voz—, en ningún caso deberá tomarla como la inicial de su apellido Lorre, puede usted, aquí y ahora, adoptar un nombre para esa inicial...

—Ese importante documento —dijo Thaddeus tras ajustarse la kipá—, le convierte en no-judío a ojos de las autoridades alemanas. Puede, si quiere, usar mi apellido Lewis, John Lewis es muy común, no debe temer por eso, hijo...

—Sólo tiene que mirarse a un espejo: al igual que su madre, es usted rubio y posee piel blanca y ojos claros, su aspecto no es judío, cualquier alemán estará tan seguro de eso como yo mismo —dijo sacudiendo su papada Allan Cohen.

—No soy el único judío rubio... El rabino Jacobson es bermejo. Ignoro cuál sería el color de los ojos del Rey David.

—Pero tanto el rabino Jacobson como el Rey David nacieron de madre judía, doctor. Y a su vez sus madres *judías* fueron hijas de madres *judías*... —insistió Allan Cohen.

—Esto no es necesario, Allan —sentenció Zacharias Newman—, otro es el asunto que tratamos.

—Su abuela materna no era judía...

—Rabino Cohen —intervino finalmente Jacobson—, si un olivo tiene en el campo una especial fama, tal como el olivo que destila mucho aceite en su estación, y es olvidado, no entra en la categoría de lo olvidado.

Mantuvo silencio el iracundo y acaudalado rabino de West Side, sabedor de que nada podría discutir sobre leyes judías con un experto como el exégeta Jacobson.

—Sin embargo, se olvidan ustedes de que trabajo en el Hospital Mount Sinai...

—Esa inconveniencia está arreglada, doctor.

Johnson volvió a rebuscar y mostró, cual si se tratara de un trofeo propio, otra de sus carpetas.

—Usted forma parte del equipo de investigación médica del hospital Lenox Hill...

—¡Hospital Lenox Hill! —exclamó Rudolf con auténtica sorpresa.

—Le hemos provisto, a todos los efectos, de un contrato con ese hospital, con una antigüedad de cuatro años, firmado *antes de perecer* por su director, nuestro recordado amigo William H. Stewart.

Mientras el presidente David Ziegelheim lo decía, Johnson se apresuraba a entregar a Rudolf el documento del que hablaban.

—Evidentemente, también deberá firmarlo a nombre de Rudolf L. Parker... Por duplicado, una de las copias quedará inmersa en los archivos laborales del Lenox Hill.

—Bueno, he de confesar que... ¡Uf...! El Lenox Hill es un gran hospital, su servicio de cardiología es uno de los más avanzados...

—Uno de sus especialistas le acompañará en el viaje a Europa, doctor... Podrá avalarle si surge algún inconveniente respecto a ese hospital.

En ningún momento el calor del candelabro religioso logró elevar un cuarto de grado la fría eficacia de los rabinos. Intentaban ser amables, pero acaso no podían. Si realmente los cimientos de Israel se encontraban allí, edificados sobre la piedra de aquel sanedrín, ¿qué le pedían a él? ¿Acaso un trabajo digno de Sansón, robar en Alemania las puertas del Reichstag, echárselas al hombro y regresar al templo, o más bien el trabajo serpentiforme de Dalila cortando las guedejas al Führer como es posible que exigieran a su madre?

—Creemos que es usted consciente de la peligrosidad de este asunto —afirmó el rabino Ziegelheim con tono muy grave.

—Sí, lo soy.

—Sería conveniente que tuviera a punto esa máquina en la que el Nobel alemán está interesado... —consideró Johnson mientras parpadeaba y sonreía.

—Sí... Eso no es ningún problema. La hemos probado.

—Así lo creo yo... —certificó expectante Thaddeus Lewis—. Si el doctor Lorre es capaz de mantener ante esos nazis su pensamiento lleno de hemoglobina, todo irá bien.

—¿La ha probado con éxito? Tenemos entendido que sus dos... pacientes... murieron. Responda, doctor Lorre...

—La máquina de circulación extracorpórea funciona correctamente, y así será la que entregue al doctor Adolf Butenandt. Los macacos, rabino Cohen, murieron a consecuencia de una infección postoperatoria.

Las semanas venideras no fueron tan intensas en cuanto al trabajo y sus pormenores, pero no dejaron de serlo en su particular horizonte de sucesos. Se obligó Rudolf a leer algún libro en alemán, a estudiar un dossier sobre el Lenox Hill, a exponer con claridad cada uno de los elementos de su máquina vital, y sus funciones. Apenas pasaba unas horas al día en el Mount Sinai, y según se acercaban las fechas la ansiedad de esperar órdenes y recibir sus documentos, no en vano aún debía entrevistarse con Jacobson, le mantenían en un duermevela espeso que el recién casado Samuel Lebowitz no contribuyó a despejar.

—Deberías haber visto Florida, Rudi... Allí el único hielo que ves está dentro de tu cóctel.

Rudolf asentía repetidamente a cuanta anécdota maravillosa relataba su colega.

—Rebeca se pasó una hora al teléfono contándole a Ida Zimmermann...

—¿Ida? ¿Qué sabes de ella?

Era el momento esperado. Sam se estiró la pajarita y señaló la bruma sobre Central Park.

—Bueno, Rudi... Ida tiene una cabaña en Buffalo, no es la primera vez que va por allí...

—¿Es que no se encuentra en Nueva York?

—No... En su cabaña de Buffalo. Es una mujer independiente, una artista... ya eso lo sabías, amigo mío. Imagino que cogería su precioso auto y...

Sam Lebowitz se giró y le miró a los ojos.

—Rudi, somos amigos, ¿verdad? Buenos amigos: nos conocemos hace años, estudiamos juntos, tú has sido padrino y testigo en mi boda...

—Claro, Sam... ¿Tienes algo que decirme?

—Creo que Ida no ha ido sola a esa cabaña, Rudi.

—¿Qué puede importar eso?

—Eso pregunté a Rebeca... ¿Qué importa? No entiendo, me confesó, cómo Ida puede haberse ido con ese hambriento y seductor profesional lleno de ideas exaltadas por todo patrimonio... Jude Gutenberg...

—¿Gutenberg?

—Sólo quería descargar ese peso de encima.

—Gracias, Sam...

Dispuesto a animarle, el director de investigación y trasplante dio una palmada digna de un domador de osos, y no ocultó el brillo del éxito a través de sus gafas.

—Cuando regreses de la *Comisión Butenandt* tendrás cuatro bonitos rhesus esperándote en el bioterio, Rudi.

Volvió a dar una palmada y casi bailó él mismo en lugar del oso.

—Ya he hablado con esos tipos de Oregón, y el Mount Sinai aprueba la partida presupuestaria. Quiero que dejes a esos nazis encandilados con la máquina, Rudi. Será nuestra primera batalla en campo enemigo.

Sin duda, Sam conocía, al menos en parte, el propósito científico del trasatlántico viaje, pero Rudolf no dudó en aplicar la fórmula que le aconsejara a susurros el rabino Jacobson en su primera entrevista: *Kadavergehorsam*, o lo que venía a ser su traducción: mantener la misma discreción que un cadáver.

—Estoy seguro, Sam. Pero no resultará tan fácil: Butenandt es un extraordinario médico...

—Ajá, pero es Nobel de Química. Tal vez persiga el de Medicina. No le dejaremos, ¿verdad, Sam? Es lo que hubiese hecho nuestro Walter Sheaffer.

Sí, tal vez así se hubiera conducido el recordado sabio que amaba a las

ardillas. Pero Rudolf Lorre sentía que cada miembro de su cuerpo estaba suspendido de un hilo guiado por una mano poderosa, mano que, según se sucedían los días de marzo de 1941, con mayor agilidad movía sus dedos.

Así sucedió al anocheecer del miércoles 20 de marzo. Se hallaba Rudolf en su casa de la calle Anderson, en el piso de arriba entregado a su preparación para el inminente viaje transoceánico, especulando con cuantas situaciones pudieran acaecerle en la bélica Alemania. La idea de encontrar a su madre dejaba de ser una línea continua y adquiría volumen y facciones poliédricas. Por un lado, hallarla y sacarla de Europa ocupaba todo el escenario de su pensamiento, y nada había más grande que ella; por otro lado, notaba cómo su rostro se disolvía, al igual que la espuma del *Metsovo*, cuantas veces la evocaba: una voz fatalista dictaba lo contrario al impulso natural. Tampoco olvidaba la posibilidad única de conocer a eminentes doctores alemanes y presentar ante ellos sus avances, ni, por supuesto, su delicada contribución a la Causa Judía. ¿Qué más podía esperar nadie de un presente tambaleante y un futuro desdibujado? Sin embargo, todavía no era noche cerrada cuando alguien llamó a la puerta del Gabinete Freudian.

Rudolf se asomó por la ventana, discretamente, como el niño que quince años atrás observaba a hurtadillas las visitas ansiosas por despellejar sueños ante su madre.

—El hombre del bombín...

Desde luego, visto desde arriba era ese bombín lo más destacado de Theodore Hardeen Houdini.

—Señor Hardeen...

Allí delante tenía al optimista tranquilo, el hombre que se destocaba y saludaba con sus teatrales maneras.

—Doctor Lorre... Debe de ser mi día de suerte, en lo que va de año he pasado cuatro veces por esta puerta, he llamado otras tantas, y esta tarde, paseando por azar, apenas la golpeo y usted la abre.

—Señor Houdini, no sabe cuánto me alegra volver a verle, haga el favor...

El mago entró en el gabinete con fascinación similar a la que hubiese sentido de entrar en un templo divino.

—Esto es maravilloso, doctor...

Hardeen, bastón en una mano, bombín en la otra, se giró lentamente, posando sus penetrantes ojos verde oscuro en cada detalle del gabinete que Georginas Sarah Parker abrió hacía dos décadas.

—Percibo un runrún en esta atmósfera, el aire es denso como ectoplasma, pero en vez de fantasmas aquí uno se siente impregnado hasta empaparse de sueños. Supongo que en esta sala oía su madre a los clientes y les desvelaba lo soñado.

El hombre ocupó el mismo sillón que su hermano Harry, y todavía embelesado no cesó de bufar su asombro mirando la estantería rebosante de libros esotéricos, diversos, raros, enigmáticos objetos susceptibles de aparecer en los sueños por extravagantes que fueran, velas serpiformes, barajas adivinatorias y decenas de fotografías sepias, carteles de rancio color, recortes, anuncios, enmarcados, repartidos por las paredes, y en un rincón el viejo gramófono todavía reflejando en su trompeta de madera noble la luz del gabinete.

—Hace varios años que no se abre. Mi madre solía pasar aquí algunas tardes...

—Yo me pasaría días enteros con sus noches, doctor Lorre... Es increíble que en Nueva York se halle este cofre cuyo tesoro excede en mucho a la comprensión de los gentiles.

—Según mi madre es el mejor lugar de América para descomponer los sueños.

—Descomponer los sueños —repitió con asombro—. Se debe necesitar la pericia de un relojero. ¿Usted nunca interpretó un sueño?



—No... Nada de eso. Más bien interpreto corazones, señor Hardeen, soy cardiólogo... Por cierto, algo sí encontré que pueda interesarle.

Rudolf le invitó a pasar al auténtico sancta sanctorum. Descorrió una muy tupida cortina e invitó al entusiasmado escapista. Mientras rebuscaba en un gran carpeta repleta de carteles y anuncios Theodore Hardeen examinó el diván soñador, donde una vez estuvo tumbado su hermano, cual si examinara la caja secreta de otro mago.

—Fascinante...

No menos maravilloso le pareció el gran cartel que Rudolf le mostraba. Era precioso, mayormente rojo, muy efectista a los ojos, como cabecera HOUDINI, en letras mayúsculas, bajo el nombre del sorprendente artista un retrato del propio Harry encadenado de pies y manos sonriendo al espectador, y a ambos lado del mago una muestra de ocho distintas formas de esposar muñecas a las que sonriendo retaba. De por sí esa pieza era verdadera reliquia para alguien dispuesto a dar su vida por la magia, como el hombre del bombín, pero, además, ese cartel estaba autografiado por su hermano.

—¿Puedo tocarlo? Por favor...

Pocas veces Ferencz Dezso Weisz soportó tanta emoción como cuando sostuvo aquel cartel y pasó los dedos por el autógrafo, casi acariciándolo.

—Su hermano Harry era un gran mago. Una vez le vi liberándose de una camisa de fuerza, colgado de un gancho.

—Sí... era el mejor. Pero no el único. Ahí tiene al canciller Adolf Hitler, también tiene abrochada una camisa de fuerza, y una envidiable puesta en escena, veremos lo buen escapista que es...

Se expresaba en tono suave, sin dar importancia a palabras que sí la tenían mientras admiraba la firma de Harry.

—Hablaré con mi madre... Ella es la propietaria de todo esto. No creo que haya inconveniente para colgar este cartel en su Sindicato de la Magia.

—¿Irá a buscarla?

El mago se sentó en la butaca, aprovechando para acariciar el suavísimo esmalte de la mesa oui-ja de Georginas, que tanta atracción causara también a Harry.

—Sí...

Contundente y precipitada afirmación que no pareció asombrar al mago.

—Usted no tiene facciones judías... Aún así correrá un gran riesgo si es descubierta su identidad.

—Soy consciente de ello.

—Si dispone de tiempo suficiente tal vez podría entrevistarse con Ignatus Timothy.

—Encontrar a ese hombre es la antesala de buscar a mi madre.

—Exacto. Incluso en tiempos de guerra, como son estos, la magia permanece, ajena al gran público, pero me consta que en los alrededores de Berlín se realizan sesiones a las que únicamente acuden invitados. Intente asistir a una: puede toparse con Ignatus. Seguramente entre las personas que conozca encuentre una interesada en estos espectáculos, con su inteligencia no le será difícil enrolarse.

Rudolf le oía con total atención. No era un simple mago en sus últimos años, que con esmoquin estrecho todavía hacía desaparecer objetos o adivinaba cosas de la gente, allí había alguien más, no sólo un brillante ilusionista sino un hombre lleno de sabiduría y recelo.

—A los nazis les gusta la gente como su madre... Da absolutamente el perfil de la mujer aria. No creo que deba temer por ella en ese sentido. Es a nosotros, a los judíos, a quienes no nos gustan las palomas que han sido detectadas.

—¿Podría usted explicarme?

Hardeen sacó su pitillera, prendió un cigarrillo y expulsó el humo con suma tranquilidad, formando enormes y volubles aros a los que costaba flotar.

—Se lo dije al entrar: esta atmósfera es al tacto como ectoplasma. Observe cuánto tarda el humo en disiparse.

Todavía lanzó varias rosquillas.

—Querido doctor Lorre, su cometido es noble, muy noble. ¿Acaso no lo era el de su madre? ¿Porqué regresó a Europa? ¿Cree que solamente fue a por esa propiedad? Mi respuesta es: dúdelo. No tiene por qué darme detalles de su viaje, doctor, no los necesito, ya soy hombre mayor y he visto muchas cosas. También mi hermano y yo pasamos por situaciones parecidas. Cuando nos llama el Comité, nosotros acudimos. Los judíos somos hombres del caos.

—Me deja usted intranquilo.

—No es mi propósito, sólo soy un viejo artista a punto de retirarse a su museo de la ilusión. Se lo dije una vez, y voy a repetírselo: no se fíe de nadie, especialmente de quien tenga más cerca. Muy poco puedo decirle excepto que tenga mucha suerte. Ojalá encuentre a su madre. Y por supuesto —Theodore Hardeen le estrechó la mano y le miró directamente a los ojos—, espero que regrese. Ah, no olvidaré ese cartel.

—Señor Hardeen... No sé qué decirle. Ha sido muy grata su visita. Cuente con ese cartel, le aseguro que volveremos a vernos.

Se puso su abrigo, tomó el bastón de plateada empuñadura y se ajustó el bombín. Era un hombre afable, de rasgos suaves y firmes a un tiempo.

—¿Y la chica que tiene la nuca llena de ases de corazones?

Rudolf separó la mirada y la estrelló contra la calle Anderson.

## 2El Jardín de Golem

### Capítulo Primero

A las siete de la mañana del sábado 29 de marzo partieron tres grandiosos autos, negros, brillantes, uno tras otro dirección a Baltimore. Hacía bastante frío, y Nueva York estrenaba los primeros días de primavera sumida en un hongo de niebla prácticamente impenetrable a la vista a diez kilómetros de distancia. Dos de esos autos trasladaban a los doctores elegidos para la *Comisión Butenandt*, el tercero portaba los equipajes de los viajeros y la máquina de circulación extracorpórea con destino al Premio Nobel alemán. Haciendo uso de su nueva identidad, Rudolf L. Parker, iba acompañado del investigador del Hospital Lenox Hill Leonard Kruger, diez años mayor y cardiólogo como él, tipo afable, bastante hablador, que mostraba su ilusión sin cortapisas por iniciar un viaje trasatlántico, ayudante de William H. Stewart, médico precursor de la angiografía, y todavía una de las máximas autoridades en esa materia.

—Tiene gracia, doctor Parker... Usted ayudaba a Walter Sheaffer, y yo a William Stewart... De haber estado vivos seguramente a ellos hubiesen correspondido los asientos en ese hidroavión que nos trasladará a Europa. Debe ser cosa del destino.

—Estoy seguro de ello.

Rudolf le sonrió. Sus preocupaciones iban más allá de mera especulación sobre asientos y fallecidos, pero Leonard le aportaría cualquier dato que necesitara del Lenox Hill, así comprendió desde el primer momento que más conveniente sería mostrar recíproca amabilidad.

—He leído cuanto he podido sobre Alemania —confesó exultante el médico—. No crea todo lo que escriben los periódicos: exageran; le aseguro, doctor Parker, que a pesar de la guerra esos nazis han construido las mejores autopistas de Europa, y cuentan con buenas clínicas, les gusta investigar...

—Están bien organizados.

—Sí, sí... —asintió Leonard Kruger—, los avances germanos en tecnología médica son sorprendentes, estoy seguro de que refrescaremos nuestras ideas...

—También podemos sorprenderles... Usted mismo dará una conferencia sobre angiografía a eminentes doctores.

Trescientos kilómetros separan las abruptas bahías de Baltimore de la capital neoyorquina. Los tres autos, hilados en un convoy diminuto y elegante, atravesaron Nueva Jersey y rodearon Filadelfia; finalmente, a poco de cruzar al estado de Maryland, y antes de llegar a la herradura de Baltimore City, giraron a la izquierda para adentrarse en la desfigurada y pequeña península de Essex, en cuya punta se ubica Diffendahl, término que acoge *Airport Beach* orillas de su tranquila ría, donde flotando esperaba el señor de los aires.

—¡Caramba!

Todavía no se habían detenido los autos, pero ya el impresionante aparato podía contemplarse, aristócrata, señorial, ingrávito en el agua, amarrado a puerto esperando sus selectos pasajeros.

—¿Usted, doctor Parker, ha subido alguna vez a estos aparatos?

—No...

Tampoco le faltó verdadero asombro a Rudolf ante la contemplación del gigantesco hidroavión que debía trasladarlos sobre el Atlántico hasta Lisboa.

—Dicen que este cacharro cuesta un millón de dólares...

Al médico del Lenox sólo le faltó silbar cuando se apeó y se enfrentó al Boeing 314 de la Pan American Airways NC18603, denominado *Yankee Clipper*.

—Verdaderamente extraordinario...

Tales palabras provinieron de Oswald Ford, mientras se apeaba de otro vehículo, también integrante de la comisión médica, de unos cuarenta años, algo obeso y doctor especialista del Departamento de Bioquímica de la Escuela de Medicina de Nueva York.

No menos expectación lograron disimular los demás pasajeros, todos de buena clase social, que tendrían el privilegio de viajar a Europa en el máximo ingenio volador de los Estados Unidos, auténtico hotel en las nubes, bautizado por la prensa como *The Airborne Palace*. El capitán Harold E. Gray y la azafata Madeline Cuniff, impecablemente uniformados, llenos de simpatía, daban la bienvenida a bordo, donde se accedía por un alerón inferior. Una vez trasladados los equipajes, y momentos antes de que los cuatro comisionados abordaran al Boeing, oyeron unas palabras de despedida a cargo de un representante de la Universidad Médica de Baltimore, urbe que podía contemplarse a la otra orilla.

A los treinta y seis pasajeros se les dotó de tapones de oído para amortiguar el ruido del hidroavión al despegar, y por supuesto se les invitó a abrocharse los cinturones de seguridad.

—Ahora sé lo que se siente en una mesa de quirófano —acertó a decir el sudoroso Kruger con un ostensible rictus de pavor.

—Es normal que se tenga miedo a volar, doctor Kruger, no es connatural al ser humano...

Le contestó su compañero de asiento, un personaje atildado que parecía tener la cabeza llena de silencio, pues hablaba a migajas: doctor Conrad Spencer Lloyd, amigo personal de Adolf Butenandt y anfitrión de éste en América, hombre tan pulcro en el vestir como en las maneras, atrincherado tras gafas de anchas patillas plateadas, alrededor de la cincuentena, catedrático en Farmacología y experto mundial en mecanismos del dolor y coagulación de la sangre; junto a Rudolf era Lloyd el otro médico personalmente exigido por el alemán como integrante de la comisión.

—¿Miedo a volar, dice usted, doctor Lloyd? —musitó incrédulo Leonard Kruger—. Su diagnóstico es acertado mas incompleto, créame... Tengo miedo a volar y a nadar, a los precipicios, las olas, las nubes... Soy un tratado de fobias.

El médico del Lenox Hill se agarraba con fuerza a su asiento. El *Yankee Clipper* puso en marcha sus cuatro motores, llamados *Cyclone*, casualmente como la montaña rusa de Coney Island. Con lentitud pasmosa se separó la nave del puerto. El ruido era infernal, tanto que todavía traspasaba los tapones y se instalaba directamente en la profundidad de los oídos. Al principio el enorme hidroavión se dejó llevar, casi mecer como una barcaza, hasta ocupar su posición idónea en mitad de la estrecha bahía, cual en una reluciente pista de despegue asfaltada con mercurio. Después tomó velocidad, botando en la levedad de las olas rizadas, como pelícano corriendo por el agua, las revoluciones aumentaron hasta el límite de lo soportable y el ruido se tornó atronador. Cuando parecía que todo iba a explotar, a descomponerse, a saltar por los aires o bien a hundirse, aquella gigantesca ballena blanca dotada con cuarenta y seis metros de alas voladizas, el *Moby Dick* etéreo, empinó poco a poco su morro de pato, se desprendió de la espuma y la efervescencia y aún lastimosamente logró por fin abandonar un elemento para sumergirse en otro, levantando todo el fuselaje, arrebatando a la gravedad sus treinta y ocho toneladas brutas, pasando con maciza elegancia del agua al aire. Todos los pasajeros sintieron una extraña sensación mezcla de alivio y desconcierto. El Boeing continuaba ascendiendo, mas lentamente, y a través de generosas ventanillas podía contemplarse a un lado la ciudad de Baltimore y algunos pueblos, al otro un peine de bahías recortadas sobre el océano y la gran lágrima que semeja Delaware desde la altura.

Quince minutos después se dio la oportunidad a los pasajeros de desabrochar

sus cinturones, opción que fue recibida con evidente agrado por la mayoría, pues libres de ataduras pudieron despegar espaldas y traseros de sus confortables asientos y aventurarse al corredor de veinte metros de largo y ancho pasillo, una Quinta Avenida entre nubes, saludando a conocidos con la misma disposición que si casualmente se tropezasen en un acto social. Al cabo de un rato, amables azafatas repartían bandejas con el menú servido en cuencos de plata.

—Dicen que el *Yankee Clipper* tiene un chef de cuatro estrellas...

Kruger devoraba un muslo de pollo, con la otra mano mojaba un panecillo en salsa y además era capaz de alabar las excelencias del cocinero.

—He de reconocer —admitió el bioquímico Oswald—, que está realmente bueno. Mirad los comensales: parecen la clientela de un selecto restaurante neoyorquino.

Kruger y Oswald asentían al unísono las delicias gastronómicas al tiempo que señalaban uno al otro aquel cabo, aquella costa, isla o nube rara, antes de sobrevolar, una vez alcanzara el hidroavión su altitud óptima, el imponente océano Atlántico.

—Voy a tomar el café en el bar. ¿Me acompaña usted, doctor Parker?

Rudolf se levantó y accedió a la inesperada invitación de Lloyd.

En una mesita, junto a una ventanilla del corredor inferior, sirvieron café a ambos doctores. El hombre imperturbable tomó dos sorbos, apretó los labios y degustó la infusión con muestras de agrado.

—El café alemán es peor...

—¿Ha estado usted en Alemania?

—Hace cinco años. Invitado por Butenandt. ¿Y usted?

¿Qué decir? Tal vez una simple palabra, la más breve afirmación o negación comprometedoras podrían tirar de su sábana blanca y exhibir sus verdaderos propósitos. El éxito sobre el paradero de su madre, incluso su propia seguridad, se antojaba tan delicado que necesario era sopesar tanto las respuestas como la ausencia de éstas.

—Hablo alemán...

No era responder a la pregunta, no obstante sirvió para que Conrad S. Lloyd, principal responsable de la *Comisión*, terminara su café y apuntara su conversación hacia temas más técnicos.

—He oído hablar de esas máquinas de circulación extracorpórea, creo que en Filadelfia hace años que Gibbon viene investigando...

—Sólo en América deben de haber quince grandes hospitales trabajando en ellas.

—Parece que la suya ha dado resultado.

—Bueno... —Rudolf apuró su café y sin señal de vanagloria se encogió de hombros, casi disculpándose del éxito—. Sí, la hemos probado algunas veces... con monos rhesus.

A conciencia se olvidó de la intervención con la pequeña Daisy Buchanan

—La hemos ido perfeccionando...

—Ya sabe usted que Adolf Butenandt se interesó personalmente por ese ingenio.

—Sí, y es un honor. Es probable que su equipo esté trabajando en aparatos similares.

—Oh, puede darlo por seguro, doctor Parker... Los médicos alemanes tienen todos los rhesus que desean. ¿Cómo es que habla alemán?

—Tuve la suerte de asistir al colegio de la 86th. Allí tuve un tutor alemán, me hizo traducir dos veces el *Werther*.

—Entiendo... Creo que le gustará Europa, doctor. A todos los americanos nos gusta, de alguna atávica manera sentimos que volvemos a casa.

Lloyd hablaba despacio. Parecía hombre prevenido, a quien difícilmente se consigue sorprender aun en el transcurso de una vida. El Boeing 314 dio un bote que hizo tambalear a otros pasajeros e incluso angustiar a alguna dama, pero él médico del Rockefeller continuó impassible, como si todos sus años los hubiese pasado volando alrededor del mundo.

—Un simple agujero en una nube. Y no será el último —aseguró—. Todavía no hemos alcanzado los trece mil pies de altura.

Tenía razón Conrad S. Lloyd. El *Yankee Clipper* continuaba su ascensión, cierto que con más suavidad, y una vez alcanzada la altitud precisa inició un largo giro a la izquierda y se mantuvo a flotante velocidad de crucero: las cuatro hélices sólo emitían un runrún durmiente, zumbidos que invitaban a la ensoñación.

—Tengo entendido —dijo Rudolf—, que a las seis de la mañana llegaremos a las Azores; afirman que tardarán una hora en repostar. Si todo va bien, a mediodía amerizaremos en aguas portuguesas, en Lisboa.

—Y allí tomaremos un avión alemán que nos llevará directamente a Berlín —concluyó su acompañante mientras se levantaba—. Espero que le guste la comida alemana, posiblemente mañana cenemos en un restaurante de esa avenida con tilos que cruza la ciudad.

Rudolf le miró. El hombre de hablar pulverizado le devolvió la mirada por encima de sus gafas.

—Carne de cerdo. Y ostras. Al profesor Butenandt le encantan.

Parte de la tarde continuó a solas en la cafetería aérea. Tomando una tacita tras otra, cual si estuviera en el *Metsovoa* trescientos metros de los macacos, con sus habituales preocupaciones. El horizonte oceánico se recorría por la ventanilla de una manera afantasmada. El azul de mar se tornaba gris y afilado como aristas de una cordillera fresca, después blanco con miles de crestas nevadas, el cielo aparecía deforme, inquieto, cambiante y algo tenebroso según el *Palacio Volante* recorría millas náuticas a oriente.

—Carne de cerdo y ostras...

Apenas lo musitó, mas fue suficiente para empañar el cristal de la ventanilla donde comenzó a escribir la inicial de Ida.

—¡Parker, deberías probar el champán que sirven en este cacharro! No lo he bebido mejor en Manhattan.

Leonard Kruger ocupó el asiento de Lloyd y plantó dos copas en la mesita.

—Ya he brindado con nuestros colegas... Sólo me falta celebrarlo contigo... ¡Feliz estancia en Europa, doctor Parker!

Realmente el cardiólogo del Lenox se sentía como un explorador de época atravesando tierras ignotas.

—¡Vaya! —exclamó—. Me dejé los cigarrillos arriba. ¡Qué mala suerte! ¿No tendrás...?

Rudolf L. Parker oyó, tres horas después de estar volando sobre el Atlántico, y todavía a ocho mil kilómetros de su destino, que alguien había pulsado el primer timbre de alerta.

—Voy a ver...

Atendiendo inconscientemente a ese timbre, buscó en el interior de su chaqueta y sacó la pitillera de alpaca con la doble inicial HH grabada. ¿No era la que Hardeen Houdini olvidó la pasada semana en el gabinete freudiano de la calle Anderson, cuando fue a visitarle? Así ocurrió. Después de haber salido el mago, él despegó su mirada adherida al muro y retornó a su vivienda del piso superior, mas no fue hasta el día siguiente cuando encontró la pitillera que ahora abría para que Leonard Kruger tomara su cigarrillo. Él también prendió uno, expulsando el humo sin tragarlo, tal como Hardeen y su hermano Harry hacían.

—¿Puedo hacerte una confidencia, Parker?

Antes de confesar pidió a la azafata otra copa que apuró de un trago.

—No me gusta ese engreído, se cree tan Nobel como el alemán... Ojalá esta comisión acabe pronto.

—Si te refieres al doctor Lloyd, yo creo que habla muy poco.

—Exacto, Parker. ¿Tú también lo has notado? Es su silencio el que me pone nervioso. Creo —Leonard Kruger bajó la voz, y todavía se ocultó los labios con la mano—, creo que es amigo de los alemanes. Ya sabes...

Muchos pasajeros no se percataron de la noche hasta que la oscuridad más absoluta tintó en redondo el horizonte. Cuando se encendieron luces amarillas encima de cada asiento se formó un singular alboroto de millonarios en campaña, no exento de elegancia y seda, pues sus mullidos asientos, a seiscientos setenta dólares el viaje de ida, se transformaron en no menos confortables camas, donde aquella élite se acomodó cual en un camarote colectivo de trasatlántico. Se percibía una vibración, un rumor más sordo que el del propio aparato, parecido al de la cola de espectadores que van a presenciar el estreno de un filme sorprendente, una emotiva sensación, más intrépida que angustiosa, eléctrica, aventurera, emanada de los que se disponían a soñar a trece mil pies de altura.

El bioquímico Oswald Ford dejó caer la cabeza en la ventanilla y concilió el sueño contemplando diminutas estrellas; Leonard Kruger, tras cinco copas de champán, quedó dormido al instante, prueba de ello fue su ronquido. Conrad S. Lloyd prefirió leer al amparo de la lucecilla, aunque tampoco cesaba de ajustarse las gafas y pellizcarse la base de la nariz.

Rudolf Parker permanecía despierto, a solas en la cafetería, con el pensamiento lleno de interferencias, donde se mezclaban personajes inconexos en una suerte de teatro, algunos rabinos de Nueva York, magos, doctores, diferentes cometidos y notorias dudas. Abrió la pitillera HH y sacó un cigarrillo.

—No debo fiarme de nadie.

Intentó en vano formar una rosquilla como hacía Hardeen Houdini, no obstante, tuvo ocasión de notar cuánto tardaba el humo en disiparse, como en el gabinete de su madre.

—A los judíos no les gustan los mensajeros que han sido detectados.

Tales palabras rememoró mientras sumergía la mano por debajo de su chaqueta y palpaba el lingote de oro cabalístico, el cuaderno de números extraordinarios que le entregó Jacobson.

—Es como tener una bomba encima.

Ensimismado, al albur de los ruidosos pensamientos, se acurrucaba, reflexionando, observando el reflejo de su rostro en la ventanilla cuando el Boeing 314 dio un brusco vaivén.

—No debe alterarse, doctor Parker.

Rudolf miró, no sin sorpresa, cuando tuvo delante al sigiloso doctor del Rockefeller.

—Podrá observar que la oscuridad es tan espesa ahí fuera como debe serlo en el fondo del océano.

—¿No puede usted dormir, doctor Lloyd?

—Me resultaría imposible conciliar el sueño aunque su colega Kruger dejara de roncar; está sumido en su propia nube de anestesia.

—Sólo tiene miedo... Ya nos lo dijo.

—¿Usted no duerme?

—Bueno, me siento extraño en este aparato, usted mismo dijo que volar no es connatural al hombre, sin embargo, espero dar una cabezada antes de amerizar en las Azores.

—¿Y no tiene miedo?

—Tengo entendido que el capitán Harold Gray es un excelente piloto. Y el *Yankee* parece seguro.

—Ya comprobará cómo son los aviones alemanes.

—Sí. Está dentro de los planes.

—Tienen tecnología para volar desde Berlín a Nueva York, despegando y aterrizando en firme.

—¿Qué piensa usted de la situación, doctor Lloyd?



—¿Se refiere a la contienda? ¿A todo eso que ocurre en Europa?

El doctor catedrático se ajustó una vez más las gafas. Y todavía sopesó las escasas palabras de su respuesta.

—Me interesa el progreso.

De nuevo el Boeing 314 experimentó una sacudida. Por instantes pareció precipitarse, produciendo similar vértigo y chirrido al de las vagonetas rusas de Coney Island.

—Simples acantilados gaseosos...

Rudolf asintió.

—Pues parecen profundos —dijo.

—Todos han bebido tanto que hasta las nubes deben estar ebrias —afirmó Lloyd—. ¿Qué espera encontrar en Alemania, doctor Parker?

Ahora fue él quien sopesó sus palabras. Prendió otro cigarrillo y miró la punta incandescente como si de allí extrajera sus impresiones.

—Espero conocer a grandes doctores en el Wilhem Kaiser. Aparte de exponer a nuestros colegas la máquina de circulación extracorpórea, aprovecharé para conocer algo más de ese país. Berlín debe ser una ciudad fastuosa.

—Imperial.

El catedrático de farmacología tomó la pitillera de alpaca y la levantó a la vista.

—Si Adolf Butenandt ha tenido interés en usted... no dude en aprovecharlo. Seguramente le mostrará sus instalaciones, hombre escrupuloso pero buen anfitrión.

Es una ventaja comprender alemán, eso le acercará más... Aunque es conveniente no olvidar que muchos alemanes entienden inglés, ya he instruido a sus compañeros sobre el deber patriótico del silencio, nuestro comportamiento ha de ser caballeroso pero distante, atento pero discreto.

Lloyd otorgó largos segundos del silencio referido mientras curioseaba, como si se tratase de una rara joya, la pitillera de alpaca.

—Bonito objeto... Hache, hache...

Rudolf se la quitó con suavidad.

—Me la regaló un amigo.

—Hache, hache... —repitió Lloyd—. Tenga en cuenta, doctor Parker, que tal vez debamos deshacernos de ciertos principios.

Conrad S. Lloyd se levantó y saludó con una leve inclinación.

—Le aconsejo que duerma un poco, llegaremos en cuatro horas. Buenas noches.

Dicho esto se alejó, sumergido en un globo de penumbra, ascendiendo hasta desaparecer por la escalera de caracol que unía los dos niveles del Boeing.

En efecto, a las seis de la mañana, bajo una luz hiriente a los ojos, con los amodorrados pasajeros de nuevo abrochados a sus asientos, amaró el *Airborne Palace*, dando panzadas y levantando enormes paredes de espuma, en la bahía de Angra do Heroísmo, isla capital de las Azores. Sirvieron el opulento desayuno, pero a nadie se permitió la salida durante esa hora que el aparato necesitó para saciar su sed de fuel.

—Cinco mil kilómetros más lejos de casa... —dijo Oswald bostezando—. Eh, Leonard, ¿no quieres ver tierra europea? Ahí la tienes...

Leonard Kruger se estremeció en su asiento, todavía arropado con una manta de viaje y preso de las secuelas del champán aéreo.

—¿Ya estamos en Alemania?

El encendido de los cuatro motores fue respuesta más que contundente para el médico del Lenox. Su colega le puso en la mano dos tapones para los oídos.

—Todavía nos quedan unas horas. Será mejor que continúes durmiendo.

Cuando de nuevo el gran pelícano retomó el vuelo y alcanzó su altura de crucero, la clase pasajera retornó a su vez a la cháchara cosmopolita y la

contemplación casi mística a través de los amplios miradores del azul oceánico y de cualquier otra cosa susceptible de ser nombrada, señalada, fotografiada, fueran islas, barcos, simples pájaros marinos. Olas de luz entraban por mil sitios distintos, convirtiendo al *Yankee Clipper* en una linterna mágica; las azafatas se empleaban en atender a la caprichosa clientela y el hidroavión atravesaba idealmente las nubes con un zumbido no mayor al de una abeja. Fueron las únicas horas que consiguió dormir Rudolf Parker hasta llegado el momento que sirvieron un *Lunch Manhattan*.

—Será mejor que lo pruebes, Parker...

Leonard Kruger engullía bollitos rellenos de paté y delicias de huevo y bacón mientras a grandes tragos tomaba café con leche.

—Hace años que no dormía tan bien. Eso sí, amigo: reconozco que al bajar de la cama sentí alguna desconfianza, después de todo esto no es el suelo ni yo soy un ángel.

Rudolf miró el reloj y meneó la cabeza para espantar el cansancio.

—Señores... amaremos dentro de una hora y diez minutos —precisó Conrad S. Lloyd, aparecido de repente, absolutamente impecable y pulcro, vistiendo un traje limpio que bien parecía su uniforme de gala, adornado con una argéntea serpiente de Asclepio y la insignia de la Rockefeller, dorada y bien visible, repartidas entre las solapas.

—Les aconsejo que se preparen. Debemos dar la mejor impresión a nuestros anfitriones.

Leonard cesó de engullir panecillos y se limpió las manos.

—No debemos olvidar —aconsejó alzando el índice— que representamos a nuestra nación, los Estados Unidos de América.

Tan silenciosamente como hizo aparición se alejó el carismático doctor. Rudolf se sirvió una taza.

—Cada vez que levanta su dedo —dijo Kruger— siento el índice de Lincoln apuntándome directamente desde esos carteles que cubren las tapias de Nueva York.

—Está tan nervioso como nosotros.

Una vez refrescados en los holgados vestuarios de a bordo, se sentaron convenientemente, abrochados los cinturones y dispuestos a descender con la suavidad de un albatros hasta la bahía lisboeta, frente a la Torre de Belém. Tanta fue la expectación entre los pasajeros por contemplar la ciudad lusa desde el aire, verdadera Europa continental, como al gentío arremolinado en torno al lugar donde el enorme Boeing debería posar su panza.

Resultó un suavísimo amaraje, en calma pleamar. Una vez flotante en el agua el gigante navegó a cien metros de la Torre de Belém para delicia de múltiples cámaras fotográficas, finalmente detuvo los motores y quedó amarrado a dos boyas, a pie de un recoleto embarcadero que conducía a tierra firme. Los viajeros descendieron como verdaderas estrellas de cine, especialmente aquellas norteamericanas deslumbrantes, cada una era un sol con sus mejores galas, sombreros y extensas sonrisas, saludando con igual calor y sorpresa que la recibida a la ciudad de Lisboa. A pie de portezuela, como en el abordaje de Baltimore, el capitán Harold E. Gray y la azafata Madeline Cuniff despidieron a sus clasistas pasajeros, muchos de los cuales partirían en este mismo ingenio sólo tres días más tarde, de regreso a América.

## Capítulo Segundo

Los integrantes de la *Comisión Butenandts* salieron en último lugar, con el especialista del Rockefeller, doctor Conrad Lloyd, a la cabeza. Una vez desembarcados los bultos, y realizados los trámites aduaneros y de pasaportes, fueron recibidos por un señor de serio aspecto quien mostrando sus credenciales se dirigió a ellos en inglés, mas con evidente acento alemán.

—Trabajo para el gobierno del Tercer Reich, estoy encargado de trasladarles al aeropuerto donde les espera el avión con destino a Berlín.

De manera similar al convoy de autos brillantes donde fueron trasladados desde Nueva York hasta el *Airpot Beach* de Diffendahl, recorrieron los siete kilómetros que separan las aduanas del aeropuerto lisboeta. Principalmente llamó la atención que aún se mostrara en obras, sin concluir ni inaugurar, pues no se apreciaba tráfico aéreo y de cuatro pistas sólo una diagonal presentaba condiciones para ser usada. Sea como fuere, los doctores fueron ubicados en dos autos, y sus equipajes, incluida la máquina extracorpórea, en una furgoneta, escoltados por motoristas de la policía portuguesa prácticamente hasta las escaleras del impresionante aparato que se erguía orgulloso como el titán de las libélulas en la pista de despegue.

—¡Fantástico!

Exclamó Oswald Ford, mas pudo haber sido cualquiera de ellos. No fue para menos: se trataba de un aparato metálico, bellissimo, sin protuberancias, brillante como el mercurio, de cuatro hélices tripalas, esbelto, casi en posición de firmes sobre sus altas ruedas delanteras y mostrando, no menos orgulloso ni altivo, una ametralladora dorada cuyo cañón surgía de la góndola ventral del avión; así como sus insignias nazis: bajo las alas, en la cola, a ambos lados del fuselaje, allí estaban aquellas aspas gamadas en igual proporción hipnóticas e indiferentes. A ninguno resultó extraño el frío símbolo nacionalsocialista, pero los cuatro comisionados, en menor medida el impertérrito Lloyd, sintieron cuanto menos un estremecimiento al tener frente a ellos no una pantalla de cine, ni una fotografía ilustrando un periódico, sino los auténticos emblemas del ejército más poderoso del planeta.

—Absolutamente fascinante...

No terminaba Oswald de repetir su asombro cuando se presentaron tres hombres uniformados que dieron un sonoro taconazo y saludaron brazo en alto a los recién llegados.

—*Heil, Hitler!*

Los estadounidenses se miraron, confusos, algo atribulados.

—Soy el capitán Rolf Wenkhaus, comandante de vuelo. En cuanto estén dispuestos, y debidamente colocado sus equipajes, podremos partir rumbo a Alemania, vía Roma. Aterrizaremos en el aeropuerto de Tempelhof, Berlín, a las veintitrés en punto, hora del Reich.

El oficial no desmerecía, en absoluto, la elegancia del aparato que debería pilotar, el *Fw200 Condor*, pues era hombre alto, quien no contaba más de veinticinco años, un nibelungo de rasgos wagnerianos que vestía su impresionante uniforme de cuero negro donde no faltaban las insignias logradas en misiones.

—Es un placer saludarle, capitán Wenkhaus. Soy Conrad Spencer Lloyd, catedrático de farmacología, y director de esta comisión. Estamos a su disposición.

Poco faltó para que el doctor americano también regalara un taconazo militar e inflara el pecho mostrando él mismo sus médicas insignias.

Sin desperdiciar ni un sólo minuto del impasible paso del reloj en tiempos de guerra, fueron instalados en el avión nazi, diez metros más corto que el Boeing de la Pan Am Airways, y dos metros más bajo, pero con una capacidad para veintiséis personas a disposición de sólo cuatro viajeros, el intérprete asistente que les recogió

en Lisboa y los seis tripulantes del vuelo.

—Ya le dije a usted que el avión nazi podía sorprenderle, doctor Parker.

Las palabras de Lloyd no fueron vanas, nunca lo eran, pues en ese instante la aeronave puso a rotar sus cuatro hélices, que produjeron sonido apenas audible, casi dulce, y se desplazó por la pista con la suavidad de una pelota rodando hasta que tomó velocidad adecuada y levantó con elegancia el morro. No aquella *Moby Dick* pesada y bufona escupiendo espuma a ambos lados, sino una verdadera águila de los cielos. Al despegar, cuando las ruedas se encogieron en el vientre del aparato, comprobó Rudolf Parker cuánto había incrementado su peso el cuaderno numérico que llevaba pegado al pecho.

¡Carne de cerdo y ostras!

Conrad Lloyd aseguró que era la comida favorita de Adolf Butenandt mas, al parecer, también debió serlo para la tripulación del *Fw200*. Hacía cuatro horas que viajaban con destino a Berlín, en el espacioso aparato que volaba con la suavidad de una pluma y la precisión de una bala, según afirmó su elegante oficial de vuelo. Eran las cinco de la tarde, el sol se hacía más grande, cercano y bajo, casi a punto de estallar, y enrojecía por momentos el cielo.

El piloto y comandante de vuelo del Condor, capitán Rolf Wenkhaus, abandonó la cabina y se sentó con sus pasajeros norteamericanos, mostrando toda simpatía, a quienes saludó en inglés mientras se quitaba su largo uniforme de cuero.

—Bonitas medallas —dijo Leonard Kruger, seguramente aburrido después de llevar volando tantas silenciosas horas.

Al apuesto piloto alemán no le faltó tiempo para explicar con detalle el significado de tan vistosas insignias.

—Ésta es la Cruz de Caballero —señaló orgulloso—, y siempre se lleva colgada al cuello. A la derecha llevo las Alas de la Luftwaffe y la Cruz Alemana, a la izquierda el Distintivo de Piloto de Caza, la Cruz de Hierro en el bolsillo, y debajo el Distintivo de Piloto en Activo...

—¡Vaya —exclamó Kruger—, está bien eso de otorgar una medalla por cada cosa que uno es...!

Desde luego no había desflorado el deber patriótico del silencio, pero sus palabras sonaron, cuanto menos, a inocuas y vanas.

—En Alemania nos gusta saber quiénes somos... nos hace sentir mejores —contestó sonriente Wenkhaus—. Más aún en estos tiempos calientes. Identificarnos no nos da miedo, doctor, sino seguridad.

Oswald sacó cigarrillos que de inmediato sedujeron al alemán.

—¿Son americanos?

—Claro... Tome uno...

—Me gustaría conocer su país...

—Bueno —intervino de nuevo Kruger—, siempre tendrá usted tiempo de devolvemos la visita, capitán. Le aseguro que a nuestro país nadie lo quitará de donde está.

—¿Son ustedes de Nueva York?

—Más o menos, *Herr* Wenkhaus. Y sabe usted que todos somos doctores médicos, invitados personalmente por Adolf Butenandt... —dijo Conrad Lloyd con la idea de tomar las riendas de la conversación.

En ese momento se reunió con ellos el segundo de a bordo, Walter Gasser, un teniente espigado de enormes ojos azules y una gran mandíbula que abría en toda su dimensión cuando hablaba, reía, o sorbía el vino que acababan de servir.

—Quiero brindar por nuestro pasajeros, y desearles una feliz estancia en Alemania.

Todos alzaron el vaso con aquel vino espumoso de delicado sabor y brindaron por el éxito de la *Comisión* y por una feliz y provechosa estancia en Berlín.

—Ostras vivas, las mejores salchichas de Baviera y nuestro vino *Rottenacker Donau*, pocas cosas puede necesitar nadie para sentirse feliz, si acaso una buena película de cine...

—¿Le gusta a usted el cine? —preguntó Oswald.

—Sí... ¡Claro! Yo mismo soy actor... Pero ahora me debo al Führer y al Reich...

—¡Actor! Una especie de Gary Cooper alemán...

El capitán rió con franqueza.

—¡Gary Cooper! Ustedes tienen a Gary Cooper, pero nosotros tenemos...

El alemán habló y habló de cine con sus invitados. Todos asentían escuchando

con cuánta pasión se refería a la mayor de las artes exceptuando la militar. Rudolf Parker permanecía atento y callado, tomando ligeros sorbos del vino rojo y mirando de soslayo la fuente de ostras y las salchichas de cerdo que con apetito comían sus colegas.

—Claro que me gustan las películas norteamericanas, he visto docenas... Pero ninguna puede compararse al auténtico cine alemán. Las de Leni Riefenstahl son buen ejemplo de ello. Siempre encuentra el ángulo correcto, las cámaras le obedecen como perritos entrenados. Nuestro Führer sólo se deja grabar por ella.

—Es posible —intervino su camarada Walter Gasser— que hayan presenciado alguna grabación de Riefenstahl si han visto en pantalla al Führer.

—¿Quién no ha visto todavía a su Führer? —preguntó diplomáticamente Lloyd.

—Tal vez el doctor Parker —aseguró Wenkhaus—. Observo que no le gustan las ostras, ni las salchichas, puede que tampoco le guste el cine.

Rudolf le sonrió.

—No es así, capitán...

Tomó una ostra y la comió con agrado.

—Y... no me tengo por un aficionado de primera, pero le aseguro que sí he visto algunas películas.

Ahora cortó un pedazo de salchicha que degustó igualmente con placer. Tomó un sorbo de vino y sacó un cigarrillo.

—¿También le gusta Gary Cooper?

—Prefiero a las actrices.

—Je, je, je... Tiene razón, ese Cooper es demasiado alto, sería ideal para la *Leibstandarten*. Pero ellas, ellas son adorables... —sugirió complacido Rolf Wenkhaus.

El joven y rubio piloto rellenó los vasos y solicitó un nuevo brindis.

—¡Por las actrices de cine! Especialmente... ¡por Marlene Dietrich!

Dio uno, dos tragos breves, para volver a regalar su timbrada voz.

—Aunque *Piernas Perfectas* sólo merece que la fusilen.

Pegó un taconazo y adornó con una carcajada la siniestra gracia, que fue secundada por Gasser. Durante buen rato continuaron charlando sobre películas, actores, directores, y los grandes proyectos de futuro cinematográfico del otrora popular en las pantallas alemanas Rolf Wenkhaus, quien fue solicitado junto a su teniente Gasser desde la cabina de mando.

—Parece un buen chico... —comentó Leonard Kruger engullendo las últimas ostras.

—Usted debería comer menos y ser más cuidadoso con sus expresiones, doctor Kruger. No es ningún chico, sino un oficial del Tercer Reich.

El cardiólogo del Lenox no se inmutó a pesar de la mirada inquisitoria de Conrad Lloyd.

—Realmente es muy amable, no creo yo —dijo Oswald Ford— que se haya sentido molesto. Y no parece que odie a los estadounidenses, él mismo ha dicho cuánto le gustaría visitar nuestra nación.

Los pasajeros sintieron cómo el avión daba un suave y largo giro a la derecha.

—Estimo que llegaremos en tres horas. Debemos estar entrando en la península italiana.

Las simples palabras de Lloyd bastaron para sumir a sus acompañantes en el silencio que él tanto exigía y que muchas veces se encargaba de violar.

—¿Qué le ha parecido nuestra cena, doctor Parker?

—Las ostras... excelentes, doctor Lloyd, y las salchichas... de la mejor calidad.

Tal como precisó su actor comandante, exactamente a las veintitrés en punto *hora del Reich*, bajo fina lluvia, tomaba tierra el *Fw200 Condore* en el *Flughafen Berlin-Tempelhof*. El cansancio y el vértigo al pisar suelo no disminuyeron el asombro de los miembros de la *Comisión Butenandt*. El avión se deslizó por la pista cual si de una carretera para un auto se tratara, y se dirigió al edificio hasta meter no sólo el morro sino la totalidad del aparato, bajo una cornisa adornada con un águila de piedra, al abrigo de la meteorología.

—Este es el edificio más grande del mundo. Construido para durar más de cien años.

Las palabras del farmacólogo Lloyd sólo sirvieron para incrementar la perplejidad de los norteamericanos mientras contemplaban el impresionante aeropuerto berlinés, en forma de cuarto de circunferencia cuyos extremos están separados por un kilómetro, y protegido en su totalidad con un voladizo de cincuenta metros de ala que permite con holgura estacionar grandes aviones a la puerta de las cafeterías.

No fue únicamente el edificio lo que impactó en los doctores, pues según descendían por la escalerilla del *Condorse* vieron cegados por haces de potentes focos hacia ellos dirigidos. A pie de esa escalerilla esperaba, gabardina abrochada y sombrero, casi en posición de firmes, un joven médico.

—Doctor Lloyd, es un placer darles la bienvenida a Alemania, a usted y a sus colegas. Soy Viktor Gardner, secretario de Adolf Butenandt. Por razones familiares no le ha sido posible venir a recibirles cual hubiese sido su deseo, y me ha encomendado que lo haga yo en su nombre.

—Doctor Gardner, igualmente resulta para nosotros, en representación de los Estados Unidos de América, un placer visitar su extraordinario país... No en cambio, esperábamos ser recibidos también por personal de nuestra Embajada en Berlín.

Lloyd apenas alcanzó a decir una palabra más, molestando por los focos.

—A estas horas nocturnas no es posible el acceso a extranjeros, ni siquiera a diplomáticos. Seguramente mañana tendrán la oportunidad de saludarles. Los servicios informativos del Reich están filmando su llegada. Queremos dejar constancia de este importante acto entre los dos países.

Fue más que eso, un par de silenciosos periodistas se encargaron de fotografiar a los recién llegados, que no cesaban de sonreír y saludar, ahora incómodos, ahora cual verdaderas estrellas de la medicina.

—¿Has visto todas esas banderas, Parker?

Leonard miraba a derecha e izquierda y allí colgaban alineados docenas de largos estandartes, rojos con un círculo blanco en cuyo centro aparecía la esvástica.

—Recuerda, Kruger: Alemania es una nación en guerra. Y tampoco olvides la discreción y la elegancia que nos demanda este cometido.

—Esperaba otra cosa de un país en guerra, Parker. Mira a todos esos, parecen felices.

Más que felices se mostraban apresurados. Ocho guardias uniformados de negro corrieron como una sola araña, y formaron barrera en torno al lugar donde debía dirigirse el avión que tomaba tierra en esos momentos.

—¿Se puede saber qué ocurre, doctor Gardner?

El secretario de Butenandt habló con la persona que dirigía las filmaciones desde el asfalto: una mujer de misteriosa belleza, no muy alta, de cabello castaño y liso que le llegaba justo al nacimiento de los hombros, vestía con jersey alpino de cuello alto y una boina alemana que la dotaban de una sutil gracia, poseedora de rasgos delicados y mirada luminosa, quien prendió un cigarrillo y no dudó en responder.

—Mona Gruenewald —dijo con voz suave, en precioso inglés—, ayudante de Leni Riefenstahl. Y quiero darles las gracias por la naturalidad y simpatía que han demostrado ante las cámaras.

La joven cineasta señaló en la pista el imponente aparato que se acercaba al voladizo.

—Ése es el avión del Ministro de Propaganda, doctor Paul Joseph Goebbels.

*Fräulein* Gruenewald se apresuró a movilizar sus cámaras y focos y a ocupar el sitio idóneo para filmar la llegada de uno de los hombres más importantes del Tercer Reich. Entonces, el secretario de Butenandt aconsejó esperar unos minutos para no interferir en los servicios de seguridad montados para el recibimiento del alto cargo.

Más que esperar observaban atónitos la parafernalia nazi. Según descendía el ministro todos los que estaban presentes a pie de pista dieron un taconazo y saludaron brazo estirado, a los que respondió el gerifalte con similar actitud. Las cámaras y los focos de Mona, y los objetivos de los fotógrafos, se volcaron en el singular personaje, quien, probablemente fatigado, decidió salir de Tempelhof por el mismo acceso donde ellos esperaban, con tal sorpresa que al pasar su comitiva cerca de los americanos el mandatario se detuvo curioso y sonriente interesado por los visitantes.

—Ah... Son ustedes los doctores americanos...

Sin dudarle, Joseph Goebbels estrechó la mano a los cuatro integrantes de la comisión.

—Esperamos que se sientan confortables. Abran bien sus ojos pues verán muchas cosas, y luego cuenten en los Estados Unidos cómo es Alemania de verdad.

Goebbels les miró uno a uno, cual si llevara él mismo una cámara fotográfica en los ojos. Lloyd hinchó el pecho como hizo en Lisboa ante el capitán Wenkhaus, enseñando sus insignias médicas a un hombre poderoso que mostraba por todo ornamento nazi un brazalete con la cruz gamada. Aún apretaba el ministro la mano de Rudolf Parker, y no la soltó, al contrario: enderezó el cuerpo, levantó cuanto pudo la barbilla y sonrió cuando notó que eran filmados por las cámaras de Mona Gruenewald. Después se alejó rodeado por su guardia.

—Un hombre tan pequeño qué sombra tan larga es capaz de generar —susurró Leonard Kruger.

Aparte de la profundidad de su sombra, nada en Goebbels resultaba vulgar, ni la tortuosa redondez de su cráneo, ni sus ojos permanentemente acechantes bajo párpados generosos como telones de teatro; tampoco su boca, que parecía carecer no sólo de voz sino también de labios cuando mantenía silencio. Al alejarse se comprobaba de un vistazo su estatura, contrapuesta al arquetipo alemán que él celosamente propagaba, rasgo tan poco ario como el color de sus iris y el tono oliva de su piel, asimismo comprobaron cómo el *Reichminister* de Propaganda nazi cojeaba de su pierna derecha, defecto engrandecido por el pobre balanceo de sus brazos.

—Ahora será preferible que descansen, casi es medianoche —dijo Gardner señalándose el reloj—. Es normal que estén ustedes fatigados después de tan largo viaje. No se preocupen por sus equipajes, los servicios del aeropuerto se encargarán de trasladarlos al hotel donde han sido instalados.

Los cuatro doctores acompañaron al secretario del Premio Nobel a través de la colosal arquitectura de las galerías; a la salida les esperaban tres autos.

—Uf... —suspiró aliviado Oswald Ford—. Hasta este momento no me he sentido de verdad fuera del reino de las nubes.

Allí delante, salpicada por sus luces, estaba Berlín, soñolienta como ellos. Por inercia, o bien por temor latente, Rudolf Parker palpó su abrigo. Sí, el cuaderno de Jacobson continuaba en su poder y no entre los bultos que seguramente funcionarios de la Gestapo se encargarían de revisar, como advirtió Conrad Lloyd. Quince minutos más tarde aquellos soberbios automóviles se detenían en el centro neurálgico del mundo, allí donde se reunían los verdaderos templos de las decisiones, junto a la entrada Tiergarten, a un lado el Reichstag, al otro la cuadriga de Brandenburgo, y justo en el número uno de la gran arteria berlinesa, avenida Under den Linden, compartiendo



edificio, las embajadas importantes, el Ministerio de Propaganda de Goebbels, y la señorial puerta del Adlon, en la Pariser Platz, un hotel de tejados verdes salpicados de mansardas donde fueron acomodados en la tercera planta. Estaban citados a las nueve en punto, y la fatiga era mucha, pero Rudolf L. Parker pasó una hora con la cabeza pegada al vidrio de la ventana, los ojos vagando por la avenida de los tilos, y la cabeza anegada tanto de recuerdos como de la rara emoción que puede sentirse en mitad de un campo de batalla.

Era la madrugada del 31 de marzo de 1941. Continuaba lloviendo en Berlín.

Leonard Kruger no explicó a sus colegas qué esperaba encontrar realmente en la capital de una nación que mantenía activa no una guerra, sino dos, pero al igual que ellos no desperdició detalle durante el recorrido hasta el Instituto Kaiser Wilhelm de Antropología, Herencia Humana y Eugenesia, un grande y sobrio edificio de investigación enclavado en la ciudad científica y universitaria de Dahlem, quince kilómetros al suroeste de Berlín centro. En el hotel Adlon fueron recogidos de nuevo por el secretario Viktor Gardner y dos agentes especiales, y conducidos en tres *Mercedes-Benz* a través de la enorme ciudad plagada de esvásticas. Conrad S. Lloyd se mostraba especialmente efusivo y lucía sus mejores galas, no en vano iba a departir con personajes médicos a los que admiraba de veras, grandes científicos, algunos de los cuales ya habían coronado la cúspide del Nobel, que tanto ansiaba el propio Lloyd en lo más hondo de sus emociones. Oswald Ford y Leonard Kruger compartían otro auto, ambos expectantes como adolescentes; y en el tercer *Mercedes* iban Gardner y Parker.

—El doctor Butenandt está realmente interesado en sus proyectos, doctor Parker. ¿Cuándo piensa usted que tendrá lista la máquina?

Viktor Gardner era un tipo amable, de edad similar a Rudolf. Hablaba con tanta claridad que probablemente en su pensamiento no había lugar para metáforas ni dobles sentidos en su vocabulario.

—Quizá en una semana pueda estar lista para una demostración. Es posible que necesite un colaborador, se trata de una máquina compleja...

Viktor no disimuló su agitación.

—Si el doctor Butenandt lo aprueba, yo estaré encantado de colaborar con usted, será un gran honor. Toda la comunidad científico-médica —dijo abriendo mucho los ojos— participará en el simpósium.

Fue mucho más que eso. Un par de kilómetros antes de penetrar en el complejo Berlín-Dahlem, sede matriz de la mayoría de los Institutos, un espeso control policial detenía sistemáticamente cuanto automóvil intentaba acceder.

—Esta es una señal —advirtió Gardner—, de que acudirá el Mariscal Goering.

Superado el control, los integrantes de la *Comisión* fueron recibidos a las puertas del Instituto por el propio doctor Butenandt, escenas filmadas no siempre discretamente por las cámaras del Reich. Lloyd se apeó del auto con la flema de un jefe de estado y apretó la mano de su amigo Butenandt cual si acabara de firmar un tratado, hasta que el alemán hubo de zafarse.

—Doctor Lloyd, tengo el honor de presentarle al director del Instituto de Antropología, doctor Eugen Fischer.

—He leído su obra *Herencia Humana e Higiene Racial*, doctor Fischer, la adquirí en mi anterior viaje a Alemania...

El prestigioso antropólogo Fischer ya era hombre entrado en años, ojos hundidos y discreta barba, quien mostraba ya al primer contacto su hosca personalidad, y que poco reparó en las alabanzas recibidas por el especialista del Rockefeller y más bien fijó su interés en los acompañantes.

Fueron presentados por Lloyd con tanta hipérbole, que ningún adjetivo faltó para dar a entender que eran los máximos embajadores del mundo en sus disciplinas.

Fischer apenas apretó la mano de los norteamericanos; Butenandt, hombre sobrio, de inteligente mirada, y una cicatriz muy visible en su mejilla izquierda, saludó con mayor cortesía, en especial a Rudolf L. Parker.

—He oído hablar mucho de usted, y de sus avances...

—Yo también he oído hablar en los Estados Unidos de sus experimentos y sus logros, doctor Butenandt...

Ambos doctores cruzaron cómplices miradas de laboratorio, que el espléndido alemán de Rudolf ayudó a consolidar.

—Espero que trabajemos juntos unos días... Estoy impaciente por aprender de usted y asistir a una prueba de su máquina de circulación extracorpórea.

Adolf Butenandt se acercaba a los cuarenta años, pero su aspecto y aura eran las de un sabio de doscientos. Vestía de civil, también Eugen Fischer, destacándose ambos de la mayoría de los personajes invitados al simpósium, donde abundaban los uniformes y las grandes gorras de viseras acharoladas. Entre presentaciones, saludos, cortesías y taconazos fueron acomodados en el paraninfo del Instituto, sobradamente adornado con extravagancias nazis, y cual si del ensayo de una función operística se tratase, los presentes se levantaron a una y saludaron brazo en alto al cesáreo gerifalte que acababa de entrar con la intención de inaugurar el acto. Un personaje mayestático, incluidos sus movimientos, su sonrisa y su aparatosa vestimenta blanca.

—*Heil Hitler!*

Desde luego no era el canciller Adolf Hitler, sí su corpulento Mariscal de Campo y ministro sin cartera, agarrado a un bastoncillo dorado y cargado con verdaderas medallas de jefe, no las escuetas insignias en la pechera del piloto Wenkhaus que impresionaron a Conrad Lloyd. Fue breve, altisonante su charla, y tras nuevos vítores desapareció *deus ex machina* bajo su alba capa cual un hipopótamo bajo el agua; después de Hermann Goering hablaron otros altos cargos y la élite científica de los Kaiser Wilhelm, quienes no ahorraron diplomacia para saludar a los colegas estadounidenses.

Rudolf atendía a las charlas de bienvenida mientras miraba de soslayo, con la discreción de una estatua, a todos los congregados que podía abarcar su ángulo de visión. Era inevitable que de vez en cuando palpara, fuera con el codo, con el interior del brazo, el cuaderno de Jacobson, así como recordar por resorte sus palabras: *No debe ser tocado por un gentil o dejará de ser apto. La persona indicada se le acercará cuando las circunstancias sean propicias.* ¿Estaría allí presente la persona indicada? No era probable, pero si hoy mismo bombardeaban Londres y fusilaban en Varsovia, ¿qué era probable y qué no en una situación tan extraordinaria y delicada? De ser hallado con ese cuaderno corría el peligro de no salir jamás de Alemania, tal vez de ser ejecutado por espía... junto a sus acompañantes. Y no se trataba de soltar aquella bola de papel como lastre tras el cual remontar el vuelo, pues se efectuaría un intercambio: él debía regresar al Comité Judío de Nueva York con otro cuaderno tan plúmbeo como éste.

—Tecnología espiritual por tecnología espiritual...

Apenas movió los labios, pero en su cabeza se reproducían las palabras del rabino del *Callejón de los Bandidos* y en su corazón la exigencia de hallar un hilo al que enhebrarse, la oportunidad de encontrar con vida a su madre. El resto de la mañana transcurrió de manera similar, parecía que en aquel hervidero de sabios todos tenían algo que decir, y sobre ellos Conrad S. Lloyd, quien en su discreto alemán exageró la admiración sentida hacia el nacionalsocialismo por parte del pueblo americano, y la atención expectante que los científicos estadounidenses mostraban hacia los últimos avances nazis. Por fin, exactamente a las doce, *hora del Reich*, el mandatario Heinrich Himmler pronunció las últimas palabras, con su acento de oficinista y su escasa gracia escénica. Al salir, antes de abandonar Dahlem en la caravana de *Mercedes-Benz*,

posaron juntos para las depredadoras cámaras de la propaganda nazi.

—*Frau*Riefenstahl desea hacernos unas tomas, espero que a usted no le importe doctor Parker.

Alejados una veintena de metros, bajo uno de los desnudos árboles del Kaiser Wilhelm de Antropología, posaron ambos médicos ante las cámaras de una de las mujeres más hermosas y enigmáticas del Tercer Reich.

—Cualquiera diría que es usted un puro alemán, doctor Parker... Permítame que le saque un plano de perfil...

Aquella afortunada mujer le envolvió en su mirada cazamariposas, acompañada de gestos escurridizos, fulgente, arácnida, un hada mezcla de la inolvidable Nancy Cunard y de su propia madre; la cineasta se acercó a escasos centímetros y le examinó como a un fotograma, después ella misma tomó la cámara y rodó unos segundos ambos perfiles de Rudolf L. Parker. Tener tan cerca a persona tan naturalmente glamorosa como era *Frau*Leni Riefenstahl, cual surgida de una película de Hollywood, una amazona mitológica, una bailarina, le produjo un vaivén emocional de tal naturaleza que si ella hubiese levantado un dedo, cerrado por azar un ojo, él le habría dado sin dudar el cuaderno lleno de números.

### Capítulo Tercero

Leonard Kruger se afanaba en deslizar aquella mermelada llena de granos, un punto picante, en el negruzco panecillo; su compañero, el bioquímico Ford, con problemas estomacales, miraba absorto su taza de té cual si intentara descifrar la fecha para la salida de Alemania; por su parte, el atildado doctor Lloyd pasaba con ligereza las páginas del periódico nazi *Völkischer Beobachter* volvía a extenderlo justo donde aparecía la fotografía para la que posaron bajando del *Fw200 Condor*.

—¿La ha visto, doctor Parker? Es extraordinaria. Intentaré hablar con esa joven fotógrafa, me gustaría tener una copia. La organización alemana es proverbial, son una gente pragmática.

—Puro panfleto... —se adelantó Leonard—. Hasta la mermelada está llena de propaganda nazi.

—Como director de esta comisión, le exijo, doctor Kruger, que haga usted un esfuerzo y se comporte a la altura de sus anfitriones, al menos durante el tiempo que debemos permanecer en este país.

Nada más pudieron discutir ambos comisionados, pues el diligente y puntual Viktor Gardner apareció en la cafetería del hotel. Si el iracundo estadounidense llamaba pura propaganda a los granos en la mermelada, no encontró palabras acertadas para definir la chocante escena de la que fue azaroso protagonista. Salían de la cafetería del Adlon, con Leonard a la cabeza, directos a ocupar los autos que les llevarían a Dahlem, cuando el médico se encontró rodeado de muchachos uniformados de pardo, que marchaban al son patriótico de *Vuela Alto Banderay* reclamaban con paso decidido las aceras berlinesas antes de terminar con un grito coreado lleno de odio y candor:

—*Juda Verrecke!*

—Las Juventudes Hitlerianas... Nuestros muchachos alemanes... —dijo el secretario de Butenandt.

—Parecen saludables... —admitió Lloyd.

Recorriendo Berlín tuvieron una inmejorable oportunidad de contemplar a trazos el pulso de la urbe alemana. Resultaba una ciudad bulliciosa, populosas calles donde los viandantes iban y venían como en las mejores avenidas neoyorquinas. Multitud de cafés colmados de clientela, con ese aspecto inequívocamente centroeuropeo, enderezados guardias que controlaban el tráfico, modernos tranvías, sólidos autos, y, por doquier, la gente, que parecía, si no feliz, despreocupada, más partícipes que figurantes de un gigantesco teatro donde habría papeles para todos si nadie hablaba de la guerra, amén de corear el guión colectivo que los ciudadanos llevaban años aprendido. Allá donde se mirara, los estandartes nazis llenaban tan abusivamente los edificios públicos que dejaban a las claras la pretensión de envolver a Alemania entera en un trapo rojo; la propaganda del Tercer Reich asomaba por cualquier grieta, su olor emanaba de ventanas, chimeneas y alcantarillas, expandiéndose con el sigilo del gas en revistas, carteles, cines, ondas de radio y televisión que amplificaban las diarias soflamas nacionalsocialistas; además, como decorado magistral sobre las tramoyas de la guerra, cientos de pequeñas nubes se deslizaban sobre el cielo de Berlín, similares a manadas de elefantes blancos dirigiéndose al Este por una senda ancestral; y aún parecía más purpúreo y bello el día según se alejaron del centro berlinés y se acercaron a las circundantes arboledas de los institutos Wilhelm Kaiser de Dahlem.

De nuevo fueron recibidos por inminentes doctores y acompañados al paraninfo de 1911, donde el especialista del Centro Rockefeller impartiría una conferencia maestra, junto a un colega alemán, sobre los mecanismos del dolor. Aunadas la germanofilia y las investigaciones de primer orden por parte del americano,

resultó un éxito tan rotundo que dos horas después todavía respondía a cuestiones relacionadas con sus avances en la materia.

Igual que el día anterior, Rudolf miraba de soslayo aquellas filas de eminentes científicos, intentado en vano capturar alguna mirada directa, algún gesto o señal. Se palpaba el permanente cuaderno del rabino, y mientras su colega Lloyd despiezaba la complicada maquinaria del dolor él se preguntaba por la no menos misteriosa identidad de su contacto.

—¿Ha visto usted la fotografía del periódico nazi? ¡Claro que la había visto! Fue lo primero que Rudolf hizo esta mañana.

—El *Völkischer Beobachter* el periódico oficial del Partido, millones de ejemplares reproducirán millones de veces esta fotografía. Pasear por Alemania será como llevar una bombilla encendida en el rostro, pero también le dará la oportunidad al contacto de saber dónde estoy. Él es quien tiene que encontrarme.

Dos días después de su llegada a Alemania, ese atardecer de primeros de abril, decidió salir de la elitista caverna del Adlon, enfundado en una gabardina similar a la de muchos ciudadanos, con sombrero y la fatua intención de ser vigilado y seguido por el desconocido.

Sólo con astucia logró desprenderse sin sospechas de sus colegas; ahora deambulaba por la almendra de la ciudad como un berlinés cualquiera hasta que iluminaron temerariamente las farolas y los focos de la Puerta de Brandenburgo, desafiando un ataque aéreo, aunque calles y avenidas se vaciaron de transeúntes; después de todo, Berlín era la capital de un país en guerra, de tales dimensiones que una vez izada la esvástica en la Torre Eiffel, bien lo anunció el griego del *Metsovo*, los estandartes nazis emprendían la senda del frente oriental para ser ondeados en el Kremlin.

—Será mejor que tome algo...

No le fue difícil hallar una cafetería abierta, lo suficientemente discreta como para intentar cualquier inicio de contacto; era consciente de jugar una partida con cartas ciegas, pero ocupó un recoleto velador, en un ventanal, justo en el rincón, de sillas tapizadas y un florero de líneas decadentes atiborrado de narcisos aún frescos. Pidió un café y para dotar de más efecto a su primer intento de ser visible, sacó su pitillera de Hardeen, prendió un cigarrillo y la dejó a la vista. Pasaban de las ocho. Sin desánimo, pedía el segundo café y divagaba entre pensamientos confusos cuando sucedió el primer encuentro.

Rudolf sorbía de su taza mientras por encima del borde observaba la silenciosa clientela del lugar, volvía a dejarla en el velador, y casi posaba la cabeza en el ventanal mirando los autos, la gente, escrutando literalmente con cuánta vacuidad transcurría el tiempo. Entonces ella pasó. Arropada por la proximidad de otros transeúntes, aquella mujer detuvo su mirada un instante en la ventana del café. Rudolf estaba al otro lado, acababa de terminar su taza y ojeaba por última vez la calle cuando la vio. El corazón le latió con tanta violencia que incluso fue incapaz de levantar una mano, cual hubiese sido su deseo.

—¡Es ella...! ¡Es ella...!

Apenas lo musitó, pues la fugacidad del instante, los caprichosos efectos de la luz reflejada en el vidrio, el crepúsculo inundando la calle, sólo pudieron abastecerle de ese impulso susurrante. Aun así, se apresuró a pagar la cuenta y salir con la comprensible intención de confirmar a quien sus ojos jurarían haber visto.

—Creo que era ella...

Según caminaba en la misma dirección que aquella mujer ya esfumada, con lentitud, a ciegas mas dejándose ver, la arquitectura de sus emociones se tambaleaba.

—Bueno, tal vez sólo era alguien que se le parecía. La ventana estaba algo empañada... Pero fuera quien fuese estoy seguro de que ella me miró, y... creo... que

esos ojos eran...

No contento con sus propias disquisiciones se resguardó en la gabardina y emprendió el camino del hotel. Lógicamente, su contacto en Berlín no iba a levantar una fogata para indicar claramente su posición, y él... bastante riesgo corría ya paseando en la boca del enemigo con una bomba dentro del bolsillo, pero tal vez sí había generado la primera chispa, y una sola chispa fue suficiente, ¿cómo iba a olvidarlo?, para incendiar el zepelín *Hindenburg* aquella fría mañana de 1937.

—Creo que era ella... ¿Cómo se llama?

Cuando Rudolf L. Parker llegó al hotel Adlon halló a Oswald y Leonard tomando una copa en el salón. Antes de sentarse con ellos cogió el *Völkischer Beobachter* buscó de inmediato la fotografía que les hicieron bajando del avión en Tempelhof... Sí, estaba firmada por... Mona Gruenewald.

Con más intensidad que nunca, todavía palpitando anormalmente su corazón, pasó Rudolf algunas horas pegado a otra ventana, esta vez la de su habitación del hotel Adlon, ensimismado en la iluminación de la Puerta de Brandenburgo y entrelazando hilos que aún se desvanecían a nada que pretendiera enlazar con ellos alguna realidad.

Como las jornadas anteriores fueron conducidos a los institutos de Dahlem.

—Allí he de verla...

Si quería encontrar en Berlín a Mona Gruenewald, y comprobar si era la misma persona que le miró tan incógnita y fugazmente en la cafetería, sin duda el simpósium internacional médico era el lugar elegido, porque allí estarían las cámaras de Leni Riefenstahl y todos esos vanidosos apelotonados para posar ante ella.

—Doctor Parker —le dijo Viktor Gardner todavía en el *Mercedes-Benz* camino de Dahlem—, los elementos de su máquina ya están en el Instituto de Biología, tal vez sería conveniente empezar con los preparativos. Adolf Butenandt está impaciente por ver su comprobación, y le aseguro que también otros dirigentes médicos.

—Sí, sería conveniente, *Herr* Gardner. Necesitamos montarla, asegurar la completa esterilización de todos sus elementos y mantenerla vigilada hasta el instante de la prueba.

—Puede confiar que así será, doctor Parker.

—Si usted quiere —le propuso—, después de la conferencia de mi colega del Lenox Hill de Nueva York, el doctor Leonard Kruger, que terminará sobre las diez y media, pondremos mano a la obra. Es muy generoso aportando su ayuda, *Herr* Gardner...

—Gracias a usted, doctor. Es un auténtico honor. Ayudarle es servir al Reich. Y el Reich necesita una máquina como la suya.

—Creí que ya habían conseguido óptimos resultados con sus ingenios extracorpóreos.

—Y así es, estamos interesados en los trasplante, y lo hemos conseguido, pero con otros órganos: hígado, riñón, incluso piel. En cambio, con el corazón no hemos obtenido resultados satisfactorios, aunque ahora mismo muchos de nuestros especialistas están interesados en esa materia: solamente el estudio del cerebro humano comparte un interés similar dentro de nuestra comunidad científica. No es bueno detener la marcha del progreso.

Cuando llegaron a Dahlem allí estaban las cámaras dispuestas en sus trípodes, operarios y técnicos afanados en la preparación de planos, los puntuales visitantes arremolinados en la puerta, pero no la fotografía fantasma.

—Te deseo toda la suerte del mundo, Leonard.

—No te preocupes, Rudolf. Me limitaré a impartir la misma charla que doy a mis alumnos del Lenox... Si estos tipos saben algo más que William H. Stewart sobre angiocardiógrafías se podían haber ahorrado un pasaje de avión.

No hubo la ministerial concurrencia de anteriores fechas, pero Kruger habló con dominio y claridad, y los especialistas alemanes se sintieron satisfechos de las explicaciones del norteamericano, quien mostró su tono más elegante desde la llegada.

Tras la conferencia médica se reunieron a tomar el protocolario almuerzo servido por bellas muchachas vestidas a la usanza wagneriana, aportando una nota luminosa, extravagante y operística, donde Rudolf se empleaba como necesario traductor entre americanos y alemanes, compartiendo con ellos una jarra de cerveza y humeantes salchichas de cerdo que no desestimó, hasta llegado el momento oportuno y liberarse especialmente de Conrad Lloyd, quien pretendía, cual si fuera junto a Fischer el anfitrión, presentarle y ser presentado desde el primero al último de los médicos reunidos, y del conferenciante Kruger, que requería ser traducido simultáneamente tanto a doctos colegas como a walquirias camareras. Rudolf, atento a sus genuinas preocupaciones, se separó una decena de metros de la entrada de Antropología, buscando con total discreción a la fotógrafa Gruenewald entre cámaras, ayudantes, y allá donde hubiese una reunión susceptible de ser filmada hasta que fue rescatado por el omnipresente Gardner.

—¿Le parece, entonces, *Herr* Parker, que nos dirijamos al Instituto de Biología? Prefirieron caminar, pues no separan doscientos metros ambos edificios.

—Allí nos estará esperando el doctor Butenandt.

En efecto. El insigne médico alemán, obligado a desestimar el Premio Nobel concedido dos años antes por indicación expresa del Führer, esperaba en la puerta del bello instituto de aires románticos que destaca su verde cúpula en forma de cebolla, junto al especialista cardiólogo Armin Edelberg, uno de los mejores cirujanos del Tercer Reich, doctor que haría en quirófano las veces de Sam Lebowitz, a quien por cierto se asemejaba, asistiéndole directamente en la complicada y doble operación.

Hasta bien entrada la tarde no tuvo la oportunidad de salir del instituto biológico, donde explicó con minuciosidad las características de la máquina, cuya sencillez agradó al alemán.

—¿Cree usted que estará para este viernes?

—Mañana puedo probar su funcionamiento estático. Haremos una prueba con hemounidades heparinizadas. Si el intercambio de gases y el circuito funcionan a la perfección, una vez vuelta a esterilizar sería posible intervenir. Damos por hecho que el Instituto de Biología cuenta con un bioterio adecuado.

—Con el mejor del mundo, doctor Parker —dijo Adolf Butenandt—. Mañana debemos clasificar dos ejemplares y comenzar las analíticas preoperatorias. Tenemos unos babuinos magníficos.

—¿Babuinos? En Nueva York trabajamos con rhesus.

—El mono babuino es algo mayor que el rhesus, pero sus sistemas son prácticamente calcados, doctor Parker. Han sido muy útiles en mis investigaciones bioquímicas. No creo que tenga inconveniente.

No lo tendría Rudolf. De regreso a la capital sopesó los pros y los contras, concluyendo que era una clara oportunidad de intervenir a un animal inexistente en Mount Sinai, de doble corpulencia que sus dorados macacos y que todavía se asemejaba más a un ser humano.

—A simple vista parece una máquina perfecta, doctor Parker. Y aún más sorprendente que la haya construido usted mismo.

—Usted lo ha dicho... Una complicada simpleza, tal como es en verdad un corazón.

—Todos los corazones se parecen...

Viktor Gardner se sentía tan satisfecho de su colaboración con Rudolf Parker como si hubiese operado con éxito el corazón del mismísimo Hitler.

—¿Un cigarrillo?

Rudolf aceptó, pues al igual que comer salchichas de cerdo, el acto de fumar, aun sin tragar el humo, se había convertido en un atributo más, parte del *attrezzo* necesario para este melodrama berlinés. Pero en ese instante, cuando el *Mercedes-Benzen* filaba las avenidas de la capital, buscó por resorte su pitillera de Hardeen Houdini.

—Supongo que tiene razón, todos los corazones se parecen.

Una vez en el Adlon corrió a su habitación. Allí rebuscó bolsillo a bolsillo, pantalones, camisas, chaquetas, equipaje...

—Anoche salí precipitadamente de esa cafetería, es posible que la olvidara en el velador.

Con aparente tranquilidad bajó al salón donde ya sus colegas brindaban antes de cenar por el éxito rotundo de las conferencias, esta vez acompañados por el Secretario de la Embajada de los Estados Unidos en Berlín, señor Robinson, máxima autoridad diplomática tras la salida del Embajador.

—Puntualmente enviamos un informe sobre la *Comisión Butenandt*, desde América me piden que les felicite. El Servicio de Propaganda del Reich nos ha facilitado algunas imágenes de la llegada a Tempelhof. El doctor Lloyd hará llegar a nuestro país cuanta documentación escrita, grabada o filmada genere esta comisión.

—Deberá prepararse para llevar un buen paquete, doctor Lloyd —afirmó irónico el médico del Lenox—, esa especie de Greta Garbo no ha cesado de filmarnos.

—Todos habremos de llevar conocimientos a nuestro país. Desde mi punto de vista está resultando un simpósium de primera magnitud científica. Esta mañana el doctor Kruger ha impresionado a los médicos alemanes. El lunes próximo, el doctor Oswald Ford impartirá una clase magistral de bioquímica; y en unos días, el doctor Parker...

—La demostración de la máquina extracorpórea está prevista para este viernes. Hay algunas personalidades médicas que desean presenciar la operación... Hoy hemos trabajado intensas horas en los preparativos y mañana hemos de dedicarnos a nuestros pacientes.

—Espero que sus pacientes no sean dos judíos, Parker... —comentó el arisco Ford.

—Supongo —dijo el secretario Robinson—, que habrán sido ustedes informados convenientemente no sólo de que Alemania es un país en guerra, sino que cuenta con el más sofisticado sistema de información del mundo. Una palabra fuera de contexto, aun dicha por teléfono, doctor Ford, y será expulsado de inmediato. Y algunas palabras están prohibidas. Somos invitados del Reich, representamos a los Estados Unidos de América, ustedes son médicos, grandes doctores, pero aquí y ahora son también diplomáticos. Y así deberán actuar.

Tras una hora de cambio de impresiones Rudolf apuró su copa en el último brindis que realizó el secretario, y fingiendo severa fatiga se despidió de la reunión norteamericana. Diez minutos después salía del Adlon resguardado en su gabardina. Eran las ocho y media de la noche, sobre Berlín lloviznaba aguanieve. En lugar de cruzar la Pariser Platz rodeó la manzana que alberga el hotel, y con la precisión de una brújula recorrió la ruta hasta la cafetería.

—¡Guardo todos los objetos olvidados por mis clientes desde que inauguramos el *Café Remgesen* 1933!

El dueño del mismo, un alemán de gran tripa y el bigote que tantos imitaban de su Führer, sirvió la taza de café en el mismo velador, junto al ventanal, y al lado puso la pitillera de alpaca con las iniciales HH.

—*Heil Hitler!*

Rudolf cogió la pitillera de Hardeen y la miró con jubilosa sorpresa. El alemán todavía estaba delante, sonriente. ¿Cómo darle las gracias por su honestidad?



—*Heil Hitler!*—exclamó Rudolf Parker en el Berlín de 1941, a escasos metros de un retrato del propio canciller.

Cual si fueran días repetidos, tomaba la segunda taza cuando volvió a pasar el espectro. La misma persona, los mismos fugaces ojos tras el ventanal. Ya no tuvo duda, la señal se había confirmado.

Abandonó el *Café Remgescon* mayor fortuna, pues a una veintena de metros marchaba aquella mujer. Rudolf se palpó una vez más el cuaderno numérico de Jacobson. ¿Y si todo era mera coincidencia? ¿Y si no era la fotógrafa de Tempelhof, sino alguien que simplemente acostumbraba a pasar cada día por esta acera? ¿Era esa la persona que debía hacer el intercambio de bombas cabalísticas? ¿Cómo arriesgarse?

Aquella mujer se detuvo de pronto, permitiendo que el sigiloso perseguidor se acercara, sacó un cigarrillo de su bolso y miró a un lado y otro hasta encontrarle en un falso azar.

—¿Tiene usted fuego?

—*Fräulein* Gruenewald, yo...

—Deme fuego, doctor Parker...

Ambos hablaban en voz baja. Rudolf hizo lo que ella pidió.

—A partir de ahora no me siga, doctor...

—¿Cómo dice?

Mona exhaló una bocanada. Estaba notablemente nerviosa.

—Vuelva a su hotel, ahora. No cometa la tontería de seguirme. Mañana le veré en Dahlem.

—¿Cómo dice?

—Gestapo.

La joven se giró y continuó su camino hasta perderse de vista. El se sintió unos segundos pegado al pavimento, sin saber ciertamente qué hacer, a dónde dirigirse, qué pensar.

Cuando Adolf Butenandt le mostró el bioterio del Instituto Kaiser Wilhelm de Biología, comprendió la seguridad con la que el afamado médico se refirió al mismo. Cobayas, conejos, ratas, perros, gatos... animales enjaulados para su experimentación científica, un pequeño Arca de Noé de los condenados, desgraciados seres que navegaban hacia un destino único y terrible: la incertidumbre de los quirófanos.

—Aquí mantenemos a los primates.

No le faltó razón a Butenandt. A pesar de ser Rudolf Parker cirujano experimentado, innovador en la reciente ciencia del trasplante, de haber sostenido corazones sangrantes hasta que dejaran de palpar, no consiguió desprenderse de cierta melancolía, rayana en la tristeza cuando cruzó la mirada con dos chimpancés adormecidos.

—Y estos de ahí son los babuinos. Macho y hembra.

—Son perfectos... —acertó a decir.

—Babuinos de Anubis. Llamados así en honor al dios egipcio representado con cabeza de papión. Creo que estos son los idóneos para la intervención, doctor Parker.

En efecto, el médico alemán señaló dos soberbios ejemplares, de hocicos tan grandes y poderosos como los de un perro de presa, y un pelaje verde oliva sobre el que caían sus melenas doradas.

—Aquí tiene el informe analítico del ejemplar uno y del ejemplar dos...

Rudolf examinó visualmente a los babuinos. Pelaje brillante, ojos muy despiertos, reflejos correctos.

—Es necesario que se mantengan en ayunas al menos doce horas antes de la intervención.

Ambos doctores pasaron toda la mañana examinando las exhaustivas analíticas de los animales, y después, incorporado el cirujano Edelberg, trazaron varios croquis a modo de guía sobre el desarrollo paso a paso de la delicada y doble operación extracorpórea, donde el babuino donante sería sacrificado, y de cuya vida dependería, especialmente para Rudolf Parker, gran parte del éxito de sus misiones en Berlín.

Todavía se reunieron con el equipo médico ayudante, visitaron el quirófano y comprobaron una vez más la idoneidad de las instalaciones de Biología. Butenandt acompañó a Rudolf a la cafetería del instituto, dejando a Armin Edelberg la supervisión del instrumental y las últimas indicaciones a los auxiliares.

—Serán necesarios tres relojes. Al menos una bañera con hielo molido, tres hemounidades...

—Cuenta con ello.

—Son instalaciones magníficas, doctor Butenandt. El equipo médico parece bien preparado. Aún así, nuestras posibilidades de éxito no se alejan mucho del cincuenta por ciento.

—Tratándose de un corazón, el cincuenta por ciento es mucho. He leído todos sus trabajos, doctor Parker; a principios de año usted mantuvo un rhesus durante más de ocho minutos conectado a su máquina... Es más, sé que intercambió los órganos de dos monos...

—Ambos murieron...

—Pero no en la mesa de quirófano, sino al cabo de unos días. La operación resultó un éxito, los órganos cardíacos funcionaron en otros cuerpos: ahí reside la magia... Luego intervino la mala praxis. Deberían haber empleado penicilina. Nuestra información es de primera calidad.

Rudolf sintió cómo el sudor más frío recorría su espalda.

—Doctor Butenandt...

El científico alemán era hombre de pocos gestos y personalidad marmórea. Mantenía la mirada neutra, los labios siempre unidos, su cicatriz de medialuna en la

mejilla no era sino un infranqueable muro, un foso sin puentes que protegía sus sentimientos de toda actividad médica. El sabio que estudió las hormonas sexuales y dotó de nombre a la feromona no destacaba precisamente por una agitada vida social: era padre de siete hijos; ni por el contemporáneo furor patriótico, pues aun sintiéndose buen alemán no estaba afiliado al partido nazi.

—Doctor Parker, usted sólo debe preocuparse de la operación de mañana. Le aseguro que en Dahlem nadie le hará una pregunta que no desee responder. Algún día se acabará toda esta locura bélica —dijo el Premio Nobel apurando su café—, entonces nuestro esfuerzo tomará su verdadera dimensión. Ahora no tengo más remedio que asistir al Instituto de Antropología. Gardner le trasladará a Berlín.

Apenas tuvo unos minutos para quedarse solo y ordenar los confusos y atropellados pensamientos que circulaban sin orden en su cabeza. Butenandt aseguraba haber leído *todos* sus artículos médicos... De ser así no le habría pasado desapercibida la verdadera identidad del autor: algunos artículos venían firmados por el equipo del hospital judío Mount Sinai, otros por Rudolf Lorre, no por Rudolf L. Parker.

—No debo olvidar, ni un solo instante, que estoy en Alemania, en el Tercer Reich...

Dejaba su taza en el mostrador cuando la oyó a sus espaldas, siempre sigilosa, transparente.

—Hablar solo, doctor Lorre, también es motivo de preocupación para el Partido.

Mona Gruenewald llevaba puesto jersey cuello de cisne y una boina de artista. Sus mejillas estaban blancas y tensas por el aire, similares a las de una estatua clásica, sus ojos reflejaban la humedad del día, y sus pequeñas manos, níveas como porcelana fría, acrecentaban la impresión de que era una mujer de viva inteligencia, de las que gusta pasear por el borde de lagos escondidos, improvisa canciones o se apasiona contemplando la luna.

—Ha dado conmigo...

—Si le hallé en el *Café Remges*, dar con usted aquí ha sido muy fácil.

Rudolf notaba cómo el enigmático cuaderno enfundado en la chaqueta aumentaba de peso y volumen según pasaban los segundos delante de la singular fotografía. Empezó este viaje sin dudar, tan consciente de su dificultad como de que era la única vía posible para encontrar a su madre; aceptó el encargo de mensajero, arcángel de la causa sionista, que tanto el bermejo Jacobson como todos los rabinos del Comité de Asuntos Judíos le habían encomendado; sabía que ambos cometidos podían peligrar, y mucho su seguridad, incluso su vida, pero por primera vez le temblaron las piernas. Así que dominando sus emociones recordó la palabra sublime que aconseja discreción absoluta: *Kadavergehorsam*.

—Está usted invitado a un té.

—¿A un té?

Rudolf miró su taza de café.

—El domingo próximo. Alguien vendrá a recogerle a este mismo lugar. Usted no debe hacer preguntas, será amable y le acompañará. Nadie debe saberlo, doctor Parker. Tampoco sus colegas.

—¿De qué se trata?

Ella le miró extrañada.

—De la interpretadora de sueños.

Fue más que suficiente. Ahora el cabalístico manuscrito retornaba a su primigenio volumen y peso, pero su corazón latía al compás de una locomotora.

—¿Sabe usted algo de mi madre? ¿Cómo puedo...?

—Por favor, doctor Parker. No pretenda enfrentarse al oso, le destrozará de un zarpazo.

—¿Se refiere a Hitler?

—Me refiero a Alemania.

Mona pidió una cerveza blanca de Berlín con un chorro de jarabe de frambuesa y prendió un cigarrillo.

—Le sugiero que no vuelva a pasear de noche. No se acerque más por el *Café Remges*.

—¿Gestapo?

—Les están siguiendo desde que llegaron a Alemania. Especialmente a usted y al doctor Ford.

—¿A mí... y al doctor Ford?

—Sólo ustedes dos abandonan el hotel al anochecer. No han pasado desapercibidos para la policía secreta. Dahlem-Berlín es el único lugar donde no los tendrán a sus espaldas. Pero fuera de aquí tome usted todas las precauciones.

—Gracias, *Fräulein Gruenewald*.

Entraron dos cameraman, sonrientes, alegres, que de inmediato enfocaron su objetivo.

—Por favor —les dijo Mona—, necesitamos dos tomas: frontal y perfil. Doctor Parker, le ruego que se sitúe aquí.

La fotógrafa estudió la luz con movimientos de ballet, zigzagueando con la mano abierta entre sus ojos y los rayos, como si la dispusiera a su antojo en el bar del Instituto Kaiser Wilhelm de Biología. Sus operarios hicieron el resto.

—Gracias por su colaboración, doctor. Si todo sale bien, podrá verlas publicadas en el próximo número de la revista *Signal*.

## Capítulo Cuarto

A las diez de la mañana en punto, *hora del Reich*, y *contiendo del Führer*, como solían referirse en 1941 a los días agradables, el reluciente quirófano del Kaiser Wilhelm de Biología estaba preparado para la intervención de trasplante coronario. Allí se hallaban el doctor cirujano Rudolf L. Parker, el especialista Armin Edelberg, el médico asistente Rosenbauer, y las enfermeras *Fräulein* Ema y *Fräulein* Gretchen, y como observador privilegiado a pie de mesa el director del instituto, Adolf Butenandt.

Trajeron a los babuinos Anubis ya previamente sedados, facilitando su manejo antes de ser preparados para el trasplante. Macho y hembra con una diferencia de seis kilogramos, pero hermanos.

—Es esencial —recordó Rudolf en el preoperatorio— que los especímenes sean consanguíneos. En operaciones de esta naturaleza doble, siempre es preferible elegir individuos parejos en edad, altura y peso; mas a pesar de la diferencia de tamaño corporal ésta será poco notable en el órgano cardíaco.

Miró directamente a los ojos de todo el equipo médico y con una leve señal dio comienzo la operación. Una de las enfermeras puso un reloj en funcionamiento.

—Temperatura basal en Número Uno, 38,5°; en Número Dos, 38,5°.

Armin Edelberg fue el encargado de administrar 25 mg/Kg de Thiopental sódico a cada ejemplar. Cuando ambos animales entraron en sopor profundo llegó el momento de rasurarles el pecho, tarea realizada por *Fräulein* Ema. A los quince minutos el efecto anestésico era notable, resultando abolidos los reflejos en ambos monos. Fue el momento para iniciar la entubación endotraqueal, tarea que no resultó fácil al tratarse de monos cercopitecos de largos hocicos, amenazantes arcadas y abismales glotis, por lo que fue necesario usar pinzas para traccionar la lengua y permitir la inocua entrada del tubo.

—Temperatura basal: 39°C en Número Uno; 38,5 °C en Número Dos...

—¿Frecuencia respiratoria —pidió Rudolf.

—Quince por minuto, doctor.

El asistente Rosenbauer se encargó de insertar la aguja en la arteria radial y de conectar un manómetro para controlar la presión sanguínea en la fase crítica.

Antes de proceder a la obra meramente quirúrgica preparó Rudolf la máquina extracorpórea. Heparinizaron dos hemounidades que fueron vertidas en el recipiente oxigenador, previamente cebado con la bomba. Todavía recirculó el fluido por la propia máquina, que funcionó al instante y a la perfección.

Rudolf volvió a mirar a sus ayudantes, especialmente a Armin Edelberg, ya dispuesto delante de la babuino, bisturí en mano, esperando una señal para acometer la incisión del tórax. Las eficientes enfermeras prepararon gasas, instrumental y otros utensilios, así como suero caliente y algodón térmico.

Habían pasado cuarenta minutos desde que entraron los animales. Quince en anestesia profunda.

Ahora miró a Adolf Butenandt, quien no cesaba de observarle con absoluto detenimiento, y éste le señaló discretamente arriba. Allí estaban. Cuatro, cinco personas, invitados especiales escrutando la operación desde el anfiteatro extraquirófano. Entre ellos Conrad Spencer Lloyd. Rudolf asintió.

—Pongan en marcha el segundo reloj.

Con un movimiento suave de la mano, como si le incitara a participar en una danza, le indicó a Armin Edelberg que podía comenzar.

—Temperatura Número Uno, se mantiene en 39°C; temperatura en Número Dos, sube a 39°C, doctor.

Ambos cirujanos sajaron con pericia el tórax de los babuinos, y abrieron longitudinalmente el esternón. Con separadores pulmonares y hemostatos consiguieron

un campo intratorácico limpio y perfecto para intervenir. Todavía envuelto en su pericardio el corazón del babuino latía con una fuerza muy superior al del rhesus. Las enfermeras rodearon la zona no quirúrgica con gasas y algodón, y rociaron con suero caliente los cuerpos abiertos. Una vez descosidos los pericardios, ambos corazones se mostraron a sus cirujanos como partes ajenas al organismo, entes que ya no pertenecían a los cuerpos inánimes de los Anubis.

—¿Frecuencia respiratoria?

—Se mantiene en quince, doctor Parker.

Todos los ingredientes mágicos estaban dispuestos en el escenario. Los asistentes del anfiteatro pegados a la hemicúpula cenital, esperando el gran suceso. Por momentos se sintió Hardeen en el Teatro Orpheum de Broadway antes del número final tras sencillos trucos de cartas; como Hanussen en su *Palacio del Ocultismo* mostrando a los arcanos sus guantes verdes, rodeado de expectantes gerifaltes nazis que con las bocas abiertas esperaban aparecer el suceso más sorprendente de sus vidas.

—Tercer reloj contando, doctor...

Con su virtuosismo habitual, el doctor Parker seccionó una a una las arterias y venas que unen el corazón al pecho, pinzando unas y conectando cánulas en otra, si acaso con mayor facilidad, al ser un órgano de doble tamaño que el de sus macacos. Todavía palpitante lo puso en una bandeja. Realizado el primer circuito intracorpóreo, corrió a la máquina y dio la señal a Edelberg para que procediera a la extracción del corazón de la hembra. Como gentileza para sus colegas, fue relatando el proceso según se producía.

—Canalizamos un flujo unidireccional de sangre, valiéndonos de simples válvulas. El compuesto venoso llega al recipiente oxigenador, continuamente cebado por la bomba de burbujas, allí se mezcla con la hemounidad heparinizada y se produce el intercambio gaseoso, desprendiéndose la sangre venosa de anhídrido carbónico y purificándose en arterial. Con esta hélice eléctrica conseguimos desespumar el fluido, luego la bombeamos al sistema que la reconducirá directamente a la arteria.

—Tres minutos en estado de no-palpito, doctor Parker. Temperatura Número Uno, 40°C; temperatura Número Dos, 40°C; frecuencia respiratoria quince por minuto en ambos especímenes —confirmó el asistente médico Rosenbauer mientras las enfermeras no cesaban de rociar con suero ambos campos operatorios.

El propio doctor Edelberg le ofreció en una bandeja el corazón de la babuino. Ya no parecía una ciruela palpitante, sino fruta repugnante, a punto de pudrirse. Rudolf alzó un momento el órgano mientras lo masajeaba para excitarlo, sin intención expresa de mostrarlo al anfiteatro, un punto en estado de trance al sentirse por un instante señor de la vida, aunque a Conrad Lloyd le pareciera que exhibía en el foso de un circo romano el trofeo que acabara de conseguir.

—Cinco minutos en no-palpito. Temperatura Número Uno se mantiene en 40°C.

—Sin mayor demora, mas con la tranquilidad de un maestro, ayudado por Edelberg, fue conectando una a una las vías coronarias, finalmente las principales venas y arterias canuladas.

—Diez minutos en no-palpito... Temperatura 40,5°C, doctor Parker.

Diez minutos correspondía a una frontera temporal tan nebulosa y movедiza como la muerte, tratándose de una intervención de estas características. A partir de la próxima fracción cronológica, en cualquier momento, y sin anunciar, podría producirse el colapso temido. Todavía restaba comprobar las vías antes de anularlas de la máquina extracorpórea. De haber cometido un error éste era el momento en que debía debutar. Ambos cirujanos se miraron y asintieron tras sus mascarillas. Rudolf se encargó de separar las conexiones a la máquina. Él mismo envolvió el corazón en su

nuevo pericardio una vez comprobado su latido, cosió con seda de acero el esternón y después el paquete muscular. Tras la última sutura se volvieron a comprobar las funciones del babuino.

—Temperatura 41,5°C, doctor. Se mantiene en quince la frecuencia respiratoria.

Desentubó al animal y lo trasladó personalmente a la bañera hipotérmica. Fue el último acto. El postrero efecto del gran truco. Bastaron cinco minutos en la gélida agua para que la temperatura basal del Anubis descendiera dos grados.

—Ahora —dijo finalmente, cansado, pero satisfecho—, es necesario neutralizar el efecto anticoagulante de la heparina. El paciente quedará en cuidados intensivos hasta metabolizar su tratamiento anestésico. Cuando despierte habrá que abastecerlo de pequeñas dosis de agua, si la admite. El órgano trasplantado es viable, con pulsaciones distales.

Rudolf se despojó de la mascarilla y miró al equipo.

—La operación ha concluido.

—Tiempo no-pálpito: diecinueve minutos, treinta segundos. Tiempo quirúrgico: una hora, veinte minutos. Tiempo total: dos horas, diez minutos, treinta segundos —anunció Rosenbauer.

—Ha sido un honor compartir quirófano y trabajar juntos; gracias, doctor Edelberg, doctor Rosenbauer; y gracias a ustedes, *Fräulein* Ema y *Fräulein* Gretchen.

Adolf Butenandt todavía permaneció mudo unos instantes. Movía la cabeza desde la camilla del babuino Anubis a la máquina milagrosa, pero en realidad su mirada estaba diluida. Parecía que el Nobel hubiese visto un film y ahora visualizase a cámara lenta cada una de las escenas. Alzó los ojos, aún cegados por la maravilla que acababa de contemplar y los detuvo frente a Rudolf.

—Mis más sinceras felicitaciones, doctor Parker. Lo que ha realizado usted aquí es una proeza.

El bioquímico le estrechó la mano con absoluta sinceridad.

—Doctores, enfermeras —dijo dirigiéndose al equipo alemán—, la intervención que ha tenido lugar en este quirófano es la primera de esta naturaleza concluida con éxito en territorio del Tercer Reich; también yo deseo agradecer, en nombre del Führer, la labor que han prestado. A partir de este día, una nueva puerta de la Medicina se abre para Alemania.

Una hora más tarde fue presentado por Butenandt a los egregios espectadores del anfiteatro. Adelantándose a cualquier protocolo, el silencioso Conrad Lloyd le abrazó delicadamente, como a una mariposa, intentando prender en sus dedos algo del polvo dorado conseguido por su colega de Nueva York.

—¡Diecinueve minutos, treinta segundos de milagro! Los alemanes están estupefactos —bisbiseó en inglés—. Así me lo han hecho saber. Por supuesto, doctor Parker, que redactaré un informe para la Comisión esta misma tarde haré llegar una copia al secretario embajador: la noticia de su éxito debe llegar cuanto antes a oídos de nuestro presidente Roosevelt.

Mientras el americano hablaba, sus acompañantes de anfiteatro, todos de uniforme, no dejaban de examinar a Rudolf con la misma intensidad que cuando miraban la operación de transplante.

—Permítame presentarle al doctor Karl Brandt —pidió el anfitrión Adolf Butenandt.

El apuesto teniente general de la WaffenSS hizo el protocolario saludo nazi, reducido a llevar la palma a la altura del hombro y mostrarla.

—Doctor Parker, le saludo en nombre del Tercer Reich, y en el de nuestro Führer, Adolf Hitler —recalcó con solemnidad—. Personalmente, es un placer mostrarle mi sincero reconocimiento y mis felicitaciones.

El hombre que tomaba el pulso a Hitler le miró con tanta admiración como sana envidia.

—Cuando levantó el corazón del babuino, esa joya palpitante...

Brandt intentó hallar las palabras precisas que definieran su éxtasis científico, sin conseguirlo, pues agitó una mano y despreció su propia imaginación casi riendo.

—Bueno... por un momento creí estar viendo al verdadero Frankenstein.

Finalmente, el alto mando de las SS, y Comisionado del Reich para la Salud y Saneamiento, le estrechó la mano con firmeza y con igual firmeza la retiró.

—Al doctor August Hirt, especialista y director del Instituto Anatómico de Estrasburgo —señaló Butenandt.

—Doctor... reciba usted mis felicitaciones —dijo Hirt, un tipo con aspecto de anfibio y voz apenas audible.

—Y al doctor Sigmund Rascher... Quien se ha trasladado expresamente desde Múnich para asistir a su demostración.

Si los doctores del Reich girasen como planetas alrededor del Führer, al capitán médico Sigmund Rascher le hubiese correspondido ser Saturno. Era un hombre corpulento, con tendencia a engordar, aún joven: apenas superaba treinta años, de cabeza moderadamente voluminosa, frente vasta, ancha, y todavía más alta consentida por el lejano nacimiento de su cabello. Sus ojos eran más penetrantes que grandes, con cierta melancolía del verdugo, creados para examinar.

—Doctor Parker...

Fueron sus únicas palabras. Rudolf sintió la escasa presión y la tibieza de su mano, fuerte, más apropiada para traumatólogo o veterinario que para especialista en regeneración de tejidos y en hipotermia, actividad a la que dedicaba buena parte de sus investigaciones de campo, apodado por este motivo *Herr Doctor Frío*.

A instancias del general Karl Brandt se trasladaron a un restaurante del centro de Berlín, de una elegancia y sutileza insuperable, aunque sobrado de púrpura nazi, donde los eminentes doctores pudieron departir y brindar mientras degustaban a cucharadas timbales de caviar, y comían jabalí de la Selva Negra guarnecido con frutas silvestres.

—Hace cinco, seis años, estuve en los Estados Unidos —relató Butenandt—, invitado por el Hospital Rockefeller; entonces esta extraña ingeniería del transplante sólo se podía imaginar, hoy hemos constatado que es un hecho. Ustedes, los



americanos, han logrado grandes avances en este campo tan delicado...

—Aplicando la vieja fórmula de ensayo y error, doctor Butenandt —precisó Rudolf—. Francamente, hasta que nuestro babuino no supere veinticuatro horas de postoperatorio no me dignaré brindar por él.

—Pero sus últimos rhesus sobrevivieron varios días... También debe decir eso...

—Cierto, doctor Lloyd... Los primeros pasos son los correctos y los primeros días los críticos. El problema llega después...

—¿Se refiere usted a infecciones postoperatorias? —preguntó Butenandt agitando una mano—. No debe preocuparse por su paciente, ese babuino será tratado con penicilina elaborada en nuestros laboratorios. Armin Edelberg se encargará de administrarla.

—Aparte de las infecciones, muy comunes en monos, me refería al rechazo de órganos...

August Hirt levantó los párpados y sonrió.

—También ocurre con los huesos... Debe ser que el alma se aloja en ellos... Rechazo es un término que deberíamos abolir de los tratados médicos...

—Sin embargo, usted lo acaba de afirmar, doctor Hirt: ocurre... siempre. Es inevitable. Incluso con donantes gemelos. El organismo es muy escrupuloso en ese sentido.

—¿No le otorgará demasiada importancia al rechazo, doctor Parker? Pronuncia usted esa palabra como una maldición —apuntó Brandt mientras asentía *almaître* sobre la idoneidad del vino a servir.

—Le aseguro, *Herr* Brandt, que si el doctor Edelberg sólo le administra penicilina, el babuino no contraerá infección, pero se le pudrirá el corazón.

—¿Tanto lo cree?

—Así es, doctor Hirt. En cierta ocasión debimos abrir un valioso macaco a las pocas horas de ser trasplantado, cuando corté el último punto quirúrgico, el corazón del animal saltó a mi mano como una pelota con vida propia. Sencillamente: su cuerpo lo escupió.

—Su gesta me recuerda la hazaña de Lindbergh, debería haber nacido usted en Alemania —señaló Brandt con orgullo y admiración—. A pesar de sus reticencias, brindo por este éxito sin igual, doctor Parker.

—En Alemania hubiese tenido usted más amplias posibilidades de investigación, no le faltaría *valioso* material de investigación, apoyo cuanto dice *Herr* Brandt...

—Le aseguro, distinguido doctor Hirt —intervino Lloyd tras probar el espeso vino—, que en los Estados Unidos de América igualmente contamos con los mejores bioterios.

—Y le creo, doctor Lloyd... Pero, hay pruebas de esencial importancia que resultan inútiles hacerlas con monos... —replicó August Hirt.

—¿A qué pruebas se refiere usted?

Rudolf lo preguntó con absoluta intensidad. Humana y médica. Quería desprender la máscara que ocultaban al contenido de esas palabras.

—Para el investigador es preferible tomar modelos de calidad, pues cuanto más se asemejen al verdadero objetivo de sus investigaciones más correctos y fiables serán los resultados obtenidos.

—No le entiendo...

—Es una máxima médica, doctor... —replicó Hirt.

—Oh, doctor Parker... —intervino el especialista en mecanismos de dolor, Conrad S. Lloyd—. En la ciencia médica es necesario desprenderse de ciertas trabas éticas. La observación del doctor Hirt es correcta, cuando más se acerque el modelo

más eficiente será la investigación. No siempre podemos equiparar organismos, dar por hecho que son exactamente iguales.

—Por ejemplo —apuntó Butenandt—, ese ejemplar al que ha trasplantado escupiría su corazón, pero jamás contraería hepatitis. Ellos son prácticamente inmunes, nosotros no.

—Si queremos valorar la resistencia humana, deberemos investigar con material humano.

Fueron las primeras palabras de Sigmund Rascher.

—Sería perfecto, siempre que los humanos a investigar lo hicieran de forma voluntaria.

—Si un reo está condenado a muerte, o un prisionero va a ser fusilado, ¿por qué no darle la oportunidad de colaborar con la ciencia?

—¿Darle la oportunidad... de elegir, dice usted, doctor Rascher? Le repito, si el sujeto colabora voluntariamente, me parece correcto. Los seres humanos estamos dotados de conciencia, podemos decidir; en la historia de la Medicina no son raros los que donan sus esqueletos... pero los entregan una vez muertos.

—¿No se opondrá su conciencia a la experimentación con cadáveres?

—Yo no me opongo a nada, doctor Hirt. Los cinco aquí reunidos somos médicos, doctores, hoy bebemos el mismo vino y respiramos el mismo aire, pero no dejamos de ser a un tiempo personas iguales y distintas. No hay bisturí que pueda cercenar esas dos partes.

—¿Dónde nació, doctor Parker?

Aquellos silenciosos peces de las profundidades que subían a la superficie en los amaneceres confusos de Manhattan, nadaban ahora de sien a sien atravesando la frente de Rudolf Parker. Sigmund Rascher hundió un poco más sus ojos en las cuencas, y aun bajó un tono su ya profunda voz.

—¿En América?

—En Nueva York, Estados Unidos de América.

Sostuvo en su rostro, sus gestos, sus movimientos, toda la normalidad que consiguió acaparar, pero debajo de su elegante traje de cena el cuaderno numérico latía, palpitaba sincrónicamente, lo sentía, casi podía oír su tic-tac, como el reloj de una bomba.

—Sin embargo, podría pasar por un ario perfecto. Habría que analizar su corazón para concluir que no lo es.

*Herr Doctor Frío* clavó el cuchillo en el morro del jabalí asado.

—Bueno, doctor Rascher... Pasar por ario no significa serlo, pasar por judío tampoco, supongo.

—¿Duda usted de la raza aria, doctor Parker? ¿Ha leído acaso los libros de Alfred Rosenberg?

Karl Brandt prendió un buen cigarro y solicitó una botella de coñac.

—No, no los he leído. Tampoco dudo de la raza aria, simplemente desconozco los parámetros en los que se basa. He observado muchos tipos de alemanes, no todos ustedes son iguales, algunos ni siquiera se parecen...

—Ario, doctor Parker —interrumpió Hirt, hombre sin personalidad oculta, que aparentaba carecer de temores y pesadillas a pesar de adorar los huesos—, *significados veces nacido*...

—En ese caso, podríamos considerar nuestro paciente trasplantado como babuino ario, pues, en cierta manera, él también ha nacido dos veces...

Lejos de disgustar a sus anfitriones rieron su comentario, y Brandt se encargó de llenar las copas con un coñac excelente.

—Debería usted considerarlo...

—¿Considerar?

Sigmund Rascher miraba como un médico a través de un microscopio y hablaba cual un militar ofreciendo una capitulación a un enemigo menor. Estaban sentados frente a frente, únicamente separados por los restos del jabalí y un ornamento de flores.

—Podía trabajar con nosotros...

—Doctores... —Conrad Lloyd apenas sorbió una gota de su coñac cuando dejó la copa encima de la mesa, se limpió los labios y levantó un dedo—, el doctor Parker es miembro de una *Comisión* constituida por nuestros dos países, tenemos fecha de vuelta a los Estados Unidos, y yo, como responsable de...

—¿Ha oído hablar de Vladimir Demejov, doctor Parker?

Bastó para acallar de súbito al representante del Rockefeller. Ambos médicos, *Herr Doctor Frío* Rascher y Rudolf, no apartaban sus miradas.

—Sí... claro...

—Las investigaciones de ese comunista son similares a las tuyas... También trabaja realizando trasplante cardíacos... como usted. Pero... con material humano... Con personas, doctor Parker...

—Le he visto esta mañana —intervino Brandt— con el corazón de un mono en la mano, doctor... Y creí estar viendo al moderno Frankenstein... Si en vez de levantar el corazón de un mono levantase el de un hombre...

—¿Crearía estar viendo a Dios, doctor Brandt?

—Si trabajara al servicio del Reich —explicó Adolf Butenand—, estoy convencido de que haría grandes progresos en poco tiempo. Obtendría resultados que de otra forma podrían llevarle años... Ya conoce nuestros Institutos Kaiser Wilhelm. Ha podido comprobar la eficiencia del personal, el equipo disponible...

—Gracias, doctor Butenandt... Es muy halagadora la propuesta que me hacen. Ya han oído al doctor Lloyd...

—Claro que —Lloyd comenzó hablando suave, alargando su minuto de gloria en tan egregio cenáculo—, si tenemos en cuenta que Vladimir Demejov, ese fisiólogo ruso, ensaya con humanos, no veo por qué debemos esperar nosotros...

—Es usted un hombre sensato, doctor Lloyd, brindo por ello...

El americano levantó su copa de coñac al tiempo que Karl Brandt y los demás comensales.

—¿Cuál es su religión?

Otra vez el especial tono de Rascher puso en marcha el mecanismo palpitante del cuaderno.

—Me bautizaron católico...

—Nadie le pedirá que intervenga a un católico...

—Ni a un católico, ni a un judío, doctor Rascher...

Rudolf intentó suavizar su doble negación. Sonrió mientras hablaba, pero no flaqueó en ninguna de sus sílabas.

Como si hubiese pronunciado un término prohibido delante de un jabalí asado, August Hirt estiró el cuello y con él su morbosa ambición médica.

—¿Judíos? ¡Bah! Prolíficos como ratas y libidinosos como conejos...

—Tal vez el doctor Parker se refiera a nuestros centros de rehabilitación social, o a esos barrios apartados, como en Praga y Varsovia.

Karl Brandt soltó roscas de humo perfectas y espesas, similares a las de Hardeen Houdini en el gabinete de la calle Anderson.

—Nuestros enemigos exhiben películas deformadas, dan una imagen que no se corresponde plenamente con la realidad, son... humo —afirmó desbaratando de un sople los aros—. Esos guetos que muestran sus noticieros no son más que decorados... y los judíos... sólo pésimos actores...

Aquellos inventores de la aspirina le rodearon con sus miradas.

—Sólo pésimos actores, vidas de papel, que no merecen ser vividas. ¿Es inmoral que el progreso médico se nutra de ellos? La higiene es parte de la medicina, y esto es higiene social, doctor Parker, véalo así; no debemos ajustarnos a una línea de acción, sino a la esfera racional de la mente.

Las palabras del general SSle dispusieron, más que nunca, a la rigidez de ese cadáver discreto que regía su silencio. Por un instante se acordó del Comité Judío, del rabino Jacobson, de las bolitas de miel de Lewis, de los carteles de Hardeen y sus consejos: *no te fíes de nadie*.

—*Herr*Brandt, doctores... ahora quiero yo —dijo Rudolf— brindar por la ciencia médica alemana, que tanto esfuerzo realiza por apartarnos de ese *asilum ignorantiae*.

Levantó su copa y con ella señaló uno a uno a los comensales.

—Quien no aporta nada a sus conocimientos, los disminuye. ¡Por Alemania!

—Mañana estará su fotografía victoriosa en todos los periódicos del Reich, pero hoy es usted un hombre sensato, *Herr*Parker...

## Capítulo Quinto

Pasó parte de la noche observando el Gran Berlín desde su habitación, mirando las ventanas iluminadas como luciérnagas distribuidas al azar, preguntándose si en ese mismo momento el contacto invisible al que debía intercambiar el cuaderno estaría escrutando desde algún punto de la gran capital la fachada del hotel de las mansardas verdes. Hacía frío, la niebla sublimada por el río Spree inundaba las calles del Reichstag y el Tiergarten, mezclándose en la madrugada, espesando como harina en agua las palabras del trío nazi y la inclinación paulatina de Conrad S. Lloyd a colaborar con el Tercer Reich. Se disponía a dormir, el cuaderno secreto bajo la almohada, cuando oyó ruido, sordos pasos en la moqueta roja del pasillo. Por primera vez sintió necesidad de estar alerta. ¿Sería la Gestapo? ¿No le hubo recomendado, casi exigido, Mona Gruenewald no abandonar el Adlon de noche? Tal vez vinieran a cerciorarse.

—Son las dos y media... —musitó.

¿Habrían superado la impertinencia sus palabras ante los médicos alemanes? ¿Querrían interrogarle? El manuscrito le temblaba en las manos. ¿Dónde esconderlo? ¿Qué hacer? ¿Qué decir? Los pasos se acercaban, con mayor nitidez que un ejército marchando sobre tambores. Ahora se detenían ante su puerta. Un segundo, tres, cinco... Después continuaron, pocos metros, para volver a detenerse... Finalmente oyó abrir y cerrar una puerta aledaña.

—¡Es Oswald Ford!

Su colega médico, tal como él, también abandonaba el Adlon noche tras noche. A dónde iba Oswald Ford hubiese sido un misterio exento de interés en cualquier circunstancia, excepto en la Gran Alemania nacionalsocialista y con esa bomba numérica que se estaba convirtiendo en su segunda piel.

Al día siguiente, sábado, 5 de abril de 1941, recibió Rudolf los honores de sus compatriotas en una comida a instancias de la Embajada de Estados Unidos, a cincuenta metros del hotel y ubicada en el mismo edificio que el potente Ministerio de Propaganda.

—Ya no es solamente el control que ejerce el gobierno alemán sobre cualquier visitante extranjero: éste se ha convertido en un país de micrófonos, todos espían a todos, basan su fuerza en la información... Y todavía es mucho más: la mayor parte del edificio que ocupa la embajada —explicaba el secretario Robinson bajando exageradamente la voz— está invadida por el Ministerio de Goebbels...

—¿Se refiere a ese Goebbels? Poca propaganda puede hacer un personaje como él...

El cardiólogo del Lenox Hill engullía enormes salchichas bávaras y trasegaba cerveza muy animado. Después del éxito de su conferencia en el Kaiser Wilhelm, recibió irrenunciables invitaciones a dictar otras en Múnich, Núremberg, Leipzig, donde fue recibido con honores de sabio y cubierto con manto de armiño invisible que ahora el norteamericano llevaba permanentemente colgados de los hombros.

—Si yo fuera Hitler, el Ministro de Propaganda sería otra persona, con otros aires...

—Le aseguro, doctor Kruger, que usted no es Adolf Hitler, y que el doctor Goebbels es hombre de vastísima cultura y orador dotado de una extraordinaria capacidad de comunicación. Su poder no se basa en su porte física, sino en su voz. Es capaz de enhebrar palabras con hilo pegajoso, del que ningún oído puede desprenderse...

—Como una telaraña... —dijo Oswald Ford.

—¡Exacto! Joseph Goebbels es un pequeño Führer, y teje su tela con ondas de radio.

—Señor Robinson, no sólo Berlín, Alemania entera está llena de pequeños Hitler —señaló Kruger—. Dese una vuelta y encontrará a doscientos mil tipos luciendo el mismo ridículo mostacho que su Führer.

Robinson levantó una mano de alerta.

—¿Ven esa pared? Al volver hay un pasillo interior que comunica esta embajada con el Ministerio de Propaganda... Le sugiero, doctor, que decline hacer ciertos comentarios.

—Tiene razón el señor Robinson, Kruger... —instó Conrad Lloyd—. Guarde su temperamento y haga el favor de medir sus palabras. Se le podría oír al otro lado de ese pasillo sin necesidad de micrófonos. No se quejará del trato dispensado por nuestros anfitriones, ni siquiera en Nueva York hallaría usted concurrencia más atenta a sus conferencias como las que llenan los paraninfos donde le invitan a hablar.

—No están ustedes aquí para valorar el sistema político de Alemania, ni para dar opinión respecto al desarrollo de la guerra. Son doctores, científicos, no expertos en Derecho, por cierto...

El secretario Robinson cogió un telegrama, se puso sus gafillas de lectura y miró a los integrantes de la *Comisión Butenandt*.

—Es del Presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt. Les felicita por la labor que están desarrollando en nombre de nuestra nación. También hemos recibido indicaciones de nuestro gobierno: dentro de una semana, el sábado próximo, está previsto el traslado a Lisboa; allí embarcarán en un Boeing 314, destino a América. Les sugiero que disfruten de cuanto vean. Y ya saben que esta noche son invitados a la ópera. Podrán rodearse de la mejor sociedad berlinesa.

Así fue. A las cuatro y media de la tarde, *hora del Reich*, los comisionados norteamericanos esperaban en el *hall* del hotel Adlon, vestidos de rutilante gala, para asistir a la Casa de la Ópera de Berlín. Fueron recogidos por dos coches oficiales y transportados a través de la maravillosa *Under der Linden*, varios kilómetros al oeste, atravesando ese Central Park llamado *Tiergarten* bajo un cielo azul y una temperatura agradable, hasta desembocar en la *Bismarckstrasse*, prolongación natural de la *elísea* avenida de los tilos. A partir de ahí, las hermosas arquitecturas lechosas de *Charlottenburg* se levantaban a uno y otro lado de la amplia calle, estupendos cafés, emblemáticos edificios de siglos pasados, mansiones acastilladas, singulares plazas donde nunca desapareció el espíritu decimonónico del recordado canciller prusiano cuyo nombre exhibían los letreros.

—He de reconocer que es una hermosa ciudad. Tiene verdadero encanto europeo. ¿A usted le gusta?

Su acompañante, Oswald Ford, apretó los labios y se encogió de hombros.

—Pues es una ciudad como otra cualquiera.

—Debe ser bonito pasear por aquí al anochecer. Multitud de cafés, de espectáculos, el Teatro Schiller, los cabarets...

—Parece usted un hombre de mundo, Parker.

—Oh, no crea. Ni siquiera conozco todo Manhattan. No esté malhumorado, Ford, sólo nos quedan unos días y pronto volaremos a casa.

¿Cómo podía decir eso? ¡Unos días y volaremos a casa! El cuaderno le quemaba más a cada hora, esos números se le iban a grabar como las marcas del ganado, y ni siquiera había preguntado por su madre. Todo dependía de ese té del domingo. Era para volverse loco.

—Eso espero, Parker, volver pronto —dijo Oswald Ford—. No me agrada cómo huele esta ciudad... No, no me gusta: a chucrut, a pájaro muerto, a pólvora... ¡Bah!

—¿A pólvora?

Rudolf llenó sus pulmones de aire berlinés. Sólo aromas frescos del cercano *Tiergarten*, como césped recién cortado, los primeros tulipanes amarillos y la romántica humedad del *Spre*.

—El frente dista muchos kilómetros de aquí, Oswald, aunque tuvieras trompa de elefante no creo que pudieras oler un gramo de pólvora.

—Demasiado boato para encontrarse en guerra. Además, mire a su alrededor, todas las calles tienen nombres de generales, han debido ser los tipos más importantes de Alemania.

No le faltaba razón al noctámbulo bioquímico. Según se acercaban a la Ópera las calles lucían más banderas y exequias nazis. No hallaron ventana, balcón o farola que no exhibiera su estandarte rojo con la guadaña esvástica. También les sorprendió el abundante número de guardias uniformados a ambos lados de las aceras.

—Parece la Quinta Avenida en las buenas ocasiones. Vendrán los peces gordos... —dijo Oswald.

A la vista, lustrosos coches paraban en la puerta del edificio, de ellos se apeaba la buena clase social berlinesa, militares de alta graduación, empresarios, ilustres bolsillos, elitistas, firmas afines al Partido y artistas consentidos por el Reich.

Descendían los invitados, pasaban por una alfombra roja devanada al interior del palacio operístico, y antes de entrar se detenían un momento, posando con sus mejores sonrisas para las cámaras de *Mona Gruenewald*. Así lo hicieron los miembros de la *Comisión Butenandt*, *Conrad Lloyd* a la cabeza. Con ceremonial fuste fueron invitados a entrar, recibidos por majestuosos porteros con el programa del acto y un cóctel, y reunidos con los pavos reales más emplumados de la sociedad. Faltaba casi una hora para el comienzo del acto.

—*Canciones de Beuern*... Música y dirección por el maestro Carl Orff... *Carmina*

*Burana*... Espero que sea una buena ópera...

—Yo que usted no lo esperaría, *Herr Parker*...

—¡Doctor Brandt!

El general SS, también con su uniforme de gala, venía acompañado de una bella señorita.

—No se trata de una ópera. Nada de eso, es una cantata... Compuesta y dirigida por uno de nuestros mejores músicos. Estoy seguro de que les fascinará, a usted y a sus colegas. Latín y germánico antiguo. Empezarán a sentir el auténtico espíritu alemán.

¿El auténtico espíritu alemán? Allí podía contemplarlo. Militares con uniformes de buen paño y medallas del mejor metal, y sus mujeres, quienes parecían desprendidas de viejas novelas de ensueño, orondas walquirias y flotantes sílfides, jovencitas en su puesta de largo y damas guillerminas. También las personalidades civiles vestían sus trajes más caros, sus relojes de oro macizo y pitilleras de la misma nobleza, elegantes caballeros y enhiestos ancianos con mostachos *hindenburga* cuyos brazos se asían señoras, cargadas de tan deslumbrantes joyas que hubiesen hecho las delicias de Thaddeus Lewis.

—Parece que fueran a rodar una película...

—Es mucho más que eso, Kruger —musitó Rudolf—. Los noticieros occidentales muestran el frente de batalla, edificios londinenses destruidos por las bombas, guetos llenos de harapientos judíos; pero la realidad es un poliedro, y la maquinaria del Reich sólo desea mostrar otra de sus caras: un pueblo culto, amante de las bellas artes, lleno de caballeros y de mujeres hermosas.

Fueron ubicados en sus localidades. El estucado interior de la ópera resultó tan magnífico como su fachada. Palcos adornados con guirnaldas de escayola y mármol que poco a poco fueron llenando sus distinguidos beneficiarios, y las filas de butacas tapizadas en rojo Leipzig, con el toque justo de decadencia, proveían ese oxígeno algo turbador del que respiraba cual de un etéreo elixir la gente. Desde allí contemplaron cómo eran presentados y recibidos los máximos gerifaltes nazis: entre aclamaciones y brazos estirados. Pero nada fue comparable a la visita del Führer custodiado por sus hombres de confianza y por el Ministro de Relaciones Exteriores de Japón, señor Mutsuoka, personaje que dio la nota exótica entre arios.

*Heil, Hitler! Heil, Hitler! Heil, Hitler!*

Tras las apoteósicas vítores sonó bramante el himno *Deutschland Über Alles*, que muchos corearon. El Führer saludó con levedad, como desganado, pero los presentes levantaron a una los brazos, generales, personalidades, damas, acomodadores... todos participaron en esa suerte de ordalía colectiva, esa demostración de autenticidad y lealtad.

*Heil, Hitler! Heil, Hitler! Heil, Hitler!*

Acomodados los espectadores, apagados los últimos focos, acalladas las toses y murmullos... se iluminó el escenario. Allí estaban, en celestial campo de batalla, cien músicos, dos centenares de coristas, envueltos en una niebla muy fina. Entonces apareció el genio músico. Un hombre algo desgarrado aunque intentaba parecer hecho para su esmoquin, con gafas, y una rala cabellera que le colgaba desde el cenit de la cabeza hasta el nacimiento del cuello, cosa sorprendente comparado con los severos cepillados de los varones alemanes. Desde luego, Carl Orff sí tenía la fisonomía que uno espera encontrar en un artista.

Se dirigió entre aplausos al centro del escenario y desde allí saludó especialmente al Führer, después empinó el rostro, miró un momento a la oscuridad del público y con el semblante de quien va a comenzar una justa se giró, levantó su poderosa batuta y sucedió el milagro. Bastaron dos, tres, cuatro minutos del *Fortuna Imperatrix Mundi* para que Alemania entera perteneciera a aquel hombre. Hora y cuarto



de verdadera meteorología musical. Timbales poderosos, coros tonantes, platillos, trompas, trompetas, una tormenta de viejas notas que siempre habían estado ahí, escritas en los pentagramas colectivos. Eso era oír a Alemania, la llamada del Reich surgida de los tambores, capaz de instalar a un pueblo entero en estado de trance. Notas suficientes para haber evocado varias veces la creación del mundo, con cierto tempo marcial, pero cuánta sensibilidad, qué placebo de la inmortalidad cuando se celebraba, verbigratia, el triunfo de la muerte.

Cuando terminó el *Carmina Burana* el auditorio mantuvo un instante trance y silencio, sobrecogido aún por la hipnótica cantata. El maestro Carl Orff se giró, y, cual si se hubiese originado una chispa en la punta de su batuta, la Casa de la Ópera de Berlín pareció inflamarse con el combustible de aquellas aclamaciones, que iniciaron los inaudibles aplausos del Führer.

—¡Fantástico! Jamás había oído algo así... ¡Soberbio!

—Pues a mí, Parker, me parece música de monasterio —opinó Leonard Kruger.

En un pabellón aledaño tendría lugar el ágape para los invitados, especialmente dirigido al ministro japonés y su embajador, motivo por el que asistió Adolf Hitler. Varios salones comunicantes, de inequívoco estilo teutón, adornados con brotes silvestres, águilas, diez esvásticas y una bandera nipona, recorridos con largas mesas, avitualladas de abundantes platos recién traídos de las mejores cocinas berlinesas que eran servidos con imaculada diligencia por docenas de camareros. Todas las delicias gastronómicas donde no faltaban *mousses* de salmón, langostas, pepinillos dulces, jamón ahumado, ensalada de arenques, variedades regionales de sabrosos embutidos, y pasteles.

—¿Decía usted, Kruger, que la música era de monasterio? —preguntó Lloyd.

—Algo rimbombante, supongo que muy adecuada para esta gente... —respondió Leonard Kruger, más atento a los manjares que a los comentarios.

—¿Algo rimbombante? ¿Música de monasterio? ¿Eso le parece? Están celebrando la vida, doctor Kruger. Sólo hace falta echar una ojeada para comprender que cuanto ha tenido el privilegio de oír no eran las campanas de un convento, sino la vibración de un imperio; música de tal naturaleza, y manjares como los que usted engulle, provocarían la envidia de cualquier emperador romano.

Conrad S. Lloyd parecía un hombre feliz. Estiraba el cuerpo y sostenía su copa de champán, de la que apenas sorbía, como si fuera un joyero. Miraba acá y allá saludando, sobrado de alta cortesía, incluso a desconocidos que apenas se dignaban mirarle con interés o curiosidad.

—Esta es una estupenda visión del mundo nazi —dijo alzando la copa—. ¿No lo cree usted así, Parker?

—Desde luego, doctor Lloyd. Estos salones serían la envidia del mismísimo Salomón.

Rudolf miraba, tan preocupado como embelesado a la exquisita concurrencia de alrededor. Pensaba que su contacto invisible, y sin nombre ni aspecto, podía ser el último rabino de Berlín, quien flebítico como Jacobson surgiera de una alcantarilla y preso de pánico intercambiara los cuadernos, pero también podía estar aquí, oculto tras su pajarita de gala, debajo de alguna medalla, quizá sirviéndole el salmón.

—Es él quien tiene que llegar. Yo ya estoy...

Allí veía los uniformes más vistosos y las gorras más altas en torno al lugar que ocupaba el inaccesible Führer; alrededor de estos los grandes industriales y sus bellas esposas; completaban aquellos círculos concéntricos oficiales de alto rango y méritos, rancios aristócratas de Charlottenburg: una condesa, un barón, un príncipe, que habrían avalado con la fuerza bruta de sus apellidos tres generaciones de sangre aria; más alejados del vórtice protocolario la comitiva japonesa, invitados especiales, científicos de prestigio, los doctores americanos... y Mona Gruenewald.

—Es ella...

Efectivamente. Era ella, inmersa en el coro de más *glamour* de los salones, gente del cine que no ahorran poses y giraban sobre la espectacular suplente de Marlene Dietrich, la sueca Zarah Leander, indiscutible estrella del cine alemán y *prima donnade* las mujeres fatales. Rudolf brindó con Mona Gruenewald en la distancia. La joven fotógrafa respondió con discreto saludo y la promesa en un gesto de que se verían después.

—¿Qué le pareció, doctor Parker?

Rudolf se volvió y halló los ojos chispeantes del general médico Karl Brandt.

—No era una ópera, tenía usted razón, doctor. Es algo más atávico. Creo que todavía tengo esos sonidos dentro del pecho, pum, pum, pum, esas trompas... ese coro sobrenatural. Nunca había oído nada así.

—Me alegro...

—Sí, sentí por mis venas correr, galopar, ¡brincar! los caballos de la Puerta de

Brandenburgo...

—Brindo por ello... Si le gusta el buen champán, en aquella mesa de allí tiene las mejores añadas, palabra de médico...

Conrad Spencer Lloyd insistió en brindar con el general: fue la ocasión para desmembrarse del grupo americano y dejarse llevar por la marea de la elegancia hasta las cercanías de Mona Gruenewald.

—Me alegro de volver a verla...

La fotógrafa estaba radiante. Luciendo un bonito traje de color azul, collar de perlas pequeñas y un sombrero discreto y afrancesado.

—¿Se divierte, doctor Parker?

—Sí... No creí que me viese envuelto en la alta sociedad alemana. Según mi colega es como participar en una película.

—Su colega tiene parte de razón.

—¿Parte?

—Sí. Aquí están todas las películas, y todos los actores. Puede creerme.

Mona se separó del grupo seguida por Rudolf. Tomaron un canapé y rellenaron sus copas de champán.

—Todas las películas en una... Comedias, tragedias, melodramas... Se cierran negocios y se abren peligrosos juegos, aquí tiene reunidas a las mejores cabezas del Reich, pero también los celos, la envidia, las falsas amistades... hoy pueden cenar juntos y mañana ser fusilados por la persona con la que están brindando. Lobos con piel de cordero y corderos con piel de lobo, jovencitas que desean aparentar más edad y señoras ansiosas por lo contrario. Nadie finge ser una hoja muerta, ni siquiera esos escarabajos con chistera de los que cuelgan bonitas mariposas.

—Parece usted muy crítica con su propio país...

—Yo amo a Alemania. ¿A qué país ama usted?

Rudolf detuvo la copa cerca de los labios. Antes de dar un sorbo la volvió a bajar y perdió la mirada. ¿A qué país amaba él? ¿A Estados Unidos? ¿A una nación inexistente como Checoslovaquia? ¿A Israel?

—Supongo que amo a la Medicina. Esa es mi patria.

—Después del Führer hoy es usted el personaje más importante en esta parte del mundo.

—Eso parece. Al menos en Berlín, todo el mundo compra el periódico. No han cesado de saludarme. Sus fotografías son muy buenas. Parte del mérito debería ser suyo.

La mujer le miraba levantando las pupilas. Poseía una belleza desconocida, distinta, y una frescura de acuarela que la distinguía de las demás mujeres.

—Habla usted muy buen inglés, *Fräulein* Gruenewald.

—Y usted muy buen alemán, *mister* Parker.

Ambos rieron, pues emplearon idiomas distintos.

—Puede llamarme Rudolf.

Tal cortesía necesitó meditarla. La mujer sorbió champán y le miró.

—Usted ama la Medicina. Prefiero llamarle doctor...

No fue inane su propuesta, pues vieron cómo la elegantísima musa del celuloide se acercaba a ellos, cual si se hubiera bajado de una cartelera de cine.

—*Frau* Riefenstahl...

—Doctor Parker... Deseo felicitarle personalmente, su gesta médica le ha quitado protagonismo al ministro japonés, he oído su nombre una decena de veces. Si vuelven a repetirlo le levantarán una estatua.

Allí estaban las dos mujeres paralelas a Sarah Georginas Parker y a Ida Zimmermann. Ambas le atraían poderosamente. Una representaba a su madre, otra a la mujer que le había traicionado con el ideólogo Gutenberg. Sin duda aquí estaban

incluidas todas las películas, él mismo se sentía ajeno, un intérprete, alguien que actuaba según leía de un guión.

—¿En qué piensa, doctor Parker?

—Perdón... No estoy muy acostumbrado a beber champán. Y no cesan de llenarme la copa. Les pido disculpas a las dos...

—Tiene razón, doctor... el champán abotarga.

La maravillosa Leni Riefenstahl sólo necesitó estirar su blanca garganta para que un camarero atendiera sus deseos.

—Tres crisantemos, por favor...

Decididamente era una mujer hermosa. Bailarina, actriz, directora, nacida para florecer en cualquier estación del año. Su mirada perfecta, en apariencia inocua mas un punto agresiva, y su desdén aventurero y elegante hacían de Leni Riefenstahl una de las mujeres más codiciadas del Tercer Reich, sutil mezcla de Amelia Earhart e Isadora Duncan.

—Tres chorritos de absenta *Sirena*, un tercio de *Benedictine*, y dos de vermut francés... seco. Y un rizo de cáscara de naranja. Tómense esto: es mi cóctel favorito. Les aseguro que no se le subirán precisamente las burbujas...

—Es un placer volver a encontrarla. Estoy deseando ver todas sus películas. Me hablaron muy bien de ellas.

—No espere verlas en Estados Unidos. ¿Cuánto tiempo se queda? Ha sido tan gentil que no me importaría que se las proyectasen personalmente. Goebbels lo hace...

—Eso demuestra el buen gusto cinematográfico del ministro.

—Es usted un caballero para ser norteamericano.

—¿Qué tiene contra América?

—Podría haberme preguntado mejor: ¿qué tiene América contra Leni Riefenstahl?

La cineasta solicitó otros crisantemos que Rudolf y Mona aceptaron; la diva alemana levantaba su codo de bailarina y hablaba de sueños ya inalcanzables.

—Muchos directores europeos trabajan en América. Y están muy bien considerados.

—¿América? Su utópica tierra de la libertad me rechazó, por mujer, por alemana, y probablemente por no ser judía. Miren a Zarah Leander... ese guepardo del Reich... Deberían exhibirla en el *Zoologischer Garten*, que todo Berlín pudiese verla.

Leni señalaba el salón donde la famosa actriz nórdica coqueteaba en el centro de un carrusel dorado, donde giraban caballeros, militares, aduladores que a codazos se disputaban el honor de ofrecerle fuego.

—Leander sí hubiera triunfado en su América, doctor Parker. Sólo necesitaría hacer lo mismo que hace aquí: airear sus volátiles feromonas, como una flor cargada de polen.

Leni terminó de un trago su cóctel y le miró tan intensamente que Rudolf sintió verdaderas sacudidas.

—Usted me recuerda a alguien.

—Bueno, mi aspecto es germano, probablemente en la capital haya centenares de personas parecidas...

—Pero, incluso las facciones parecidas se tornan distintas cuando se miran a través de un objetivo. ¿Es la primera vez que está en Berlín?

—Sí...

Mona Gruenewald buscó sus cigarrillos sin éxito.

—He debido dejarlos en la mesa...

—Tome uno mío.

¿Por qué no iba a sacar él su pitillera HH y ofrecer un cigarrillo a la mujer encantadora que guardaba silencio ante su fulgente directora?

—¿Usted fuma?

—No... —replicó Leni mientras miraba la pitillera de alpaca y la doble inicial.

—Hache, hache... Cualquier grandullón de lasSSle cambiaría este fetiche por su pistola... *Heil, Hitler!*—exclamó levantando la mano como el Führer.

—Es usted muy buena observadora.

—Ya le dije cuánto amo los detalles... Mona, querida, —advirtió a su ayudante mientras notaba cancilleresco revuelo en los salones principales—, nuestro Führer va a salir, será mejor que despejemos algunos ángulos.

Riefenstahl le dio la mano. Qué sensación tan exquisita, y qué evocadora, sentir el tacto de aquella piel.

—Estoy segura de que volveremos a encontrarnos, doctor Parker...

En efecto, Adolf Hitler decidió poner fin a su estancia en aquel falansterio nazi. Los escoltas de su Guardia Negra exhibieron sus mandíbulas de lobo y formaron dos hileras desde la puerta del pabellón al auto, y el Führer, acompañado de su ostentoso séquito de ministros, con la discutible marcialidad de un cisne entre faisanes, abandonó entre incondicionales vítores y saludos a la gente que le endiosaba o le temía. Todos los asistentes se pusieron de pie. El canciller alemán saludaba a éste y aquél personaje con suaves toques en la mano, mientras las cámaras bajo las órdenes de Mona Gruenewald capturaban instantáneas del momento. Rudolf esperaba junto a sus colegas, integrados en los presentes. Cuando la comitiva hitleriana llegó a su altura, el propio Ministro de Propaganda le señaló.

—El doctor Parker, *mein Führer*...

Adolf Hitler concentró su mirada en los ojos de Rudolf. Éste se sintió atrapado, prisionero en una cárcel invisible de la que no podría escapar mientras aquel hombre le mirara.

—Doctor Parker... Hoy he visto su fotografía en el periódico...

El corazón le palpitó con tanta fuerza que sintió cómo traspasaba la piel, el cuaderno y sus talmúdicas cifras, llegando a tremular hasta la pechera del esmoquin. Sin ninguna duda, Jacobson y Hardeen tenían razón: aquel hombre era el golem.

—Es un gran honor, *Herr Hitler*.

## Capítulo Sexto

Hora y media después de haber abandonado el Führer el pabellón continuaba la fiesta entre pasteles, champán y crisantemos. Los militares gritaban ardorosos en sus corrillos, girando en otra noria los empresarios comparaban sus negocios, cigarros, esposas; en el salón contiguo los artistas reían alrededor de la mariposa de mirada hemisférica; y el cuarteto norteamericano era llevado cual una sola entidad, presentado una y otra vez, recibido y curioseado en similar proporción.

—Parece que las noches berlinesas son duraderas y burbujeantes —dijo Leonard Kruger entre evidentes vapores.

—No por eso dejan de ser noches... Esta bebida me da frío —refunfuñó Oswald—. Y espero que no me siente mal esa maldita ensalada de pescado... Odio el pescado. Pero una cosa sí he observado, Kruger, el tiempo en Alemania parece precipitado, ligero, poco denso, pero sólo es apariencia, pues en realidad es compacto, espeso como el puré, transcurre con fatiga... Mira esa gente, la mitad de ellos están tan borrachos como tú y yo y todavía se mantienen marciales cual si acabasen de llegar...

—El tiempo, doctores, es similar en todas partes. Una hora de Berlín contiene exactamente los mismos minutos que una hora de Nueva York. Sean pragmáticos...

Poco más consiguió decir Conrad S. Lloyd, todavía con la misma copa de champán en la mano y la diplomacia intacta, pues originado en la oquedad de la noche surgió un sonido espeluznante, como un cuchillo que abrió la oscuridad en dos pedazos, que la hizo lonchas según ululaba.

—¡Sirenas! ¡Sirenas!

—¡Ataque! ¡Ataque!

Las sirenas antiaéreas de la capital alemana disolvieron muchos de los efluvios presentes. Mas resultó una estampida de la tranquilidad, sin la mínima falta de cortesía: algunos hasta terminaron sus copas. La gente se preocupó de coger sus abrigos, ajustarse los sombreros y esperar a las puertas del pabellón el rosario de autos que los trasladarían a los seguros sótanos de sus casas.

—Es impresionante...

Oswald miraba al firmamento berlinés, donde apenas se adivinaba algún destello.

—Pues yo diría que es un sonido inolvidable, se inyecta en los oídos —insistió Conrad Lloyd.

Casi quinientas personas se apelonaban en las puertas de la Casa de la Ópera, las sirenas seguían incansables emitiendo su agónico quejido, grandes focos desde distintos puntos de la capital barrían con sus haces el espacio buscando bombarderos.

—¡Miren allí!

Rudolf señaló al sur y vieron, ahora sí, cómo disparaban proyectiles desde la mancha negra de Tiergarten dirigidos al cielo, provocando zumbidos que helaban la sangre.

—¡Eh, van a bombardear Berlín: están disparando las baterías antiaéreas! —confirmó Kruger expectante, tal vez creyendo que ésta era la verdadera ópera que había esperado ver.

En efecto, no lejos de Bismarckstrasse se oyeron las primeras explosiones urbanas. El ataque era real, y el cinturón de baterías berlinesas respondía con repetitiva y acompasada disciplina, cual siguiendo la batuta de un Carl Orff de la guerra.

Ahora sí que la concurrencia amasada se comportó cual la hojarasca en un vendaval confuso. Comenzaron las carreras, las voces, los nervios; los grandes autos frenaban estrepitosamente y en segundos recogían a sus dueños. El doctor del

Rockefeller Conrad Spencer Lloyd, poseído de instantánea lividez, se ofreció a acompañar al ebrio Leonard Kruger en el primer auto del Adlon que logró atravesar la avenida.

—Parece que tienen para rato... Viene a ser como buscar pájaros en el cielo con una linterna —precisó Oswald mirando despreocupado el cielo.

Las sirenas insistían, vomitaban sus lamentos torturantes emitidos con toda la potencia hertziana desde los cuatro puntos cardinales de la ciudad, sin ofrecer más opción a sus aterrorizados oyentes que la creencia firme de que la muerte buscaba hotel. Otra bomba en una calle colindante aumentó considerablemente el pánico. En el descompuesto cielo parpadeaban rayos silbantes y chorros de fuego. Centenares de transeúntes corrían enfundados en sus abrigos cuando la serenidad prusiana de Charlottenburg se extinguió como si alguien hubiese apagado una vela: la iluminación de grandes edificios y mansiones se apagó con un solo soplo para evitar que fuesen objetivo de las bombas. También las farolas de las principales vías.

—Tenías razón, Oswald, ahora yo también puedo oler la pólvora...

Oswald Ford ya no estaba a su lado. Se había escurrido, con tanto sigilo como cuando abandonaba el Adlon, mimetizado en la nebulosa de la gente que aún cruzaba aceras, calles, esquinas, oculto en su propio silencio bajo las sirenas. Según oscurecían y vaciaban las calles también lo hicieron los últimos autos a ambos lados de la Bismarckstrasse.

—Supongo que será difícil tomar un taxi...

No resultaba baladí su apuesta. Únicamente logró avistar vehículos militares, escoltados por motoristas que circulaban desenfrenados, presurosos por llegar a sus puestos.

—No tendré más remedio que ir caminando...

Abotonó su abrigo y tomó la decisión de encaminarse los varios kilómetros distantes de la Pariser Platz.

—Ahora soy yo quien parece un golem.

Prendió un cigarrillo, para fumarlo como Houdini, y con el temple que otorga la necesidad anduvo dos centenares de metros entre cafés cerrados y farolas apagadas.

—¡Doctor!

Ni siquiera volvió la cara. No reconoció la voz ni la llamada.

—¡Doctor Parker! ¡Doctor Parker!

En su cabeza los pensamientos se sucedían a la misma velocidad que su caminata. El coro febril del *Carmina Burana* retumbaba en su interior una y otra vez, combatiendo con las sirenas y las baterías instaladas en el cercano zoológico. El cuaderno bajo el esmoquin, la falta de noticias sobre su madre, la sublimación de Oswald Ford, el bombardeo de Berlín...

—Todo esto es una locura...

—¡Rudolf!

Ahora sí oyó. Miró a su derecha y a velocidad de peatón avanzaba un pequeño coche conducido por ella.

—¡Rudolf! ¡Suba!

—¡*Fräulein* Gruenewald!

—Parece que le han dejado solo en el trasatlántico. Todos se han tirado por la borda menos usted...

—Sí, es cierto. Creo que me despisté, buscaba a Ford, y de pronto... bueno, me vi solo debajo de esos fuegos artificiales... ¿Qué podía hacer?

—Vamos, suba. Será mejor que le acerque a su hotel. No es recomendable deambular por ahí. Menos aún si tenemos una noche caliente.

Más allá de la apreciación de Mona Gruenewald la noche se manifestaba caliente a las claras, no en vano se toparon con un camión de bomberos seguido de

furgones militares para apagar un incendio y tomar posiciones en el oeste de la capital.

—¿No cruza por Tiergarten?

—¡No! Ahí están algunas baterías defensivas, ahora mismo es un diminuto frente de batalla. ¿Quiere cavar una trinchera? Pero no se preocupe, doctor Parker, esto sólo es una pequeña borrasca inglesa. Una escaramuza: las abejas atacan el sueño del oso berlinés.

—No creo que unos pocos aguijonazos intimiden a un oso tan grande.

—Al menos lo distraen para que no llegue al panal. Y demuestran la capacidad para romper las barreras de Goering. Pero no creo que usted se asuste.

—¿Asustarme? Me parece una noche fantástica.

—¿Porque le ha saludado el Führer? Millones de alemanes no lo conseguirán jamás.

—No... No...

¿Por qué no decirlo? ¿Acaso no había ingerido algunas copas de champán, y esos cócteles con nombre de flor? ¿Qué mayor naturalidad para un funambulista que detenerse a mirar los pájaros en mitad de la cuerda? Sí, se parecía tanto a Ida Zimmermann que sólo bastaba cerrar los ojos un segundo y revivir uno de aquellos paseos en el *Chevrolet* de la fotógrafa neoyorquina metiendo el morro en el puente de Brooklyn.

—He asistido a un soberbio espectáculo musical, he conocido a gente interesante, he sido halagado, incluso he sorbido tres cócteles con nombre de flor. Y tengo la oportunidad de ver en directo una... ¿cómo ha dicho?

—Pequeña borrasca inglesa...

Varias calles antes de llegar a las inmediaciones de la Puerta de Brandenburgo, donde se ubica el Adlon, detuvo Mona su coche.

—No es un buen momento para acercarse —dijo.

—¿Qué ocurre?

—Máxima alerta. La Pariser Platz se hallará rodeada por la Gestapo. Es probable que Goebbels se encuentre en el Ministerio. Cuando hay bombardeos siempre acude a su guarida, debe estar en contacto directo con el Führer. Ahí se recibe toda la información del ataque. Si nos acercamos es seguro que nos paren para identificarnos. Si va usted solo podría tener problemas, y es probable que pasase la noche en Albrechstrasse. Si vamos juntos las probabilidades se multiplicarán por cinco.

—Siento causarle estos inconvenientes...

—No se preocupe. ¿Le apetece un café?

Rudolf la miró complacido. No eran más que las doce de la noche, *hora del Reich*.

—Conozco un bar cerca de Giesebrechtstrasse.

La fotógrafa arrancó el auto y se dirigió al norte, intentando alejarse de la zona del Reichstag, buscando la supuesta seguridad de un local abierto en el Berlín oeste. El renovado ulular de las sirenas antiaéreas impidió, sin embargo, que pudieran acercarse a ninguna parte y Mona no tuvo mejor opción que detener su coche bajo los árboles de una plaza.

—Parece que la borrasca arrecia...

—Sí —dijo ella—. Será mejor esperar la calma. Está prohibido conducir en las circunstancias excepcionales. Y estas lo son... Sin duda, el ataque más virulento desde que comenzó la guerra.

Los dos miraban el cielo, fulgurantes estallidos de docenas de proyectiles que parecían rebotar en la piel de la noche, tensa como la de un tambor, y evocar los atávicos tantanes de la guerra.

—Sí, supongo que son circunstancias especiales... Ustedes se lo toman con calma. No puedo imaginar qué ocurriría en Nueva York en una situación similar.



—Bajo las mismas circunstancias, los mismos comportamientos...

Rudolf le ofreció un cigarrillo. Ahora fue Mona quien se fijó en la pitillera.

—Hache, hache. Si a Leni le ha parecido un fetiche es que lo es.

—En realidad no me pertenece... Un amigo la dejó olvidada en casa.

—¿Vives solo?

—Sí. ¿Y tú?

—Puedo pagarme un pequeño apartamento. Mis padres tienen una tienda al otro lado de la ciudad. Pero, debido a mi trabajo... Ya sabes, siempre andamos de un sitio a otro. Adonde va el Führer, va Leni... Y donde va Leni, voy yo...

—¿Qué piensas hacer cuando acabe la guerra?

Mona soltó una bocanada. Lentamente. Entornó los ojos y susurró sus sueños.

—Me gustaría dirigir películas, como Leni... Ser una mujer independiente. Vivir mi propia vida.

—¿No tienes novio?

—No... Las mujeres como yo no tenemos novios sino profesión, doctor Parker...

—Creí que ya me llamabas Rudolf.

Mona Gruenewald asintió sonriendo. Era una joven de veintipocos años, más atractiva que bonita, elegante, con bellos proyectos, como Ida Zimmermann.

—Está bien, mientras continúe la borrasca te llamaré Rudolf...

—Todavía no te he dado las gracias por haberme recogido en la ópera. De no haber sido por ti, no sé adónde habría logrado llegar...

—Fue casualidad. Eras el único transeúnte de la Bismarckstrasse. Me pregunté, ¿quién puede ser ese loco?

—Aquí le tienes...

—Sí. Casi no podía creerlo.

—Pues yo creí que me perseguías. Hubiese sido más romántico.

—¿Perseguirte? Ya estás bastante perseguido. Te hemos acribillado a fotografías saludando al Führer.

—Sí, por un momento pensé que me electrocutaban.

—Cuando alguien llama la atención de Adolf Hitler éste se detiene de súbito, presa de un tic especial, imperceptible a muchos, pero no a los objetivos de las cámaras. Si el canciller adquiere esa expresión... se disparan espontáneamente...

—Por lo que cuentas, parece un hombre dotado de aureola.

—Eh, sólo es un chisme que circula entre sus admiradores. Incluso aseguran que en las fotografías aparece un resplandor extraño en torno a su imagen...

—¿Qué piensas realmente de él?

—No sé... A veces me parece un hombre admirable, y otras un monstruo. Alguien sin vida propia, manejado a capricho por el destino, el barítono de una ópera trágica, algo así. Tú le has trasplantado el corazón a un mono, pero Hitler se lo ha trasplantado a Alemania. Un día creo que es un elefante despejando sendas en la selva, y al siguiente que es un asno persiguiendo inútilmente una zanahoria.

Las sirenas ahogaron su aullido. A no ser por los ciclópeos haces de luz buscando aviones ingleses se diría que Berlín se hallase en estado de muerte aparente.

—Esperemos un rato más. Si al cabo de media hora no apagan los focos, será arriesgado acercarse al Adlon.

—Podría pernoctar en otro hotel...

—No es buena idea. Están infectados de agentes de la Gestapo. Y esto incluye el Adlon. Bien, por lo menos han acallado las sirenas. Eso significa que podemos salir de aquí. Hace frío.

La mujer condujo un buen rato. Volvieron a cruzar el río Spree por

Charlottenburg y se dirigieron al sur de la capital, a una calle de Wilmersdorf. Rudolf la miraba, embelesado como en aquellas noches neoyorquinas cuando recorría el perfil de la pequeña geisha de Brooklyn. Si Ida Zimmermann era la mujer a quien atribuía la capacidad de encantar a los pájaros, Mona Gruenewald era la mujer que...

—¿En qué piensas?

Ella detuvo el coche.

—Lo siento... Me había distraído.

—Casi dormías. Un café te despejará.

—Finalmente hallaste un bar abierto...

—No. Vamos a mi casa. Vivo ahí.

Parapetada tras sus cámaras fotográficas se mostraba fuerte, grande, protegida como un guerrero con triple coraza. Ahora sin ellas, a las puertas de su casa, parecía frágil, una talla más pequeña, hecha del mismo material que una muñeca y no aquel sucedáneo de Leni Riefenstahl que esperaba a pie de pista en Tempelhof el avión de Lisboa. Cuando bajaron del coche la resguardó en su abrigo. Subieron a casa y, junto a la puerta, aprovechando los intermitentes resplandores de los focos antiaéreos, se miraron. Ella temblaba.

—No debemos encender la luz.

A lo lejos se oían algunas explosiones.

—Parece que vuelve la borrasca inglesa —dijo él.

—Sí...

Se oyó una fuerte detonación, no lejos. Entonces, Rudolf la rodeó instintivamente con sus brazos. Ya no eran un hombre y una mujer en el centro de Berlín, sino dos seres solos en el mundo. No pronunciaron palabra, ni siquiera un susurro. Él la abrazó, y la besó suavemente. Mona mantuvo la mirada perdida. Sus labios estaban fríos, y su aliento era fluvial, como el relente del Spree.

—Lo siento...

La mujer se destocó el sombrero francés y levantó la mirada.

—Prepararé ese café...

Entró a oscuras en la cocina. Él la siguió. ¿Qué buscaba de ella? No obtendría respuesta que el rabino Jacobson no hubiese encontrado en sus libros. Sí, posiblemente volvía a comportarse como el noctámbulo golem de la Bismarckstrasse.

—Han cortado el gas...

Mona se giró. Según levantaba la barbilla se le bajaban los párpados, con automatismo similar a los de esas muñecas. La tomó por la cintura. Ella se dejó llevar. Se besaron, sin frenesí, lo que no evitó que por azar se rompiese el collar y las perlas cayeran, como diminutos obuses de pasión, y rodaran en la cocina.

Los cuatro integrantes de la *Comisión Butenandt*, acompañados por el secretario de la embajada, Robinson, desayunaban en uno de los elegantes salones del Adlon, bastante concurrido, rodeados de corresponsales de radio, prensa y televisión, esencialmente adictos al Tercer Reich, mientras leían los periódicos del día, donde a cuatro columnas se mofaban del ataque nocturno de la RAF catalogándolo de inocuo. Paradójicamente también se referían a la cobardía y ruindad anglosajona señalando algunos daños menores a *estatuas y jardines* que la borrasca británica produjo durante buena parte de la noche.

—Pues yo he dormido estupendamente... —señaló Leonard Kruger.

Sus compañeros no dijeron nada. Continuaron absortos en los diarios y de vez en cuando tomaban un trago de café, acaso se miraban de soslayo y volvían a sus periódicos cual si pretendieran aprendérselo de memoria.

—Ha sido el ataque más intenso desde que empezó la contienda —señaló el secretario Robinson.

—No obstante, las baterías alemanas respondieron a la perfección. Lea usted mismo, apenas se contabilizan algunos destrozos sin importancia. Se necesitaría un ataque de esos cada cinco minutos para hacer temblar al Reich.

—Parece que confía usted mucho en Alemania.

Conrad Lloyd terminó su café y sopesó sus palabras ante el secretario.

—Reconozco que estoy profundamente impresionado por la cultura de este país. No me negarán que el espectáculo en la Casa de la Ópera no resultó de primer orden. Yo diría que...

—Yo diría que vi a gente corriendo como conejos cuando oyeron la primera bomba... —replicó Oswald Ford con su habitual acento malhumorado.

—Tal vez usted no apreciara el mensaje, la belleza encriptada en esa cantata... El público vibraba.

—¿Mensaje? ¿Belleza? ¡Tonterías, doctor Lloyd! Cualquier espectáculo de Broadway me estimula más que esos cantos... ¿Cómo los llamaste, Kruger?

—De monasterio... —respondió éste.

Conrad Lloyd se ajustó sus gafas y volvió a abrir el periódico para descargar en él su mirada de rabia.

—Es una música compuesta para llenar de vigor al pueblo alemán...

—Doctores, creo que es preferible orientar nuestros comentarios hacia campos menos comprometidos.

Robinson invitó con un gesto a sus acompañantes para que miraran en derredor.

—No olviden —advirtió con diplomática sonrisa—, que Alemania es un país en guerra.

—Pero no contra los Estados Unidos de América...

—Así es, doctor Lloyd. En efecto...

El secretario de la embajada intentó apaciguar los ánimos retornando a los verdaderos cometidos de la comisión.

—Hoy es domingo, así que pueden ustedes visitar la ciudad, aunque aconsejo que no se alejen demasiado de las inmediaciones del hotel.

—¿Lo avisa usted por si vuelven a bombardear los ingleses? —preguntó Kruger.

—Sólo bombardean de noche, Kruger... —respondió Oswald—. Si lo hicieran de día para las baterías alemanas sería como cazar patos.

—¿Y usted qué piensa, Parker? Ya es una suerte que consiguiera llegar al hotel. Hasta el amanecer toda esta zona estuvo custodiada por agentes de seguridad. Muchos clientes bajaron a los sótanos.

¿Qué podía decir? ¿Improvisar que se difuminó entre las sombras, que logró

atravesar sin ser detectado el espeso cordón de seguridad en torno a la Pariser Platz, entrar en el Adlon, reclamar su llave y contemplar cómo el cielo de Berlín se tornaba azul y rojo desde la ventana de su habitación? Había permanecido callado, inmerso en el formol de sus pensamientos. Mantenía el periódico desplegado, pero a modo de cinematográfica pantalla, pues por su cabeza todavía pasaban las imágenes rodadas en la penumbra de amor, y cuanto respiraba, sorbía, olía, le traían el efluvio, el olor, el sabor, el susurro de porcelana de Mona Gruenewald.

Rudolf miró la hora.

—Espero que Viktor Gardner no se retrase. Estoy impaciente por valorar al babuino.

—Tal vez haya muerto de un infarto a consecuencia del bombardeo —bromeó Kruger.

—El espécimen ha superado con éxito las primeras veinticuatro horas. Ayer sábado le visité; respondía satisfactoriamente a algunos estímulos, aun dentro de la resaca anestésica. Se halla asistido por cuidadores especializados. Su bombardeo llega hoy: deberemos evaluar sus constantes vitales con más determinación.

—Oh, no sea modesto, Parker, yo mismo he visto y oído a los científicos alemanes referirse a usted con admiración... Todo el mundo quería ayer estrechar su mano. Ha sido un éxito. ¡Y le saludó el Führer!

Desde luego, era preferible detallar cada paso del estado del papión Anubis antes que faltar al principio de *Kadavergehorsam*. Si llevaba con absoluta discreción el plúmbeo manuscrito, y ocultaba tras un telón de silencio sus verdaderos cometidos en Alemania, ¿cómo iba a relatar a sus colegas que mientras Berlín era bombardeada, cuando los gigantescos focos aún buscaban aviones en el cielo, él flotaba haciendo el amor con la fotógrafa del Reich?

—Doctor Parker...

Allí estaba el asistente de Adolf Butenandt. Viktor Gardner apareció tan radiante como la dominical mañana berlinesa. Con traje civil y una pajarita. Más que nunca le recordó a Sam Lebowitz.

La avenida Under der Linden le resultó tan luminosa como Gardner. Bajo la mañana, tanto el jinete como los cuatro corceles que coronan la Puerta de Brandenburgo relucían cual si fueran de auténtico oro. En las aceras berlinesas, y en los senderos florales de Tiergarten, la multitud caminaba despreocupada, las pavorosas sirenas de la noche eran sólo un recuerdo, ahora se oía cantar a los primeros pájaros, y las risas de los niños correteando alrededor de las fuentes. Los tranvías atravesaban las calles como si nunca hubieran dejado de hacerlo, a pesar de la economía de guerra gran número de autos cruzaban por doquier, en el aire no quedaba vestigio de esa pólvora que aspiraba el enigmático Ford, pues volvía el aroma a café y salchichas, y las cuatro hileras de tilos que dan nombre a la avenida ayudaban a ensoñar una capital ideal, sin las ataduras de estandartes y banderas nacionalsocialistas, un Berlín que todavía conservaba un puñado de purpurina y la nobleza de años pasados.

—Es una ciudad muy hermosa...

—Me alegro de que le guste Berlín, doctor Parker.

—¿Es usted berlinés?

—Oh, sí... Cuatro generaciones. Uno de mis abuelos llegó a cazar osos en estos parques.

Gardner giró a la derecha y tomó la carretera que lleva directo a los Kaiser Wilhelm de Dahlem.

—Usted nació en Nueva York, pero nadie procede de allí excepto los nativos... ¿De qué lugar de Europa...?

—Bien... Un poco de Irlanda, y me temo que otro tanto de Inglaterra, y, bueno,

si me analizara la sangre a fondo es probable que encontrase una gota algonquina... Los americanos estamos algo mezclados.

—Si hubiera nacido en Alemania, sería un genuino representante ario. Lo ha reconocido Eugen Fischer, y su reconocimiento de pureza racial equivale a poseer un carnet acreditativo. Es extraordinario que en Estados Unidos logren convivir tantas razas distintas.

Sólo mantuvieron comentarios de esta naturaleza gaseosa durante los quince kilómetros que separan Dahlem de Berlín. Viktor Gardner detuvo el vehículo justo en la entrada de Bilogía, donde esperaban Adolf Butenandt y el director general de los prestigiosos institutos, el científico septuagenario capaz de medir con un solo golpe de vista la proporción exacta de pureza racial en sus congéneres.

—Doctor Parker —le dijo el veterano doctor—, le agradezco sobremanera que se haya dignado a venir en domingo.

—Doctor Fischer: no me perdería la evolución de nuestro paciente aunque hubiese tenido que volar dos veces desde Nueva York.

El circunspecto Adolf Butenandt le estrechó la mano con sincera cordialidad. No era hombre que sonriera, su natural aspecto grave se reforzaba por la cicatriz del rostro, tampoco era cardiólogo, pero esta intervención única le mantenía tan involucrado que en sus pupilas no cesaban de fulgir la emoción y el interés por el resultado del trasplante.

—Número Uno le está esperando, doctor Parker.

Los tres médicos entraron en el instituto y se dirigieron a la sala donde mantenían en cuidados intensivos al papión Anubis. El doctor Armin Edelberg estaba al cargo del servicio de vigilancia, ayudado por la enfermera *Fräulein* Ema.

—Se niega a tomar alimentos. Se lo administramos por vía parenteral...

Rudolf se acercó al convaleciente animal, todavía asegurado en aspas a una camilla. El Anubis subía pesadamente los párpados, mostraba un momento sus iris de color naranja y volvía a cerrarlos, y ni siquiera reunía fuerza suficiente para arrugar su largo hocico de perro. Su respiración resultaba agitada, convulsa, la temperatura algo alta, aunque lejos del colapso. Le realizó un estudio visual completo, apreció el poco brillo de su pelaje, el color de sus fauces y encías, la flexibilidad de los dedos. Seguidamente la perfecta evolución de la cirugía torácica.

—La respiración abdominal es de diecinueve por minuto, doctor Parker. La frecuencia cardíaca no supera los ciento cincuenta latidos. La temperatura basal no baja de los 40°C.

Rudolf asintió con preocupación.

—Supongo que son parámetros normales después de una intervención de esta envergadura... —apuntó Eugen Fischer.

—Al no haber infección severa afirmamos que Número Uno ha conseguido evitar el rechazo hiperagudo. Pero debemos contar con la hipersensibilidad retardada.

—En principio no se advierten claros síntomas de rechazo... —advirtió Armin Edelberg.

—Bien, estos primates tienen un doble sistema respiratorio. Uno es abdominal; el otro, cardíaco. En Número Uno la respiración abdominal está muy elevada para contrarrestar su deficiente respiración coronaria. Su ritmo cardíaco no es armónico, no hay periodicidad, sino arritmia. Cuánto tiempo será capaz de aguantar el organismo con un órgano extraño es un misterio que se aclarará, a lo sumo, en una o dos jornadas.

—De eso quería hablarle, doctor Parker. El otro día mencionó usted las consecuencias previsibles con respecto al rechazo.

—Así es...

—El sistema inmunológico del receptor se activará desde el primer momento...

—Puede darlo por seguro.

—Entonces...

Adolf Butenandt se echó las manos a la espalda y giró una, dos veces hasta que clavó los ojos en el rostro del babuino.

—Podríamos intentar bloquear la agresiva respuesta del sistema receptor. He proyectado un protocolo de inmunosupresión. Quería consultar con usted algunos aspectos del mismo.

Rudolf sabía que el Premio Nobel no hablaba de magia sino de sólida realidad. Si había un bioquímico en el mundo capaz de engañar con sustancias un sistema inmune ese era Adolf Butenandt.

—He pensado en un cóctel que podría ser la solución. Administración de corticoides: se metaboliza por hígado, y los babuinos lo tienen de acero; y también, a través de radiaciones equis; quedará estéril pero no creo que al papión le importe mucho. Con sesiones controladas tal vez podríamos suprimir sus defensas.

—Su máquina de circulación extracorpórea nos ha impresionado a todos. Pero es de vital importancia que Número Uno tolere el órgano trasplantado. De vital importancia para el Reich.

Las palabras de Eugen Fischer secundando al doctor Butenandt resultaron tan sentenciosas que adquirieron solidez superior a si hubiesen sido grabadas en granito.

—Bien, técnicamente la intervención ha resultado correcta: no hay hemorragias y la tensión es adecuada. Su evolución es lo preocupante. Ese cóctel que usted sugiere es posible que dé resultado. Después de todo es cuanto tenemos. Si no actuamos dudo que Número Uno soporte veinticuatro horas más, acaso ni siquiera doce...

Parte considerable de la mañana estuvieron asistiendo al exangüe mono, al que se le escapaban los latidos uno a uno según pasaban los minutos. Le fueron administrados corticoides, y asimismo fue radiado, según el protocolo establecido por Butenandt.

A mediodía se reunieron a tomar el almuerzo los tres doctores, Fischer, Butenandt y Rudolf.

—Ha demostrado una pericia singular como cirujano cardíaco, doctor Parker. Todos nuestros colegas así lo han admitido. Además, esa máquina milagrosa se debe a sus investigaciones, su dedicación y su talento. ¿Cree usted con firmeza que se podría aplicar a un ser humano?

Eugen Fischer se alisó su barba de chivo y tomó un somero trago de cerveza.

—Sin embargo —continuó—, ese Anubis experimental sería válido para otros babuinos, tal vez para otros monos de especies análogas... Lógicamente, para dar el salto a trasplante de corazón en humanos habría usted de contar con modelos experimentales de similar naturaleza.

Rudolf miró a Adolf Butenandt. ¿Se reproducía la conversación en la cena con Brandt, Rascher y August Hirt?

—Todavía no he reflexionado seriamente sobre ese asunto, doctor Fischer. Para que una operación de esta índole se considere científica y pueda ser aplicada sin riesgos a personas, se necesitarían media docena de pruebas con total éxito antes de emprender una aventura de ese calado. Solucionar el problema del rechazo es un foso médico, bastante profundo, que todavía no hemos saltado satisfactoriamente.

—¿Y en el caso de que sí fuera posible tender un puente sobre ese foso, doctor Parker? ¿Trasplantaría el corazón a un hombre?

—Antes debería tener un corazón donante. Un órgano fresco, recién extraído... máximo una hora antes, no creo que se pudieran avivar las brasas cardíacas pasado ese tiempo, doctor Fischer.

—Avivar las brasas cardíacas... Hablando así corrobora usted el espíritu de viejos científicos.

—Bueno, yo no soy Frankenstein, como me ha llamado el doctor Brandt. Una hora es el tiempo máximo que he conseguido mantener extracorpóreamente el corazón de un rhesus y luego trasplantarlo con relativo éxito.

—Una hora es mucho tiempo, doctor Parker. Con algo de fortuna se podría establecer un preoperatorio en ese tiempo. Si el paciente no está en ayunas...

—Se le vacía el estómago... —apuntó Butenandt.

Rudolf apuró su jarra de cerveza. Otra vez tenía la incómoda sensación de hallarse bajo el dintel de una puerta. Dar un paso en cualquier sentido equivaldría a salir o a entrar.

—Es la una de la tarde —precisó Eugen Fischer—. No tengo más remedio que marchar. Mis obligaciones lo exigen. Por cierto, ¿qué tal pasó la noche, doctor Parker?

—La obra musical me pareció fantástica. Sacra Alemania. Si se refiere al bombardeo nocturno... me resultó sobrecogedor.

—¿En qué hotel se hospeda?

—Hotel Adlon...

—Ah —dijo Eugen Fischer retocándose su barbita—, un lugar privilegiado para contemplar la desesperación inglesa... Seguiremos hablando, me es de especial interés conversar con usted.

Rudolf Parker y Adolf Butenandt permanecieron en silencio un par de minutos. Finalmente el médico alemán se decidió a preguntarle sobre sus intenciones.

—No sé qué quieren de mí. Ya tienen la máquina, y hemos realizado una intervención. Todo ha salido correcto. No creo que yo pueda aportar nada más a la ciencia alemana.

—Tal vez sí, doctor Parker. El Reich quiere ser el primer estado en practicar con éxito un trasplante coronario. Pero no crea que se trata únicamente de llegar antes que otros a la cima de un monte y colocar allí nuestra esvástica.

—Dígame sin rodeos...

—En realidad yo no estoy facultado para dar cierto tipo de detalles internos. Pero, suponga que una alta personalidad del Reich necesitara ese trasplante como única alternativa terapéutica. ¿Usted se atrevería a trasplantar el corazón al presidente Roosevelt si su gobierno se lo pidiera?

Rudolf se miró las manos, tal como hubiese hecho Thaddeus Lewis en su lugar.

—Si fuera su única posibilidad de seguir viviendo, y tuviese un órgano donante óptimo, y un buen equipo, sí. Pero le aconsejaría a Roosevelt que delegase sus funciones y redactara su testamento: en el hipotético caso de que superara la operación, estaría condenado a vivir en una habitación cerrada. Permanentemente. En una atmósfera estéril. Cualquier catarro podría matarle. Y lo mismo le ocurrirá a Número Uno.

En ese momento llegó Viktor Gardner. Butenandt miró la hora.

—Piense en lo que le he dicho. ¿Le acercamos al hotel?

—Antes me gustaría visitar al paciente.

## Capítulo Séptimo

Así lo hizo. Pasó dos horas examinando la evolución del Anubis Número Uno y ordenando sus poliédricos pensamientos. ¿Dónde recapacitar? ¿A qué fulgor dirigir la vista, a qué dirección sus pasos? El cuaderno del bermejo Jacobson le quemaba de continuo: cada número era un hierro al rojo vivo, una marca cabalística que se grababa en su piel; las propuestas de los cirujanos favoritos del Tercer Reich: encabezar una operación de trasplante coronario con personas... le atraía y aterraba en igual medida; las preguntas, bienintencionadas o no, tanto del secretario Robinson como del antropólogo Eugen Fischer, ¿*Qué tal pasó la noche?*, le llenaban de estupor y le mantenían en permanente estado de alerta. ¿Y Mona Gruenewald?

—Ahora lo más importante es tomar ese té.

En efecto, a partir de las tres y media permanecieron en la cafetería del instituto biológico, saboreando un café y, paradoja, considerando todas y cada una de las posibilidades que un té enigmático le podría ofrecer. ¿Acaso era el momento de entregar el cuaderno? ¿Tal vez recibiría noticias sobre el paradero, o destino, de su madre? No eran sino interrogantes, pero, al menos, uno u otro contacto estaba a punto de producirse.

—¿Doctor Parker?

Quien preguntaba era un hombre de mediana edad, uniformado como un taxista berlinés, de aspecto muy afable, tanto que a pesar de su mostacho hitleriano, como miles de alemanes, sería la última persona que nadie esperara hallar dentro de un templo nazi.

Rudolf apuró su café y le miró en silencio. ¿Qué decirle?

—¿*Herr* Parker? Haga el favor de seguirme, su coche está preparado.

Rudolf le siguió. Hicieron un pequeño recorrido, rodearon el edificio del Kaiser Wilhelm y llegaron al vehículo, el modelo más común en Alemania.

—¿Quién es usted?

—Hans.

El hombre le invitó a subir. Salieron de Dahlem-Berlín y se dirigieron a la capital, con dominical lentitud.

—¿Quién me invita a tomar el té, Hans?

El hombre sonrió, ni siquiera apartó la vista del parabrisas.

—Yo no sé nada de tés, señor, pero hace un día precioso, ¿no le parece?

Tal respuesta no tuvo más que invitar al silencio. El sereno conductor recorrió Charlottenburg, después el centro de Berlín, sin prisas. Rodeó el Reichstag, la Puerta de Brandenburgo, incluso las cercanías del hotel Adlon, para volver a dirigirse al sur de Tiergarten y tomar de nuevo la dirección de Dahlem.

—¿A dónde me lleva usted?

El hombre volvió a sonreír.

—A tomar el té, doctor Parker.

Con su gran aplomo, el conductor no tuvo reparos en cruzar por las inmediaciones de los Kaiser Wilhelm, donde le había recogido media hora antes. Allí volvió a tomar una carretera más al sur, bordeando un lago de aguas tan quietas que el cielo se reflejaba con nitidez absoluta en su superficie. A lo lejos se veían algunos veleros que se desplazaban en ese espejo de mercurio, como piezas ornamentales de un gran reloj de autómatas y no como lejanos barcos de recreo.

—Gran Wannsee... —indicó el conductor.

Cinco minutos después detuvo el auto en un garage escondido, donde aparcado esperaba otro vehículo a las claras más lujoso, propio de un mariscal, bellissimo, aristocrático, de una considerable longitud y esbelta fortaleza: la blanquinegra rueda de repuesto a la vista con sus radios plateados, volante de madera



noble y brillo de charol. El hombre cambió su sombrero por una pomposa gorra de conductor, y con un gesto de cortesía invitó a su pasajero a subir al nuevo vehículo.

—Pequeño Wannsee...

Fue lo único que mencionó aquel sujeto señalando un apéndice del lago grande con forma de oruga y nombre propio, antes de girar definitivamente y cruzar el puente que separa Berlín de Potsdam.

Sorteado aquel puente dorado tuvo Rudolf Parker la sensación de empujar las puertas de otro mundo, tanto espiritual como físico, existente a poco más de veinte kilómetros de la Puerta de Brandenburgo, protegido por la inexpugnable barrera de coral que levantan con los años el lujo y la riqueza. En la gran isla que comparte nombre con el lago el sol alumbraba de otra manera, y el aire parecía compuesto de gases distintos a los del resto de Alemania, incluso las nubes, al pasar por encima de ese pedazo de cielo, daban la impresión de ser menos gaseosas, y sí compactas y flotantes como auténticos zeppelines celestes. Por algunos minutos las preocupaciones pasaron a un segundo lugar. Pacíficas avenidas, colmadas de primitiva floresta, árboles corpulentos, recodos imposibles, inmejorables vistas a las bahías del lago... y los edificios. Diríase que todas las mansiones que aparecen en cuentos y sueños estaban allí diseminadas al albur, cual si caprichosos dioses las hubieran construido por divertimento en el Olimpo y luego, distraídamente, las hubiesen dejado caer sobre Wannsee, tal impresión evocaba arquitectura tan feérica. Palacetes, castillos unifamiliares de puntiagudas torres, abadías seculares con pináculos y adornos de ladrillo, viviendas que semejaban pequeñas catedrales góticas, decenas de caserones afantasmados y tapizados de hiedra, algunos de enfermiza fantasía, que se levantaban en el centro de laberínticos setos, recias mansiones teutonas camufladas en el insistente barroquismo de sus jardines, porque hasta la hojarasca parecía vaciada en bronce, puesta allí por un decorador sublime, como los balnearios privados salpicados por las orillas del lago, en cuyas largas cornisas anidaban en formación cormoranes lacustres que saludaban, alas desplegadas, al templado sol de la tarde. La brisa del Wannsee empapaba aquellas avenidas, con tan perfumada humedad que al tiempo cronológico le costaba continuar su curso y era el tiempo anímico el que envolvía la realidad en un presente imperecedero, tranquilo, perfecto.

—Alsenstrasse...

El conductor metió el morro del imponente vehículo en la entrada de una finca, sita en la calle que él mismo acababa de anunciar cual un cicerón. El auto recorrió un singular jardín atestado de rocas pulidas, estacas barnizadas y estatuas decadentes que apenas se dejaban entrever en los arbustos, fuentecillas, nidos colgantes, ruedas de piedra... esa suerte de Bomarzo familiar en cuyo centro se alzaba una impresionante casa alemana de tres alturas, múltiples ventanas, dos chimeneas y tejados rojos que caían como velos protectores desde la viga maestra hasta casi tocar el suelo.

A las puertas de esa extraordinaria mansión esperaba una señora entrada en años, de cabello amarillento recogido en un moño y aspecto diamantino a pesar de la aparente fragilidad de su cuerpo.

—Le estábamos esperando, doctor...

Rudolf la miró, impresionado por la postura señorial de su anfitriona. No tenía una idea formada de quién sería su contacto en Berlín, qué aspecto tendría o dónde se realizaría el encuentro, pero difícilmente hubiese imaginado una arquitectura de *Hänsel y Gretel*, en un lugar maravilloso, y recibido por una dama que desbordaba elegancia y maneras.

—Soy Hanna Solf, haga el favor de pasar.

No menos espectacular resultaba el interior de la casa. Rudolf siguió a *Frau Solf* hasta un salón, donde, efectivamente, iban a tomar el té. Allí le recibían otras señoras.

—Doctor, le presento a Elisabeth von Thadden; Fanny von Kurowsky; Irmgard Zarden; y mi hija Lagi...

Una a una las fue saludando con toda cortesía, las dos primeras de edad similar a *Frau Solf*, la jovencita Irmgard, y Lagi Solf, una discreta mujer, algo mayor que Rudolf, quien se movía como una mantis religiosa.

—Es un honor saludarle, doctor... —dijo Elisabeth von Thadden mirándole

desde sus incoloros y redondos ojos de hada madrina.

—Señoras, para mí resulta un placer, bueno, haber sido invitado a tomar una taza de té... No esperaba encontrarme en un lugar tan apacible y bello como es este...

Rudolf tomó asiento. Estaban en un gran salón, cerca de una ventana desde la que podía contemplarse buena parte del jardín y más allá el azul del Pequeño Wannsee. Lagi Solf le ofreció una taza de té, y durante unos segundos ninguno de los presentes se refirió a nada que no fueran terrones de azúcar o la elección de tal o cual pasta.

—¿Se encuentra usted bien en Berlín, doctor?

—Oh, sí, muy bien, *Frau Solf*... Me están tratando estupendamente. Son ustedes, los alemanes, unos anfitriones excelentes.

—Hemos visto su fotografía en el *Völkischer Beobachter*. Se está haciendo usted muy popular en algunas esferas.

—Bueno, sólo ha sido una pequeña conferencia de quirófano. Soy uno de los cuatro integrantes de la *Comisión Butenandt*. Pero, sí, al parecer ese ensayo clínico ha tomado cierto eco.

—Tanto o más que la borrasca británica de anoche...

Así se refirió Lagi Solf al bombardeo.

—Sí, una borrasca británica... Inspirada manera de mencionar un ataque aéreo.

Las cuatro mujeres se miraron.

—Para ser norteamericano habla usted un alemán excelente, doctor.

—Tuve buenos profesores, *Frau Solf*.

—¿Es su primera visita a Berlín?

—Sí...

—¿Y a Alemania?

—En efecto, es la primera vez que estoy en Alemania.

No era absolutamente cierto, pues un mes de abril como este, hacía veintiún años, cruzó en un tren con su madre desde Praga hasta el puerto de Hamburgo. Esas dos décadas habían bastado para borrar paulatinamente los recuerdos europeos, mas sólo siete días en Berlín ya se mostraban suficientes para emborronar no de nuevas, sino de viejas sensaciones muchos espacios vacíos; cada sorbo de aire europeo que respiraba le llevaba una gota de nostalgia a la garganta, sin embargo, estar entre palomas doradas no bastaba para bajar la guardia. Además, la inflexible obediencia al *Kadavergehorsamle* había guardado hasta ahora de dar un solo paso en falso. Esas señoras le habían invitado a tomar el té, ellas debían responder por qué. Él no movería una sola carta en el tapete.

—¿Usted ha estado en América?

—Yo le dado la vuelta al mundo, doctor. Mire la decoración de esta casa y encontrará en ella objetos insospechados.... Mi hija Lagi nació en Samoa...

—¿Samoa? ¡Vaya! Debe de ser una de esas tierras que aun con esfuerzo no logra uno encontrar en un mapa. Eso resulta pintoresco.

—Todavía lo resulta más haber sido saludado por el Führer —dijo la prusiana Elisabeth von Thadden.

—Supongo que ha sido una casualidad. El Führer pasó cerca de mí, podía no haberlo hecho... Al parecer él también me vio en ese periódico, me reconoció y saludó. Una casualidad.

—En Alemania nada es casualidad, doctor...

—Bueno, eso no puedo yo decirlo, *Frau von Thadden*, pero por lo menos es todo extraño. El chófer que me ha traído a esta casa antes me ha regalado un *tour* por Berlín y por isla de Wannsee.

—Tenga en cuenta, doctor, que también debemos tomar nuestras

precauciones.

Rudolf miró a la anfitriona. *Frau*Solf era mujer de exquisita amabilidad y dulce firmeza.

—Alemania es un país en guerra. Externa e interna, doctor. En una trinchera o delante de una chimenea, todos estamos en algún frente de batalla.

—Un país que se acerca lleno de erróneo entusiasmo al precipicio —apuntó *Frau*von Thadden—. Y demos por seguro que en su caída nos arrastrará a todos si antes no lo evitamos —continuó con voz angustiada, terminando la taza y perdiendo su mirada en un cielo imaginario.

—Usted es americano, ¿qué piensa hacer su país con respecto a este asunto? —preguntó con su fuerte acento de Pomerania Fanny von Kurowsky.

—Se mantiene neutral... Pero —Rudolf agitó las manos y sonrió caballerosamente—, yo no soy experto en estas cuestiones, *Frau*von Kurowsky, la alta política no se desarrolla en los quirófanos...

—Tal vez sí, doctor Lorre...

Otras veces había sonado un timbre de hotel, un silbido de paseante, un tintineo de campanilla, siempre un suave e insistente aviso de la conciencia. Pero oír su apellido bastó para ponerle en alerta, erizarle los vellos de todo el cuerpo, hacerle sentir vívidamente que bayonetas heladas traspasaban sus oídos. ¡Lorre! Se habían dirigido a él llamándole Lorre, no Parker, ahora sí se había producido el verdadero contacto, ya no estaba delante de un decorado, ni presenciaba una escena imaginaria donde personajes como estas cuatro cenicientas representaban papeles de relleno. Así era, la persona que acababa de llegar se acercó y le tendió la mano.

—Doctor Lorre —intercedió *Frau*Solf—, permítame presentarle a *Herr*Wilhelm Canaris.

Diríase que surgido al esfumarse un cono de sombra tras un conjuro, apareció ese hombre, de porte noble, discreta estatura y cabello blanco.

—Como afirma *Frau*Solf, unos estamos metidos en las trincheras, otros en los despachos, y algunos, quizá, en los quirófanos, pero no le quepa a usted ninguna duda de que todos estamos en un frente de batalla.

Wilhelm Canaris sostuvo una tacita de té que Lagi Solf le sirvió.

—Lo sé todo sobre usted, doctor Lorre.

—Siento no poder corresponderle, *Herr*Canaris.

—Su presencia en el Reich es delicada.

—Ahora más que nunca. Al llamarme Lorre acaba usted de descorrer la sábana que me cubría.

—A nosotros no nos importa que sea usted judío, doctor Lorre —intervino la anfitriona.

—A decir verdad, ni siquiera lo parece —precisó von Thadden.

—Yo he elegido ser médico, pero no elegí ser judío. En cuanto a mi aspecto, *Frau*von Thadden, siento no tener barba de chivo y tirabuzones colgando de las sienes.

Claramente se sentía incómodo, desnudo en mitad de un paseo de gentiles. Creyó que iban a darle el grial donde estaban vertidas las soluciones, no una simple infusión, asimismo esperaba desprenderse del plúmbeo cuaderno y, sin embargo, se hallaba igual de tenso que delante del Comité Judío de la avenida Amsterdam. No eran Johnson, Ziegelheim, el colérico Aaron Cohen, Thaddeus Lewis o Zacharias Newman, pero aquellas damas miraban de idéntica manera, como hadas severas en torno a un círculo formado con tazas de té en lugar de rabinos alrededor de una mesa de piedra, y envueltas en una luz similar: los espesos reflejos del sol cayendo sobre Wannsee se parecían sobremanera a aquella luz melocotón surtida por los candelabros de la sinagoga.

—No se inquiete, doctor. Su vida no corre mayor peligro que la vida de cuantos estamos aquí.

—¿Para qué me han hecho venir, *HerrCanaris*?

—Tiene una misión que cumplir. Nuestro deber es suministrarle la información necesaria para que esa misión sea llevada a cabo con éxito, doctor Lorre.

Aprovechando que *FrauFanny* von Kurowsky prendió un cigarrillo, él sacó su pitillera talismán. Con absoluta intención la abrió a la vista y la dejó sobre la mesa.

Si Wilhelm Canaris sabía a la perfección que se llamaba Lorre, era sensato pensar que ciertamente poseía la información de la que hablaba.

—Nosotros somos alemanes. Amamos a Alemania. Y queremos una patria libre de judíos.

—Y qué mejor manera para librarse de ellos que hacinarlos en calles cerradas de Varsovia o Praga, cual grandes prisiones, y eliminarlos por inanición, frío, o enfermedad. Eso es exactamente lo que pronuncian las soflamas hitlerianas —advirtió Rudolf.

—Es lo que proclaman, pero no es lo justo.

¿Lo justo? ¿Qué era lo justo? ¿Dar la vida por el bienestar de un pueblo ajeno?

—Desde hace ya doscientos años, ustedes cuentan con un Proyecto Talmúdico cuyos precisos puntos siguen a rajatabla, doctor.

—Ese proyecto al que refiere, *HerrCanaris*, es sólo una burbuja de aire, y en cualquier caso no contempla la destrucción de Alemania, sólo la legítima creación del Estado de Israel. Yo soy médico, un hombre de ciencia. Me debo a mis investigaciones, mi profesión, sólo soy una pieza en un ajedrez histórico cuyas reglas desconozco...

—Adolf Hitler también es una pieza en ese tablero que usted menciona. Pero ni usted ni el Führer son el ajedrecista.

—¿Quién es el ajedrecista, *HerrCanaris*?

El hombre concentró su mirada azulina en un punto interior, y de allí extrajo la eficacia y gravedad de su respuesta.

—Sión.

—Lo ha pronunciado usted con la firmeza de una acusación. No creí que me fuese a encontrar solo delante del enemigo. ¿Acaso he de considerarme en este momento en uno de esos frentes de batalla?

—No somos un pelotón de fusilamiento, doctor Lorre —dijo *FrauSolf*—. El Proyecto Talmúdico y el Proyecto Alemán se anudan en este punto, debemos colaborar a desatarlo, eso es todo. Del buen hacer de su misión también depende el futuro de Alemania. Ambos proyectos son elogiados, pero las personas que están al frente no son las adecuadas.

—Ya se lo he dicho antes —precisó von Thadden—: nos acercamos a sendos abismos, tanto su etérea patria judía como la nuestra. Y no va a resultar fácil detener locomotoras cuando ruedan por una pendiente.

—Por favor... Ya les digo que soy uno entre millones de judíos en el mundo. No hay raíles, *Frau* von Thadden, por donde pueda transitar Israel. ¿Su país rueda por una pendiente? Alemania es la locomotora que siembra Polonia de cadáveres, ocupa Francia y bombardea barrios londinenses cada anoche. Y no con borrascas de artificio como la de anoche en Berlín, sino con tormentas. No soy ningún maquinista de ferrocarril... Ustedes se dirigen a mí como si yo fuera el canciller sionista, y no lo soy.

—Usted, aquí, y ahora, es Moisés, doctor Lorre.

—No le entiendo, *HerrCanaris*...

—Los informes que debe llevar a los Estados Unidos tienen similar valor a las Tablas de la Ley que su dios entregó al patriarca en el Sinaí.

El vicealmirante Wilhelm Canaris hundió la cabeza en los hombros. Parecía un pesimista tranquilo, un idealista prudente que jamás consentiría soltarse de sus

referencias objetivas. Únicamente su estatura resultaba mediocre, pues era un hombre de frente alta, encajada entre dos protuberancias, de nariz larga, fina y rubia, igual a sus pestañas, y labios poco expresivos, que, no en cambio, reforzaban la idea de estar delante de una persona colmada de graves pensamientos y serenas pasiones.

—Y esas Tablas de la Ley no llegarán a Berlín hasta pasada la semana próxima.

—¡Eso no es posible!

—Lo es, doctor Lorre. Por eso está usted aquí. Para pedirle que prolongue unos días su estancia en Berlín.

—¿Unos días...?

—Sólo los necesarios.

—Me temo que no es posible. Nuestra embajada ya nos anunció la partida a América para el próximo sábado. Soy integrante de una comisión, *HerrCanaris*...

—Doctor Lorre, también es prestigioso cardiólogo, ha impresionado tanto a nuestros doctores que le instan a otra demostración quirúrgica. Si acepta colaborar con ellos, podrá mantener su estancia en el Reich dos semanas más sin levantar sospechas.

—¿Usted sabe lo que me está pidiendo?

—Perfectamente.

—Ya no se trata de pobres monos de laboratorio. Los doctores del Tercer Reich, sus médicos, *HerrCanaris*, pretenden hacer un transplante coronario humano...

—Sí.

—¿De dónde cree usted que vamos sacar un corazón fresco?

—Yo soy un marino. Pregúnteme dónde respira el mar y se lo diré. Pero no me pregunte dónde se encuentra anclado el corazón de un hombre.

Rudolf guardó silencio unos segundos. Recapacitó, y al no hallar respuestas meneó la cabeza sonriendo, después giró el rostro a las damas, tal vez buscando una comprensión que no iba a encontrar, pues aquellas delicadas mujeres que tomaban té y mordisqueaban pastas no dijeron una palabra, sólo parpadearon mientras oían la voz del sacerdote Canaris.

—Acepté esta invitación creyendo que iban a hablar de mi madre, que aportarían datos sobre su paradero, y lo único que me ofrecen es el riesgo de perder la vida.

—Conocí a su madre.

Rudolf miró al marino alemán. Prendió un nuevo cigarrillo y tomó asiento.

—El año pasado. En el castillo Faber Kaiser. Una mujer extraordinaria. Su pericia con el bisturí, doctor Lorre, ha llamado la atención del Führer, la pericia de su madre interpretando sueños le encandiló.

—¿Sabe usted dónde está? ¿Se encuentra detenida? ¿En algún campo de concentración? Tiene pasaporte norteamericano... ¿De qué manera...?

—Doctor Lorre, mis departamentos controlan la mayor parte de la información que circula en Alemania, pero no su totalidad. Yo no soy de la Gestapo, si lo fuera —dijo abriendo los brazos y sin alterar su inflexible y clara voz—, ya estaría usted detenido. *Frau Sarah Georginas Parker*, fue trasladada a la comisaría de la Johannestrasse, Núremberg. En esa dirección permaneció tres horas.

—¿Ahí la esperaba el Führer?

—Sí, ahí estaba Adolf Hitler. De qué hablaron durante hora y media, nadie lo sabe. Al amanecer dieron a su madre la posibilidad de abandonar la comisaría. Según mi servicio de inteligencia, justo en la puerta, cuando se disponía a subir a un auto, hubo un atentado.

—¿Contra el Führer?

Canaris tomó la pitillera de alpaca. Miró la doble hache e incluso acarició las

letras con el pulgar.

—El Führer se encontraba en el interior, en uno de sus escondrijos subterráneos. Estaba previsto que trasladaran a su madre a la Embajada de los Estados Unidos como pago por sus servicios.

—¿A la Embajada de los Estados Unidos?

—No se moleste en comprobarlo: pídale que revisen sus archivos y simplemente le certificarán que nunca pisó el edificio de Pariser Platz.

—Dice usted que hubo un atentado...

—Tampoco busque informes al respecto, no los encontrará. El atentado existió realmente, pero es improbable que fuera dirigido a Adolf Hitler.

El vicealmirante continuó curioseando la pitillera. Las cuatro damas del té asistían a la escena cual si contemplaran desde sus palcos una obra de teatro. Un gran reloj dio cinco bronceas campanadas.

—¿Entonces...?

—Doctor Lorre, al menos media docena de grupúsculos judíos, armados, y activos, actúan hoy día en los territorios del Reich.

—Sinceramente, no entiendo qué me quiere decir.

—Lo que *HerrCanaris* quiere decirle, doctor Lorre —apuntó *FrauSolf*—, es que su madre era el objetivo de un atentado llevado a cabo por los propios judíos...

Rudolf miró una a una a aquellas personas. Las someras palabras de la anfitriona no habían disipado confusión y niebla, al contrario: eran harina que espesaban sus ideas y tambaleaban sus propósitos.

—¿Acaso me están diciendo que mi madre ha fallecido a consecuencia de ese atentado?

—No podemos confirmárselo, doctor. Todas nuestras investigaciones al respecto conducen a un callejón sin salida. No sabemos exactamente qué ocurrió, si falleció o resultó herida, tampoco si recibió atenciones, ni donde reside en el caso...

—¿De que aún esté viva?

—Sí.

—Debe usted comprender que me cueste creer cuanto me ha dicho. En el caso de que mi madre colaborara con la Hermandad Judía, ¿por qué iban ellos a eliminarla? No tiene sentido.

—A veces, cuando un agente cumple con éxito una misión, su presencia es nociva para esa misión. Es práctica común, y la ejecutan todos los servicios de inteligencia de los Estados, incluido el judío.

—Ya son las cinco —precisó Elisabeth von Thadden.

—Sí —dijo *FrauSolf*—, no me considere descortés, pero será mejor para todos que ahora se vaya. Créame: ha sido un placer tomar el té con usted, doctor Lorre.

—Por favor, piense en todo lo que le he dicho. Ahora mismo es usted la pieza más importante de ese ajedrez.

—Lo tendré en cuenta, *HerrCanaris*.

Wilhelm Canaris le clavó los ojos. Empinó cuanto pudo su cuerpo y durante unos segundos mantuvo esa actitud.

—Ustedes lo han creado —dijo amasando barro invisible con sus manos—, al menos deberían contribuir a eliminarlo. Una cosa más, doctor Lorre, esta reunión debe considerarla como absoluto secreto. Guárdese de comentar esta velada con nadie, ni siquiera con sus colegas de la comisión. Menos aún con el bioquímico doctor Oswald Ford.

—¿Qué ocurre con Ford?

—Extreme su precaución. Alemania está llena de fanáticos nazis, pero también está repleta de vampiros de Düsseldorf y de espías *pret-à-porter*... Unos juegan con piezas negras y otros con piezas blancas.

—¿Cree que Oswald...?

—Mi labor no me permite creer, doctor Lorre, sino contrastar. Usted habla muy bien alemán, ¿sabe qué significa *Kadavergehorsam*?

—Sí.

—Aplíquelo con firmeza. Ya no se trata sólo de su vida, sino de las vidas de todos nosotros.

El vicealmirante le entregó la pitillera de alpaca.

—Un objeto interesante.

Rudolf asintió. Quería preguntar, cien, mil cosas. Aquellas personas poseían más información a la que había podido asimilar. Sabían cuáles eran sus propósitos, y que era judío: a pesar de su presencia aria, por primera vez en su vida sintió que le habían puesto un cucurucho de reo y tizado la cara.

—Hans le llevará a Berlín.

*Frau*Solf le acompañó hasta la puerta, donde el diligente chófer le esperaba a pie de auto. Abandonaban el recinto cuando hubieron de ceder el paso a dos vehículos, tan lujosos como éste, cuyos pasajeros, al amparo de unas cortinillas, accedían a la tetería negra de *Frau*Solf.

Una hora después estaba en el centro de Berlín. Tal como a la ida, el chófer Hans se encargó de pasearle por Wannsee, cambiar de auto y trasladarlo con lentitud de domingo. Pensamientos antagónicos chocaban en mitad de su frente, no obstante, si pretendía razonar con ellos, se hacían pedazos, se pulverizaban, sin que lograra, siquiera, llegar a palparlos.

—Puede usted dejarme aquí...

Eligió un sitio cercano al Reichstag. El imponente edificio le hizo sentir tanto vacío que de haber tenido ocasión hubiese volado esa misma tarde a Manhattan.

—Tal vez esté ahí dentro la persona a quien deba operar a corazón abierto.

Prefirió caminar sin rumbo, confundido con los transeúntes, como un alemán más, mientras caía una lluvia de meteoritos confusos en su interior.



## Capítulo Octavo

La segunda semana de simpósium, donde esencialmente conferenciaban doctores de los principales hospitales y universidades del país, resultó tan notable en información de avances científicos como la primera. Eminentes médicos del Reich impartieron lecciones magistrales sobre diversos, y en muchos casos oscuros, ensayos de campo.

—Me descubro ante la sorprendente capacidad de la medicina nazi... —dijo un fascinado Conrad Spencer Lloyd—. Si en los Estados Unidos nos permitieran investigar con la libertad que ellos cuentan...

—Probablemente usted ya hubiese conseguido canes de dos o tres cabezas... Auténticos cancerberos como esos.

No era falso lo que apuntaba el especialista cardiógrafo Leonard Kruger, pues el eminente doctor que exhibía una muestra de sus investigaciones en el Kaiser Wilhelm de Biología, el reconocido neurocirujano Julius Hallervorden, con mayor vanidad que rubor, proyectaba ahora una película de su magia científica.

—Esto es inaudito. Aberrante... —exclamó Kruger.

En efecto, las escalofriantes imágenes mostraban un gran perro, un mastín de melancólica mirada, al que habían implantado, colgándole del cuello, la cabeza de otro perro más pequeño. Aquellas secuencias mostraban al bicéfalo ser lamiendo con dos lenguas las manos de su creador, salivando al mostrarles comida o tomando leche ambos del mismo plato.

—Sorprendente... —susurró Lloyd—. ¿Qué le parece, Parker?

—Un gran avance técnico...

—Capaces de incrustar una cabeza, pero incapaces de hacerlo con un corazón.

—Así es, doctor Lloyd. Son grandes médicos, gente como ellos son los que abren ventanas y señalan horizontes inexplorados de la ciencia médica.

—¿Sabes, Parker? Este es el primer paso. Muy pronto no lo harán con perros, sino con...

—¡No diga tonterías, Kruger! —respondió Lloyd—. Sólo son ensayos clínicos, ningún científico alemán quiere llegar más allá de lo hipocráticamente correcto. No olvide usted que alguien debió ser el primero en operar de apendicitis. ¿Se imagina? Abrir el cuerpo de un hombre, cortarle un pedazo y volverlo a cerrar... ¿Qué hubiesen pensado nuestros antepasados de los tiempos de Cristo? Lo mismo que usted, Kruger, piensa ahora de ese neurocirujano. De haber contado la humanidad sólo con científicos débiles y escrupulosos los médicos aún estaríamos practicando hechicería como brujos y chamanes, en lugar de batas blancas nos vestiríamos con taparrabos y plumas, y administraríamos cánticos en vez de antibióticos.

A las doce en punto, *hora del Reich*, concluyeron las conferencias matinales y el centenar de sabios se dispersó entre las cafeterías de los distintos institutos, con los firmes propósitos de continuar discutiendo y no faltar a la germana e irrenunciable ceremonia de la cerveza y la salchicha.

—No parece usted impresionado, doctor Parker.

Rudolf soltó su jarra, se limpió la mano y estrechó la de Sigmund Rascher.

—Doctor Rascher...

Para ser llamado *Herr Doctor Frío* su calor corporal era de una tibieza extrema, y sus manos, sudadas de continuo, al tacto resbaladizas, parecían enfundadas en piel de anguila.

—El doctor Hallervorden tiene mucho interés en conocerle.

Acompañando a Sigmund Rascher venía August Hirt, quien dio de bromas un

taconazo militar y se preocupó de reemplazar a Rudolf en la mesa que compartían, entre otros, el perplejo Lloyd y Leonard Kruger.

—No le veo muy sorprendido —le dijo Rascher.

—Pues lo estoy...

Ambos médicos se dirigían a la sala de exposiciones del Kaiser Wilhelm de Antropología, donde Hallervorden había instalado una muestra de su macabra colección de cerebros humanos. De nuevo se sintió atrapado bajo el dintel de una puerta. No le era grato acompañar a un personaje con el tinte siniestro de Rascher, pero su natural curiosidad científica, máxime después de haber visualizado las imágenes del neurocirujano, y de oír cual un eco las palabras del vicealmirante Canaris en Wannsee, le inclinaron a la simpatía y la cordialidad para satisfacción de *Herr Doctor Frío*.

—Permítame, doctor Parker...

El omnipresente director de Antropología Eugen Fischer esperaba en la puerta del instituto, le saludó con desbordante amabilidad y le presentó al doctor Hallervorden.

—Tenía muchas ganas de conocerle, doctor Parker... Se ha convertido usted en el médico más famoso del simpósium.

—El honor es mío, doctor...

Rudolf abrió los brazos, sonrió y luego miró a los ojos de aquel nigromante de la neurocirugía y maestro del quimerismo.

—Sus experimentos me han impresionado. Jamás hubiera pensando en ensayos de esa índole.

—Es sólo el principio.

Los cuatro médicos pasaron a la exposición. Una docena de vitrinas selladas mantenían en formaldehído cerebros que diferían en forma, tamaño, peso e incluso color, de variadas procedencias, edades y razas, según constaban en minuciosas fichas escritas a mano con la singular caligrafía alemana gótica-fraktur.

—Como puede observar —apuntó Fischer—, contamos con los mejores modelos experimentales. ¿Se imagina una colección parecida de corazones humanos?

—Bueno, no es ése mi propósito, doctor Fischer.

—Tengo entendido —dijo Hallervorden—, que piensa hacer un trasplante coronario...

—Bien... no es una decisión que esté tomada. Claro que me gustaría. Después de ver sus películas, y observar esta muestra de material científico... haber salvado todas esas dificultades técnicas, incluso le dan a uno ganas de imaginar que de verdad existieron los seres mitológicos...

—Nuestros cometidos científicos —dijo Fischer— no son tan diferentes. Usted busca el palpito vital en el corazón... avivar las brasas cardíacas... y el doctor Hallervorden la sustancia negra del cerebro... operar el pensamiento. ¿Qué le parece este espécimen?

El antropólogo señaló una vitrina, y nombró espécimen a lo que sólo era medio. Pues allí, sumergida en formol, perfectamente conservada, se mostraba la cabeza de un hombre seccionada longitudinalmente con diabólica destreza, mostrando por una parte la mitad derecha con sus facciones intactas, por la otra, protegido por la pared de vidrio, su interior de sesos.

—Es un material de estudio inigualable —dijo Rudolf—. Su técnica es de una precisión absoluta.

—Este hemisferio capital es donación voluntaria. Varón... judío... veintisiete años... y eslavo —precisó Julius Hallervorden leyendo sus propias etiquetas—. Debería visitar el grueso de mi colección, estoy seguro de que hallaría ejemplares que suscitarían su interés.

—Sin ninguna duda.

—¿Y cuándo piensa tomar esa decisión, doctor Parker?

Rudolf continuó mirando la mitad de la cabeza del *varón judío-veintisiete años-eslavo*.

—¿Se refiere usted, doctor Fischer...?

—A la intervención coronaria, lógicamente. A nuestra charla de ayer sobre trasplante.

—Bueno... Soy integrante de una comisión norteamericana. A ella me debo. Nuestros pasaportes están supeditados a este simpósium. Cuando finalice también lo harán los visados. Una operación de esa naturaleza, doctor Fischer, no se puede preparar en una tarde, ni siquiera teniendo material donante adecuado y lavando el estómago del receptor una hora antes...

—Eso no es ningún problema, doctor Parker...

La voz de Sigmund Rascher sonó tan hipotérmica como su apodo.

—Si lo autoriza, el Ministerio de Sanidad del Reich pasará sus informes al Ministerio de Exterior, ellos se pondrán en contacto con personal de su embajada y el visado...

—Le será prorrogado... —finalizó el astuto Fischer acariciando su barbita.

—¿Prorrogado?

—El tiempo que necesite para esos preparativos, doctor Parker.

—De cualquier forma deberé consultarlo con el doctor Lloyd, él es el responsable de la comisión...

—Oh... —dijo Fischer meneando las palmas—. Es asunto menor, déjeme a mí. Hemos trabado sincera amistad. Es un hombre simpático y gran especialista. Permita que sea yo quien hable con él.

La sensación fue parecida a la de ayer tarde en casa de Hanna Solf. Se hallaba en territorio enemigo, solo y prácticamente desarmado, ante una propuesta tan bicéfala cual las cabezas caninas de Hallervorden y a la vez seccionada como la de este pobre desgraciado. Tener que decidir le daba escalofríos, por una parte era la posibilidad de su vida, pulsar teclas prohibidas en el piano médico que estos doctores ya habían pulsado; por otra... significaba colaborar con experimentos que estaban más allá de toda ética hipocrática. No existían minas secretas, bancos o cestas a rebosar de corazones nuevos, ¿de dónde pensaban extraer el órgano a implantar? Además, estaba la contundente afirmación de Canaris que aceraba, y mucho, la importancia capital que a este cometido le dieran los siete rabinos de la avenida Amsterdam: *Los informes que debe llevar a los Estados Unidos tienen similar valor a las Tablas de la Ley que su dios entregó al patriarca en el Sinaí.*

—Lo que ustedes me piden es altamente arriesgado. Se pueden dar circunstancias imprevistas que acaben con la vida del paciente.

—La cirugía alemana es un piano con cuerdas nuevas, bien afinado —precisó Julius Hallervorden—. Y usted ha demostrado ser un pianista excepcional. Intentaremos que la partitura sea perfecta, y solamente virtuosos compondrán la orquesta, aún así...

—No vamos a operar a ningún fantasma, doctor Parker. La persona que será intervenida es consciente de las posibilidades de éxito de esta intervención... Hará usted un gran servicio a la Medicina, y al Tercer Reich...

Rudolf miró al destacado genetista y padre de la Higiene Racial.

—Doctor Fischer, sería un gran honor para mí corresponder a la extraordinaria acogida que Alemania dispensa a los integrantes de la *Comisión Butenandt*... Sin embargo, una decisión de este calibre merece, al menos, recapacitar con serenidad...

—Por supuesto, doctor. Aún le restan varios días de visado. Piénselo cuarenta y ocho horas, es un tiempo muy razonable. Después de todo, la intervención no se llevaría a cabo hasta la semana próxima.

—Suponiendo, doctor Fischer, que contásemos con un donante apropiado...

—Exactamente, exactamente...

En lugar de asistir a tediosas conferencias de otras disciplinas, prefirió visitar al papión Anubis, hasta bien entrada la tarde, y evaluar las constantes de su corazón nuevo a los dos días de ser implantado. Armin Edelberg y la enfermera Ema le recibieron con tanta emoción que sólo faltó que lanzaran confetis al verle cruzar la puerta de cuidados especiales.

—Número Uno pide alimentarse solo, doctor, véalo usted mismo...

Todavía atado a la camilla, pero con antebrazos y manos libres de correas, Número Uno agarraba un trozo de plátano y tranquilamente se lo comía, indiferente a los doctores.

Rudolf miró las tablas de constantes vitales y todo parecía ir en perfecto orden, exceptuando una pequeña arritmia.

—Parece que el cóctel del doctor Butenandt da resultado... Corticoides y exposición a rayos equis.

Valoró por mera observación el aspecto general del Anubis. Buena coloración de mucosas, ojos espabilados, pupilas reactivas, y el retorno del brillo a su bonito pelaje oliváceo. Incluso mostró desafiante sus colmillos cuando Rudolf acercó una mano al hocico.

—Sus reacciones son muy buenas, pero sus reflejos son lentos: un papión sano me hubiese mordido. Todavía es pronto para dar de alta a Número Uno —le dijo a Armin Edelberg—. Sus defensas naturales han sido deprimidas, no derrotadas por completo. Será necesario esperar unos días más. Conviene mantener la vigilancia veinticuatro horas al día.

—Seguimos minuciosamente el protocolo marcado, y administramos los inmunodepresores pautados por el doctor Butenandt.

—Está resultando usted, doctor Edelberg, de una ayuda inestimable para este ensayo; también usted, *Fräulein* Ema.

Cuando abandonó Dahlem-Berlin casi era de noche. Se trasladó a la capital y decidió pasear, tomar un café, pensar seria y detalladamente en los puntos a seguir. A cada día que pasaba la figura materna se difuminaba aun en el recuerdo. A veces quería pensar en ella y no lograba mantener su imagen, ocurría exactamente igual que con la realidad: al salir de esa comisaría de Núremberg se perdía toda pista.

—Hubo un atentado...

Sorbía su café, en la soledad de sus pensamientos, recordando cada palabra de Canaris, la mirada de *Frau Solf*, la insistencia de Fischer, mientras, las últimas escuadras de juventudes hitlerianas, marchaban por la puerta de la cafetería hinchadas de valor y patria, orgullosamente uniformados cual si fuesen palafreneros de las walquirias, aireando sus banderines y entonando himnos acompañados a tambor, provocando al orbe con antorchas que levantaban como atletas en pos del triunfo.

—Pretenden que crea que mi madre sufrió un atentado por parte de un comando judío. No logro entenderlo. Una acción terrorista al amanecer no dirigida expresamente contra el Führer. Es imposible, se comprometió con la causa sionista, ¿cómo iban a eliminarla?

Se encaminó al hotel, tan confuso y desesperado que empezó a dudar del buen fin de sus cometidos. Las cosas no estaban saliendo como el comité rabínico apuntaba a principios de año en su confortable sinagoga de Nueva York. La realidad era bien distinta: nadie le dijo que su madre tenía escasas posibilidades de estar viva, pensar lo contrario sí era empollar ese huevo duro que le anunció Hardeen Houdini en las puertas del gabinete. ¿Y el contacto invisible que le esperaba en Berlín? El verdadero, no las grullas grises que tomaban té y ese caballero de pelo blanco que únicamente solicitaban —casi exigían por amor a Alemania— paciencia y riesgo, sino el contacto que debía intercambiar este estúpido cuaderno permanentemente vendado al pecho.

La luz natural ya no era dorada, se había disipado, pero aún fulgía una luminiscencia en la atmósfera, perla y escarlata, que embellecía a las nubes, tan móviles y bajas que casi eran desangradas por pináculos y chimeneas. La anochecida de abril resultaba hermosa, bastante fresca, desde los parterres de Tiergarten llegaban empalagosos y noctívagos perfumes, pero la propia capital del Reich emanaba su olor particular, a madera vieja y banderas nuevas, a almizcle, a oso, a pan, repollo y fermento, a cerveza, a cuero, y al Spree.

—Conozco un sitio tranquilo para cenar.

Cómo fue capaz de surgir de la nada, aparecer espontáneamente de la esquina del Adlon cual si lo hubiese hecho del fondo de una chistera, ya no resultó impactante, pues si Ida Zimmermann parecía la mujer capaz de encantar a los pájaros de Central Park, Mona Gruenewald era la mujer en cuyas manos el tiempo se desmembraba y dejaba de tener mecánica y sentido; pero ambas compartían la propiedad de materializarse a partir de un aliento, de un deseo por transparente y gaseoso que pareciera, ya fuese en la puerta del Mount Sinai, en las librerías de la Cuarta Avenida, en el aeropuerto de Tempelhof o en las esquinas de Pariser Platz.

Tomaron un taxi a Wilmersdorf, el barrio del sur donde la fotógrafa tenía su domicilio, y entraron en un restaurante muy discreto.

—Han entrevistado al doctor Lloyd, en un salón del Adlon, y allí estaban nuestras cámaras.

—Vaya, se habrá sentido importante.

—Sí, ha posado como una estrella. Nos ha tenido esperando media hora y luego era él quien perseguía a las cámaras.

Compartían una mesa pequeña, íntima, inmersos en una esfera de luz gastada que se hacía intensamente misteriosa según transcurrían los minutos y Rudolf miraba a la pequeña geisha de porcelana. Se hallaban en Berlín, pero podían estar en cualquier

lugar del mundo, no importaba si era en un bar de Brooklyn contemplando la bahía del Hudson, en una cafetería de Praga frente al castillo, o en un rincón de París arropados con las canciones susurradas por una cantante de alma de absenta y párpados entornados.

—¿Te sirvieron el té caliente?

—Rellenaron mi taza dos veces.

Rudolf dio un trago a su vino y meditó sus palabras. No quería destapar el frasco de lo sucedido y verterlo todo de una vez en estas mismas copas. Que Mona Gruenewald era una chica maravillosa no cabía duda; no en vano ella había sido la primera hebra de hilo a seguir. Qué lugar ocupaba la fotografía de Leni en este delicado asunto no estaba claro, pero una cosa si lo estaba: aparecía siempre.

—*FrauSolf, Frau von Thadden, Frau von Kurowsky...* Unas señoras demasiado alemanas, extraídas de vetustos cuadros. Muy amables. Y la zona donde se ubica la tetería... espectacular, llena de mansiones de ensueño.

—Wannsee es el lugar más privilegiado de Berlín. Muchas de esas mansiones son propiedades de altos mandos del Reich.

—Sí... Apareció ese hombre... Canaris... Creí que iba a recibir información y lo único que recibí fueron instrucciones.

—¿Qué instrucciones?

—Bueno... sobre mi madre.

—¿Conocen su paradero?

Rudolf miró a la nada. ¿Qué decirle? ¿Cómo podría responder a esa cuestión si a él mismo se le desvanecía en los dedos como la espuma?

—No. Parece que todo el mundo la vio antes y nadie después.

—No te entiendo.

—Estuvo recluida un año en Theresien, cerca de Praga. Fue trasladada a Berlín, exhibida cual atracción en el castillo Faber Kaiser, y presentada al Führer en Núremberg. A partir de ahí nadie sabe nada. Simplemente desaparece.

—¿Qué piensas hacer?

—No sé... Todo es muy confuso.

Prendió un cigarrillo. Fumaba como los hermanos Houdini, pero las volutas de humo azulón se enroscaban en espirales fantásticas hasta que se desvanecían ante sus ojos, eso le ayudaba a concentrarse como las viejas sibilas, no se esfumaba la realidad, al contrario, se desprendía de ese velo que la envolvía por completo ya antes de abandonar Nueva York.

—Al parecer hubo un atentado. Es probable que sufriera daños directos, incluso que hubiese... bueno, ya puedes imaginarte...

—¿Eso te dijo Canaris?

—Sí. También me recomendó prolongar la estancia en Alemania. Parece que todo el Tercer Reich pretende algo de mí. Un simple cardiólogo neoyorquino.

—Dicen que eres el mejor del mundo.

—Tonterías...

—¿Qué te proponen?

—Una locura... Quieren un trasplante de corazón. A una persona.

Ella guardó silencio.

—Deben de haberme confundido con Charles Darwin, o algo peor: me piden que dé el salto del corazón del mono al corazón del hombre en una sola semana...

—Muchos médicos se sentirían orgullosos de esa propuesta. Se lo tomarían con honor, como un premio.

—¿Es que no lo entiendes, Mona? ¿Cómo crees que van a conseguir un órgano adecuado? ¿De dónde van a sacarlo si no es hurtándolo a otro pecho? Estamos hablando de un corazón, no de una mano de madera, es un órgano que

necesita palpar, no se puede meter en un refrigerador y usarlo mañana o la semana que viene. Eso me aterrera.

Desde luego, esperaba que *Fräulein* Gruenewald dijera: *Si te aterrera, ¿por qué no te niegas?* Pero ella sirvió un poco más de vino y le miró como hace dos días bajo el dintel de la puerta.

—¿Tienes miedo de las borrascas inglesas?

—No... Claro que no... A decir verdad no me encuentro incómodo en Alemania, mucho menos en Berlín: tiene un aire familiar... Yo vivo muy cerca de East River, y del río Harlem, no son pocas las tardes que he meditado paseando junto a sus riberas...

—Nueva York debe de ser precioso...

—¿Te gustaría visitarlo? Allí me tendrás, podré enseñarte la mejor Nueva York...

—Aparte de tu madre, ¿otras mujeres?

Rudolf rió con franqueza fingida.

—Soy exactamente igual que tú. Mi novia es la cardiología.

—¿Y es celosa?

—¿La cardiología? Bueno... yo diría que sí... es acaparadora, egoísta, cruel: si advierte que estoy interesado en alguna mujer me produce taquicardias.

Mona rió la ocurrencia.

—Un médico famoso, joven, atractivo, solvente.... Resulta raro que ninguna mujer te secuestre.

—Eh, yo no niego que lo hayan intentado, sólo digo que la cardiología me seduce más como amante.

—Entonces, ¿harás esa operación?

—Creo que sí...

Ella pareció aliviada.

—¿Eso te alegra?

—¿Por qué iba a alegrarme? Eh, Rudolf... lo de la otra noche, bien, fue circunstancial... Leni me sirvió cuatro crisantemos, después esas odiosas sirenas, el hotel Adlon rodeado de cuervos SS... No iba a dejarte dormir en Tiergarten.

—Tengo algo para ti...

Ella le miró expectante. Rudolf descorrió la mano bajo su chaqueta. Palpó el cuaderno talmúdico, mas no era eso lo que buscaba; la miró a la profundidad de sus pupilas.

—¿Qué es esto?

Mona lo abrió. Con parsimonia, preguntándose qué diantres podría haberle regalado un hombre así.

—¡Un collar de perlas!

—Te lo debía. Me gusta ser cortés y pagar mis desperfectos, aunque sean producto de la pasión.

—Oh, Rudolf es precioso, y el doble de largo... No deberías...

—Lo compré en la joyería del Adlon... No se trata de grandes joyas por la que disputen los herederos, pero estabas bellísima con aquel collar que se rompió.

—Rudolf...

Se acercaron al apartamento. Callejeando entre la bruma de Wilmersdorf.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—Si subes a casa me parecerá que de un momento a otro vaya a irrumpir la Gestapo...

—¿La Gestapo? ¿Qué tiene que ver la Gestapo contigo? Eres una empleada del Reich, trabajas para la todopoderosa Leni Riefenstahl...

—Y si te vas ahora también tendré miedo, Rudolf...

Él le levantó la barbilla con suavidad y la miró a los ojos.

—¿Por qué?

Subieron las escaleras, en silencio, como dos prófugos del mundo. Berlín dormitaba, hacía frío, tal vez helaba, no se oían las ululantes sirenas antiaéreas ni encendieron la luz, pero en el oxígeno había una sensación eléctrica y un runrún extraño. Ella abrió la puerta. De nuevo se quedaron absortos bajo el dintel. Aún llevaba Mona el collar en la mano.

—¿Por qué no te lo pones?

Así lo hizo. Entonces él la abrazó con suavidad y la besó. Mona cerró la puerta, y una vez dentro, se besaron en la oscuridad completa sin que en esta ocasión rodaran las perlas.

A doscientos kilómetros de Wilmersdorf millares de soldados dormían las últimas horas antes de marchar al Este, centenares de convoyes cargaban material bélico y recorrían los primeros kilómetros hacia el infierno blanco. Tal que en noches anteriores, quinientos cazas y bombarderos alemanes cruzarían el Canal de la Mancha como parte de un rito cotidiano y natural. No lejos, en Varsovia, respirando quizá el mismo aire desprendido de los árboles de la avenida Under der Linden, muchos morirían de hambre y abandono en las aceras desnudas del gueto. En París, en Viena, en Praga, los altos oficiales todavía a estas horas descorcharían botellas de champán y sentarían en sus rodillas chicas vestidas con cuero, satén, lentejuelas. En Manhattan los siete rabinos de los siete barrios discutirían sobre los sermones de Bernstein, Sam Lebowitz, ajustándose cada vez más su pajarita, hallaría el pasadizo más directo para escalar peldaños en la torre del Mount Sinai, no lejos el adusto griego del *Café Metsovorompería* a llorar en silencio, abatido sobre la barra, al oír por la radio el inminente propósito nazi de izar la esvástica en el Partenón. El orbe, ajeno a intenciones, sentimientos, deseos, continuaba su inexorable rotación, derribando unas torres, levantando otras; probablemente aquí mismo, ahora, en Berlín, mientras ellos se amaban, se empleasen los funcionarios de la Gestapo en desgoznar puertas como ésta que les apartaba del resto del mundo.

Rudolf se despertó con el inconfundible aroma del café recién hecho.

—¿Qué hora es?

—Las cinco... Comienza a amanecer.

Mona se acercó y le besó una vez más. Estaba realmente preciosa aun sin maquillar, desprendiendo todavía el efluvio amoroso.

—Tómame el café... Tienes que irte...

—¿Tan pronto?

—Sí... Dentro de dos horas salgo de viaje. Debo arreglarme, hacer algo de equipaje, en fin, vendrán a recogerme, no sería prudente que te encontrasen aquí.

—¿Por qué?

—Las leyes del Reich no miran con buenos ojos la relación extraoficial con extranjeros.

—Yo no lo parezco.

—Todo el mundo sabe que eres norteamericano, Rudolf... Tu fotografía ha salido tres veces en el *Völkischer*.

—Estados Unidos y Alemania no se han declarado la guerra. ¿Por qué tienes miedo de que te vean conmigo?

—Será mejor que tomes el café... De verdad, no dispongo de mucho tiempo... Suelen ser puntuales...

—¿Por qué tienes miedo, Mona?

Lo preguntó sin mirarla, mientras se servía una taza.

—Miedo, alerta, prevención... llámalo como gustes, Rudolf. Debemos ser precavidos, eso es todo. Alemania es un país en guerra, se ha convertido en una



nación repleta de espías.

—Espíaspret-à-portery vampiros de Dusseldorf... —musitó rememorando las palabras de Canaris.

—La gente ya no habla, sino murmura: así se expresa el miedo; nadie dice ver, pero todos miran. La mitad de las personas con las que te cruzas en la calle son Gestapo o soplones.

—Pero tú trabajas para ellos. ¿Qué podrían hacerte a ti, la fotógrafa del Tercer Reich?

—Hablo por la seguridad de los dos, Rudolf.

—¿De los dos? ¿Qué sabes de mí, Mona?

—¿Cómo dices?

Ella salió del baño y le miró con perpleja sonrisa.

—Sí... ¿Qué sabes realmente de mí?

—¿Qué puedo saber de ti, doctor Parker? Eres un prestigioso cirujano, y un amante aún mejor.

Ella le rodeó el cuello con los brazos. Él sostuvo la taza un momento antes de dar un sorbo.

—¿Eso es todo?

—Eh... Sé que buscas a tu madre, que vienes de Nueva York y que el Führer te dio su cancilleresca mano... ¿Qué más puedo saber?

—Bueno, tú fuiste el enlace para asistir a ese té deFrauSolf... Fuiste tú quien me dijo: *tienes que ir ahí*.

La inquietud de Rudolf no era baladí. En la mansión de la isla Wannsee, desde el instante en que apareció el nebuloso vicealmirante Wilhelm Canaris y se dirigió a él llamándole Lorre, las cuatro mujeres presentes soltaron sus tacitas y admitieron conocer su verdadera identidad, en definitiva: su condición de judío.

—Ahora no es un buen momento para hablar de ciertas cuestiones.

—¿Por qué no? Cuanto hay que oír no tiene por qué durar más de una o dos tazas de este café.

—Rudolf, por favor... Hay gente que se está jugando la vida. No compliques más las cosas...

—Bien, bien... Entonces será mejor que me vaya. He sido un necio, lo siento, creí que podría confiar en alguien. No sé. Tienes razón, soy ese cardiólogofamosoquien en vez de operar con un bisturí lo hace con una varita mágica, que sale en la prensa del Tercer Reich y pronto desaparecerá del reparto de toda esta historia de locos.

Él volvió a la habitación y comenzó a vestirse, con cuidado de ocultar su cuaderno. Mona Gruenewald le veía hacer desde la puerta. La pequeña geisha del Reich parecía aturdida, asustada.

—Y supongo que tampoco sabes nada de mi madre...

Cuando Rudolf salió de la habitación, con la firme intención de marcharse, ella le puso una revista en la mesa por toda respuesta.

—*Signal*, número de abril 1938... —susurró Mona.

Rudolf la cogió. Ni siquiera tuvo que abrir la popular publicación nazi. En primer plano de la portada a todo color, Adolf Hitler, en suave contrapicado, de perfil, a bordo de su lujoso automóvil blindado, mayestático, seguro de sí mismo, de pie, satisfecho, saludando brazo alzado a la persona anónima que le respondía con similar saludo desde la ventana de un gran hotel vienés. Una señora rubia, absolutamente aria, atractiva, arquetipo propagandístico de todas las mujeres austríacas deseosas por saludar a su Führer el 14 de marzo de 1938, día de la anexión oficial de Austria por las tropas nazis. La misma instantánea que David Ziegelheim se encargó de repartir entre los siete del Comité.

—Es mi madre... Mi madre...

Nunca la había tenido tan cerca desde aquella mañana, hacía casi tres años a orillas del Michigan, cuando Georginas subió al hidroavión *Dixie Clipper* que la trajo a Europa.

—Mi madre...

—Llevaba la revista en mi bolso, ayer. Por eso decidí esperarte cerca del Adlon: quería entregártela. Después pensé que no era buena idea dártela en la calle, y así se me ocurrió lo de la cena.

Rudolf enmudeció. Emocionado, sin ser consciente de ello se acercó la revista al pecho, quería tenerla, aunque sólo fuera una fotografía, lo más cerca posible del corazón; y por unos instantes, el número de *Signal* abril de 1938, y el cuaderno cabalístico, se hallaron tan cerca cual si hubiesen sido páginas de un mismo libro.

—Nunca me perdonaré no haber evitado que regresase a Europa...

—Debemos entender que tu madre tendría grandes razones para hacer ese viaje tan comprometido. Esta fotografía es en realidad un fotograma; entresacada de la película que filmó Leni Riefenstahl. A Hitler le gustó mucho; él mismo la eligió para *Signal*.

Rudolf se sentó. Soportó tanta angustia en un segundo que tenía la impresión de pesar una tonelada. Se derrumbó sobre la revista y con toda la pesadumbre contenida canturreó la oración hebrea que entonan las madres a sus hijitos antes de dormir.

—*Shemá Israel Hashem Elokainu, Hashen Ejad...*

Mientras recitaba aquella evocación infantil dos lágrimas le rodaron por las mejillas, espesas como pegamento. Mona Gruenewald le tomó las manos.

—Lo siento, Rudolf...

Él asintió. Por primera vez decidió no engañarse más y considerar que su madre, Sarah Georginas Parker, había muerto en ese extraño atentado.

—Judío es quien nace de madre judía... Dime, Mona, ¿tú también sabías que soy judío?

—No estás circuncidado. Pero lo sé desde que el avión aterrizó en Tempelhof.

## Capítulo Noveno

Atravesó Berlín con dos losas de granito. Ambas ocultas. A un lado el cuaderno de Jacobson, al otro la revista *Signal* con la fotografía de su madre y la rúbrica de Gruenewald. El taxi le dejó dos manzanas antes de llegar al hotel, pues prefirió acercarse discretamente a pie, era temprano, y su cansancio emocional apenas le permitía levantar la mirada, enfrentarse al matutino sol que estallaba en las mansardas verdes del Adlon hasta hacerlas parecer de malaquita. Entró en silencio, casi afantasmado, y sólo cuando el agua caliente de la ducha empapó su cuerpo varios minutos consiguió librarse de la pegajosa cubierta de incertidumbre adherida a su piel.

Rudolf Lorre Parker lloró en silencio, disolviendo sus lágrimas y la terrible presión de la realidad en el agua. Se sentía tan frágil, tan perdido y vacío, que sólo ansiaba acurrucarse, encogerse y desaparecer, dejarse dormir con la efímera ilusión de que todo era producto de un sueño, una obra escrita por algún dramaturgo demoníaco para el teatro de su vida.

—Wilhelm Canaris y esas señoras del té conocen mi identidad, saben que soy judío, hijo de judía. Asimismo Mona Gruenewald sabe que soy judío... hijo de judía... Probablemente también la conozcan los integrantes de la comisión, y el secretario de la embajada Robinson... ¿Quién más? Da la impresión de que la mitad de este país sabe quién soy.

Podría haber dormido algunas horas, pero prendió un cigarrillo y se quedó mirando melancólicamente cómo la capital se despertaba: decenas de automóviles volvían a llenar calles y avenidas, los tranvías subían y bajaban por Tiergarten, los primeros rayos fulgían, estallaban sobre los caballos de Brandenburgo.

—¿Doctor Parker? ¿Doctor Parker?

Sin duda era Conrad Lloyd llamando a la puerta. Tuvo tiempo de ponerse un batín y abrirle.

—Será mejor que se dé prisa —advirtió el director del Rockefeller vestido con rutilante esmoquin—. Hemos de desayunar con el secretario a las ocho en punto; después estamos invitados al *Herrenklub* del Adlon, y a la doce, *hora del Reich*, dictaré mi conferencia en el Kaiser Wilhelm de Antropología acompañado por el sabio profesor Eugen Fischer... Ayer me sacaron algunas instantáneas...

—Oh, lo celebro, doctor Lloyd. Por favor, concédame diez minutos y estaré en el salón. Gracias...

Diez minutos. Suficientes para acicalarse, vestirse adecuadamente y comprobar una vez más la solidez de ambas lápidas de papel. Guardó la revista en el cajón de la mesilla, el cuaderno se lo implantó al costado, y, tal como dijo, unos minutos después tomaba una buena taza de café en compañía del secretario Robinson y de sus colegas, con la excepción de Oswald Ford.

—¿Han oído la radio? Las emisoras del Reich lo llevan comunicando toda la mañana... Emiten una y otra vez el discurso triunfalista del doctor Goebbels. Una victoria relampagueante...

—¿A qué se refiere usted, Lloyd? —preguntó Leonard Kruger.

—¿No lo ha oído entonces? ¿Usted tampoco, Robinson?

—Tal vez se refiera a la ocupación por parte del ejército alemán de Yugoslavia...

—¡Exacto! Belgrado no ha querido rendirse, cosa muy loable, y estas son las consecuencias; a veces no entiendo a las personas, ni a los pueblos... Intentar detener la Historia es un disparate, nuestro presidente Roosevelt así lo anunció en la campaña electoral... No lo entiendo...

—¿Qué es lo que usted no entiende, doctor Lloyd?

—Bueno, señor Robinson, cuando un pueblo tiene una desventaja absoluta al

enfrentarse a un enemigo... lo mejor es capitular...

—Como si se enfrenta cualquier peso medio, por muy rápido, técnico y espabilado que sea, con *El bombardero de Detroit*... *KO* asegurado en el primer asalto —apuntó Leonard mientras untaba su quinto panecillo con pastel de hígado.

—Exacto, doctor Kruger... Le felicito... La rendición no equivale literalmente a derrota; mientras tanto el boxeador flaco puede ganar peso y la nación que capitula puede ganar tiempo, y con el tiempo nuevos planes y recursos para la victoria...

—Hoy día —continuó Kruger—, Alemania es como Joe Louis, parece el único peso pesado...

—Créame que no lo es... —advirtió el secretario—. También a Joe Louis lo tumbaron... precisamente un *bombardero alemán*. Y no en Berlín, sino en Nueva York. Tener sobreabundancia de confianza puede volverse contra quien la posee.

—Bueno, yo creo —opinó Lloyd—, que no se irá más allá. Una vez abarcado su espacio vital, ese pangermanismo natural, todo volverá a la calma. Estoy seguro de que pronto asistiremos a la *Pax Germanica*.

—Los ingleses no piensan lo mismo —dijo Robinson.

—Esos ingleses engreídos jamás piensan igual, secretario. Pero también nosotros, los norteamericanos, nos vimos necesitados en el pasado reciente de ese espacio vital... ¿Qué opina, doctor Parker?

—No estoy facultado para dar mi parecer en estos asuntos, trascienden mi ámbito, desconozco los engranajes de todos estos movimientos históricos...

—Pues yo pienso —dijo Leonard— que Inglaterra no aguantará dos asaltos más...

—Ahí vuelve a tener razón, doctor Kruger —intervino Lloyd—, las escaramuzas volantes de la otra noche son producto de la impotencia... Apenas le acertaron a unas farolas. Dudo que se vuelvan a repetir...

—De cualquier forma pueden estar tranquilos, se han recibido instrucciones de nuestro gobierno y, como ya les anuncié, el próximo sábado está previsto el vuelo que los llevará a Lisboa, allí tomarán el *Yankee Clipper*... rumbo a casa. Lejos de la vieja Europa...

—Podemos irnos satisfechos —aseguró Conrad Lloyd—. Ayer estuve cenando con Adolf Butenandt, Eugen Fischer, Rascher y August Hirt... Están bastante sorprendidos con el nivel científico del simpósium, especialmente las intervenciones y conferencias de nuestra comisión. Quieren imprimir un número especial de su revista médico-científica sobre los resultados, y me aseguraron que nosotros, los doctores norteamericanos, ocuparemos un privilegiado lugar, incluida una entrevista que me filmaron ayer, como responsable directo de la *Comisión Butenandt*...

No era hombre silencioso, ni falto de vanidad, como su apariencia sería indicaba a primera vista. Pero sí un gran doctor, experto en coagulación de la sangre y mecanismos del dolor, y además una persona inteligente. Cuando Conrad Lloyd hablaba las palabras por él dichas siempre pesaban más, tenían más sílabas que en bocas de otros, los sustantivos, los verbos, se expandían más allá del mero sentido, daban vueltas y vueltas alrededor del oyente hasta desvelar sin prisas su verdadero significado.

—Ni que decir tiene, doctor Parker, que su máquina de circulación extracorpórea les ha dejado fascinado. Y por supuesto su pericia como cirujano coronario.

El doctor del Rockefeller se sirvió otra taza de café. Levantó el cuerpo de grulla y miró en derredor.

—No termino de acostumbrarme al café berlinés, pero los científicos alemanes son magníficos —continuó—. Todavía tengo en las retinas la película sobre los experimentos de Julius Hallervorden. Cuentan con una cantidad inmensa de recursos...

—¿De recursos humanos? —preguntó Rudolf.

—Recursos de todo tipo, Parker. No quiero hablar de contiendas ni de engranajes históricos, como usted mismo ha afirmado. Pero no veo por qué no debemos colaborar en el campo de la Medicina. En ese terreno no hay trincheras abiertas...

—¿Qué me quiere usted decir, doctor Lloyd?

—Bueno...

Lloyd miró por encima de sus gafas al secretario y a Leonard Kruger. También miró su reloj. Estaba visiblemente excitado, tanto por la inminente reunión en el *Herrenklub* del Adlon como por su conferencia a mediodía.

—El doctor Fischer me ha asegurado que usted va a dirigir una operación de muy alto nivel...

—¿Es eso cierto, doctor Parker? —preguntó el secretario de la embajada.

—Todavía no he dado mi conformidad... Después de todo, nuestros visados en la Gran Alemania expiran este sábado... No depende de mí...

—Mas sí depende de usted colaborar, o no, en esa operación. Es el propio Ministerio del Reich quien otorga los visados.

—Se trata de una intervención que entraña muchos riesgos.

—También entrañan riesgos las operaciones de apendicitis, doctor Parker... —afirmó Lloyd.

—No se trata de sacarle el corazón a un macaco, es algo mucho más serio.

—Al parecer, le piden que trasplante un corazón humano... —aseguró rotundo el secretario.

—Vaya, las noticias vuelan en el Reich con más rapidez que en las avenidas de Nueva York...

—Nuestro servicio de información es limitado, pero eficaz... La Embajada ya ha cursado esa posibilidad y esperamos respuesta de Washington.

Leonard Kruger dejó escapar un silbido de admiración.

—¡Eh, habla Washington, Parker...! El *Tío Sam* apunta directo con el índice —dijo a continuación—. No puedes negarte, chico...

—Todo depende de usted, doctor Parker. Si se decide a intervenir no habrá problemas para ampliar su visado, las autoridades alemanas tampoco pondrán objeción, puede estar seguro. Si necesita quedarse —dijo midiendo sus palabras el secretario Robinson—, quédese. Ésta es su oportunidad.

—¿Por qué iba a necesitar quedarme?

Rudolf Parker sabía que se encontraba en mitad de la cuerda de un funambulista. Un mal paso y caería al precipicio nazi. En este momento el hermetismo impuesto por el *Kadavergehorsam* parecía a punto de ser violado, así que prendió un cigarrillo a lo Hardeen Houdini y asimismo adquirió la seguridad y el aplomo que siempre advirtió en el mago.

—Verá usted, doctor Parker... —señaló Robinson— a pesar de que ninguna de las dos naciones ha informado al respecto ya se han producido los primeros enfrentamientos entre buques estadounidenses y alemanes. Hace unos minutos, el doctor Lloyd hablaba sobre Belgrado y la fuerza bélica del tiempo...

—Exacto... —replicó el aludido.

—Es precisamente tiempo lo que espera ganar nuestro país. No es momento de enseñar los dientes a Alemania, aunque todo parece indicar que será inevitable. Véase a sí mismo como un explorador, un paracaidista a quien se ordena cumplir una misión en una guerra aún no declarada, en un campo de batalla tan reducido como es... una mesa de quirófano...

Según hablaba iba bajando el tono de su voz hasta hacerla susurro.

—Demuéstreles que estamos por encima de ellos, Parker. Saque su furor

científico... —dijo exultante Leonard Kruger.

—¿Mi furor científico? —repitió burlonamente.

—Después de todo —estimó Conrad Lloyd—, se trata de salvar una vida humana...

—A cambio de otra, doctor Lloyd, a cambio de otra.

—No necesariamente.

—En cualquier caso respetaremos su decisión, doctor Parker... —dijo el secretario.

—Decisión que seguramente habrá de tomar antes de salir del hotel Adlon...  
Creo que ya nos reclaman nuestros anfitriones...

En efecto, como decía Conrad Lloyd fueron invitados a pasar al *Herrenklub* donde ya esperaban en animada conversación los elefantes de la medicina nazi. Era un salón en la esquina oeste del Adlon; sobre la puerta, custodiada por dos corpulentos SS, vigilaba el águila nazi de alas desplegadas apresando con sus garras una corona de laurel o acanto, en la corona una esvástica, adornada en su centro con una hache mayúscula, todo tallado primorosamente en madera negra. El interior también resultaba de una elegancia extrema. Incluso el olor parecía estar definido, elegido entre todos los olores, mezclado por un maestro y vaporizado allí, a oro viejo, lanolina y cuero. Muebles nobles, espejos de suntuosos marcos dorados, grandes cuadros decimonónicos que mostraban escenas de cacería en Tiergarten, un retrato de Bismarck, un busto del Führer y el Olimpo en carne y hueso de la medicina nazi.

—Parece que se fueran a dar el Premio Nobel entre ellos... —musitó Kruger.

Bastó una mirada de Conrad Lloyd para hacerle comprender al doctor del Lenox que en este espacio selecto, casi una logia masónica, también ellos eran paracaidistas en territorio enemigo y el agradecimiento su arma más preciada.

—Doctores...

Adolf Butenandt dio el primer paso para saludar cordialmente a los integrantes de la comisión que llevaba su nombre.

—El doctor Ford ya se encuentra entre nosotros, acaba de llegar de Leipzig, es muy agradable departir con él, un hombre de grandes conocimientos bioquímicos.

Una veintena de médicos dialogaban en corrillos mientras sostenían algunos una jarra de cerveza blanca de Berlín, otros una copa de licor o una taza de té. Sobre todos destacaban la altura y apolínea estampa de Karl Brandt, la voluminosa cabeza del saturnal Sigmund Rascher y el hombre que aseguraba haber hallado el alma pegada a los huesos, Hirt, quien debatía con el neurocirujano Hallervorden. Y por supuesto el patriarca de los Kaiser Wilhelm, Eugen Fischer.

—Siempre es un placer volver a saludarles.

—Sepa, doctor Fischer —dijo Conrad Spencer Lloyd en su espeso alemán, ajustándose la pajarita, tal como hubiese hecho Sam Lebowitz ante Walter Sheaffer—, que para nosotros resulta un privilegio y un gran honor esta invitación por parte de la comunidad médica alemana que usted...

—Estoy convencido de ello, doctor. También resulta un honor para el *Herrenklub* del Adlon la presencia de tan inminentes doctores... Seguro que mis colegas tienen un montón de preguntas que hacerle sobre su conferencia de hoy. Tomen una cerveza o un licor... El doctor Butenandt se encargará de presentarles.

Sin mayor cortesía asió a Rudolf del brazo y le instó a seguirle.

—El doctor Carl Clauberg está muy interesado en conocerle.

Dialogando con Brandt se hallaba un tipo de aspecto repulsivo, de rostro demasiado pequeño para una cabeza tan redonda y grande como ocurre con los osos, dotado de escasos caracteres que le ayudaran a dar siquiera un reflejo fuera de la enorme mediocridad de su figura. Bajo, rechoncho, mediana edad, con ojillos de comadreja que aún empequeñecían tras los gruesos cristales de sus gafas.

—Doctor Parker...

Clauberg estiró el cuerpo y luego se separó un metro como muestra de admiración.

—Precisamente hablábamos de usted...

—Le presento a Carl Clauberg. Uno de nuestros jefes médicos... —dijo Brandt.

—Tiene usted a toda la prensa científica tras sus espaldas, doctor Parker. Karl —dijo refiriéndose a Brandt— me ha contado que le vio operar desde el anfiteatro de Biología. Una auténtica lección maestra.

—Ese fue un honor que no esperaba, doctor Clauberg.

—¿Qué nuevos proyectos tiene en mente?

El general de lasSSKarl Brandt lo preguntó con delicadeza, mientras tomaba una copa de la bandeja que le ofrecían.

—Bueno... el único proyecto es analizar a Número Uno, el papión Anubis: estamos experimentando un nuevo protocolo de inmunodepresión. Aunque, según ha referido el doctor Eugen Fischer, sus cirujanos preparan una intervención de tal naturaleza coronaria que cualquier cardiólogo desearía ver... Es una lástima que nuestros visados caduquen. El sábado partimos para Lisboa.

—Doctor Parker...

Karl Brandt exhibió su mejor sonrisa, llegó a ponerle una mano en el hombro y le miró con los ojos llenos de victoriosa luz.

—Un especialista de su cualificación... No habrá ningún problema, no tema por su visado, le será ampliado automáticamente. Esta misma tarde daré las órdenes oportunas...

—Espero que no sea un inconveniente, doctor Brandt.

—Por favor...

Brandt tomó dos copas de cerveza tibia, le ofreció una y brindó con él.

—Por el éxito... —dijo triunfante—. Por el éxito de esa intervención. Por el Reich y... ¿cómo dijo usted la otra vez? Sí: por apartarnos de ese *asilum ignorantiae*.

—¿Entonces piensa intervenir? —preguntó un absorto Clauberg.

—Bueno, ahora ya no podré despreciar la invitación que tan generosamente me ofrece el doctor Brandt.

Estaba hecho. Había dado el sí. A partir de ahora tendría que adjuntar a sus problemas capitales el estudio quirúrgico y preoperatorio de la cirugía más importante de su vida. No daba un paso en ningún sentido, sin embargo, tenía la impresión de haberse quedado a vivir bajo el dintel de esa puerta nunca abierta ni cerrada del todo llamada realidad.

—Yo también brindo por ello, naturalmente... —dijo Carl Clauberg—. Le será usted muy útil al Tercer Reich...

—Tal vez exagere, doctor Clauberg. Es una operación de alto riesgo...

—No en cambio, nuestro deber es intentarlo, la ciencia nos lo exige... —apuntó Brandt.

—Cuanto más le miro, doctor Parker —apuntó Carl Clauberg—, más me recuerda a alguien que no logro... Es americano, ¿verdad?

—Así es...

—¿Tiene familia en Alemania?

Rudolf le miró sorprendido y negó con la cabeza.

—Es un ario perfecto... Sí...

Aquel sujeto de discreta estatura y rasgos ordinarios, llegó a limpiar sus gafas y de nuevo a retirarse un metro para contemplar, cual si una obra artística se tratara, la fisonomía de Rudolf.

—No lo tome a mal, doctor Parker, permítame ver su perfil... Sí...

Clauberg asintió varias veces escondiendo el labio inferior y acariciándose la papada.

—Me recuerda mucho a aquella mujer... ¿A ti no, Karl? El año pasado, en el castillo Faber Kaiser... mostraron a aquella extraña judía... ¿No recuerdas?

El general médico torció el gesto y negó.

—No estuve presente, aunque oí hablar del tema...

¿Aquella extraña judía en el castillo Faber Kaiser? Por fortuna no es fácil precisar con un golpe de vista el número y el volumen de acelerados latidos que puede soportar un músculo hueco. Rudolf creyó que le palpitaban hasta las costillas, no sólo el corazón, también las sienes, las rodillas, la punta de todos los dedos. ¿Hablaban



quizá de su madre?

—Sí, aquella mujer sorprendente... jamás he visto a nadie más ario que ella. Alfred Rosenberg quedó muy impresionado. Él la estudió a fondo y nos mostró sus conclusiones con el espécimen...

—Parece que causó sensación... —dijo Brandt.

—Todavía más: era una mujer con unos rasgos perfectos, se le midieron todos los ángulos faciales, diámetros craneales, estatura... estudio antropométrico completo. Supongo que los informes estarán en poder de Rosenberg...

—Lo recuerdo... Leí uno de aquellos informes. La interpretadora de sueños —afirmó Brandt.

—¡Exacto! ¡Eso es! ¡Sí! Esa mujer interpretaba sueños y no sé qué otras patrañas... Pues puedo asegurarle, doctor Parker, que usted tiene exactamente el mismo tono de piel y cortes muy parecidos a los de esa mujer de quien hablamos... Seguro que como doctor también le hubiese gustado examinarla...

—Es posible... Pero sólo soy cardiólogo...

—La fisiognomía es ciencia común a toda disciplina médica. Yo soy ginecólogo y puedo asegurarle que reconocería a cada mujer que han auscultado estas manos...

El médico alemán calló de súbito, se llevó dos dedos a la frente y detuvo el tiempo un segundo, justo el que necesitó para recordar un nombre.

—¡Georginas!

Lo exclamó como pescándolo a anzuelo de un grueso diccionario personal. A Rudolf le estalló en los oídos, cada sílaba, cada letra del nombre de su madre.

—Sí... Se llamaba Georginas —ratificó Clauberg.

—Debió ser un espécimen muy interesante... Parece usted excitado con el recuerdo...

—Oh... Mera deformación médica, doctor Parker... Una mujer que profesa la religión judía, pero no es racialmente aria. ¿Sabe que piensa Alfred Rosenberg?

El alemán dio un somero trago a su cerveza, rotó la cabeza aquí y allá y después de asentir a sus propios pensamientos se decidió a contar lo que pensaba sobre el caso de la espécimen judía el eminente ariosofista Rosenberg.

—Que hubo un error...

—¿Un error, dice?

—Así es, doctor Parker. Un error genealógico, no genético. Esa mujer, al menos racialmente, no era judía. Ni sus caracteres, ni su sangre. ¿Quién en su sano juicio podría asegurar que es usted judío, doctor Parker? La fisiognomía no engaña, es como la geografía, y el ojo es su termómetro. Esa Georginas no era menos aria que Eva Braun, puedo asegurarlo... Un error genealógico, consentido por la familia o bien de otra índole. ¡No apreció un sólo síntoma de bastardización! ¡Es imposible que fuera judía! Seguramente fue robada al nacer, es algo natural en ellos...

—¿Qué ocurrió con esa mujer?

—Creo —rememoró Karl Brandt— que se le otorgó la posibilidad de arianizarse. El propio Führer estuvo interesado en ella...

—Toda la *Sociedad Thule*, Karl... Al parecer, su pericia interpretando sueños resultaba notable. Todavía recuerdo cómo Heydrich y otros se escandalizaron cuando las más altas damas de nuestra sociedad rodearon a la extraña judía, dándose codazos unas a otras para confiar sus sueños a esa maga... Butenandt podría confirmarlo, él sí estaba presente...

—Será mejor que despejemos los sueños y nos dispongamos a partir a los institutos. Ahí llega su director.

En efecto, Eugen Fischer se presentó acompañado por el adherente Conrad Lloyd.

—Es extraordinario... —afirmó Lloyd lleno de efusión—. Pocas veces me he

sentido rodeado por tantas eminencias médicas.

—Ustedes también lo son —dijo Karl Brandt—. Adolf Butenandt ya nos advirtió de la gran capacidad y altura científica de los invitados estadounidenses: no exageró ni un ápice. Por cierto, antes de partir a los Wilhelm Kaiser quiero que mi asistente curse la prolongación del visado del doctor Parker...

Brandt sólo tuvo que estirar un centímetro su cuello para otear por encima de todas las egregias cabezas del *Herrenklub* del Adlon hasta encontrar a su secretario.

—El doctor Parker nos ha pedido colaborar con los nuevos... retos cardiológicos... que llevaremos a cabo en pocas fechas...

—¡Es una noticia excelente, doctor Parker! —exclamó Conrad Lloyd dándole la mano lleno de regocijo.

Tras la conferencia prefirió apartarse del conglomerado médico y directamente visitó al papión Anubis que, para su grata sorpresa, cinco días después de recibir un corazón ajeno, respondía a la perfección al cóctel de corticoides ideado por Adolf Butenandt. Felicitó a sus colaboradores y se retiró al hotel, emocionalmente tan cansado que se hundió en la cama y durmió tres horas, hasta que el dorado día de abril dio paso a una tarde de cielos aluminios y nubes oscuras.

—Han hablado de mi madre. La nombraron. Varias veces... La extraña judía que parece aria, la interpretadora de sueños, la mujer que saluda a Hitler desde la ventana de un hotel vienés. Ellos la vieron... Por lo menos ese Clauberg. ¡Y Butenandt!

Pensamientos de diferente estirpe se juntaban caprichosamente, en una suerte de caleidoscopio mental. Su madre se mezclaba con Leni Riefenstahl, los doctores del Tercer Reich se intercalaban en una mesa con los rabinos de la calle Amsterdam; sus compañeros de comisión tomaban el té con las atildadas prusianas. Para colmo, los rasgos de Ida Zimmermann se confundían con los de Mona Gruenewald. En la misma ciudad de Berlín parecían levantarse plazas, puentes y edificios que sólo existían en Nueva York.

—¡Y está de viaje!

Era una forma extraña de echarla de menos. Después de todo, un beso de la fotógrafa contenía más humanidad que los proyectos talmúdicos y germano.

El engrasado mecanismo de acontecimientos bélicos no cesó de producir abundante material los días posteriores. El jueves, los integrantes de la comisión, con la habitual excepción del bioquímico Oswald Ford, intercambiaban impresiones sobre la inminente entrada del Reich en Salónica.

—Ese Goebbels no para de aullarlo por la radio. Llevo toda la mañana oyendo la misma cantinela. No me entero de nada, pero por su tono desgañitado suena a victoria de segunda clase... —decía Leonard Kruger mientras untaba uno tras otro sus panecillos con pastel de hígado.

—No se alarme, Kruger —consolaba Conrad Lloyd—, dentro de un par de días volaremos a casa y podrá olvidarse de todo esto... aunque no creo que pueda hacerlo de esos panecillos.

—Paté de hígado de cisne... Lo elaboran en Praga y lo sirven en el Adlon en menos de veinticuatro horas, ¿no es maravilloso? Es lo que más me gusta de la eficiencia germana.

Toda la tarde asistieron a las últimas conferencias dictadas por sabios alemanes y a la clausura del simpósium internacional en los Institutos Wilhelm Kaiser. La actividad científica quedaba concluida, a excepción de la protocolaria cena de gala preparada para esa tarde noche del 10 de abril de 1941 a la que estaba prevista la asistencia del mariscal Hermann Goering.

Rudolf no se apartó de la comisión. Más que nunca necesitó sentirse arropado por sus colegas, pues dos días más tarde se quedaría solo en Berlín, rodeado únicamente por los doctores que le habían insistido para dirigir la operación de

trasplante coronario.

—No sé de quién puede tratarse, doctor Parker. Con seguridad debe ser una alta personalidad del Gobierno. Tenemos confidentes repartidos por Berlín, excelentes profesionales del rumor, si descubren la identidad será el primero en saberlo. Aunque es muy probable que sea usted mismo quien tenga que informarnos —dijo irónico y a su pesar el secretario de la Embajada de Estados Unidos—. Los nazis son escrupulosos.

—¿Tiene, al menos, idea del día elegido para esa intervención?

—No, doctor Lloyd —respondió Rudolf—. No sé más que ustedes; pero imagino que no pasará una semana... Al parecer, esa personalidad está en peligro inminente de colapso por fatiga. Los cardiólogos alemanes perseveran en que un trasplante es la única alternativa posible. Y aun así hay muchas posibilidades de fracasar en el quirófano o en el postoperatorio.

—Hazlo bien, Parker, excepto si es a Adolf Hitler a quien debas colocar un corazón, en tal caso podrías aprovechar ese de papión que te ha sobrado —bromeaba Kruger.

—Supongo que en cuanto dispongan de un órgano idóneo la intervención se llevará a cabo...

—Es la gran oportunidad de su vida, Parker. En el fondo le envidio, todos le envidiamos.

## Capítulo Décimo

No lejos de la Casa de la Ópera, en el corazón de Charlottenburg, se ubicaba el *Gran Salón de Prusia* donde se celebraría la cena protocolaria como despedida del magnífico simpósium, a ojos de sus organizadores, que se había llevado a cabo en los Wilhelm Kaiser. Los integrantes de la *Comisión Butenandt* vistieron sus mejores prendas, no en vano iban a compartir mesa por última vez con lo más granado de las instituciones científicas del Tercer Reich, máxime cuando eran sabedores de que serían honrados con diplomas conmemorativos del evento e insignias honoríficas. Conrad Lloyd prefirió llevar su traje de gala en lugar del esmoquin, pues sobre aquellas solapas sí podría incrustar condecoraciones del Rockefeller sin resultar pomposo.

—Queridos colegas —dijo en las puertas del Adlon antes de subir a los autos que les llevarían al *Gran Salón Prusiano*—, de todas estas jornadas berlinesas, probablemente la de hoy sea la más importante, donde mejor debemos distinguirnos como caballeros y como doctores norteamericanos. La Medicina del Tercer Reich celebra esta cena de colofón al simpósium, pero sé de buen grado que en gran medida es en honor de la comisión de la cual formamos parte.

—Espero que nos den bien de cenar...

—No tenga la menor duda, Kruger. Hace una tarde preciosa, digna de un acontecimiento como éste.

—Pues a mí me huele a pólvora... —refunfuñó Oswald Ford.

Un convoy de *Mercedes* partió del hotel al otro punto de la ciudad, adentrándose en Charlottenburg hasta detenerse ante el emblemático restaurante, donde a las puertas fueron recibidos por Adolf Butenandt y una doble fila de guardias SS.

El interior del salón prusiano resultaba de una magnificencia sobrecogedora. Decorado con abundancia de símbolos nacionalsocialistas, banderas, estandartes, orlas y vetustos cuadros que colaboraban a creer que se adentraba uno en una caverna de osos distinguidos.

—¿Os habéis fijado? —preguntó Leonard Kruger—. Todo lleva grabado la esvástica nazi, ceniceros, manteles, diría yo que hasta las flores llevan esa cruz torcida.

Fue mucho más que eso. En el gran comedor se distribuían dos decenas de mesas circulares, enormes, de dimensiones artúricas, para diez, doce comensales cada una, primorosamente adornadas con centros florales y motivos nacionales, sobre ellas una vajilla deslumbrante, con ribas de oro y grabados delicadísimos como la de un trasatlántico de lujo. Conrad Lloyd y Rudolf fueron ubicados en la mesa principal, junto a los jefes médicos; Kruger y Oswald Ford a su vez dispuestos en una cercana, con no menos influyentes doctores nazis.

El Teniente General doctor Karl Brandt hizo las veces de anfitrión. En su mesa, aparte de los invitados estadounidenses, se sentaban, entre otros, Butenandt, Eugen Fischer, Sigmund Rascher, Hallervorden, Hirt y Carl Clauberg, quien prefirió situarse a la izquierda del propio Rudolf; todos ataviados con sus mejores galas, no faltaban las chaquetas con ocho botones de plata, ni las mejores escarapelas nacionales de Prusia así como águilas imperiales bordadas a mano, con hilo de oro, en gorras y mangas militares.

Fueron servidos por esbeltas muchachas rubias, vestidas a la usanza antigua, que demostraban en todos sus movimientos ese diamante hitleriano de la juventud. Descorchado el vino, les sirvieron una sopa de Hannover que aquellos militares de alta graduación sorbieron con auténtico frenesí, cual si se tratara del verdadero elixir nazi.

—Cuando se toma buena sopa de Hannover —dijo August Hirt—, empieza uno a sentirse verdaderamente alemán.

—También tenemos una sopa nacional en los Estados Unidos... Y una cena

especial el Día de Acción de Gracias...

Conrad Lloyd intentó competir, vanamente, con las excelencias que aquellas walquirias traían una tras otra y colocaban en la circular mesa.

—Espero que esta vez pruebe usted el codillo de jabalí... Según dicen lo ha cazado el mismísimo Goering en sus fincas...

Rieron la gracia de Rascher, pero las palabras iban dirigidas a Rudolf.

—Si lo ha cazado el mariscal no tendré más remedio que probarlo. No pienso morir sin tomar un bocado de quien afirman que es el mejor cazador del Reich —dijo Rudolf.

Entre primeras bromas y simples brindis con los colindantes, fueron servidos con las delicias de la gastronomía germana, a la nariz y los ojos una mezcla perfecta de intensos sabores rústicos y exquisito toque de la altísima y sublime cocina teutona. Anguilas del Havel con salsa de hierbas, esturión, caviar ucraniano, croquetas de carne con mostaza y las imprescindibles salchichas y ensaladas de patata...

—¿No le gustan los arenques?

—Oh, sí, doctor Fischer... Pero entre tanta oferta no sé si decidirme... Además, paulatinamente me voy sintiendo hinchado...

Rudolf lo decía de verdad, mientras observaba cómo algunos de aquellas excelencias eran capaces de tomar con sumo gusto simples arenques del Báltico enguantados de blanco sin mancharse siquiera la punta de un dedo.

—Cuando todo este avatar histórico acabe —dijo Lloyd—, espero, y pondré todo mi empeño en ello, que acudan ustedes al simpósium que celebraremos en los Estados Unidos de América, les aseguro que probarán buena carne de búfalo. Porque deberemos continuar con esta labor científica, compartiendo experiencias y contrastando nuestras investigaciones.

—¿Cómo cree usted que acabará todo esto?—preguntó Karl Brandt.

—Pues...

Conrad Lloyd dudó un instante. Tomó un sorbo de vino y se encogió de hombros.

—Sólo soy un médico. No un analista. De cualquier forma...

Levantó su copa y él mismo se puso de pie.

—Brindo por Alemania...

—Sería usted un espléndido alemán... —dijo Brandt levantando su copa por el propio Lloyd.

—Hago extensible el brindis por nuestro estimado doctor Parker... —dijo Clauberg.

—Sí... Brindemos por Alemania —continuó Brandt—, por el Tercer Reich, por la Medicina, por todos nosotros... y muy especialmente por el doctor en Cardiología Rudolf Parker, quien ha tenido la generosidad de acceder a permanecer unas semanas más en nuestra patria.

Entre brindis y loas, aquellas bellas jóvenes no cesaban de retirar fuentes vacías y reponerlas en el festín nacionalsocialista, tan ostentoso que parecía manar directamente de un mitológico e inagotable cuerno de la abundancia.

—¿Ha probado los pies de cerdo, doctor Parker?

De nuevo fue *El Doctor Frío* quien se interesó por aquello que aceptaba o rechazaba Rudolf.

—Ya he comido bastante...

—Debería usted probarlos —insistió Clauberg—. Le aseguro que jamás habrá comido nada igual... *Espura* comida alemana.

—Oí hablar de un judío de Varsovia —relató August Hirt—, que prefirió morir antes de comer cerdo... Esa estirpe está condenada, negarse a ingerir estos manjares son prueba evidente de ello... Tal como dice Goebbels: están circuncidados

mentalmente.

Por un instante Rudolf tuvo sobre sí todas las miradas, amables o curiosas, de sus acompañantes a la mesa. Y tenía razón Clauberg: jamás había comido nada igual. La fuente de pies de cerdo cocidos humeaba frente a él. En muchos aspectos, esta fraternidad gastronómica no difería tanto del festín *purokosher* que sirvieron en la boda de Sam Lebowitz.

—Pues yo creo que son excelentes... —advirtió Conrad Lloyd mordisqueando uno—. Pruébelos, Parker, no se arrepentirá...

Así lo hizo. Con naturalidad, sin retar a nadie, cual hubiese hecho Thaddeus Lewis con una bolita de pato con miel, tomó una pieza y la comió acompañado de un vaso de vino.

—Hace bien en acostumbrarse a nuestros gustos, doctor Parker —dijo Eugen Fischer—. Todavía le quedarán muchos días en Alemania. Le trataremos como usted se merece.

—¿Tienen idea de cuándo...?

—Oh, doctor Parker... no es este el mejor momento para hablar del trabajo, sino del placer de estar... entre amigos. Disfrute de estos manjares —pidió Karl Brandt— y no se preocupe de nada.

Cuando las jóvenes wagnerianas traían bandejas repletas de dulces de la Selva Negra, tartas de frutas y zanahoria, se formó el revuelo místico que aquellos comensales esperaban. Absolutamente todos se levantaron a una.

—*Heil Hitler...!*

La voz del mariscal del Reich, sin ser profunda ni alta, sí se elevó por encima de cualquier murmullo o tintineo de cubiertos.

—*Heil Hitler...! Heil Hitler...! Heil Hitler...!*

Hermann Goering entró con paso decidido en el *Gran Salón de Prusia*, flanqueado por cuatro gigantes SS de imponentes uniformes negros y botas lustrosas como espejos. Su aspecto era impresionante, no sólo por su voluminoso cuerpo que movía con asombrosa y neroniana ligereza, sino por su indumentaria. El mariscal del Tercer Reich vestía de blanco crudo, una enorme capa caía desde sus hombros agarrada a la altura de la clavícula con un broche de oro, que en igual proporción le transformaban en emperador y en espectro, pues caminando bajo su fantástica gorra de plato, y balanceando aquella capa, parecía surgido de una vieja leyenda teutona. Se paró a saludar con su rubicunda sonrisa a los integrantes de la mesa principal, y aún pareció más legendario cuando mostró su bastón de mariscal, aquella batuta de poder con empuñadura dorada donde no faltaba la inscripción de su nombre, con mástil de marfil, de más de medio metro, sobre el que se enroscaba una dragona de cabos blancos, rojos, negros, adornado con motivos de cruces balcánicas y sendas águilas de la Wehrmacht y la Luftwaffe.

—Mariscal Goering... —dijo Karl Brandt—, tengo el honor de presentarles a los doctores Conrad Lloyd, y Rudolf Parker.

La mano de mariscal es suave. Sonrosada. No aprieta nunca: se desliza entre la palma y el pulgar que intentan asirla sin conseguirlo.

—En nombre del Führer, Canciller Adolf Hitler, y en el mío, quiero expresarles nuestra máxima satisfacción.

Estaba previsto que de inmediato el mariscal ocupara la poltrona a él reservada y diera comienzo la ceremonia de entrega de diplomas e insignias. Pero el orondo ministro nazi prefirió tomar antes una porción de pastel de manzana y una taza de café.

—¿Están contentos en Alemania? ¿Se han sentido bien tratados en el Tercer Reich?

—Son ustedes, mariscal Goering, unos anfitriones excelentes. Y sus científicos —Lloyd abrió las manos cual ofreciendo al ministro su academia particular— de una

cualificación sorprendente. Les doy la máxima enhorabuena en nombre la comunidad médica y en el de mi país, los Estados Unidos de América...

—¡América...! Siempre soñé con tomar mi biplano y volar sin parar hasta América, cómo Lindbergh... ¡Qué gran muchacho ese Lindbergh...!

Momentos después ocupaba el mariscal su trono, rodeado por sus gárgolas negras y las muchachas hitlerianas. Desde allí fue repartiendo medallas y emblemas a gran parte de los faisanes y aves del paraíso presentes, quienes lo recibían con un taconazo seco, el brazo en alto y un potente *Heil Hitler!*, y finalmente a los integrantes de la *Comisión Butenandt* consistente en una insignia: caduceo cirujano de oro con dos serpientes enroscadas sobre el águila imperial, de cuyas garras prendía la esvástica, y un diploma de similares características, donde exhibían sus nombres en letra fraktur, un grabado hueco de la Puerta de Brandenburgo, y las fechas del simpósium. Los doctores estadounidenses fueron levantándose y recibiendo con gran pompa merecimientos y poses para una fotografía memorable del acto. Conrad Lloyd, además, se dirigió a los presentes. Tras él salieron el atiborrado Leonard Kruger y Oswald Ford, por último fue nombrado Rudolf Parker. Cuando recibía su áurea insignia y el diploma, justo en el momento que el mariscal Hermann Goering le estrechaba la mano por segunda vez, se produjo el bombardeo.

Aún sostenía Rudolf Parker su diploma cuando vio el rictus de terror en el mariscal Goering: las mejillas sonrosadas al punto se le volvieron violetas. Éste miró a la entrada cuando ya llegaban corriendo varios SS, su propia guardia personal le rodeó, y por un momento el albo prusiano, envuelto en su capa como una crisálida, desapareció entre aquellos fornidos hombres uniformados de negro. El sonido de las sirenas, cual un maremoto acústico e imparable, inundó el *Gran Salón Prusiano*, su ulular atávico y agonizante se metió por debajo de las mesas, desbordó hasta hacer temblar las vajillas y copas de bohemia, zarandeó a todos los comensales que puestos en pie se miraban atónitos, incrédulos, muchos todavía sosteniendo tazas de café y puros encendidos. El ambiente, hasta ahora dulzón y espumoso, impregnado de tabaco, licores, y gelatina de jabalí, adquirió sabor a jengibre y consistencia de espuma.

—¡Atención! ¡Ataque aéreo...! ¡Ataque aéreo...!

Alguien dio la voz de alarma. La reacción en cadena fue tan general y fulgurante que la solemnidad se convirtió en murmullo, la ceremonia en desbandada y el orden en confusión. Militares, científicos, camareras, *maîtres*, las etéreas sílfides wagnerianas: corrieron todos a ninguna parte hasta encontrarse apelotonados en la puerta del restaurante.

Al igual que cinco noches antes allí estaban aquellos aviones ingleses con el imponente y limpio rugido de sus motores *Rolls-Royce*, semejantes a bólidos de carrera, dejando caer, hoy sí, verdaderas bombas incendiarias que silbaban sobre la capital alemana, generando al acertar enormes explosiones, audibles a kilómetros. Sólo las columnas de humo podían verse con claridad, dada la altura considerable que adquirirían.

—Tiene usted un olfato excelente, infalible nariz de bioquímico, doctor Ford —dijo un no menos incrédulo Conrad Spencer Lloyd mirando al cielo berlinés.

—Cierto, yo también le oí —espetó Kruger—, afirmó la puerta del Adlon que olía a pólvora...

Vieron cómo el mariscal abandonaba en su blindado el lugar sólidamente escoltado por medio centenar de SS, a toda velocidad, a su cuartel general, no en vano él era máximo responsable de la seguridad aérea del Reich, especialmente de Berlín.

—Vamos a tener una noche caliente, esos ingleses pretenden amargarnos la cena, doctores...

Karl Brandt parecía tranquilo. Plantado en la puerta del *Gran Salón Prusiano* oteaba el cielo y señalaba allí donde eran visibles los aviones enemigos

descargando en picado sobre Berlín.

—Ustedes serán evacuados inmediatamente a sus aposentos. Les aconsejo que bajen a los sótanos del Adlon y permanezcan allí hasta que nos hayamos librado de estas moscas inglesas.

¿Moscas inglesas? Eran algo más que moscas. La luna estaba prácticamente llena, en el cenit de Berlín a las nueve de la noche, *hora del Reich*, montones de confusas nubes pasaban rápido y la transfiguraban, decorando al cielo con aguadas apocalípticas, como una inmensa tramoya de ópera. Soberbios monoplanos descendían sobre la ciudad, se los podía ver a la perfección, dejaban caer sus explosivos y volvían a trepar al cielo donde les esperaban sus escoltas *Spitfire*. Como la otra vez, las baterías antiaéreas dispararon a discreción desde Tiergarten y otros puntos estratégicos. En el cielo estallaban los proyectiles defensivos, decenas, centenares, aquí y allá, casi a ciegas pero con gran ruido, mientras los bombarderos británicos, parecía que a oleadas, pasaban, subían y volvían a bajar de la nada para sembrar de pánico las avenidas alemanas.



Sólo Oswald Ford eligió guarecerse en el sótano del Adlon. Lloyd, Kruger y Rudolf prefirieron permanecer en uno de los salones, tomando la última copa y mirando a través de las grandes ventanas el suceso sobre Berlín.

—Parece que esta vez se lo han tomado más en serio esos ingleses...

—Sí, Kruger. Parece que han traído sus bombarderos. Espere un rato y verá cómo salen en desbandada, en cuanto los cazas alemanes despeguen tras ellos. Serán carnaza. ¿Usted qué dice, Parker?

—Que deben de estar muy desesperados para ofrecerse voluntarios a una misión suicida. Tienen escasas probabilidades de éxito. Inglaterra está lejos, deben conservar combustible para el regreso, no pueden permanecer mucho más tiempo en este circo bélico. Si antes no agotan la munición, supongo que a la primera señal de cazas germanos darán media vuelta y los perderemos de vista.

Bastante razonable fue la opinión del cardiólogo. Pero antes de que los aviones británicos diesen media vuelta dejaron al menos veinte incendios cuyos ígneos telones podían verse desde todos los puntos de la ciudad.

—¡Han derribado la Casa de la Ópera! ¡Están bombardeando Tiergarten!

El asistente del hotel Adlon lo susurraba lleno de espanto y confusión. Por un lado tenía el miedo propio de sentirse bajo una lluvia de proyectiles incendiarios y por otra la natural incredulidad de que Berlín, la capital de un Reich que habría de durar un milenio, se viese atacada de manera tan indignante.

En realidad el ataque duró acaso una hora, pero la alerta permaneció toda la noche. Los grandes focos alumbraban el cielo buscando enemigos volantes, las luces de la ciudad, por contra, se apagaron, y Berlín parecería desde las ventanas del Adlon una ciudad de ensueño a no ser por las humaredas, las sirenas y el ajeteo de vehículos militares y de emergencia. Con los primeros claros del amanecer podían verse con total nitidez los escuadrones de caza volviendo a las bases, sobrevolando, en señal protectora, el cielo capitalino. Los periódicos tardaron en salir, no así aquellas personas que se resguardaron en los sótanos y que tan fatigadas como aturdidas fueron llenando las mesas del salón. Por fortuna para todos el olor a café recién hecho, y a bollos calientes, disipó gran parte de la angustia de haber soportado ese ataque.

—¡Y esto no es lo peor!

El secretario Robinson acababa de llegar, con uno de los primeros artículos de prensa donde se resaltaba la pronta represalia que iban a recibir los ingleses a partir de esa misma mañana.

—Pues no sé qué se puede esperar más. El bombardeo de anoche ha sido bastante serio, señor Robinson; será la última vez que acuda a un encuentro con estos nazis. Allí donde están caen bombas...

Leonard Kruger no tardó en abrir sus panecillos y untarlos con entrañas de cisne.

—Es lo mejor para quitar la fatiga y el susto. No es un desayuno americano, pero el café está caliente...

—¿A qué se refería, señor Robinson? —preguntó un lacónico Conrad Lloyd mientras se servía la segunda taza de su poco apreciado café alemán.

—Miren esto...

Robinson señaló unos titulares que en seguida tradujo.

—Afirmar que las bombas arrojadas por aviones ingleses en Berlín son de origen estadounidense.

—Eso nos convierte casi en enemigos, ¿no es así?

—En gran medida sí, doctor Kruger. El ministro de propaganda, doctor Joseph Goebbels ha lanzado esta mañana su primera arenga radiofónica contra los Estados Unidos, nos acusa abiertamente de estar suministrando armas a Gran Bretaña.

—¿Acaso no es cierto? —preguntó Rudolf mientras leía el artículo acusador.

—Doctor Parker —contestó Robinson con voz amable—, solamente es cierto lo que Franklin Delano Roosevelt dice que es cierto. No importa cuánto muestren las etiquetas de esas bombas ni cuanto digan estos periódicos, hágame caso, así es la alta política. Pero he de reconocer...

El secretario guardó un momento de silencio. Dio un sorbo al café y miró a la lejanía de sus pensamientos.

—He de reconocer que no tardará una semana en que Alemania y Estados Unidos se declaren la guerra... A partir de esta noche pueden darla por inevitable. No obstante, es una suerte que esta desagradable situación haya coincidido con la partida. Mañana abandonarán este país. Como estaba previsto, y así me lo han confirmado hoy mismo, el Reich tiene dispuesto un *Fw200 Condor*, en ese avión volarán a Lisboa...

—Esperemos que a los ingleses no les dé por bombardear entonces... ¿A qué hora...?

—Prevista a mediodía, doctor Kruger. Deberán tener sus equipajes preparados por la mañana. ¿Y el doctor Ford?

—Se refugió en los sótanos... —aseguró Lloyd.

Robinson aprovechó la cercanía de un camarero para preguntarle.

—Me confirma que no queda nadie en los sótanos. Ya los han cerrado.

—Estará en su habitación... —apostó Lloyd.

—No, hace unos minutos lo he comprobado desde recepción.

—Habrá salido a husmear los desperfectos del bombardeo, Oswald es un tipo curioso... —dijo Kruger.

—Sí, un tipo curioso. Pero usted no debe preocuparse por eso. Pasado mañana, con suerte, estará cenando en Baltimore, tal vez en Nueva York... Supongo que después de la entrega de insignias y diplomas, y del bombardeo, pueden darse por despedidos, la mayoría de los médicos alemanes son militares, con seguridad tendrán un día de duro trabajo. Así que tómense el día con calma. Salgan a pasear si les apetece, es improbable que suceda nada a la luz de día, compren algunos recuerdos pero... no hablen con mucha gente ni se separen demasiado del Adlon.

—¿Usted qué piensa hacer, Parker?

—Bueno, doctor Lloyd... Ya estaba todo decidido...

—¿A pesar del bombardeo?

—Claro...

—Es muy probable que en pocos días se quede sin cobertura diplomática...

—dijo Robinson.

—No sé qué puede pasarme, después de todo soy invitado de los doctores alemanes. Si desean prescindir de mí aún tienen veinticuatro horas para anunciármelo. Ahora será mejor que tome una buena ducha y vaya a ver qué suerte ha corrido nuestro Número Uno.

Cuando llegó al tercer piso del Adlon, comprobó que la puerta de su habitación estaba abierta. No sólo eso: la habían registrado por completo. Cama, equipaje, armarios, la ropa, incluso el cuarto de baño.

—Vaya, parece que mi propia habitación también ha sufrido esta noche un bombardeo.

Se tocó el pecho por inercia: sí, allí estaba aquel manuscrito clandestino, tan pegado a su carne que ya le parecía un órgano trasplantado. Tal como dijo, tomó una ducha que le ayudó a desprenderse de angustia y cansancio a partes iguales, y a ser capaz de ordenar, una vez más, los acontecimientos y la falta de ellos, para extraer conclusiones.

—Dudo que nadie puede aportarme información nueva sobre mi madre.

Entonces se percibió de que faltaba la revista *Signal*, abril de 1938.

—¡Se la han llevado! ¿Por qué? ¿Quién podría saber...?

Toda la jornada de ese viernes estuvo pensando en el incierto suceso sin ofrecer siquiera una explicación extravagante. Visitó y analizó al Anubis: una semana después el papión continuaba su sorprendente mejoría, se mostraba hambriento y activo. Almorzó en la cafetería de Biología y pasó parte de la tarde visitando los pequeños museos de los Wilhelm Kaiser hasta llegada la hora de cenar con sus compañeros de comisión, en el restaurante del Adlon.

—No parece usted muy preocupado, Parker.

—¿Por qué iba a estarlo, doctor Ford?

Oswald Ford engulló antes un pedazo de carne, se limpió los labios, bebió un sorbo de vino y sólo entonces se dignó responder.

—Por la importante operación que llevará a cabo en breves días.

—A partir del lunes empezaremos los preparativos. Usted tampoco lo parece...

—¿Yo? ¿Por qué iba a estarlo? Al contrario, estoy feliz: mañana abandonaré este país...

—No parece que lo haya pasado mal...

—Bueno, he dictado conferencias por media docena de centros, en distintas ciudades, eso me ha mantenido muy ocupado... el doctor Butenandt me ha acompañado a la mayoría de ellas. He de reconocer que en gran medida el tiempo ha pasado volando.

—¿Dice usted volando?

Leonard Kruger levantó el índice en señal de aviso.

—¿No oyen aviones?

—No es necesario crear una psicosis de bombardeo todos los anocheceres, Kruger... Manténgase tranquilo.

Desde luego esa era también la intención de Conrad Lloyd, pero sólo un minuto después el ruido que creyó oír Leonard Kruger pasaba justo por encima de la Puerta de Brandenburgo.

—¡Ahí están...!

No terminó de decirlo Kruger cuando se oyeron las sirenas antiaéreas y nuevas explosiones en la ciudad.

—Debí haber apostado veinte dólares...

## Capítulo Once

A las once en punto de la mañana, *hora del Reich*, y con apacible meteorología, *otempo de Hitler*, se hallaban los integrantes de la *Comisión Butenandt* en la pista del *Flughafen Berlin-Tempelhof*. El impresionante aeropuerto parecía indemne a los bombardeos de dos noches consecutivas sufridos por la capital alemana, pero bien suspendiendo la vista sobre los voladizos, bien alargándola sobre el cemento de aquellas enormes pistas de vuelo, sí se apreciaban algunos agujeros de feo aspecto, cierto que no demasiados, no obstante suficientes para considerarlos como las primeras úlceras en el estómago de Berlín.

Conrad Spencer Lloyd, Leonard Kruger y Oswald Ford, no ocultaban el cóctel de emociones que sentían. De nerviosismo ante el temor de un repentino ataque aéreo, y de impaciencia por subir pronto al *Fw200* y salir raudo de un país que, aun grande y poderoso, excelente anfitrión y patria de sabios, no dejaba de encontrarse en guerra, como se hubo evidenciado. Rudolf Parker, el secretario de la Embajada, Robinson, y Adolf Butenandt, les acompañaban como único comité de despedida.

—Quién sabe cuándo volveremos a esta grandísima nación... —suspiraba Conrad Lloyd a pesar de mostrarse visiblemente excitado por abandonarla.

—Alemania siempre mantendrá sus puertas abiertas para los grandes científicos, doctor Lloyd, no debe usted dudarle —respondió Butenandt desde su cotidiana cortesía.

Poco más hubieron de decir, pues hasta ellos llegó el maravilloso avión plateado, con hocico de gigante tiburón del aire, comandado por el piloto y actor de las seis medallas colgadas al pecho: el rutilante Rolf Wenkhaus, quien descendió del aparato con su sonrisa de cartel y saludó militarmente a los comisionados y al bioquímico del Reich.

—En cuanto estén depositados los equipajes podremos despegar.

—¿Cuánto tardaremos, capitán? —preguntó Kruger.

—*Mein Herr*, antes de medianoche aterrizaremos en Lisboa, vía Roma.

Las cuatro aspas del *Fw200* zumbaban poderosamente, el sol de la mañana daba en el fuselaje del aparato y éste resplandecía como la armadura de un caballero medieval antes de partir a las justas.

Una vez que los equipajes fueron introducidos en la bodega del *Condor*, el segundo de a bordo, Walter Gasser, accionó las escalerillas de acceso. El viaje de vuelta para aquellos médicos estadounidenses daba comienzo.

—Doctor Parker...

Conrad Lloyd le abrazó como si fuera aquella la última vez que habrían de verse.

—Le deseo toda la suerte y todo el éxito del mundo. Recuerde: es un paracaidista de la ciencia.

—Gracias, doctor Lloyd. No se preocupe, tal vez dentro de una semana, o diez días, esté de vuelta y podamos tomar un auténtico café en cualquier bar de Manhattan.

—Parker... demuéstrelas lo que vale un cardiólogo americano...

Leonard Kruger se quitó el sombrero y le saludó como un viejo amigo. No dijo nada más, se limitó a abrazarle y darle dos golpecitos en la espalda.

—Suerte...

Fue la única palabra a modo de despedida de Oswald Ford, quien alargó la mano y, para evitar mirarle de frente, mantuvo la cabeza un punto alta y los ojos perdidos en los carteles del aeropuerto.

—Les deseo a todos un buen viaje. Pronto estaremos juntos en Nueva York.

—Suerte una vez más, doctor Parker...

Asimismo se despidieron de Butenandt y Robinson. Un par de minutos

después, cuando los tres doctores se acomodaron en el avión alemán, el cinematográfico Rolf Wenkhaus volvió a saludar a voces.

—¡Oiga, he visto su fotografía en el *Völkischer Beobachter*! ¡Tiene usted un buen perfil de vaquero, doctor Parker!

—¡Y yo tuve la oportunidad de ver a su admirada y bellísima Zarah Leander! ¡Le deseo una buena travesía, capitán!

El avión rodó por la pista, con lentitud, hasta que fue situado en su lugar correspondiente. Sus pasajeros, holgadamente acomodados, no en vano eran los únicos para veintiséis plazas, pudieron comprobar que no era el *Condorel* único avión en la pista.

—¿Ha visto eso, doctor Lloyd?

Leonard Kruger lo preguntaba sin apartar los ojos de las ventanillas. Y, en efecto, era digno de ver una escuadrilla de bombarderos *Stuka*, dispuestos como los elefantes de un circo, a su vez rodeados por un avispero de cazas *Messerschmitt*.

—Ayer bombardearon Birmingham y Bristol... —susurró Ford.

—¿Birmingham? ¿Bristol? Si los nazis bombardean por orden alfabético —especuló el ocurrente Kruger— hoy debe tocarles a las ciudades que comiencen con la letra C... Es muy simple: responden al estofado de Churchill con sopa de letras de Hannover.

—No digan ustedes simplezas —refunfuñó Oswald—. Esos aparatos están ahí para defender Berlín. Cualquier capital del mundo haría lo mismo de verse amenazada.

El comité de despedida permaneció en Tempelhof, hasta comprobar que el *Fw200* despegaba limpiamente de la pista y se elevaba, girando al sur, perdiéndose pronto de vista en el hoy transparente cielo berlinés.

—¿Qué tal se siente?

Adolf Butenandt lo preguntó con delicadeza.

—Bien... Con ganas de empezar. ¿Qué le parece si valoramos a nuestro Número Uno?

Así fue. Hasta bien entrada la tarde ambos doctores sometieron a profundo examen al babuino trasplantado, que parecía consolidar su buen aspecto y responder a la perfección a cuanto examen médico fue expuesto.

—Hemos rebajado las exposiciones a rayos equis, pero se continúa con la administración de corticoides.

—He de reconocer, doctor Butenandt, que su fórmula maestra de fármacos inmunodepresores ha resultado un éxito. Sinceramente, nunca había visto una evolución tan rápida y perfecta como en este mono.

—Desde luego —aportó Butenandt—, nuestro modelo experimental ha resultado ser valiosísimo.

—Sí... Pero no deja de ser un modelo experimental. Nuestra próxima intervención ya no será con un modelo, ni tampoco será un experimento... ¿Qué puede usted decirme al respecto?

Butenandt se llevó las manos a la espalda y continuó mirando al Anubis.

—Siento no decirle nada, doctor Parker. Créame que desconozco la identidad de esa persona.

—Alguien influyente en el Tercer Reich...

—Sin duda... Pero no sé quién es. Creo que nadie, o pocos, lo saben. Se lleva con rigor y máximo secreto.

—Parece una cuestión de Estado.

—Se podría considerar así. Vivimos circunstancias especiales que se rigen por sus propios códigos, y a esos códigos debemos obedecer. Todos confían en usted, su pericia es extraordinaria.

—Tampoco soy un mago. El paciente —Rudolf señaló al Anubis que

jugueteaba tranquilamente con una manzana— debe poner mucho de su parte. Las ganas de vivir son esenciales en este tipo de operaciones...

—Nadie le pide magia, sino ciencia. Descanse el fin de semana, doctor Parker. A partir del lunes podremos diseñar junto con Armin Edelberg el proceso quirúrgico, y probar la réplica de extracorpórea con la que mantendremos activo el órgano donante. Y si entonces es posible le suministraré alguna información.

Ya caía el sol sobre la menos prusiana de todas las ciudades prusianas, Berlín. Permanecer en el Adlon, aunque había cambiado de piso y ahora se ubicaba en el segundo del otro ala, le resultaba angustioso, ni siquiera en los salones lograba respirar el aire puro que sí halló en Tiergarten. Con el cuaderno cosido permanentemente al pecho, recorrió senderos y jardines mientras montones de preguntas e incógnitas luchaban por acaparar su atención.

—Ojalá todo esto acabe pronto...

La tristeza por la desaparición sin retorno de su madre ya no ocupaba lugar en el batallón del frente, pero quedaban respuestas por hallar: ¿qué le ocurrió *exactamente*? Paseó alrededor de quioscos de música, fuentes, templetos, y se felicitó de contemplar las primeras aves nuevas que a bandadas alzaban el vuelo o se posaban a una. También meditaba sobre el verdadero contacto, no esos ángeles envejecidos de Wannsee que tomaban té, bisbiseaban y señalaban el camino a seguir, sino el auténtico arcángel de grandes, aceradas plumas que debería intercambiar su manuscrito y, por supuesto, en Mona Gruenewald. Sin pretenderlo se halló en el cruce de caminos conocido como *La Gran Estrella*, justo en el eje de Tiergarten, en cuyo centro se alza la columna *Siegessäule*, popularmente llamada *La Chimenea de la Victoria*, ornamento de altura sobrecogedora, en cuyo extremo se levanta la estatua bronceada de una mujer alegoría.

—Llamada *La Dorada Else*...

Rudolf miró a su derecha.

—¡Mona!

La fotógrafa del Reich, de nuevo aparecida de la nada, con una sonrisa encantadora, tocada con una boina berlinesa roja y negra, y llena de luz la mirada, continuó su inesperada explicación.

—*La Dorada Else*... Dicen que es la mujer más respetable de Berlín, porque no tiene amantes...

—¡Mona! ¿Cómo es posible? Ahora estaba pensando en ti... Creí que no volverías hasta... No sé...

—Bueno, hemos llegado hace unas horas. Descansé un rato y... aquí me tienes, olfateando tu rastro por Tiergarten... ¿Temes a las alturas?

—No... ¿Por qué?

Mona le llevó a los pies de la columna. Tomó de la mano a Rudolf y subió con él los doscientos ochenta y cinco escalones que se devanean por el interior de la gran chimenea. Cuando estuvieron en la plataforma, desde la que podía divisarse toda la ciudad, ella se despojó de su boina, él la abrazó y se besaron con absoluta pasión de enamorados.

Pasaron la noche en Wilmersdorf, a la luz de unas velas, con una botella de vino y algo de suave música, sintiendo que respiraban solos en el mundo.

—¿Dónde has estado?

—En Turingia... ¿Me has echado de menos?

—Sí... Cuando bombardeaban miraba a un lado y otro buscando tu coche. Vendrá a rescatarme, pensaba... Tal vez esté por la Bismarckstrasse...

—Sólo han sido unos días... Me duele el dedo de disparar fotografías...

—¿Qué hacías allí?

—Bueno... Otro simpósium. En vez de médicos, físicos, pero todos alemanes, varios Nobel. Merodeaban muchos peces gordos. Incluido el Führer. Las borrascas inglesas acortaron las sesiones, hemos terminado dos días antes.

—¿Cómo has dado conmigo? Tiergarten es muy grande.

—No lo suficiente. Los querubines saben tu nombre.

—¿Los querubines? ¿Mi nombre?

—Sí... Los querubines son angelitos. Vienen volando y me dicen dónde estás...

Sólo es necesario poner el oído... Muy fácil.

Le hubiese preguntado más cosas. Pero Mona le miró y él la envolvió de nuevo en sus brazos. Cerraba un instante los ojos y creía que al abrirlos allí delante estaban las onduladas aguas del Hudson y las luces de Manhattan, no una ciudad que según pasaban las jornadas se le antojaba fría, hostil y confusa.

—Ahora te has quedado solo en la Gran Alemania...

—Mis colegas estarán llegando a Lisboa: después de esas dos noches *borrascosas* lo estaban deseando. Mañana saldrán para América.

—Si todo sale bien, dentro de unos días también tú estarás subido a un avión directo a Lisboa...

—Si todo sale bien... —repitió lacónicamente.

Ella le cogió las manos.

—Son preciosas. Las envidiaría cualquier virtuoso.

—Supongo que tanto las envidiaría un pianista como un carnicero... ¿Y tú, qué harás?

—¿Yo?

Mona pareció sorprendida. Apartó las manos, oscureció el rostro, quiso desaparecer, esfumarse antes de dar una respuesta sincera.

—¿Por qué no te vienes?

—¿Irme?

—A América. A Nueva York...

—Rudolf...

Prendió un cigarrillo. Estiró el cuerpo intentando sobreponerse, alejarse de todo sentimentalismo, pero no consiguió más que temblar como una gacelilla cuando Rudolf la rodeó, la estrechó con sus brazos y le susurró muy cerca de la oreja.

—Sí, conmigo... Dentro de unos días...

—Eso no es posible, Rudolf... Ahora no puedo irme de Alemania, sería como traicionar al Reich, habría que contar con un permiso especial, no es fácil. Tú eres extranjero, además...

—Casémonos...

Ella le miró al borde del llanto. No dejaba de temblar, nunca pareció más frágil que en ese momento.

—Te quiero, Mona... Desde el día que te vi... Si nos casamos accederán a dejarte marchar, te irás con tu marido... ¿Es que no me quieres?

—Claro que te quiero, Rudolf...

—¿Entonces...?

A Mona Gruenewald le temblaban los labios. Mantenía la mirada fija en los ojos de su amado. El tiempo parecía eternizarse.

—¿Entonces...?

Sonó el teléfono. De manera estridente, convulsa, acaparadora, con efecto similar al que hubiesen producido todas las alarmas antiaéreas del mundo. Mona dio un salto, estiró la mano para tomar el auricular y la detuvo un instante. Las luces de las velas proyectaban su sombra en la pared.

—¿Diga?

Uno, tres, cinco segundos.

—¿Diga?

Separó el auricular del oído y lo contempló, cual si intentara averiguar con los ojos el contenido de esa ausencia de respuesta. Después colgó.

—¿No contestan?

Ella se dirigió a la ventana y miró de soslayo tras los visillos las esquinas de su calle.

—¿Qué buscas?



—Quieren saber si estoy en casa...

—¿Quiénes quieren saber? ¿La Gestapo? ¿Por qué? ¿Acaso no eres una mujer libre?

—Tengo miedo, Rudolf...

Él se sentó a su lado en el borde de la cama. El disco finalizó la última canción y ahora giraba emitiendo a cada vuelta un cri-cri de grillo. Una de las velas agotó su cera y la habitación quedó casi en absoluta oscuridad.

—¿Miedo? Mona... ¿de qué tienes miedo? Mírame, estoy aquí contigo... Di que me quieres una vez más y te juro que te sacaré de Alemania, no me iré sin ti... Hablaré con Adolf Butenandt. O con Fischer. Con el mismo Hitler si es necesario. No quiero más insignias de oro, el pago a mi servicio será el permiso para que puedas venir conmigo...

—Rudolf... Si todo sale bien...

—¿Qué ha de salir bien, cariño?

—Estás aquí porque debes cumplir una misión. Una misión importante.

—¿Qué sabes tú de esa misión?

—Es mejor que no hablemos de esto. Ya has oído el teléfono.

—Alguien ha podido equivocarse. En Nueva York ocurre a todas horas...

Ella negó con la cabeza y le colocó un dedo en los labios para exigir su silencio.

—Es mejor que no hablemos alto y obviemos algunos comentarios... —susurró. Rudolf la miró extrañado.

—¿Puede haber micrófonos escondidos en tu casa?

Mona asintió.

Cuando Rudolf despertó sólo halló una nota de Mona: *Café Remges, cinco de la tarde*. No abrió las ventanas, lógicamente, pero era una magnífica mañana de domingo: el sol se filtraba por las rendijas. Ni siquiera quiso preguntarse por qué la fotografía había abandonado el domicilio de manera tan extraña y sigilosa, pues sin duda la inquietante llamada telefónica la había puesto en serio sobreaviso.

Desayunó en la cafetería del Wilhelm Kaiser de Biología, donde fue a visitar al papión, que continuaba recuperándose milagrosamente, y allí pudo ver montada la réplica de su propia máquina extracorpórea.

—¿Qué le parece, doctor Parker?

Armin Edelberg, el cirujano que parecía habitar a los pies del Anubis, hombre de enorme vocación médica, le preguntó sin ocultar su satisfacción.

Rudolf miró con detenimiento cada uno de los componentes del ingenio mientras asentía.

—Han hecho ustedes un gran trabajo.

—La hemos probado y no detectamos fugas —advirtió Edelberg—. Pero, lógicamente, debe pasar una prueba de espuma. El doctor Butenandt sugirió que estuviera usted presente.

—Mañana lunes, a primera hora será una buena ocasión para efectuar esa prueba. Debemos tener ambas máquinas a punto cuanto antes.

—Así es, doctor Parker. El domingo próximo es el cumpleaños del Führer...

—¿El cumpleaños del Führer?

—Bueno...

El médico alemán sonrió y meneó la cabeza sopesando sus palabras.

—Quiero decir que tal vez sería un buen regalo de cumpleaños. Nuestro Führer se muestra muy interesado en estos logros...

—¿Sabe usted a quién vamos a intervenir?

Edelberg se limitó a mostrar las palmas de las manos, cual si se rindiera; señal suficiente para que Rudolf comprendiese que no debía preguntar nada más.

—El doctor Butenandt le pondrá al corriente.

—Bien, en cuanto tengamos los informes médicos de esa persona nos pondremos a trabajar, no antes. Creo que usted será el segundo de a bordo...

—Así es, doctor Parker... Espero que no...

—Me lo comunicó Butenandt, pero yo también le hubiese elegido.

—Gracias. Será un doble honor: ser su ayudante y participar en este hito médico.

—También contaremos con las mismas enfermeras que asistieron con Número Uno, y será necesario un médico más. Tal vez Viktor Gardner...

—¿Viktor Gardner? No tiene mucha experiencia...

—Nosotros nos encargaremos de proporcionársela.

Almorzó con Edelberg. Hablaron de Medicina, de macacos y de corazones, también de Nueva York o de los bellos rincones de Berlín, hasta que fueron encontrados por Eugen Fischer y Adolf Butenandt, quien se encargó de trasladarlo en su auto a Berlín.

—Todos le estamos muy agradecidos por su esfuerzo, doctor Parker, y especialmente porque haya accedido a permanecer unos días para esta intervención.

—He de reconocer que es una oportunidad única. Ya he hablado con el doctor Edelberg. En el quirófano no debe haber más de seis personas: me gustaría que asistiera Viktor Gardner, será mi ayudante, si usted lo aprueba. Antes deberemos hacer un ensayo general. Edelberg será asistido por una enfermera, se encargará del donante, y el resto nos ocuparemos de... ¿De quién se trata?

—Mañana le llevaré personalmente los cardiogramas, informes y últimos análisis clínicos. Sufre una severa cardiopatía isquémica. Agotamiento muscular

cardíaco. Como usted sabe, es irreversible. Somos conscientes de que puede morir en quirófano, pero si no se le transplanta un corazón morirá en unos días. No creo que soporte una semana más.

—Entonces, es inminente...

Butenandt asintió mientras aparcaba su auto a las puertas del Adlon.

—Tómese el resto del día con tranquilidad, doctor Parker. Seguro que Berlín puede ofrecerle algún espectáculo de su agrado. Hay buenos cines, teatros, visite nuestras librerías.

El bioquímico miró al cielo berlinés.

—Le aseguro que esta noche no tendremos sorpresas. Nuestros espacios están bien protegidos. No tema por eso, aunque oiga sirenas... haga como Ulises. A partir de mañana formaremos el comité médico para esta intervención. Cuente con Gardner.

Permaneció tumbado en su cama hasta la hora de partir al encuentro con Mona. ¡Fue capaz de pedirle matrimonio! ¿Y ella qué había contestado? La sacaría de aquí. Se la llevaría de este país donde camina el golem a la otra parte del mundo. Sí, no podía permanecer un día más en Alemania, se sentía acosada y seguramente lo estaba; y en un estado como era el Tercer Reich sólo con sentirse perseguido se convertía uno en sospechoso. Además, ¿qué sabía realmente Mona Gruenewald?

—Ella también se somete al *Kadavergehorsam*.

Fue Mona quien le puso en contacto con las tomadoras de té. Sabía que era judío: *desde que bajó del avión en Tempelhof*. También que él tenía una misión que cumplir.

—Colabora con la Hermandad Hebrea, es evidente. ¿Acaso es judía? Está en serio peligro, sus dudas son muy razonables. No me iré sin Mona. No puedo dejarla aquí.

Abandonó el hotel una hora antes; consciente de ello eligió una dirección contraria a su destino, pues prefirió pasear, rodear manzanas, edificios, girar aquí y allá con la pretensión, quizá vana, de despistar a todo ciudadano alemán con quien se cruzaba. Finalmente llegó a la hora fijada al *Café Remges*, y tomó asiento en el mismo lugar, frente al ventanal.

—*Heil, Hitler...!*

El propietario teutón le saludó con enérgica simpatía, y aún cuando le servía el café señaló la pitillera HH que Rudolf acababa de sacar.

—¿Dónde la compró? Me gustaría tener una igual. Es un objeto precioso...

—Siento no poder informarle, es un obsequio...

—¡Ya...! Seguro que es regalo de su esposa, la mía... —el teutón agitó los brazos y hundió la barbilla bajo su bigote hitleriano—, jamás me regalaría algo así... ¡No...!

Otro café hubo de tomar Rudolf, algo impaciente, mirando de continuo a través del ventanal, hasta que llegó Mona, con un pañuelo atado a la cabeza y gafas oscuras, casi irreconocible.

—Cariño...

—¿Has esperado mucho?

—Desde las cinco... Pero el café del *Remges* no está mal, el mejor de cuantos he probado en Berlín.

—Tuve que irme, Rudolf. Es preferible salir sola de casa. Evitar que nos vieran juntos.

—¿Has pensando en lo que te dije anoche?

—Claro...

—Debes venir conmigo, Mona. No puedes quedarte aquí, correrías peligro. Tú misma lo dices. Muy pronto haremos esa intervención coronaria, dos o tres días más

de postoperatorio y... rumbo a América... Di que sí, cariño. No dejaré que permanezcas aquí... Dime sí...

—Rudolf... ¿Por qué nos hemos enamorado en estas circunstancias?

—Estas circunstancias han permitido que nos conozcamos. Di que sí, cariño...

—Si todo sale bien...

—¿Qué sabes de todo esto?

—¿De todo esto? Oh, Rudolf, es tan complejo... No sabría ni por dónde empezar.

—Yo te ayudaré... ¿A quién he de ver? ¿Qué persona ha de contactar conmigo? ¿Está en Berlín? ¿Qué tiene que darme?

—No estoy autorizada para decir nada, Rudolf, debes comprenderlo, cada palabra que diga se puede convertir en una bala dirigida a ti. Pero será esta semana, puedes estar seguro...

—¿Por qué he de esperar?

—Están traduciendo, Rudolf...

—¿Traduciendo?

—Por favor, cariño... No me hagas hablar más. Confía en mí...

—¿Qué sabes de Oswald Ford?

Mona apuró su café y tomó un cigarrillo de Rudolf. Cuando éste le ofrecía fuego ella ocultó lateralmente sus labios con la pitillera y se lo susurró.

—Trabaja para Alemania...

—¿Oswald Ford?

—¿Te sorprende? Vivimos en un mundo de locos, Rudolf. Nada es lo que parece. Todos estamos llenos de fantasmas; todos somos otros. Incluido el Führer.

Por un momento imaginó a Oswald Ford ajustándose al pecho su propio cuaderno cabalístico. Tenía razón la fotografía: nadie era quien decía ser, hasta los sólidos cimientos de la realidad no eran sino apariencia, castillos de cartón que podrían desaparecer, como los naipes de Hardeen Houdini, con un soplido, un chasquido de dedos.

—La noche del segundo bombardeo registraron mi habitación en el Adlon. Ha desaparecido la revista *Signal*: la guardaba bajo el colchón; buscaron a conciencia.

—Hubieran encontrado cualquier cosa, Rudolf.

—Supongo que sería Ford. Si esa revista ha llegado a manos de la Gestapo... pueden deducir que... lleva tu firma. Ya uno de esos, el doctor Clauberg, me puso en serio aprieto porque mis facciones le recordaban a...

—A tu madre...

—Sí...

—Una mano poderosa te está protegiendo...

—¿Tú crees?

—Sin duda. De no haber adquirido esa notoriedad médica ya te habría detenido la Gestapo. No les hubiera importado tu nacionalidad. Si descubren que eres judío estás perdido.

—Tal vez ya lo saben...

—Lo desconozco. Si lo saben, lo ocultan porque confían en tu utilidad... También descubrieron a tu madre y la liberaron.

—¿Quién la mató?

Mona Gruenewald se estremeció. Se ajustó el pañuelo y cerró los párpados como si pretendiera refugiarse. Aunque sus labios vibraban cual si fuesen a hablar no pronunciaron palabra. Parecía tan diminuta, frágil, desprotegida, que Rudolf le alzó suavemente la barbilla y sin cortapisas le dio un pequeño beso.

—No tienes por qué decirme nada.

Salieron del *Café Remges*. Ya las luces urbanas estaban encendidas, y

envolvían Berlín en una atmósfera ideal, donde todo se había detenido, los autos, las nubes, el tiempo. Caminaron juntos, sin prisas. Tomaron un taxi hasta Wilmersdorf. Rudolf subió antes. Diez minutos después llegaba Mona. Cuando cerraron la puerta se fundieron en nuevos besos, rendidos ante el amor.

—Esto es una locura...

—Sí...

—Amor mío, tendrás que irte antes de que amanezca.

—Así lo haré...

## Capítulo Doce

Tal como estaba previsto, la mañana del lunes, a las diez en punto, se reunieron en el despacho de Adolf Butenandt. Antes tuvo Rudolf la oportunidad de saludar a los otros dos médicos incluidos en el equipo de transplante, Armin Edelberg, y el exultante Viktor Gardner, quien no salía de su asombro y contento por haber sido elegido para una intervención que reunía todos los elementos clínicos soñados por cualquier cirujano: importancia capital, pues se trataba de una operación a vida o muerte; realidad secreta: nadie sin autorización tenía conocimiento previo de que fuera a realizarse; y carácter único: nunca se había intentado antes, al menos en los quirófanos del Tercer Reich.

—Deseo darle las gracias, doctor Parker. Me informaron ayer tarde de que había sido incluido en su equipo y, créame... es el mejor regalo que he recibido en mi vida.

—Y yo celebro que usted haya aceptado, doctor Gardner. Deberá asistirme mientras su colega Edelberg trabaje con el órgano donante, después será sustituido y se encargará de controlar la máquina de circulación extracorpórea. Es labor de vital importancia, sus manos sostendrán parte del éxito de esta aventura...

—Yo también le felicito, Gardner —dijo Edelberg, sintiéndose importante—, sepa que cualquier médico del Tercer Reich hubiese dado un puñado de medallas por haber sido incluido en este equipo.

—Bien... Será mejor empezar a trabajar.

Así fue, subieron al despacho del director de Biología.

—El doctor Butenandt les está esperando. Pueden ustedes pasar —dijo una amable secretaria.

Cuando entraron en el prístino despacho, donde no faltaba la fotografía firmada del Führer, guardaron un momento de silencio, no en vano el ilustre bioquímico estaba concentrado, mirando por una ventana al frondoso parque de Dahlem-Berlin... a través de un pequeño catalejo de bronce.

—Las ardillas son maravillosas... Hace unas dos semanas se despertaron y corretean por los árboles. A veces les arrojé un puñado de nueces... Son unos animalillos encantadores.

Rudolf le miró con cierta melancolía. Evidentemente le recordaba a Walter Sheaffer y sus ardillas de Central Park.

—Los roedores sí cuentan con un corazón poderoso —dijo Butenandt—, parece que cada primavera estrenan uno.

—Tal vez sean inmortales —bromeó Edelberg oteando él mismo el bosquecillo de Dahlem.

Los cuatro médicos se sentaron alrededor de una mesa. Adolf Butenandt puso delante una carpeta repleta de documentos médicos y todavía guardó unos instantes de silencio antes de buscar las palabras precisas con las que dirigirse al singular equipo cardiológico.

—Doctores... se me ha insistido desde el Ministerio de Sanidad en la necesidad de mantener absoluto secreto, sobre esta reunión y cuantas puedan celebrarse a tenor de este caso. El Ministerio espera, asimismo, que todos ustedes respeten escrupulosa y especialmente esta confidencia extrema: la persona que va a someterse a un transplante no lo sabe...

—¿Cómo dice usted, doctor Butenandt?

—Nuestro equipo de psicólogos ha barajado esa posibilidad, y la vamos a llevar a práctica con la idea de evitar rechazo hiperagudo. Sabe que será sometida a una operación de corazón, pero desconoce que sea un transplante.

—Éticamente reprochable... —dijo Rudolf.

—Pero en este caso médicamente aconsejable, doctor Parker. Le aseguro que contamos con el consentimiento de sus allegados.

Todos guardaron unos segundos de espeso silencio.

—Continúe, por favor... —pidió Rudolf.

—El Reich interpretará como juramento que ninguna palabra relativa al caso debe salir de este despacho ni de los quirófanos.

El bioquímico abrió su carpeta y extrajo los primeros documentos.

—La persona a tratar sufre de una cardiopatía severa, producida por agotamiento y malformación del músculo coronario. Nuestros especialistas han hecho cuanto han podido, llegando a concluir que ninguna técnica quirúrgica lograría subsanar el problema, excepto un trasplante de órgano como única y última alternativa. Por supuesto, somos conscientes del riesgo notable que entraña una intervención de esta naturaleza, pero el agotamiento cardíaco es tal que de no realizarse en las próximas jornadas...

Butenandt desparramó en la mesa varias placas radiográficas e informes analíticos que los doctores escrutaron de inmediato, cual si intentaran encontrar entre aquellos datos una fórmula maestra, un estribo de acero al que auparse para obtener alguna perspectiva y un sendero sin arenas movedizas donde dar los primeros pasos en esta extraordinaria osadía médica.

Rudolf levantó una de las radiografías y la miró al trasluz con detenimiento.

—Es una mujer... Edad media... veinticinco, treinta años. Su corazón excede el tamaño normal... Es algo grande...

Poco más se logra evaluando a primera vista una placa de nubes blancas y negras, pero Adolf Butenandt le miró al borde de la sonrisa.

—En efecto, doctor Parker... Mujer, veintinueve años... Según nuestros informes su órgano cardíaco es más voluminoso de lo que debiera, eso le ha llevado a un agotamiento irreversible. Pueden ustedes evaluar estos cardiogramas...

Rudolf lo hizo. Apretó la boca y se concentró en la lectura de aquellos gráficos que a las claras mostraban severas arritmias.

—Como puede observar, doctor Parker, nuestra paciente puede tener setenta y dos pulsaciones por minuto, una frecuencia correcta, y en el mismo día dispararse al doble de pulsaciones... para bajar a la mitad en sólo unos minutos...

—Sí... ya es sorprendente haber sobrevivido con esta montaña rusa que tiene por corazón...

—El motor cardíaco no funciona... —dijo Edelberg—. En cualquier momento puede haber fracaso coronario y fallecimiento por colapso.

—Necesitamos un estudio de las funciones renales y hepáticas de nuestra paciente... —solicitó Rudolf—. ¿Cómo deberemos dirigirnos a ella? No creo que llamarla Número Dos sea lo más conveniente para una señora distinguida del Tercer Reich.

—Siento decirle que no podemos transmitir los datos personales de la paciente, doctor Parker.

—Y yo siento responder que no tendremos más remedio que enfrentarnos a ella en algún momento. No podemos operarla a distancia. Y deberemos dirigirnos a nuestra paciente, antes, durante y después.

Adolf Butenandt tomó su catalejo de bronce; lo miró con intensidad cual si tuviera en las manos un bastón de mando al que solicitase permiso para desenterrar siquiera una palabra.

—Se pueden dirigir a ella como *FrauEva*.

—Pues... *FrauEva* necesita ser intervenida urgentemente. Tal como afirman sus cardiólogos, no es aconsejable esperar más tiempo. Debemos comenzar los preparativos ya. Aunque... todo depende de contar con un órgano adecuado.

—Estamos trabajando en ello, doctor Parker. Tal vez en un par de días lo tengamos.

—¿Tan pronto?

—Berlín cuenta cuatro millones de habitantes. Alemania, muchos más. Un montón de gente muere a diario. Todo tipo de personas. Estadísticamente es muy probable que algún fallecido hoy mismo use una talla similar de ropa y zapatos a la de cualquiera de nosotros. No será especialmente complicado hallar un órgano adecuado.

—No encuentro en estos informes un análisis completo de sangre. Ni siquiera viene recogido el tipo ni el factor Rh al que pertenece. Eso es de suma importancia. Precisaremos cuatro hemounidades por si surgen hemorragias o se necesitan en el postoperatorio.

—La información que tengo al respecto es algo confusa, doctor Parker.

—Explíquese...

—Nuestra paciente, *FrauEva*, tiene un tipo de sangre no A, no B, no AB y no O... Y no puedo decirle nada más.

—Doctor Butenandt —sugirió Rudolf llevándose ambos índices a las sienes—, las transfusiones entre grupos incompatibles pueden provocar una reacción inmunológica y usted sabe lo que eso conlleva, por este orden: hemólisis, grave anemia, fallo renal, shock... y muerte.

—Así es —confirmó el bioquímico—. Pero contamos ya con esas hemounidades de reserva donadas por la propia paciente...

—Es extraordinario... —exclamó el atento Viktor Gardner.

—Sólo a medias —insistió Rudolf—. Necesitaremos un donante igualmente extraordinario. Circunstancia vital que complicará mucho las cosas, las posibilidades se reducen considerablemente.

—Estamos trabajando en ello, doctor Parker. Como le he dicho, confiamos que en pocas jornadas tengamos a disposición un órgano adecuado.

Pasaron el resto del día comprobando ambas máquinas de circulación extracorpórea, y adiestrando a Viktor Gardner en su manejo correcto.

—Mañana —apuntó Rudolf—, estudiaremos todos los pasos previos a la intervención. Doctor Edelberg, usted será el encargado de administrar la anestesia. Cuando tengamos a nuestra paciente en profundidad anestésica, y abolido el riesgo de consciencia, procederá a la extracción del órgano donante después de haber sido conectado a la máquina, no antes, para mantener activas las funciones y proceder a su vaciado.

—Nunca he visto un corazón humano vivo —susurró Viktor Gardner, visiblemente excitado según miraba las máquinas milagrosas y el pequeño croquis que Rudolf había trazado en un papel al explicar el funcionamiento de su ingenio, o según oía lleno de atención cuanta palabra decía el considerado por el Tercer Reich, y por otras publicaciones médicas, como uno de los mejores cardiólogos del mundo.

—Doctor Gardner, el corazón es una máquina de bombear, con un número limitado de conexiones, como esas de ahí. El único músculo del cuerpo humano que no se sostiene con el esqueleto, ni necesita estímulos conscientes o reflejos: se excita a sí mismo. Imagínese una gran ciruela, madura, sin piel... todavía colgante del árbol, mas en lugar de semilla sólo tuviera un pequeño... vacío.

—También yo aseguro —intervino Edelberg—, que esta misión no será tan fácil como injertar manzanos...

—No lo será, pero tampoco quiero que lo vean como una cosa imposible, una batalla perdida... No lo sientan como un ensayo, sino como una repetición. Miren al Anubis... Está vivo, de haber tenido un corazón enfermo, cual nuestra paciente, ya estaría muerto. Tal vez no pueda saltar de árbol en árbol, pero sí puede comer bananas.





Esa misma tarde fue acompañado por Butenandt a conocer a *FrauEva*, ingresada en el pabellón privado del Hospital Moabit de Berlín, al norte de la capital, en una habitación custodiada por guardiasSS, evidencia que acrecentaba la sensación de cuán importante era esa persona para el Reich.

Allí esperaba una mujer de mediana edad, rubia, de tez y ojos claros y aspecto paradójicamente saludable. De complexión atlética, y poseedora de una belleza pasiva e ingenua. Estaba sentada en un sillón, con una mantita sobre las piernas y una orquídea amarilla en las manos, cerca de la ventana desde la que divisaba un precioso jardín.

—*FrauEva*, le presento al doctor Rudolf Parker.

—Es un honor, señora...

—Por favor —dijo aquella mujer con una vocecita clara y emocionada—, el honor es mío, doctor Parker. Muchas gracias por haber accedido a visitarme.

—Bueno, *FrauEva*, es la labor de cualquier médico: visitar a los pacientes. ¿Qué tal se encuentra?

—Oh, bien... Algo cansada, pero ya sabe... el comienzo de la primavera siempre resulta agotador y creo que este año vamos a tener una muy larga. ¿Es usted americano, verdad?

—Así es, *FrauEva*...

—¡Me encantan las películas a color! Cuando puedo veo películas americanas, son fantásticas...

La mujer perdió la mirada en la flor que sostenía y por momentos pareció ausente.

—Algunas veces —dijo melancólica— me siento como Dorothy Gale en *El Mago de Oz* cautivada por el Profesor Marvel... Otras, como Cathy en *Cumbres borrascosas*... Creo que nací para ser personaje en una pantalla grande y blanca...

—El doctor Parker desea auscultarla, *FrauEva* —dijo Butenandt.

Rudolf ocupó un par de minutos en oír el corazón de la paciente, absolutamente concentrado, intentado comprender aquella desajustada serenata que latía en el pecho de *FrauEva*.

—¿Qué le parece mi corazón, doctor Parker?

—Bueno... Palpita. Eso es mucho. Señal inequívoca de que está usted encantadoramente viva.

—¿Es como una cajita de música, verdad?

Rudolf sonrió. Parecía una buena mujer, dulce, educada, llena de candor y bastante fantasiosa. Después de haber oído sus afónicos latidos miró a Butenandt y asintió con los párpados.

—Haremos lo posible para que esa cajita de música interprete bonitas sonatas... ¿Cuál es su música favorita?

—Oh... La del cine... Esas melodías que hablan de amor... ¿Ha visto usted muchos corazones, doctor Parker?

—Pues... debido a mi profesión... sí.

—¿Hay diferencia entre un corazón normal y un corazón enamorado?

Como es de suponer, jamás le habían hecho tal pregunta.

—Pues creo —contestó sin dudar— que el enamorado palpita sinfónicamente...

¿Le gusta Beethoven?

—¡Sí!

—Pues como la *Quinta Sinfonía*...

*FrauEva* levantó su orquídea amarilla como si fuese un niño pequeño y la besó. Rudolf miraba maravillado a la candorosa mujer, quien parecía vivir en un cuento de hadas aun siendo sabedora de que iba a soportar, no un trasplante, pero sí una operación a pecho abierto que podía acabar con su vida.

—¿Por qué no se sitúan ahí?

Adolf Butenandt y Rudolf Parker se miraron atónitos, pero accedieron a la petición de *FrauEva* y se colocaron donde ella dijo. Entonces la mujer sacó una cámara y les disparó una fotografía.

—Mañana mandaré a que la revelen. La guardaré como recuerdo.

—Volveremos a visitarla. ¿Necesita usted algo?

—Bueno...

Pareció dudar. Mantuvo silencio unos segundos mientras elegía su respuesta. Descansó la flor en el pecho y después sonrió en toda su hermosura.

—Sí, un director de orquesta.

Todavía tomaron ambos doctores un café en las instalaciones de Moabit.

—¿Qué le ha parecido?

—*FrauEva* está muy grave. Como usted afirmó: al borde del colapso. Su corazón no late: ronca. Necesita el trasplante con absoluta urgencia. Puede entrar en parada cardiorrespiratoria en cualquier momento.

—Usted será el director de orquesta, ya lo ha oído. Mañana se trasladarán las máquinas al quirófano del Moabit, lo tendremos todo preparado en cuarenta y ocho horas, a partir de ahí en cualquier momento podemos tener el órgano adecuado.

—No A, no B, no AB, no O... Esa mujer es especial.

—Lo es... —afirmó Butenandt—. Pero daremos con un donante idóneo: están avisados todos los hospitales del Reich. Trabajamos intensamente en ello. Entonces, mañana podemos citarnos a las diez aquí mismo, sería conveniente que usted supervisara la instalación.

Rudolf asintió.

—Bien. Haremos nuevas pruebas. Quiero placas radiográficas cada ocho horas, análisis completos. Ah, y no debe recibir más flores. A partir de ahora deberemos considerar a *FrauEva* dentro de una burbuja.

¡Dentro de una burbuja! ¿No se sentía él así? Berlín era esa burbuja y él sólo contaba con un bisturí para rasgarla y escapar llevando a Mona Gruenewald.

—No la dejaré aquí...

El propio transcurrir del tiempo parecía acelerado. Muy pronto cayó la noche sobre la capital del Reich. Hubiera ido al *Café Remgescon* con la esperanza de hallarla sentada en el velador del ventanal, o acercarse a Wilmersdorf y recorrer su calle arriba y abajo hasta verla llegar, pero pareció más sensato esperar en el bar del Adlon o en su propia habitación. Aquí recapacitó sobre la responsabilidad que las lumbreras médicas del Reich acumulaban a paladas en sus manos, las mismas que dentro de unos días, tal vez de sólo unas horas, sostendrían un corazón palpitante, lleno de violines afinados para *FrauEva*.

—Espero no arrepentirme de todo esto...

Prendió un cigarrillo de Hardeen Houdini y se tumbó en la cama ojeando sin sentido el cuaderno de Jacobson.

—Sólo números, números, números...

Como estaba previsto, al día siguiente, martes, se procedió al traslado e instalación de las máquinas de circulación extracorpórea al quirófano elegido del Hospital Moabit, que a partir de entonces permaneció sellado. Así como a la nueva evaluación de las constantes de *FrauEva* acompañado de su equipo médico, a excepción del bioquímico Butenandt, encargado en su propio laboratorio de la estrategia inmunodepresora a seguir una vez concluida la intervención. Por la tarde visitó a Número Uno, once jornadas después de haberle sido trasplantado el corazón de su hermana papión.

—Hoy ha rechazado la comida —dijo Edelberg.

Rudolf le tomó el pulso, oyó sus latidos y estudió sus análisis de sangre,

presión y temperatura.

—Ha estancado su mejoría. A partir de este punto no se encontrará mejor. El efecto de los corticoides suprimen sus ganas de vivir.

—Pero está vivo, doctor Parker.

—Eso parece...

El Anubis levantaba los párpados con pesadez, abría lastimosamente la boca para que la enfermera Ema le suministraba agua con una cánula. Después el mono se hundía en su camilla, ladeaba la cabeza y se sumergía en un sopor tan vidrioso como sus córneas.

—Es probable que se hayan de modificar algunos compuestos del cóctel. Hablaré con el doctor Butenandt. Número Uno tiene un corazón trasplantado, pero ni siquiera el propio podría soportar tanto tiempo ese bombardeo farmacológico.

A mediodía se reunieron para almorzar en la cafetería de Biología. Rudolf resolvía cuantas dudas sobre la operación le surgían tanto a Armin Edelberg como a su inseparable y discreta enfermera Ema.

—Mañana es preciso una reunión de todo el equipo. Desde Butenandt hasta la enfermera *Fräulein* Gretchen. Tengan en cuenta que la intervención puede ser inminente. Por otra parte, si nota algún cambio en el Anubis, doctor Edelberg, no dude en avisarme.

—Estamos a su disposición, doctor Parker.

Rudolf agradeció las palabras de Edelberg y levantó su taza de café.

—Gracias...

Nada más dijo. Mantenía la taza levantada, cercana a los labios, cuando miró a la puerta y... allí estaba ella, con su boina berlinesa y sus ojos cenicientos. No dijo nada. Se acercó a la barra y pidió una cerveza de Berlín con un chorrito de frambuesa.

Quince minutos después atravesaban Berlín en el auto de Mona.

—¿Dónde me llevas?

—A un escondite, doctor Parker, ¿tiene miedo de una fotógrafa?

—¿Dónde has estado?

—Trabajando sin parar. A veces creo que soy una francotiradora de fotografías, algunos soldados del frente no dispararán ni la mitad de veces que yo. Los nazis ansían un mundo nuevo, pero en el fondo son nostálgicos, les gusta fotografiar todo, muchos incluso llevan sus propias cámaras. Podría dibujarte de memoria la cara de cualquier líder del Reich, decirte si es capitán, coronel, almirante, o la importancia de cada cual por los cientos de tomas que les hacemos. ¿Y tú a qué te has dedicado? ¿Visitante de museos?

—Mi tarea consiste en visitar enfermos.

—¿Ya has visto a tu paciente?

—Sí...

Mona tuvo la delicadeza de no preguntar más. Ella era alemana, vivía aquí y ahora, de sobra sabía que en los tiempos difíciles tanto preguntas como respuestas estaban restringidas al inviolable código de la discreción.

—Con seguridad la intervención tendrá lugar esta semana. Esperaremos dos, tres días de postoperatorio y estaremos listos para partir. Te encantará Nueva York.

—Sí...

—No lo dices muy animada...

—Tengo miedo, Rudolf.

—¿Por qué no comienzas a llamarme Rudi? Mis colegas y amigos me llaman así.

—Rudi... Parece nombre de bailarín.

Eso le hizo reír.

—Sí, estoy seguro de que te va a encantar... En América tendrás muchas

oportunidades, es la gran nación de la imagen, cine, teatro, fotografía... Y, además, estaré yo. ¿Lo has pensado?

—Si todo sale bien...

Mona giró su auto y tomó una calle arbolada. Lo detuvo e invitó a Rudolf.

—No podemos ir a mi domicilio. Está constantemente vigilado.

—¿Gestapo?

—Sí... ¿No has oído a Joseph Goebbels por la *Berliner Funkstunde*? ¡Buscaremos del sótano al desván, piso por piso, armas, folletos ilegales, multicopistas, cualquier indicio contrario al Führerprinzip! Saben que tienen al enemigo dentro, pero ignoran dónde. Alemania es como un león con gusanos en el trasero. No pararán hasta encontrar a todos, y para eso abren millones de ojos.

—¿Por eso tienes miedo?

—Sí... Pero necesitaba tanto estar contigo, Rudi... Es la casa de una amiga que está fuera, aquí podremos estar solos, y más seguros.

Hasta bien caída la tarde estuvieron en ese nido de cucos, prometiéndose tiempos dorados, soñando con largos paseos por Manhattan y exposiciones en las mejores salas de Broadway.

—¿Dónde naciste realmente?

En esta ocasión resultó inútil la fidelidad al *Kadavergehorsam*. Ella le abrió su alma, ponía su futuro en sus manos y él no iba a negar una respuesta sencilla como aquella. Además, estando al lado de Mona Gruenewald se sentía cerca de su madre y su pasado.

—En Praga... Marché a los Estados Unidos en 1920, yo tenía ocho años y también era el mes de abril. En un trasatlántico de la Cunard, el *Mauretania*... Mi madre nació en Inglaterra, así tanto el alemán como el inglés son mi lengua materna.

—¿Y tu padre?

—Wilhelm Lorre, poeta. Heredero de una rica familia judía vienesa, tan rica que con el tiempo compraron un apellido, un título y un castillo. No le conocí, murió ahogado. Fue una de las víctimas del hundimiento del *Titanic*...

—¡El *Titanic*!

—Sí... Eran muy jóvenes, estaban enamorados, y emprendieron un viaje a América que no concluyó hasta diez años después. Les casó a bordo el capitán: *justo en mitad del océano*. Mi madre me contó a veces que yo fui engendrado en ese trasatlántico. Estábamos muy unidos.

—Siento que no la hayas encontrado.

—Al menos te he encontrado a ti.

Mona le acercó a una parada de tranvía como prevención extrema.

—Te dejaré cerca de Pariser Platz... Tengo algo para ti...

Le entregó un papel, allí había escrito un nombre y una dirección.

—Procura aprenderlo de memoria en el trayecto hasta el hotel. Después deshazte de esta nota.

—¿El contacto?

—Alguien llamado Robert te recogerá el viernes a las cinco en esa dirección. Sólo esperará diez minutos, si no apareces se irá.

—¿Y a ti cuándo podré verte?

Mona le besó en los labios.

—No sé. Yo daré contigo.

Rudolf memorizó la dirección anotada y como dijo la fotógrafa se deshizo del papel. El corazón le palpitaba con fuerza. Había auscultado el de la cándida paciente, el de Número Uno, el de Mona Gruenewald... y ahora era el suyo el que latía tan apresurado cual un ratón que quisiese escapar del pecho. Resultó una noche larga: aunque no se oyeron explosiones las sirenas antiaéreas no cesaron de aullar hasta el

amanecer, con breves intervalos que no bastaban para conciliar el sueño. A las diez de la mañana dirigió la reunión en el Moabit con todo el equipo médico. Después visitó a *FrauEva*, visiblemente desmejorada con respecto al día anterior y atendida con una bomba de oxígeno, cuya mascarilla le colgaba del cuello. Todavía sostenía la orquídea, tan mortecina como ella, al menos los rayos de sol entraban por la ventana y le daban en el rostro y el cabello, expandiendo su color rubio por toda la habitación como único síntoma de verdadera vida.

—He soñado con usted, doctor Parker...

Rudolf la miró lleno de amistosa complicidad. Cogió una silla y se sentó junto a ella.

—Soñé que usted y yo, bueno, éramos los personajes de una película...

—¡Vaya! Celebro mucho que haya conseguido dormir esta noche. ¿Una película, dice? ¿En América?

*FrauEva* le miró casi con fastidio.

—No... En América, no. Aquí en Berlín... ¿Está usted casado, doctor Parker?

—No... ¿Y usted?

Ella giró la orquídea un par de veces, se la llevó a los labios y cerró los ojos.

—Tampoco... No recuerdo mucho... Sólo fragmentos. Las calles de Berlín se encontraban vacías, era de noche... El cielo... rojo... como sangre, se oían tambores... Me sentía en peligro, estaba muy asustada, y entonces...

—Entonces aparecía yo para salvarla, diga que sí...

*FrauEva* se llevó la mano a la boca para ocultar su risilla mientras asentía.

—Sí... ¿sabe usted interpretar sueños?

—No, sin embargo, se lo aseguro, no tendré más remedio que interpretar esas partituras que tiene por cardiogramas.

Rudolf ojeó los últimos informes analíticos, se colgó el fonendoscopio y se dispuso a auscultarla.

—*Berlín Melodrama*...

—¿Cómo dice?

—Ese era el título de la película que soñé.

Ahora tomó sus manos. Era una mujer de veintinueve años, la misma edad que él. Desconocía su identidad y su verdadera influencia en el Tercer Reich, que no era poca, pues todas las horas del día su habitación se hallaba custodiada por SS, pero en el fondo parecía desgraciada, la marioneta de un gran guiñol cuyos hilos había ido cortando la vida hasta pender sólo de uno.

—*Berlín Melodrama*... Sueña usted películas con título, *FrauEva*, eso es extraordinario. Soñar también lo es, parte inseparable de la existencia, no se puede concebir la vida sin el sueño.

—Ojalá pudiera soñar todo el tiempo...

—Bueno, estar despierto tampoco está mal. Este cielo es real, esas flores del jardín son reales. Usted y yo lo somos.

## Capítulo Trece

La carne anestesiada tiene un tacto diferente, notable incluso con el roce de la mirada. La sudoración del cuerpo insensible es extraña, algo densa y opaca, el propio olor se percibe raro, más penetrante y acre. Si miramos bajo los párpados descubriremos que los ojos anestesiados parecen de pez, suspendidos en una burbuja pegajosa que apenas le conceden algún reflejo. La carne desnuda sobre una mesa de operación tiene aspecto distinto tanto a la materia viva como a la muerta.

Antes de acercarse al cuerpo de *FrauEva* en el quirófano del Moabit, el asistente Viktor Gardner se encargó de enumerarle el estado general de la paciente después de haberle sido suministrado el compuesto leteico.

—Todos los reflejos están abolidos, doctor Parker. Le hemos administrado anestesia balanceada, inhalatoria junto a Thiopental por vía intravenosa, analgésicos mayores y relajantes musculares.

—Tiempo en profundidad anestésica siete minutos, doctor Parker... —anunció la enfermera Gretchen.

Rudolf se ató la mascarilla al rostro y se acercó unos pasos al quirófano donde yacía la mujer cubierta hasta el pecho con una sábana. En torno a él esperaban órdenes Viktor Gardner y las dos enfermeras.

—¿El órgano donante?

Gardner le señaló un biombo clínico tras el que se hallaba el cadáver cuyo corazón latía artificialmente.

El cardiólogo estadounidense miró el reloj de la sala: eran las tres y diez minutos de la agitada madrugada del viernes, 18 de abril de 1941.

Los días anteriores se reunieron mañana y tarde, en este mismo hospital, diseñando la mejor estrategia quirúrgica y respondiendo a todos los pormenores que pudieran darse en una operación de altísimo riesgo, cual era la que habrían de afrontar. El deterioro vital de la paciente también contribuyó a la celeridad y el nerviosismo que se palpaba en el equipo médico, máxime cuando entonces no se disponía de un órgano adecuado y compatible con el especial tipo de sangre de *FrauEva*.

Escaso tiempo reunió Rudolf Parker para dedicarlo a sus propios problemas. Por un lado llevaba cuarenta y ocho horas sin saber de Mona Gruenewald, por otro contaba las que restaban hasta el viernes a las cinco cuando debería encontrarse con el desconocido Robert en la dirección memorizada. Tampoco era ajeno a su encantadora e ilusa paciente. Visitó dos, tres veces más a la mujer de cabello rubio y ojos tristes, ella le recibía con mucho agrado, casi con cariño: esperaba ese momento del día para despegarse de ese corazón dolorido y entregar sus sueños cinematográficos al cardiólogo americano.

—El doctor Edelberg supervisa la máquina extracorpórea —dijo Gardner.

Rudolf rodeó el biombo que separaban ambos campos operatorios y, en efecto, allí estaba Armin Edelberg controlando el perfecto funcionamiento de la réplica alemana, así como el palpitar del músculo cardíaco todavía incrustado en el tórax muerto.

—Órgano donante de mujer, edad similar a nuestra paciente. Sus latidos son rítmicos. Tal como establece el protocolo estoy procediendo al intercambio de fluido vital.

—¿Hora de fallecimiento?

—Hace media hora, doctor Parker.

—¿Causa?

—Infarto cerebral.

La contemplación de aquel cuerpo, aun oculto por una densa sábana, que

dejaba al descubierto únicamente el agujero torácico y su sanguinolento tesoro, le produjo escalofríos. Claro que no era el primer cadáver que veía, claro que había autopsiado varios, y abierto una decena de tórax de rhesus donde latían corazones como ése, pero sintió una descarga eléctrica que le recorrió desde la punta de los pies hasta la nuca.

Aún sentía el estupor de esa misma noche, una vez que consiguió vencer al insomnio agarrado a su cuaderno cabalístico, con la cabeza a reventar de inverosímiles imágenes mezclándose a placer y residuos oníricos que se desperdigaban por su psique, cuando estaba en lo más hondo y espeso del sueño... sonaron varios golpes en su puerta. Se despertó sobresaltado. Y de nuevo llamaron, con insistencia.

—¿Quién es?

—Por favor, abra, doctor Parker, soy el subdirector del hotel Adlon.

Aturdido se cubrió con la bata y todavía preguntó qué le solicitaban.

—Abra la puerta, doctor Parker, se lo ruego, es importante.

Rudolf abrió una ranura. En efecto, allí estaba aquel hombrecillo subdirector del Adlon, y tras él dos corpulentos guardiasSS, enfundados en gabardinas de cuero negro.

—¿Es usted el doctor Rudolf L. Parker?

Se le erizó todo el vello del cuerpo y literalmente le temblaron las rodillas. En un instante pensó que había sido delatado: seguramente el traidor Oswald Ford descubrió sus verdaderas intenciones, si robó la revista *Signal* quizá también conocía la existencia del cuaderno; tal vez el almirante Canaris, *Frau* Solf y sus damas guillerminas, quienes desvelaron su identidad ante mudas tazas de té, ahora se habían derrumbado frente a tipos siniestros como estos; quién sabe si el propio Butenandt en un acto de patriotismo; o Mona Gruenewald bajo tortura...

—Cumplimos orden de llevarle urgentemente al Hospital Moabit. Vístase. No tenemos tiempo.

—Bien... Denme cinco minutos.

Suficiente para vendar el cuaderno al pecho, mojarse la cabeza y enfundarse en su abrigo.

AquellosSSle llevaron en coche a toda velocidad, dirección al centro hospitalario. Mientras atravesaban Berlín sonaron las cotidianas sirenas antiaéreas; pensando que un poco de frescor le vendría bien abrió la ventanilla y descubrió que no eran maniobras preventivas, sino una de esas noches impregnadas con olor a pólvora y gasolina.

En la puerta del Hospital Moabit se encontró a Butenandt despidiendo a los destacados coleccionistas de despojos, el neurocirujano Julius Hallervorden y el hombre sin personalidad oculta, August Hirt, quienes de inmediato y sin mediar palabra se metieron en el coche que les esperaba.

—Tenemos el órgano adecuado, doctor Parker. No A, no B, no AB, no O... Los antígenos coinciden plenamente con los de *Frau* Eva. Bioquímicamente son compatibles.

Adolf Butenandt miró, al igual que Rudolf, cómo se marchaba el auto con los doctores nazis.

—Todos guardamos el protocolo de silencio —advirtió el Nobel.

—No debemos perder ni un minuto.

—Le están esperando. Yo acudiré en seguida.



Todavía contempló el cuerpo de *Frau Eva* unos instantes. Parecía el escultor mirando el bloque de mármol donde se esconde la figura viva que debe extraer a corte de cincel. *Fräulein Gretchen* desplegó los instrumentos quirúrgicos en una bandeja. Rudolf los miró. Bisturíes, separadores, docenas de tijeras, pinzas con dientes y sin dientes, hemostatos, garfios y agujas; al otro lado, gasas, empapadores, rodillos de algodón, tintura de yodo, suero y alcohol.

Cual músicos esperando el golpe de batuta del director, las enfermeras le miraban atentas, asimismo Viktor Gardner al otro lado de la mesa, y el especialista cardiólogo Edelberg desde su posición entre los dos quirófanos.

—¿Constantes?

—Temperatura se mantiene en 37,2°C, presión 110/60, ciclo cardíaco 1,1 por segundo, cincuenta y cuatro por minuto, doctor Parker. Abolidos todos los reflejos.

Rudolf marcó con tintura la zona del pecho sobre la que debía hacer la gran incisión. Levantó un instante el bisturí y cerró los ojos. Ahora era el momento de sacar *sufuror científico*.

—*Fräulein Gretchen*, ponga en marcha el segundo reloj.

Rudolf deslizó la hoja cortante con suavidad, como si dibujara, sobre el pecho de la mujer; una línea rojo amapola apareció, primero fina, luego fue desbordándose sobre la tintura aséptica. Desde fuera se oían las sirenas, las baterías antiaéreas y algunas explosiones. Su operación de trasplante cardíaco había comenzado mientras la capital del Tercer Reich era bombardeada a discreción por la *RAF*. Con la inestimable ayuda de Gardner practicó la esternotomía y abrió la caja torácica.

—Separadores y hemosucción...

En efecto, tiró de las costillas hasta que parecieron crujir, y ayudado de aquellos utensilios plateados mantuvo expuesto el campo operatorio.

—Riego con suero...

*Fräulein Gretchen* lo hizo mientras su compañera se encargaba de los relojes.

—Segundo reloj quince minutos, doctor Parker.

Con su extraordinaria pericia, una vez separados los pulmones, descorrió las cortinas que ocultan el corazón y lo señaló a Gardner.

—Ahí puede verlo. El cúmulo de células más inquietante del cuerpo humano.

—Parece que tenga vida propia —dijo el admirado Gardner.

Rudolf asintió.

—A diferencia del resto del organismo, carece de médula espinal y es inmune al tétanos. Así es el corazón. Cuatro válvulas regulan su funcionamiento, once vías lo unen al resto del cuerpo, y la sangre lo hace funcionar.

Todavía cortó el pericardio y ahora sí mostró al cirujano neófito el verdadero milagro en carne viva. Latiendo achacosamente, de color anaranjado y, como dictaban las radiografías, encajado a presión en un hueco que se le hacía pequeño. Antes de hacer ninguna incisión comprobó que Adolf Butenandt ya se hallaba entre ellos.

—No presenta buen aspecto, ¿qué opina doctor Parker? —preguntó el bioquímico.

—Este órgano no respondería a ninguna terapia. Un grandullón en una cama demasiado pequeña, lo que le ha llevado a tal malformación. Su miocardiopatía es severa y contrastable a simple vista. Esos bultos no deberían estar ahí.

La enfermera Gretchen volvió a regar con suero la zona intervenida.

—Temperatura basal baja a 36,4°C, doctor Parker; presión 110/50, ciclo cardíaco invariable —recitó la enfermera Ema.

—Doctor Gardner, ponga en funcionamiento la máquina de circulación extracorpórea. Doctor Butenandt, es el momento de aplicar atropina para controlar la reacción vagal, todavía anestesiada se puede atragantar o toser, y ahora sería fatal.

Rudolf se dirigió a ver el órgano donado. Aquel músculo cardíaco latía, casi

daba saltos como queriendo escapar del cuerpo muerto. Dos cánulas lo mantenían conectado a la máquina, a través de ellas podía apreciarse la circulación del fluido rojo previamente heparinizado, haciendo su recorrido, oxigenándose, desespumándose y manteniendo el engaño de vida en el corazón desnudo.

—Lleva una hora conectado a la máquina, doctor Parker. Sus funciones son correctas —anunció Edelberg.

—No debemos esperar más tiempo. Esté atento a la orden de desconexión.

De vueltas a su paciente tomó los utensilios y se dispuso a sajar, ligar, suturar cada una de aquellas once vías esenciales.

—*Fräulein*Ema, ponga en marcha el tercer reloj... ¡Ahora!

Gardner le pasó la cánula principal a la que Rudolf ligó el vaso coronario de salida, y lo mismo hizo con el de entrada. Comprobada la ausencia de sangrado y la perfecta vehiculación sanguínea dio la orden a la enfermera. El milagro estaba a punto de producirse. De nuevo se evocaba un ambiente similar al de los números de los grandes ilusionistas. Hay un momento donde la ayudante o el mismo mago desaparecen, y luego vuelven a aparecer al descorrerse una cortina negra, mientras tanto transcurren segundos o minutos de incertidumbre, de ausencia absoluta y vacío, ni están aquí ni están allá.

—Tercer reloj en marcha, doctor Parker. Comienza estado de no-palpito.

El cuerpo inerte de *Frau*Eva dependía ahora de una máquina construida en los sótanos del Mount Sinai de Nueva York. Rudolf comprobó una vez más que la derivación cardiopulmonar se establecía de una manera correcta y fue el momento de extirpar el corazón lesionado al que dejó en un recipiente metálico. De inmediato fue a buscar el donante.

—Corazón donante desconectado, doctor Parker —dijo Edelberg.

Rudolf sacó aquel órgano. Sintió un raro cosquilleo en las manos. Tampoco él tenía un corazón humano cada día delante de los ojos como ahora. Lo llevó al quirófano de *Frau*Eva, distante pocos metros tras el biombo, y allí lo comparó a la vista con el extirpado.

—Es más pequeño... —precisó Butenandt.

—Sí... Su color es algo más pálido, y su forma no piramidal como el extraído, sino cónica. Creo que encajará correctamente.

—Tiempo no-palpito seis minutos, doctor Parker. La temperatura baja a 35,5°C, presión 90/45...

—Rieguen con suero, y rodeen el cuerpo con algodón.

Rudolf levantó el corazón y lo miró a la luz. Ahora más que nunca si habría parecido el más enfebrecido Frankenstein.

—Clínicamente muerto, pero todavía conserva soporte vital... —dijo ante la mirada atónita de los demás doctores mientras avivaba las brasas cardíacas.

En el preciso momento en que introducía el órgano en su nuevo cuerpo se oyeron explosiones cercanas que apagaron la luz de quirófano. Sólo fue uno, dos segundos... los suficientes para sentir en la mano cómo aquel corazón aún latía, en la oscuridad, bajo el dintel de la puerta que separa la vida y la muerte. Por fortuna el equipo de emergencia actuó al punto y los siete focos volvieron a verter su luminosidad blanca sobre el cuerpo abierto de *Frau*Eva.

—Parece que hay noche de borrasca... —dijo cuando instalaba el órgano.

Miró a Gardner, quien asintió. También a Edelberg, quien hizo lo mismo, y a las enfermeras. Con paciencia y pericia cosió las vías menores, una a una, con suma delicadeza no exenta de rapidez, hasta suturar por completo aquellos vasos con el extremo cuidado de que ninguno sufriera el mínimo traumatismo. Finalmente se dirigió a las vías principales.

—Gardner, esté atento a mi señal.

—Tiempo de no-palpito dieciocho minutos, doctor Parker. La temperatura sube a 36°C, la presión se mantiene en 90/45...

Rudolf separó por fin las cánulas de los vasos principales, de entrada y salida. Las suturó a conciencia y ordenó a Viktor Gardner parar la máquina. Esperó unos segundos y, al no sentir latido, todavía avivó dentro del cuerpo aquellas brasas esenciales...

—¡Vamos...!

Los segundos pasaban y el órgano nuevo no se movía.

—¡Vamos...!

No cesaba de tamborilear sus dedos en el corazón, delicadamente, instándole a marchar, como una gacelilla temblorosa que fuera a dar sus primeros pasos en una selva inexplorada.

—Vamos... Vamos... Vamos...

Y lo maravilloso sucedió. Empujado por la extraña fuerza de la vida, aquel músculo cónico dio su primer vasoespasmo, después otro, como aquellas ciruelas de los rhesus, un palpito, dos... Y continuó latiendo.

Volvió la cara a Adolf Butenandt; éste le miraba lleno de asombro mientras se acercaba para comprobar cómo el corazón, en verdad, palpitaba correctamente en el pecho de *FrauEva*.

Ahora fue el propio Armin Edelberg quien anunció las constantes de la paciente, tan lleno de emoción como todos los integrantes del equipo.

—Respiración autónoma, doctor Parker. Temperatura estable. Presión 90/45... Ciclo cardíaco sesenta por minuto, doctor.

Aún esperaron unos minutos viendo que el corazón palpitaba, ajeno a su protagonismo. Y todavía se comprobó una vez más que no había sangrado en ninguno de los vasos. Finalmente insertó dos catéteres que se encargarían de drenar aire, líquido y sangre fuera del tórax durante al menos un día, hasta que los pulmones volvieran a expandirse completamente.

—Anule el efecto heparina, doctor Gardner. *Fräulein* Gretchen, aumente el volumen de suero salino, esa presión está algo baja. Usted, *Fräulein* Ema, pare el reloj de no-palpito.

Envolvió el órgano con su pericardio, y después, ayudado por Edelberg, cosió tejido interno, y esternón con hilo de acero, dejando al cardiólogo alemán la sutura del paquete muscular y la dermis de la paciente.

—Tercer reloj parado, tiempo: treinta y dos minutos, doctor Parker. Segundo reloj parado. Tiempo quirúrgico, dos horas cuarenta y dos minutos...

Rudolf levantó la cabeza y miró al reloj general. Faltaban sólo ocho minutos para las seis de la mañana.

—Cualquiera diría que sólo está dormida... —apuntó Butenandt.

—Tal vez esté soñando... —dijo Viktor Gardner.

Rudolf se acercó y le acarició la frente y las mejillas a *FrauEva*, fue el último gesto humanizado de su intervención.

—Será mejor su traslado a cuidados intensivos. Ha sufrido una gran agresión. Debe de estar más cansada que cualquiera de nosotros.

—Estimo que en cuatro horas empezará a disiparse el hechizo químico, a partir de ese momento podría despertar —precisó el bioquímico.

—Sería conveniente que al despertar... oyera música.

—¿Música, doctor Parker? —preguntó atónito Armin Edelberg.

—Sí... De Beethoven, cualquier sonata será buena. Eso ayudará mucho a su recuperación. Tal como suene esa música sonará su nuevo corazón.

Rudolf se quitó la mascarilla. Estaba realmente agotado. Hubo dormido un par de horas antes de que aporrearan su puerta. Ahora era el momento de volver a la

cama.

—Quiero felicitarles a todos. Doctor Edelberg, su experiencia ha sido de vital importancia. Doctor Gardner, gracias por su colaboración, ha resultado ser un eficaz médico quirúrgico, le felicito. Enfermeras, *Fräulein* Ema, *Fräulein* Gretchen, el trabajo que han desarrollado ha resultado esencial, gracias en nombre del equipo médico...

—Y todos nosotros... —dijo Butenandt—, no debemos sino felicitarle y mostrarle nuestro asombro ante la gesta que acaba usted de realizar. Le aseguro que hoy será un hito en la historia de la Medicina del Tercer Reich.

—La mitad del trabajo ha concluido, doctor Butenandt. Ahora hay que comprobar la evolución de nuestro trasplante. Los dos primeros días serán cruciales. Y su bioquímica jugará un papel decisivo en la recuperación.

—Gracias una vez más, doctor Parker. Y a todos ustedes. Han hecho un formidable trabajo.

Media hora después abandonaba el Moabit, acompañado por Butenandt y su inseparable Gardner. El cielo olía a pólvora y humo, como si acabaran de apagar hogueras en las nubes, pero aún así todos llenaron los pulmones de aire sin sabor a hospital.

—Creo que llevo un año entero sin dormir... —dijo fatigado Rudolf—. Será mejor que me acueste un par de horas. Si no se produce ninguna urgencia, a mediodía espero ver despierta a *Frau* Eva.

—¡Vaya, ya tuvo su primera visita! —exclamó Viktor Gardner señalando con la mirada un enorme *Mercedes* blindado.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Rudolf.

—La matrícula HA-19337 —señaló con discreción.

El propio doctor Butenandt abrió la puerta del auto que debería llevar a Rudolf al Adlon mientras miraba muy serio a su subordinado.

—¿Qué matrícula? —pregunto distraídamente Rudolf.

—No se preocupe —intercedió el bioquímico—, debe ser algún familiar. Merece un buen descanso, doctor Parker. Ha realizado usted un extraordinario trabajo.

No tuvo tiempo para pensar. Llegó al hotel, se desprendió del cuaderno y se derrumbó en la cama. Más cansado que satisfecho. Había trasplantado un corazón humano. ¡Y funcionaba! Esta vez no había periodistas moscones del *Völkischer Beobachter*, ni cámaras de Leni Riefenstahl, el protocolo de silencio impuesto por el Reich debía primar sobre la información. La operación de *FrauEva* sería mantenida en secreto tanto si era un éxito como si fracasaba. También los nazis le habían sometido a su *Kadavergehorsam*.

Tal como dijo, a mediodía se acercó al Moabit. Antes se había duchado, desayunado con apetito y vendado al pecho su cilicio torturador. Hoy era un día importante. A las cinco de la tarde debía estar en la dirección indicada: tanto lo deseaba como le infundía terror; quería hablar con el secretario Robinson y exponerle el caso de Mona, con quien pensaba reunirse antes de caer la noche; no obstante, cuando subía los primeros escalones del Moabit sólo la preocupación por el estado de su paciente colmaba sus pensamientos. Protegido con mascarilla y enfundado en su bata médica entró en la habitación donde yacía la rubia mujer, asistida con suero y controladas sus constantes. Como él indicó, se oía música de Beethoven. *FrauEva* tenía puesta la mascarilla de oxígeno, su respiración resultaba rítmica y suave, parecía dormida. El cardiólogo miró los últimos informes y asintió complacido.

—Doctor Parker...

Apenas fue un susurro. Rudolf cogió su mano.

—Doctor Parker...

—Estoy aquí, *FrauEva*...

—Es música... Escucho música dentro del pecho.

—Ahora Beethoven habita ahí...

—¿Ha concluido la operación, verdad?

—Así es...

*FrauEva* abrió los ojos por primera vez. Su mirada azul era bellísima. La luz del jardín se filtraba por la persiana a medio bajar, pero era suficiente para inundar la habitación de gran calidez.

—¿Qué tal se ha portado mi corazón?

—Como un chico bien educado, y discreto. Esperemos que se recupere pronto. Estará muy cansada.

—Sí, lo estoy... Como si acabara de subir una montaña muy alta, agotada por el esfuerzo y contenta por las vistas. Confiaba mucho en usted...

—Gracias.

—Mire en ese cajón...

Rudolf abrió el cajón que señalaba *FrauEva*. Allí estaba la fotografía que días antes le hiciera junto a Adolf Butenand.

—Es una copia para usted.

—La guardaré con cariño, *FrauEva*.

Sólo llevaba horas con un corazón nuevo, al que debería tratar farmacológicamente cuanto le quedara de vida, caso de ser evitado el rechazo hiperagudo, pero ya era palpable el buen tono que adquiriría.

Rudolf se colocó el fonendoscopio y se dispuso a auscultar a la mujer.

—Correcto, ni una nota fuera de la partitura... Es normal que sienta molestias, la operación ha sido grande, pero usted está llena de fuerza...

La mujer miró en derredor, visiblemente fatigada, pero sin dejar un esbozo de sonrisa que se acrecentó cuando descubrió un tesoro.

—¡Ha venido!

—¿Ha venido? ¿Quién? —preguntó Rudolf.

—Él... Mire ahí...

Sí. Allí había una orquídea amarilla, fresca, alguien la trajo esta misma

mañana.

—No debería haber flores. Tampoco debería estar en esta habitación, sino en una sala de despertar. Nadie debe pasar sin estar protegido con vestimenta adecuada. Usted está débil, cualquier infección...

—Pero era él...

Rudolf miró a *FrauEva* y a la flor. Evidentemente no es en el corazón donde se encuentran instaladas las pasiones y melancolías, sólo es el cofre donde se guarda el amor... pero no es en sí el amor, porque esta mujer continuaba amando al mismo hombre con el corazón de otra.

—Debo tener un aspecto horrible...

—Nunca tendrá ese aspecto. Es como una artista de cine. Una estrella.

*FrauEva* se miró el pecho, de donde salían dos tubitos inquietantes.

—No se preocupe. No le harán daño. Son un drenaje, mañana se los quitaremos. Y ahora quiero que se vuelva a colocar la mascarilla de oxígeno. Sus pulmones necesitan buena ventilación.

## Capítulo Catorce

A las cuatro de la tarde, *hora del Reich*, se encaminó Rudolf Parker al autobús que debería acercarle a la dirección del encuentro.

—Cruzado el río Speer, en el Barrio de los Pajares o Scheunenviertel, en la Horst-Wessel-Platz se levanta el *Kino Babylon*... Justo en la puerta de ese cine me recogerá un tal *Herr Robert* a las cinco de la tarde, si llego diez minutos después... se esfumará y todo habrá acabado... mal.

Eso susurraba mientras se dirigía al autobús cuya parada cabecera está en el extremo de Tiergarten, cerca de la Puerta de Brandenburgo. Abandonó el Adlon por la parte trasera, dando un buen rodeo, con la idea de evitar la franca explanada de Pariser Platz. Aun así no pudo evitar mirar de soslayo, y volver la cabeza antes de elegir ninguna calle, tan nervioso y excitado se sentía. De pronto Berlín pareció una ciudad sonámbula, bajo un cielo sordo, hueco como un tambor despellejado. Miraba a través de las ventanillas y la gente pasaba, recorría aceras transitando con prisa, salía o entraba en tiendas y cafeterías con el subconsciente propósito de refugiarse, nadie se detenía a contemplar siquiera un escaparate, todo el mundo caminaba sin hablar: el olor a pólvora no se había disipado.

El transporte le dejó en el Barrio de los Pajares. De sobriedad y naturaleza bien distinta a los demás enclaves de la capital, una encrucijada de cien calles que perduran anudadas desde el siglo diecisiete. No era el más antiguo, aunque lo parecía. De las alcantarillas de su torturado pavés emanaba un efluvio pestilente, ajeno al curtido avellana de Prusia, tanto que, a pesar de mostrarse disfrazado de esvásticas y símbolos nazis en cada esquina y edificio, no dejaba de insinuar al transeúnte lo que en esencia era: un barrio judío.

Halló la plaza dedicada al cantarín Horst Wessel y, aprovechando la paciencia que le otorgaban quince minutos de antelación, en sus inmediaciones buscó hasta encontrarlo el *Kino Babylon*.

—Ahora sólo falta esperar a *Herr Robert*...

Tomó un café en un discreto bar que le permitió una visión clara y amplia de la calle, amén de guarecerlo de pasear arriba y abajo portando un cuaderno escrito con nitroglicerina.

—Antes de retornar al hotel Adlon debo supervisar el postoperatorio de *Frau Eva*... Supongo que Mona me buscará allí. También necesito hablar con el secretario Robinson... Las próximas cuarenta y ocho horas serán tiempo de granito.

Mientras bebía el café, e incapaz de mantener serena la mente, sólo pensamientos de esta índole inundaban su cabeza. Miraba a través de la cristalera y veía a la gente entrando en el *Babylon*. Iban a dar las cinco. ¡Era el momento de abandonar la trinchera! Salió del bar y cruzó la calle hasta la entrada del cine, allí se entretuvo mirando la cartelera. A su lado cruzaban personas anónimas, hombres de mediana edad y algún curioso.

—*Herr Robert* puede ser cualquiera.

Se ajustó el sombrero y la gabardina, ya pasaban cinco minutos, los espectadores rezagados entraban en la sala, iba a quedarse a solas en la sinuosa avenida cuando el niño que empujaba su bicicleta por la acera se detuvo a su altura.

—¿Es usted el doctor Parker?

Rudolf le miró lleno de sorpresa. Era un chico de doce, trece años.

—Soy Robert...

—¿Eres Robert?

El niño le cogió de la mano, como si fuese su hijo.

—Tiene que acompañarme. Vamos a arreglar la bicicleta.

—¿Arreglar la bicicleta? ¿Dónde? ¿Pero...?

—Se le ha salido la cadena...

El joven tomó la delantera empujando su vehículo con esfuerzo, Rudolf, todavía atónito, se colocó a su lado y le prestó ayuda. Recorrieron un par de callejas a derecha e izquierda, en absoluto silencio. Bajaron una cuesta y volvieron a girar, de nuevo tomaron un pasadizo y desembocaron en otra calle aún más retorcida de esquinas curvas... Sin duda ninguna era un barrio judío, un gueto golémico que pervivía a pesar de la tramoya nazi. Eran casas de piedra, viejas, ahumadas, desgastadas, de una o dos plantas de techos picudos, pero recias, muchas conservaban símbolos mosaicos que habían sorteado las piquetas nacionalsocialistas, y a pesar del silencio bastaba pasar la mano por esas paredes de piedra para sentir un rumor yiddish.

—¿Seguro que sabes a dónde vamos?

El niño no dijo nada. Giró una vez más a la derecha y se metió en un callejón maloliente de la Heidereuter, en cuyos medios se detuvo y señaló.

Era una puerta hebrea, arqueada y hundida en la pared, de extraordinaria similitud con la de casa del rabino Jacobson cerca de la calle Mulberry.

—Ahí es... —dijo por fin Robert antes de colocar la cadena en un santiamén, subir a su bicicleta, y salir pedaleando con toda tranquilidad.

Rudolf se quedó absorto frente a aquella casa. Oteó a un lado y otro. Todavía el cielo estaba claro, pero la estrechez de la calleja la sumergía en una penumbra tan viscosa que prácticamente se adhería al cuerpo.

—¿Doctor Parker? Haga el favor de pasar.

—¿Quién...?

—Soy Fritz Hirschfeld. El rabino le está esperando.

Aquel antro, húmedo y de espeso olor, estaba repleto de anaqueles y archivos a reventar de legajos; desde su entrada ya se percibía un zurrido, un murmullo pegajoso e insistente en el aire. Al igual que en la cábala urbana de Jacobson no parecía encontrarse en una ciudad como Berlín o Nueva York, sino en las catacumbas de Jerusalem dos o tres mil años antes de 1941.

—Rabino Leo Goldzweig... —le susurró Fritz.

Rudolf le contempló en silencio. Allí estaba aquel hombre leyendo de pie en un atril, cerca de una arcaica estufa de carbón que mitigaba esa humedad, y no cubierto con los harapos habituales del bermejo neoyorquino, sino impecable y discretamente vestido, incluida una kipá dorada, no obstante, al igual que cualquier estudioso talmúdico, lucía barba rabínica y aspecto de pertenecer a una estirpe oculta.

Leo Goldzweig era un hombre de alrededor de setenta años y apariencia afable. El pelo indómito y canoso ya sólo le ocupaba la mitad de la cabeza, que brillaba bajo la influencia del resplandor de un menorah. Murmuraba con los ojos cerrados y un índice apoyado en la sien donde se daba ligeros golpecitos. Así estuvo algunos minutos hasta que desprendido del trance miró sonriente al recién llegado, se puso unas gafas y le besó en ambas mejillas.

—¡Alabada sea Israel! ¡Alabada sea Israel!

—Rabino...

—Venga, venga doctor, siéntese aquí.

Fritz Hirschfeld sirvió café y los tres hombres ocuparon unos segundos en dar un sorbo de bienvenida.

—Se ha hecho usted muy popular en Alemania...

—Como el cantante que llena el teatro tres noches seguidas y luego es olvidado cuando debuta la nueva estrella —especuló Rudolf—. Supongo que será viento pasajero. En unos días tengo pensado abandonar Europa.

—¿Echa de menos Nueva York?

—Bueno, digamos que necesito algo de, ¿cómo decirlo?, de vida normal. Llevo veinte días en Berlín y no concluye uno solo sin su toque extraordinario. Conferencias,



desfiles, salchichas, cerveza blanca y bombardeos nocturnos. Es un país agitado.

—Le pedimos disculpas, doctor. Nos fue imposible obtener antes nuestra mercancía. Le aseguro que tanto el doctor Hirschfeld, aquí presente, como yo mismo, hemos trabajado turnándonos hasta lograr la traducción completa y exacta.

Rudolf apuró el café y sonrió.

—No sé de qué se trata... Sólo soy un arcángel...

—De Israel, hijo mío. Se trata de Israel —aclaró el rabino.

—¿Está usted sorprendido? —preguntó Hirschfeld.

—No... Y desconocía que es usted colega...

—Los nazis me subtitulan *Sanador de Judíos*. Tengo prohibida ejercer la profesión... excepto con hebreos.

—Creí que ya no quedaban en Alemania.

—Puede comprobar que sí. Los tres lo somos y ahora estamos en la capital del Tercer Reich tomando café. Pruebe a mirar el listín telefónico de Berlín: todavía hallará quinientos abonados judíos.

—Sí, pero hace dos años había siete mil, Fritz. El próximo no quedaremos ninguno. Doctor, en primer lugar quiero felicitarle por su discreción absoluta en este cometido. Quiero recordarle que está prestando un valiosísimo servicio a la Causa Judía. El Comité Judío de América hizo una sabia elección. Sólo usted puede moverse entre arios con absoluta naturalidad.

Fritz Hirschfeld prendió un cigarrillo, y Rudolf hizo lo propio. Si la pitillera HH causaba ese magnetismo a los ojos nazis tal vez diera muestras de su influencia ante los ojos judíos.

—Supongo —dijo el rabino— que ha traído consigo el manuscrito de Jacobson...

—Sí.

—¿Puede entregármelo, por favor?

¡El momento había llegado! Rudolf se sintió por un instante como Sísifo a punto de ser liberado de su bola rocosa. Sin mediar palabra se quitó la chaqueta, desabotonó la camisa y descubrió el cuerpo, y ante la mirada de sus acompañantes desvendó del costado el cabalístico cuaderno, ahormado después de tres semanas a su propia fisiología, cual un tercer costillar. Leo Goldzweig lo cogió y lo llevó a la luz del candelabro. Lo hojeó lleno de curiosidad, mirando azarosamente ésta y ésa otra página durante largos minutos. Después se acarició la barba y, para estupefacción de Rudolf, abrió la portezuela de la estufa y allí lo arrojó.

—Será mejor que se vuelva a enrollar la venda con el cuaderno nuevo, doctor.

Con absoluta paciencia se dirigió al atril y cogió el libro del cual recitaba al llegar Rudolf.

—Este es el manuscrito que debe entregar a Jacobson, y sólo al rabino Jacobson. ¿Conoce la palabra *Kadavergehorsam*?

Rudolf asintió.

—Aplíquela. Lo que aquí escrito está ha de edificar muros en Israel. Todos dependemos de usted.

Rudolf asió el cuaderno, similar al que había sido arrojado al estómago de la estufa. Lo abrió y para su estupor era enormemente parecido.

—Números, números, números...

—¿Qué esperaba encontrar?

—La verdad... no lo sé. Pero cuesta creer que sólo unos números sean capaces de dar la vuelta a una situación, a una historia inverosímil.

—¿Inverosímil?

El rabino tomó la pitillera HH y la alzó para mirarla con detenimiento.

—Nada es inverosímil, doctor. Le he confirmado que ese papel levantará

muros de piedra; bien, esos números son la argamasa...

—¿Es una escritura codificada?

—¡Claro! Eso lo deduciría cualquiera. Cambiar números por letras, como en el *Libro de la Revelación*. La dificultad estriba en descodificarlo. Le aseguro que los mejores alumnos de la enigmística alemana serían incapaces de descifrarlo. Aun así deberá protegerlo con su propia vida.

—Ya lo hice con ese que acaba usted de destruir.

Goldzweig sonrió.

—No lo tome a mal, doctor. Ha sido incinerado porque ya está aquí —dijo solemnemente apuntándose a la sien.

Rudolf pasó las hojas del cuaderno por su pulgar, miró a sus acompañantes y sin preguntar nada más procedió a vendárselo en el tórax.

—En realidad —dijo Fritz Hirschfeld—, debíamos entregárselo hace tres días, pero el arcángel de Turingia llegó tarde.

—¿Turingia? ¿Ese arcángel es *Fräulein Gruenewald*?

—¿Se refiere a la fotógrafa, doctor? —preguntó Goldzweig.

—Sí, rabino...

El maestro mosaico levantó ambos brazos y murmuró una plegaria yiddish.

—Cuide el cuaderno, ése es el arma que acabará con el golem, doctor...

—Desde que oí esa palabra me parece que todos ustedes, todos nosotros, somos golems, nadie camina por propia iniciativa, todos estamos enviados a cumplir una misión.

—¡Exacto, exacto! Pero nos referimos al verdadero golem de la profecía que debe cargar con las puertas de Israel... Escuche...

El rabino se sirvió una segunda taza y perdió la mirada en la cada vez más penumbrosa estancia.

—Conforme a nuestras escrituras el homúnculo golem es susceptible de ser creado cada treinta y tres años, este es el tiempo máximo que puede conservar la vida. El último abrió los ojos en 1912. En esas fechas un joven veinteañero vagabundeaba por las calles de Viena hasta que sufrió la transformación. Sin él saberlo fue elegido para representar el papel golémico. A partir de ese momento su destino y sus pasos están dirigidos por dedos poderosos que ni siquiera imagina. Le sucederán cosas maravillosas hasta que llegue su total perdición. Así está escrito, doctor. Ese muchacho es hoy el Führer del Tercer Reich, Adolf Hitler.

—Y todo en treinta y tres años...

—Así es...

—Si a ese año, 1912, sumamos treinta y tres...

—Nos resulta 1945 —prosiguió el atento Hirschfeld.

—Exacto, 1945... Su madre también llegó a esa conclusión —apuntó el rabino.

—¿Mi madre? ¿Acaso usted la conoció?

—Sí. Coincidí con ella una vez, en Praga, en casa de Berta Fanta. Y hablamos de este asunto.

—Jamás me comentó nada al respecto..

—Oh, sería usted muy joven, aún lo es. Y su madre llevaba a rajatabla el *Kadavergehorsam*. Esos números representan el arma más mortífera jamás creada desde las trompetas de Josué. ¿Ha oído hablar de la división del átomo? Lea las escrituras en su sinagoga y compréndalas, pues en nuestros libros de esplendor viene detallado, aunque algo abstruso; ahora también en ese cuaderno. Los físicos alemanes lo han logrado mediante la ciencia, y esas son las fórmulas: deben llegar inmediatamente a nuestros científicos para que puedan desarrollarlas antes que los físicos nazis en su llamado *Proyecto Uranio*. Es la única oportunidad que tenemos de ganar la guerra y establecer el estado de Israel. Al igual que el golem, Hitler terminará

viviendo en un cuarto sin puertas, sólo con una ventana enrejada, y allí permanecerá hasta secarse y desmoronarse por fin en el barro del que está formado.

El rabino berlinés se levantó y pareció meditabundo.

—¿Qué es esto?

—Una pitillera...

—Es curioso... Juraría que la he visto antes. Bien, querido doctor, recuerde: debe entregarlo a Jacobson, sólo a él. Mi casa, como ve, es pequeña y húmeda, y salir de ella es tan complicado como llegar... el doctor Hirschfeld le acompañará hasta la plaza. Es mejor que se vaya. Estamos en permanente peligro. Mucha suerte. ¿Cuándo piensa marchar?

—Lunes, o martes...

—¡Alabada sea Israel!

El hombre le besó las mejillas y le miró con paternidad y esperanza.

—Mucha suerte. Y buen viaje.

Junto al *Sanador de Judíos* recorrió a la inversa aquellas arterias y pulmones del Barrio de los Pajares, donde habría de sentir en su propia alma el filo de un bisturí.

—Entonces... *Fräulein* Gruenewald es el arcángel que vino desde Turingia...

—Sí —respondió Fritz prendiendo un cigarrillo—. ¿Usted la conoce?

—Es la persona que me ha hecho más fotografías en mi vida... Una muchacha encantadora... Siento que tengan que desprenderse de ella. Al parecer trabaja muy bien, podría haber confundido a cualquiera.

—¿Lo siente? ¿Por qué dice que nos desprenderemos de ella? No le entiendo.

—Bueno...

Meditó un momento su respuesta. Pero su corazón latía con fuerza, dentro de una o dos horas la tendría en sus brazos, y en dos, tres días volaría con ella rumbo a Nueva York para siempre.

—Va a venir conmigo a América...

—Pero... eso no es posible, doctor Parker...

—¿Por qué no? Lo hemos hablado, si es necesario nos casaremos. Ahora más que nunca he de sacarla de este polvorín.

—*Fräulein* Gruenewald ya no está aquí, doctor Parker...

—¿Qué dice?

El *Sanador de Judíos* dio una bocanada. Se detuvo en una esquina bajo un paraguas de penumbra.

—¿Acaso está fuera de Berlín?

—No, no es eso...

—Vamos, doctor Hirschfeld, dígame qué pasa y dónde está Mona Gruenewald...

—*Fräulein* Gruenewald fue detenida por la Gestapo en su domicilio, la noche del miércoles al jueves.

—No es posible... ¿Está detenida? Hablaré con Butenandt, con Eugen Fischer, con el Führer, le daré la vuelta al Tercer Reich, pero...

—Doctor Parker...

—Dígame dónde la tienen, diga...

—Doctor Parker, cálmese... Siento comunicarle que *Fräulein* Gruenewald ha muerto...

Rudolf se detuvo. El rostro se le descompuso, se volvió tan blanco y opaco cual si llevara una máscara de yeso.

—Lo siento de veras, ya veo que usted, bueno, la apreciaba...

—Mona... muerta... Muerta...

Rudolf se miró las manos como hiciera Thaddeus Lewis sin hallar más respuesta que la oscuridad y el dolor.

—¿Cómo ha muerto? ¿La han matado esos canallas de la Gestapo?

—Mona Gruenewald cumplió su misión perfectamente hasta el final. Estamos seguros de que no dijo ni una palabra de la Causa. Tal vez estuviera siendo investigada, en Alemania todos lo somos, pero creemos que no la apresaron por ese motivo.

—¿Entonces?

Rudolf pensó que tal vez él había sido el culpable, quizá les habían visto juntos, paseando en el auto, subiendo a la *Chimenea de la Victoria*, tomando café en el *Remges*...

—He ejercido la Medicina durante años en Alemania, doctor Parker. Cuento con buenos contactos en grandes hospitales de la capital. Tenía entendido que se haría una importante operación aquí, en Berlín. A una persona cuya identidad desconozco, portadora de un tipo inusual de sangre...

—Continúe...

—Han buscado durante semanas un tipo compatible con ese. Incluso llegaron a hurgar como mendigos en los campos de concentración, ya no les importaba que fuera un donante judío. El sistema burocrático germano es perseverante. Todos sus funcionarios, sin excepción y obligadamente, pasan por exhaustivos exámenes médicos, incluidos análisis de sangre. Gruenewald era una funcionaria más del Reich. Desestimadas todas las vías, buscaron entre su propia gente... Y por las venas de nuestro arcángel, fatalmente, corría el tipo de sangre buscado, no A, no B, no AB, no O.

Rudolf se tuvo que apoyar en la pared de piedra. Sintió cómo la cabeza le daba vueltas, y un sudor frío y metálico empapó de golpe su frente.

—Debe usted ser fuerte, doctor Parker. Dentro de un par de días abandonará esta pesadilla.

Rudolf le miró con los ojos desorbitados, al borde del llanto mientras asentía confuso.

—Dígame que no es verdad —susurró piadosamente.

—Por desgracia, lo es.

—¿Entonces?

—Siento que se halle obligado a soportar esto, pero es preferible que se entere ahora...

El médico judío arrojó el cigarrillo y miró a la profundidad de la calle.

—El horror nazi no tiene límites, doctor Parker. El corazón de Mona Gruenewald ha sido trasplantado a otra persona.

Fritz Hirschfeld le dejó en la Horst-Wessel-Platz. Rudolf permaneció anestesiado por shock, más que ninguna otra vez se sintió el verdadero homúnculo de barro, un autómatas despojado de voluntad, dirigido hasta carecer de emociones y sentimientos. Sin embargo, sentía un tremendo dolor en el pecho al que únicamente calmaría una terapia: de haber podido él mismo se habría arrancado el corazón y lo hubiera arrojado a las ruedas del autobús. Sintió tanta angustia que ni siquiera tuvo fuerzas para subir al vehículo y prefirió caminar sin rumbo ni horizonte, confundiéndose con la gente que salía del cine, a través de las calles de Scheunenviertel hasta que cayó la noche.

—¡Mona! ¡Querida mía!

No cesaba de lamentarse, a veces debía detenerse y apoyarse en la pared para no caer del dolor inmenso.

—¡Cariño mío!

Se miraba las manos buscando comprensión, una línea escrita que pudiera dotarle de serenidad.

—¡He sostenido su corazón! ¡Ese órgano cónico y rojo palpitante entre mis dedos era el de Mona Gruenewald! ¿Podrá sufrir otro hombre mayor castigo?

Deambulando como un demente llegó a las orillas del río. Miró su rostro en el agua y sólo vio negritud, rasgos deformados, una visión aterradora que mostraba el monstruo en que se había convertido.

—¡El corazón de Mona Gruenewald!

Habría incendiado Berlín, habría aplastado con sus manos esta nación llamada Alemania y convertida hoy en otra gran ramera de Babilonia, hubiera hecho explotar el mundo entero con tal de aplacar su rabia. Desahogó su ira llorando desde un puente sobre el Speer. Jamás pudo imaginar un suceso de esta naturaleza, ni en las más perversas pesadillas sintió tanta aversión a todo lo existente como ahora.

—Siento como si hubiese dejado de ser persona. ¿Por qué voy a considerarme médico o judío?

Se palpó el pecho y allí estaban esos números malditos que sólo podían traducirse por destrucción, maldad, muerte y la nada. Sarah Georginas Parker, su madre, desaparecida en un atentado probablemente cometido por la Causa Judía, y Mona Gruenewald ejecutada por la policía secreta del Reich, con la sola pretensión de arrebatársela a una el monto de sensible información, a otra directamente y vivo el corazón.

En estado de vigiliambulismo, casi sin pretenderlo, caminando como un robot de carne y hueso, se acercó al Hospital Moabit. Pasaban de las nueve de la noche. Respiró con toda la profundidad que pudo y subió a visitar a su paciente.

DosSSque custodiaban la puerta quisieron en vano impedirle la entrada.

—No se puede pasar. Necesita una autorización.

—Escúcheme bien, soldado, si vuelve a impedir el paso, siquiera con un dedo, al cardiólogo cirujano de *FrauEva*, me encargaré personalmente de que le envíen al frente a abrir trincheras sirviéndose de su casco.

Lo dijo con tanta solemnidad y rabia y en un alemán tan prusiano que el corpulento guardiánSSprefirió soltar un taconazo que se oyó en todos los pasillos del Moabit. En ese momento salió de la habitación la enfermera *FräuleinEma*.

—Doctor Parker, haga el favor de pasar. La paciente duerme, sería conveniente que usted supervisara los registros.

Antes de mirar datos contempló a *FrauEva*. Tenía puesta la mascarilla de oxígeno, mas su aspecto no era malo. Miró los informes que le surtía la enfermera y después solicitó, para sorpresa de ésta, quedar a solas con la paciente. Sólo fueron cinco o seis minutos, suficientes para sentir cómo se le ponía la carne de gallina, cómo se le hinchaban las venas del cuello cada vez que veía subir y bajar el pecho

de *Frau Eva*.

Dormir esa noche no le resultó fácil. Retornaron las sirenas y los potentes focos de las baterías antiaéreas a horadar Berlín, poco antes de medianoche, mas aunque hubiese pernoctado en la mejor suite del Paraíso las vívidas imágenes del trasplante, el órgano latente, el rostro y las manos de Mona, le habrían impedido conciliar el sueño.

—El lunes abandonaré el Reich aunque tenga que cruzar la frontera caminando.

Se quedó dormido al amanecer, por simple fatiga. Durmió un par de horas, cuando despertó sentía un montón de avispas volando en el interior de sus ojos, además se le antojaba que sería el sábado más largo de su vida.

—Tiene aspecto de estar muy cansado, doctor Parker. ¿Se encuentra usted bien?

El secretario de la embajada de los Estados Unidos, Robinson, parecía satisfecho.

—Pronto acabará todo esto —le dijo—. Creo que hemos tenido suerte...

Rudolf tomaba su segundo café y miraba por encima al secretario.

—A mediodía confirmarán su vuelo para Lisboa: despegará de Tempelhof el lunes por la mañana. Debería estar contento, Parker, no crea que hay muchos aviones disponibles: y me consta que ha sido por mediación del mariscal Goering. Tiene usted mala cara. Es notable que no se encuentra muy a gusto en el Tercer Reich. Demasiadas alarmas de bombardeo. Esto rompe los nervios de cualquiera.

Rudolf le oía sin mirarle. Sorbía su café y parecía concentrado en espesos pensamientos.

—¿Hoy también debe trabajar?

—He de hacer una visita clínica. Después dedicaré el resto del tiempo a descansar hasta que suba a ese maldito avión.

—Cálmese, doctor... Tómelo con tranquilidad. Ya sólo le restan horas en Alemania. Por cierto, ¿de qué quería hablarme?

—Ya no tiene importancia.

—Si hay algo que la Embajada pueda hacer por usted...

—¡Ya hicieron bastante, maldita sea! Todos han hecho bastante por mí.

Rudolf se levantó con brusquedad y gritó en una mezcla de inglés y alemán para asombro del secretario.

—¡El gobierno de los Estados Unidos, el Comité de la avenida Amsterdam, los doctores nazis, el propio Reich! ¡Ya estoy harto de que otros tomen decisiones por mí!

—Cálmese, se lo ruego, Parker...

—¿Que me calme? Cada minuto que permanezca en este país estaré maldiciendo haber venido.

—Se lo ruego, doctor, es posible que le estén vigilando.

Rudolf miró desafiante a cuantas personas veía desde su posición.

—¿Vigilándome, dice? ¿No han tenido suficiente? ¿Qué más pueden pedir a un hombre? Ya me han arrancado el corazón. ¿Acaso quieren también mi alma? Bien, tómenla de un vez.

—Doctor Parker, como responsable de la diplomacia estadounidenses le exijo...

—¡No me exija nada! ¡Nada!

Rudolf se dio la vuelta y Robinson le vio salir del hotel Adlon sin llegar a comprender la actitud de tan admirable cirujano, siempre destacado por su elegancia y buenas maneras. Ese sábado, la víspera del cumpleaños del canciller, Berlín se preparaba para los grandes fastos que se llevarían a cabo. La Puerta de Brandenburgo

ya aparecía adornada con gigantescos estandarte nazis, y no había farola, chirimbolo o árbol de la Under der Linden que no mostrase su flamante bandera con esvástica. Todavía hubo de enfrentarse, alocadamente, a un suceso desagradable. Se dirigía Rudolf a Tiergarten con la idea de deshacer angustia cuando se cruzó de frente con un pelotón de juventudes hitlerianas, dos docenas de rubios jóvenes, espigados y cantarines, perfectamente uniformados con camisas pardas, mostrando sin tapujos los ardores nazis al son del popular lied de Horst Wessel, asentando las bases del éxtasis germánico: desde hoy ondeaba la bandera nazi en el monte Olimpo. Lejos de sonreír y mostrar el orgullo patriótico, como el resto de alemanes, ni siquiera se apartó de la acera e imperturbable, cual un ariete furioso, abrió en dos las filas.

Una vez en el centro del parque berlinés consiguió reflexionar y poner en orden los elementos finales de su misión.

—El lunes a esta hora estaré volando a casa. Entregaré este maldito cuaderno y me olvidaré de todo esto, me olvidaré de todo esto, me olvidaré de todo esto...

No fue así. Divisó de lejos la reluciente y dorada Else, la mujer más respetable de Berlín porque no tiene amantes, empinada sobre *La Chimenea de la Victoria*. Subió los doscientos ochenta y cinco escalones, pensando en cada uno de ellos en Mona Gruenewald, y una vez en la cima de la impresionante columna, divisando todo Berlín, bajo un bellissimo cielo de nubes, lloró de nuevo por su amada fotógrafa.

—Si yo no hubiese accedido a esta misión... tal vez Mona seguiría viva. Le han arrebatado un montón de años a mi lado para que *FrauEva* pueda sobrevivir algunos meses contemplando sus orquídeas frescas.

Y así fue, tal como dijo. La convaleciente y aria trasplantada sostenía su orquídea del día.

—Me han dicho que vino anoche a visitarme.

Rudolf asintió. Paradójicamente, era esta sensible mujer, en cuyo pecho latía el corazón de Mona, la única persona que le despertaba simpatía y cariño.

—Vine a visitar su corazón, *FrauEva*.



## Capítulo Quince

Durante toda la noche se produjeron movimientos de tropa en los alrededores de Tiergarten y a todo lo largo de la Under der Linden. Las compañías elegidas que iban a desfilar al día siguiente se preparaban con toda pulcritud para que la fiesta del cincuenta y dos aniversario del canciller resultara a la perfección. Cientos de vehículos militares esperaban aparcados en distintos puntos de la ciudad, y ya no era posible colgar más cruces gamadas sin que se solaparan unas a otras, ni águilas pretensivas agarrando las esvásticas ni vistosos emblemas nazis: Berlín estaba prácticamente envuelta en papel de regalo para donarla al Führer.

A las cinco de la madrugada ensayaron con el Gran Carillón la canción de cumpleaños elegida para endulzar los oídos de Hitler, y sus sesenta y ocho campanas, colocadas en una torreta de granito negro, tañeron las metálicas notas que pronto se expandieron por la atmósfera berlinesa. Resultó el domingo 20 de abril de 1941 un día espléndido, *contempo del Führer*, y muy pronto, sobre las diez de la mañana, dieron comienzo los interminables y victoriosos desfiles, muchos de los cuales partían desde Pariser Platz, frente al hotel. En una enorme poltrona, situada entre Tiergarten y la puerta de Brandenburgo, el canciller mantenía el brazo estirado mientras desfilaban miles de botas lustrosas y bien sincronizadas que al pisar a una emitían destellos tan fríos y sonido tan sordo que parecía la fiel representación de bayonetas y disparos en una guerra de mentira. Como si de un catálogo se tratase, muestras de todos los cuerpos del ejército desfilaban en formación con vistosísimos uniformes de gala, similares a soldaditos de plomo de cascos bruñidos. Autos militares en filas de a cuatro, camiones tráiler que transportaban cañones como torres de Babel y sus proyectiles, y tanques robustos cual los dinosaurios del campo de batalla, motocicletas con sidecar y compañías en bicicleta que daban una nota pintoresca al desfile. Por el cielo decenas de aviones surcaban en formación, demostrando también el poderío militar entre las nubes, para alborozo de los presentes. Y sobre todas las cosas el griterío unánime de cien mil gargantas.

*Heil, Hitler! Heil, Hitler!*

Rudolf, tal como hiciera su madre tres años antes en Viena, presenció gran parte de la parada desde una de las ventanas del Adlon, ¿cómo sustraerse a tanta faraónica magnificencia, fanfarria y griterío?

—No tendrá más remedio que asistir. Sólo estando muerto podría excusarse usted. Recuerde: el propio Führer es quien le ha invitado a su fiesta de cumpleaños —decía Robinson, junto a Rudolf mirando la impresionante marcha militar—. Le aseguro que millones de alemanes darían su casa por estar en esa fiesta tomando un simple té en presencia de Adolf Hitler. Ya puede comprobar cuánto le adoran.

—Pues tendrán que tomarlo sin mí, señor Robinson. No voy a asistir. No pienso abandonar este hotel hasta que mi avión caliente motores en Tempelhof. Mi misión en Alemania ha concluido.

—Se equivoca, doctor. Usted ha pintado un grandioso cuadro, no puede irse sin firmarlo. Falta el último toque, la rúbrica. Ha recibido invitación personal del Reichstag. ¿Sabe lo que significa eso? Ningún estadista osaría desprestigiar una invitación del canciller alemán.

—Yo no soy un estadista, ni un diplomático, señor Robinson, sino médico, así que no me siento obligado a felicitar el cumpleaños a nadie. Además, he de visitar a mi paciente por última vez.

Eso hizo. No sin dificultad logró llegar al Moabit, pues todas las avenidas principales se hallaban atestadas de miembros de seguridadSS encargados de vigilar accesos, vías, y hasta árboles y farolas, como prevención a un posible atentado contra

el Führer.

—Tiene un aspecto inmejorable, *FrauEva*.

No era exagerada la afirmación de Rudolf, pues ella estaba de pie, asomada tras una ventana desde la que apenas se divisaban los fastos nacionalsocialistas.

—Hoy estoy muy feliz, doctor Parker...

Se giró y le sonrió con total gratitud. En el regazo no llevaba la orquídea fresca del día, sino una docena.

—Vaya, su enamorado no pierde el tiempo. Lo celebro. Aunque debería dejarlas en un florero. No lo olvide, *FrauEva*: no debe respirar más que el aire de esta habitación.

—¿Ha oído el Gran Carillón? Las campanas le han felicitado. Igual de fuerte ha sonado hoy mi corazón para él. Estará contento.

—Se refiere usted al Führer, naturalmente.

La mujer besó su ramo de orquídeas, parpadeó y luego deslizó su mirada tras la ventana hasta posarla en el lugar de Berlín donde en ese instante estaría el canciller saludando a sus soldados.

—¿Está enamorada de él, acaso?

*FrauEva* se volvió. No pudo evitar una risilla nerviosa.

—Todas las mujeres alemanas estamos enamoradas de nuestro Führer, doctor Parker. ¿Sabe una cosa?

La mujer giró un par de veces, como una bailarina. Naturalmente estaba fatigada, convaleciente de una importante intervención, pero *FrauEva* irradiaba felicidad y una gran determinación por vivir.

—Desde que ha arreglado mi corazón... todas las mañanas escucho una música sublime, vital... arpas, violines... No sé cómo pagarle cuanto ha hecho por mí.

—Puede pagarme cuidándose mucho. Y no olvidarse de tomar cada día su medicina. Ojalá no tenga que pasar más por una mesa de quirófano.

Sintió a un tiempo deseos contrapuestos. Abrazar a *FrauEva* y arrancarle el corazón y salir de allí para siempre. Tan insoportable resultaba estar delante del corazón que había amado en el pecho de Mona Gruenewald como maravillosa era la sensación de ver con cuánto éxito lograba palpitar en el tórax de su nueva y candorosa propietaria.

—He venido a despedirme, *FrauEva*.

—¿Regresa usted a los Estados Unidos?

—Sí.

—¿Volverá alguna vez a Berlín?

—¡No! Bueno —suavizó su negativa—, a mí me esperan mis investigaciones y usted quedará en manos de excelentes médicos, Adolf Butenandt y el cardiólogo Edelberg se encargarán perfectamente de su evolución. Y me mantendrán al corriente. No se preocupe por eso.

—¿Está casado?

—No estoy casado.

—¿Al menos amaré a alguien?

Rudolf le tendió la mano. Ahora sí sintió esa punzada venenosa.

—Adiós, *FrauEva*.

—Adiós.

Rudolf abrió ya la puerta para salir cuando la mujer aún le llamó.

—¡Espere, doctor Parker!

Tomó una de las orquídeas y se la ofreció.

—Acéptela, por favor.

Como previamente anunció el secretario Robinson, poco antes de las cinco de la tarde Rudolf Parker fue reclamado por dos capitanesSS que llegaron a recogerle en un auto oficial.

—Sólo serán un par de horas, puede que menos. El Führer no aguanta demasiado en las fiestas, ni siquiera el día de su cumpleaños. Y tómese como un gran honor haber sido invitado directamente por el Reichstag, como ve —dijo el secretario señalando sus propios hombros— el responsable actual de esta embajada no ha contado con ese privilegio.

El auto le dejó a las puertas del gran hotel Kaiserhof, rodeado de guardiasSS enfilados cada medio metro como perlas en un collar, sobrevolado por cazas, y con una gran bandera nacionalsocialista ondeando en lo alto de su mástil para certificar que el Führer realmente se hallaba dentro. De inmediato le condujeron al salón de celebraciones, donde ya se encontraban reunidas las personas más influyentes, militares y civiles, del Tercer Reich. Fue ubicado en la mesa de los doctores, donde compartió asiento con los áureos representantes de la medicina incendiaria. Fischer, Brandt, Hirt, Rascher... algunos acompañados por sus esposas, otros formando corrillos de mesa, pero todos adornados con rutilantes galas y la más elevada sobrestima.

—Sepa usted, doctor Parker, que a partir de hoy será inscrito como miembro de honor de los Institutos Kaiser Wilhelm, la labor que ha desarrollado en nuestra nación no tiene parangón en el resto del mundo. Con seguridad recibirá su diploma acreditativo y por supuesto la admiración de todos nosotros... —dijo Eugen Fischer en nombre de sus colegas, quienes brindaron con champán por el recién llegado.

Poco hablador estuvo Rudolf durante la velada, cafés, té y licores, acompañados de toda la gama de selectos pasteles germanos. Por momentos se encontraba rodeado de lobos, muchos querían estar a su lado, todos posaban para las fotografías que las cámaras de la UFA disparaban a discreción.

El Ministro de Propaganda, Josef Goebbels, quien acudía acompañado de su esposa Magda, tomó el micrófono y soltó una larga y entusiasmada arenga de felicitación hacia su Führer, que fue coreada por los presentes con gritos y vítores. Después habló el mariscal Goering, quien tenía la cara completamente roja y menor pericia oratoria. Tras una sucesión de aplausos y *Heil, Hitler!* llegó el turno de conceder regalos y méritos, prebendas que daría en persona el propio Führer. Cuando Adolf Hitler se situó frente al micrófono y habló a los presentes percibió Rudolf que ese hombre era en verdad el golem que Jacobson señalaba. No hizo grandes alharacas interpretativas, tampoco crispó sus manos como otras veces queriendo estrangular sus palabras, pues habló muy suave, y tan convincentemente que podría decirse que la extensión psíquica de su presencia resultaba tan táctil como la física. Fueron llamados algunos generales, entre ellos Karl Brandt, y doctores, Adolf Butenandt y Armin Edelberg, quienes recibieron una Cruz de Caballero. Finalmente le tocó el turno al cardiólogo estadounidense Rudolf L. Parker, quien permitió que las manos del Führer clavarán en su solapa el emblema de oro del Cuerpo Médico Militar del Partido Nacionalsocialista.

—Es usted, *Herr Hitler*, y ustedes, eminentes doctores, quienes han conseguido este logro médico. Puede considerarse un éxito más del Tercer Reich. Nunca olvidaré los días pasados en esta maravillosa tierra, y los excelentes anfitriones que he tenido la dicha de encontrar.

No fue todo. Todavía fue invitado expresamente a compartir mesa con el Führer, justo entre el canciller y Goering.

—Quería darle las gracias personalmente, doctor.

—Es un gran honor, *mein Führer*...

—Para mí también ha resultado un honor conocerle. Está usted a la altura de

los mejores médicos, no del mundo, sino de la Historia de la Medicina. Doctores como usted son los que necesita el Tercer Reich.

—Aquí ya cuentan con los mejores, *Herr* Hitler. Ahí delante tiene a una docena de eminentes sabios de la Medicina.

—Pero lo que usted ha conseguido sólo está al alcance de unos pocos. Es propio de los dioses.

—Ahora nosotros también estamos más cerca de los dioses, *mein* Führer —corrigió simpático el mariscal—. Hace dos días que flamea la esvástica en el Olimpo. ¿No es extraordinario?

El Führer apenas prestó atención al comentario de su ministro.

Rudolf sacó su pitillera de alpaca.

—Le rogaría que no fumara, doctor. No soporto el humo.

Sin embargo el Führer se fijó en el objeto. Se lo quitó con suavidad y lo miró cual si se tratara de un talismán.

—Hache, hache... —susurró ensimismado, como si quiera rescatar profundos pensamientos.

—Es una pitillera singular... —advirtió Goering.

—¿Dónde la consiguió? —pregunto el Führer.

—Un amigo... —respondió Rudolf.

—Es curioso... También a mí me regalaron una pitillera exactamente igual a esta. Una mujer.

Adolf Hitler abatió las manos y respondió a un nuevo y colectivo vítor de los suyos antes de volver a su conversación.

—Me recuerda usted a Charles Lindbergh...

—Ese es otro honor, Führer, Lindbergh es un gran hombre, y considerado un héroe en mi país. Su hazaña aventaja en mucho a la mía.

—No lo crea doctor. Él voló desde Nueva York a Europa a bordo de un espíritu. Y usted ha volado de un pecho a otro pecho a bordo de un corazón. Y estoy convencido —el canciller le clavó sus ojos— de que ambos tienen pura sangre germana.

Tomaron una taza de té y brindaron con ella. Como si estuviesen ambos hombres solos sobre la faz de la Tierra.

—Sepa que siempre tendrá a su disposición la nacionalidad alemana.

—Ya tenemos preparado —dijo Goering—, un pasaporte honorífico a nombre de *Herr* Parker.

—¿Cuándo piensa abandonarnos?

—Creo que vuelo mañana, Führer...

—¡Exactamente, doctor! —interrumpió de nuevo el mariscal—. A las diez en punto de la mañana, *hora del Reich*—significó alzando el índice—, despegará de Tempelhof el *Fw200 Condor*.

—Deseo que tenga un buen viaje.

Adolf Hitler se levantó y así lo hicieron todos los presentes. Bajo nuevas aclamaciones abandonó el salón acompañado de su lugarteniente Bormann y sus ministros, el cojuelo Goebbels, y Goering, quien sin su alba capa parecía una mosca a la que hubiesen arrancado las alas.

*Heil, Hitler!*

## 3 La Rábida Reich

### *Capítulo Primero*

Mil quinientos días después de abandonar Berlín, el 20 de mayo de 1945, Rudolf Lorre Parker subía a un cuatrimotor en el aeropuerto de Long Island con destino Lisboa, integrante del comando judío que debía llevar a cabo la singular y secreta misión de capturar y trasladar a los Estados Unidos al mismísimo canciller alemán, antes de que éste lograra abandonar el viejo continente rumbo a tierras australes.

Coincidiendo con el despegue de esa segunda partida a Europa, un súper submarino del Tipo XXI, U-Boot con emblema HH, emergía al otro lado del Atlántico, unas millas mar adentro frente a las costas del sur de España. Allí se mantuvo cuando concertados destellos desde tierra le indicaron navegar hacia la boca de la barra que conduce idealmente a un puerto bien dragado. La impresionante nave, de setenta y seis metros de eslora y casi ocho de manga, capaz de desplazar mil ochocientas toneladas, se balanceó sobre el agua a velocidad de mariposa, y permaneció en flotante expectativa arropada por la oscuridad, hasta captar la nueva señal desde un punto de la orilla y ordenar entonces su comandante que arriaran dos botes neumáticos: en ellos habrían de ser trasladados a bordo nueve altos mandos del Tercer Reich. Arriesgadísima misión que debía ser llevada a cabo con tanta celeridad como sigilo, de trascendencia capital, no en vano entre las personalidades nazis que iban a ser rescatadas se encontraba el Führer, Adolf Hitler.

Faltaba una hora para amanecer, y la ausencia de luna colaboró al desembarco en la arena de aquella nación malherida que aún apestaba a guerra civil, donde ocho de los nueve alemanes a rescatar por el submarino surgieron detrás de penachos de juncos y corrieron a abordar los botes. El teniente a cuyo cargo iban las embarcaciones neumáticas preguntó hasta dos veces, sin éxito, sobre el paradero del personaje más importante del rescate, principal objetivo del desembarco, y única razón por la que se habría puesto en peligro de encallar, o de ser detectado por aviones ingleses, el buque más importante y esquivo del Tercer Reich desde el hundimiento del acorazado Bismarck.

—¡Cumpla su misión, teniente! ¡Saque de inmediato estos botes de la orilla! Pueden dispararnos en cualquier momento.

—¡Tenemos orden de llevar a bordo al Führer, general!

El alto mando SS desenfundó su pistola, y mirando con violencia al oficial le apuntó directamente a la cabeza.

—Si no quiere que yo mismo le meta un tiro en la sien, aquí y ahora, será mejor que se dé prisa, teniente...

Otro alto mando acompañante intercedió y bajó el arma de su compañero.

—Oficial: haga caso y no pierda el tiempo. Está usted poniendo en peligro su misión y al U-Boot.

—Pero... ¿y el Führer?

—Está muy enfermo, su traslado es imposible.

—¿Entonces...?

—¡Considere muerto al Führer, teniente! —espetó el furioso general blandiendo otra vez su pistola—. ¡Y si usted no se da prisa también podrá considerarse muerto!

Mientras los botes navegaban a remo hacia el súper submarino, un joven fraile observaba el acontecimiento. Escondido tras una duna de litoral, y cubierto con su capucha oscura, no perdió detalle hasta que vio navegar el silencioso U-Boot, salir a aguas más profundas y sumergirse lentamente, sin levantar una ola, dando la impresión de que tan grandiosa nave jamás había estado allí. Minutos después corría al monasterio franciscano de cuya orden formaba parte, y con el mismo sigilo antes

demostrado para espiar al submarino, sorteó una huerta, escurrióse por una pequeña puerta trasera y se amparó en la penumbra hasta llegar a la celda donde se hallaba aquel anciano enfermo que murmuraba en somnoliento sus ininteligibles preocupaciones.

—Se ha ido... —le susurró.

El anciano volvió el rostro e intentó mirarle aunque apenas abrió un milímetro los párpados, también quiso hablarle, mas incapaz de articular una sílaba únicamente consiguió secretar un hilón de baba por la comisura. Todavía, con mayor esfuerzo, pudo levantar su mano temblorosa y asirle del hábito.

—Se ha ido, señor... El barco misterioso que usted dijo...

Superando su propio estupor el joven fraile se ayudó de gestos para indicar que el grupo había huido con éxito, y cómo la gran nave gris se hubo alejado hasta sumergirse a la vista.

El anciano extranjero asintió complacido, después perdió la mirada y también se sumergió en la escueta cama donde yacía.

—No debe preocuparse, señor. Nuestro custodio, Padre Aparicio, ha dicho que será cuidado y protegido en el convento, y tratado como un hermano más de la Orden Franciscana. Y ahora duérmase, aun resta algo de noche. Rezaré por usted.

Cuatro años antes, Rudolf se bajó del Boeing 314 de la Pan Am Airways *Yankee Clippert* también de madrugada, bajo llovizna y bruma, en el embarcadero del *Airpot Beach* de Diffendahl, en la península de Essex frente a Baltimore. Allí le recogió un rutilante auto de lunas tintadas donde ya esperaba el rabino Johnson, que sin más dilación le trasladó los trescientos kilómetros distantes de Nueva York.

—*Shalom!* ¡Alabada sea Israel! ¡Alabada sea Israel! —exclamó el rabino de la sinagoga Amsterdam abriendo sus palmas al cielo—. Estábamos preocupados por su seguridad, doctor Lorre.

Rudolf apenas le miró. Se hallaba realmente fatigado del largo periplo, y sobre todo por la tensión acumulada durante las tres semanas de permanencia en la capital del Reich.

—¿Ha conseguido traer el cuaderno, doctor? En ese caso deberá usted comparecer ante el Comité de Asuntos Judíos cuanto antes. No debemos perder ni un minuto.

—He de entregarlo personalmente al rabino Jacobson, así me ha sido encomendado.

—Bueno, doctor, me temo que eso no podrá ser.

—¿Qué ocurre?

—El rabino Jacobson ha muerto. Hace diez días.

—¿Muerto?

—Así es... Ataque al corazón. Su amigo Samuel Lebowitz y ese escritor, Herman Wouk, le hallaron tirado en el sótano donde habitaba. Según el doctor nuestro admirado cabalista llevaba muerto dos o tres días.

—Quiero ir a casa.

—Claro, está usted cansado. Cruzar todo un océano fatiga a los mejores albatros. Son demasiadas horas volando. Entrégueme el cuaderno y no se preocupe, váyase a descansar. Yo mismo me encargaré de llevarlo al Comité.

—No.

—¿Cómo dice?

—Señor Johnson, antes me cercioraré de que el rabino Jacobson ha fallecido, después sólo entregaré el documento al Comité si las respuestas a mis preguntas son satisfactorias.

—No comprendo qué pretende usted, doctor Lorre.

El rabino, al principio algo molesto, pareció sopesar diferentes pensamientos pero finalmente abrió las manos y meneó la cabeza sin preocupación.

—Sea como usted diga, doctor. Sólo quería hacerle comprender que el maestro David Ziegelheim desea recoger cuanto antes ese manuscrito. Todos lo estamos esperando porque Israel lo está esperando, doctor. Debe usted saber que es de una importancia extraordinaria para nuestra causa.

A mediodía llegaba por fin a la casa de la calle Anderson. Se derrumbó en la cama y se quedó dormido al momento. Sólo al despertar cinco horas más tarde sintió que verdaderamente estaba en su hogar, no cosquilleaba ya por sus antebrazos esa electricidad dimanada por los altavoces en el aire berlinés. Tampoco salió. Apenas abrió las ventanas y prefirió permanecer en semi penumbra, aún desprendiendo angustia, tensión, cansancio. Pero fue el estridente sonido del teléfono el que volvió a capturarle.

—*Shalom*, Rudi!

—¡Hola, Sam!

—¡Acabo de enterarme de tu regreso! Todos te estábamos esperando...

Sam Lebowitz hablaba con naturalidad y alegría, ajeno a la fatiga de su amigo, y, tal como insistía, deseoso de encontrarse con él.

—¿Has oído, Rudi? Todos estamos esperando a nuestro héroe... En ciertos círculos te has convertido en el cardiólogo más famoso del mundo... ¿Eh? ¿Has oído, Rudi?

—Sí, Sam, he oído. Estoy muy cansado, cierro los ojos y todavía escucho el runrún del hidroavión. Creo que voy a dormir mil horas seguidas.

—Hazlo, amigo, hazlo, pero después de tomarnos unas copas. Me paso a recogerte, ¿eh, Rudi?

—Sam... Es mejor que nos veamos mañana...

—Hasta el viejo Conrad Spencer Lloyd va por ahí solicitando una parte de la gloria por considerarse tu mentor en Alemania. ¡Ja, ja, ja!

Lebowitz no pudo reprimir su carcajada. Parecía exultante, hablador, recién llegado de una de sus vueltas por Florida.

—El pobre viejo va por ahí mostrando una insignia de oro, regalo de Adolf Hitler.

—Sí... Verás, Sam: mañana iré al Mount Sinai, si estás por allí podremos tomar un café y charlar cuanto quieras.

—¿El Mount Sinai? ¡Ja! Te espera una sorpresa, amigo mío. Sé que te va a encantar. Ahora escúchame bien, Rudi...

—¿Qué ocurre?

—¿Piensas salir esta noche?

—¡No! Maldita sea, Sam. Acabo de decirte que estoy muy cansado.

—Eh, sólo quería cerciorarme. Nueva York está algo rara últimamente.

—¿Quién te ha dicho que había llegado?

Lebowitz guardó un instante de silencio, tragó saliva y, aunque evidentemente no podía verle, Rudolf imaginó que estiraba su pajarita.

—Nadie —contestó—. He llamado ayer, antes de ayer y hoy, varias veces... Estaba preocupado por ti, amigo. Las noticias que llegan de Europa, bueno, nunca son halagüeñas. Ha sido una sorpresa oírte al otro lado del teléfono, puedes creerme, Rudi.

Al siguiente día se acercó al *Metsovo*. Habían pasado veinticinco jornadas desde la última taza, pero el viejo salonicense que balbuceaba inglés le sirvió sin preguntarsketoscon poco azúcar, después se rascó la cabeza y en su habitual gesto de conmiseración se quedó de pie, mirándole antes de dar sus últimas noticias.

—¡El Monte Olimpo, señor! ¡Han colgado la esvástica en el Monte Olimpo! Si de verdad existieran los dioses griegos explotarían de rabia. Ese Hitler se cree Zeus, pretende subir a lo más alto. Es pura soberbia, no sabe dónde pararse, ojalá se despeñe.

Rudolf levantó los ojos. Ahora sí se sentía de verdad en casa. Tomaba un sorbo del café helénico y sin esfuerzo podía imaginar que fue ayer el último día que lo hizo. Pero los acontecimientos eran tan sólidos aquella primavera de 1941, que cualquier pensamiento vano quedaba de inmediato sepultado aun por la más ligera brizna de realidad. ¿Cómo decirle a este pobre griego, quien ya se dirigía maldiciendo hacia los pies de su radio, que hacía dos, tres tardes, compartía él mismo mesa con el Führer?

A las puertas del Mount Sinai fue asaltado por Sam Lebowitz, quien no escatimó abrazos y besos en ambas mejillas. Antes de la partida a Europa ya se comportaba como el director general del hospital, ahora lo hacía cual un verdadero rabino de rabinos.

—¡Eh, Rudi! ¡Amigo mío! ¡Alabada sea Israel! De repente te has hecho más famoso que Roosevelt. Deja que el mundo se entere y toda América te aclamará.

¿Toda América le aclamaría? ¿A qué se refería Sam? Sí era sabedor de que se iba a llevar a cabo una demostración de campo con la extracorpórea, y acaso daba



por supuesta alguna operación de trasplante cardíaco a un mono; pero nada podía saber de la intervención a *FrauEva*. Ni siquiera los demás miembros de la *Comisión Butenandt* conocían nada, sólo escuetos detalles del delicado asunto, flecos, hilos con los que no podrían confeccionar nada excepto una urdimbre tan diáfana como la de un cazamariposas.

—Vamos, Sam... —le dijo abatiendo las manos y con tono de fastidio—. No necesito aclamaciones. Además, no sé de dónde sacas tanta cantidad de éxito. En realidad, el viaje no ha resultado lo fructuoso que esperaba. Pero, bueno, aquí estoy.

—Ven... Quiero enseñarte algo.

Rudolf le siguió hasta el bioterio.

—Te los prometí y aquí los tienes. Cuatro pequeños corazones palpitantes.

Sam Lebowitz estiró el brazo como lo hubiese hecho el presentador de un espectáculo circense, y le mostró cuatro jaulas, cada una con un bonito macaco rhesus.

—¿Qué me dices, Rudi? Son los mejores especímenes de Oregón. Tómalos como una pequeña muestra de la gratitud que nuestro hospital te profesa.

Rudolf miró aquellos animales, que le devolvieron sus miradas llenas por igual de curiosidad y angustia. Aquello le colmó de verdadera lástima. Se frotó las manos y abandonó el bioterio.

—Bueno, ¿qué te parecen? —insistió Sam aligerando el paso hasta ponerse a su altura—. Suficiente material para meses, Rudi. A partir de hoy tus investigaciones serán prioritarias en el Sinai, así ha sido dispuesto en la última sesión. Eres nuestro médico estrella. Por cierto, Solomon White, Thaddeus Lewis, mi esposa Rebeca y... ¡todos! —exclamó abriendo los brazos—, ¡todos desean estrechar tu mano de oro! Sí, nuestro doctor estrella y nuestro judío estrella. Este sábado darán una fiesta y serás el invitado de honor.

—Gracias, Sam.

—Eh, Rudi... ¿ya sabes lo de Jacobson?

Asintió en silencio.

—Lo encontramos tirado bajo su atril. Fue horrible. No puedes imaginarlo...

—¿Cómo ha muerto?

—Infarto masivo, amigo mío. Le estallaron las arterias desde los pies a la cabeza. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Una explosión en cadena, como en las canteras. A duras penas logramos esquivar su autopsia. Era un rabino y como tal fue enterrado, no lejos de Sheaffer.

Ambos médicos caminaron por un pasillo del Mount Sinai, se dirigían precisamente al despacho general en cuya puerta ahora se leía en una placa de bronce el nombre de Samuel Lebowitz.

—Intentó agarrarse al atril y lo tiró con él.

Sam sirvió un par de tazas de café y abrió las ventanas a Central Park.

—Lo hallamos descalzo, seguramente tenía los pies metidos en una cubeta de agua fría, que allí estaba volcada, junto al cuerpo... Una manía de Jacobson, según me informó Herman Wouk. Pero... —Sam dio un sorbo a su café, se ajustó las gafas, alisó su pajarita y dio una palmada en el aire— lo más sorprendente fue ver aquellos cordeles. ¿Sabes? Sobre el cadáver, desde un gancho del techo, pendían dos cordeles que tenían anudados los rizos del rabino... Era su costumbre mantenerlos atados para combatir el sueño mientras leía, así evitaba dar cabezadas a consecuencia de la fatiga...

—Un hombre sorprendente.

—El fulminante infarto le desplomó de súbito, y en la caída se arrancaron los rizos...

—La última vez que le vi examiné sus piernas. Le advertí sobre esa flebitis.

—Aún no se han pronunciado sobre quién ocupará su puesto en el Comité de Asuntos Judíos.

Rudolf se encogió de hombros. Al igual que con el asunto *FrauEva*, decidió, incluyendo a Sam Lebowitz, mantener ante todos la estrategia del *Kadavergehorsam*, como precisamente el rabino Jacobson le hubo aconsejado en el cementerio donde ahora yacía.

Al mediodía siguiente fue conminado mediante un emisario, uno de los hombres de Thaddeus, a aparecer en la sinagoga de la avenida Amsterdam con la 86th West. Por supuesto, llevaba encima el cuaderno que le entregó Leo Goldzweig en la callejuela de Scheunenviertel. La primera noche lo desvendó del pecho, hojeó sin interés algunas páginas y lo escondió bajo la almohada, tal como hacía en Berlín. Números, números, números. Sólo números había. Nada más. Pero antes de salir de casa volvió a pegarlo al costado, ¿qué importaban unas horas más con ese apósito de papel que acaso contenía una llave para abrir el mundo?

—*Shalom*, doctor Lorre! ¡Alabada sea Israel!

El rabino de cabeza cuadrada y boca de león de bronce se acercó y le abrazó con fuerza. El mismo David Ziegelheim acompañó a Rudolf hasta la sala de la mesa de piedra. A las puertas le esperaba en coro el rabinato.

—*Shalom, Shalom, Shalom...!*

El más nervioso parecía Johnson, quien no cesaba de sonreír y de ajustarse una y otra vez sus gafillas, hasta que decidió ocupar su sitio y sacar a la vista sus carpetas secretas.

—Doctor Lorre...

Thaddeus Lewis se miró las palmas antes de estrecharlo, casi sacudirlo como a un pelele, y besarle sendas mejillas.

—Celebro verle de nuevo aquí —dijo el viejo Zacharias Newman mostrando su dentadura amarilla y ofreciéndole la mano.

Solomon White esperó su turno. Los ojos le brillaban. Parecía el padre que recibe al hijo después de una peligrosa misión. Tuvo el impulso de abrazarle de inmediato, pero fiel a su conducta miró antes las punteras de sus zapatos y sólo después decidió darle un cariñoso apretón.

—He pensado mucho en ti, hijo —confesó emocionado—, y hemos rezado todos...

Allan Cohen no dijo nada. Caminó tras su papada temblorosa y le dio la mano paradójicamente con frialdad, pues era hombre de piel sudada y tibia de continuo.

—Bienvenido a América, Rudolf...

Allí estaba el séptimo rabino necesario para el Comité. No lo esperaba. Venía preparado para toda clase de preguntas y respuestas encaminadas a desmontar las estrategias del Comité. Llegaba dispuesto a señalar uno por uno a estos maestros que le habían engañado miserablemente con respecto a su madre. Mas no esperó nunca que Jude Gutenberg fuese el sustituto elegido para el cabalista Jacobson.

—Siéntese, doctor Lorre... —le pidió Ziegelheim.

Tomó asiento en el extremo de la gran lápida. En el otro se apiñaron los rabinos, como en un cenáculo, y después de un rezo a la luz del menorah el maestro abrió las manos abarcando al sanedrín neoyorquino, y luego le sonrió.

—Doctor Lorre... los miembros de este Comité nos sentimos congratulados de su vuelta. Somos conscientes de la peligrosa misión que ha llevado a cabo en Europa, y le damos las gracias en nombre de Israel.

Rudolf mantuvo silencio. Sólo se había lanzado una carta a la mesa, no iba él a descubrir todas las suyas a la primera muestra de ladina cortesía.

—El rabino secretario Johnson ya nos ha informado de que ha traído usted el cuaderno que se le solicitó —prosiguió el maestro.

Todos esperaron una respuesta hasta que el colérico Allan Cohen deshizo la hebraica paciencia: sacudió su rostro y resopló ruidosamente.

—Conteste al Comité, doctor Lorre, si ha traído el cuaderno. Y si es así póngalo en esta mesa... —dijo medio en falsete picoteando las sílabas como un loro haría con un puñado de semillas.

—Sí, muéstrenos ese cuaderno, doctor —continuó su inseparable Newman.

—Para esa misión fue enviado a Alemania, no olvide usted eso —insistió Cohen.

—Principalmente fui a buscar a mi madre... No lo olvide usted, rabino.

—Ya sabemos, hijo —intervino el paternal Solomon—, que no has encontrado a tu madre, nuestra Sarah Georginas. Y todos lo sentimos, puedes creerme. Pero tu misión tenía dos partes, la otra consistía en el intercambio de ese cuaderno...

—Cuaderno de vital importancia para la Causa Judía —interrumpió Thaddeus Lewis—. Debe mostrarlo al Comité, doctor Lorre.

El comedor de bolitas de miel habló despacio. Con cariño y sigilo, mirándole cual el tasador de diamantes que era, pero también como cariñoso consejero.

—Tal vez el doctor Lorre tenga antes algo que decirnos... —especuló Jude Gutenberg, quien moduló su voz como si estuviera detrás de un micrófono.

—Rabinos, ya saben ustedes que no hallé a mi madre. Lo sabían antes de mi partida...

Algunos se agitaron y menearon la cabeza dispuestos a enfrentarse a un hijo malherido.

—Lo sabían... antes... de mi partida...

Según repetía aquellas palabras aumentaba el volumen de su voz.

—¡Antes de mi partida!

—Doctor Lorre, el motivo de este Comité...

—Rabino Ziegelheim —Rudolf le señaló agitando el índice cual había visto hacer a Goebbels en un mitin—, ustedes me enviaron a empollar un huevo duro... Me mintieron. Me utilizaron a capricho, pusieron mi vida en peligro y, lo más importante, la vida de otras personas...

—Recuerde que todos nuestros arcángeles colaboran voluntariamente... —dijo Thaddeus.

—Tal vez nuestros arcángeles no tengan otra opción, rabino. Y no me refiero sólo a arcángeles judíos.

—Sabemos —intercedió Gutenberg—, que tomó contacto con la Orquesta Negra.

—¿Orquesta Negra?

—Oh, sí. El Almirante Canaris, *FrauSolf*...

¿Qué más podía saber aquel ideólogo sionista? Ya le había arrebatado a la caprichosa Ida. ¿Acaso había husmeado a distancia con su largo hocico de raposo mientras hacía el amor con Mona Gruenewald y aullaban las sirenas antiaéreas en Berlín?

—Ya que está tan bien informado no comprendo cómo no se ofreció a hacer esta misión...

—Jude Gutenberg —intercedió David Ziegelheim— habría sido detenido probablemente en Lisboa.

El referido estiró el cuerpo y pareció posar para una fotografía al sentirse señalado poco menos que como un héroe judío.

—Bueno, doctor Lorre, ¿ha traído el cuaderno o no?

Cohen abatió las manos, se secó la frente y meneó su cabeza de tortuga.

—Sí —dijo Zacharias Newman—, Israel ya ha perdido dos mil años, no puede perder más tiempo...

—Le recuerdo al Comité que estamos hablando de mi madre.

—Una medio judía... —refirió Cohen.

—¿Y usted qué mitad es? ¿Mitad Caín? ¿O mitad Abel?

—Su madre —intervino el maestro— jugó un papel determinante en nuestra Causa, tanto que todavía hoy surte efecto. Llevó a cabo un gran trabajo. Fue una buena judía.

—¿Por eso la eliminaron, rabino Ziegelheim?

Todos callaron. Era el mediodía de un apacible jueves de Nueva York.

—Si haces un pequeño corte en un árbol maduro, éste sanará. Si lo haces en una semilla habrás deformado todo el árbol —dijo solemnemente Solomon Lewis leyendo al dictado de sus punteras—. Hijo, has cumplido una importantísima misión. Israel te está agradecido. ¿Acaso tienes remordimientos por lo que has hecho?

—No, rabino...

Le respondió con dulzura, tal como Solomon le trataba a él.

—Entonces —concluyó *El Pequeño Rothschild de Long Island*—, debes saber que las acciones que no dan remordimientos no son malas.

Rudolf miró a los rabinos. Johnson le oteaba por encima de sus gafillas, sosteniendo la pluma con la que absorbía cada palabra allí pronunciada. Cohen y Newman callaban impertérritos, David Ziegelheim y Thaddeus se miraban las manos.

Con parsimonia se quitó la chaqueta, después la camisa. Los rabinos observaban atónitos. Y con la misma lentitud que hubiese empleado para mostrar una herida sangrante fue desvendando, vuelta a vuelta, hasta que separó el cuaderno y lo arrojó a la mesa. Enmudecieron. Los siete judíos se quedaron mirándolo cual si se tratara de un objeto mágico, un raro pergamino escrito por el mismísimo Yahvé. En realidad era una libreta algo más grande que la palma de una mano, de cubiertas de cartón y lona negra, contenía unas cien hojas, y resultaba tan flexible que aún permanecía combado con la forma del costado de Rudolf.

El rey de las barberías, David Ziegelheim, lo tomó con precaución excesiva, no fuera a desprenderse un número, a quebrarse el cuaderno, romperse, deshacerse con el aliento. Lo abrió, hojeó, pasó la yema del pulgar por las hojas y lo entregó al rabino a su derecha, quien hizo lo propio. Todos lo tocaron, hojearon y con similar estupor lo entregaron al aledaño. Jude Gutenberg fue quien con más atención y menos escrupulosidad manoseó el cuaderno.

—¡Es magnífico! —exclamó.

Todavía volvió a mirarlo, a pasar compulsivamente las páginas iluminándose ante aquellos dígitos cual si contemplara maravillas en ellos.

—¿Qué opina, Gutenberg?

—No estoy seguro, maestro —le dijo a Ziegelheim—. Tendremos que examinar los apuntes de Jacobson y compararlos con estos. Desde luego no será una tarea fácil. No se trata de transcribir o traducir, sino de descodificar. Debemos mostrarlo a Wouk. Él era quien tenía más relación con el rabino. Su cabalista aprendiz: sólo Wouk podrá guiarnos.

—Díganos, doctor Lorre —inquirió Allan Cohen—, ¿le entregó Leo Goldzweig el cuaderno en mano? ¿Se lo entregó personalmente?

—Sí. El sábado pasado, en Berlín.

—¿Dónde se hizo el intercambio? ¿En una cafetería acaso? ¿En la calle? ¿En algún otro lugar?

—Berlín cuenta con hermosas cafeterías, rabino Cohen, pero le certifico que hoy día no es el mejor sitio para que acuda un judío a tomar café. Ya resultó sorprendente que Goldzweig continuase viviendo en la capital alemana.

—Es uno de los rabinos más respetados de Europa... —dijo Solomon White.

—No lo pongo en duda, rabino, pero es el cebo perfecto para capturar a los últimos judíos que quedan en Berlín.

Los rabinos callaron. Todavía manoseaba Gutenberg el cuaderno.

—¿Sabe de qué trata esto, doctor Lorre? —preguntó Ziegelheim.

—No.

—¿Ni siquiera ha sentido la curiosidad de mirarlo?

—Son números. Mis conocimientos en la cábala son exiguos, menos que los de cualquiera de ustedes. Sólo sé que son números. Entregué un cuaderno lleno y recibí otro. Mi misión ha concluido.

—¿Le entregó usted mismo el cuaderno de Jacobson a Goldzweig?

—Exacto. Siempre hago las cosas *personalmente*, rabino. Ese era lo convenido, ¿no?

—Claro... —musitó Ziegelheim.

—¿Qué hizo entonces Leo Goldzweig? ¿Cómo reaccionó? —preguntó Johnson.

—¿Qué hizo Goldzweig? ¿A qué se refiere?

—¿Lo miró como hemos hecho nosotros? ¿Lo guardó con otros cuadernos?  
¿Lo escondió?

—Sí —apuntó Cohen—. Díganos qué hizo el rabino de Berlín...

—Bien... Le entregué el manuscrito, lo hojeó un momento y...

Rudolf calló un segundo. Miró uno a uno los siete rostros fijos en el suyo mientras abotonaba su camisa, y aun se ajustó la preceptiva kipá.

—Lo arrojó al fuego...

Los siete del Comité se miraron llenos de estupor.

—Tenía una estufa encendida, abrió la portezuela y simplemente arrojó el manuscrito del rabino Jacobson. De haber sabido el final lo habría hecho yo mismo antes de abandonar Nueva York. Lo tuve tres semanas vendado al pecho. Todas las horas del día. Cualquier cacheo, cualquier toque involuntario me habrían puesto en serio aprieto.

—Hizo un buen trabajo, doctor Lorre. El Comité le está muy agradecido —proclamó David Ziegelheim—. Si hay algo que este Comité pueda hacer por usted, ahora es el momento de decirlo.

—Sí... Uno de mis acompañantes en la *Comisión Butenandt*, el doctor...

—¿Oswald Ford? —se adelantó el maestro.

—Si se refiere al doctor Ford —intervino el secretario Johnson—, debe saber que fue detenido antes de pisar suelo estadounidense. Ya bajó esposado del hidroavión.

—Oswald Ford era un agente doble, doctor Lorre. Es sorprendente que no tuviesen ningún encuentro. Sabemos que estuvo espiándole desde que salieron de Baltimore. Pero ese asunto ya no depende de nosotros, sino de los servicios de seguridad del país.

—Al menos en una ocasión entró en mi habitación, en el hotel. Se llevó algo prestado.

—Ford buscaba su cuaderno, no tenga duda —dijo Johnson—. Pero usted lo tenía a buen recaudo. Aunque tal vez se refiera a esto...

El secretario de voz pegajosa abrió su carpeta y extrajo una revista *Signal*, la de abril 1938. La misma actitud que sintieron los siete rabinos tocando el manuscrito numérico sintió ahora Rudolf Lorre al asir la revista con la fotografía de su madre saludando a Hitler. Y no fue todo.

Con tanto temor como presentimiento, en una rara suerte *dedéjà touché*, pasó la portada, y en la primera página, bajo el sumario de la revista nazi, estaba autografiado su nombre: Mona Gruenewald. No era un ejemplar más de la enorme tirada de *Signal*, sino el que la fotógrafa le entregó en su casa de Wilmersdorf. El corazón le latió con tanta fuerza que le quemaba, y de repente sintió un vacío tan grande que ni cien veces Nueva York hubiesen bastado para llenarlo.

—¿Se encuentra bien, doctor Lorre?

—Sí...

No era cierto. Aún necesitó zarandear la cabeza y cerrar los párpados con los dedos.

—Sí, estoy bien, rabino. Estoy bien...

—Le sugiero descanso —dijo Solomon White.

—Sí, es lo que debe hacer —confirmó Ziegelheim—. Es posible que volvamos a llamarle.

## Capítulo Segundo

La señora White le recibió en el porche de la gran casa de ladrillos rojos de Brooklyn.

—Me resulta muy grato volver a verle, doctor Lorre. Ya están todos dentro.

—Es una gratitud recíproca, señora White.

Con su discreción y natural elegancia de ave zancuda le invitó a pasar.

—¿Encontró usted a su madre? —le susurró todavía en el porche.

Rudolf la miró con benevolencia. Era una mujer amable, con bastante más estilo que su orondo y barbudo marido, una señora que podría haber nacido en cualquier siglo y siempre habría caminado, sonreído y vestido de la misma manera, con esa envoltura opaca, misteriosa, que la señalaban conjuntamente como la judía más discreta del poderoso barrio de Heights y como la boba chismosa que aún desconocía la suerte de Sarah Georginas Parker.

—No. No la encontré.

—Cuánto lo siento.

La casa de los White siempre estaba adornada de manera tan mosaica, y perfumaba tanto a velas sagradas, que sus moradores parecían permanentemente preparados para la llegada del Mesías.

—*Shalom*, doctor Lorre! ¡Alabada sea Israel! Para nosotros resulta un honor que dignifique con su presencia esta humilde morada.

*El Pequeño Rothschild de Long Island* abrió los brazos después de leer de sus punteras y le rodeó como si hiciera años que lo deseara, cuando sólo dos días antes ya le besó ambas mejillas y abrazó con profusión en el corro del rabinato.

—Siento haber tardado, señor White.

—No es tarde, hijo.

—¡Ha llegado nuestro hombre! —exclamó Sam Lebowitz.

Su bellísima esposa se acercó con una copa de vino, mirándole como si contemplase a un genio de la Medicina o al paladín de la causa judía.

—Ya conoce a nuestros invitados, Lorre —dijo el anfitrión—. El rabino Thaddeus Lewis, Robert Cohen, Gutenberg, Herman Wouk... y sus bellas acompañantes.

Claro. Los hombres se arremolinaban siguiendo la tradición hebrea en torno al gran menorah orientado a Jerusalem, y las mujeres hacían lo mismo en el rincón opuesto del salón. Una amiga de la señora White, su hija Rebeca, la compañera de Cohen... e Ida Zimmermann. Rudolf saludó a los hombres con un *Shalom!* y a las damas con una leve inclinación de cortesía y un sordo brindis al aire. Minutos después se sentaban en la mesa adornada con buenos manteles, donde no faltaban los platos de un genuino ágape.

Tras bendecir la mesa y ajustarse la kipá, Solomon White troceó una rosca trenzada de matzá, y todos tomaron el ritual pedazo de ese pan sin levadura cual si comulgaran, con el que habrían de recordar a cada bocado, una y otra vez, el destierro ocurrido dos mil quinientos años atrás.

—Pruebe las manos de cordero... No las hay mejores en todo el estado de Nueva York, directamente del cuchillo de Hoffman —insistió Thaddeus Lewis.

—Tampoco las habrá encontrado mejores en Alemania, de eso estoy convencido —apuntó Robert Cohen, el experto en Wall Street, quien antes pasaba la presa bajo su nariz afilada de muerto y después la devoraba, probablemente siguiendo el mismo método empleado para sus acciones y grandes negocios.

—No olvides, Robert —dijo Solomon—, que en Berlín todavía quedan algunos rabinos.

—Espero que también quede algún cordero —continuó Sam Lebowitz.

—A mí me encantaría conocer Berlín... Debe ser fantástico...—apuntó Rebeca.

—¿Cariño, cómo puedes decir eso? Hoy día es el peor lugar del mundo para un judío, ¿no es cierto, Rudi? He oído con detalle cómo cuelgan a la gente de las farolas, cómo los fusilan en las tapias, y sellan calles, barrios enteros.

—Bueno, yo no he visto que hayan colgado a nadie. Pero sólo es parcialmente cierto, los nazis no manchan las aceras: en eso no son muy distintos al resto, es gente que obliga a la cabeza a pensar, no da demasiada importancia al corazón. Están obsesionados con la higiene. En cuanto a Berlín... es una capital a un tiempo luminosa y oscura. Miras al cielo y una parte permanece azul, la otra gris. Y así es día y noche.

—Bah... —despreció Thaddeus Lewis antes de engullir una presa—, ese misterio meteorológico lo observo cada vez que cruzo el puente de Brooklyn, miras al East River y está azul, miras al Hudson y es todo oscuro.

—Pienso lo mismo que el rabino, no es nada extraordinario, también son así son los ojos de algunas mujeres, tanto de día como de noche... —apuntó Jude Gutenberg descascarando un huevo cocido.

Rudolf terminó su vino de un sorbo. El diamantino Thaddeus era sólo un vanidoso fascinante, pero Jude Gutenberg era un soberbio auténtico con su estúpida pretensión omnisciente, tanto que bajo esa apariencia de galán sus palabras le desnudaban, y no veía más en él que en un mono capuchino.

—¿Qué piensa, doctor? —preguntó con milimétrica y codificada sorna.

—Bueno, sería mejor que lo cacarease a ese huevo duro, ya no soy yo quien lo empolla.

El ideólogo sionista pinchó su huevo cocido con determinación similar a la de Sigmund Rascher, *Doctor Frío*, clavando su estilete en el hocico del jabalí asado.

—Rudi está todavía desorientado... —intervino Sam ajustándose la pajarita—. Todos debemos considerar que, bien, haber permanecido tres semanas en territorio enemigo sin ser detectado sólo está al alcance de los mejores hombres. Y eso no ha sido todo, esas manos que ven han encandilado a los primeros cirujanos alemanes. Brindo por ti, amigo mío.

Sam Lebowitz levantó su copa.

—Brindo por el mejor cardiólogo del mundo. Por Rudolf Parker Lorre, quien es mi mejor amigo, fue padrino de mi boda, y le pido que lo sea de mi futuro hijo.

Levantaron sus copas y brindaron entre sí. Absolutamente todos con todos, incluyendo el momento en que Ida Zimmermann y Rudolf Lorre chocaron las suyas.

—Te felicito... —musitó la mujer.

Él no hizo ningún comentario, otra vez apuró de un trago su copa y tuvo intención de rellenarla.

—Deje ese vino —le advirtió Solomon—, acabo de descorchar el licor kosher... Será mejor que lo tomemos a los pies de la chimenea. Y que encendamos estos buenos cigarros.

Los hombres, tal solicitó el anfitrión, pasaron al salón privado, donde habrían de mantenerse las verdaderas conversaciones.

—Tenemos un grave problema... —dijo llevándose las manos a la cabeza el joven Herman Wouk—. He mirado ese manuscrito y soy incapaz, no ya de descodificar una simple dígito, sino de saber de qué se trata. No logro conectar con su mensaje. Me resulta imposible meter el cuchillo, no encuentro ninguna ranura.

—Deberás afilarlo mejor, Herman —sugirió Solomon White—. Pues es de vital importancia que descuartices esa libreta. ¿Acaso no has sido tú quien más cerca estaba del rabino? Él era tu maestro y tú su alumno. Si no consigues en una semana muestras positivas —Solomon unió sus dedos para indicar una pizca—, el servicio del gobierno se hará cargo del manuscrito.

—Tiene razón White, no disponemos de mucho tiempo —apuntó Robert



Cohen—. Sería una lástima tanto esfuerzo y tanta exposición para que seamos incapaces de hallar un cabo en esa madeja.

—Es posible que nuestro doctor pueda darnos una pista —dijo Gutenberg mientras hacía una rosca perfecta de humo.

—Sí... doctor Lorre, es usted una persona muy inteligente...

Thaddeus Lewis se miró las manos, después a los ojos de los reunidos, asintió para sí y volvió a mirar sus parlanchinas palmas antes de frotárselas en el pecho.

—Ha conocido al rabino berlinés, intente recordar un comentario, una sola palabra, un detalle que pueda ser de utilidad... Enciéndanos una cerilla en este túnel, doctor.

Thaddeus alzó sus manos cual en una plegaria solicitando la luz de esa cerilla, finalmente explotó de rabia.

—¡Jacobson podría haber esperado una semana para morir...! ¡Esa manía de leer descalzo!

—¿No saben de qué trata ese manuscrito?

—Sólo que es el *segundo Libro del Esplendor*, doctor Lorre. Y con él alcanzaremos la experiencia de Ezequiel.

El radiofónico Gutenberg acaparó la atención del corro.

—Según sabemos contiene la clave para ganar esta guerra, tanto como decir que amasa en esos números los cimientos de Israel. Tan importantes son.

Rudolf, en vez de prender el enorme cigarro puro prefirió sacar su pitillera y fumar un cigarrillo. El simple gesto de tener aquel objeto de alpaca lo inundó de sensaciones diversas y contradictorias. No sólo tenía la pitillera en su mano, sino todo el futuro del pueblo hebreo. ¿Quería fuego? Ahora era el momento de avivar el incendio. ¿Venganza? Entonces, ¿qué mejor ocasión que esta?

—El rabino Leo Goldzweig me contó que cada vez quedan menos nombres judíos en el listín telefónico de Berlín...

—¡Maldita sea! ¿Qué importancia puede tener eso?

—Cálmese, Gutenberg —advirtió Lewis—. Ese cuaderno es un texto codificado, ¿acaso no lo son todos los listines de teléfono?

—Continúa sorprendiéndome que arrojase el cuaderno de Jacobson a la chimenea... No logro entenderlo —dijo White.

—No tiene más remedio que ser una metáfora —indicó Thaddeus—. Los cabalistas todo lo hacen a través de metáforas, códigos y dobles sentidos.

—Es un arma secreta.

—¡Un arma secreta! —musitó asombrado Wouk.

—Esos números representan el arma más mortífera jamás creada desde las trompetas de Josué. Esas fueron las palabras del rabino Goldzweig.

—¿De qué naturaleza es ese arma? —preguntó Gutenberg.

—De naturaleza divina. Es el arma que acabará con el golem alemán. Si son capaces de descifrarlo supongo que podrán unir la física y la cábala, la tecnología científica con la espiritual.

—¡Sí! ¡Tecnología espiritual! —exclamó triunfante el sionista y preso de tanta agitación que llegó a derramar su copa de kosher.

—Debía haberlo dicho ante el Comité, doctor... Esas son las palabras que queríamos oír —dijo White.

—Creí que lo sabían. Como ya dije ante el Comité, la misión encomendada fue intercambiar los cuadernos, no conocer su contenido.

—De cualquier forma es una información preciosa. Gracias, doctor Lorre.

El novicio cabalista Wouk le miraba con auténtica admiración, no se había encendido una cerilla en la superficie de la luna, no, sino un haz de luz dentro de un pozo.

Continuaron la charla hebrea hasta terminar con dos botellas de kosher, y apagaron sus buenos cigarros antes de abrir una ventana para desahogar el ambiente, y refrescar las calenturientas opiniones sobre cuándo entraría Estados Unidos en la guerra y qué día se proclamaría la creación del Estado de Israel.

—Ha sido una velada estupenda, señora White.

—Ya sabe usted, doctor, que será siempre bien recibido. Le tenemos por uno de los nuestros.

—No le quepa ninguna duda, Lorre. Y considere esta casa como la esquina de su campo —prosiguió su esposo.

Solomon White le abrazó. Rudolf se despidió de los presentes. Eran las diez de la noche. Él vivía al otro lado de Nueva York, en el Alto Manhattan.

—Rudi —le recordó Sam Lebowitz—, ya sabes lo que te he pedido sobre el padrinzago. Si es varón me gustaría que fuese tu ahijado.

Rudolf le abrazó en señal de confirmación y vieja amistad. Después dirigió la despedida a las señoras. Rebeca le contemplaba llena de destellos con su belleza de candelabro, la amiga de la señora White no cesaba de sonreírle; Ida Zimmermann estaba al fondo, cerca de la chimenea, como una mariposa disecada.

Abandonó la mansión de los White y se dirigió a la avenida principal con la idea de tomar un taxi. Hoy, con más intensidad que el día de la partida a Europa, había comprendido lo solo que se sentía: nadie dudaría de que él era el golem de Manhattan.

—¡Rudi! ¡Rudi, espera! ¡Rudi!

Conocía su voz perfectamente. Todavía dudó, caminó, dos, tres pasos.

—Rudi, por favor... Rudi...

—¿Qué quieres, Ida?

Ella no decía nada. Simplemente le miraba. Tenía las mejillas blancas, frías, los ojos húmedos y los labios secos.

—Rudi... Quiero hablar contigo... Por favor... ¿Por qué no tomamos una copa? ¿Champán? Ya sabes que mi casa está cerca.

—Tengo prisa... —dijo él.

—Rudi...

—¡Doctor Lorre! ¡Doctor Lorre!

Ahora era Herman Wouk quien se acercaba corriendo. Agitado. Convulso. Desde que oyó sus comentarios frente a la chimenea había estado dándole vueltas, y la luz encendida dentro del pozo ahora no se mantenía fija, sólo parpadeaba y podía apagarse en cualquier momento.

—¡Doctor Lorre!

El joven tomó aire, se le llenó la boca de palabras pero fue incapaz de murmurar siquiera una.

—Doctor Lorre... —repitió exhausto.

Era un escritor prometedor, ambicioso, de capacidad desmedida para hurgar dentro de un código como Rudolf la tenía para hurgar dentro de un corazón.

—Ahora recuerdo, Wouk —le dijo poniéndole una mano en el hombro—: se trata de la división del átomo. Los sabios alemanes le denominan *Proyecto Uranio*. No puedo decirte nada más, pues nada más sé.

Herman pareció comprender. Todavía jadeante se echó las manos a las rodillas y asintió repetidas veces.

—Gracia, doctor. Gracias...

—¿Podrías hacerme un favor?

—¡Claro!

—¿Por qué no acompañas a la señorita Zimmermann a su casa?

Eso sí que había sido poner el culo sobre la mesa. Rudolf Lorre se giró sin decir una palabra más. Siguió calle adelante, hasta que pronto se le perdió de vista en un recodo, exactamente como si fuese ese golem. Era luna nueva.

Esta vez fue distinto; otras, cuando la oscuridad más espesa y maloliente brotaba de sus pensamientos, bajaba al gabinete, se tumbaba en el diván de los sueños y allí permanecía hasta que se disipaba la marea negra y retornaba la claridad. Pero nunca superó una noche. Fue distinto porque Rudolf Lorre permaneció tres días sin abandonar el sancta sanctorum de su madre, pareciera que en el angosto establecimiento conseguía ser una caverna inviolable, una trinchera, un surtidor de anestesia emocional. Decidió dejar el trabajo por algún tiempo. Se veía incapaz de cuidar de unos monos y menos aún de abrirles el pecho.

—Iré a hablar con Sam. Él expondrá mi caso ante el consejo del Mount Sinai.

En efecto. Muy temprano tomó el camino de la 86th hasta la avenida Madison. Cuando entró en el *Metsovo* sintió un estremecimiento, seguramente desprendido de la angustia que sentía el propietario.

El heleno que balbuceaba inglés se acercó en silencio. Dejó la cafetera y una de esas tacitas como perlas. Rudolf le miró, sin duda esperando el último parte de guerra radiofónico de los que el hombre era cotidiano seguidor.

—¿Le ocurre algo?

El griego meneó la cabeza, no para negar sino para realzar la gravedad de sus emociones.

—¿Se encuentra bien? ¿Por qué no se sienta y toma un café conmigo?

—Nunca bebo con clientes, señor.

Todavía permaneció unos segundos, se tiró del pelo y clamó en ininteligible dialecto helénico.

—Grecia se ha hundido... —masculló finalmente en inglés.

Rudolf le atendió con interés. No hablaba en vano este hombre, si decía que Grecia se había hundido, metafóricamente o no, eso sucedió.

—¡Los nazis han colgado su bandera en el Partenón, señor! Ni siquiera los persas de Darío lo consiguieron, y ahora esos nazis...

—Lo siento. Están arrasando Europa. Ayer Francia, hoy Grecia...

—Y Salónica, señor. Han convertido a Salónica en un gueto, allí tengo hermanos, hermanas, familia. No sé qué será de ellos.

¿Qué podría responder un hombre angustiado a otro hombre angustiado? En lugar de hablar, el griego le rellenó la tacita y cruzó ambas manos sobre el delantal hasta que cesó de menear la cabeza.

—Puede tomar todo el café que quiera, señor. Hoy no cobraré a nadie. Es mi señal de duelo por lo sucedido.

Rudolf sacó su pitillera y le ofreció un cigarrillo que el salonicense, por una vez, aceptó.

—Gracias, señor. Sí, alguien tiene que parar los pies a ese Hitler...

Ya se dirigía de vuelta al fondo de su bar cuando se giró.

—Ah, oiga... una señorita ha pasado por aquí los últimos tres días.

—¿Una señorita?

—Sí. Preguntó por usted...

Rudolf imaginaba quién podía ser pero el hombre le señaló la puerta.

—Ahí la tiene usted, señor.

Era ella, y se sentó sin decir palabra. Rudolf ni siquiera la miró. Dio una soberbia calada y expulsó una bomba de humo que le envolvió como una sábana. Todavía se dispuso a tomar la segunda tacita.

—Hola, Rudolf.

—Hola, Ida.

—Siempre tomando café.

—A las aves migratorias les fascina el café.

—Te he llamado una docena de veces.

Rudolf pareció sumido en sus propios pensamientos.

—Sam también te ha llamado, estábamos preocupados.

Él asintió mientras apagaba el cigarrillo.

—¿Y bien?

—Rudi... no entiendo tu comportamiento. Me tratas como a una extraña. ¿Qué te ha ocurrido, cariño? ¿Tanto has cambiado en tres semanas?

—No vuelvas a llamarme cariño.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Te atreves a preguntar por qué?

—No te comprendo, Rudi.

—Tampoco te pido que lo hagas. ¿Qué haces tú aquí? El *Metso* es una cafetería concurrida por gente de tu clase.

—Rudi, por favor...

—¿Favor? No sé qué quieres de mí, Ida Zimmermann. ¿No hay nada que fotografiar en Nueva York? ¿Tal vez en Buffalo? Vamos, date una vuelta en tu bonito *Chevrolet*, seguramente hallarás algo que llame tu atención.

Ella le miró aturdida.

—Sí. Y si Nueva York te cansa, ¿por qué no te vas a ese desierto con el que todos soñáis? —le preguntó señalando la salida—. Hazlo ya... vete con tu amigo, allí podréis fundar una sinagoga. Incluso podrá desbarrar sus pretensiones sionistas ese estraperlista de ideas.

—Jude sólo es un conocido, Rudi.

—¿Conocido? Me sorprendes, Ida. Tiene gracia. ¿Amigo? ¿Conocido? ¿Amante? ¿Qué más da? Hacéis buena pareja. ¿Te ha regalado una muñeca *Scarlett*, o ya pasaron de moda? ¿Perdió su sombrero en la noria?

—Yo te quiero a ti, Rudi. No sabes cuánto te he echado de menos.

—¿En Buffalo o en Coney?

—Calla, Rudi. Deja eso, por favor.

—¿No irás a llorar? ¿Dónde ha quedado aquella encantadora de pájaros? Vamos, si ese Gutenberg se ha esfumado, Brooklyn está repleta de judíos como él. Sólo tendrás que darte una vuelta. O tal vez en esa... ¿cómo la llamabas?, sí, *Sodoma junto al mar*... Es un buen lugar, te sentirás cómoda: siempre lleno de gaviotas.

—Estás muy agresivo...

Ahora lloraba realmente. Era tan pequeña, frágil, que se acurrucaba y no parecía mayor que una ardilla de Central Park. La metálica fotografía, la avispada curiosa de Park Avenue, se deshacía a ojos vista como la gota de espuma que Rudolf restregaba con sus dedos.

—Estábamos preocupados. Sam Lebowitz dice que has estado sometido a una gran presión. Solomon White opina igual. Imagino cuánto has debido sentir en Alemania, siendo judío, y debiendo cumplir una arriesgada misión. Es comprensible que estés confuso...

—No estoy confuso, Ida. Jamás he visto las cosas más claras.

—Me alegra oírte, cariño, pronto serás el mismo, volverás con tus monos y tus trasplante...

—Voy a dejarlo, Ida.

—¿Dejarlo?

—Sí. Ahora iré a ver a Sam y confirmaré mi baja de Mount Sinai. No puedo seguir ejerciendo.

—Pero, Rudi...

—¿Imaginas lo que he debido sentir en Alemania? No. No puedes imaginarlo.

—Todos sentimos lo de tu madre. He oído que ocurrió hace más de un año. El sábado lo susurraban en casa de los White...

—No me refería a mi madre, Ida.

El color llegó a las mejillas de la geisha de Brooklyn.

—¿Una chica alemana?

Ella encendió un cigarrillo y se sirvió un café.

—Eso no importa, Rudi. Lo importante es el presente —dijo llena de filosofía—.

Le has entregado tu corazón a otra mujer, pero sólo fue un instante, porque continúa estando aquí.

Ida se acercó, le puso la mano en el pecho e hizo ademán de besarle. Rudolf se separó.

—Fue ella quien me entregó su corazón. Lo puso encima de esta mano.

—Vaya, parece te ha impresionado mucho. Y dime, ¿es como Lilith o es como Eva?

—Murió. Y no era judía.

Sam Lebowitz dejó caer la cabeza sobre el índice. Parecía muy dubitativo.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué quieres abandonar ahora, Rudi?

Después se estiró la pajarita, y contó hasta tres con los dedos.

—Has adquirido la técnica trabajando duro todos estos años; estudiado más que nadie lo hizo nunca el funcionamiento de un corazón; y, prácticamente, logrado la piedra filosofal de la Medicina. Muchos colegas te adivinan como futuro Premio Nobel. No lo entiendo.

Tras discutir largo rato, bajo máximas irrefutables como *¡El Mount Sinai siempre apostó por ti...! ¡Hemos invertido en tus proyectos, Rudi!* llegaron a un acuerdo que sin satisfacer plenamente a ninguno tampoco levantaba un muro de piedra entre el doctor Rudolf Lorre, su amigo y la institución.

—Seguiré como médico de consulta. Pero, Sam, no puedo continuar con esas investigaciones.

—¿Qué te ha ocurrido en Alemania?

Sam Lebowitz dejó por una vez de estirarse la pajarita y le preguntó como un viejo y verdadero amigo. Rudolf meditó un instante. ¿Acaso iba a contarle a Sam la experiencia con Mona Gruenewald? ¿Iba a explicarle con todo lujo de detalles cómo era ese cónico órgano, corazón no kosher de un ángel alemán, cómo latía muerto y vivo a un tiempo en su mano? ¿Con qué artimañas fue engañado por los rabinos, con qué desprecio por Ida Zimmermann, con cuántas adulaciones por los vanidosos doctores del Tercer Reich? No. Aún llevaba instalada en la cabeza cada norma del *Kadavergehorsam*. Obediencia rígida como la de un cadáver.

Los acontecimientos se precipitaron. Al cabo de un mes, el propietario del *Metsovocolgaba* en la puerta de su cafetería una banderita de Grecia y otra de Estados Unidos; fueron barcos ingleses, pero ¡habían hundido el Bismarck! Al cabo de dos, los sueños que su madre interpretara a Hitler en el escondite de Núremberg comenzaban a manifestarse: cuando el Führer fustigaba su látigo de hipopótamo, y decía *¡Hop, hop!*, la gaseosa manada de elefantes, aquellas nubes que cruzaban en formación el cielo berlinés, llegaban al éter ruso, levantaban las trompas barritando para anunciar el comienzo de la *Operación Barbarroja*. También ese verano de 1941 el presidente Franklin Delano Roosevelt daba otra vuelta de tuerca a su política de cuarentena y se aliaba abiertamente con el perro dogo Churchill. Solomon White se hizo multimillonario surtiendo de *chatarramilitar* a los británicos, ya era algo más que un *Pequeño Rothschildy* las punteras de sus zapatos relucían ahora el doble de anchas.

—A esos británicos les gusta la monarquía, es preferible y beneficioso —decía emulando al verdadero *Rothschildy* agitando su cigarro en el salón de Heights— ser el Judío de los Reyes a ser el Rey de los Judíos...

Su yerno Lebowitz aspiraba con posibilidades a la dirección general del Mount Sinai, y su hija Rebeca daba a luz a una niña. Según se acercaba el final de año los grandes judíos se frotaban las manos con mayor energía. Unos porque veían cerca el Muro de Jerusalem, otros como Solomon White porque tenían al alcance de esas manos contratos millonarios que serían, en muchos casos, la base para el futuro Estado hebreo. Siete meses después de que Rudolf hubiese entregado el cuaderno del rabino alemán, Wouk y otros cabalistas lo descodificaron en gran parte; a partir de ese instante la tecnología espiritual daba paso a la científica. Al cabo de una semana, aquel cóctel de esplendor talmúdico y fórmulas atómicas transformaba el nacionalsocialista *Proyecto Uranio* en el *Proyecto Manhattan*, exactamente un día antes de que aviones japoneses atacaran Pearl Harbor. Murieron dos millares y medio de americanos, pero las avenidas, por primera vez, se tapizaron con banderas de barras y estrellas.

### Capítulo Tercero

Los cuatro años que duró la guerra fueron, naturalmente, agitados. El pueblo americano se movió a una, cual un ciempiés, en una suerte de negocio general. Se ponía la radio y sonaban himnos y baladas patrióticas, se leían los periódicos y se enumeraban las victorias, las batallas, las bajas, y en ellas los estrenos cinematográficos. Rudolf Lorre consiguió permanecer ajeno a la contienda. Personal sanitario del Mount Sinai, y otros centros, ya se alistaban para asistir a los soldados en hospitales de campaña: la conmoción bélica había llegado a los quirófanos. Cantantes y actores no perdían la oportunidad de airear bonos del gobierno para sufragar los gastos de la cruzada. Nada resistía el influjo de la guerra, ni siquiera la magia.

—¡Doctor Lorre!

Rudolf despegó el telescopio bronceado del ojo y le miró con verdadera sorpresa.

—¡Señor Houdini!

En efecto. El hombre se quitó el bombín y le saludó con una reverencia propia de Broadway.

—Sabía que le encontraría por aquí... He pasado hasta tres veces por su casa de la calle Anderson. Creí que se había usted esfumado, no sé, que habría vuelto a Berlín o quizá no hubiese retornado aún...

—Señor Houdini... ¡Vaya!

Se encontraron en Central Park. Era una mañana de abril. Rudolf oteaba las inmortales ardillas que cada año resurgían del hueco de los árboles.

—No encontré a su madre, supongo.

—Supone usted bien, Hardeen. Al parecer, toda América sabía que mi madre había muerto excepto yo, estas cosas suelen pasar.

—A veces la pérdida de un ser querido trastoca los sentimientos de uno para siempre. A mí me ocurrió algo parecido con Harry, y a Harry con nuestra madre...

—Tengo algunos carteles guardados para usted.

—Oh, eso es estupendo.

Ambos hombres se encaminaron a la calle Anderson, con tiempo para tomar un café en el *Metsovoy* charlar sobre la escurridiza realidad, como certeramente afirmaba el ilusionista.

—Es lo más volátil que existe. La magia ni siquiera logra aproximarse. La realidad nos consume, amigo mío. Nosotros y el tiempo somos su combustible.

Una vez en el gabinete, Hardeen ocupó el sillón predilecto y volvió a sentirse como arqueólogo en un yacimiento onírico, rodeado de magia y de una atmósfera secreta, más densa que la exterior.

—Aquí en vez de aire se respira plasma.

Rudolf le entregó tres carteles maravillosos de antiguos espectáculos anteriores a los años veinte, donde los hermanos se anunciaban como *Mentalistas Supremos*, incluido el que estaba autografiado por Harry donde aparecía desembarazándose de cadenas, o aquel otro con los retratos de ambos ilusionistas sobre la leyenda *HOUDINI'S MASTER MISTERIES*.

—Doctor Lorre, no sé cómo podría corresponderle.

Rudolf sacó su pitillera.

—Ya lo hizo usted...

El mago la tomó un momento. Sin que lograra percatarse Rudolf, dio un chasquido en el aire y sacó un cigarrillo ya encendido, del que dio una calada y formó un aro de humo dorado.

—Bueno, señor Houdini, esta actuación bien vale un cartel...

—Pequeños trucos para mis amigos, doctor. ¿Qué tal le fue en el Tercer



Reich?

—Hace más de un año que regresé. Pero... me fue bien.

—He oído que realizó un buen trabajo.

—Sí... Eso he oído yo también.

—No parece usted feliz.

—¿Feliz? Un mago debe saber que la felicidad es como esos aros de humo, los tenemos al alcance de las manos y si intentamos asirlos, se desvanecen.

Hardeen Houdini todavía jugueteó con la pitillera, haciéndola correr por sus dedos como si fuese un dólar de plata.

—¿Conoció al golem?

—¿Se refiere usted a Adolf Hitler, al Führer?

—¿A quién, si no?

—No vi en él a un ogro, me pareció un hombre amable; ni a un caníbal: me dijeron, y comprobé, que es vegetariano. Por cierto, se interesó por la pitillera.

—Claro...

El mago se la devolvió.

—Para un golem es como un talismán. Entierre usted ese objeto en cualquier agujero de Central Park y el golem caminará hasta ahí para desenterrarlo. Antes hablábamos del misterioso influjo de la realidad, y aquí tiene una prueba de ello: esa pitillera es gemela con otra, ambas con la doble hache, Harry Houdini y Hardeen Houdini. Nos las regalaron en Europa después de una magnífica función, y esta realidad de la que hablamos ha conseguido que una de ellas fuese a parar a su madre y otra a usted. ¿Se da cuenta? ¿Quién puede evitarlo? ¿Quién predecirlo?

—Le aseguro, señor Houdini, cuán alejado estoy de... todo esto.

Rudolf giró en el gabinete y con los brazos en aspas creó la ilusión de abarcar aquel mundo somnífero e inasible.

—Yo creo que no, amigo mío. Le dije una vez que ese Hitler es el resultado de viejas profecías, y usted mismo es el producto de todo esto.

—¿De verdad lo piensa?

—Oh, sí...

Hardeen se levantó, puso los tres carteles bajo el brazo y cogió el bombín.

—Enmarcaré estas maravillas y quedarán colgadas en el Sindicato de la Magia, y lo haré antes de partir. Cuando uno navega en un buque de la Armada nunca sabe si logrará volver.

—¿Un buque de guerra?

—Así es, doctor. Al Pacífico, también tengo una misión que cumplir: entretener a nuestros soldados. La guerra es un buen escenario para la magia, cuesta creerlo, pero así es.

Rudolf le dio la mano. Theodor Hardeen le resultaba simpático. Parecía un hombre incapaz de mentir aun cuando se ganaba la vida haciendo creer lo que no era.

—¿Usted no se alista?

—¿Yo? ¿Qué habría de hacer yo en la guerra? Incluso hay médicos de sobra. Créame usted ahora.

—Gracias por los carteles, doctor. Ah, y no se olvide del golem...

Rudolf le interrogó en silencio.

—Porque el golem no se olvidará de usted.

El ilusionista tomó la calle Anderson con los tres rollos bajo el brazo; torció a la derecha por la 86th y Rudolf Lorre no volvió a verle más.

Tampoco resistieron al influjo mencionado por Houdini ni la cábala ni la literatura. Ese mismo otoño se halló con Herman Wouk en la confluencia de la calle 34th con la Cuarta Avenida. El escritor le abrazó con emoción y le mostró el tesoro que llevaba en las manos.

—¡Una novela!

Rudolf la tomó:

—¡*El hombre de la Fosa del Escudo!* ¡Vaya, el título es poderoso!

—Estoy muy contento, doctor Parker. Y no sé cómo darle las gracias.

—¿Las gracias?

—¡Sí! Ese cuaderno que traje de Berlín. Sin las claves que usted me aportó en la esquina de los White no habríamos podido reventar el código. Mi apellido Wouk significa *Se despertó*, pero es ese cuaderno el que me ha despertado.

—Descodificas un libro y escribes otro.

—Sí. Y quiero sacrificarlo a Israel. ¿Por qué no me acompaña?

Rudolf miró al entusiasta escritor. Eran las once de la mañana de un día libre que resultaba espléndido. ¿Por qué no acompañarle? Manhattan no abarca la totalidad del mundo. ¿Por qué no?

Algo sorprendido se dirigió con Herman Wouk al más alto edificio de Nueva York. El *Empire State Building*.

—¡Hace años quería hacer esto! Puede creer que es el día más feliz de mi vida.

Subieron en ascensor hasta el mirador de la planta 86. Desde allí se tenía al alcance de la vista la inmensa metrópolis, sus ríos, su cielo.

—¿Sabe, doctor? Ese cuaderno berlinés nos hará ganar la guerra.

—¿Estás seguro?

—Bueno, sí, si esos científicos se dan prisa. La cábala ha concluido, ahora es el turno de la ciencia. Se trata de...

Herman Wouk tomó imaginariamente un grano de aire y lo estrujó entre sus dedos.

—Se trata de cortar esto por la mitad...

—¿Dividir el átomo?

—Dividir para multiplicar, ocurre con la cábala y con la ciencia atómica... Provocar una reacción en cadena. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Ese cuaderno, doctor, muestra la gramática del arma más poderosa que jamás existió.

—Desde las trompetas de Josué —concluyó Rudolf.

Ambos hombres miraron la lejanía neoyorquina.

—Siempre soñé con venir aquí y dedicar mi novela a Yahvé. Sólo en la cúspide de esta chimenea se siente uno protegido y victorioso.

Rudolf no evitó recordar aquella mañana de sábado, en Berlín, cuando junto a Mona Gruenewald subió a *La Chimenea de la Victoria* desde la que saluda la *Dorada Else*. En ella pensaba cuando el escritor arrancó la página portada del libro, la besó, la arrugó y tras una plegaria en hebreo la arrojó al vacío.

—Tal vez no le vuelva a encontrar en meses, doctor. Me alisto en el ejército. La próxima semana salgo para el Pacífico. La realidad me llama y yo acudo: a veces tengo la sensación de que todos deseamos ser otro, como los protagonistas de mi libro. Quería regalarle un ejemplar, tal vez no le importe quedarse con este.

Tenían razón el mago y el novelista. En enero de 1943 se estrenaba *Casablanca*. Sus protagonistas enredados en una realidad similar se incrustaron en el corazón de muchísimos estadounidenses; miles de hombres necesitaban ser Humphrey Bogart, otros Gary Cooper, o Henry Fonda, y todas las madres americanas o británicas ansiaban parecerse a la *Señora Miniver*. Nunca fue tan fácil convertirse en héroe como en esos meses. Daba la impresión de que nadie quería perderse el espectáculo y cada cual luchaba por su onza de victoria.

—¡Veinticuatro médicos, cincuenta enfermeros y cincuenta y tres soldados de apoyo! ¿Te imaginas Rudi? ¿Y aciertas quién los va a dirigir? ¡El comandante cirujano Lebowitz!

Sam no cabía de gozo. Agitaba aquel papel como si fuese una bandera.

—¡Vamos a Francia, amigo! El ejército nos necesita.

—Tú tienes familia, Sam. Vas a cometer una locura.

—¿Locura? No, Rudi. ¿Acaso no lees la prensa? ¿No oyes la radio? ¿Ya no te informa el griego que prepara café amargo? Esto es una guerra hasta el final, no habrá armisticio, sino victoria o derrota. Además, el Mount Sinai, más que ningún otro hospital, contribuye a la Causa Judía. Yo lucho por Israel, Rudi. Nos están matando a miles. Quieren eliminar la base genética judía, lo proclaman a viva voz. ¡No saben lo que les espera! Destruiremos hasta los cimientos de Alemania, puedes estar seguro.

Con gran pompa fue despedido el comandante cirujano Lebowitz, los rabinos le colmaron de bendiciones y sus padres encendieron las siete velas de un menorah que permanecería alumbrando hasta su vuelta. Desde la borda del mercante militar saludó con su gorra de jefe y sus galones recién estrenados.

—Ahora me toca a mí ser el héroe, Rudi —le dijo en el puerto—. Tú puedes quedarte pasando consulta con Nora, casi todos los médicos jóvenes y las enfermeras bonitas se alistaron a mi compañía.

—Mucha suerte, Sam. Cuidaré de mi ahijada.

El médico de Brooklyn participó en el desembarco de Normandía y pronto destacó su pericia en campaña, sus hazañas médicas fueron recitadas como versículos en los sermones de Eldridge, y él mismo elevado casi a la figura de rabino. Muy prometedor resultaba el destino de Lebowitz, ya tenía dos hijos y, según confesaba, en las hombreras la estrella de comandante y en el corazón la de David.

Tal como preconizó Sarah Georginas Parker, el invierno de Stalingrado terminaría helando los pies de Hitler, a partir de ahí el derrumbe del Tercer Reich resultó estrepitoso, el imperio que habría de durar un milenio se tambaleaba en Europa, ya era un oso con una pata en el cepo, errabundo por el bosque del presente bélico, malherido en las axilas y el orgullo, dando aquí y allá enloquecidas hocicadas, anunciando a gruñidos su dolor y rabia. La bulliciosa América, en cambio, preparaba la gran fiesta, cientos de músicos abrillantaban sus instrumentos para el desfile venidero, los generales encargaban uniformes nuevos, las jóvenes esperaban ansiosas el regreso de los soldados, imaginando que volverían cual caballeros estelares. Todas las semanas se reunía la congregación judía en la docena de sinagogas repartidas por Nueva York, los fieles levantaban los brazos y movían los dedos como si amasaran el cielo. Todo, todo estaba preparado para la victoria final, excluyendo la caída de Samuel Lebowitz en la Línea Sigfrido.

—Ha sido la desgracia más grande de toda esta contienda. La sangre de nuestro Sam regará no en vano las tierras de Israel...

Solomon White estaba realmente triste.

—Rebeca acaba de perder su tercer hijo. Es una desgracia. Absolutamente una desgracia. ¡Oye, Israel! ¡Oye, Israel!

—Todos los rabinos estamos a tu lado, Solomon, y al lado de Rebeca —confortaba Thaddeus Lewis—. Bernstein dará un sermón en su honor. Espero verle a

usted por allí, doctor Parker.

Rudolf asintió. También sentía verdaderamente la pérdida de Sam Lebowitz.

—Tal vez tenía que haber estado con él...

—Sí... —respondió lacónico Lewis levantando ambas manos y fijándose en ellas cual si mirara en un periscopio.

Como esperaban, el rabino con miel en los labios no escatimó recursos retóricos ni rebajó un centímetro lo sagrado de su sermón.

—¡Operaba hasta cinco veces en una jornada! ¡Sus padres y su esposa deben estar orgullosos y nuestros soldados muy agradecidos! ¡Samuel Lebowitz ha aupado el prestigio de nuestro hospital, Mount Sinai, a lo más alto de la cumbre médica! ¡Es posible que un pabellón lleve su nombre!

La sinagoga estaba repleta. Como de costumbre, los judíos se colocaban por sectores. El sermoneador, bajo el rayo de luz que siempre acudía a su atril, miraba ahora a este grupo, ahora a aquel otro, y a todos enumeraba las virtudes de tan justo judío caído por Israel.

—¡Hasta cinco operaciones quirúrgicas en un mismo día! ¡Aliviando el sufrimiento de compatriotas! ¡En las cercanías de un lugar llamado Ubach!

Había muerto en la Línea Sigfrido, una frontera que superaba lo imaginario sustentada por dieciocho mil búnkeres, túneles y trampas para tanques.

—Precisamente un diabólico *panzeralemán* reventó la casamata donde nuestro comandante cirujano Lebowitz había logrado instalar el quirófano de campaña.

La conmoción sufrida por Rudolf Parker no fue menor a la de otros amigos y colegas de Sam. Pero, no sólo lamentó su pérdida: también notó cierto alejamiento y aspereza con todas las amistades comunes.

—¿Qué más pueden exigirme?

Eso se preguntaba hasta que el cauce de su pensamiento se vio desbordado por la insistencia. ¡Hasta ese ideólogo, ese sionista estaba alistado! ¡Todos hacían algo por Israel, daban mucho más que su pericia para extraer un corazón y colocar otro ante las mismas narices del Führer!

—Por eso quiero alistarme.

—Pero, doctor Parker, la guerra puede concluir de un momento a otro. Me temo que ha llegado tarde su petición, además... usted es necesario, muy necesario en este hospital. Escasean los médicos, escasean las enfermeras, todos están en el frente, en el Pacífico o en Europa, si ahora se alista usted no tendrán más remedio que operar los estudiantes de primer curso.

El director adjunto del Mount Sinai era hombre afable, y sus palabras no carecían de sentido. Mientras paseaba por las orillas del Harlem, cerca de su casa, el hombre que había perdido a su madre en una misión, quien había puesto en peligro la vida propia y sostuvo en sus manos el corazón de la mujer amada, se sentía ahora como un perdedor, un apestado en mitad del desierto. Sam Lebowitz se alzaba a la categoría de héroe, de mito, él a la de huidizo y no colaborador.

—¡Ya es demasiado tarde!

No lo fue. Recordó la tarjeta que hace unos años le entregara el senador Buchanan. Era hombre bastante mayor, pero de capacidad e influencia intactas.

—Espérese a la primavera. Tenga paciencia. Veré qué puedo hacer.

Y la primavera llegó. En abril de 1945 ya ni siquiera quedaban sirenas en Berlín para anunciar los ataques aéreos de los aliados. Por contra, en Nueva York y otras ciudades las radios y gramófonos giraban a todo volumen, y según se acercaban los últimos días aquellos músicos sacaban sus trombones a la calle, los enamorados de la resistencia se besaban ante cámaras fotográficas en las esquinas de París, y los invisibles como el niño Robert con su bicicleta salían de los escondites de la Alemania nazi.

—¿Lo ha oído? ¿Lo ha oído usted?

El propietario del *Metso* se enjugaba las lágrimas con el delantal.

—¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado! ¡El Tercer Reich se ha rendido!

Rudolf le miraba, daba un sorbo al café y se preguntaba sobre la alegría de este hombre, sobre la alegría de toda Nueva York, de todo el orbe.

—Sí, hemos ganado... —repitió antes de marcharse sin terminar la taza.

Cuando llegó al hospital uno de aquellos guardaespaldas de Thaddeus Lewis le estaba esperando.

—Debe usted dirigirse al Comité de Asuntos Judíos.

A la luz del menorah los rabinos canturreaban sus oraciones antes de mirarse las manos y ocupar su lugar en la mesa de piedra. Rudolf se ajustó la kipá y se sentó en el suyo, al otro extremo. Se sentía raro, hacía tres, cuatro años que no pisaba la sinagoga de la avenida Amsterdam, sin embargo no era el tiempo transcurrido, sino el oxígeno, la atmósfera talmúdica que le impedía respirar con normalidad.

—Le damos las gracias por su asistencia, doctor Parker...

David Ziegelheim le invitó a sentarse. El Comité de Asuntos Judíos lo componían siete miembros, cual era preceptivo; ya no estaba el viejo Newman, quien había fallecido, pero su amigo Allan Cohen abría los codos y abarcaba con su corpulencia el espacio ausente. Dos nuevos rabinos le miraban como si fueran a juzgarle por grandes delitos, a ambos lados del maestro, y frente al secretario Johnson le escrutaba de igual manera Jude Gutenberg.

—Tenemos entendido que usted ha solicitado volver a colaborar con la Causa Judía.

—Soy un ciudadano de este país, rabino. También soy judío. Como saben, ya serví una vez a nuestro proyecto y, tiene razón, en vano he ofrecido mis servicios los dos últimos años, pues siempre he sido rechazado. No sé qué sentido puede tener ahora, porque la guerra ha terminado, al menos en Europa, entiendo que la cuestión judía ha quedado resuelta.

—Aún no... —continuó Ziegelheim.

Rudolf miró a cada uno de los presentes. Si le habían llamado... algo tendrían que pedirle. Y si la guerra había concluido, ¿de qué podría tratarse?

—Suponemos —dijo el rabino maestro— que está usted informado de las noticias.

—Si se refiere al final de la guerra, sí...

—¿Habría oído entonces que el Führer, Adolf Hitler, ha muerto en su bunker?

Rudolf se encogió de hombros. ¿Cómo no haberlo oído si cientos de bandas recorrieron las calles y caravanas de autos sonaban a uno los claxons, si provocaron un huracán de confetis vertidos desde millones de ventanas y el cielo sobre Coney, sobre todo Brooklyn, Manhattan, pareció cubierto por una aurora boreal de fantasía, provocado por imperecederos fuegos de artificio?

—Sí, aunque reconozco que las noticias son algo confusas...

—Por eso está aquí, doctor Parker —apuntó Thaddeus Lewis.

—Siempre hemos confiado en ti, hijo... —le dijo Solomon White.

—Bueno, el rabino Lewis lo ha dicho: aquí estoy.

—¿Cuánto tiempo permaneció en Alemania, durante el Tercer Reich, con la *Comisión Butenandt*? —preguntó Ziegelheim.

—Tres semanas y algunos días.

—¿Tuvo ocasión de ver al Führer?

—Pues sí, cuando el Führer desfilaba toda Alemania le veía, pero si se refiere a verle *personalmente* los cuatro integrantes tuvimos esa ocasión.

—¿Cuántas veces vio *personalmente* al Führer?

—Dos. Una en la ópera, y otra en la recepción de su cumpleaños.

—¿Tuvo oportunidad de hablar con él?

—Sí.

—¿Por tanto, la ocasión de estar muy cerca de él?

—Así es. Una vez sentado en su mesa, a su lado.

—¿Qué le pareció?

—Un hombre amable. Su comportamiento fue el de un caballero.

—¿Cree usted, doctor Parker, que reconocería al Führer Adolf Hitler si le viera caminar por una avenida de Manhattan?

Rudolf dudó un momento. ¿Qué pretendían? ¿De qué trataba aquello? Cualquiera podría identificar al Führer, el canciller de Alemania era el hombre más retratado en los últimos años, por encima de Roosevelt y Winston Churchill, hasta su voz resultaría familiar a cualquier oyente.

—Recuerde —dijo Thaddeus levantando su índice—, que la incertidumbre forma parte de lo cotidiano.

—Supongo que sí. Reconocería a Adolf Hitler entre los demás.

—Johnson, por favor...

El secretario atendió la petición del maestro y sacó una de sus carpetas. La abrió y extendió frente a Rudolf Parker once fotografías con el rostro de once *Führer*.

—Examine un momento esas fotografías, doctor Parker.

Lo hizo. Las fue tomando una a una. En efecto, todas representaban al canciller alemán. Pero ya al primer vistazo se percibía que no todos eran el mismo hombre. Sí, se parecían, pero eran como once planetas distintos girando en torno a un sol invisible.

—Yo diría que ninguno de estos es Adolf Hitler.

Los rabinos se miraron cómplices.

—Explíquese, doctor...

—Verá... Adolf Hitler es una mezcla de todos estos y ninguno. Sus ojos se parecen a los de este individuo, el mentón, sin embargo, es más parecido a este otro, y las orejas...

—El doctor Parker es un gran observador... —apuntó Jude Gutenberg.

—Éste de aquí —continuaba Rudolf sin apreciar las palabras del ideólogo—, aparenta setenta años, y éste unos cuarenta y cinco... Ninguno de ellos es Adolf Hitler.

—Ya lo sabemos, doctor Parker. Sin embargo, usted ha dicho que reconocería a ese demonio entre todos los demás hombres...

—¿Acaso no duda ahora de su seguridad al afirmarlo? —preguntó Gutenberg.

—Vea esta otra fotografía...

Johnson se la facilitó. Era un gran plano, con restos destruidos y dos montones humeantes.

—Dos cadáveres en proceso de incineración... —dijo Rudolf con la misma seguridad que hubiese mostrado ante una radiografía.

—Quieren hacernos creer que son los cadáveres de Hitler y de su acompañante.

Rudolf miró con más detenimiento la instantánea y negó con la cabeza.

—En esta fotografía resulta imposible identificar la fisonomía de ningún cadáver. Ni siquiera estando presente se podría decir con fiabilidad que se trata de una persona o de otra.

—¡Exacto! —exclamó Solomon White—. Ése cadáver no es el de Adolf Hitler. Sólo es uno de esos montones de dobles que tenía repartido por todo el Reich.

—¿Sigue creyendo, doctor Parker—preguntó Thaddeus Lewis—, que todavía identificaría a Hitler si le viera caminar en una avenida entre un montón de dobles?

—Tenemos la certeza de que ha logrado huir.

Las palabras de David Ziegelheim fueron graníticas. Se notaba en ellas

defraudación, venganza, rabia y odio, pero algo más.

—Este Comité está seriamente preocupado, doctor Parker. Debemos seguir al pie de la letra lo que está escrito en nuestros libros. La guerra en Europa ha concluido con la capitulación germana, los hebreos dejarán de ser exterminados como animales, ahora muchos de esos campos de concentración son usados para retener a esa escoria prisionera alemana, y el gobierno nos asegura que los criminales serán juzgados ante un tribunal internacional. Pero él no debe escapar...

Rudolf le miró con toda la intensidad que pudo, mas al mismo tiempo se sentía atravesado por catorce pupilas centradas en él.

—Para que la creación del Estado de Israel se lleve a cabo, él debe ser eliminado, porque él es el golem... Así está escrito.

—El golem aparece cada treinta y tres años, doctor Parker... —dijo el ideólogo sabihondo—. Este, 1945, es el último de su existencia. Es necesario que se acabe con él o dejaremos de tener su control.

—¿Sabe usted de qué le estamos hablando?—preguntó Allan Cohen.

Rudolf asintió. Guardó silencio unos instantes, después vació el aire de sus pulmones y se dispuso a dar una breve charla sobre los convencimientos que un científico como él podía tener en relación a una criatura cuyo ámbito son la mente y los escritos.

—El rabino Leo Goldzweig me explicó en Berlín.

—Usted, doctor Parker —dijo Ziegelheim—, vuelve a ser la persona idónea para este cometido...

—Habla alemán perfectamente —continuo Gutenberg—, y ha tomado el té con el Führer, ha sentido el aliento del golem, el sonido de su voz, el tacto de su piel... Fisonómicamente también tiene razón, cada hombre es distinto en sus detalles, todos los corazones nos parecen iguales, pero fuera del cuerpo son diferentes, usted lo sabe bien... Y es probable que también posea razones personales para acabar con ese monstruo.

—Yo sólo soy un médico. Lo que pretenden de mí resulta imposible por razones evidentes, es más propio de especialistas, guerreros entrenados, yo ni siquiera he pisado el frente.

—Acaba usted de oír al rabino Gutenberg. Y todos pensamos lo mismo. Desde luego no sería el encargado de detener a Hitler, pero sí de identificarlo.

—Ese Hitler ha logrado huir de Alemania. Es un tipo listo —afirmó Solomon—. Probablemente vaya acompañado de otras personalidades, entre ellas algunos doctores del Tercer Reich que tal vez usted también conozca.

Rudolf prestó singular atención.

—Karl Brandt, August Hirt, Eugen Fischer...

—Fueron sus alumnos y oyentes en Alemania, doctor Parker —dijo Johnson—. Tenemos una copia completa sobre las actividades de la *Comisión Butenandt*, nuestro amigo el doctor Conrad Lloyd es muy escrupuloso, data todo lo que está a su alcance, nombres, lugares, fechas...

—Está escondido en el sur de Europa, doctor Parker... —afirmó con toda la gravedad de su voz David Ziegelheim—. A día de hoy no sabemos dónde exactamente, pero sí conocemos indicios que se están estudiando. No tenemos tiempo que perder.

—¿A cuánto tiempo se refiere?

—El que tarda —contestó Allan Cohen haciendo vibrar su papada— en arribar y zarpar un submarino.

—Se ha formado un comando especial para esta misión. No debe preocuparse, todos son especialistas como usted refirió. Siete u ocho hombres, usted debe acompañarles.

—Eso supone regresar a Europa...

—Cierto. Pero será un viaje relámpago. Una vez que sepamos dónde se esconde saldremos a capturarlo. No importa dónde esté, daremos con él.

—Siempre que lleguemos antes que uno de sus submarinos...

—Tal como dice el rabino Cohen... ese es nuestro principal escollo.

—¿Qué dices, hijo?

Solomon White acabó de leer la puntera de sus zapatos y le miró otra vez como un padre.

Rudolf sopesó la importancia de cuanto le estaban pidiendo. Habría que volver a Europa, retornar a un laberinto emocional que únicamente podría conducirle a la oscuridad y frescos recuerdos. ¿Qué haría una vez ante el Führer en caso de resultar exitosa la misión? ¿Y delante de los doctores, sus anfitriones impecables y orgullosos del Tercer Reich? Se tomó algunos segundos de reflexión, no obstante, eran demasiadas preguntas sin respuestas claras, él, un científico, se debía a su profesión, su misión era conformar el cosmos, y estos manipuladores del colapso, ¿qué habían hecho sino conjurar el caos?

—Iré.

—¡Sam estaría orgulloso de ti, hijo! ¡Alabada sea Israel!



## Capítulo Cuarto

El encuentro en el aeropuerto de Long Island fue tan secreto y cauteloso como el que cuatro años atrás tuvo lugar en Baltimore; sin embargo, ese amanecer de domingo, le acompañaba Thaddeus Lewis en el auto de lunas tintadas. Cuando cruzaban el puente de Brooklyn el rabino se miró las manos y oró en hebreo.

—Es usted muy afortunado, doctor Parker.

Rudolf no dijo nada. Se limitó a contemplar Manhattan bajo la bruma.

—Sólo una vez cada treinta y tres años tiene un hijo de Israel la posibilidad de que le sea concedida una misión de esta naturaleza.

El auto llegó al aeródromo. Allí el cuatrimotor ya estaba en marcha. A los pies del aparato le esperaba el hombre responsable de esta misión.

—*Shalom*, coronel! Le presento al doctor Rudolf Lorre —dijo Thaddeus.

El hombre le tendió la mano. El médico hizo lo propio y sintió la fuerza, la poderosa fuerza del desconocido cuya sola presencia ya era notable.

No era muy alto, tal vez como Rudolf, tenía escaso cabello más bien claro, los rasgos acerados, enérgicos, de contornos tensos, y la frente amplia surcada en diagonal por la tira de un parche de piel, negro, que ocultaba su cuenca izquierda, pues era tuerto, aunque de mirada atrevida y de una fijeza desafiante.

—¿Doctor Lorre?

El hombre del parche todavía le escrutó cual si tasara las posibilidades de integrarlo en su equipo.

—Es un placer... ¿señor...?

—¡Coronel Alef! —respondió en su lugar Thaddeus Lewis.

—Coronel Alef... estoy a su disposición.

—No hay tiempo que perder.

Con un gesto invitó a Rudolf a subir al avión, con otro se despidió de Thaddeus Lewis y tras él se cerró la portezuela de acceso. Siete hombres esperaban en el interior. Cinco pasajeros, integrantes asimismo del comando, y dos auxiliares de vuelo.

—Será mejor que descanse, doctor. El viaje a Europa es largo, y lo haremos de una vez. Sin escalas.

El coronel miró el reloj de su muñeca.

—A las tres de la tarde, tal vez a las cuatro estaremos tomando tierra en Lisboa.

Dentro el silencio era abrumador si se exceptuaba el zumbido de las hélices. Los cinco integrantes hicieron caso a su jefe y cada cual dormitó en su asiento una vez que el aparato ganó altura de crucero, se estabilizó y se enfrentó al inmenso océano con su monótono runrún. Un par de horas más tarde la incomodidad de permanecer sentado le llevó a estirar las piernas y pedir un café.

—No sabía que estaba usted aquí.

El coronel Alef levantó su ojo de los papeles y lo clavó en su frente con la fuerza de un disparo.

—¿No duerme, doctor?

—No estoy acostumbrado a dormir a estas horas, coronel. Y ya me dolían las piernas. Espero no interrumpirle.

—No se preocupe. Yo también tomaré un café.

El coronel guardó algunos papeles y plegó un mapa.

—Usted tampoco duerme.

—Tengo trabajo.

—En cambio, sus hombres lo hacen como chiquillos.

Desde luego era un decir, pues los integrantes del comando en absoluto parecían mozalbetes. Eran sujetos recios, corpulentos, fríos, de miradas esquivas y

gestos ausentes. Ellos sí parecían destacados aprendices de golem.

—¿Conoce usted el fin de esta misión?

—Sí.

—Contamos con su colaboración, pero no se preocupe, no tendrá que actuar. En tres días, quizá cuatro, estaremos de vuelta con nuestro cargamento.

—¿Adónde vamos?

El coronel era un hombre más joven que Rudolf, de veinticinco o veintiséis años, pero su expresión y su manera de mirar le dotaban de una triple coraza imposible de traspasar. También su voz resultaba seca al oído, áspera, y su inglés algo forzado, con raro acento. Volvió a sacar el mapa que desplegó sobre la mesa y ayudado de un lápiz rojo trazó una línea en el sur de la península ibérica.

—Entre Gibraltar y la costa portuguesa. En un punto intermedio de esa costa se esconde nuestro objetivo. Debemos llegar antes de que consiga huir.

—¿Entre Gibraltar y la costa portuguesa? Eso es demasiado territorio para buscar a nadie.

—Tiene razón, doctor Lorre. No sea impaciente.

Rudolf abrió las manos como Thaddeus, sonrió y se encogió de hombros.

—Como usted diga, coronel. Ya le dije que estoy a su disposición.

—¿A mi disposición? No. Mejor a mis órdenes.

—Siento decirle, coronel, que yo no soy militar. Sino médico civil.

—Escúcheme usted, doctor. Ahora forma parte de un comando especial con una importantísima misión. ¿Comprende? Concerniente a un asunto trascendental para Israel. Trataremos de evitar enfrentamientos armados con el comando alemán, pero si es necesario actuaremos. Usted límitese a ejecutar mis órdenes, ¿entendido? Sólo así podremos alcanzar nuestro fin. Si tiene alguna duda, por pequeña que sea, es preferible que se quede en Lisboa. Lo que vamos a hacer es peligroso, pero es necesario.

Le miró algo contrariado. No esperaba recibir órdenes de nadie, menos todavía de alguien varios años más joven. Él era médico, pero, a las claras se mostraba, ahora era algo más que eso.

—A sus órdenes, coronel.

Rudolf se retiró a su asiento. Allí permaneció mirando el espacio y el océano, mezclando pensamientos diversos, intentando tranquilizarse sin éxito, pues a su cabeza acudía, aunque deforme, el futuro más inmediato. ¿Qué haría cuando tuviera delante al Führer, suponiendo que llegasen a encontrarlo? Él era quien debía identificar al golem, al verdadero homúnculo de barro, sangre y esvásticas, ¿sería capaz de hacerlo? Si los rabinos del Comité le hubieron mostrado once fotografías de once dobles, ¿por qué no iban a ser doce, o muchos más?

Tales pensamientos fueron aliviados con la bandeja del menú de a bordo que un auxiliar le ofreció. Era el mediodía. Antes de empezar oyó cómo los integrantes del comando murmuraban sus rezos en hebreo, y en la misma lengua se comunicaban entre risas y anécdotas mientras comían. Una vez terminado el almuerzo se reunieron a instancias del coronel.

—El doctor —anunció el coronel Alef a sus hombres— se encargará de identificar al blanco. Es preferible cogerle vivo. Ya saben que responderemos con armas en caso de ser atacados. Y no olviden ni un instante que actuaremos en un país neutral... aunque filogermano. Una parte considerable del éxito de esta misión es el sigilo. ¿Alguna pregunta?

Sus hombres miraron a su coronel. Éste sacó una pistola del 7,65 y la sopesó.

—La seguridad del doctor Lorre dependerá directamente de nosotros.

—Espero no ser un estorbo.

—No admitimos los estorbos, doctor Lorre.

El coronel volvió a atravesarle con su solitaria mirada.

—Entendido —respondió Rudolf—. Saben mi nombre, ¿cómo deberé dirigirme a ustedes?

Señaló uno a uno a sus cinco hombres con el cañón de su pistola y los nombró.

—Bet, Gimel, Dalet, He, Vav... Y ya sabe que yo soy Alef.

—Dice usted, coronel, que debemos capturarlo antes de que huya... ¿A dónde podría huir nuestro hombre?

—¿Duda de la capacidad nazi?

—No. Usted debe saber que he tenido ocasión de visitar el Tercer Reich.

—Están huyendo en submarinos.

—¡Submarinos!

—No se sorprenda, doctor. Si vaciaran en un instante el océano Atlántico vería más de cincuenta repletos de ratas nazis.

Es probable que el coronel Alef exagerara sus palabras, pero el tono de su voz no admitía dudas sobre la veracidad de cuanto estaba diciendo.

—Tienen abiertas rutas seguras para escapar de Alemania. Por el Norte, por el Sur, hacia el Este, y hacia el Oeste. Y cuentan con generosa ayuda.

—¿Cómo puede nadie ayudar a ese régimen fuera del Tercer Reich?

—Recuerde usted que el Tercer Reich ya no existe, doctor. Ese trasatlántico ario se ha hundido, muchos han caído, pero los pasajeros de primera clase han accedido a los botes salvavidas.

—Submarinos... —repitió absorto Rudolf.

—Exacto.

El coronel desplegó uno de sus mapas y pidió la atención del comando. Ayudado de un lápiz bicolor marcó líneas y cruces sobre el supuesto recorrido que algunos importantes mandos nazis, incluido el Führer, habrían utilizado con la pretensión de huir.

—Desde Austria saltan a Italia. Allí son recibidos por agentes vaticanos que los protegen hasta la llegada a puerto: aquí el de Génova —señaló en el mapa trazando dos líneas, una que llegaba a Barcelona y otra a las islas Canarias—, o a aeródromos

secretos, en avión se dirigen a Siria, o cruzan el Mediterráneo, luego son trasladados hacia lugares seguros de la costa donde pueden, finalmente, ser embarcados en submarinos nazis. Una vez que logren acceder a uno de estos sumergibles, será prácticamente imposible, al menos muy difícil, localizarlos y darles caza. ¿Alguna pregunta?

Sus hombres no dijeron nada; no obstante, Rudolf levantó una mano y aún solicitó unos segundos antes de decidirse a preguntar.

—Dígame, coronel... Nuestro hombre se halla en España, no en Portugal, ¿cierto?

—Sí.

—Luego... habrá que pasar la frontera entre esos dos países...

—Continúe.

—¿Cómo lo haremos?

—Deberá usted confiar en nosotros. Portugal es aliada natural de Inglaterra; antes le dije que España es germanófila, al menos lo ha sido hasta la derrota germana: pero ahora tienen miedo. El dictador que gobierna ese país es un funambulista, tiene ambas manos ocupadas con la barra de equilibrio para evitar caer, así pues no levantará un dedo para impedir que comandos tanto si son alemanes como si son americanos o ingleses actúen en su territorio... Los españoles no están en situación de exigir nada, esto es una partida de ajedrez donde España sólo es el tablero. Aun así sortearemos la frontera por un punto estratégico entre ambos países en transporte facilitado por nuestros contactos. Y ahora será mejor que vuelvan a sus asientos, dentro de media hora aterrizamos.

A las cinco en punto de la tarde, hora de Lisboa, tomaban dos robustos autos entregados en el mismo aeropuerto. Uno lo compartían cuatro de los hombres del comando especial, llamados entre *síbayonetas* por considerarse puntas de lanza de Israel; en el de atrás viajaban el coronel y Rudolf conducidos por el quinto integrante.

—Tiene gracia.

Rudolf lo dijo casi pensando en voz alta. El camino era largo, más de cuatro horas, tortuoso hasta la frontera, y otras dos horas más hasta llegar a destino.

—Mis conocimientos de hebreo son exiguos, lo hablo muy poco. Pero los nombres de sus comandos, y el suyo propio, me llaman la atención. Bet, Gimel, Dalet, He, Vav... Y usted es Alef... Lo que viene a decir: Uno, Dos, Tres, Cuatro, Cinco y Seis...

—Sabe contar.

El coronel sacó un cigarrillo y mantuvo el silencio algunos segundos.

—¿Por qué le hace gracia?

¿Iba a decirle a este hombre formidable que de similar manera nombraba él a sus macacos rhesus en el bioterio?

—No sé... —respondió—. Simplemente me hizo gracia. Ustedes todo lo codifican. Los lugares, los nombres, las estrategias. Los números son letras, las letras son ideas, y las ideas...

—Las ideas son las que hacen avanzar a los pueblos. ¿No se considera uno de nosotros, doctor Lorre?

—Naturalmente, soy tan judío como usted...

—¿Eso cree? Yo he perdido este ojo luchando por Israel... En Siria... ¿Qué ha perdido usted?

Ahora fue Rudolf quien le devolvió una mirada taladradora. Se fijó tanto en la pupila leonada del coronel Alef como en la oscuridad del parche de su ojo.

—Yo he perdido el corazón, coronel.

—Entonces —respondió sin inmutarse—, trate ahora de encontrarlo.

Según estaba previsto, muy adentrada ya la noche, atravesaron la frontera luso-española por un punto indeterminado sin que tuvieran ningún contratiempo.

—¿Dónde nos dirigimos?

—A un lugar llamado Huelva.

—¿Huelva? No lo he oído jamás.

—Yo tampoco, doctor. Los lugares que nunca se han oído son como las puertas que nadie ha abierto, los mejores sitios para intentar esconderse, ¿no cree?

—Supongo que sí.

Tras cerca de seis horas de carretera infame, y bajo una noche muy espesa, llegaron a la pequeña ciudad del sur de España, tan oscura y silenciosa cual si estuviese deshabitada. No hubo mayor complicación para acceder al punto de encuentro, el lugar donde habrían de pernoctar, pues se hallaba en el centro de la urbe onubense: *Gran Hotel Internacional*. A pesar del espectacular nombre, rotulado a todo lo largo de la fachada, se trataba de un edificio de trazado casi colonial que hacía esquina, con planta baja y dos alturas, coqueto, y largas ventanas balconadas asomadas a una de las vías principales. Junto a la entrada del hotel, formando parte de él, se hallaba el caballeroso bar *Nuevo Mundo*, que a esas horas permanecía abierto, sumido en su propia somnolencia, con tres, no más, clientes esparcidos por su salón, donde un sujeto de tinte distinguido se acercó al coronel Alef.

—Sus habitaciones están disponibles, señor.

Don José, que así se hacía llamar el contacto en Huelva, era un señor bien vestido, que usaba sombrero, lucía un fino bigotito, buenas maneras, y un inglés tan sucinto y enrevesado que se diría sólo comprensible para sordomudos o políglotas, pues en su afán de darse a entender, máxime en una situación de estas características, mezclaba términos franceses, alemanes, incluso escandinavos. Dio la mano al coronel y a Rudolf, los demás esperaron en el reducido vestíbulo.

—Sólo he conseguido dos habitaciones. ¿Cuántos son ustedes?

—Será suficiente.

El coronel solicitó ayuda a uno de los suyos, sucinto conocedor de español, con lo que pudieron entenderse con don José.

—No tenemos demasiado tiempo. ¿Sabe usted dónde está nuestro objetivo?

—No estoy seguro... —dijo el hombre algo nervioso, mientras se secaba un sudor inexistente—. Lo siento, coronel. Este es el mejor hotel de Huelva, pero no me gusta.

—¿Por qué?

—¿Vio a esos dos ahí abajo, en el *Nuevo Mundo*? No es normal que haya gente tomando una copa a estas horas. Son informadores, policía secreta... ¿quién sabe si no serán hombres del cónsul alemán? Es preferible que hablemos en otro lugar. Este sitio me pone nervioso.

El coronel Alef ordenó a cuatro de sus hombres que permanecieran en el hotel hasta el regreso. Y junto al intérprete y Rudolf acompañaron a don José a otro lugar donde el hombre se sintiese más seguro.

—Aquí cerca hay algunos bares. Tabernas de marineros, prostitutas, ya saben. Pero nadie sospechará si unos extranjeros deseen visitarlo a estas horas. Allí podremos charlar con tranquilidad.

Entraron en un establecimiento que parecía extraído de cualquier lupanar de baja estofa, donde algunos borrachos eran atendidos por grotescas prostitutas.

—Lo siento —dijo don José sonriendo y excusándose—, al parecer es el único sitio abierto a estas horas, ya es extraño que esta noche no hayan cortado la luz, andamos escaso de este género. Huelva es una capital pequeña. Incluso durante la guerra había más ambiente que hoy día.

Tomaron una cerveza y finalmente el singular contacto se decidió a hablar.

—Creo que los alemanes están en un monasterio. Allí han construido el nido. Monasterio franciscano. No lejos, al otro lado del río Tinto. Pero sin carretera directa, a no ser que quieran dar un gran rodeo. Se suele pasar en barcas. Si se cuenta con embarcación, en cinco minutos se llega a la otra orilla. No es difícil, y de esta manera se contará con el amparo de la oscuridad.

—¿Dónde hay una embarcación?

—Bueno, yo puedo suministrarles una...

—Vamos a verla.

—¿Ahora? —preguntó impertérrito el español.

—Sí, ahora —exigió el coronel con un simple gesto.

Al abandonar el bar tuvo don José la mala fortuna de tropezar con un grandullón bebido quien pretendía entrar a su vez. El extraño intentó tomar de las solapas al inerte contacto, fue cuando Rudolf vio la clase de hombres con los que había venido a esta misión. El integrante intérprete, el nombrado Gimel, se interpuso de tal manera, con tanta violencia, eficacia y rapidez, que el sujeto cayó de rodillas con la boca sangrando y los ojos perdidos.

—Sólo es un borracho.

Tomaron el auto y atendiendo a las indicaciones del contacto se dirigieron al lugar donde estaba la barca.

—Aquí hay un almendral —señaló don José—. Ahora hay que caminar unos cien metros, con cuidado, es una finca privada, y pronto llegaremos al caño donde está la embarcación. ¿Ven esa casona de allí? Todavía hay luz.

Los hombres miraron donde señalaba don José.

—Es la finca del cónsul alemán en Huelva.

Al poco rato el hombre les señaló una barcaza varada en la orilla, que el coronel examinó en instantes.

—Allí enfrente está el monasterio de La Rábida. Es la una de la madrugada, a las tres tendrán marea llena. Es decir, dentro de dos horas esta barca flotará y podrán cruzar, si es que pretenden ir esta noche.

—¡Guíenos al hotel!

Cuando llegaron al *Gran Hotel Internacional* un grave imprevisto esperaba. Cualquiera otra persona se hubiera quedado a oscuras ante la situación mostrada, pero el coronel Alef hizo gala de una sabiduría muy contrastada y de una enorme rapidez de reflejos.

Aquellos que fueron a ver la embarcación con la que deberían cruzar el río Tinto se toparon de frente con el intento de detención, por parte de los servicios secretos españoles, de los cuatro integrantes que quedaron en el hotel.

—¡Éste es quien me agredió! ¡Éste!

Quien así gritaba y señalaba lleno de rabia no era sino el sujeto al cual Gimel propinó dos golpes y derribó estrepitosamente en la puerta del lupanar.

—¡Identifíquense! —gritó el oficial jefe del grupo de los servicios secretos, un tal Pavón.

El coronel Alef mostró su pasaporte norteamericano, y lo mismo hizo Rudolf Lorre.

—Si es usted coronel debe mandar entonces sobre esos hombres de arriba. ¡Ordéneles que bajen inmediatamente!

Hasta bien entrada la mañana del lunes estuvieron declarando en la comisaría de Huelva. Finalmente, el asunto se arregló con el visto bueno de las autoridades españolas, que no quisieron inmiscuirse en asuntos extranjeros cuando tan recientemente había finalizado la guerra y aún humeaba la posibilidad de una invasión de la península por parte de los aliados.

—Señor comisario, estos empresarios —explicó nervioso don José—, desean conocer nuestra tierra, con la idea de importar salazón.

—¿Importar salazón? ¿Empresarios militares?

—Quieren salazón para abastecer sus bases en el norte de África.

—Comprendo, comprendo...

El estupor del comisario no fue menor al de ninguno de los presentes. Pero el jefe provincial de los servicios españoles ya había recibido órdenes desde Madrid bien concretas, y sin más preguntas se limitó a sellar los pasaportes de los seis integrantes del comando especial más el del doctor Lorre.

—Tienen ustedes tres días para abandonar España, por el mismo lugar por donde han entrado. ¿Me han entendido? No deseamos enfrentamientos diplomáticos con los Estados Unidos de América.

El coronel Alef disparó su ojo al comisario, quien carraspeó, encogió la cabeza y dio por supuesto que los extranjeros habían entendido a la perfección sus endeble advertencias.

—¡Tres días! —repitió una vez más el comisario antes de verter tantas cucharadas de azúcar como días anunciados en su taza de café.

—Es evidente —murmuró el coronel una vez en la calle—, que ahora estaremos estrechamente vigilados.

—Es una suerte —dijo uno de sus hombres—, que ni siquiera nos hayan registrado, podían haber hallado nuestros 7,65...

—Simplemente no han querido hacerlo, si uno de nosotros hubiera sacado su pistola hubiesen mirado a otro lado. Tienen tanto miedo que estos tres días preferirán que seamos invisibles.

Invisibles o no, cual dijo el coronel Alef, pasaron parte de la mañana visitando junto a don José los enclaves conserveros de la ciudad a sabiendas de que eran seguidos con prudencia, mas con la idea de otear los alrededores costeros por si avistasen movimientos extraños de barcos; prefirieron comprar algo de pan y comer en la habitación, donde dormitaron por turnos hasta bien caída la tarde.

—Ese tipo nos ha dado tres días pero nos sobrarán dos. Esta noche actuaremos.

Vigilados o no, tanta determinación, eficacia y sigilo en el equipo de hombres expertos les llevó a las tres y media de la madrugada a abordar la embarcación de don José. Aun a remo y navegando contra la marea, que llenaba a rebosar la desembocadura del río Tinto, sólo quince minutos después los siete arribaban a la orilla de un pequeño embarcadero, a los pies del alcor donde se yergue la peculiar arquitectura del convento de La Rábida.

Era una noche cerrada, a pesar de un jirón de luna menguante en el horizonte que relucía como una navaja. Los hombres, antes de dar un paso, siquiera de moverse, abrieron todos sus sentidos, no en vano se sentían paracaidistas recién caídos tras las trincheras: empinaron las narices cual si fueran chacaes en una noche de caza, y giraron las cabezas, con lentitud, como radares: olía a fango, a salado, a marisma, y se oía a la perfección el chapoteo constante de las suaves olas con la precisión de un péndulo; muy cerca descansaban restos de barcos abandonados, atrapados en el fangal, y posadas sobre ellos algunas aves limícolas que sin dejar de ser silenciosas remontaron el vuelo directas a la oscuridad. Todos se acuclillaron unos minutos, cual si no estuviesen allí; Gimel vigiló con sus prismáticos la orilla opuesta, intentado descubrir si fueron seguidos por los servicios secretos del país. Después caminaron en fila india, con gran cuidado, hasta que lograron salir del fangoso terreno y llegar a una vereda más firme.

El coronel Alef alumbró su reloj y asintió.

—¡Casi son las cuatro! Dentro de una hora amanecerá. Es un buen momento. Antes miró a sus hombres desde la precisión de su ojo telescópico.

—Es probable que el objetivo esté resguardado por su propio comando de seguridad. Nuestra primera opción es cogerle vivo, pero dispáren a matar si es necesario. No quiero perder a nadie. Recuerden que en este país hay más espías enterrados que en ningún otro. ¡Alabada sea Israel! *Kidon!*

—*Kidon!*—respondieron al unísono los cinco soldados del comando, golpeándose el pecho con las pistolas antes de acometer la misión.

En seguida abrió los brazos en aspas y cuatro de los integrantes se desplegaron, dos a cada lado. Con una tranquilidad inquietante para el cardiólogo, los miembros del comando judío se abrieron en abanico y comenzaron la suavísima ascensión hasta el convento. Antes cruzaron un pequeño pinar, una rosaleda y algunos huertecillos pertenecientes a los frailes.

El convento de La Rábida no era, ni mucho menos, el gran edificio medieval levantado con enormes bloques de piedra labrada como alguno esperaría encontrar. A primera vista ni siquiera tenía aspecto de monasterio a no ser por la torre octogonal de la capilla, bastante discreta, rematada por una cruz, y mejor parecía una buena casa solariega, propiedad de algún terrateniente del lugar.

Examinaron los alrededores inmediatos, buscando pistas concretas de la presencia de nazis en el lugar; desde escondidos puestos de vigilancia hasta los automóviles que hubiesen usado para llegar aquí, o simples huellas de calzado militar.

Según las órdenes enmudecidas del coronel Alef, dos hombres entraron por atrás, donde estaban los huertos, otro par intentó asaltarlo escalando a la planta superior, y él mismo, Gimel y Rudolf, esperaron cerca de la puerta principal, hasta que sólo cinco minutos más tarde uno de los hombres logró abrirla desde el interior facilitando el acceso. El silencio resultaba tan espeso que podía oírse el propio roce de las sombras. De nuevo se abrieron en abanico, dos tomaron el ala derecha, otros dos la izquierda, y ellos se desplazaron como espectros hasta un patio enclaustrado con algunos naranjos. Movidó por un resorte el coronel advirtió un ruido. Los tres se acuclillaron tras una columna y esperaron algunos segundos cuando, pistola en mano, dio la orden de continuar.

—Usted, doctor, es mejor que espere en ese lugar.



El coronel le señaló una puerta que daba al templo franciscano.

—Esto puede empezar de un instante a otro. Ya le rescataremos, recuerde por qué está aquí.

¿Qué podía hacer? Él no era militar, ni llevaba arma, caso de ser descubiertos podía verse implicado en un tiroteo de consecuencias fatales. Casi se avergonzó de ello, pero se le erizó el vello de todo el cuerpo.

—¡De acuerdo! —susurró.

Los seis integrantes del comando se preparaban para el asalto a la planta superior, donde suponían que se encontraban los dormitorios de los refugiados nazis. Rudolf se amparó en un cono de sombra y permaneció inmóvil, tan preocupado de parecer invisible que él también fue sobrecogido cuando todos oyeron, con un enorme eco que recorrió solemnemente las dependencias del cenobio, el metálico toque de una campana justo sobre sus cabezas. Ni siquiera cuando escuchaba los aullidos de las sirenas en Berlín sintió con tanta nitidez lo que era tener el corazón al borde del colapso, menos aún cuando contempló, no sin horror, cómo Dalet y Vav entraban precipitadamente en la capilla y se abalanzaban contra quien, arropado en su propio hábito monástico, apenas era una penumbra, un volumen sin forma ni silueta.

El joven fraile que tañía la campana cayó de bruces, y semiinconsciente sólo acertó a abrir cuanto pudo los ojos y mirar aterrorizado a esos fantasmas que lo sujetaban con fuerza y le miraban como si fueran a sacarle las tripas allí mismo. Rudolf se acercó y vio solamente a un muchacho: justo aquel que salió corriendo tras una duna y fue a advertir al moribundo Führer de que el submarino había zarpado. Los hombres de Alef le ataron las manos a la espalda, le taparon la boca y le cubrieron con su misma capucha.

—Quédese con él, doctor.

Así hizo. Antes de apercebirse volvió a encontrarse solo con la inesperada misión de guardar un prisionero. Aunque se hubo disipado la última vibración de la campana, nada volvió a su anterior silencio. Rudolf miraba al muchacho, quien sentado en un rincón pretendía encogerse debido al estupor. Por un momento sintió compasión de él hasta el punto de sentarse a su lado y adoptar una postura similar. Probablemente esperaba oír disparos, voces, pasos, carreras. Pero lo único que advirtió fue la entrada de una figura corpulenta acercándose. Era un hombre barbudo, con hábito, quien a paso lento se aproximó a los dos bultos humanos. Igualmente el recién llegado quedó mudo de estupor ante lo que vio, más aún cuando sintió el cañón de una pistola presionando directamente sobre su sien.

—Si levanta una sola mano dispararé.

El coronel lo dijo en inglés, idioma desconocido para el fraile, pero con tanta contundencia silábica que el franciscano se giró y le miró lleno de espanto.

—¡Hermano!

Fue cuanto acertó a musitar antes de que el coronel Alef le obligara con un empujón a sentarse pegado a su novicio.

—¿Sabe usted español, doctor?

Rudolf negó con la cabeza. Entonces el coronel se llevó el índice a los labios e hizo entender a ambos frailes la necesidad de no decir una sola palabra so pena de ser ejecutados ipso facto.

Ya se filtraban los primerísimos rayos del amanecer cuando los demás integrantes del comando entraron en la capilla trayendo prisioneros a cinco frailes más.

—¡Creemos que están todos, coronel! —dijo Gimel obligando a los monjes a ocupar sitio junto a sus compañeros.

—¿Todos?

—Sí, nadie más, coronel.

—Gimel, pregunta quién manda aquí.

Así lo hizo el intérprete. Los siete frailes se juntaban unos a otros, naturalmente asustados, pero no sin cierta estoicidad y no menor curiosidad. Se levantó el fraile corpulento, un hombre de edad madura, el barbudo, que descubrió su cabeza y habló.

—Soy el custodio del monasterio de Santa María de La Rábida, hermanos. No entendemos qué desean ni qué nos reclaman.

—Pregúntele por los alemanes.

El fraile negó hasta tres veces jurando no comprender, y levantó las palmas de las manos con la misma actitud que lo hubiese hecho el mismísimo rabino Thaddeus Lewis preguntándose si el pato que sirven en *Moshe's* es carne o es pescado.

Mientras continuaba el interrogatorio en la capilla cuatro de los integrantes se dispersaron para una búsqueda más exhaustiva en todas las dependencias monasteriales.

—Vuelva a preguntarle por los alemanes.

Gimel lo preguntó y no obtuvo sino otro trío de negaciones.

—Es posible que nuestra pista no sea la correcta, coronel —intervino Rudolf.

El coronel Alef enfocó con su ojo a cada uno de los siete frailes.

—Miente. ¿Cómo se llama?

El custodio de La Rábida volvió a levantar las palmas esta vez con la idea de amparar a los suyos y finalmente pronunció su nombre.

—Soy fray Aparicio... Estimados hermanos, somos franciscanos, nada nos debe el mundo exterior a nuestro convento, y nada le debemos. Es obligación compartir nuestra comida con los forasteros, pero poco más podremos aportar a lo que requieren.

—¡Coronel!

Vav llegó y solicitó la presencia de su jefe. Alef le siguió hasta la parte superior del convento, allí entraron en una celda y vieron una prueba irrefutable de la presencia nazi en este lugar: una esvástica arañada en la pared, en la cabecera de un camastro. Dos minutos después estaban de nuevo frente al custodio fray Aparicio.

—Pregúntele por última vez dónde están los alemanes.

El fraile volvió a negar cualquier información al respecto. De inmediato el coronel Alef sacó su pistola, y, cargándola a la vista de todos, tomó al fraile más joven de un brazo y le apuntó a la cabeza.

—Vuelva a preguntarle, y dígame que si la respuesta no es convincente mataré de un tiro al chico.

Ahora las cosas sí cambiaron. El custodio del convento se puso visiblemente nervioso. No extendió las palmas de las manos, las llevó a la cara y se arrodilló pidiendo clemencia para su monje.

—Dígale que le otorgo cinco segundos. Ni uno más.

Gimel hizo cuanto pudo por convencer al custodio de la gravedad del momento.

—Hace dos días esos extranjeros se marcharon.

—¿Cómo? ¿Cuándo llegaron? ¿Cuántos eran?

—Nosotros somos frailes franciscanos, nos debemos a la Tercera Orden y sus reglas buladas, adoptamos los votos de oración, pobreza y... obediencia —recalcó fray Aparicio mostrando el cordón con tres nudos que le colgaba del hábito.

No fue suficiente. El coronel Alef despegó su pistola del joven, pero antes de que nadie pudiese preverlo tomó al custodio por el hábito y lo empujó derribándolo al suelo y apuntándole directamente.

—Nueve... —confirmó el custodio atemorizado—. Esos extranjeros eran nueve. Pero ya se marcharon. Pasaron por aquí. Es obligación de nuestra congregación alojar a quienes lo solicitan, huyan o no huyan Esas son las enseñanzas y reglas de nuestro fundador y Padre Francisco de Asís, y nosotros abrazamos el ideal franciscano: orar y compartir.

—Pregúntele cuándo huyeron exactamente.

—Al amanecer del domingo.

El coronel Alef hizo un gesto de desagrado.

—Parece que todo ha terminado, coronel.

—No lo crea, doctor. Aunque esas serpientes ya hicieron lo más difícil: haber llegado aquí. Conozco a los alemanes. Pueden estar escondidos.

Lógicamente no lo estaban. Los integrantes del comando miraron una a una todas las dependencias de La Rábida, también hurgaron sus alrededores sin hallar una sola prueba más de la presencia alemana.

—¿Por qué tañeron la campana? ¿A quién pretendían avisar?

—Fray Aparicio dice que el toque de campana se da a diario momentos antes de amanecer. También dice que busquemos a placer, y nos llevemos cuanta cosa deseemos excepto la estatua de la virgen. Y solicitan permiso para ir a desayunar.

—Tal vez si somos un poco más amables logremos cooperación, coronel —advirtió Rudolf ayudando a incorporarse a los monjes—. Estamos en un templo, y en los templos se tañen las campanas. Creo que nada perderemos si les permitimos desayunar. No parecen peligrosos.

## Capítulo Quinto

Los siete franciscanos rezaron delante de sus tazones, reunidos en el refectorio conventual mientras uno de ellos leía en voz alta desde un pequeño púlpito, bajo la vigilancia extrema del comando. Antes de concluir el coronel sacó una docena de fotografías que expuso en una de las mesas. Luego agarró al custodio y le llevó a velas.

Las fotografías mostraban altos oficiales nazis, algunos doctores relevantes y la imagen auténtica del Führer Adolf Hitler. Fray Aparicio las contempló en silencio. Negó con la cabeza y pareció dudar su respuesta.

—Éste sí estuvo, dice el fraile —tradujo Gimel.

—Acérquese, doctor —le pidió el coronel.

Rudolf comprobó que el personaje señalado era uno de sus viejos conocidos durante la estancia en Berlín.

—¡August Hirt! ¡Es August Hirt, sin ninguna duda! Uno de los más siniestros doctores del Reich.

—¿Y éste?

Alef golpeó con su índice la fotografía del Führer.

—¿Vio a éste hombre?

El custodio se quedó paralizado.

—Nosotros nada sabemos del exterior, señor. Ya le he dicho que abrazamos el ideal franciscano. Somos reservados. No hacemos preguntas, y nunca nos fijamos demasiado en nadie ajeno a nuestro convento.

—Este tipo está acabando con mi paciencia. Gimel, dile que no dudaré en reventarle la cabeza tanto si está loco como si quiere dárselas de listo.

Gimel lo hizo. El custodio se levantó y encaró su mirada con la del coronel. Ahora parecía un hombre sin miedo. ¿Buscaban un mártir? Bien, ahí lo tenían. Pero mayor fue la extrañeza que causó su respuesta a la amenaza.

—*Wer war der Thor, wer Weiser; Bettler oder Kaiser? Ob Arm, ob Reich; in Tode gleich!*

Gimel miró lleno de confusión a su coronel.

—¡No entiendo nada! —exclamó extrañado—. Ahora no habla ni inglés, ni español...

—¡Es alemán! —dijo no menos sorprendido Rudolf.

—¿Alemán? ¿Qué ha dicho?

Rudolf miró al custodio y repitió sus palabras.

—*Wer war der Thor, wer Weiser; Bettler oder Kaiser? Ob Arm, ob Reich; in Tode gleich!*

Y después las tradujo con la misma solemnidad que el fraile expuso.

—*¿Quién es el loco, quién es el listo, el mendigo o el rey? Ambos, pobre o rico, se igualan en la muerte.*

—¡Vaya! Así que nuestro fray Aparicio sabe hablar alemán... las piezas comienzan a encajar. Ya se lo dije, doctor: el éxito está en la paciencia apresurada. Pregúntele porqué sabe alemán.

—¡El mundo como voluntad y representación!

Tal fue la respuesta del custodio que Rudolf interpretó correctamente.

—Está citando a Schopenhauer.

—Así es, señor —respondió el custodio en un pasable alemán—. Cito a Arthur Schopenhauer, el más grande filósofo desde Aristóteles, San Agustín y nuestro Padre Francisco. Estudié Filosofía y Teología, impartí clases en la Universidad Pontificia antes de ingresar en la Orden Franciscana. He traducido las obras de ese filósofo, de ahí mis conocimientos en esta lengua donde uno puede pensar hasta el final: me vi obligado a

estudiarlo; tal vez haya notado usted que mi pronunciación no es correcta, pues esencialmente puedo leer y escribir alemán; no hay mucha gente por aquí con quien practicar oralmente.

—¿Tal vez con el cónsul alemán en Huelva?

—No le conozco, señor.

—¡Miente! —exclamó el coronel, quien volvió a mostrar decididamente la fotografía del Führer.

—Será mejor —le dijo Rudolf a fray Aparicio—, que nos diga cuanto sepa de esto. Una vez que tengamos cierta información nos iremos y quedarán ustedes en paz.

—Dígale a su jefe —explicó el custodio—, que si rompo mi voto de obediencia no seré digno de permanecer en este convento. ¿Qué sería de mis hermanos?

—El fraile dijo que huyeron el domingo al amanecer —recordó Alef a sus hombres—. Pregúntele cómo. Hacia dónde. Quién les acompañó. Cómo lograron salir de aquí. Pregúntele si vinieron a recogerles.

El custodio se limitó a señalar dos puntos cardinales contrapuestos.

—Vinieron por ahí y se fueron por allá.

No se dio por vencido el jefe del comando judío. Todavía estuvieron interrogando a los hermanos, uno a uno, hasta una hora antes del mediodía, momento en que les otorgaron el beneplácito del rezo. Después cruzaron los huertecillos del convento. El cielo era de un celeste tan intenso y puro que no parecía natural sino pintado por un aprendiz. Montones de pájaros trinaban en los árboles, cerca había un pozo cuya agua se desbordaba y aportaba un prístino sonido de pureza y recogimiento al lugar. Pero el coronel Alef no atendió a otra belleza e inquietud sino la de exprimir, hurgar, examinar cada rincón del cenobio, cada camino o huella. Así obligó al custodio fray Aparicio y a su joven fraile a llevarles hasta el lugar de la costa donde supuestamente se hubieron dirigido en noche tan oscura los fugados alemanes. Les acompañaban Gimel y Rudolf, quedando el resto del comando en el monasterio con los demás frailes ocupados en sus tareas.

No necesitaron caminar demasiado. Los frailes iban encapuchados con sus rasposas, ellos alerta empuñando las 7,65. Dejaron atrás el embarcadero y siguieron por un juncal hasta llegar a la playa desierta de la barra, donde confluyen el Odiel y el Tinto.

—¿Quién les vio llegar hasta aquí? —preguntó Gimel a instancias del coronel.

—Nadie les vio. Los monjes pernoctábamos en el convento. Los nueve extranjeros salieron, se marcharon sin decir nada. No hablaban mucho, comían solos, siempre vigilaban, si acaso discutían en una jerga alemana que apenas pude comprender.

—¿Qué logro entender?

—No sabría decir —contestó el custodio—. Tal vez mencionaban a América.

Buscaron huellas imposibles pues la marea las borró pero todavía Alef no se mostraba satisfecho.

—¿Nadie les vio partir? ¿Nadie? —se preguntaba incrédulo mirando alternativamente al alcor del convento y al mar.

—¿Qué opina usted, coronel? —le preguntó Rudolf.

—Submarinos... Un submarino les recogió en este lugar. Tal vez tenga razón, doctor: hemos perdido la partida. Gimel, pregúntale al abad quién condujo hasta aquí a los alemanes. Hemos dado varias vueltas, los caminos son estrechos y escondidos... Alguien debió guiarles fuera monje o no.

Fray Aparicio puso una mano sobre el hombro del novicio. Se le notaba nervioso, sin embargo el hombre fue capaz de sobreponerse y hablar con claridad.

—No puedo saberlo. Cualquier vereda de por aquí conduce a la costa. Tal vez les ayudaron otras personas, tal vez no. No puedo saberlo.

Media hora más tarde los mismos personajes miraban la esvástica grabada en una de las celdas dormitorios.

—¿No vio quién la hizo?

—No.

—¡Es imposible sacar nada a estos tipos! ¡La obligación vaticana del silencio! —exclamó el coronel.

—Creo que no saben nada —apuntó Rudolf.

Alef se quedó mirando las celdas donde habían dormido los nazis. Todas tenían escrito sobre los dinteles nombres de santos cristianos: San Pascual Baylon, San Pedro de Alcántara, San Diego de Alcalá, San Francisco Solano, San Pedro Regalado...

—¿Qué es esta sala?

El coronel Alef pasó a esa pieza rectangular que señalaba, con una gran mesa de madera oscura y recias sillas. En la pared colgaban cuadros referentes al Descubrimiento de América.

—Aquí se reunían esos señores... Pasaban tardes enteras en este lugar —respondió el custodio—. No les molestábamos, hasta tenían su propio alimento, si acaso nos solicitaban agua para el té, señor.

—¿Qué hay ahí?

—Sólo es otra celda, coronel. La de uno de nuestros más preclaros hermanos. Un dormitorio más que nadie usaba. Estuvo cerrada más de treinta años, no podría precisar la razón, son reglas del convento.

Había una puerta de madera, reforzada con hierro y cerrada con un grueso barrote.

—Ábrala.

En efecto, adosado a la Sala Capitular se halla la celda llamada del Padre Marchena, la más exquisita del monasterio, la verdaderasuite de La Rábida.

El coronel entró acompañado de Rudolf. Había una ventana con recios barrotes, un estrecho camastro aún hollado, sobre él un crucifijo antiguo, a los pies un tosco taburete, y un cuadro en la pared como todo adorno. Sin embargo, Alef se situó en el centro del vetusto dormitorio y de nuevo levantó su nariz intentando percibir el tufo humano que todavía permanecía en el aire.

—¿Quién dormía aquí?

Fray Aparicio guardó silencio absoluto.

—¿Quién dormía aquí?

Más que preguntarlo lo gritó fuera de sí, directamente al rostro del imperturbable fraile.

—¡Maldita sea!

Alef descolgó el cuadro, que representaba a Cristóbal Colon señalando el Nuevo Mundo, e hizo ademán de destrozarlo contra el quicio de la puerta.

—¡No! —gritó el custodio—. Eso no nos pertenece, es del convento. Háganos lo que quiera: nos guardaremos de airarnos, porque la ira y la conturbación impiden en sí mismos y los otros la caridad; háganos cualquier cosa, hermano, pero no levante una sola piedra de Santa María de La Rábida.

Alef sonrió. Aquella respuesta significaba haber ganado esta batalla.

—Doctor, diga al monje que si no responde destrozaré esta pintura, y luego bajaré y le romperé la cabeza a esa virgen de alabastro a la que adoran en el templo. ¡Dígale que le meteré fuego a este maldito convento de mentirosos!

—Dormía un anciano —murmuró a su pesar.

El custodio abrió los brazos en la celda del Padre Marchena.

—Es el mejor habitáculo del convento, y también el más seguro. Aquí estuvo el anciano todos estos días, a partir del segundo no le dejaban salir, sus compañeros

cerraban la puerta con esas barras y únicamente la abrían para darle su alimento.

—¿Por qué?

—Eran órdenes de los demás, señor. Tal vez no querían que se hiciese daño.

—¿Daño el anciano? ¿Qué le ocurría?

—Estaba loco.

—¿Loco?

—Así es... Entraba y salía de la cordura con mayor facilidad que Don Quijote.

El custodio solicitó que le acompañaran a una sala contigua.

—¿Ven este mapa?

Les mostró una reproducción enmarcada del primer trazado de la costa americana realizado por Juan de la Cosa.

—Pues señalaba este mapa y distribuía ejércitos. Creía que era el de la Gran Alemania. Se enfurecía, gritaba, babeaba, levantaba las manos clamando como ido al cielo, después caía en una espesa melancolía, por suerte uno de sus acompañantes era médico, le atendía con inyecciones y lograba que durmiera. Luego ya no le permitieron salir, pues pretendió huir, precipitarse por la ventana, y al atardecer llamaba a voces a su esposa...

—¿Su esposa?

—Eso decían sus acompañantes, señor: llama a *FrauEva*.

—¿*FrauEva*? —se preguntó Rudolf preso de una vívida remembranza.

—Así es, señor: *FrauEva*. Pero entre ellos no había ninguna mujer. Además, no pueden entrar al convento. Las reglas lo impiden.

El coronel Alef volvió a mostrarle la fotografía de Adolf Hitler.

—No estoy seguro de que fuera él —respondió fray Aparicio.

En ese momento se oyeron los toques de campana anunciando la hora del almuerzo.

—Vea la fotografía una vez más... —pidió el coronel.

El fraile la tomó y apenas tuvo que mirarla. Cerró los ojos y pareció desclavar cada una de las tres palabras que pronunció del centro de su corazón.

—Sí, era él.

—Debe usted permitirle que vayan a comer, coronel. Si no lo hace el custodio, no lo harán sus hermanos. Ellos han obrado con obediencia. Ellos no han matado a un solo judío. Si en vez de llegar nazis hubiesen llegado judíos, estos monjes se habrían comportado igual.

Concedió el permiso. Los siete frailes rezaron al resguardo de sus capuchas antes de colocarse cada cual frente a la sucinta mesa, mientras otro murmuraba desde el púlpito la oración de la comida. Antes de probar una sola cucharada de aquella sopa fray Aparicio espolvoreó ceniza sobre su plato, para destruir el sabor y sufrir la penitencia de haber hablado rompiendo un voto.

—¿Qué opina ahora, coronel?

—No sé doctor. He combatido en batallas donde las circunstancias eran parecidas. No sabías si ganabas o perdías, ni lograbas decidir si atacar o sólo defenderte, permanecer o marchar, podías quedarte paralizado, mirando sin reaccionar hasta perder un ojo. Lo que dicen los frailes es verdad, si embargo, no dicen todo lo que saben. De cualquier forma el tiempo se nos agota. En un par de horas tendremos que salir de aquí, y mañana de España. No debemos seguir en este país.

Rudolf merodeó el convento mientras los frailes comían. Pasó por la capilla y cruzó por el claustro de las flores y por el mudéjar y sus arcos enladrillados. Finalmente salió a los huertecillos. Desde allí se divisaban los barrotes de la ventana donde aquel anciano loco había permanecido.

—¡Tiene que ser él!

El día era espectacularmente bello. Una suave brisa repartía los aromas de

cientos de macetas y frutales, y aquel lugar bien podría ser una parcela del paraíso.

—Ha logrado huir... Todos han logrado huir...

Se dejó acariciar el rostro por el aire, y recordó con nitidez cristalina sus pasos en Alemania con el cuaderno pegado al pecho, la operación *aFrauEva*, su conversación con el Führer, aquellas noches únicas durmiendo bajo los bombardeos con Mona Gruenewald.

—Y los que no huyeron, han muerto.

Sacó su pitillera y prendió un cigarrillo, cuyas volutas se interpusieron como un velo entre sus ojos y la ventana de la celda del Padre Marchena.

—El auténtico habitáculo de quien tuvo la desgracia de ser elegido para representar al golem. Como afirman nuestras escrituras: es una habitación con solo una ventana y una puerta que se abre cada treinta y tres años.

Tal cosa murmuraba cuando notó la presencia del más joven de los frailes quien venía a laborar al huerto. Aquel muchacho no tendría más de dieciséis años. Sonrió con toda franqueza y le señaló la pitillera de alpaca.

—¡Vaya! —exclamó Rudolf mientras la mostraba al joven—. Hasta los franciscanos se quedan prendados de este objeto.

Mayor sorpresa cayó sobre el cirujano cardiólogo. ¿Qué habría pensando él si al abrir un pecho hubiese hallado dos corazones palpitantes en lugar de uno?

—¿Y esto?

La pregunta fue respondida por el toque nuevo de campana que invita al trabajo. El sonido metálico se quedó adherido en el aire largo tiempo.

—¿De dónde has sacado esto?

Rudolf tomó la pitillera que le mostraba el joven fraile. Exactamente igual a la suya. Ambas tenían grabadas la doble hache, en el mismo lugar. No había duda, una había pertenecido a Harry Houdini y otra a su hermano Hardeen.

El fraile sonreía y señalaba alternativamente las dos pitilleras meneando la cabeza tan incrédulo como el propio Rudolf.

—¿Te la regaló el anciano extranjero?

El joven le señaló la celda y asintió.

—¿Por qué te la dio?

Como respuesta no obtuvo más que una repetición de los gestos del muchacho, que de inmediato se dispuso a su faena.

—No puedo entenderme con él...

Le tomó por la manga del hábito rasposa. El joven miraba sonriendo.

—¿Dónde está el hombre que te la dio? ¿Dónde está el anciano? ¿Tú lo sabes?

Rudolf señaló el mar, dibujó en la tierra un barco y hasta se ayudó de su mirada. Finalmente, por medio de estas simples señas logró que el joven entendiera al menos esa pregunta.

El franciscano le hizo señas de seguirle. Cruzaron los huertecillos, bordearon una fuente y llegaron a un rincón de Santa María de La Rábida, en el extremo sur del convento. Allí estaba el cementerio. Diez, doce tumbas repartidas, sin lápidas ni nombres. El joven dejó caer su pitillera en una.

La tierra parecía recién removida.

—¿Quieres decirme que está aquí enterrado?

—¡Exactamente quiere decirle eso, doctor!

Casi dio un salto atrás. No esperaba la exclamación severa del coronel Alef, ni la comitiva que le acompañaba: Gimel y el custodio.

—Eso quiere decirle exactamente.

También el custodio señaló la tumba.

—El anciano murió la madrugada del domingo.



—¿Hay algún parte médico?

Fray Aparicio negó.

—Dijo usted que entre sus hombres había un médico, el doctor Hirt...

—Sus hombres se fueron al anocheecer.

—Le abandonaron.

—Le dejaron a nuestro cuidado. Este hombre apenas podía caminar. Le temblaba todo el cuerpo, se negaba a comer.

—Parece que ha encontrado usted a su golem, coronel.

—¿Cree que he llegado hasta aquí para conformarme con un montón de tierra?

El coronel tomó dos palas, dio una a Gimel y ambos se afanaron en desenterrar. Pocos minutos después, ante la imperturbable mirada del custodio, hallaron el bulto de un cadáver. Ni féretro, ni caja, sólo un cuerpo envuelto en un hábito de rasposa franciscana que sostenía un crucifijo sobre el pecho.

—¿Qué es esto?

—Le enterramos como hermano de la Orden, antes de morir se convirtió. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

El coronel se agachó y descubrió el rostro del cadáver, oculto en su capucha.

—¿Qué me dice, doctor?

Rudolf también se agachó. Miró detenidamente el rostro de Adolf Hitler. Incluso dos días después de ser enterrado continuaba emitiendo ese rayo, ahora mortecino como su tez, pero aún magnético.

—Sí. Es él. Puede estar seguro. No hay duda: este cadáver es el de Adolf Hitler.

—Apártese, doctor.

Alef cargó su pistola y disparó una, dos, tres veces, a las sienes y a la boca del cadáver, cual si borrara las letras que el rabino Löw ordenó trazar sobre la frente o poner bajo la lengua de los homúnculos judíos.

—La misión ha concluido. Después de tanto desierto por fin saciaremos nuestra sed. Alabada sea Israel. *Kidon!*

—*Kidon!*—repitió Gimel.

—Polvo eres y en polvo te convertirás —repitió el custodio ahora escandalizado y rezando junto al joven.

Sólo media hora más tarde los seis integrantes del comando, y el doctor Rudolf Lorre, partían desde el embarcadero para cruzar a la orilla de Huelva. Iban a remo, la marea estaba llena, había corriente y no sin dificultad lograron enderezar la barcaza. Caía la tarde con lentitud, hasta la brisa parecía de oro y el cielo ya no era celeste sino rosa intenso, algunas gaviotas volaban serenamente a ras de agua. Rudolf no sabía qué pensar. Llevaba en la mano ambas pitilleras. Eso era todo cuanto había conseguido como botín espiritual, simples cajetillas de alpaca.

Levantó los ojos a la orilla y fue entonces cuando quedó impactado, no lo esperaba.

—¿Qué es eso?

Efectivamente, allí estaba, frente a ellos, esperando como un esclavo la palabra mágica para caminar... la inmensa estatua del golem levantada en aquellas marismas, hasta este momento desapercibida.

—¡Es el golem! —musitó.

La colosal figura, de treinta y siete metros de altura, se levanta en ese lugar desde 1929. Fue un regalo a esta ciudad, inspirado por el Comité de la avenida Amsterdam de Nueva York, de la escultora y millonaria Gertrude Vanderbilt Whitney. Tan cercana al orbe judío como ellos.

—Sí, es el golem.

Ciertamente lo parecía. Un hombre de piedra, oculto en su capucha, mirando a la oceánica lejanía, vestido con un hábito que le llega a los pies, alzado sobre un pedestal.

—Sí, es el golem.

Dejó caer una mano sobre el agua, con suavidad, mientras contemplaba embelesado el monumento de piedra. Nunca supo si lo hizo a propósito, pero abrió los dedos y las dos pitilleras idénticas se hundieron en el salado fango para siempre. En ese momento, tañidas desde la otra orilla del Tinto, volvieron a oírse las campanas del monasterio.